La juventud en Iberoamérica

Tendencias y urgencias

NACIONES UNIDAS

CEPAL

Comisión Económica
para América Latina y
el Caribe (CEPAL)

ORGANIZACIÓN IBEROAMERICANA DE JUVENTUD

Buenos Aires, agosto de 2007. 2da. Edición.

LC/L. 2180
Octubre del 2004

El proceso de investigación y redacción del presente Informe (primera y segunda edición) ha sido coordinado por Martín Hopenhayn, oficial de la División de Desarrollo Social de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), con el apoyo de Francisca Miranda.

Los integrantes del equipo técnico que participaron en el proceso de investigación, compilación de la información y redacción de los capítulos de la primera edición, en 2004, fueron, en orden alfabético, Irma Arriagada, David Candia, Ernesto Espíndola, Martín Hopenhayn, Arturo León, Jorge Rodríguez, Gabriela Salgado, Mariana Schkolnik, Guillermo Sunkel, Pablo Testa, Teresa Valdés y Jürgen Weller. En representación del Instituto Mexicano de la Juventud participaron Cristián Castaño Contreras y José Antonio Pérez Islas, y por el Instituto de la Juventud de Chile, participó Paulina Fernández.

Igualmente, en su primera edición, por parte de la Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ) coordinaron y participaron en la elaboración de este Informe, Yuri Chillán e Ignacio Perelló.

En lo concerniente a la segunda edición, en 2007, tanto en la recopilación de datos, como en la revisión del documento final, han participado por parte de la CEPAL: Martín Hopenhayn y Ernesto Espíndola. Por parte de la OIJ: Eugenio Ravinet, Secretario General; y, José Manuel Miguel, Secretario General Adjunto. Así como el siguiente equipo técnico institucional: Javier Ruiz, Paul Giovanni Rodriguez, Jesús García Verdugo, Carmen Vegas y Julián de los Ríos.

La Secretaría Ejecutiva de la CEPAL prestó el respaldo institucional para la labor sustantiva.

Esta publicación es una versión actualizada del documento LC/L.2180 publicado en octubre del 2004 por la CEPAL© y la Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ).

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a una revisión editorial final, son de la exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la CEPAL y la OIJ

Copyright © CEPAL, Naciones Unidas, 2004
Derechos reservados
Impreso en Buenos Aires

Índice

Presentación 11

Introducción 15

A. La juventud ayer y hoy 15
B. Las tensiones y paradojas 17
C. Hacia un diagnóstico multidisciplinario 21

Capítulo I
Tendencias sociodemográficas 31

A. La población Iberoamericana joven: tendencias y previsiones (1950-2050) 32
B. La mortalidad en los jóvenes 40
C. Fecundidad y reproducción en la juventud 44
   1. Estimaciones y proyecciones 44
   2. Tendencias recientes de la reproducción en la juventud 47
   3. Fecundidad adolescente: una mirada más detallada 57
D. Migración 64
   1. Migración internacional de jóvenes 64
   2. Migración interna, urbanización y distribución espacial de la población joven 66

Recapitulación 73

Capítulo II
Familia y hogar 77

A. Los principales cambios de las familias en América Latina 78

B. Los jóvenes y sus familias 80

C. Trayectoria reproductiva y nupcialidad en la juventud iberoramericana 83
1. Tendencias en la unión nupcial de los jóvenes 84
2. Condición de maternidad y posición en el hogar 87

D. Género, actividad económica y hogar 89
1. Actividad económica de los jóvenes y su efecto en el hogar 89
2. Condición de maternidad y actividad principal de los jóvenes 92

E. La valoración de los jóvenes con respecto a la familia 94
1. La comunicación en la familia de origen desde la perspectiva de los jóvenes 95
2. La valoración de la familia de origen desde la perspectiva de los jóvenes 97
3. La autoridad familiar 100

Recapitulación 103

Capítulo III
Pobreza 105

A. La pobreza en los jóvenes de los años noventa 106

B. Pobreza juvenil o pobrezas juveniles 111

C. Pobreza juvenil y sexo 117

D. Pobreza juvenil urbana versus rural 121

E. Pobreza juvenil y tipo de hogar 123

Recapitulación 127

Capítulo IV
Salud y sexualidad 129

A. La vulnerabilidad de los jóvenes frente a los temas de la salud 130

B. El desconocimiento sobre la situación de salud de los jóvenes 132

C. La mortalidad en los jóvenes 134
1. Mortalidad juvenil según causas externas 139
2. Enfermedadjõ genético-degenerativas 143
3. Enfermedades transmisibles 144

D. La salud sexual y reproductiva de los jóvenes iberoamericanos 150
1. Prácticas sexuales y anticoncepción en los jóvenes iberoamericanos 151
2. Reproducción juvenil y embarazo adolescente 157

Recapitulación 161

Capítulo V
Educación 165

A. Heterogeneidad de la situación educativa entre países 166
1. Analfabetismo 167
2. Educación primaria 169
3. Educación secundaria 170
4. Educación superior 172

B. Igualdad y desigualdad en educación según niveles de ingreso de los hogares 173
1. La educación ante el círculo vicioso de la pobreza 173
2. Reproducción intergeneracional de las desigualdades educativas 174

C. Desigualdades por sexo y edad 178
1. Brecha educacional entre padres e hijos 178
2. Desigualdades en niveles de analfabetismo funcional por sexo 179
3. Desigualdades en logros por niveles educativos según sexo 180

D. Desigualdades educativas entre áreas urbanas y rurales 183
1. Analfabetismo 183
2. Logros en educación primaria y secundaria 184

E. Desigualdades en deserción escolar 185

F. Los grandes desafíos para la educación de los jóvenes 186
1. Progresión versus repetición y deserción 187
2. La deuda de la equidad en educación 190
3. El desafío de la calidad de la educación 192
4. Formación para la sociedad del conocimiento 195

Recapitulación 203

Capítulo VI
Empleo 205

A. El contexto general de la evolución de los mercados de trabajo desde 1990 206
B. La evolución de la inserción laboral de los jóvenes en Iberoamérica 209
1. La evolución de la actividad y la inactividad juveniles 210
2. Las tendencias del empleo juvenil 217
3. Las tendencias del desempleo juvenil 226
4. Las tendencias de los ingresos laborales 228
5. Las valoraciones de los jóvenes sobre el mundo del trabajo y el desempleo 231
C. Conclusiones 236

Capítulo VII
Consumos culturales y sensibilidades juveniles 241

A. Acotaciones conceptuales y metodológicas 242
B. Los consumos culturales en el tiempo libre 245
C. La centralidad de la cultura audiovisual 248
D. La emergencia de la cultura virtual 254
E. Nuevos (y viejos) modos de leer 258
F. Música e identidades sociales 261
Recapitulación 264

Capítulo VIII
Participación y ciudadanía 267

A. Un nuevo escenario de participación política y ciudadanía 267
B. Cómo participa la juventud 269
C. Promoviendo la participación y la ciudadanía 274
D. Derechos de juventud: el marco normativo internacional 277
E. El avance en derechos de juventud en los países iberoamericanos 282
Recapitulación 286

Capítulo IX
Políticas e institucionalidad públicas 289

A. La juventud en Iberoamérica vista por los organismos gubernamentales 290
1. Las difusas edades 291
2. La percepción de los problemas de juventud por parte de las autoridades 294

B. Las políticas nacionales de juventud en Iberoamérica 296
1. Paradigmas y enfoques de las políticas de juventud en Iberoamérica 296
2. El marco normativo jurídico de las políticas nacionales de juventud 300
3. La oferta programática en materia de juventud 312

Conclusiones 317

Capítulo X
Indicadores para el análisis y seguimiento de la situación de los y las jóvenes y de las políticas públicas de juventud 319

Introducción

A. Las áreas prioritarias para el seguimiento de la situación de los jóvenes y de las políticas de juventud 320
1. Reconocimiento de derechos e igualdad ante la ley 321
2. Acceso equitativo a los recursos de la sociedad y a las oportunidades 322
3. Acceso a una calidad de vida estimada adecuada 323
4. Recursos para el logro de la autonomía y emancipación 325
5. Participación en los procesos democráticos y en el ejercicio de ciudadanía 326

B. Con respecto a la propuesta de indicadores 327

C. Sistema de indicadores sobre juventud en iberoamérica (SIJI) 330
1. Reconocimiento de derechos e igualdad ante la ley 331
2. Acceso equitativo a los recursos de la sociedad y a las oportunidades 332
3. Acceso a una calidad de vida estimada adecuada 335
4. Recursos para el logro de la autonomía y emancipación 337
5. Participación en los procesos democráticos y en el ejercicio de ciudadanía 338

V. Alternativas metodológicas 339

Bibliografía 341

Anexo estadístico 353

PRÓLOGO

La segunda impresión del Informe Iberoamericano de Juventud 2004 (La Juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias) ratifica la necesidad expresada por instituciones de gobierno, organizaciones juveniles, organismos internacionales, académicos, intelectuales y medios de comunicación, de contar con información exhaustiva, actual y pertinente relativa a la situación de los y las jóvenes de nuestra Región. La creciente demanda por parte de una amplia gama de actores de gobierno y sociedad civil, de disponer de esta herramienta analítica, lleva a la Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ) y a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), a realizar esta nueva impresión del Informe.

La primera versión del Informe fue el resultado de la decisión conjunta de la OIJ y la CEPAL, a comienzos del año 2003, de cubrir el vacío respecto de diagnósticos exhaustivos sobre la situación de la juventud en Iberoamérica. Era necesario contar con una evaluación detallada que se basara en información estadística actualizada, que permitiera comprender los vertiginosos cambios que experimentan los y las jóvenes de la Región en ámbitos tan variados como el perfil demográfico, las condiciones socio-económicas, la familia, la salud, la educación, el trabajo, los consumos culturales, la identidad y la participación. La finalidad última del Informe, tal como se señaló en su primera versión, es que sirva de base de conocimientos para orientar debates, estudios y diseño de políticas que permitan conocer y apoyar de mejor manera a las y los jóvenes de Iberoamérica.

Tras dos años de trabajo sistemático de sendos equipos de investigadores de las instituciones señaladas, se materializó el Informe que se presentó en la XII Conferencia Iberoamericana de Juventud, realizada en Guadalajara, México, los días 4 y 5 de noviembre de 2004, bajo el nombre

"La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias". En esa instancia y con la presencia de las máximas autoridades de gobierno en materia de juventud de todos los países de la región iberoamericana, el Informe fue recibido con entusiasmo y con el compromiso de los gobiernos de difundirlo en sus respectivos países. A este hito le siguieron una serie de presentaciones nacionales del Informe, una positiva acogida de la prensa en distintas latitudes y una demanda creciente del Informe que obligó a un importante esfuerzo de distribución del mismo.

Los organismos nacionales de juventud han destacado de manera constante que el Informe es una herramienta de suma utilidad para contextualizar la situación de la juventud en las dinámicas actuales del desarrollo, para afinar indicadores de seguimiento y monitoreo, así como para mejorar el diseño de políticas orientadas a la promoción y el bienestar de los y las jóvenes en los respectivos países.

La sintonía del Informe ha encontrado eco más allá de los organismos oficiales de juventud de Iberoamérica y reflejan una preocupación transversal por el segmento juvenil, que se ha visto reflejado en una serie de hitos que dan cuenta de esto. En septiembre de 2000, 189 Estados Miembros de las Naciones Unidas, de los cuales 147 estaban representados por Jefes de Estado y de Gobierno, firmaron un nuevo compromiso mundial para el desarrollo, cuya expresión política plasmó en la Declaración del Milenio. Allí se fijaron los ocho Objetivos del Milenio a escala global a las puertas del siglo XXI.

Si bien en varios de los objetivos existe un espíritu que se acerca a la juventud, el octavo de ellos, referido a fomentar una asociación mundial para el desarrollo, coloca como quinta meta que se debe "en cooperación con los países en desarrollo, elaborar y aplicar estrategias que proporcionen a los jóvenes un trabajo digno y productivo". La referencia explícita no es casual y no hace sino reflejar la preocupación global por índices de desempleo juvenil que en muchos países duplican y hasta triplican el desempleo adulto, así como por el creciente desajuste entre capital educativo y acceso al empleo de calidad por parte de los y las jóvenes.

En el caso específico de nuestra Región, cabe mencionar que los ministros y responsables de juventud de los países iberoamericanos suscribieron el 11 de octubre de 2005 la Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes (CIDJ), en Badajoz, España. Dicho instrumento, que actualmente se encuentra en proceso de ratificación parlamentaria por parte de los Estados miembros, consagra jurídicamente el pleno reconocimiento a la especificidad de la condición juvenil e insta a responder a los requerimientos de protección y garantía para el ejercicio de los derechos por parte de las nuevas generaciones. Es el primer documento jurídico en la materia a nivel mundial y contiene 44 artículos que incluyen, entre otros,

el derecho a la vida, a la igualad de género, a la paz, a la identidad, a la participación social y política, a la educación, a la salud, a la igualdad de oportunidades, al trabajo, a una vivienda digna, al desarrollo económico, social y político.

También merece destacarse la publicación del Informe sobre la Juventud Mundial 2005 por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas a diez años de la adopción, por parte de dicha instancia, del Programa de Acción Mundial para los Jóvenes (1995). Se trata de un Informe exhaustivo que insta a los gobiernos a enfrentar una amplia gama de problemas que viven los y las jóvenes. Entre sus principales recomendaciones llama a considerar a los jóvenes como asociados en el logro de los Objetivos de Desarrollo de Milenio, y a impulsar políticas integrales para la juventud con especial atención a los grupos de jóvenes más desfavorecidos. Con más de 200 millones de jóvenes viendo en la pobreza en el mundo, alrededor de 130 millones de jóvenes analfabetos, 88 millones de jóvenes desempleados y 10 millones viviendo con el VIH/SIDA, el Informe enfatiza la necesidad de un compromiso renovado de los Estados con los objetivos del Programa de Acción Mundial para los Jóvenes.

Por último, el Informe sobre el Desarrollo Mundial 2007 del Banco Mundial, lanzado en septiembre del 2006 en la Reunión Anual del Banco Mundial en Singapur, se centra en la problemática de los y las jóvenes entre 12 y 24 años de edad. El Informe señala que este es el mejor momento para invertir en los jóvenes, que a nivel mundial suman 1.300 millones de habitantes que cuentan, en relación al resto de la población, con mejores condiciones de salud y mayor nivel educacional. La ecuación es simple, los países en desarrollo que inviertan en mejor educación, salud y formación laboral para su población joven, son los que sacarán el mayor provecho a su actual coyuntura de transición demográfica, para traducirla en más dinamismo económico y reducción de la pobreza.

Los hitos recién citados constituyen un claro indicador de la creciente preocupación de la comunidad internacional por la situación de la juventud y su rol protagónico en el desarrollo. Hay otros precedentes que recorren los años recientes, tales como la realización periódica de cumbres de empleo juvenil, la progresiva consolidación de los organismos gubernamentales de juventud en los estados nacionales en la región iberoamericana, la profusa literatura de reciente publicación relativa a cuestiones de identidad juvenil, vulnerabilidad de los y las jóvenes a la violencia y debilidad de los mecanismos de integración social en el tránsito de la juventud a la vida adulta, entre otros.

La juventud es ante todo un potencial en términos de capital humano para el desarrollo, recreación de la base cultural de la sociedad y nuevos

proyectos colectivos. Concebirla sólo como un problema –para sí misma y para el resto- es una perspectiva equivocada, pues tiende a estigmatizarla en función de sus riesgos y sus falencias. Por otra parte, y tal como se señalaba en la presentación de la primera impresión de este Informe, tampoco se puede restringir la idea de juventud a potencial y promesa de futuro, porque los jóvenes además viven un presente que en sí mismo posee valor. En ese presente construyen su identidad, definen sus pautas de vida y pueblan el tejido social con signos y símbolos que tienen su propia riqueza.

Finalmente deseamos enfatizar que con esta segunda impresión de "La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias", la CEPAL y la OIJ renuevan su compromiso de trabajar juntos para aportar datos, luces y propuestas en relación a la situación de los y las jóvenes en la Región. Ambas instituciones se han planteado una agenda compartida a futuro para crear sinergias y sumar energías, que incluye publicaciones, encuentros y actividades de capacitación a realizar durante los próximos años. Con ello esperamos constituirnos en actores protagónicos en el diálogo con los gobiernos, las organizaciones juveniles, el mundo académico y los organismos internacionales, entre otros. Tomamos, en este sentido, el Informe que aquí se presenta como la plataforma que servirá de base para futuras contribuciones.

José Luis Machinea
Secretario Ejecutivo
CEPAL

Eugenio Ravinet
Secretario General
OIJ

Introducción

A. La juventud ayer y hoy

Según Pierre Bourdieu, la juventud "no sería más que una palabra": creación social para definir un período etario que debiera cumplir, en nuestra época, con ciertas expectativas, pero que no siempre ha sido tratado como un actor social tematizable. La juventud emerge históricamente como un actor social, o como "un grupo de agentes" posibles de analizar y tematizar, en el momento en que la mayoría tiene acceso a la enseñanza y se enmarca de esta forma en un proceso de "moratoria de responsabilidades", que en épocas anteriores no se daba. El joven vive así un estatus temporal en que "no es ni niño, ni adulto" (Bourdieu, 1990).

La vida moderna coloca a los y las jóvenes en el proceso de preparación para entrar en el sistema productivo y autonomizarse respecto de sus familias de origen. La juventud pasa a ser objeto de discusión y análisis cuando los mecanismos de tránsito etario no coinciden con los de integración social, vale decir, cuando aparecen comportamientos definidos como disruptivos en los jóvenes, porque los canales de tránsito de la educación al empleo, o de la dependencia a la autonomía, o de la transmisión a la introyección de valores, se vuelven problemáticos. Conflictividad o apatía política, deserción escolar, postergación de la procreación, desempleo masivo, crisis normativa o conductas de riesgo pasan a ser parte del lenguaje que la sociedad usa para referirse a la juventud.

Desde la perspectiva de los jóvenes, la identidad es una fuente de tensión entre imperativos de integración y pulsiones de individuación. Paradójicamente, la modernidad les coloca el doble signo de prepararse para

la inserción social productiva y definir sus propios proyectos con plena autonomía. El problema mayor es que la identidad pasa simultáneamente por el anhelo de inclusión social que la mayoría de los jóvenes latinoamericanos tiene en el centro de sus proyectos de vida, y la pregunta por el sentido de esa misma inclusión.

Tradicionalmente, se identificó a la juventud como una fase de transición entre dos etapas: la niñez y la adultez. De esta manera, se entendió a la juventud como un proceso de transición, en que los niños se van convirtiendo en personas autónomas. En el lenguaje cotidiano, joven era sinónimo de inmaduro, incapaz de asumir grandes responsabilidades adecuadamente; su papel se concebía como moratoria y aprendizaje para el trabajo, la conformación de una familia y la autonomía de la vida adulta. Hoy día, a medida que se difunde en la estética el culto a la lozanía, en el mundo productivo el culto a la adaptabilidad, y en el mundo recreacional el culto a la vitalidad, el ser joven se convierte en bien preciado por los adultos, al punto que muchos de estos últimos se resisten a perder dicha condición. No por nada se ha acuñado el término "adulto joven".

Desde una perspectiva sociológica, "la juventud se inicia con la capacidad del individuo para reproducir a la especie humana y termina cuando adquiere la capacidad para reproducir a la sociedad" (Brito, 1997, p. 29). Desde el punto de vista del desarrollo bio-psico-social, el inicio de la juventud se asocia a la pubertad y la adolescencia, con todos los cambios psicológicos y hormonales que dicho proceso conlleva, como la identificación sexual y el desarrollo de las características sexuales primarias y secundarias, la búsqueda de la autonomía e independencia, el cambio de la importancia en los grupos de referencia (pasando de una primacía de la familia a la del grupo de pares), el diseño de proyectos personales de vida, entre otros rasgos definitorios.

El límite entre juventud y adultez se ha asociado al inicio de la vida laboral, la conformación de una nueva familia y el rol de padre o madre. En las generaciones anteriores esta etapa se iniciaba a edades más tempranas que en la actualidad. Hoy, debido a la prolongación del proceso educativo, las percepciones de incertidumbre económica y laboral, así como las mayores aspiraciones de los jóvenes, han hecho que progresivamente se postergue la edad promedio en que el joven se hace adulto mediante el trabajo y la creación de su propia familia.

Lo anterior hace difícil establecer límites analíticos claros y permanentes con respecto a la juventud. Más aún, no son igualmente válidos para todos los países ni grupos sociales, y no se puede hablar de una juventud homogénea, sino de una etapa en que sus integrantes viven un proceso de cambio, en cuyo desarrollo se suceden etapas diferenciales en cuanto a las

principales actividades que realizan (estudio versus trabajo), su grado de independencia y autonomía (económica y afectiva) y al rol que ocupan en la estructura familiar (hijo, jefe de hogar o cónyuge).

Tomando como perspectiva el criterio demográfico, las Naciones Unidas han establecido un rango de edad para definir a la juventud como a los hombres y mujeres de entre 15 y 24 años. Sin embargo, distintos países de Iberoamérica amplían dicho rango, iniciándolo a los 12 años (Colombia y México) y terminándolo a los 29 años (México, Portugal y España). Dados estos antecedentes y a la luz del tipo de información que existe en los países, en el presente trabajo tomaremos básicamente el criterio europeo (15 a 29), salvo en el primer capítulo sobre tendencias demográficas, donde se ha utilizado un criterio más ajustado a la edad efectiva en que se asumen roles de jóvenes en América Latina (10 a 24 años).

B. Las tensiones y paradojas

Para comprender de manera fenomenológica lo que ocurre con la juventud iberoamericana, es preciso entender que los y las jóvenes viven hoy con mayor dramatismo que el resto de la población una serie de tensiones o paradojas. A continuación se plantean las principales entre ellas, que permiten una aproximación a los y las jóvenes desde la perspectiva del tipo de conflictos que les toca vivir.

Una primera tensión o paradoja es que la juventud goza de *más acceso a educación y menos acceso a empleo*. Los jóvenes de hoy tienen más años de escolaridad formal que las generaciones precedentes, pero al mismo tiempo duplican o triplican el índice de desempleo con respecto a esas generaciones. En otras palabras, están más incorporados en los procesos consagrados de adquisición de conocimientos y formación de capital humano, pero más excluidos de los espacios en que dicho capital humano puede realizarse, a saber, el mundo laboral y la fuente de ingresos para el bienestar propio. En parte, porque el progreso técnico exige más años de educación para acceder a empleos modernos, y por tanto enfrentamos una dinámica de *devaluación educativa* (la misma cantidad de años de escolaridad "valen menos" hoy que hace dos décadas); y en parte, porque la nueva organización laboral restringe puestos de trabajo y hace más inestable el empleo.

Una segunda paradoja o tensión es que los jóvenes gozan de *más acceso a información y menos acceso a poder*. Por una parte, la juventud tiene proporcionalmente mayor participación en redes informáticas que otros grupos etarios, y también más acceso a información merced a su alto nivel de escolarización y de consumo de los medios de comunicación. Pero por

otra parte, participan menos de espacios decisorios de la sociedad, sobre todo en la esfera del Estado. Aquí también existe una asincronía entre mayor inclusión juvenil en cuanto a acceso a información y redes, y mayor exclusión en lo referente a la ciudadanía política. Si bien los jóvenes manejan e intercambian más información que otros grupos etarios, no es menos cierto que se sienten poco representados por el sistema político, y estigmatizados como disruptores por los adultos y las figuras de autoridad.

Una tercera tensión se produce porque la juventud cuenta hoy con *más expectativas de autonomía y menos opciones para materializarla.* Los jóvenes cuentan con capacidades que los adultos no tienen para insertarse en los nuevos desafíos de la sociedad de la comunicación, tales como más años de escolaridad, mayor fluidez en la "convergencia digital", y un uso más familiarizado con la comunicación interactiva a distancia. Al mismo tiempo, han interiorizado las expectativas de autonomía propias de la sociedad moderna y postmoderna; y esta expectativa es mayor que en generaciones precedentes que crecieron bajo patrones más tradicionales. Sin embargo, chocan con factores concretos que les postergan la realización de esa misma autonomía: mayor dilación en la independencia económica, porque hoy existen mayores requerimientos formativos y más dificultades para obtener una primera fuente de ingresos; así como mayores obstáculos para acceder a una vivienda autónoma debido a problemas de mercado de suelos urbanos y acceso al crédito. En consecuencia, están más socializados en nuevos valores y destrezas, pero más excluidos de los canales para traducirlas en vidas autónomas y realización de proyectos propios. Esta tensión acrecienta la crisis de expectativas de los y las jóvenes.

Una cuarta tensión o paradoja se funda en que los y las jóvenes se hallan *mejor provistos de salud pero menos reconocidos en su morbimortalidad específica.* Es sabido que el ciclo de la juventud es aquel en que son muy bajas las probabilidades vegetativas o "endógenas" de enfermar gravemente o morir. Pero por otra parte, existe un perfil de morbimortalidad juvenil que se origina en la mayor prevalencia de accidentes, agresiones físicas, uso nocivo de drogas, enfermedades de transmisión sexual, embarazos no deseados y precoces, y otros, que no encuentran un sistema integrado de atención en los servicios de salud. De manera que los jóvenes viven un contraste entre buena salud y riesgos sanitarios poco cubiertos. Tanto desde la perspectiva de la atención hospitalaria, como de la prevención de riesgos, la juventud enfrenta un vacío.

Una quinta paradoja o tensión la constituye el hecho de que los y las jóvenes son *más dúctiles y móviles, pero al mismo tiempo más afectados por trayectorias migratorias inciertas.* Las restricciones en empleo, ingresos y desarrollo personal de los y las jóvenes en muchos países de la región, sumados a los tradicionales factores de expulsión en zonas rurales que inducen a la

juventud a desplazarse, plantean hoy el fenómeno migratorio como uno de los temas de inclusión/exclusión social. Esto alude tanto a las condiciones de expulsión como a las situaciones en los lugares de recepción. En estos últimos, la exclusión de los recién llegados se produce porque no tienen plena ciudadanía, no forman parte de la sociedad que los recibe, enfrentan dificultades para acceder a empleos estables, y deben asimilarse a otra cultura. Países como Ecuador, Perú y Uruguay están viviendo una migración masiva de la población joven hacia fuera del territorio. Y si bien la mayor movilidad de los y las jóvenes puede ser considerado un rasgo positivo, sus dinámicas y trayectorias migratorias ponen un signo de interrogación sobre sus opciones para integrarse en otras naciones, y también respecto de cómo moderar los flujos interviniendo en los factores de expulsión.

Una sexta paradoja o tensión consiste en que los jóvenes son *más cohesionados hacia adentro, pero con mayor impermeabilidad hacia fuera.* Sin duda los nuevos patrones de consumo cultural de la juventud, sobre todo en relación con la industria audiovisual, provee de íconos y referentes que permiten a gran parte de este grupo etario generar identidades colectivas y participar de universos simbólicos. Si bien estos referentes de identidad pueden ser cada vez más efímeros y cambiantes, hacen de la juventud un actor de gran creatividad cultural. Pero por otra parte, se trata de identidades poco consolidadas, fragmentarias, a veces bastante cerradas, que contrastan con las crecientes dificultades para armonizarse con el resto de la sociedad, particularmente con la población adulta y las figuras de autoridad. Ejemplo de ello son las distancias que separan a la cultura juvenil de la cultura de la escuela. De manera que a veces la inclusión hacia adentro va tensionada, en términos de valores e identidad, con exclusión hacia fuera.

En séptimo lugar, los jóvenes parecen ser *más aptos para el cambio productivo, pero más excluidos de este.* Los principales signos de estos tiempos son la institucionalización del cambio y la centralidad del conocimiento como motor del crecimiento, y ambos factores colocan a la juventud en una situación privilegiada para aportar al desarrollo. Así, la juventud pasa a ser el segmento de la población cuya dinámica se acompasa naturalmente al ritmo de los tiempos, mientras que lo contrario sucede con la población adulta, para la que la celeridad de las transformaciones en el mundo de la producción reduce el valor de mercado de su experiencia acumulada y pone sus destrezas en permanente riesgo de obsolescencia. De este modo, el foco de la dinámica se desplaza a las nuevas generaciones. Sin embargo, mientras los actuales estilos de desarrollo exigen un aprovechamiento óptimo del tipo de activos que se concentran en la juventud, se da la paradoja de que aumenta la exclusión social entre los jóvenes, especialmente en el ingreso al mundo laboral.

Una octava tensión surge porque la juventud ostenta un lugar ambiguo *entre receptores de políticas y protagonistas del cambio.* Si hace tres y cuatro décadas los jóvenes se redefinieron como protagonistas de la épica del gran cambio social, hoy la juventud se redefine, en la esfera del discurso público, como objeto de políticas sociales y sujeto de derechos. Sin embargo, este tránsito conduce a una construcción de lo juvenil en que ya no son los propios jóvenes quienes proyectan su identidad y sus anhelos al resto de la sociedad, sino que, por el contrario, ellos se ven proyectados en la opinión pública por pactos políticos, diseños programáticos o apreciaciones prejuiciadas. Aparecen, entonces, definidos como "carentes", "vulnerables", "capital humano", población a proteger o racionalizar, a empoderar o controlar. En contraste con esta visión externa, los jóvenes se vuelcan sobre sus mundos de vida de manera más cotidiana y menos épica, generando nuevas sensibilidades y produciendo nuevas identidades, sobre todo a través del consumo cultural y de la comunicación en general. Finalmente, si por una parte, la edad los confina a ser receptores de distintas instancias de formación y disciplinamiento, por otra, se difunde en los medios y la escuela el mito de una juventud protagonista de nuevas formas de relación e interacción social. La juventud se ve, pues, tensionada entre la dependencia institucional y el valor de la participación autónoma.

Una novena tensión se produce entre *la expansión del consumo simbólico y la restricción en el consumo material.* A medida que se expande el consumo simbólico (por mayor acceso de la juventud a educación formal, medios de comunicación, mundos virtuales y a los íconos de la publicidad), pero se estanca el consumo material (porque la pobreza juvenil no se reduce y se restringen las fuentes de generación de ingresos), se abren las brechas entre expectativas y logros. Los jóvenes quedan expuestos a un amplio abanico de propuestas de consumo, y la cultura juvenil cobra mayor presencia en los cambios de sensibilidad de las sociedades iberoamericanas. Pero gran parte de los y las jóvenes ven pasar las oportunidades de movilidad social por la vereda de enfrente, sea porque el mercado laboral demanda aún más formación, sea por falta de acceso a redes de promoción. La democratización de la imagen convive con la concentración del ingreso.

Una última tensión, que resume buena parte de las anteriores, permite contrastar *autodeterminación y protagonismo,* por una parte, y *precariedad y desmovilización*, por otra. En el lado positivo, se da una creciente autodeterminación juvenil en tanto individuos que habiendo relativizado las fuentes exógenas de autoridad, sobre todo parentales y políticas, proyectan con mayor individuación sus expectativas y trayectorias vitales. Se da también una creciente disponibilidad de espacios de libertad que antes eran privativos de los emancipados –por ejemplo, en el uso del tiempo o en las relaciones de pareja. Y los mercados ponen mayor atención en los jóvenes, puesto que son un segmento específico y fuerte de consumo. En el reverso

negativo, los jóvenes todavía no constituyen un sujeto específico de derecho, están estigmatizados como potenciales disruptores dentro del orden social, ostentan una baja participación electoral y la consiguiente desmotivación para involucrarse en el sistema político, y su autonomía económica se posterga a medida que el mercado de trabajo demanda mayores años de formación previa.

C. Hacia un diagnóstico multidisciplinario

El documento que aquí se presenta no ahonda en estas tensiones o paradojas de la vida de los jóvenes, si bien la información que expone permite fundamentar dichas tensiones con datos concretos. Nuestra intención aquí es brindar un diagnóstico pormenorizado sobre la base de información estadística, que permita dar cuenta de una amplia gama de cambios que viven los jóvenes en distintos ámbitos. Se busca en especial mostrar la evolución de un nutrido conjunto de indicadores, comparando la situación juvenil a comienzos de la década de 1990 con la que experimentan a comienzos de la década actual, complementando el análisis cuantitativo con observaciones cualitativas. Esta comparación permite distinguir las tendencias, resaltar los cambios más significativos, formular proyecciones hacia el futuro y apoyar las políticas con previsión de escenarios.

En el capítulo I se describe la dinámica sociodemográfica de la población juvenil iberoamericana. Se observa que el reciente descenso de la fecundidad y el aumento de la expectativa de vida se traduce en un descenso de la proporción de jóvenes en el total poblacional. Por otra parte, estamos prontos a ingresar en una etapa aún más avanzada de transición demográfica, en la que se producen descensos de la cantidad de jóvenes –estrenando así tasas negativas de crecimiento de este segmento de la población– y se refuerza la caída en el porcentaje de jóvenes, que a mediados de este siglo XXI llegarían a niveles del orden del 25%, e incluso menores al 20% en España.

Para el conjunto de América Latina la fecundidad ha bajado sensiblemente. Mientras que en 1987, en promedio las mujeres tenían 2,2 hijos nacidos vivos al cumplir los 30 años, actualmente el promedio es de 1,7. En el caso de España, el descenso es tal que se estima que a la edad de 30 años, las españolas en promedio apenas llegan a 0,5 hijos por mujer, mientras que las lusitanas a dicha edad bordean un hijo por mujer. Cabe subrayar, sin embargo, que la concentración de la reproducción en la juventud es propia de América Latina, pero no de la península ibérica; por ejemplo, en España las mayores tasas específicas de fecundidad se registran entre los 30 y los 34 años cumplidos.

La mortalidad entre los jóvenes de Iberoamérica ha descendido sensiblemente en los últimos 50 años, en concomitancia con la baja generalizada de la mortalidad. En ello concurren el avance de la ciencia médica, la ampliación de la cobertura de servicios básicos y sanitarios, y el incremento de la capacidad individual para prevenir y enfrentar las enfermedades. Respecto de los jóvenes que migran fuera de sus países de origen, dos situaciones destacan. En primer lugar, la *vulnerabilidad* de los jóvenes migrantes, que corresponde a condiciones desventajosas de logros educativos e inserción laboral y a un tránsito probablemente rápido hacia la vida adulta, a raíz de la asunción de responsabilidades vinculadas con las unidades domésticas y la cohabitación en parejas, hechos que afectan de manera transversal y más visiblemente a las mujeres. En segundo lugar, se identifican condiciones de relativa satisfacción de logros y mayores opciones de emprendimiento entre algunos migrantes, en especial de aquellos jóvenes que se desplazan más allá de la vecindad geográfica.

El capítulo II trata sobre las familias y los hogares en que viven los jóvenes. En América Latina, nuevos tipos de familia coexisten con las formas tradicionales. Estas nuevas configuraciones generan también nuevas experiencias de convivencia familiar que, en el plano simbólico, han cambiado la forma mediante la cual la familia se representa a sí misma y a sus miembros. Sin embargo, todavía persisten formas de representación, normas e imágenes culturales sobre las familias de carácter tradicional, que ayudan a comprender la falta de concordancia entre los discursos y las nuevas formas y prácticas de las familias.

Las mayores dificultades para pasar del ámbito educativo al laboral, así como la demanda de mayor formación impuesta por la creciente competitividad en el empleo, tienden a retrasar la edad en que los jóvenes se autonomizan tanto económica como habitacionalmente respecto de sus padres. En España, los y las jóvenes se independizan de sus hogares siendo cada vez más adultos, mientras que en América Latina se ha producido un inicio más temprano de las relaciones sexuales, aunque también las uniones y matrimonios se producen más tardíamente.

En torno de 2002, en América Latina más de la mitad (el 58%) de los jóvenes entre 15 y 29 años viven en familias nucleares, un 33% en familias extendidas, un 3,3% viven en familias compuestas, un 1% en hogares unipersonales y un 4,2% en hogares sin núcleo conyugal. Este promedio regional esconde, empero, situaciones muy diversas de los países. Las encuestas de juventud también revelan que los jóvenes que han constituido su propia familia –una pareja con o sin hijos– representan una proporción relativamente baja del total.

En relación con las actividades económicas de los jóvenes y su

impacto en el ámbito del hogar, la realidad latinoamericana muestra que la mayor diferencia entre los jóvenes por sexo se refiere a los quehaceres domésticos: alrededor de un cuarto de las jóvenes de 15 a 29 años se dedican a esta actividad (25,6%), en tanto que en los hombres esa proporción no alcanzaba al 2%. Así, un grupo importante de mujeres jóvenes están desarrollando trabajo doméstico, esencial para el funcionamiento de sus hogares, sean propios o de sus familias de origen. Ese trabajo limita las posibilidades laborales y educacionales de las jóvenes.

El capítulo III aborda la situación de la pobreza juvenil. Las encuestas de hogares de los 18 países latinoamericanos analizados muestran que la pobreza alcanza al 41% de los jóvenes en 2002, equivalente a aproximadamente 58 millones (21 millones 200 mil de pobres extremos). Esto refleja una disminución de dos puntos porcentuales en relación con 1990, los que corresponderían exclusivamente a pobres extremos, quienes pasaron de 17% a 15% en el período. Sin embargo, en términos absolutos, en 2002 habría 7 millones 600 mil jóvenes pobres más que en 1990, y 800 mil pobres extremos más en el mismo lapso. En el caso español destaca que, del total de pobres severos existentes en dicho país en 1999, el 53% eran menores de 25 años (niños y jóvenes). En el conjunto de países de América Latina, dicho grupo alcanza a alrededor del 60% de los pobres, si bien el método de medición difiere respecto del español.

En materia de género se observó que las incidencias de pobreza e indigencia no presentan grandes diferencias entre mujeres y varones jóvenes. En promedio, los jóvenes hombres latinoamericanos tienen 2,7 puntos porcentuales menos de pobreza y 1,3 de indigencia que sus pares femeninos. Sin embargo, aun cuando dichas diferencias pudieran no revestir brechas significativas, presentan una situación distinta de la que tienen los niños (menores de 15 años) y los adultos (mayores de 30 años), donde no hay ninguna diferencia en ambos indicadores.

En relación con el corte rural-urbano, en el año 2002 la pobreza alcanzaba a uno de cada 3 jóvenes urbanos latinoamericanos entre los 13 países analizados, mientras que dicha proporción es un 64% superior entre los jóvenes rurales. Por su parte, la indigencia juvenil de la ciudad es inferior a 10%, mientras que supera el 27% entre los rurales. Así, estos últimos tienen una probabilidad 3,1 veces superior de vivir en condición de pobreza. Cabe hacer notar, por último, que estas diferencias de pobreza e indigencia por corte rural-urbano en América Latina no son privativas de los jóvenes, sino que atraviesan a toda la población.

El capítulo IV se ocupa de la situación de salud de los jóvenes, con énfasis en su especificidad según causas prevalentes de mortalidad y en problemas vinculados con la sexualidad juvenil. Cuando se examina la

mortalidad según causas, destaca en los jóvenes una gran concentración de causas externas de muerte, que en conjunto superan con mucho a la mortalidad por enfermedades transmisibles y de tipo genético-degenerativas. La probabilidad de morir de los jóvenes latinoamericanos a fines de la década de 1990 revelaba una reducción notable en países como Bolivia, Colombia, Perú y algunos centroamericanos, con respecto al comienzo de la década de 1980. Durante los años transcurridos desde entonces, el perfil epidemiológico y la incidencia de causas de mortalidad se modificaron a nivel mundial y en campos que afectan directamente a la juventud. La pandemia del VIH-SIDA y el incremento de la violencia –que en algunos países de la región, como Colombia y El Salvador, alcanzan niveles catastróficos–, son las dos causas más relevantes en el nuevo perfil regional de morbilidad y mortalidad de los jóvenes.

La salud sexual y reproductiva constituye el aspecto de salud más característico y propio de la juventud, ya que en esta etapa de vida comporta dos elementos esenciales: la iniciación sexual y la nupcialidad. Actualmente, ambos hechos muestran tendencias dispares en los jóvenes iberoamericanos: si bien los adolescentes comienzan cada vez más tempranamente su vida sexual activa, la edad de formalización legal de un vínculo de pareja y la concepción del primogénito tienden a postergarse en el tiempo. Llama la atención que la prevalencia del uso de medios anticonceptivos al iniciar la actividad sexual es significativamente mayor entre las jóvenes españolas y portuguesas que entre las latinoamericanas.

Pese al descenso general de la fecundidad juvenil, la evidencia acumulada permite afirmar que en varios países de América Latina se han registrado aumentos de la maternidad adolescente, y estos se dan principalmente en adolescentes de grupos socio-económicos bajos y con menor nivel educativo. Así, la condición de maternidad a temprana edad afecta a las probabilidades de salir de la pobreza de varias generaciones a la vez, ya que dificulta la acumulación de activos en la madre y la inserción laboral de los progenitores.

El capítulo V examina la situación educativa de los jóvenes. Existen en la región problemas de *cobertura por progresión educativa* –contrastes entre matrícula primaria, secundaria y superior– así como fuertes diferencias en los *ritmos de expansión de cobertura por progresión,* es decir, países que avanzan más rápidamente en elevar las coberturas secundaria y terciaria. Así, por ejemplo, en países como Cuba, España y Portugal aumentó de manera sostenida y acelerada la cobertura secundaria y terciaria en los últimos 30 años, siendo muy superior al promedio latinoamericano. Esto abre a los jóvenes mayores opciones de inclusión social. En términos agregados, pese a los avances en cobertura, el ritmo de los saltos educacionales de la región latinoamericana es lento cuando se compara con otras regiones, en especial

con los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y del sudeste asiático.

La mayoría de los países iberoamericanos enfrenta hoy un problema grave de deserción escolar antes de y durante la educación secundaria. En América Latina y el Caribe, solo la mitad de los estudiantes que se matriculan en la educación primaria terminan dicho ciclo. Esto afecta específicamente a los jóvenes, pues la continuidad en el nivel secundario coincide con el ingreso al segmento etario juvenil. Además, si bien en materia de género existe igualdad en logros (con leve superioridad de las mujeres), cuando se comparan grupos de ingresos o bien jóvenes rurales y jóvenes urbanos, se observan fuertes contrastes en logros educativos en todos los niveles, en perjuicio de los más pobres y los jóvenes rurales.

Al examinar el número promedio de años de estudio tanto de los jefes como del conjunto de los miembros del hogar ocupados, se advierte un alto grado de correspondencia entre la distribución del ingreso y la de la educación: a mayor nivel de educación, mayor nivel de ingresos percibidos. Lamentablemente, el 80% de los jóvenes urbanos de los países latinoamericanos provienen de hogares cuyos padres cuentan con un capital educativo insuficiente (menos de 10 años de estudio), y entre un 60% y un 80% de ellos no alcanza el umbral educativo básico para acceder al bienestar.

Finalmente, la educación está llamada a jugar nuevos roles a las puertas de la sociedad del conocimiento, lo que implica redoblar esfuerzos y modificar enfoques. Entre estos nuevos roles destacan el socializar a los educandos en las redes digitales y el uso de la computadora, hacer más equitativas las oportunidades a fin de reducir las brechas espaciales y de grupos de ingreso, educar para el ejercicio de la ciudadanía en la sociedad del conocimiento y para convivir en sociedades cada vez más diversas y multiculturales.

El capítuloVI examina la situación del empleo juvenil. En los análisis de la inserción laboral de los jóvenes, resalta el alto nivel del desempleo y subempleo juveniles y la alta precariedad de quienes logran ocuparse, expresada en inestabilidad laboral, bajas remuneraciones y escasa cobertura de la seguridad social.

Durante el período reciente, la situación laboral de los jóvenes latinoamericanos se ha deteriorado nuevamente. Esto se refleja en el aumento del desempleo, la concentración creciente del empleo juvenil en los sectores de baja productividad y la caída de los ingresos laborales medios. Este empeoramiento obedeció a tendencias generales en los mercados de trabajo de la región, los que sufrieron un nuevo deterioro de las condiciones

de empleo e ingresos, sobre todo a partir de fines de los años noventa (la "media década perdida").

Las mujeres jóvenes siguen registrando condiciones de inserción más desfavorables que sus coetarios masculinos, como lo indican, sobre todo, la mayor tasa de desempleo, la mayor proporción de empleo en sectores de baja productividad y los ingresos más bajos, aún con los mismos niveles de educación. En algunas variables, como la proporción del empleo en sectores de baja productividad y los ingresos relativos de las mujeres con nivel educativo más alto, las brechas se han reducido recientemente; pero en otras, como el desempleo y los ingresos medios, no hubo mejorías.

El hogar de origen incide claramente en las oportunidades laborales, y los jóvenes que son miembros de hogares acomodados en general disfrutan de condiciones laborales más favorables –mayor tasa de ocupación, menor tasa de desempleo, menor proporción de empleo en sectores de baja productividad– que sus pares de hogares más pobres. En el período reciente algunas de estas brechas incluso se ampliaron, lo que se advierte en la mayor proporción de empleo en sectores de baja productividad, mientras otras se cerraron: tasa de ocupación, tasa de desempleo. Más que una mayor equidad, ello parece indicar que en situaciones de bajo dinamismo económico los jóvenes de hogares más ricos prolongaron su permanencia en el sistema educativo y sus hogares permitieron un mayor desempleo antes que exigir la inserción en empleos no deseados.

En términos geográficos, la falta de oportunidades de educación y de empleo remunerado en las zonas rurales se traduce en un resultado combinado de una inserción laboral demasiado temprana, sobre todo entre los hombres, con obstáculos a la inserción (sobre todo, entre las mujeres). No obstante este aspecto, se han podido observar algunos avances recientes.

El capítulo VII trata un tema de creciente interés en los estudios de juventud, a saber, el de los consumos culturales y las sensibilidades juveniles. Los consumos culturales ocupan un lugar central en la organización del tiempo libre de los jóvenes. Ver televisión, escuchar música leer, ir al cine, bailar, hacer deportes, "chatear", "navegar" y operar videojuegos son las prácticas de consumo cultural mencionadas con mayor frecuencia por los jóvenes en los usos del tiempo libre. En el marco de la centralidad de los consumos culturales, los medios –sobre todo la televisión– están entre las actividades más destacadas por los jóvenes.

La centralidad de los medios en los consumos culturales de los jóvenes da cuenta de la mediatización de la cultura. Sin duda, este es un fenómeno mas general de las sociedades contemporáneas que no solo afecta a los jóvenes, sino que posiblemente es en ellos donde alcanza mayor

fuerza debido a su capacidad de relacionarse con las diversas tecnologías de la comunicación. Esto significa que los propios medios generan rutinas, hábitos de consumo, formas de operar tecnología y discursos que se construyen desde la relación con ellos. Las subculturas juveniles aparecen como estrechamente vinculadas con este fenómeno.

La centralidad del consumo de medios de los jóvenes está indicando que el hogar ha pasado a representar un espacio de intenso consumo simbólico y creciente convergencia de tecnologías de comunicación. No son solo la televisión o la radio en su sentido tradicional, sino un nuevo concepto de "selección a la carta" en el consumo de TV por cable, videos, DVD, Internet y otros dispositivos, todo lo cual conduce al retiro del espacio público o bien a reinsertarlo en el contexto del consumo simbólico en/desde el hogar. Por último, la penetración de la cultura virtual tiene en los jóvenes a sus principales protagonistas. A pesar de algunas diferencias entre los países considerados, la tendencia es que los jóvenes son los que más usan Internet, vale decir, quienes más se socializan, y a mayor velocidad, en vínculos interactivos a distancia.

El capítulo VIII se ocupa de la participación de los jóvenes y de su condición de ciudadanía. La participación y ciudadanía de los jóvenes está cambiando, y este tránsito puede entenderse como su paso de protagonistas del cambio político y social a sujetos de derecho y objeto de políticas. Sin embargo, dicha transición está pendiente y en el momento actual los jóvenes se encuentran en el umbral que separa ambos modelos: ya no se perciben como los grandes actores del cambio político, pero todavía no se perciben como sujetos plenos de derecho o claros beneficiarios de políticas públicas. Esta deuda se compensa en parte por la percepción de los jóvenes como una generación que, de manera más cotidiana y menos épica, genera nuevas sensibilidades y produce nuevas identidades, sobre todo por medio del consumo cultural y la comunicación en general.

La información recabada por las encuestas de juventud permite delinear algunos rasgos de la participación juvenil, entre los que destacan: el descrédito de las instituciones políticas y del sistema democrático por parte de los jóvenes; un mayor nivel de asociatividad juvenil en ciertas prácticas culturales tradicionales, particularmente religiosas y deportivas; la creciente importancia que adquieren nuevas modalidades asociativas de carácter informal; una disociación entre un alto nivel de conciencia respecto de problemas de ética social y un bajo nivel de participación; la importancia de los medios de comunicación en las nuevas pautas de asociatividad juvenil; una tendencia incipiente a opinar y participar en temas de interés público mediante la conexión a redes virtuales; y una mayor tendencia a participar en organizaciones de voluntariado que en organizaciones políticas.

En el campo de los derechos de los y las jóvenes, la normativa tanto

internacional como de los países muestra algunos avances. El desafío pendiente está en conseguir efectivamente la aplicación de los derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales consagrados por la comunidad internacional y suscritos por la gran mayoría de las naciones. La Convención Americana sobre Derechos Humanos, aplicable a América Latina, no se refiere específicamente al joven, por lo que todavía no existe en el continente un instrumento regional que legisle en favor de sus derechos, en contraste con instrumentos que sí están presentes en Europa, tales como el programa La juventud con Europa (1995), el de cooperación con terceros países en el ámbito de la juventud (1995), el Servicio voluntario europeo para los jóvenes (1998) o los diversos acuerdos del Consejo Europeo sobre medidas prioritarias en el ámbito de la juventud. Finalmente, es poco frecuente encontrar entre las Constituciones de los países iberoamericanos leyes exclusivas para los jóvenes que difieran de las genéricas sobre educación, salud, trabajo y justicia antes mencionadas.

El capítulo IX da cuenta de las políticas y la institucionalidad públicas en materia de juventud, tal como los propios gobiernos iberoamericanos definen sus agendas. Las encuestas sobre programas nacionales de juventud identificaron las principales preocupaciones que expresan las autoridades gubernamentales con respecto a los jóvenes iberoamericanos. Tres son los ámbitos a que se atribuyen mayores problemas: el desempleo y la calidad del empleo, la educación y el acceso y riesgos asociados a la salud.

Durante el período comprendido entre 1995 y 1999, los países iberoamericanos avanzaron en la articulación de las políticas de juventud (OIJ, 2001), pero a un ritmo desigual entre naciones. Todavía existe gran heterogeneidad en las políticas de juventud de los países, que puede ser entendida a la luz de diversos criterios: los paradigmas implícitos de la fase juvenil que las sustentan, sus fundamentos legislativos (ámbito jurídico normativo), los niveles de la administración pública encargados de las acciones de juventud, y el tipo específico de gestión que realizan los organismos oficiales de juventud en cada país. Se constata que la mayor parte de los gobiernos se caracterizan por una *carencia relativa* de políticas explícitas de juventud orientadas exclusivamente al grupo juvenil. En algunos casos, tanto la legislación como la oferta programática pueden incluir a los jóvenes en la población mayor o menor de edad.

Durante la última década en Iberoamérica, resulta evidente el interés por configurar a la juventud como categoría jurídica, expresada en el interés por aprobar leyes para la juventud y reorganizar su dispersión legislativa, ya que hasta ahora los jóvenes han sido objeto de normativas y políticas que no los consideran en su especificidad juvenil, sino que los enmarcan en políticas sectoriales (educación, salud, trabajo) o bien en normas de otros grupos etarios (niños y adolescentes o adultos). Al analizar la normativa interna en

materia de juventud de los países encuestados, es posible constatar que en varios se ha logrado aprobar una ley de juventud o ley de la persona joven, que sirve como marco jurídico general para las políticas nacionales de juventud, mientras que en algunos países la elaboración y los lineamientos centrales de esta ley se encuentran actualmente en discusión.

En ausencia de leyes generales de juventud en algunos países de América Latina, es posible observar una diversidad de normas que aluden a programas juveniles de distinto tipo. Todos los países cuentan con programas de juventud, tanto globales como sectoriales, y algunos específicos de juventud, pero muchas veces subsumidos en programas para adolescentes y niños, o con dificultades para responder a las necesidades heterogéneas de la población juvenil. Pocos países ofrecen atención exclusiva a jóvenes rurales (Bolivia, Colombia y México), jóvenes indígenas (Colombia, México), mujeres jóvenes o programas con enfoque de género (Colombia, España, México) y hacia jóvenes discapacitados (Colombia, España). La mayoría de los programas incluyen estas categorías juveniles, pero no responden completamente a su especificidad. Costa Rica, Colombia, México, Nicaragua son países donde es visible una oferta de programas y proyectos más variada y selectiva hacia los jóvenes.

En el capítulo X y último se propone un conjunto de indicadores para evaluar la evolución de la situación de los jóvenes en los países iberoamericanos y dar seguimiento a los efectos de las políticas públicas orientadas a mejorar su condición y participación en la sociedad. Estos indicadores se basan en el acopio presentado en los capítulos precedentes y reagrupan la información susceptible de seguimiento sobre la base de criterios integradores, que permitan mostrar de manera sistémica la evolución de las vulnerabilidades y oportunidades de la juventud de la región.

Los indicadores están clasificados en cinco categorías o áreas prioritarias, que a su vez corresponden a cinco áreas de formulación de políticas públicas de juventud, a saber: reconocimientos de derechos, acceso equitativo a recursos, acceso a una calidad de vida adecuada, recursos para incrementar la autonomía y participación ciudadana.

El objetivo de estos indicadores consiste en medir con precisión los cambios registrados a lo largo del tiempo y hacer comparaciones en cada país, entre países y en el conjunto de Iberoamérica. En cada área prioritaria se han seleccionado dimensiones que permiten refinar el proceso de seguimiento de las políticas públicas, definir nuevos indicadores para medir sus efectos en la población joven y establecer en el futuro, si se estima pertinente, un observatorio que las supervise.

El criterio principal para la selección de los indicadores ha sido la disponibilidad actual de estadísticas oficiales y de información procesada. No

obstante, también se proponen indicadores que requieren la utilizaicón de instrumentos de medición relativamente nuevos en los países, como son las encuestas de juventud. En la propuesta se han seleccionado algunos indicadores para cada área prioritaria; no se pretende agotar todos los indicadores de juventud, ni abarcar con la misma profundidad todas las áreas.

Finalmente, cabe señalar que en esta publicación las fuentes de los datos presentados varían según los capítulos, incluyendo censos de población, encuestas de hogares, encuestas de juventud, encuestas de consumos culturales, y una encuesta especial formulada a los gobiernos iberoamericanos respecto de sus agendas en política e institucionalidad juvenil. Lamentablemente, la información disponible no es homogénea para todos los países en todos los temas, lo que hace que en algunos análisis se conjeturen tendencias generales a partir de algunos casos nacionales (como ocurre cuando la fuente utilizada son las encuestas de juventud o de consumos culturales, que solo algunos países disponen). Por otra parte, puesto que gran parte de la información fue obtenida mediante el procesamiento de encuestas periódicas de hogares, y la CEPAL dispone solo de aquellas de países latinoamericanos, la información estadística para España y Portugal no tiene la misma continuidad a lo largo del documento.

Esperamos con esta publicación contribuir a los estudios de juventud en Iberoamérica, conscientes de que el tema –y el problema– todavía adolece de muchas cuentas pendientes en materia de información, diagnósticos y políticas. Cabe concluir que entre todas estas cuentas pendientes, una muy especial es la valoración que el resto de la sociedad hace de los y las jóvenes. Al respecto, es fundamental ver en la juventud un potencial más que un problema, para lo cual habrá que revertir los estigmas que etiquetan a los jóvenes como disruptivos, inconsistentes o riesgosos. Por otra parte, aun cuando se construya la imagen de la juventud como potencial o promesa de futuro, es preciso también equilibrar esta valoración con la de los y las jóvenes como plenitud presente. Por último, a la premisa que reconoce la *diferencia específica* de la juventud como sujeto colectivo, tanto con respecto a otros sujetos como a su propia heterogeneidad interna, hay que sumarle con urgencia el imperativo de mayor *igualdad de oportunidades* para que los y las jóvenes puedan realizar sus proyectos de vida.

A ese horizonte de valoración nos encaminamos y esperamos contribuir.

Capítulo I

Tendencias sociodemográficas

En este capítulo se describe la dinámica sociodemográfica de la población juvenil iberoamericana[1]. En primer lugar, se analiza la evolución estimada y prevista de la población juvenil en el marco de las fases de transición demográfica que enfrentan los países iberoamericanos. Ya que esta transición remodela al conjunto de la estructura etaria, se analizan también las relaciones proporcionales entre los jóvenes y los restantes grupos etarios, explorando sus posibles consecuencias a futuro, que dependerán de la incógnita que representa la evolución sociocultural y económica de los países. A continuación se presenta la evolución estimada de la mortalidad juvenil, que en Iberoamérica ha descendido sensiblemente en los últimos 50 años, en concomitancia con la baja generalizada de la mortalidad. Luego se analizan las estimaciones y proyecciones de la fecundidad juvenil, pesquisando los vínculos entre las tendencias recientes de la reproducción juvenil y sus implicancias en la condición económica de los jóvenes y en la condición de maternidad de las jóvenes. En esta temática se introduce una mirada detallada sobre la fecundidad adolescente, como un fenómeno de fuerte presencia

[1] La población joven se define aquí de acuerdo con un criterio etario distinto al empleado en el conjunto del documento. Aunque la literatura especializada suele situar el límite inferior en los 15 años, en este capítulo se extiende hasta los 10 años, porque es útil para la mirada de largo plazo que ofrecen las perspectivas demográficas. Con esta extensión, se incorpora un segmento etario que está pronto a adquirir la condición juvenil. Asimismo, en algunas ocasiones se considerará un tramo de edad más restringido para referirse a la juventud, ya sea porque el tema lo exige o debido a limitaciones de la información disponible.

en los países latinoamericanos y de alto costo para las jóvenes y sus familias. Finalmente, el capítulo cierra con el análisis de las dinámicas migratorias de los jóvenes, por medio de indicadores de migración internacional, migración interna, urbanización y distribución espacial de la población joven, obtenidos mediante el procesamiento de datos censales.

Para la elaboración de este capítulo se utilizaron diversas fuentes estadísticas y demográficas, como censos de población y vivienda de los países iberoamericanos, Encuestas de Demografía y Salud (EDS) (*Demographic and Health Surveys* (*DHS*), www.measuredhs.com), y estadísticas seleccionadas.

A. La población Iberoamericana joven: tendencias y previsiones (1950-2050)

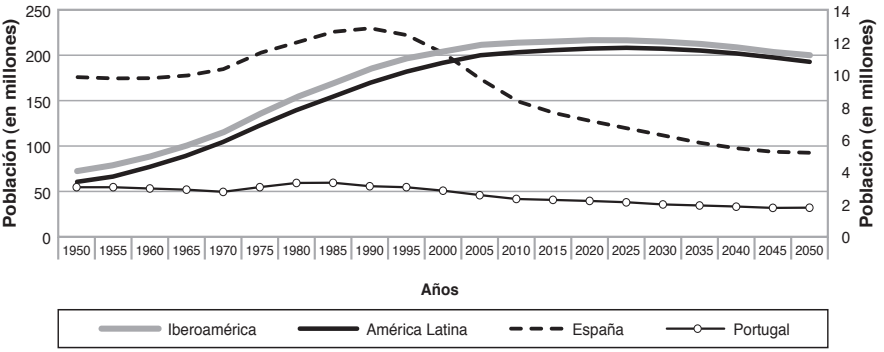
La cuantía e importancia relativa del segmento juvenil de la población iberoamericana depende de la trayectoria de la transición demográfica cuyos efectos sobre la población juvenil son disímiles a lo largo del tiempo.[2] Tres fases pueden distinguirse al respecto.

En la primera (inicios de la transición), se expande aceleradamente el número de jóvenes y se ensancha significativamente su representación dentro de la población. Tanto el ritmo de crecimiento de la población joven como su peso dentro de la población total alcanzan en esta fase –aunque en momentos distintos– sus máximos niveles históricos. En Iberoamérica, este período se extiende hasta el decenio de 1990 y se expresa en un incremento en la cantidad de población joven desde 72 millones a 186 millones (véase el gráfico I.1), un aumento del porcentaje joven de la población desde un 37% en 1950 a un 39% en la década de 1980 (véase el gráfico I.2) y un alza de la tasa de crecimiento media anual de este segmento de la población desde 1,9% a principios del decenio de 1950 a 3,1% a mediados del decenio de 1970 (véase el gráfico I.3).

[2] La transición demográfica es un proceso histórico de larga duración (30 años a lo menos, aunque históricamente ha tardado más de un siglo en completarse) cuyo núcleo es el descenso sostenido de la fecundidad y la mortalidad.

Gráfico I.1

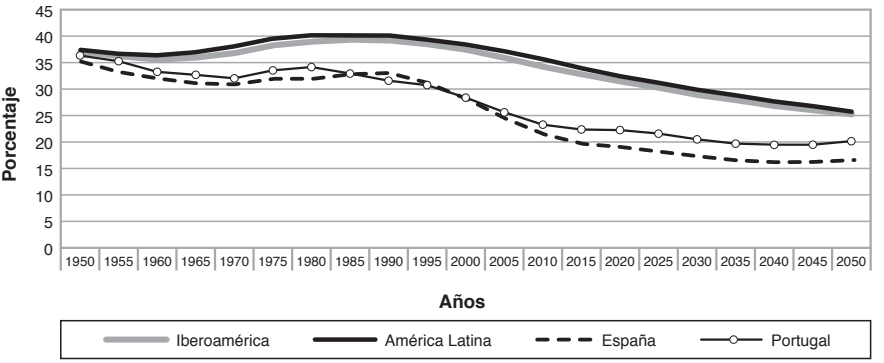
IBEROAMÉRICA, AMÉRICA LATINA, ESPAÑA Y PORTUGAL:
ESTIMACIONES Y PROYECCIONES DE LA POBLACIÓN JOVEN
(10 A 29 AÑOS), 1950-2050



Fuente: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, estimaciones y proyecciones de población vigentes; Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2000 Revision* (ST/ESA/SER.A/198), Nueva York, 2001.

Gráfico I.2

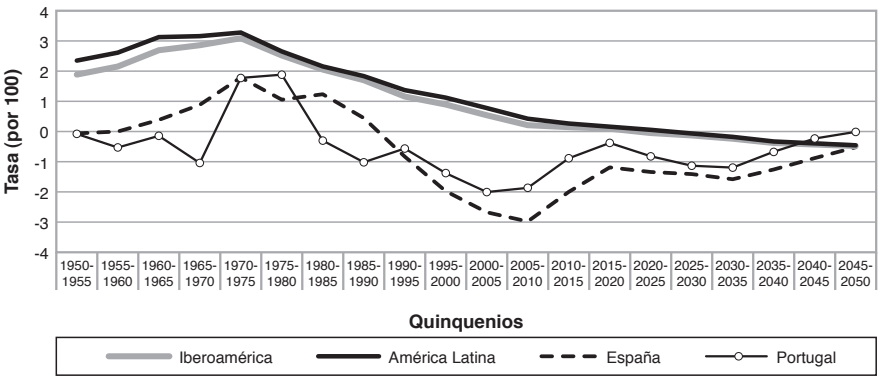
IBEROAMÉRICA, AMÉRICA LATINA, ESPAÑA Y PORTUGAL: ESTIMACIONES
Y PROYECCIONES DEL PORCENTAJE QUE REPRESENTA LA POBLACIÓN JOVEN
(10 A 29 AÑOS), 1950-2050



Fuente: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, estimaciones y proyecciones de población vigentes; Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2000 Revision* (ST/ESA/SER.A/198), Nueva York, 2001.

Gráfico I.3

IBEROAMÉRICA, AMÉRICA LATINA, ESPAÑA Y PORTUGAL: ESTIMACIONES Y PROYECCIONES DE LA TASA DE CRECIMIENTO MEDIA ANUAL DE LA POBLACIÓN JOVEN (10 A 29 AÑOS), 1950-2050



Fuente: Elaboración propia sobre la base de estimaciones y proyecciones de población del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, y Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2000 Revision* (ST/ESA/SER.A/198), Nueva York, 2001.

La segunda fase de transición demográfica se inicia con la incorporación a la edad joven de las cohortes que nacieron en la época del descenso sostenido de la fecundidad, descenso que atenuó el ritmo de expansión de los nacimientos anuales y que en varios países alcanzó índices negativos durante algunos años (véanse CELADE, estimaciones y proyecciones de población vigentes; Naciones Unidas, 2001a). En esta fase se acentúa una tendencia que ya se insinuaba en las postrimerías de la anterior, que es la atenuación del ritmo de incremento de la población joven. Por ello, comienza a bajar la proporción de jóvenes dentro de la población total. En esta etapa se encuentra Iberoamérica, donde el porcentaje de población joven ha vuelto al 37% de mediados de siglo XX (véase el gráfico I.2), siendo el ritmo de expansión de este segmento inferior al 1% medio anual en la actualidad (véase el gráfico I.3).

La tercera fase se caracteriza por un descenso de la cantidad de jóvenes, se estrenan así tasas negativas de crecimiento de este segmento de la población, mientras persiste la caída en el porcentaje de jóvenes con respecto al total de la población. Se trata de una etapa aún desconocida para la región como un todo, si bien algunos de sus países ya la están experimentando.

La evolución de la población joven presenta claras especificidades nacionales asociadas a las diferentes trayectorias de la transición demográfica en los países. El contraste entre las curvas ibéricas y las latinoamericanas es

marcado, tal como se aprecia en los gráficos I.1, I.2 y I.3. Estos sugieren que tanto España como Portugal ya se encuentran en la tercera fase descrita en el párrafo anterior, pues desde mediados del decenio pasado la cuantía de la población joven está bajando. Por cierto, la imagen que ofrecen los tres gráficos es la de trayectorias irregulares y abruptas en el caso de la península ibérica, y regulares y suaves en el caso de América Latina. Aunque en alguna medida tal panorama se debe a la naturaleza de la comparación –por una parte, países individuales (España y Portugal) y por otra, un conjunto de naciones cuyo promedio puede ocultar trayectorias individuales disímiles–, un cotejo más estricto sugiere que, al menos en el período de referencia (1950-2050), la evolución de la población joven en los países de la península ibérica tendrá altibajos, mientras que en los países latinoamericanos será creciente hasta alcanzar un punto de estabilización, sin que se verifiquen caídas agudas de su magnitud absoluta (véase el gráfico I.4).[3] La explicación de esta diferencia estriba en los índices de fecundidad alcanzados por España y Portugal, que fueron inferiores al nivel de reemplazo ya a principios de la década de 1980, condición que, excepto Cuba, no ha acontecido en Latinoamérica, pese al pronunciado descenso de su fecundidad. Estas diferencias también se reflejan en el peso relativo que llegan a alcanzar los jóvenes respecto del total de la población en uno u otro caso: las cúspides de representación juvenil son del orden del 40% de la población en América Latina (decenio de 1980 y parte del de 1990) y no superiores al 36% en la península ibérica (véase el gráfico I.2).

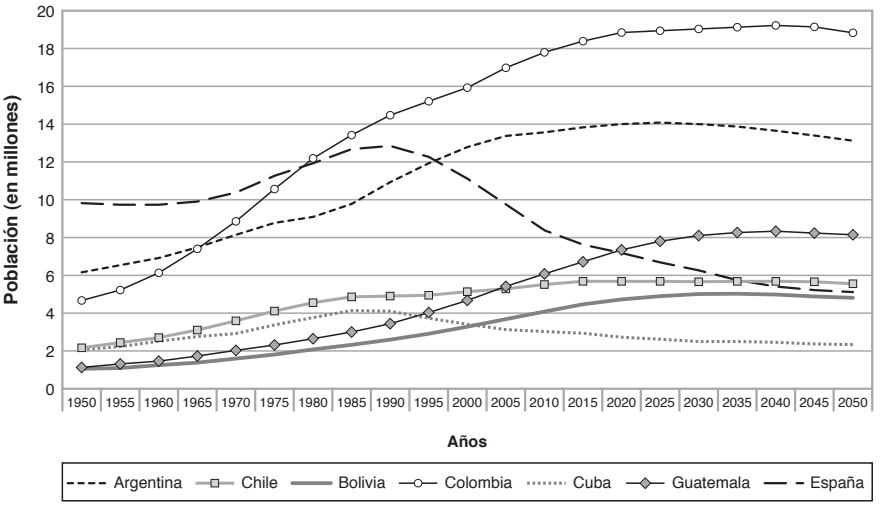
La transición demográfica remodela el conjunto de la estructura etaria. Su efecto, por tanto, también atañe a las relaciones proporcionales entre los jóvenes y los restantes grupos etarios. Estas relaciones siguen patrones relativamente estilizados, aunque sus niveles de partida y los máximos que alcanzan durante la transición difieren marcadamente entre países. Los gráficos I.5, I.6 y I.7 son ilustrativos al respecto. La relación entre jóvenes y niños menores de 10 años (véase el gráfico I.5) tiende a elevarse con la transición –aunque en algunos países hay una ligera disminución durante sus inicios–, para tender a estabilizarse en torno de los 200 jóvenes por cada 100 niños; esta

[3] Para asegurar una adecuada representación de la heterogeneidad de situaciones demográficas en América Latina, el gráfico contiene países de las cuatro etapas de transición demográfica que ha identificado el Centro Latinoamericano y Caribeño de Desarrollo (CELADE) - División de Población de la CEPAL para clasificar a los países de esta región. Según esta clasificación, en *transición avanzada* –con natalidad y mortalidad baja o moderada y bajo crecimiento– están Argentina, Chile, Cuba y Uruguay; en *plena transición* –con natalidad moderada y mortalidad moderada o baja, lo que determina un crecimiento natural moderado– están Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, México, Panamá, Perú, República Dominicana, Venezuela; y en fases de *transición moderado incipiente* –con alta natalidad y mortalidad alta o moderada y crecimiento natural elevado– están Bolivia, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua y Paraguay (CEPAL, 2000a).

Gráfico I.4

IBEROAMÉRICA (PAÍSES SELECCIONADOS): ESTIMACIONES Y PROYECCIONES DE LA POBLACIÓN JOVEN

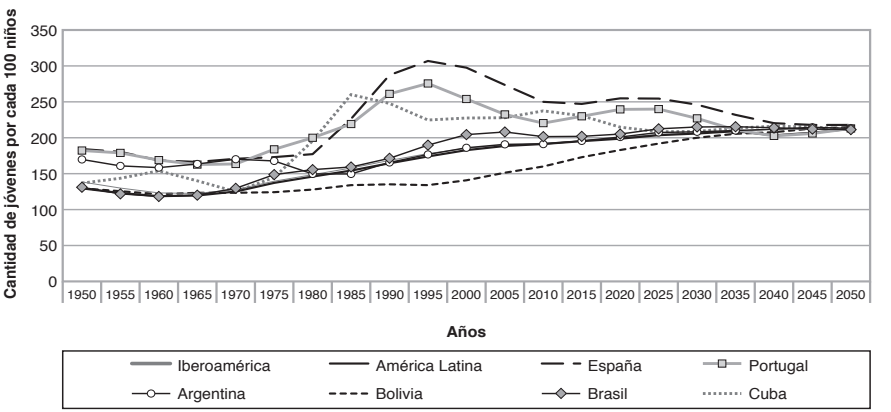
(10 A 29 AÑOS), 1950-2050



Fuente: Elaboración propia sobre la base de estimaciones y proyecciones de población del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, y Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2000 Revision* (ST/ESA/SER.A/198), Nueva York, 2001.

Gráfico I.5

IBEROAMÉRICA (PAÍSES SELECCIONADOS): ESTIMACIONES Y PROYECCIONES DE LA RELACIÓN ENTRE LA POBLACIÓN JOVEN (10 A 29 AÑOS) Y LA POBLACIÓN INFANTIL (MENOR DE 10 AÑOS), 1950-2050



Fuente: Elaboración propia sobre la base de estimaciones y proyecciones de población del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, y Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2000 Revision* (ST/ESA/SER.A/198), Nueva York, 2001.

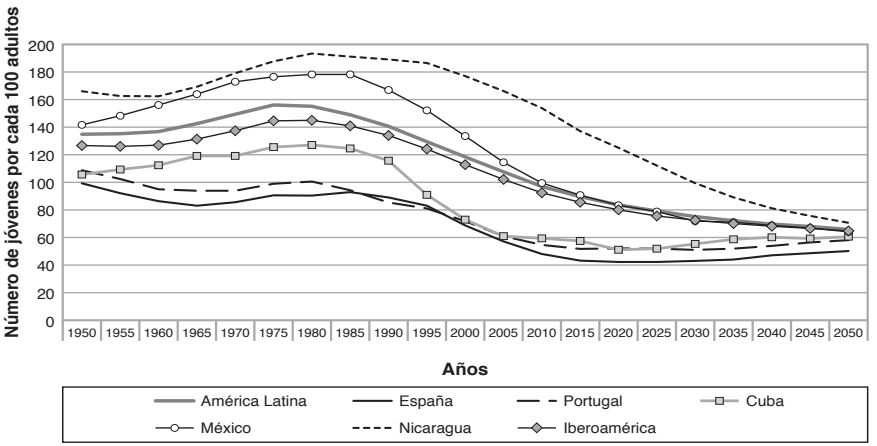
relación no baja de 100 en el período examinado y solo en casos excepcionales (Cuba, España y Portugal) supera el nivel de 300.

La relación entre jóvenes y adultos (véase el gráfico I.6) tiene dos curvas distintas, una latinoamericana y otra ibérica. En el primer caso se parte desde índices claramente superiores a 100, que tienden al alza durante varias décadas y luego se reducen a medida que las cohortes jóvenes se ven reducidas por el descenso de la fecundidad. En el segundo caso se parte desde índices cercanos a 100, que se mantienen relativamente estables hasta la década de 1990, cuando comienzan a caer marcadamente, esperándose que se estabilicen en niveles de 50 alrededor del año 2015. Cabe subrayar que, en ambos casos, aproximadamente al final de la transición, la relación entre jóvenes y adultos tiende a reflejar la representación de uno y otro grupo en la pirámide etaria, es decir, hay más adultos que jóvenes (en parte, porque son más los años de adultez que los de juventud). Finalmente, luego de algunas décadas de relativa estabilidad, la relación entre jóvenes y ancianos (véase el gráfico I.7) tiende a declinar sistemáticamente; por la misma razón, en las fases finales de la transición se espera que la cantidad de adultos mayores supere a la de jóvenes.

Esta evolución de la población juvenil tiene diversas implicancias, aunque algunas todavía inciertas. Tal vez la más clara sea la paulatina

Gráfico I.6

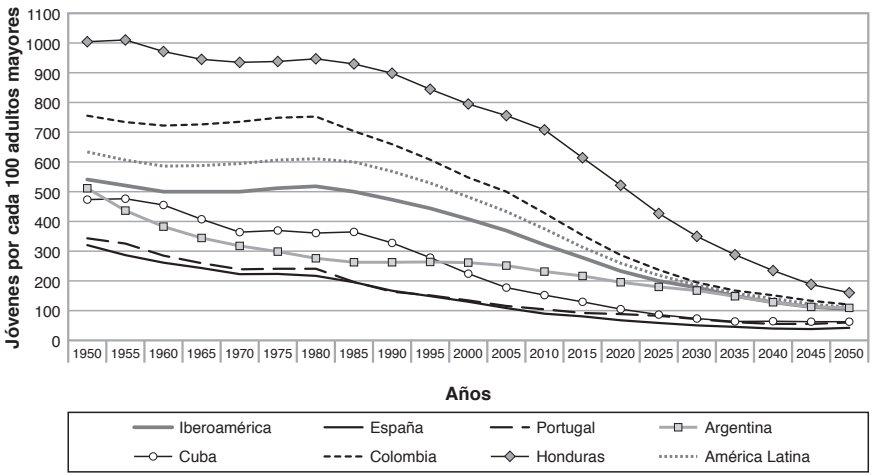
IBEROAMÉRICA (PAÍSES SELECCIONADOS): ESTIMACIONES Y PROYECCIONES DE LA RELACIÓN ENTRE LA POBLACIÓN JOVEN (10 A 29 AÑOS) Y LA POBLACIÓN ADULTA (30-59 AÑOS), 1950-2050



Fuente: Elaboración propia sobre la base de estimaciones y proyecciones de población del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, y Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2000 Revision* (ST/ESA/SER.A/198), Nueva York, 2001.

Gráfico I.7

IBEROAMÉRICA (PAÍSES SELECCIONADOS): ESTIMACIONES Y PROYECCIONES DE LA RELACIÓN ENTRE LA POBLACIÓN JOVEN (10 A 29 AÑOS) Y LA POBLACIÓN ADULTA MAYOR (60 Y MÁS AÑOS), 1950-2050



Fuente: Elaboración propia sobre la base de estimaciones y proyecciones de población del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, y Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2000 Revision* (ST/ESA/SER.A/198), Nueva York, 2001.

reducción de la presión ejercida sobre los servicios destinados a los jóvenes. El sistema educativo es, probablemente, el caso más ilustrativo, pues luego de décadas de soportar un incesante aumento de la demanda por cupos e insumos, comenzará a experimentar una paulatina estabilización de su población objetivo. Esto abrirá una "ventana de oportunidades" que puede aprovecharse para reducir las lagunas de cobertura, extender la jornada, incrementar la calidad de la enseñanza y reducir las brechas de desempeño entre grupos sociales. Ello contribuiría, además, a una mayor eficacia del sistema educacional en términos de logros y aprendizajes, lo que a su vez tendría efectos positivos en el capital humano de los países, la capacidad productiva interna, la competitividad externa, y las condiciones culturales para el ejercicio de la ciudadanía.

También cabe esperar que las cohortes que ingresen a la etapa joven de la vida enfrenten un contexto económico y social menos saturado que el que enfrentaron las cohortes precedentes, tal como lo propone la denominada "hipótesis de Easterlin".[4] En la misma línea, tenderá a erosionarse

[4] Easterlin (1980) planteó la existencia de un estrecho vínculo entre los cambios en el tamaño relativo de las cohortes y su "porvenir" socioeconómico. La hipótesis sugiere que

el fundamento demográfico de la visibilidad y gravitación sociopolítica de los jóvenes. Recordemos que el auge de los movimientos generacionales juveniles de los decenios de 1960 y 1970, que se desataron en los países desarrollados, coincidió con la llegada a la juventud de las cohortes provenientes del denominado *baby-boom* y luego esta efervescencia se extendió a todo el mundo. En otras palabras, la máxima presencia sociopolítica se da en el punto más alto de representación demográfica que ostentan los jóvenes durante la primera fase de la transición; y dicha representación poblacional tenderá a mermar, lo que podría debilitar proporcionalmente la capacidad de influencia y movilización de los jóvenes. Más aún, la incorporación de los temas que le atañen a la juventud en las agendas públicas puede verse deteriorada (Esping-Andersen, 2000), dado que baja su peso electoral y como "consumidor político".

Asimismo, y por un simple efecto de composición estadística, algunas de las conductas socialmente riesgosas que tienden a ser más frecuentes entre los jóvenes (violencia, criminalidad, drogadicción) seguirían la trayectoria del porcentaje joven de la población. Esto quiere decir que alcanzarían su mayor intensidad junto con el punto más alto de proporción de jóvenes en el total de la población, y luego irían descendiendo junto con la baja de esta representación (BID, 2000).

Por cierto, cabe preguntarse por el grado de "determinismo demográfico" al respecto, dado que la inserción social, el peso sociopolítico y las conductas juveniles no dependen exclusivamente de la cuantía y el peso relativo de la población joven. Un ejemplo claro de lo anterior es que el escenario laboral que enfrenten los jóvenes no estará determinado solo por el tamaño relativo de sus cohortes, ya que el nivel de tecnología y las condiciones económicas generales influirán decisivamente en la demanda de trabajo. De modo que las cohortes relativamente menos numerosas no aseguran condiciones de empleo más holgadas para los jóvenes (aunque al

---

las cohortes relativamente más numerosas tendrán ingresos relativos inferiores a los de sus progenitores, por enfrentarse a un mercado laboral y de oportunidades profesionales "repleto". Por la misma razón, enfrentarán más dificultades para satisfacer sus aspiraciones de movilidad social, las que fueron moldeadas durante su niñez en hogares que en su mayoría ascendieron socialmente. Easterlin sostiene que el efecto del tamaño de la cohorte no solo se advierte en los ingresos relativos, sino también en las conductas que desarrollan los individuos para enfrentar este escenario adverso y lograr, al menos, mantener el nivel de vida relativo que tuvieron sus padres. Esto ha conducido a que algunos autores vean en el tamaño relativo de la cohorte el desencadenante del descenso sostenido de la fecundidad (Macunovich, 2000, pp. 236 y 237), y que otros, motivados por los planteamientos originales de Easterlin, vean en esta oscilación los principales estímulos para la generalización de un conjunto de conductas propias de la "segunda transición demográfica" (Lestaeghe, 1998, p. 6).

menos en lo que se refiere a la oferta de trabajo sugieren un escenario menos apretado), ni tampoco los condenan a tener menor peso político.

Las trayectorias de los indicadores de relación cuantitativa entre los jóvenes, por una parte, y los niños, los adultos y las personas mayores, por otra (véanse los gráficos I.5, I.6 y I.7), probablemente afectarán sus relaciones sociales. Nuevamente, es incierta la forma específica que adoptará este efecto. Puede, por ejemplo, producirse una mayor valoración de los talentos o rasgos de los jóvenes, debido a su creciente escasez relativa. O por el contrario, puede reducir el poder de los jóvenes debido a su menor incidencia demográfica.

Cabe, al menos, distinguir dos planos de influencia. Uno es de tipo agregado y atañe a la relación que tendrán los jóvenes, como colectivo con intereses comunes, con los restantes grupos de edad que tienen otras prioridades. El otro es de naturaleza micro y corresponde a los vínculos que establecen las diferentes generaciones a escala doméstica y de las familias. La permanencia en el hogar de los progenitores jóvenes puede extenderse con más holgura si no hay hermanos pequeños que requieren espacio, recursos y cuidados. La mayor sobrevivencia de los abuelos hace que su presencia (y, eventualmente, el intercambio e interacción con los nietos) sea más probable durante la fase juvenil de las personas. Finalmente, la crianza y formación de los niños en un contexto de prole pequeña (más aún si se trata de hijo único) sitúa a los jóvenes en una condición especial dentro de los hogares, históricamente desconocida en Iberoamérica. En España y Portugal, esto se ha asociado a un retraso de la edad de partida del hogar de los padres, si bien este retraso también obedece a otros factores, como la postergación de la iniciación nupcial y reproductiva, el alto desempleo juvenil y el elevado costo de la vivienda.

En suma, las consecuencias de la evolución estimada y prevista de la población joven de Iberoamérica son diversas, complejas y en varios casos inciertas. Esto último se debe tanto a la condición históricamente novedosa de tal evolución como a la incógnita que representa la evolución sociocultural y económica de los países. Esta última será crucial para determinar la forma concreta que asumirán las consecuencias del cambio demográfico que afecta a la población joven.

B. La mortalidad en los jóvenes

La mortalidad entre los jóvenes de Iberoamérica ha descendido sensiblemente en los últimos 50 años, en concomitancia con la baja generalizada de la mortalidad. En ello concurren el avance de la ciencia médica, la am-

pliación de la cobertura de servicios básicos y sanitarios, y el incremento de la capacidad individual para prevenir y enfrentar las enfermedades (CEPAL, 2000g). Los cuadros I.1a y I.1b presentan la evolución estimada de la mortalidad juvenil en los últimos 15 años (entre 1987 y 2003 aproximadamente). En todos los países de América Latina, con la excepción de los hombres uruguayos, la probabilidad de fallecer durante los diferentes tramos etarios ha seguido descendiendo. El tramo de edad con caídas más marcadas es el de 10 a 15 años exactos, lo que se explica porque en los otros tres tramos (15-20; 20-25 y 25-30 años) son más frecuentes las causas de muerte relacionadas con conductas o estilos de vida (violencia, accidentes, suicidios). Por la misma razón, y como se verá, estos tramos registran un descenso menos sostenido en el período de referencia. Finalmente, en la mayor parte de los países (con excepción de Colombia, Cuba y El Salvador) ha crecido en los últimos 15 años la brecha de mortalidad entre hombres y mujeres. Estas últimas han sido claramente más beneficiadas con el descenso de mortalidad (véanse los cuadros I.1a y I.1b). Como se ilustrará más adelante, esto también se relaciona con la disparidad de género en cuanto a la frecuencia relativa de muertes asociadas a conductas y estilos de vida.

Comparada con la mortalidad de otros grupos de edades, la de los jóvenes es relativamente baja y sus defunciones representan pequeñas fracciones del total. Las tasas centrales de mortalidad de los jóvenes iberoamericanos son inferiores a 4 por 1.000, y durante la adolescencia (10-19 años) no superan el 2 por 1.000 (véase CELADE, estimaciones y proyecciones de población vigentes). Esto se compara muy favorablemente con los índices de mortalidad de los grupos extremos de edad, pues la mortalidad infantil es inferior a 10 por 1.000 solo en España, Portugal, Chile y Cuba –y en algunos países, como Guatemala, supera el 40 por 1.000–, mientras que la mortalidad después de los 65 años es superior al 15 por 1.000 (para ambos sexos) en todos los países de la región (CELADE, 2001d).

Otra manera de reflejar las condiciones de mortalidad durante la juventud se aprecia al proyectar la evolución que tendría, entre las edades exactas de 10 y 30 años, una cohorte de 100.000 personas expuestas a la mortalidad actual *desde su nacimiento*. En los países con menor mortalidad (España, Portugal y Uruguay), esta cohorte perdería durante la juventud no más del 2% de sus efectivos. Es decir, la gran mayoría de las personas que cumplen 10 años –que, además, son casi todos los miembros de la cohorte original a causa de la baja mortalidad durante la infancia y la niñez– llegarían a cumplir los 30 años. En los países de alta mortalidad, como Bolivia, algo más de un 5% de los sobrevivientes a la edad exacta de 10 años (vale decir, de los que alcanzaron esa edad y no fallecieron antes), fallecería antes de cumplir los 30 años. Pero en este último país casi un 10% de esta cohorte

Cuadro I.1a

AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DE LA PROBABILIDAD DE MORIR DURANTE DIFERENTES TRAMOS ETARIOS DE LA JUVENTUD, EN HOMBRES, POR PAÍSES, 1985-2005 [a/]

	1985-1990				2000-2005			
País	*10-15*	*15-20*	*20-25*	*25-30*	*10-15*	*15-20*	*20-25*	*25-30*
Argentina	0,24	0,47	0,69	0,82	0,17	0,37	0,52	0,65
Bolivia	1,16	1,74	2,09	2,25	0,92	1,39	1,56	1,72
Brasil	0,37	0,97	1,57	1,87	0,27	0,79	1,29	1,53
Chile	0,22	0,48	0,82	0,97	0,15	0,38	0,64	0,71
Colombia	0,37	1,23	2,29	2,55	0,21	0,96	1,60	1,59
Costa Rica	0,19	0,39	0,65	0,67	0,14	0,38	0,59	0,64
Cuba	0,28	0,57	0,76	0,78	0,23	0,45	0,60	0,63
Ecuador	0,49	0,73	1,02	1,30	0,38	0,58	0,83	1,08
El Salvador	0,49	1,76	3,40	3,44	0,36	0,71	1,20	1,66
Guatemala	0,74	1,39	2,39	3,09	0,43	0,95	1,81	2,42
Honduras	0,62	1,00	1,39	1,89	0,43	0,71	0,98	1,36
México	0,34	0,78	1,29	1,68	0,24	0,56	0,92	1,21
Nicaragua	0,65	2,41	3,02	2,47	0,31	0,76	1,21	1,42
Panamá	0,32	0,70	1,13	1,36	0,22	0,65	0,97	1,15
Paraguay	0,38	0,63	0,90	0,94	0,29	0,47	0,69	0,74
Perú	0,52	0,78	1,18	1,32	0,38	0,58	0,88	1,04
República Dominicana	0,43	0,67	1,23	1,50	0,29	0,49	0,87	1,04
Uruguay	0,26	0,40	0,58	0,61	0,17	0,46	0,62	0,69
Venezuela	0,31	0,82	1,22	1,26	0,24	0,61	0,91	0,97

Fuente: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, estimaciones y proyecciones de población vigentes;

[a/] Corresponde a la probabilidad de fallecer entre el límite de edad inferior y superior del intervalo señalado. Está expresada por 100.

fallecería antes de enterar los 10 años, como resultado de la alta mortalidad durante la infancia y la niñez. Al comparar estas cohortes hipotéticas entre hombres y mujeres se evidencian diferencias de género particularmente agudas y desfavorables para los hombres, quienes están mucho más expuestos a mortalidad por "causas externas" (violencia, accidentes, y otras).

Estas cifras sugieren *una situación de relativa seguridad vital* durante la juventud en Iberoamérica y contrastan con la imagen, bastante generalizada entre el público y las autoridades de la región, de una persistente o

Cuadro I.1b

AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DE LA PROBABILIDAD DE MORIR DURANTE DIFERENTES TRAMOS ETARIOS DE LA JUVENTUD, EN MUJERES, POR PAÍSES, 1985-2005 [a/]

	1985-1990				2000-2005			
País	*10-15*	*15-20*	*20-25*	*25-30*	*10-15*	*15-20*	*20-25*	*25-30*
Argentina	0,15	0,26	0,36	0,44	0,10	0,18	0,25	0,32
Bolivia	1,01	1,43	1,69	1,81	0,78	0,90	0,98	1,04
Brasil	0,25	0,42	0,57	0,72	0,17	0,29	0,39	0,50
Chile	0,14	0,21	0,26	0,33	0,09	0,15	0,18	0,23
Colombia	0,22	0,38	0,48	0,56	0,16	0,34	0,40	0,45
Costa Rica	0,13	0,18	0,22	0,28	0,09	0,17	0,19	0,24
Cuba	0,17	0,43	0,49	0,52	0,14	0,34	0,40	0,42
Ecuador	0,38	0,56	0,70	0,86	0,28	0,43	0,53	0,66
El Salvador	0,35	0,68	0,86	0,99	0,29	0,46	0,66	0,84
Guatemala	0,66	1,01	1,30	1,59	0,38	0,60	0,83	1,08
Honduras	0,51	0,75	1,00	1,25	0,35	0,52	0,70	0,87
México	0,22	0,32	0,44	0,56	0,15	0,22	0,30	0,38
Nicaragua	0,56	0,76	0,97	1,13	0,26	0,49	0,58	0,70
Panamá	0,23	0,33	0,39	0,48	0,15	0,24	0,32	0,40
Paraguay	0,38	0,37	0,47	0,57	0,20	0,28	0,36	0,44
Perú	0,38	0,51	0,70	0,87	0,25	0,32	0,45	0,59
República Dominicana	0,35	0,45	0,64	0,83	0,22	0,30	0,42	0,54
Uruguay	0,15	0,21	0,26	0,34	0,11	0,21	0,24	0,30
Venezuela	0,20	0,32	0,39	0,45	0,15	0,24	0,29	0,35

Fuente: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, estimaciones y proyecciones de población vigentes;

[a/] Corresponde a la probabilidad de fallecer entre el límite de edad inferior y superior del intervalo señalado. Está expresada por 100.

hasta creciente exposición a amenazas mortales en este período de la vida. En rigor, no hay contradicción. Las bajas tasas de mortalidad juvenil tienen un sustrato fisiológico poderoso, pues en aquella etapa es poco probable desarrollar patologías endógenas graves y el organismo está apto para responder a agentes microbianos exógenos. Por tanto, prácticamente toda la mortalidad que se produce es evitable.[5]

[5] Para profundizar en causas de la mortalidad juvenil véase el capítulo de salud en el presente documento.

Un aspecto sobre el que la evidencia es fragmentaria, pero que resulta de primera importancia, es el de las inequidades sociales frente a la probabilidad de morir durante la juventud. Todos los indicios disponibles sugieren que los pobres están más expuestos a patologías, accidentes y violencia, por lo que sus índices de mortalidad son mayores. Aun así, las especificidades "conductuales" de las causas de muerte juvenil hacen que los jóvenes de clase alta y media estén expuestos a este riesgo, incluso bajo condiciones sanitarias y médicas óptimas.

C. Fecundidad y reproducción en la juventud

1. Estimaciones y proyecciones

En comparación con lo que ocurría en 1950, la fecundidad durante la juventud es mucho más baja en la actualidad, lo que se enmarca en el descenso sostenido que han experimentado los índices reproductivos en la región.[6] Las estimaciones y proyecciones de población vigentes para América Latina y el Caribe sugieren que en los últimos 15 años la fecundidad total y la juvenil han seguido cayendo, con la excepción de la fecundidad adolescente que se ha mostrado más bien errática y que amerita un examen especial. Se prevé que la tendencia continúe en el futuro alcanzando el nivel de reemplazo en torno del año 2025 (véase el gráfico II.8).

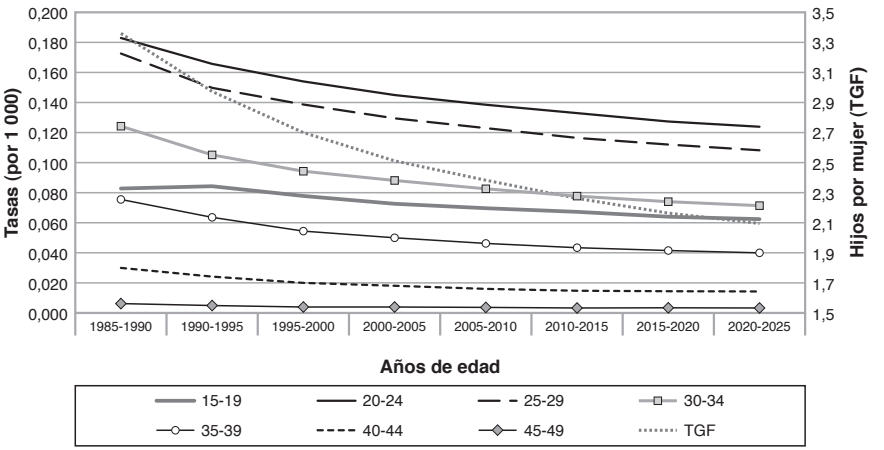
En todos los países de Iberoamérica el número de hijos tenidos hacia finales de la juventud (edad exacta 30 años) habría descendido entre fines del decenio de 1980 y la actualidad. Para el conjunto de América Latina, el régimen de fecundidad imperante en torno de 1987 conducía a que en promedio las mujeres tuviesen 2,2 hijos nacidos vivos al cumplir los 30 años; el régimen vigente en la actualidad conduce a un promedio de 1,7 hijos nacidos vivos a dicha edad (véase CELADE, estimaciones y proyecciones de población vigentes). No obstante este descenso, la situación de América Latina dista de la que prevalece en la península ibérica, donde no solo hay una fecundidad mucho menor sino que, como se subraya más adelante, se registra un calendario mucho más tardío: a la edad exacta 30 años las españolas en promedio apenas llegan a 0,5 hijos por mujer, mientras que las portugesas alcanzan a alrededor de un hijo por mujer.

---

[6] Este descenso ha ocurrido con especificidades nacionales. Además del evidente contraste entre los países peninsulares y América Latina –en los primeros la fecundidad total ya era inferior a 3 en 1950 y en la actualidad está bien por debajo del nivel de reemplazo (Naciones Unidas, 2001b)– dentro de América Latina hay abiertos contrastes entre países de fecundidad baja ya en 1950 (como Argentina y Uruguay) y naciones con fecundidad alta incluso en la actualidad (como Guatemala) (J. Rodríguez, 2003a).

Gráfico I.8

AMÉRICA LATINA: ESTIMACIONES Y PROYECCIONES DE LAS TASAS ESPECÍFICAS DE FECUNDIDAD POR GRUPOS QUINQUENALES DE EDAD Y DE LA TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD (TGF), 1985-2025



Fuente: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, estimaciones y proyecciones de población vigentes.

El cuadro I.2 ofrece una información que parece paradojal: como ya se expuso, los jóvenes tienen, en promedio, menos hijos que antes; pero del total de niños que nacen, un porcentaje mayor tienen padres jóvenes. Esto se explica porque la fecundidad a edades adultas cayó más fuertemente que la de edades jóvenes. De allí la simultaneidad de menor fecundidad juvenil y mayor concentración de la reproducción en la juventud.

El descenso de la fecundidad juvenil es una oportunidad para que los jóvenes puedan destinar más tiempo a su formación, maduración o adquisición de experiencia en diferentes ámbitos vitales. La maternidad/paternidad entraña múltiples obligaciones, incluyendo un cambio de estatus social, ya que culturalmente suele definir la condición de adultez. Tales obligaciones suelen competir con opciones alternativas como la permanencia en el sistema escolar, la inserción laboral (sobre todo en el caso de las mujeres), la acumulación de activos o simplemente la maduración psicosocial. Dada la importancia creciente que tiene la acumulación de conocimientos y de experiencia práctica para una inserción y un desempeño laboral satifactorio, y la preocupación de los padres en el sentido de ofrecer a sus hijos las mejores opciones de desarrollo futuro, el retraso de la iniciación reproductiva pareciera tener claras ventajas, aun cuando lo anterior no asegura una trayectoria adulta satisfactoria o exitosa. La postergación, hasta después de la juventud, en cambio, se presta para mayor discusión, sobre todo porque

Cuadro I.2

IBEROAMÉRICA: EVOLUCIÓN DE LA CONCENTRACIÓN DE LA FECUNDIDAD EN LA JUVENTUD, POR PAÍSES, 1987 Y 2003

	Concentración de la fecundidad en la juventud (15-29 años)		**Cambio (porcentaje) de la concentración reproductiva en la juventud**
PAÍS	*1987*	*2003*	*1987-2003*
América Latina	65,1	69,2	4,1
Argentina	65,4	66,9	1,6
Bolivia	55,9	58,9	2,9
Brasil	68,6	73,2	4,5
Chile	68,1	71,7	3,6
Colombia	64,4	68,9	4,5
Costa Rica	65,9	69,7	3,9
Cuba	80,7	79,5	-1,3
Ecuador	59,5	61,5	2,0
El Salvador	65,3	66,5	1,2
Guatemala	59,2	62,1	3,0
Honduras	59,6	63,1	3,5
México	64,2	67,2	3,0
Nicaragua	65,8	67,2	1,4
Panamá	69,3	71,0	1,7
Paraguay	55,8	60,0	4,2
Perú	56,1	59,2	3,1
República Dominicana	69,4	77,2	7,8
Uruguay	65,2	69,3	4,0
Venezuela	65,6	70,1	4,6
España	-	44,7	-
Portugal	-	60,6	-

Fuente: Elaboración propia sobre la base de estimaciones y proyecciones vigentes del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, y la División de Población de las Naciones Unidas.

la fase final de la juventud presenta condiciones de madurez fisiológicas y sicológicas óptimas para la carga física y emocional que implica la crianza. Además, la postergación de la reproducción hasta después de los 30 años entraña una probabilidad no menor de convertirse, a la postre, en nuliparidad, lo que puede ser socialmente complejo a largo plazo.

2. Tendencias recientes de la reproducción en la juventud

Los datos censales permiten una aproximación pormenorizada a la trayectoria reproductiva. Hacen posible examinarla según edades simples y cruzarla con otras variables relevantes que recogen los censos. La cantidad de casos, más que la cantidad o calidad de la información recogida, ofrece enormes potencialidades. Entre ellas, la desagregación geográfica, para observar disparidades territoriales del comportamiento reproductivo (Alfonso, J.C. y otros, 2004), y la complejidad de los cruces multivariados.[7] A continuación, se presenta una síntesis de antecedentes sobre la trayectoria reproductiva de los jóvenes latinoamericanos derivada del procesamiento de las bases de microdatos censales disponibles en el CELADE. [8]

a) Paridez

La paridez es una medida resumen de la reproducción que refleja el promedio de hijos acumulado a distintas edades. Se trata de una medida longitudinal, que se obtiene directamente con la pregunta retrospectiva sobre hijos tenidos vivos, que suele incluirse en el módulo de fecundidad de los censos.[9] ¿Qué sugieren los datos censales en relación con la evolución de

---

[7] No obstante sus enormes y aún subexplotadas potencialidades, las bases de microdatos censales presentan limitaciones. En general, recogen información sobre pocas variables, para algunas preguntas pueden tener respuestas de mala calidad, la declaración de la edad suele tener sesgo y los procedimientos de corrección agregada no son útiles cuando se trata de microdatos. En la actualidad, la manipulación y el procesamiento de microdatos censales ha sido facilitado por el programa de recuperación de datos para áreas pequeñas por microcomputador (REDATAM), diseñado y difundido por el CELADE, que ha permitido a varios países de la región el procesamiento en línea de estos datos. Se dispone de alrededor de 5 bases de la ronda de 1970, 15 de la ronda de 1980, 15 de la ronda de 1990 y 12 de la ronda de 2000 (véase www.cepal.org/celade).

[8] Esta sección tendrá un sesgo de género, pues explorará el proceso de inserción social de las madres y no el de los padres. Esto se debe a que en los censos las preguntas sobre hijos tenidos solo se hacen a mujeres. En la sección sobre fecundidad adolescente, donde se consideran datos de encuestas, habrá algunos antecedentes sobre conducta reproductiva masculina obtenidos de encuestas especializadas y estadísticas vitales.

[9] Su cálculo con información censal requiere de un conjunto de decisiones relativas al manejo de la consulta sobre hijos tenidos. Normalmente, esta pregunta tiene dos problemas de declaración: i) alta frecuencia relativa de no respuesta, sobre todo en las edades menores de 20 años; ii) errores en la cantidad de hijos. Para aplicar un criterio de corrección sencillo y homogéneo respecto del primer problema, la opción recomendada es homologar la no declaración a nuliparidad. Aunque la decisión puede parecer simplista para un observador externo, existe abundante investigación especializada y antecedentes empíricos que la avalan sobre todo para las adolescentes, grupo que registra, por lejos, los mayores índices de no respuesta (J. Rodríguez, 2003a). Respecto del segundo problema, muchas bases de datos están aparentemente libres de este por cuanto en el proceso de crítica de la información se han especificado límites máximos para las respuestas y así no hay evidencia de ningún registro anómalo (por ejemplo una muchacha de 17 años con 10 o más hijos). Pero en otros países, la base de microdatos no ha sido limpiada y sí aparecen estos registros impropios.

Cuadro I.3

AMÉRICA LATINA, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS, NÚMERO MEDIO DE HIJOS SEGÚN EDAD[a/]

Edad (años)	*Bolivia 2001*	*Brasil 2000*	*Brasil 1991*	*Chile 2002*	*Chile 1992*	*Colombia 1993* [b/]	*Colombia 1993* [c/]	*Guatemala 2002*	*Guatemala 1994*	*México 2000*	*México 1990*	*Nicaragua 1995*	*Panamá 2000*	*Panamá 1990*	*Uruguay 1995*	*Uruguay 1985*	*Venezuela 2001*	*Venezuela 1990*
15	0,022	0,036	0,0	0,114	0,029	0,033	0,093	0,030	0,044	0,019	0,019	0,056	0,046	0,040	0,072	0,012	0,038	0,046
16	0,064	0,086	0,1	0,058	0,058	0,076	0,189	0,080	0,092	0,052	0,046	0,147	0,108	0,095	0,100	0,037	0,087	0,086
17	0,138	0,163	0,1	0,110	0,112	0,154	0,348	0,173	0,183	0,122	0,105	0,305	0,198	0,185	0,161	0,084	0,165	0,167
18	0,265	0,260	0,2	0,184	0,186	0,267	0,626	0,307	0,342	0,223	0,209	0,495	0,330	0,302	0,234	0,153	0,280	0,266
19	0,397	0,376	0,3	0,274	0,302	0,400	0,875	0,481	0,533	0,342	0,337	0,729	0,458	0,440	0,325	0,255	0,410	0,390
20	0,618	0,539	0,470	0,377	0,419	0,573	1,206	0,704	0,814	0,512	0,5632	0,991	0,646	0,659	0,460	0,383	0,576	0,580
21	0,788	0,681	0,618	0,473	0,549	0,690	1,395	0,881	1,003	0,623	0,6564	1,195	0,798	0,788	0,547	0,509	0,728	0,747
22	0,987	0,833	0,795	0,577	0,691	0,857	1,615	1,122	1,269	0,795	0,8735	1,493	0,956	0,974	0,665	0,636	0,877	0,908
23	1,210	0,987	0,952	0,689	0,842	1,041	1,907	1,405	1,580	0,987	1,1293	1,744	1,117	1,186	0,779	0,821	1,043	1,076
24	1,415	1,120	1,116	0,791	0,968	1,176	2,171	1,657	1,859	1,153	1,3763	1,996	1,269	1,411	0,918	0,929	1,208	1,246
25	1,612	1,255	1,284	0,882	1,094	1,302	2,429	1,902	2,133	1,321	1,6273	2,227	1,441	1,609	1,052	1,119	1,340	1,441
26	1,856	1,388	1,418	1,003	1,235	1,435	2,649	2,113	2,343	1,478	1,7964	2,422	1,555	1,703	1,177	1,278	1,495	1,627
27	2,041	1,518	1,602	1,139	1,372	1,606	2,942	2,364	2,588	1,664	2,0099	2,679	1,698	1,916	1,289	1,427	1,637	1,803
28	2,314	1,632	1,772	1,265	1,509	1,739	3,113	2,539	2,775	1,842	2,2468	2,930	1,809	2,141	1,439	1,576	1,782	1,969
29	2,493	1,751	1,921	1,378	1,649	1,865	3,332	2,790	2,974	2,008	2,449	3,182	1,958	2,310	1,551	1,733	1,928	2,153

Fuente: Procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

[a/] Los cálculos fueron hechos con las siguientes decisiones metodológicas: i) a las mujeres que no responden se les considera nulíparas, lo que la evidencia disponible considera la condición más probable, en particular entre las adolescentes que son las que, con creces, registran mayores índices de no respuesta (Rodríguez, J., 2003a); con todo, en las fases más avanzadas de la juventud esta decisión metodológica entraña una subestimación, probablemente leve, de la paridez acumulada; el análisis de las no respuestas en Bolivia 1992 y Ecuador 2001 no valida este supuesto por lo que estos casos se excluyeron para el cálculo de la paridez; ii) habida cuenta de los efectos que tiene la mala declaración del número de hijos en la paridez en las edades inferiores, se decidió fijar en 3 el número máximo de hijos tenidos hasta los 19 años.

[b/] Formulario 1.

[c/] Formulario 2: población indígena.

la paridez según edad en los últimos 10 a 15 años en América Latina? En el cuadro I.3 se presenta una síntesis elaborada mediante el procesamiento de las bases de las rondas de 1990 y 2000.

El cuadro I.3 ratifica, en términos generales, la caída de la intensidad reproductiva durante la juventud. La expresión más clara de ello es que prácticamente en todos los países, el número medio de hijos antes de enterar los 30 años bajó, y en algunos casos fuertemente. Por cierto, persisten disparidades importantes entre países, pues mientras en los más pobres y de mayor fecundidad –Bolivia, Guatemala, Honduras y Nicaragua– las mujeres terminan su juventud con un promedio de 2,5 hijos o más, en los más avanzados en materia económica y social (Chile, Uruguay) la cifra es de 1,5 hijos o menos. Con todo, esta evidencia no deja dudas respecto del enorme contraste entre la trayectoria reproductiva latinoamericana y la ibérica, pues a la misma edad las mujeres de la península aún no han enterado un hijo en promedio. Otro indicador que refleja la disparidad del calendario de la fecundidad entre ambas regiones es la edad mediana al primer nacimiento. Mientras en América Latina dicha edad varía entre 20 y 22 años, dependiendo del país, en España es del orden de 30 años (DHS; Malaguilla y Panizo, 2002).

Contar con datos sobre la trayectoria de la paridez por edad simple proporciona un cuadro bastante más complejo que el que se desprende de las cifras de paridez acumulada antes de cumplir los 30 años. En rigor, es la primera vez que indicadores de esta naturaleza son obtenidos para el conjunto de países de la región usando microdatos censales, y presentados con algún grado de comparabilidad.[10-11] Por tanto, hay amplio margen para sorpresas y hallazgos. Así, por ejemplo, se verifica que en países como Guatemala, Honduras y Nicaragua la precocidad de la trayectoria reproductiva se expresa en que en torno de los 22 años las mujeres ya han tenido en promedio 1 hijo, y que en torno de los 26 años ya han tenido en promedio 2 hijos. La experiencia reproductiva cambia significativamente en países como Chile y Uruguay, donde a los 26 años las mujeres han tenido en promedio un solo hijo (véase el cuadro I.3) y a los 22 el promedio es del orden de 0,5 hijos.

[10] Flórez y Núñez, 2003; Guzmán y otros, 2001; CEPAL, 2000e lo han hecho anteriormente pero con datos de encuestas y para un número más limitado de países.

[11] Cabe reiterar que las comparaciones directas entre los países revisten algunos riesgos por las diferentes modalidades de levantamiento y las diferencias en la calidad de la información entre países. Esto último también es valido para las comparaciones diacrónicas de un mismo país. Por lo mismo, para el seguimiento de los indicadores básicos (paridez, maternidad, nuliparidad) se usaron varios procedimientos para favorecer las comparaciones intertemporales, poniendo énfasis en las asociaciones entre la reproducción y eventuales factores determinantes o potenciales consecuencias.

Aunque la heterogeneidad de la paridez acumulada entre países parece bastante constante en todas las edades de la juventud, hay especificidades nacionales que cabe destacar.[12] Bolivia, por ejemplo, está marcadamente bajo la media regional en la paridez antes de los 20 años pero al final de la juventud registra una paridez alta. Lo contrario ocurre con Brasil y Uruguay, que se destacan por una paridez sobre la media en la adolescencia, pero más bien baja al terminar la juventud (véase el cuadro I.3). En suma, la evidencia sigue apoyando los planteamientos que subrayan las especificidades nacionales y culturales de la reproducción y sugieren que tales especificidades actúan de manera diferenciada a través de la juventud.

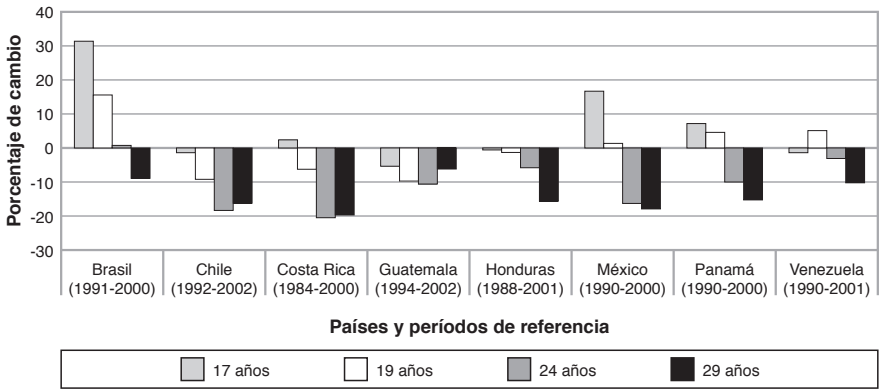
El hallazgo más relevante derivado del cuadro I.3, y que se retomará con detalle más adelante, es el relativo al alza o estabilidad de la paridez en la adolescencia. Las cifras confirman la resistencia al descenso de la fecundidad adolescente, tal como lo plantean distintos estudios (J. Rodríguez, 2003; Flórez y Núñez, 2003; CEPAL, 2000f). Más aún, ellas muestran un aumento en términos absolutos de dicha fecundidad, en abierta contraposición al descenso sostenido y marcado en las restantes edades. En efecto, en la mayoría de los países en que es posible establecer una tendencia de los últimos 15 años, se advierte un incremento en la paridez entre los 15 y los 19 años. En varios de ellos el contrapunto de tendencias entre edades es muy marcado, pues mientras en las edades inferiores a 20 años aumenta un 10% o más, en las edades superiores a 25 años disminuye en alrededor de un 15% (véanse el gráfico I.9 y el cuadro I.3). En algunos países, notoriamente en Brasil, la paridez aumenta hasta los 23 años, pese a que el decenio de 1990 se caracterizó por una fuerte baja de la fecundidad total (véanse el gráfico I.9,y el cuadro I.3).

En términos simples, lo anterior pudiera interpretarse como que las mujeres latinoamericanas siguen iniciando su reproducción a edades relativamente tempranas y no muy distintas a las del pasado, pero que se diferencian respecto de la cohortes pretéritas en un ejercicio mucho más efectivo del control natal de los hijos de orden superior. Es decir, mientras que hasta la década de 1970 las mujeres tenían su primer hijo temprano y luego seguían teniendo hijos hasta completar más de 3 en promedio a la edad 30 y más de 5 en promedio al finalizar su vida reproductiva, en la actualidad tienen su primer hijo temprano pero aplazan, y en algunos casos cancelan, el nacimiento de nuevos hijos. Si bien se trata de datos que

[12] Los coeficientes de variación de las series nacionales de paridez según edad simple para los censos de la ronda de 2000 eran del orden de 25%, aunque en las edades adolescentes estaban más cerca del 30%.

Gráfico I.9

AMÉRICA LATINA (PAÍSES SELECCIONADOS): CAMBIO PORCENTUAL DE LA PARIDEZ ACUMULADA A DISTINTAS EDADES DEL PERÍODO JUVENIL, CENSOS DE 1990 Y 2000



Fuente: Cálculos propios sobre la base de un procesamiento especial de los microdatos censales.

revelan el ejercicio de derechos reproductivos, también sugieren falencias de tal ejercicio durante las fases iniciales de la vida reproductiva. Esto plantea prioridades para las políticas de salud reproductiva, más aún considerando que tener hijos muy tempranamente es adverso para la trayectoria posterior de las mujeres.

Cabe aclarar, empero, que la imagen que proporciona la paridez media acumulada no reconoce heterogeneidad. No nos referimos a la heterogeneidad socioeconómica, que será abordada en una sección posterior de manera específica, sino a la estrictamente estadística que está detrás del promedio. Aunque existen varias formas de capturar tal heterogeneidad (J. Rodríguez, 2003a), una de las más interesantes es examinar la evolución de la *nuliparidad*, vale decir, de la proporción de mujeres que no han tenido hijos.

b) Maternidad y nuliparidad

La maternidad/paternidad es un hito en la vida de las personas. Debido a las responsabilidades que entraña y a sus connotaciones culturales tiene consecuencias para el proyecto vital, la conducta cotidiana y la valoración social de los individuos. En tal sentido, y sobre todo en la adolescencia y la juventud temprana, la distinción entre quienes tienen y quienes no tienen hijos es clave y sugiere trayectoria futuras dispares entre uno y otro grupo. Más específicamente, anticipa altas probabilidades de truncamiento de los proyectos alternativos entre las madres/padres precoces, en contraste

con las mayores probabilidades de seguir acumulando activos por parte de las nulíparas.

La gran mayoría de las mujeres latinoamericanas se convierten en madres durante la juventud. En torno de 1990, entre un máximo de 90% (Nicaragua) y un mínimo de 73% (Uruguay) de las muchachas que estaban terminando la juventud (29 años) ya habían tenido al menos un hijo. Los datos de los censos de la ronda de 2000 muestran que, en comparación con las cifras de los censos de 1990, en la mayoría de los países hay una tendencia moderada hacia el incremento de la nuliparidad durante la juventud.[13] Esto se expresa en proporciones crecientes de mujeres que no han tenido hijos al enterar los 30 años. El gráfico I.10 muestra el cambio en la proporción de nulíparas a distintas edades entre 1990 y 2000 en 10 países latinoamericanos y permite observar un aumento de la nuliparidad al finalizar la juventud. En general, esto último puede interpretarse como un signo de modernidad, pues refleja una creciente capacidad de retrasar la reproducción en aras de mayor acumulación de capacidades para emprender proyectos de vida.

Una situación muy distinta ocurre con la nuliparidad a las edades de 17 y 19 años (véase el gráfico I.10). Esta se reduce en varios países, reflejando el aumento de la maternidad precoz y ratificando su centralidad para la agenda de políticas juveniles. Las cifras de los censos de 2000 indican que en países como Honduras o Guatemala, a lo menos una de cada tres mujeres ha sido madre al terminar la adolescencia, mientras que en los restantes países la proporción es de al menos una de cada cuatro mujeres. Inciden en esto las especificidades nacionales y culturales, ya que países como Panamá presentan índices de maternidad adolescente más altos de los que cabría esperar, mientras lo contrario ocurre con Bolivia y México.

c) Reproducción y condición socioeconómica

En el plano reproductivo son marcadas las diferencias entre grupos socioeconómicos. No es casual que se hable de "dinámica demográfica de la pobreza", síndrome en que destacan la mortalidad y la fecundidad más elevadas, la reproducción más temprana y el menor acceso a anticonceptivos.

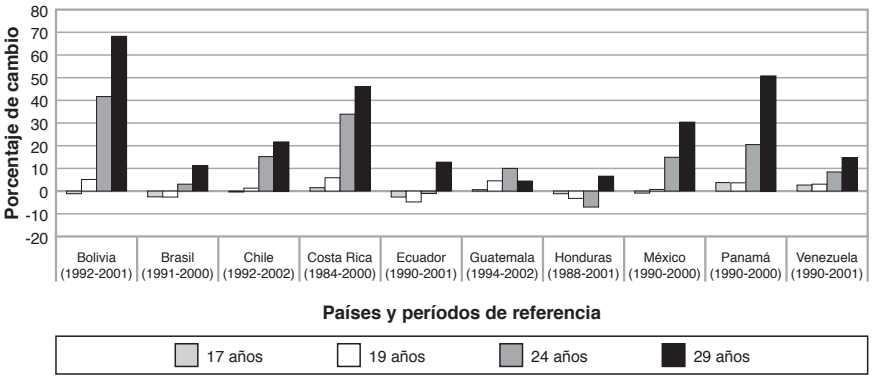
---

[13] Si bien aquello pareciera una tendencia obvia, habida cuenta del descenso de la fecundidad en la juventud y la paridez acumulada hacia el final del período juvenil, en rigor no lo es. De hecho, la maternidad puede incluso aumentar si mujeres que antes no podían tener hijos ahora sí lo hacen, pero controlan su número. Con todo, la experiencia de los países desarrollados sugiere que hay una concomitancia entre descenso de la fecundidad y aumento de la nuliparidad, más aún en el caso de la juventud, en la que la nuliparidad no necesariamente es definitiva sino que, más bien, puede reflejar una postergación de la iniciación reproductiva.

Gráfico I.10

AMÉRICA LATINA (PAÍSES SELECCIONADOS): CAMBIO PORCENTUAL DE LA PROPORCIÓN DE NULÍPARAS DE DISTINTAS EDADES DEL PERÍODO JUVENIL, CENSOS DE 1990 Y 2000

(Solo las que responden)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de un procesamiento especial de los microdatos censales.

En el caso de los jóvenes, los censos de la ronda de 2000 permiten una primera aproximación a las manifestaciones reproductivas de esta dinámica demográfica de la pobreza.[14] Los gráficos I.11a a I.11d proporcionan una imagen sintética y seleccionada de los resultados obtenidos. Se consideraron cuatro situaciones etarias (todo el grupo de 15 a 29 años, 17, 22 y 27 años de edad, respectivamente) y dos grupos socioeconómicos polares: estrato alto urbano y estrato bajo rural.

Varios hallazgos merecen destacarse. En primer lugar, se ratifican las disparidades reproductivas entre grupos socioeconómicos, pues las muchachas de condición socioeconómica inferior tienen una maternidad más temprana y una trayectoria reproductiva más intensa. Si bien las disparidades no parecen tan notables cuando se considera a la totalidad de la población femenina joven (véase el gráfico I.11a), un examen más minucioso muestra que estas operan en ambos extremos: mientras las jóvenes de nivel socioeco-

[14] Con tal propósito, se procedió a elaborar un índice socioeconómico basado en el equipamiento existente en los hogares. El índice fue construido como una suma ponderada de bienes seleccionados. Los resultados del índice permitieron clasificar terciles. Los cálculos se efectuaron separadamente para zona urbana, rural y total nacional, lo que originó tres grupos socioeconómicos en cada zona y el total nacional. Con variaciones pequeñas, cada grupo representa aproximadamente un tercio de la población juvenil de su ámbito territorial.

nómico superior tienden a tener índices de nuliparidad mucho mayores y cuando son madres tienen mayoritariamente un hijo, entre las jóvenes de estrato socioeconómico inferior la nuliparidad es menos frecuente y entre las madres la mayoría tienen tres hijos más.

El cuadro se complejiza en el examen según edad, donde los factores socioeconómicos presentan una fuerte asociación con la probabilidad de haber sido madre a los 17 años. Tal probabilidad es entre 4 a 10 veces superior entre las muchachas de estrato bajo rural respecto de las de estrato alto urbano.[15] Esto significa que entre los grupos socioeconómico superiores, menos del 5% de las muchachas han sido madres a los 17 años, mientras que entre los grupos socioeconómicos desaventajados la incidencia alcanza a entre un 20% y un 35% de las muchachas, dependiendo del país (véase el gráfico I.11a).

Los factores socioeconómicos también tienen una asociación clara con el patrón reproductivo en otras fases de la vida juvenil. Pero el foco pasa de la condición de maternidad a la paridez acumulada, sobre todo a medida que la condición de madre se generaliza. A los 22 años todavía hay una diferencia significativa en el indicador de nuliparidad: la proporción de madres varía entre 20% y 35% en el estrato superior urbano, mientras que entre las muchachas de estrato inferior rural supera el 60%, llegando al 80% en algunos casos (véase el gráfico I.11b). A esta edad ya emerge como elemento de distinción el control de la trayectoria reproductiva una vez iniciada, pues mientras una paridez de 3 hijos o más es muy infrecuente entre los grupos acomodados (3% o menos), entre las jóvenes de estrato inferior rural los índices son mucho mayores, llegando a un 30% en algunos países (véase el gráfico I.11c).[16] Finalmente, a los 27 años las diferencias socioeconómicas se expresan fundamentalmente en la cantidad de hijos; aunque la nuliparidad sigue siendo más frecuente entre las jóvenes de estrato superior, en todos los países la mayoría de las mujeres ya han sido madres a dicha edad. Y mientras que para el estrato alto un número de hijos de tres o más a dicha edad es infrecuente, en casi todos los países analizados la mayoría de las mujeres de estrato socioeconómico inferior rural ya han tenido 3 o más hijos (véase el gráfico I.11d).

---

[15] Aunque se trate de terciles urbanos y rurales la comparación directa entre países es impropia, pues los bienes usados en cada uno de ellos para construir el índice variaron. El porcentaje de madres fue calculado considerando la no respuesta como nuliparidad.

[16] Contrasta el caso de Chile, donde el grupo socioeconómico más desaventajado registra un porcentaje bajo de muchachas con tres o más hijos (5%) lo que revela que, al menos en materia de control del número de hijos, hay convergencia entre grupos socioeconómicos. No ocurre lo mismo con la edad inicial de procreación, donde las más pobres siguen siendo más precoces.

Gráfico I.11a

AMÉRICA LATINA: DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS MUJERES DE 15 A 29 AÑOS POR NÚMERO DE HIJOS TENIDOS, SEGÚN ESTRATO SOCIOECONÓMICO, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

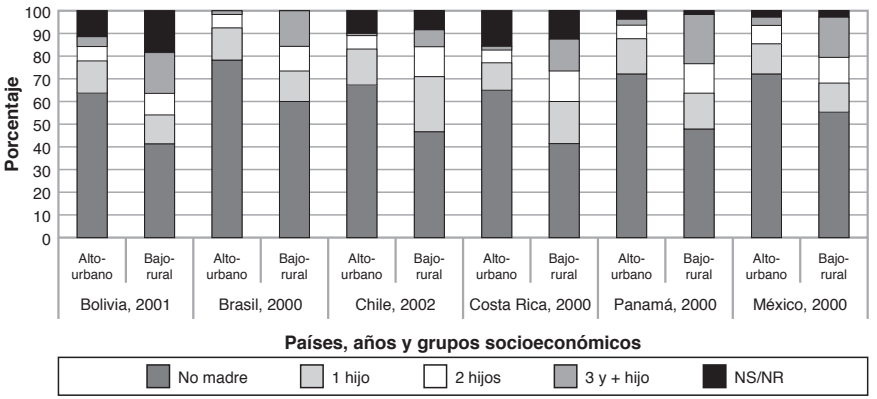


Gráfico I.11b

AMÉRICA LATINA: DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS MUJERES DE 17 AÑOS POR NÚMERO DE HIJOS TENIDOS, SEGÚN ESTRATO SOCIOECONÓMICO, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

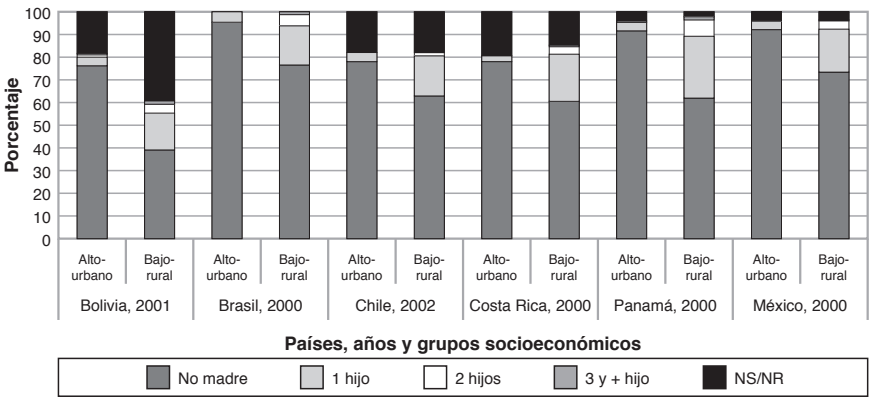


Gráfico I.11c

AMÉRICA LATINA: DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS MUJERES DE 22 AÑOS POR NÚMERO DE HIJOS TENIDOS, SEGÚN ESTRATO SOCIOECONÓMICO, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

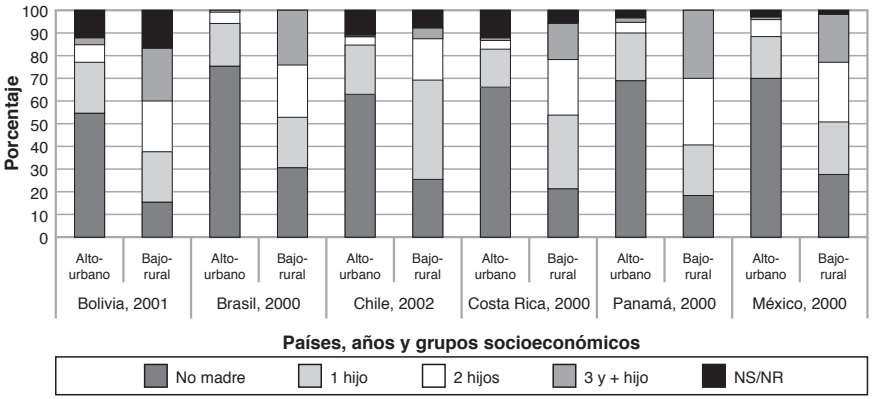
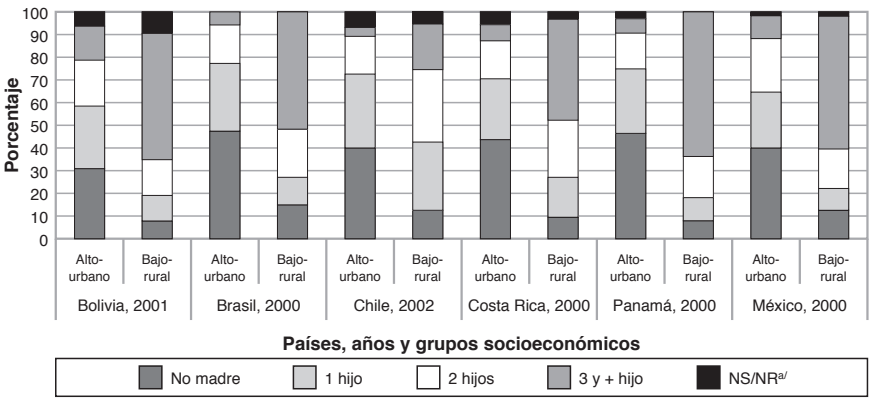


Gráfico I.11d

AMÉRICA LATINA: DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS MUJERES DE 27 AÑOS POR NÚMERO DE HIJOS TENIDOS, SEGÚN ESTRATO SOCIOECONÓMICO, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS



Fuente: Elaboración propia sobre la base de un procesamiento especial de los microdatos censales.

[a/] NS= no sabe; NR= no responde.

3. Fecundidad adolescente: una mirada más detallada

a) Tendencias

Las estimaciones que se presentan en el gráfico I.8 han recogido parte de la evidencia empírica relativa a la resistencia al descenso de la fecundidad adolescente. En efecto, ellas reconocen un aumento de la tasa específica de fecundidad de las mujeres de 15 a 19 años de edad a comienzos del decenio de 1990 –de 82 a 84 por mil. Sin embargo, las estimaciones y proyecciones asumen que, desde 1995 en adelante, la fecundidad adolescente a escala regional habría caído y que seguiría bajando hasta llegar a niveles de 60 por mil en el año 2025. Esto no parece un gran logro si se considera que la fecundidad adolescente actual en España no supera el 10 por mil y es del orden de 50 por mil a escala mundial (http://esa.un.org/unpp/p2k0data.asp). Importa, pues, profundizar en este asunto de la fecundidad adolescente.

El cuadro I.4 usa un indicador diferente a la tasa específica de fecundidad, pero que ha sido ampliamente empleado en el último tiempo. Se trata del porcentaje de muchachas madres, por edad simple.[17]

De acuerdo con el cuadro anterior, hay al menos dos poderosas razones desde la perspectiva demográfica que conducen a prestar atención a la reproducción durante la adolescencia en América Latina. La primera es que resulta comparativamente alta como promedio regional; y la segunda es que su trayectoria o bien desciende mucho menos que en las otras edades, y por ende aumenta su participación dentro de la fecundidad total, o se incrementa en términos absolutos.

Además de lo anterior, existen fuertes motivos sociales para preocuparse por la fecundidad adolescente. En primer lugar, porque afecta con mucho mayor intensidad a los grupos pobres; al respecto, el cuadro I.5 ilustra esta tendencia usando como proxis de pobreza el nivel de escolaridad de las mujeres. En segundo lugar, porque se asocia con adversidades que solo en parte pueden ser mitigadas por la situación socioeconómica de los adolescentes.

---

[17] El indicador total, es decir para el grupo de 15 a 19 años, **no** debe ser interpretado como la probabilidad de ser madre durante la adolescencia porque hay truncamiento de datos (de hecho, ninguna muchacha de dicho grupo ha cumplido los 20 años, por lo que todavía no terminan su período de "exposición al riesgo" de fecundidad adolescente). La probabilidad de haber sido madre durante la adolescencia debe ser estimada con muchachas que ya cumplieron los 20 años (normalmente con consultas retrospectivas sobre su historia reproductiva) o con métodos de imputación de diferente naturaleza (Li y Wu 2003; Rosero-Bixby L. 2003, aunque hay poca experiencia en el uso de tales métodos para anticipar fecundidad al cumplir 20 años de edad.

Cuadro I.4

AMÉRICA LATINA (PAÍSES SELECCIONADOS): EVOLUCIÓN DE LA PROPORCIÓN DE MADRES ENTRE MUJERES DE 15 A 19 AÑOS, POR EDADES SIMPLES, DECENIO DE 1990, DATOS CENSALES

		años de Edad					
País	*Año (fecha censal)*	*15*	*16*	*17*	*18*	*19*	*Total*
Bolivia	1992	1,6	4,4	9,9	17,9	28	11,7
	2001	2,0	5,7	11,7	20,8	29,2	13,5
Brasil	1991	2,2	5,2	10,4	17,2	24,3	11,5
	2000	3,3	7,6	13,8	20,8	28,1	14,8
Chile	1992	2,1	4,8	9,8	16,1	24,8	11,8
	2002	6,3	5,1	10,2	16,7	24,1	12,3
Costa Rica	1984	2,0	5,6	10,9	18,6	27,5	12,8
	2000	2,5	6,2	11,8	19,8	27,5	13,2
Ecuador	1990	6,2	5,4	11	19,4	27,9	13,5
	2001	3,2	8,1	14,9	23,9	32,5	16,3
Guatemala	1994	2,9	7,3	14,5	25,1	35,5	16,1
	2002	2,6	6,9	14,2	23,1	33,0	15,5
Honduras	1988	3,6	8,1	15,6	25,2	34,6	16,6
	2001	3,0	8,4	17,1	27,6	38,0	18,3
México	1990	1,4	3,8	8,6	16,1	24,2	5,8
	2000	1,8	4,8	10,7	18,2	26,2	7,6
Panamá	1990	3,6	8,2	15,2	22,4	30,8	16,1
	2001	4,1	9,3	16,2	25,4	33,3	17,4
Uruguay	1985	1,2	3,4	7,2	12,4	19,3	8,4
	1996	5,0	7,7	12,8	18,4	24,6	13,9
Venezuela	1990	3,3	6,9	13,0	19,9	27,5	13,8
	2001	3,2	7,5	13,7	21,7	29,8	15,0

Fuente: Elaboración propia sobre la base de un procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

b) Sobre las adversidades de la fecundidad adolescente

En lo que atañe a las adversidades que implica la fecundidad adolescente, una parte se vincula con la salud del binomio madre-hijo, pues embarazos a edades tempranas entrañan mayores complejidades. El mayor aumento de la maternidad adolescente precoz (antes de los 18 años) que muestra el cuadro I.4 refuerza esta preocupación.

Cuadro I.5

AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DE LA PROPORCIÓN DE MADRES O EMBARAZADAS POR PRIMERA VEZ ENTRE MUJERES DE 15 A 19 AÑOS, POR NIVEL EDUCATIVO, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

	Sin educación			Primaria			Secundaria o más		
País y fecha de las encuestas	*Madres*	*Embarazadas por primera vez*	*Madres o actualmente embarazadas*	*Madres*	*Embarazadas por primera vez*	*Madres o actualmente embarazadas*	*Madres*	*Embarazadas por primera vez*	*Madres o actualmente embarazadas*
Bolivia, 1989	25,7	0,6	26,3	24,6	4,1	28,7	7,7	1,7	9,4
Bolivia, 1998	40,1	11,4	51,5	23,9	5,0	28,9	7,4	1,4	8,8
Brasil, 1986	14,4	6,6	21,0	13,1	3,4	16,6	3,2	1,1	4,3
Brasil, 1996	50,7	3,7	54,4	23,6	4,7	28,3	10,7	3,4	14,1
Colombia, 1986	19,3	6,8	26,2	16,9	5,4	22,3	5,7	1,3	6,9
Colombia, 2000	45,5	0,0	45,5	28,3	5,4	33,7	11,3	3,7	15,0
Guatemala, 1987	33,8	5,3	39,1	19,8	3,2	23,0	4,4	0,4	4,8
Guatemala, 1998/1999	31,9	8,6	40,5	20,6	5,0	25,6	7,3	1,8	9,2
Haití, 1994/1995	19,9	5,7	25,6	11,5	3,6	15,1	5,1	2,7	7,8
Haití, 2000	41,4	3,2	44,6	13,9	4,9	18,8	7,1	3,6	10,7
Perú, 1986	18,5	7,4	25,9	18,9	3,4	22,3	6,4	1,0	7,4
Perú, 2000	36,9	0,0	36,9	22,9	3,6	26,4	7,2	2,0	9,2
República Dominicana, 1986	45,4	1,7	47,1	17,2	3,9	21,2	5,2	2,9	8,1
República Dominicana, 2002	58,4	5,8	64,3	28,2	5,8	34,0	14,2	4,2	18,3

Fuente: Elaboración propia sobre la base de *Demographic and Health Surveys (DHS)* [en línea].[18]

Otro tipo de adversidades cuyo impacto social es más difundido se relaciona con el desempeño social y económico de tres generaciones: progenitores adolescentes, sus hijos y los padres de los y las adolescentes. Para los progenitores adolescentes, las opciones de seguir acumulando activos, sobre todo educativos, se restringen debido a las exigencias de tiempo, dedicación y recursos que significa la crianza de un hijo, a lo que se añaden mecanismos de discriminación y exclusión de las estudiantes embarazadas. El gráfico I.12 y el cuadro I.6 muestran la concomitancia entre haber sido madre y estar fuera del sistema escolar a los 17 años, edad en que se debiera estar concluyendo la formación secundaria en todos los países expuestos.

[18] Resultados obtenidos de encuestas especializadas (DHS, www.measuredhs.com) y las levantadas con el apoyo de los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades (CDC de los Estados Unidos), que incluyen tanto a las mujeres que ya habían tenido hijos en el momento de la encuesta, como a las que eran nulíparas embarazadas.

Sin controlar por estrato socioeconómico, se advierte que en todos los casos las adolescentes que son madres a dicha edad tienen un 80% o más de probabilidad de no asistir a la escuela, mientras que las que no han tenidos hijos asisten mayoritariamente. Controlando por estrato, se advierte que la concomitancia sigue siendo estrecha.

Un contrapunto interesante se configura entre las adolescentes de 17 años que son madres y pertenecen a estratos bajos. Se trata de un grupo en que la asistencia escolar es virtualmente nula, mientras las madres de estrato alto logran permanecer en la escuela en porcentajes no menores (en particular, en Panamá o Uruguay). En contraste, el mismo gráfico I.12 muestra que para las muchachas de estrato alto la maternidad temprana parece desempeñar un papel más relevante en la inasistencia escolar que entre las muchachas pobres, pues para estas últimas la deserción ya es elevada aun entre las nulíparas. Puede concluirse que la deserción escolar, sobre todo entre las jóvenes pobres, tiene bases socioeconómicas poderosas que van más allá del síndrome de iniciación reproductiva temprana.

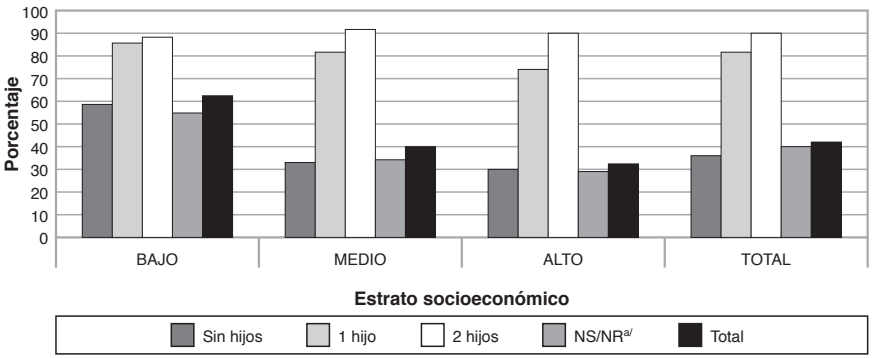
Entre deserción escolar, embarazo precoz y pobreza los vínculos son complejos y están entrelazados. No es claro que la deserción escolar entre las muchachas de la región se deba principalmente a la fecundidad precoz (Guzmán y otros, 2001). Empíricamente, esto puede determinarse mediante encuestas que preguntan sobre la condición escolar en el momento del primer embarazo. En El Salvador, por ejemplo, según la Encuesta Nacional de Salud (FESAL) 1998 (Centeno y Cáceres, 2003), solo el 10% de las muchachas de estrato bajo iba a la escuela cuando tuvo su primer embarazo; esta proporción era del orden del 30% para las muchachas de estrato medio y de 45% para las de estrato alto. En México, para el censo de 2000 solo un 10% de las jóvenes de 17 años que no asistían a la escuela declararon que la causa de deserción fue que se casaron o unieron (no existía la maternidad como causa de deserción en las opciones de respuesta); y la mayor parte de las desertoras indicó que salieron anticipadamente de la escuela debido a apremios socioeconómicos o desinterés. De esto se infiere que no basta con abatir el embarazo adolescente para evitar la deserción escolar entre las muchachas y muchachos de América Latina (J. Rodríguez, 2003; CEPAL, 2002b;. Guzmán y otros, 2001; CELADE, 2000c).

La evidencia disponible ofrece otro ángulo de la relación entre escolaridad y maternidad adolescente, en que una trayectoria escolar normal se asocia con una incidencia casi nula de la maternidad adolescente. Es decir, la permanencia en la escuela virtualmente blinda a las muchachas en lo concerniente a una reproducción precoz. Además, las muchachas que son madres y tienen una trayectoria educativa "normal" muestran muchas más probabilidades de seguir asistiendo a la escuela que las madres con una trayectoria educativa "rezagada" (J. Rodríguez, 2003a y 2003b). El cuadro

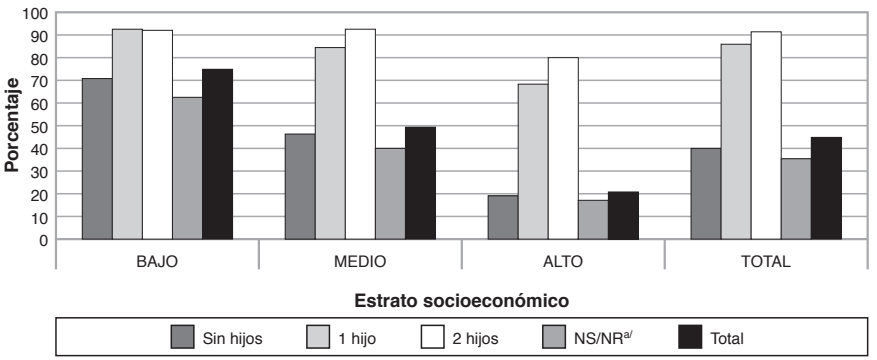
Gráfico I.12

AMÉRICA LATINA (PAÍSES SELECCIONADOS): PORCENTAJE DE MUCHACHAS DE 17 AÑOS DE EDAD QUE NO ASISTEN A LA ESCUELA, SEGÚN NÚMERO DE HIJOS Y ESTRATO SOCIOECONÓMICO

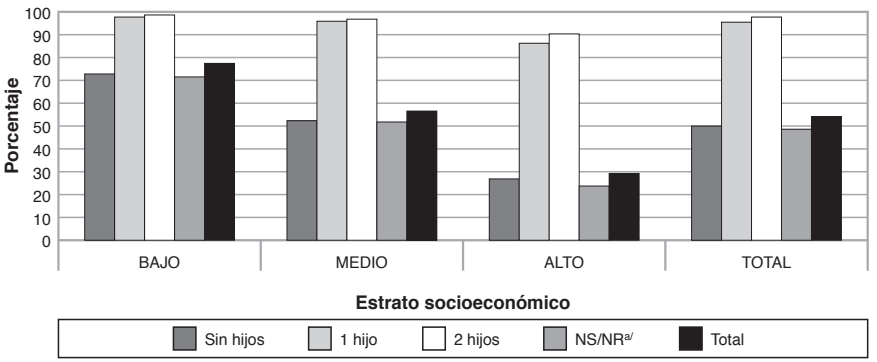
I.12a BOLIVIA, 2001

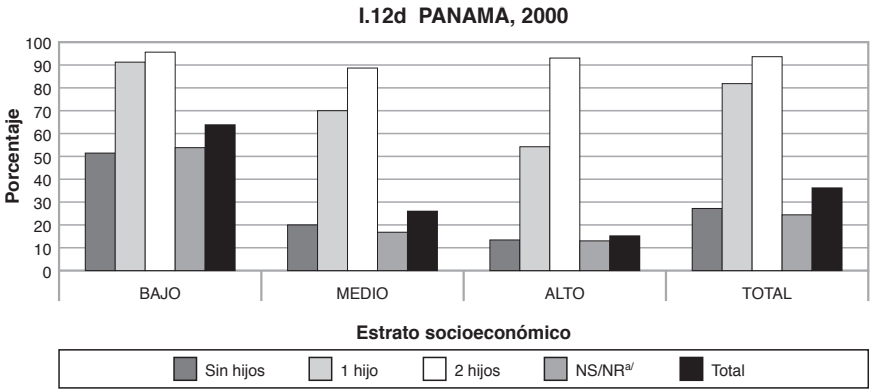


I.12b COSTA RICA, 2000



I.12c MÉXICO, 2000





Fuente: Elaboración propia sobre la base de un procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

a/ No sabe; no responde.

I.6 es ilustrativo al respecto. Se concentra en las muchachas de 17 años de edad y distingue entre aquellas "rezagadas" en términos escolares (con 4 años de escolaridad) y aquellas "normales" (10 años de escolaridad).[19] Aun controlando el estrato socioeconómico, se verifica que la trayectoria "normal" se asocia con mayores probabilidades de seguir en la escuela pese a la maternidad. Costa Rica muestra indicadores sobresalientes, porque más de la mitad de las madres con trayectoria "normal" siguen asistiendo a la escuela. Si se trata de muchachas de estrato alto, dos de cada tres con trayectoria normal siguen yendo a la escuela después de la maternidad, lo que sugiere mecanismos y dispositivos públicos y privados que compatibilizan asistencia escolar y crianza. Se puede confirmar a partir de esta evidencia cuán importante es incrementar la capacidad de retención del sistema escolar hasta terminar el ciclo secundario.

[19] La selección de la edad no es casual, pues en la mayor parte de los países de la región corresponde a la del término de la educación secundaria; por lo mismo, la no asistencia a establecimientos educacionales pasada dicha edad tiene un significado muy diferente, a saber, el no enrolamiento en la educación superior o universitaria, situación predominante entre los jóvenes de la región.

Cuadro I.6

BOLIVIA, COSTA RICA Y MÉXICO: PORCENTAJE DE NO ASISTENCIA ESCOLAR ENTRE MUCHACHAS DE 17 AÑOS EN SITUACIONES POLARES DE TRAYECTORIA EDUCATIVA,[a/] SEGÚN ESTRATO Y CONDICIÓN DE FECUNDIDAD

Condición socioeconómica y años de escolaridad	**PAÍS**											
	Bolivia, 2001				**Costa Rica, 2000**				**México, 2000**			
	Sin hijos	*Con hijos*	*NS/ NR*[b/]	*Total*	*Sin hijos*	*Con hijos*	*NS/ NR*[b/]	*Total*	*Sin hijos*	*Con hijos*	*NS/ NR*[b/]	*Total*
Estrato bajo 4 años de escolaridad	87,5	87,9	75,6	83,2	90,3	95,3	87,1	91,6	95,6	98,9	95,3	95,9
Estrato bajo 10 años de escolaridad	14,4	70,7	13,4	19,3	14	60	17,4	17,7	14,2	89,2	15,7	17,3
Estrato medio 4 años de escolaridad	82,5	94,3	74,7	83,7	83,5	95,5	73,7	84,9	97,4	98,7	84,3	97,6
Estrato medio 10 años de escolaridad	8,1	65,3	8,5	11,9	6,1	42,9	3,8	6,5	14,2	81,4	20,2	16,3
Estrato alto 4 años de escolaridad	81,1	95,6	68,4	80	51,4	90,9	52,9	59,5	91	100	17,9	88,8
Estrato alto 10 años de escolaridad	7,1	57,8	5,8	9	3	37,5	1,5	3,1	10	70,3	10,2	11,2

Fuente: Jorge Rodríguez V., "La fecundidad alta en América Latina y el Caribe: un riesgo en transición", ponencia presentada al seminario "La fecundidad en América Latina: ¿Transición o revolución?", Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 9 al 11 de junio de 2003; "La fecundidad alta en el Istmo Centroamericano: un riesgo en transición", documento presentado a la tercera Conferencia de población del Istmo Centroamericano, Punta Leona, Costa Rica, Centro Centroamericano de Población, Universidad de Costa Rica, noviembre de 2003.

[a/] 4 y 10 años de escolaridad.

[b/] No sabe/no responde.

D. Migración

1. Migración internacional de jóvenes

La migración internacional actual tiene dos aristas encontradas. Por una parte, hay estímulos a la movilidad entre países y por otra, existen fuertes barreras al ingreso y permanencia en los lugares de destino. Las fuerzas del mercado atraen inmigrantes, pero estos no acceden a derechos como los nativos. De modo que mientras la migración internacional se legitima como estrategia y opción para las personas, también entraña riesgos de vulnerabilidad para los migrantes, en particular los indocumentados, los jóvenes y, dentro de ellos, especialmente las mujeres, dependiendo, claro está, de sus características socioeconómicas y atributos individuales, así como del contexto de origen y destino. En una condición ideal, materializada para un segmento más bien minoritario, la migración involucra la acumulación de activos de distinto tipo para los jóvenes.

En Iberoamérica, los países peninsulares se han constituido en áreas de destino para migrantes internacionales. El nexo con la emigración latinoamericana, sobre todo de España como país receptor, es cada vez más fuerte. Se trata de un nuevo patrón migratorio que se une a: i) la histórica inmigración de ultramar, que estuvo compuesta en parte importante por flujos de españoles y portugueses a América Latina, hoy abiertamente envejecidos; ii) la migración intrarregional, básicamente fronteriza; y iii) la emigración extrarregional orientada a los Estados Unidos y Canadá.

En el patrón intrarregional, los jóvenes han representado alrededor de un 17% del total de migrantes intrarregionales en los últimos años. Se trata de un porcentaje inferior al que corresponde a las personas de 15-24 años en el total de la población de América Latina (CEPAL, 2000f; Martínez, 2000).[20] El grueso de los migrantes se encuentra en Argentina, Costa Rica y Venezuela, cuya composición por género revela un predominio de mujeres y una importante concentración en el servicio doméstico, que se combina con otra fracción sustantiva de inactivas con bajos niveles educativos que inhiben sus posibilidades de inserción productiva y dificultan la satisfacción de algunas aspiraciones de logros en el largo plazo.

[20] Los jóvenes participaron activamente en las repatriaciones que tuvieron lugar en países de Centroamérica hasta comienzos de los años noventa.

En la emigración extrarregional, la atracción que ejercen los Estados Unidos se debe a las marcadas asimetrías con los niveles de desarrollo de los países de América Latina y el Caribe, y a la existencia de comunidades de inmigrantes que configuran redes sociales de apoyo, cooperación e inserción. Según los censos norteamericanos de 1980 y 1990, el acervo de jóvenes nacidos en países de la región totalizaba alrededor de 900 mil y 1 millón 600 mil personas, respectivamente, magnitudes equivalentes a un 22% y 20% del total de inmigrantes regionales en ambas fechas. Este acervo se compone de una mayoría masculina, debido esencialmente al comportamiento de la migración mexicana. Pero no es el caso de la migración sudamericana y caribeña cuya composición juvenil es inferior al promedio, revelando una migración de perfiles más adultos en función de las exigencias laborales, idiomáticas (en el caso sudamericano) y adaptativas que supone la inmigración no fronteriza en los Estados Unidos. Datos más recientes indican que en el año 2000, cerca de 1 millón 900 mil jóvenes oriundos de América Latina y el Caribe se encontraban en este país, representando menos del 15% del total de inmigrantes de la región, porcentaje que era más elevado en el caso de los centroamericanos (CEPAL, 2003b). De modo que no puede hablarse en este caso de un sesgo juvenil de las corrientes migratorias.

Por último, el perfil educativo de los jóvenes inmigrantes en los Estados Unidos es muy diferente según las regiones de origen. Se distinguen claramente los inmigrantes procedentes de Centroamérica con relación a los de América del Sur y el Caribe, siendo estos últimos mucho más educados en términos de años de escolaridad.

La emigración de latinoamericanos y caribeños hacia España registra un espectacular incremento en los últimos años. El acervo de estos inmigrantes creció de 50 mil personas en 1981 (Palazón, 1996), a más de 800 mil en el año 2000 (www.ine.es). Numerosas interpretaciones explican este fenómeno que involucra el retorno de los descendientes de antiguos inmigrantes a la región y la "restitución" de capital humano a España (Izquierdo, López y Martínez, 2002). Los datos del acervo disponibles para 1999 indican que del total de inmigrantes latinoamericanos a España, solo el 13% eran jóvenes, y mayoritariamente mujeres.

Si bien se trata de personas con perfiles educativos relativamente elevados, que les posibilita ascender rápidamente en el mercado laboral –insertándose provisoriamente en sectores como la construcción o el servicio doméstico–, su vulnerabilidad se asocia al menos a dos factores: por una parte, la desprotección legal que inhabilita a los no ciudadanos de un goce pleno de derechos, puesto que la integración del inmigrante sigue siendo un asunto complejo en España; por otra, existe una fracción desconocida de las jóvenes que es víctima de la operación de redes criminales

que recurren a la trata de personas para fines de explotación –prostitución y diversas formas de semiesclavitud–, como parte de un mercado internacional que abastece, entre otros, a España (CEPAL, 2003b).

En síntesis, la migración internacional refleja dos situaciones claramente distinguibles. En primer lugar, la *vulnerabilidad* de los jóvenes migrantes, que corresponde a condiciones desventajosas de logros educativos e inserción laboral y a un tránsito probablemente rápido hacia la vida adulta, a raíz de la asunción de responsabilidades vinculadas con las unidades domésticas y la cohabitación en parejas, hechos que afectan de manera transversal y más visible a las mujeres. En segundo lugar, se identifican condiciones de relativa satisfacción de logros y mayores opciones de emprendimiento entre algunos migrantes, en especial de aquellos jóvenes que se desplazan más allá de la vecindad geográfica. De todas formas, tanto en la migración intrarregional como en la emigración hacia los Estados Unidos, predominan notoriamente los migrantes jóvenes en riesgo de vulnerabilidad. Tal es el caso de movimientos entre naciones fronterizas o muy próximas. En el caso de España, los antecedentes, aunque incompletos, retratan una migración eminentemente laboral no exenta de riesgos de desprotección, en especial para las mujeres.

2. Migración interna, urbanización y distribución espacial de la población joven

a) Elementos introductorios

La migración reciente captada en un censo es aquella que deriva de la pregunta por el lugar de residencia en una fecha fija del tiempo anterior (normalmente, 5 años antes del censo). Proporciona antecedentes sobre la edad de los migrantes, útiles para evaluar la propensión migratoria en el ciclo de vida y en particular durante la juventud.[21] Desde las primeras formulaciones sistemáticas relativas se observó la importancia de la edad para explicar la propensión a migrar (J. Rodríguez, 2004; Greenwood y Hunt, 2003; CEPAL, 2000f; Greenwood, 1997; Lucas, 1997). La mayor probabilidad de migrar durante la juventud prácticamente no se discute; conceptualmente aquella tiene un fundamento intuitivo claro, que se

[21] Cabe destacar que los datos censales son de tipo transversal, por lo que incluyen efectos de período y de cohorte, además del de la edad; ello significa que hay factores exógenos al ciclo de vida que impiden llegar a conclusiones directas sobre la relación permanente entre ciclo de vida y probabilidad de migrar.

relaciona con la ocurrencia de hechos significativos en aquella etapa de la vida que suelen motivar la migración, tales como la formación de la unión y el inicio de la reproducción, el ingreso a la universidad o la incorporación al mercado de trabajo.

La propensión a migrar entre los jóvenes también es estimulada por la búsqueda de identidad, y facilitada por la postergación de obligaciones sociales (la mentada "moratoria juvenil") propia de este tramo etario en las sociedades modernas. Hay planteamientos más elaborados para atribuir a los jóvenes una mayor predisposición migratoria.[22] Pero no son tan elocuentes como el criterio de ciclo vital.

b) Antecedentes empíricos

i) La mayor predisposición a migrar de los jóvenes

El gráfico I.13 ratifica con elocuencia las presunciones teóricas recién mencionadas. Entre los 15 y los 29 años se registran las mayores probabilidades de migrar. Las comparaciones entre países presentan limitaciones metodológicas importantes (J. Rodríguez, 2004), por lo que el principal hallazgo que puede derivarse de los gráficos es la persistencia de la U invertida en la probabilidad de migrar según la edad (vale decir, de menor tendencia migratoria de niños y ancianos y mayor dinamismo entre jóvenes y adultos).

ii) Sobre las causas de la migración juvenil

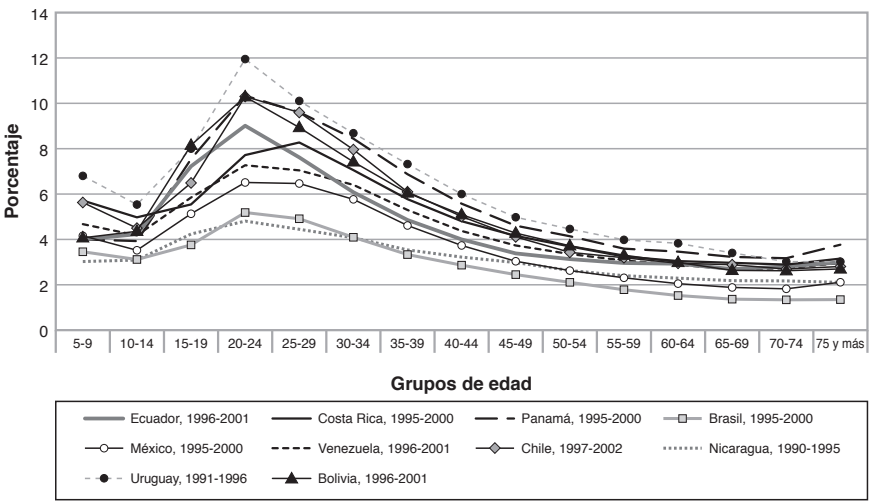
Entre los jóvenes es posible identificar al menos cinco causales de migración que interactúan y se superponen, si bien el predominio de cada causa define un tipo particular de migración: i) la migración laboral, que es la más común entre los adultos y jóvenes de edades mayores, cuyo objetivo es el logro de trabajo o de mejores condiciones laborales (ingresos, prestaciones, perspectivas de carrera, y otros); ii) la migración educativa,

[22] "A menos edad relativa, mayor sería el horizonte para obtener futuros ingresos que confrontaría el potencial migrante… por lo tanto esperamos una relación negativa entre la edad y la probabilidad de migrar" (Molinas, 1999, s/p); "...la existencia de costes fijos de adaptación y transporte implica que el perfil típico del migrante, respecto a la población en el país de procedencia, tenderá a ser el de una persona joven, de manera que el período de vida a través del cual pueda capitalizar el rendimiento de su inversión sea amplio y que los costes de adaptarse a un nuevo entorno sean reducidos" (Dolado y Fernández-Yusta, 2002, p. 78; citados por J. Rodríguez, 2004).

Gráfico I.13

AMÉRICA LATINA (PAÍSES SELECCIONADOS): PROBABILIDAD DE HABER SIDO MIGRANTE ENTRE DIVISIONES ADMINISTRATIVAS MAYORES (DAM) EN LOS 5 AÑOS PREVIOS AL CENSO, POR GRUPOS DE EDAD

(En porcentajes)



Fuente: Jorge Rodríguez V., "Migración interna en América Latina y el Caribe: estudio regional del período 1980-2000", *serie Población y desarrollo,* N° 50 (LC/L.2059-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 2004. Publicación de las Naciones Unidas N° de venta: S.04.II.G.3

que obedece a requerimientos escolares y tiene dos cimas relacionadas con el ingreso a la educación secundaria y superior; iii) la migración nupcial derivada de la formación de pareja; iv) la migración emancipatoria, que se relaciona con la salida del hogar paterno y la constitución de uno propio; y v) la migración familiar, que puede subdividirse entre aquella de "arrastre" que acontece cuando la familia se traslada, más frecuente entre púberes y adolescentes, y aquella de reencuentro familiar.

En términos generales, las dos primeras predominan ampliamente en la región, mientras que la segunda y la última se manifiestan con alguna fuerza en algunos períodos de la juventud. La cuarta es una práctica poco usual debido al tipo de relaciones familiares predominantes y las restricciones económicas que tiene la mayoría de los jóvenes. Tales restricciones dificultan enormemente las opciones de autonomización temprana en condiciones de soltería.

iii) Migración juvenil según sexo: algunos factores ocupacionales

Uno de los rasgos que ha caracterizado históricamente a la migración interna en América Latina es el predominio femenino (J. Rodríguez, 2004), lo que se ha atribuido a varias causas. La más importante es de naturaleza laboral y se basa en la existencia de nichos específicamente femeninos en el mercado de trabajo urbano, en particular en el sector servicios y en el empleo doméstico. También se ha destacado que en algunos países, como México, la migración internacional a los Estados Unidos tiene un sesgo masculino, lo que favorece la sobrerrepresentación femenina en los desplazamientos internos. Por último, se argumenta que los hombres tienen más posibilidades de desplazarse temporalmente, lo que no se entiende como migración, mientras que las mujeres son más proclives a traslados permanentes de residencia.

Todo lo anterior también se aplica a los jóvenes, por lo que no debe extrañar que entre migrantes jóvenes también prevalezca un sesgo femenino en los flujos. La evidencia general apoyaba este planteamiento, sobre todo tratándose de migración del campo a la ciudad, que era la predominante en América Latina hasta la década de 1970 (J. Rodríguez, 2004; CEPAL, 2000f).

El procesamiento de los microdatos de los censos de la ronda de 2000 permite contar con una imagen actual y focalizada en los jóvenes según sexo de la migración interna. En general se ratifica el predomominio femenino, y el cuadro I.7 muestra que de los nueve países examinados siete mantienen una mayoría femenina. Sintomáticamente, en Nicaragua y México, ambos con alta emigración internacional, se registran los menores índices de masculinidad entre los migrantes internos. De manera indirecta, esto último abona la hipótesis de que la migración hacia el exterior, predominantemente masculina en ambos países, sustituye a algunos desplazamientos internos. Las excepciones a este patrón se dan en Bolivia y Chile. En el cuadro I.8 se expone la probabilidad de ser migrante reciente entre DAM y DAME según sexo, que se aproxima a la idea de selectividad de género. Salvo el caso de Ecuador, donde el predominio femenino entre los migrantes se debe a la mayoría femenina en la población total, en el resto la mayoría femenina coincide con una mayor predisposición femenina a migrar.

Otro rasgo de continuidad que puede explicar la persistencia del predominio femenino en la migración interna juvenil es la persistente concentración de las migrantes jóvenes en rubros laborales como el servicio doméstico.[23] Los resultados de procesamientos especiales de las bases de

[23] Aunque las cifras censales sugieren que para la población en su conjunto –y no específicamente juvenil– tal patrón podría estar modificándose (J. Rodríguez, 2004).

Cuadro I.7

AMÉRICA LATINA: POBLACIÓN DE 10 A 29 AÑOS, MIGRANTES SEGÚN SEXO Y RELACIÓN DE MASCULINIDAD DE LOS MIGRANTES (ENTRE DAM Y DAME), PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

	Migrantes entre divisiones políticas administrativas mayores (DAM)				**Migrantes entre divisiones políticas administrativas menores (DAME)**			
País y años	*Hombres*	*Mujeres*	*Total*	*Relación de masculinidad*	*Hombres*	*Mujeres*	*Total*	*Relación de masculinidad*
Bolivia, 2001	124 855	122 433	247 288	102,0	205 027	202 393	407 420	101,3
Brasil, 2000	1 294 717	1 426 384	2 721 101	90,8	-	-	-	-
Chile, 2002	193 948	176 196	370 144	110,1	466 384	466 120	932 504	100,1
Costa Rica, 2000	43 700	45 865	89 565	95,3	81 332	87 712	169 044	92,7
Ecuador, 2001	160 070	160 660	320 730	99,6	254 047	270 380	524 427	94,0
México, 2000	936 002	1 074 673	2 010 675	87,1	1 371 167	1 646 747	3 017 914	83,3
Nicaragua, 1995	31 462	57 646	89 108	54,6	46 698	57 646	104 344	81,0
Panamá, 2000	37 855	41 485	79 340	91,2	69 506	79 916	149 422	87,0
Uruguay, 1996	41 038	41 708	82 746	98,4	-	-	-	-

Fuente: Procesamientos especiales de las bases de microdatos censales.

Cuadro I.8

AMÉRICA LATINA: POBLACIÓN DE 10 A 29 AÑOS, PROBABILIDAD DE HABER MIGRADO DURANTE LOS 5 AÑOS PREVIOS AL CENSO, SEGÚN SEXO Y ESCALA DE LA MIGRACIÓN (ENTRE DAM[a/] Y ENTRE DAME[b/]), PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

País y año	*Hombres entre DAM*	*Mujeres DAM*	*Total entre DAM*	*Diferencia entre género (hombres-mujeres)*	*Hombres entre DAME*	*Mujeres entre DAME*	*Total entre DAME*	*Diferencia entre género (hombres-mujeres)*
Bolivia, 2001	7,7	7,5	7,6	0,2	12,5	12.5	12,5	0,0
Brasil, 2000	4,0	4,4	4,2	-0,4	-	-	-	0,0
Chile, 2002	7,8	7,2	7,5	0,6	18,8	19.1	19,0	-0,3
Costa Rica, 2000	6,2	6,6	6,4	-0,4	11,5	12.7	12,1	-1,1
Ecuador, 2001	6,9	6,8	6,9	0,1	11,0	11.4	11,2	-0,5
México, 2000	5,1	5,5	5,3	-0,4	7,5	8.5	8,0	-1,0
Nicaragua, 1995	3,6	6,4	5,0	-2,8	5,3	6.4	5,9	-1,0
Panamá, 2000	7,2	8,1	7,7	-0,9	13,3	15.6	14,5	-2,3
Uruguay, 1996	8,6	8,9	8,8	-0,2	-	-	-	0,0

Fuente: Procesamientos especiales de las bases de microdatos censales.

[a/] Divisiones políticas administrativas mayores.

[b/] Divisiones políticas administrativas menores.

microdatos censales ilustran claramente tres selectividades en materia de empleo doméstico. La primera y más obvia es su sesgo de género. La segunda, de tipo generacional, muestra que entre las menores de 25 años que trabajan el peso del empleo doméstico es significativamente mayor. Y la tercera es de tipo migratorio, pues las migrantes (recientes entre DAM) son sistemáticamente más propensas a participar en el empleo doméstico.

iv) Migración juvenil y educación: ¿qué relación existe entre ambas?

Finalmente, cabe hacer una referencia a la relación entre migración y educación durante la juventud. La literatura tiende a coincidir en que la escolaridad abre opciones y provee de recursos, por lo que debiera asociarse postivamente con la probabilidad de migrar. Estudios recientes confirman esta hipótesis en varios países de la región, pero sugieren que hay especificidades nacionales y que con frecuencia la relación es inversa: la migración es la que permite alcanzar un mayor nivel de escolaridad (J. Rodríguez, 2004). De hecho, muchas veces las decisiones migratorias durante la juventud responden al propósito de "ir a estudiar".

Los resultados censales ofrecen nuevos antecedentes sobre este vínculo.[24] El cuadro I.9 muestra que, sin excepción, los migrantes jóvenes tienen mayor educación que los no migrantes jóvenes. Tal dato fortalece las apreciaciones sobre el capital humano de los migrantes, y a la vez es compatible con las hipótesis dominantes de una relación favorable entre educación y probabilidad de migrar. Por otra parte, la debilidad de estos datos es que están influidos por la estructura etaria. La selectividad según edad de la migración tiende a elevar extrínsecamente la media de escolaridad, debido a la alta proporción de jóvenes mayores y la baja representación de púberes con respecto a la población no migrante. En varios países hay grandes tramos de edad en los que los no migrantes alcanzan una mayor escolaridad media (Brasil, Costa Rica, Ecuador y Panamá). Con todo, la regularidad más extendida es que hacia el final de la vida juvenil (27 a 29 años) en todos los países los migrantes son más educados que los no migrantes.

---

[24] Para no imputar un sentido u otro a la relación, simplemente se calculó la media de escolaridad según condición migratoria. Aunque no confirma directamente ninguna de las hipótesis en cotejo, dicha media plantea dudas sobre algunas de ellas y, sobre todo, imprime mayor objetividad a la discusión (muchas veces sesgada respecto del aporte y los inconvenientes que entraña la migración, en particular la de los jóvenes, para las zonas de origen y de destino).

Cuadro I.9

AMÉRICA LATINA: POBLACIÓN DE 10 A 29 AÑOS, PROMEDIO DE ESCOLARIDAD SEGÚN CONDICIÓN DE MIGRANTES RECIENTE ENTRE DAM[A/] Y ENTRE[B/] DAME, PAÍSES Y FECHA SELECCIONADAS

País y año	*Migrantes entre DAM*[a/]	*No migrantes entre DAM*[a/]	*Total*	*Migrantes entre DAME*[b/]	*No migrantes entre DAME*[b/]	*Total*
Bolivia, 2001	8,30	7,53	7,59	8,12	7,51	7,59
Brasil, 2000	6,43	6,35	6,36	-	-	-
Chile, 2002	10,62	9,38	9,48	10,32	9,28	9,48
Costa Rica, 2000	7,13	7,04	7,05	7,21	7,03	7.05
Ecuador, 2001	7,54	7,38	7,39	7,54	7,39	7,40
México, 2000	8,24	7,62	7,66	8,42	7,59	7,6
Nicaragua, 1995	4,76	4,63	4,64	4,79	4,61	4,65
Panamá, 2000	8,34	8,09	8,11	8,62	8,03	8,11

Fuente: Procesamientos especiales de las bases de microdatos censales.

[a/] Divisiones políticas administrativas mayores.

[b/] Divisiones políticas administrativas menores.

En suma, la migración sigue siendo un comportamiento relativamente frecuente entre los jóvenes y obedece a motivaciones diversas y tiene resultados variados. Aunque no se pretende aquí examinar los beneficios netos de la migración juvenil –tanto para los muchachos como para sus familias, las comunidades de origen y destino y la sociedad toda–, no parece haber razones para promover restricciones a dicha migración. Si bien se mueve en función de logros individuales, también hay indicios de que sigue respondiendo a requerimientos del mercado laboral y a las oportunidades educativas desigualmente distribuidas en los territorios.

La selectividad por sexo y edad de la migración se aprecia en los patrones de localización de la juventud dentro de los territorios nacionales y también dentro de las ciudades. Es conocido el hecho de que el segmento juvenil de las pirámides de edad está deflactado en las zonas rurales e inflado en las zonas urbanas (CEPAL, 2000f). Pero además de este sistemático sesgo urbano, recientes análisis muestran que a escala de divisiones políticas administrativas mayores (DAM) y dentro de las ciudades también hay sesgos relevantes. En lo que atañe a las DAM, las especificidades nacionales impiden generalizaciones. Sin embargo, la evidencia sugiere que aquellas más atractivas para los flujos migratorios tienden a tener una mayor proporción de jóvenes.

En lo que refiere a la ubicación dentro de las ciudades, la evidencia indica una sobrerrepresentación de las personas jóvenes en las zonas pobres y en las periféricas y una subrepresentación en las zonas centrales y en las de mayor nivel socioeconómico (CEPAL, 2000f). Esto se relaciona tanto con las aún contrastantes dinámicas demográficas de los grupos pobres y acomodados de la población, como también con fuerzas de expulsión y atracción migratoria que afectan especialmente a los jóvenes. En efecto, la mayor fecundidad de los grupos pobres se refleja en la estructura etaria con mayor proporción de niños y de jóvenes de las zonas en que residen. Por otra parte, la falta de terrenos y los altos costos del suelo en las zonas céntricas desincentivan la permanencia de las parejas jóvenes en ellas.

Recapitulación

En general, Iberoamérica se encuentra actualmente en la segunda fase de transición demográfica, caracterizada por la atenuación del ritmo de incremento de la población joven y el descenso de la proporción de jóvenes dentro de la población total. El porcentaje de población joven en Iberoamérica como un todo ha vuelto al 37% de mediados del siglo XX, y el ritmo de expansión de este segmento es inferior al 1% medio anual. Sin embargo algunos países, como España y Portugal, ya se encuentran en una tercera fase de transición demográfica, caracterizada por un descenso de la cantidad de jóvenes y tasas negativas de crecimiento de este segmento de la población. Estas diferencias también se reflejan en el peso relativo que llegan a alcanzar los jóvenes con respecto al total de la población en uno u otro caso: las cúspides de representación juvenil son del orden de 40% de la población en América Latina (decenio de 1980 y parte del de 1990) y no superiores al 36% en la península ibérica.

Por otra parte, la mortalidad en los jóvenes de Iberoamérica ha descendido sensiblemente en los últimos 50 años, en conjunción con la baja generalizada de la mortalidad. En todos los países de América Latina, con la excepción de los hombres uruguayos, la probabilidad de fallecer durante los diferentes tramos etarios ha seguido descendiendo. El tramo de edad con caídas más marcadas es el de 10 a 15 años exactos, lo que se explica porque en los otros tres tramos (15-20; 20-25 y 25-30) son más frecuentes las causas de muerte relacionadas con conductas o estilos de vida (violencia, accidentes, suicidios). En la mayor parte de los países (con excepción de Colombia, Cuba y El Salvador), en los últimos 15 años ha crecido la brecha de mortalidad entre hombres y mujeres. Estas últimas han sido claramente más beneficiadas con el descenso de mortalidad, que

se relaciona con la disparidad de género en cuanto a la frecuencia relativa de muertes asociadas a conductas y estilos de vida.

La tasa de mortalidad de los jóvenes es relativamente baja y sus defunciones representan pequeñas fracciones del total de la población. Las cifras sugieren una situación de relativa seguridad vital durante la juventud en Iberoamérica y contrastan con la imagen, bastante generalizada entre el público y las autoridades de la región, de una persistente o hasta creciente exposición a amenazas mortales en este período de la vida.

Con respecto a las estimaciones y proyecciones relativas a la fecundidad y reproducción en la juventud, cabe señalar que en los últimos 15 años la fecundidad total y la juvenil en América Latina han seguido cayendo, con excepción de la fecundidad adolescente cuyas cifras muestran su resistencia al descenso, e incluso un incremento en algunos casos. Otra tendencia interesante es que en todos los países de Iberoamérica el número de hijos tenidos hacia finales de la juventud (edad exacta 30 años) ha descendido entre fines del decenio de 1980 y la actualidad. Para el conjunto de América Latina, el régimen de fecundidad imperante en torno de 1987 conducía a que en promedio las mujeres tuviesen 2,2 hijos nacidos vivos al cumplir los 30 años; en tanto que el régimen vigente en la actualidad conduce a un promedio de 1,7 hijos nacidos vivos a dicha edad. No obstante este descenso, la situación de América Latina dista de la que prevalece en la península ibérica, donde no solo hay una fecundidad mucho menor, sino que esta tiene un calendario mucho más tardío: a la edad exacta de 30 años, las españolas en promedio apenas llegan a 0,5 hijos por mujer, mientras que las portugesas alcanzan en torno de un hijo por mujer. Por cierto, persisten disparidades importantes entre países, pues mientras en los más pobres y de mayor fecundidad –Bolivia, Guatemala, Honduras y Nicaragua– las mujeres terminan su juventud con un promedio de 2,5 hijos o más, en los más avanzados en materia económica y social (Chile, Uruguay) la cifra es de 1,5 hijos o menos. No obstante, esta evidencia no deja dudas sobre el enorme contraste entre la trayectoria reproductiva latinoamericana y la ibérica, pues a la misma edad las mujeres de la península aún no han enterado un hijo en promedio.

Respecto de la nuliparidad –o ausencia de hijos– durante la juventud, se advierte que en comparación con las cifras de los censos de 1990, al año 2000 en la mayoría de los países existe una tendencia moderada hacia el incremento de la nuliparidad durante la juventud. Esto se expresa en proporciones crecientes de mujeres que no han tenido hijos al enterar los 30 años.

En cuanto a la migración internacional de jóvenes, esta tiene hoy dos aristas encontradas. Por una parte, hay estímulos a la movilidad entre

países y por otra, existen fuertes barreras al ingreso y permanencia en los lugares de destino. En Iberoamérica, los países peninsulares se han constituido en áreas de destino para migrantes internacionales. El nexo con la emigración latinoamericana, sobre todo de España como país receptor, es cada vez más fuerte. Se trata de un nuevo patrón migratorio que se une a: i) la histórica inmigración de ultramar, que estuvo compuesta en parte importante por flujos de españoles y portugueses a América Latina, hoy abiertamente envejecidos; ii) la migración intrarregional, básicamente fronteriza; y iii) la emigración extrarregional, orientada a los Estados Unidos y Canadá.

La mayor predisposición a migrar de los jóvenes reconoce ciertas causales que le imprimen un carácter particular: i) la migración laboral, que es la que predomina ampliamente entre los adultos y jóvenes de edades mayores, cuyo objetivo es la obtención de trabajo o de mejores condiciones laborales (ingresos, prestaciones, perspectivas de carrera, y otros); ii) la migración educativa, que obedece a requerimientos escolares y tiene dos cimas relacionadas con el ingreso a la educación secundaria y superior; iii) la migración nupcial, derivada de la formación de pareja; iv) la migración emancipatoria, que se relaciona con la salida del hogar paterno y la constitución de uno propio; y v) la migración familiar, que puede subdividirse entre aquella de "arrastre", que acontece cuando la familia se traslada, más frecuente entre púberes y adolescentes, y aquella de reencuentro familiar. En términos generales, las dos primeras predominan ampliamente en la región, mientras que la segunda y la última se manifiestan con alguna fuerza en algunos períodos de la juventud. La cuarta es una práctica poco usual debido al tipo de relaciones familiares predominantes y a las restricciones económicas que tienen la mayoría de los jóvenes.

Capítulo II

Familia y hogar

Las transformaciones que la modernidad y modernización en la región latinoamericana han introducido tanto en las identidades sociales como en el ámbito productivo y demográfico, han repercutido de forma gradual en las tres dimensiones clásicas de la familia: la sexualidad, la procreación y la convivencia (Jelin, 1998). Durante la juventud, la procreación (reproducción) tiende a vincularse con procesos de inserción social que implican, por una parte, la formación de una pareja y la conformación de un hogar propio, y por otra, opciones vitales por estudiar, trabajar o dedicarse a la casa.

La formación de pareja –y sobre todo el matrimonio– han sido tratados como un acontecimiento previo y necesario para la reproducción (Bay, Del Popolo y Ferrando, 2003; Flórez y Núñez, 2003; Bongaarts, 1982). Sin embargo, evidencias provenientes de información censal y de encuestas especializadas sugieren que, con alguna frecuencia, la unión se formaliza con posterioridad a la concepción y a veces luego de la reproducción. Existen también datos que corroboran la significativa frecuencia con que se da la maternidad al margen de una unión en muchos países y grupos sociales. En este contexto, cabe interrogarse sobre los actuales procesos de emancipación juvenil, relacionados con el abandono del hogar de origen y la constitución de un hogar propio. Asimismo, cabe preguntarse respecto de las nuevas trayectorias reproductivas de los jóvenes, pues al parecer una proporción importante de las parejas no asocia la reproducción a la constitución de un hogar propio, lo que altera las modalidades de distribución familiar de la carga de crianza.

Este capítulo examina los tipos de familias y patrones de unión que tienen los jóvenes iberomericanos, y el efecto de estos sobre sus actividades principales y el ámbito de la domesticidad. En primer lugar se presentan los cambios en la configuración de las familias de los jóvenes, sobre la base de la información que aportan tabulaciones especiales de encuestas de hogares para un promedio de 18 países.[1] En segundo lugar, se analiza la interacción entre las trayectorias reproductivas de los jóvenes y el proceso de emancipación juvenil, según la información censal disponible. En este punto se presenta una visión sintética de la situación conyugal de las mujeres según su condición de maternidad, lo que permite ver el estatus nupcial en que se desenvuelve la crianza. En tercer lugar, se examinan las diferentes actividades de los jóvenes en el interior de la familia, indagando las implicancias que la maternidad tiene en la posición que ocupan las mujeres dentro del hogar. Por último, se examinan las percepciones de los jóvenes sobre la calidad de las relaciones existentes en el interior de sus familias, que emergen de la información que aportan las encuestas nacionales de juventud realizadas en diversos países de la región por organismos estatales vinculados con la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).[2]

A. Los principales cambios de las familias en América Latina

En América Latina, nuevos tipos de familia coexisten con las formas tradicionales. Estas nuevas configuraciones generan también nuevas experiencias de convivencia familiar que, en el plano simbólico, han cambiado la forma mediante la cual la familia se representa a sí misma y a sus miembros. Sin embargo, todavía persisten formas de representación, normas e imágenes culturales sobre las familias de carácter tradicional,

---

[1] Los países son: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

[2] Se analizaron encuestas realizadas entre los años 1997 y 2000 que exploran una diversidad de temas (educación, trabajo, familia, sexualidad, drogas, tiempo libre, actitudes frente a temas valóricos, y otros) para dar una visión general de la situación de la juventud en cada país. Las encuestas constituyen una fuente valiosa (y única) de información aunque presentan algunos problemas que es necesario explicitar. Las preguntas no son iguales en las encuestas de los distintos países, lo que dificulta las comparaciones; los cortes etarios tampoco son iguales en las diferentes encuestas; y, por último, no hay información para todos los países en Iberoamérica. Como elemento positivo destaca que estos estudios establecen diferencias por sexo y distinguen al grupo de los jóvenes en distintos tramos, lo que permite observar diferencias y transiciones dentro de la juventud.

que ayudan a comprender la falta de concordancia entre los discursos y las nuevas formas y prácticas de las familias.

La principal modificación demográfica que presenta la familia latinoamericana es la reducción de su tamaño medio, debido a la declinación del número de hijos y el mayor espaciamiento entre ellos. Otro aspecto relevante ha sido el ascenso de la tasa de fecundidad adolescente a partir de los años noventa, especialmente en los sectores de mayor pobreza (CEPAL, 2000b).

Por otra parte, las familias nucleares siguen manteniendo su predominio en América Latina, tanto en las zonas urbanas como rurales. Los hogares nucleares biparentales son los más numerosos, aunque desde comienzos de los años noventa están aumentando los monoparentales, habitualmente con jefatura femenina. Estos han llegado a representar entre una cuarta y una tercera parte de los hogares, y muestran una mayor incidencia de pobreza. Este último aspecto permite afirmar que el aporte de un ingreso adicional establece la diferencia entre los hogares del quintil más pobre y los del más rico. Los hogares con más de un aportante corresponden con mayor frecuencia a familias en las que ambos padres están presentes, así como a

Cuadro II.1

TIPOS DE HOGARES Y FAMILIAS CONSTRUIDOS A PARTIR DE ENCUESTAS DE HOGARES[3]

Hogares		**Familias**	
Unipersonales	Una sola persona	Nucleares	Padre o madre, o ambos, con o sin hijos
Sin núcleo	Aquellos donde no existe un núcleo conyugal o una relación padre/madre-hijo/hija, aunque puede haber otras relaciones de parentesco	Extendidas	Padre o madre, o ambos, con o sin hijos y otros parientes
		Compuestas	Padre o madre, o ambos, con o sin hijos, con o sin otros parientes y otros no parientes
Las familias pueden ser monoparentales (con solo un padre, habitualmnte la madre) o biparentales (con ambos padres); también puede tener hijos o no tenerlos			

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *Panorama social de América Latina 2000-2001*, (LC/G.2138-P), Santiago de Chile, octubre de 2001. Publicacón de las Naciones Unidas Nº de venta: S.01.II.G.141.

[3] En los análisis sociales, económicos y demográficos suele distinguirse la familia del hogar. La familia –fundada en relaciones de parentesco– es considerada como una institución social que regula, canaliza y confiere significado social y cultural a la reproducción y la sexualidad. El hogar o las unidades domésticas de los hogares incluyen la convivencia cotidiana que significa un hogar y un techo: una economía compartida, una domesticidad colectiva, el sustrato cotidiano (Jelin, 1998)– grupos que comparten una vivienda, un presupuesto común y actividades para la reproducción cotidiana, ligados o no por lazos de parentesco. Así, todas las familias son hogares, pero no todos los hogares son familias.

las extendidas y compuestas. Por el contrario, la proporción de hogares con más de un aportante es menor en las familias monoparentales, ya que ese segundo ingreso es el que generan los hijos que se incorporan al mercado laboral (Arriagada, 2001).

Otra tendencia en las familias latinoamericanas es el aumento de los hogares nucleares sin hijos correspondientes a familias de adultos mayores cuyos hijos ya han constituido sus propios hogares (Arriagada, 2002). Por otra parte, "al incrementarse la frecuencia de separaciones y divorcios, las familias complejas han aparecido como un nuevo y creciente fenómeno en la región. Estas familias resultan del divorcio, la nulidad del matrimonio, la viudez o la ruptura de la convivencia de hecho y la constitución de nuevos vínculos" (Arriagada, 2002).

Los nuevos tipos de familia alteran las formas de socialización tradicionales y adquieren distintos ritmos según los sectores sociales y los grupos etarios de los que se trate. Por ejemplo, el aumento de las familias monoparentales con jefatura femenina ha significado un incremento del número de jóvenes que tienen la experiencia de no convivir con su padre. Asimismo, la incorporación de las mujeres con hijos a la población activa ha generado una suerte de "déficit parental" en las denominadas "familias de doble ingreso". La coexistencia de distintos ritmos de cambio en las familias ha acrecentado la complejidad y la heterogeneidad de situaciones de convivencia, lo que resalta la necesidad de analizar más a fondo su configuración interna, especialmente, en los grupos de jóvenes.

Los patrones de constitución de familias que emergen en la población juvenil, además de proporcionar información relevante para ese grupo, proporcionan pistas sobre las tendencias futuras de las familias. Sin embargo, desafortunadamente existen muy pocos estudios sistemáticos sobre las nuevas formas de familia en los jóvenes latinoamericanos.

B. Los jóvenes y sus familias

La información disponible a partir de encuestas de hogares y de encuestas de juventud para Iberoamérica indica que una alta proporción de los jóvenes entre 15 y 29 años vive en su familia de origen. La *familia de origen* incluye diversas composiciones: la familia nuclear, las familias extendidas, las familias compuestas, y otras.

Las encuestas de hogares de alrededor del año 2002 para América Latina revelan que más de la mitad (el 58%) de los jóvenes entre 15 a 29 años viven en familias nucleares, un 33% en familias extendidas, un 3,3% en

Cuadro II.2

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): TIPOS DE FAMILIA Y HOGAR QUE TIENEN LOS JÓVENES ENTRE 15 Y 29 AÑOS, 1999-2002

(En promedios simples)

	Tipos de hogar/familia					Total
	Nuclear	*Extendida*	*Compuesta*	*Unipersonal*	*Hogar sin núcleo*	
Total jóvenes 2002	58,0	33,5	3,3	1,1	4,2	100
Total jóvenes 1999	57,2	34,6	2,9	1,0	4,2	100
Total hombres 2002	58,4	32,2	3,1	1,5	4,8	100
Total hombres 1999	57,5	33,5	2,9	1,5	4,6	100
Total mujeres 2002	57,5	34,7	3,4	0,7	3,7	100
Total mujeres 1999	56,9	35,7	2,9	0,6	3,8	100
Total jefes 2002	69,4	10,6	1,7	9,1	9,2	100
Total jefes 1999	68,3	11,6	1,8	9,0	9,4	100
Total jefes hombres 2002	73,3	9,9	1,8	7,8	7,2	100
Total jefes hombres 1999	72,5	11,1	1,7	7,8	7,0	100
Total jefas 2002	52,0	14,1	1,5	14,3	18,1	100
Total jefas 1999	48,5	14,5	2,0	14,6	20,4	100

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

familias compuestas, un 1% en hogares unipersonales y un 4,2% en hogares sin núcleo conyugal. Si se compara con la información de las mismas fuentes de 1999, se aprecia un leve aumento hacia los hogares nucleares tanto entre los jóvenes jefes como entre hombres y mujeres que viven con su familia de origen (véase el cuadro II.2).

Este promedio regional esconde situaciones muy diversas de los países. La mayor proporción de jóvenes que en el año 2002 vive en familias nucleares se encuentra en Costa Rica, Brasil y Bolivia y la menor en Nicaragua y Venezuela. Ocurre lo inverso en relación con las familias extendidas, ya que la mayor parte se encuentra en Nicaragua donde casi la mitad de los jóvenes vive en familias extendidas, y en Venezuela y El Salvador (43%). En tanto, en Argentina y Costa Rica una proporción menor de jóvenes vive en familias extendidas (24%). Solo en Honduras las familias compuestas tienen cierta magnitud ya que han alcanzado al 10% de los jóvenes.

La información que aportan las encuestas de juventud indica que la permanencia en alguna de las configuraciones de las familias de origen va disminuyendo a medida que aumenta la edad. Por ejemplo, en Chile

un 98,6 % de los adolescentes de 15-19 años tienen a sus padres como jefes de hogar, comparado con un 68,4% de los jóvenes en el tramo 25-29 años. De forma similar, en España el 99% de los adolescentes entre 15-17 años permanecen con su familia de origen, comparado con el 50% de los jóvenes en el tramo 26-29 años. Si bien la permanencia va disminuyendo a medida que aumenta la edad, es significativo que más de la mitad de los jóvenes entre 25-29 años continúe viviendo en su familia de origen. Los datos apuntan a un fenómeno de prolongación de la permanencia en la familia de origen, que a su vez implica lo que se ha denominado el "síndrome de la autonomía postergada", que se refiere a la dificultad de los jóvenes para independizarse.

Las crecientes dificultades para pasar del ámbito educativo al laboral, así como la demanda de más formación impuesta por la mayor competitividad en el empleo, tienden a retrasar la edad en que los jóvenes se autonomizan tanto económica como habitacionalmente respecto de sus padres. Los jóvenes se independizan de sus hogares siendo cada vez más adultos, lo que repercute en su libertad para casarse y tener hijos. Además, estos factores generan una tensión entre la mayor expectativa de autonomía, propia de la actual fase de modernidad, menores opciones para materializarla en términos de recursos y de espacios, y el mayor tiempo requerido para obtener un empleo que permita dicha autonomía.

Las encuestas de juventud coinciden con lo anterior en tanto revelan que los jóvenes que han constituido su propia familia –una pareja con o sin hijos– representan una proporción relativamente baja del total (véase el cuadro II.3). Si bien la razón más generalizada para dejar de vivir en la casa de origen es "la constitución de un hogar y una familia propios", existen factores estructurales que conspiran contra ello y retrasan la salida. En particular, la insuficiencia de los salarios y la precariedad de los empleos. Esto implica que actualmente nuestras sociedades tienen reducida capacidad para conseguir que las personas jóvenes salgan del domicilio familiar.

Las encuestas de hogares muestran que a nivel regional alrededor de un 11% de los jóvenes es jefe de hogar y un 13% es cónyuge, es decir, alrededor de un cuarto de los jóvenes han constituido sus propios hogares. Si se analizan los tipos de hogares que constituyen los jóvenes entre 15 a 29 años que ya son jefes de hogar una mayor proporción de jefes tiene familia nuclear (69%) y una proporción mucho menor ha constituido una familia extendida, es decir, los jóvenes se encuentran en las etapas iniciales de constitución de sus familias (véase el cuadro II.2).

Al analizar el tipo de familia que constituyen los jefes y las jefas de hogar, las diferencias son notables: en tanto el 73% de los jefes hombres

Cuadro II.3

AMÉRICA LATINA (PAÍSES SELECCIONADOS)
¿CON QUIÉN VIVEN LOS JÓVENES?

(En porcentajes)

Tipos	Chile	Colombia	Bolivia	México	España
Familia de origen	87,7	84	68,8	80	70
Familia propia	12,3	13	24,3[a/]	20	16
Sin familia	(.....)	3	6,9	(....)	14

Fuente: Encuestas nacionales de juventud.

[a/] Categoría vive con hijo/as - puede incluir alguna proporción de jóvenes con hijos que viven en su familia de origen.

(....) No existen datos.

tienen familias nucleares, en el caso de las mujeres esa cifra alcanza a algo más de la mitad (52%). Además, entre las jefas aumentan los hogares extendidos y los sin núcleo conyugal, situaciones que se relacionan con las diversas estrategias para cubrir los gastos del hogar y la carga de trabajo doméstico. Ello se explicaría, en parte, porque las mujeres que son jefas de hogar viven sin pareja, en tanto que la mayoría de los jefes jóvenes tienen cónyuge y viven en familias nucleares.

El aumento de la jefatura femenina del hogar es un fenómeno creciente en toda la región latinoamericana, que se encuentra con mayor probabilidad entre mujeres mayores. Llama la atención que la jefatura de hogar femenina se produce también entre las jóvenes menores de 29 años. Estos casos pueden obedecer a la existencia de embarazos adolescentes, que algunos estudios advierten como más proclives a transformarse en hogares de jefatura femenina, es decir, que no establezcan relación de pareja.

C. Trayectoria reproductiva y nupcialidad en la juventud iberoramericana

La visión de los jóvenes hombres y mujeres con respecto a la sexualidad, la unión nupcial y la parentalidad ha sufrido bastantes cambios. Sin duda, esto se ha visto acentuado por los procesos de modernización y exposición a nuevos modelos de comportamiento y consumo, que han alterado las tendencias y opciones de la reproducción juvenil. Como se analiza más adelante, dichas opciones tienen una incidencia fundamental en la trayectoria de vida de los jóvenes, ya que determinan una gama de

situaciones que oscilan entre los polos de la autonomía y la dependencia juvenil. En el primer caso, la reproducción estaría asociada a la constitución de una pareja permanente y de un hogar independiente. Tal patrón puede ser propio de contextos tradicionales, donde la unión y la reproducción constituyen hitos de iniciación culturalmente reconocidos y entrañan una posición social autónoma. En el segundo caso, la crianza se llevaría a cabo en el hogar de los padres o los suegros, lo que puede deberse a prácticas culturales tradicionales, restricciones económicas, escaso alistamiento de la madre joven para la crianza, o una combinación de lo anterior.

1. Tendencias en la unión nupcial de los jóvenes

Un primer elemento a considerar es que si bien la mayoría de las investigaciones basadas en Encuestas de Demografía y Salud (EDS) muestran que se ha producido un inicio más temprano de las relaciones sexuales, las uniones y matrimonios se forman más tardíamente. De acuerdo con el análisis de datos censales, en América Latina la probabilidad de estar unido en el período de la juventud crece de manera sostenida con la edad, lo que refleja un mayor tiempo de exposición al evento de unión. Por ejemplo, en Chile la edad al casarse aumentó entre 1980 y 1999 de 26,6 a 29,4 años en los hombres y en las mujeres de 23,8 a 26,7 años (SERNAM, 2001). En Bolivia, Ecuador, El Salvador y República Dominicana se incrementó el porcentaje de mujeres de 30 a 34 años que permanecen solteras, según las Encuestas de Demografía y Salud. Una realidad similar se observa en Portugal, donde se verifica que la edad media de matrimonio, para los hombres, es de 27 años, y para las mujeres, de 25 años. Esto indica que, en general, las fases iniciales de la juventud no son consideradas por la sociedad y la familia como aptas para la unión.

Con algunas variaciones entre países, al iniciar el siglo más del 90% de las muchachas de 15 años declaraban ser solteras; y entre las unidas predominaba ampliamente la convivencia.[4] A los 20 años la mayor parte de las muchachas declaraban ser solteras, pero los índices de unión (unidas o separadas en el momento del censo) se acercan al 50% en países como Ecuador, Guatemala y Panamá. A esta edad, en varios países hay equilibrio entre la unión libre y el casamiento formal. Al finalizar la juventud, menos de un 30% de las mujeres continúan solteras y dentro de estas alguna fracción ha tenido uniones que no se mantuvieron en el tiempo. En la mayor parte de

[4] Las comparaciones directas del estado civil entre países no siempre son afortunadas, sobre todo por las diferencias en la definición de la unión libre. Por esta razón, más que cotejos entre naciones, lo que interesa verificar es el contexto nupcial en que se desenvuelve la crianza considerando las definiciones nacionales de estado civil.

los países latinoamericanos, a dicha edad predominan las uniones formales, tendencia similar a lo que ocurre en Portugal, donde el matrimonio formal constituye aún la opción de conyugalidad más frecuente, alcanzando al 75% de las uniones establecidas entre los jóvenes entre 15 y 29 años.

Sin embargo, los datos censales muestran un incremento sistemático de la unión libre entre las jóvenes, lo que puede ser interpretado alternativamente como signo de modernidad o como señal de precariedad. Para extraer conclusiones respecto del carácter de las uniones consensuales se requiere un análisis más pormenorizado, aunque estudios previos sugieren que en la región coexiste la unión informal tradicional con la unión consensual moderna (CEPAL, 2000c).

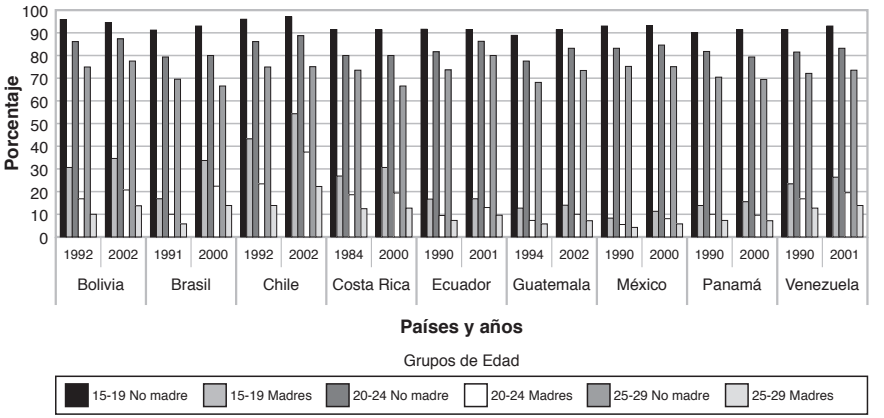
La postergación de la iniciación nupcial también se refleja en el aumento de la proporción de solteras al finalizar la juventud en todos los países iberoamericanos, aunque especialmente en Bolivia, Brasil y Chile. En Portugal, la proporción de solteros alcanzaba al año 1991 al 61,4 % de los jóvenes entre 15 y 29 años. Esta tendencia está ampliamente difundida en los países desarrollados e íntimamente relacionada con el aumento de la nuliparidad o ausencia de hijos en la juventud. Por el contrario, la información censal advierte que las madres tienen una mayor probabilidad de estar unidas, en relación con el número de hijos que tienen. Si bien lo anterior no reviste mucha novedad, se advierte de manera bastante sistemática que la probabilidad de ser madre soltera es mucho mayor entre las adolescentes. Tal patrón ha sido destacado como asunto de preocupación en estudios recientes: "La parentalidad sin unión es generalmente perniciosa tanto para la madre como para el hijo. Pero la parentalidad adolescente sin unión es peor, llegando a ser un tema social crítico debido a los potenciales impactos negativos en la salud y éxito económico de la madre y el hijo, tanto en el corto como en el largo plazo" (Flórez y Núñez, 2003, p. 85).[5]

Como agravante, la maternidad adolescente en condiciones de soltería ha ido en aumento en casi todos los países, comparando datos de dos censos. Cabe mencionar que los mayores índices de maternidad adolescente en condiciones de soltería se verifican en países de transición demográfica relativamente avanzada, como Chile. En este país más de la mitad de las madres adolescentes declara ser soltera en el censo de 2002 (véase el gráfico II.1).

[5] Traducción propia.

Gráfico II.1

AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DE LA PROPORCIÓN DE SOLTERAS SEGÚN GRUPOS DE EDAD Y CONDICIÓN DE MATERNIDAD, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS



Fuente: Procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

La maternidad adolescente fuera de uniones o matrimonio se da especialmente en el grupo de 15 a 17 años, perteneciente a los sectores más pobres y mayormente expuestos a procesos de exclusión temprana (del sistema educativo y de inserción precaria y temprana en el mercado de trabajo). Se ha indicado que la persistencia de estos riesgos demográficos se explica por una combinación compleja de comportamientos tradicionales (unión y embarazo temprano en el caso de la fecundidad adolescente en los grupos pobres) con fenómenos clásicos de exclusión –como la falta de acceso a medios anticonceptivos en el caso de la fecundidad no planificada (CEPAL, 2001a)– y otros factores asociados a la cultura juvenil.

La maternidad soltera hacia el final de la juventud, en cambio, tiene menos variación y no sigue un patrón de distinción nacional tan evidente. En países como Guatemala y México es poco frecuente –menos del 10% del total de madres de 25 a 29 años de edad–, mientras que en Bolivia, Brasil, Chile y Venezuela se empina por sobre el 15%. Sin embargo, en algunos países ha tendido a aumentar, lo que nuevamente puede ser signo tanto de prácticas machistas tradicionales como de decisiones más bien informadas y libres de mujeres que suelen pertenecer a grupos sociales o culturales de nivel superior. Otra tendencia que se perfila en varios países es la unión sin hijos hacia el final de la juventud, lo que releva un grado significativo de control natal dentro de las parejas.

En suma, hay signos de cambio en materia del marco de pareja en que se sobrelleva la crianza, aunque las tendencias no siempre se verifican

en todos los países. El hallazgo más relevante y sistemático es el relativo a la particular predisposición de las madres adolescentes a permanecer solteras. En otros estudios se ha hecho notar que una fracción no menor de las que se declaran unidas lo hicieron para "legitimar" un embarazo previo, lo que genera dudas respecto de la solidez de esas parejas (Flórez y Núñez, 2003; CEPAL 2002b y 2000c; Guzmán y otros, 2001). Otro hallazgo es el aumento de esta condición de maternidad adolescente soltera durante los últimos 15 años. Sin duda se trata de una tendencia que añade complejidad a este tema y que lo reviste de mayor urgencia para la acción de políticas especializadas.

2. Condición de maternidad y posición en el hogar

Las cifras censales muestran que la maternidad determina una diferencia importante en la posición de los jóvenes en el hogar. Como cabría esperar, entre las madres es mucho más frecuente la condición de cónyuge que de jefe de hogar. Esta relación está claramente mediada por la edad: mientras entre las madres adolescentes la condición de cónyuge no supera el 50% y la jefatura de hogar es ínfima, entre las madres de 25 a 29 años los parentescos "protagónicos" (jefes o cónyuges) están mucho más extendidos. Interesa constatar que la maternidad hacia el final de la juventud no se asocia con una propensión especial hacia la jefatura de hogar, pues solo una fracción pequeña de las madres y no madres de esa edad detentan tal condición. No obstante, incluso entre las madres de esta edad entre un 10% y un 20% clasifica como hija o nuera del jefe de hogar, lo que sugiere la existencia de un segmento no menor de jóvenes con dificultades para enfrentar la crianza de manera independiente (véanse los gráficos II.2 y II.4).

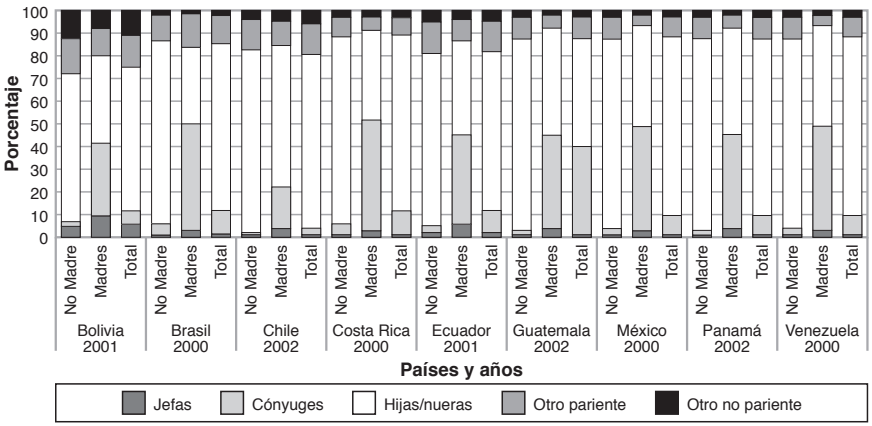
Respecto de esto último, las cifras censales ratifican un planteamiento que desde hace algún tiempo se ha subrayado con relación a la maternidad adolescente contemporánea y que implica añadir a un tercer actor, adicional a los progenitores y sus hijos/as. Se trata de la difusión de responsabilidades que se logra mediante la cohabitación con los padres y abuelos. El gráfico II.2 es ilustrativo: hay países, como Chile, donde solo una de cada cuatro madres adolescentes ha formado un hogar independiente y dos de cada tres madres adolescentes viven con sus padres o suegros.

En suma, aunque la maternidad temprana aún se asocia a procesos de formación de pareja y de hogar autónomo, de manera creciente se experimenta al margen de una unión estable y en el marco del hogar parental, revitalizándose la figura de las "abuelas criadoras" de larga tradición en América Latina.

Gráfico II.2

AMÉRICA LATINA: MUJERES DE 15 A 19 AÑOS SEGÚN CONDICIÓN DE MATERNIDAD Y RELACIÓN DE PARENTESCO CON EL JEFE DE HOGAR, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

(En porcentajes)

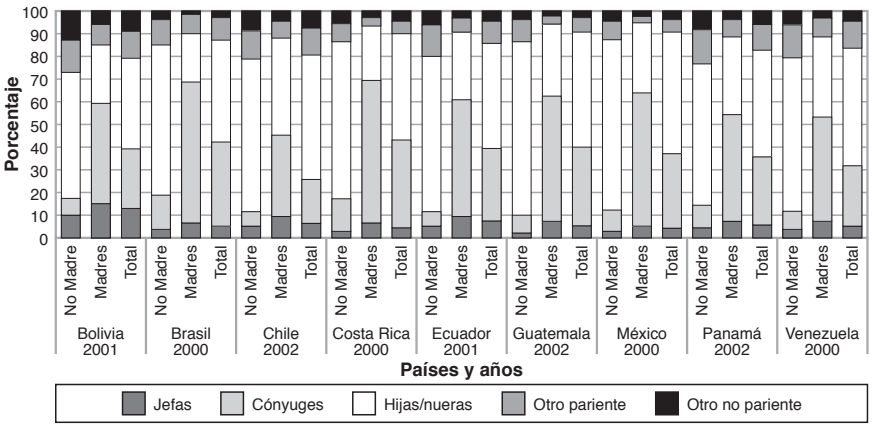


Fuente: Procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

Gráfico II.3

AMÉRICA LATINA: MUJERES DE 20 A 24 AÑOS SEGÚN CONDICIÓN DE MATERNIDAD Y RELACIÓN DE PARENTESCO CON EL JEFE DE HOGAR, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

(En porcentajes)

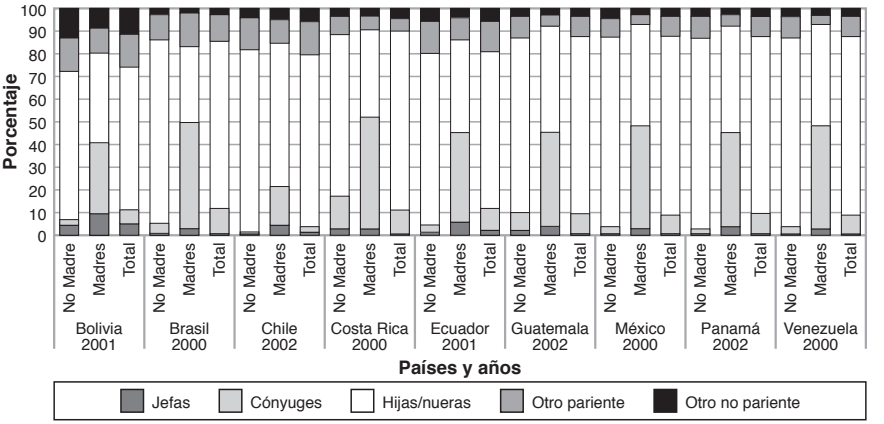


Fuente: Procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

Gráfico II.4

AMÉRICA LATINA: MUJERES DE 25 A 29 AÑOS SEGÚN CONDICIÓN DE MATERNIDAD Y RELACIÓN DE PARENTESCO CON EL JEFE DE HOGAR, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

(En porcentajes)



Fuente: Procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

D. Género, actividad económica y hogar

Si bien con la creciente participación laboral femenina se han producido cambios importantes en la esfera pública, esas transformaciones no se han expresado dentro de la familia mediante modificaciones consecuentes en la distribución del trabajo doméstico y roles de género asumidos en la crianza de los hijos. Aunque hay indicios que muestran una ruptura con ciertos patrones previos, y que apuntan hacia modelos de familias más democráticas, no se advierten cambios radicales en el plano de las relaciones de género en el interior de la familia.

1. Actividad económica de los jóvenes y su efecto en el hogar

La información disponible para América Latina en 2002, en relación con las actividades económicas de los jóvenes y su repercusión en el ámbito del hogar, muestra que la mayor diferencia entre los jóvenes por sexo se refiere a los quehaceres domésticos. El cuadro II.4 indica que alrededor del 40,5% de los jóvenes de 15 a 29 años además de trabajar estudian, 23% solo estudian, 13% no estudian ni trabajan, algo más de un 13% se dedican exclusivamente a los quehaceres domésticos y 9,3% solo trabajan. Por el contrario, alrededor de un cuarto de las jóvenes de 15 a 29 años se dedican a quehaceres domésticos (25,6%), en tanto que en los hombres esa

Cuadro II.4

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): ACTIVIDAD DE LOS JÓVENES ENTRE 15 Y 29 AÑOS, 1999-2002

(En promedios simples)

	Actividad					Total
	Trabaja y estudia	*Solo trabaja*	*Solo estudia*	*No estudia ni trabaja*	*Quehaceres domésticos*	
Total 2002	40,5	9,3	23,2	13,2	13,8	100
Total 1999	40,2	7,7	22,8	11,7	17,6	100
Hombres, 2002	52,7	10,9	22,2	12,3	1,9	100
Hombres, 1999	53,8	9,2	21,6	12,1	3,3	100
Mujeres, 2002	28,3	7,8	24,3	14,1	25,6	100
Mujeres, 1999	27,0	6,3	24,1	11,3	31,4	100
Total jefes, 2002	79,7	6,6	3,6	6,6	3,5	100
Total jefes, 1999	78,4	5,7	3,7	5,3	6,9	100
Jefes hombres, 2002	85,9	5,9	2,2	5,6	0,3	100
Jefes hombres, 1999	84,4	5,1	2,5	4,5	3,6	100
Jefas, 2002	53,5	9,4	9,3	10,9	16,9	100
Jefas, 1999	51,2	8,3	9,0	9,1	22,5	100

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

proporción no alcanza al 2%. Así, un grupo importante de mujeres jóvenes está desarrollando trabajo doméstico, esencial para el funcionamiento de sus hogares, sean propios o de sus familias de origen. Ese trabajo –realizado dentro de la familia– limita las posibilidades laborales de las jóvenes, ya que en comparación con los jóvenes una proporción menor de mujeres del mismo grupo etario trabajan y estudian o solo trabajan.

Para el grupo de 15 a 19 años los patrones son similares, si bien una proporción mayor de jóvenes de ambos sexos –45%– están dedicados solo al estudio. Entre ellos, un porcentaje mayor de mujeres jóvenes que de hombres se encuentran estudiando (43% hombres y 47% mujeres). Sin embargo, en las actividades domésticas se concentra el 20% de las jóvenes y solo el 3% de los hombres. Es notable que alrededor de un 12% de los jóvenes de ambos sexos de 15 a 19 años no estudian ni trabajan, cifra que indica una falencia seria de la cobertura educativa hacia los jóvenes. También es preocupante observar que en el período de 1999 a 2002 en este grupo de edad –cuya actividad predominante debiera ser el estudio– se produce un leve aumento de los que no estudian ni trabajan, junto con el grupo de los que solo trabajan. Asimismo, se reduce la magnitud de jóvenes

Cuadro II.5

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): ACTIVIDAD DE LOS JÓVENES ENTRE 15 Y 19 AÑOS, 1999-2002

(En promedios simples)

	Actividad					
	Trabaja y estudia	*Solo trabaja*	*Solo estudia*	*No estudia ni trabaja*	*Quehaceres domésticos*	**Total**
Total, 2002	20,6	10,6	45,2	11,9	11,7	100
Total, 1999	22,1	8,4	44,6	11,3	13,6	100
Hombres, 2002	28,6	13,2	43,0	11,9	3,3	100
Hombres, 1999	31,1	10,9	41,8	12,5	3,6	100
Mujeres, 2002	12,2	7,8	47,5	12,0	20,5	100
Mujeres, 1999	12,9	5,9	47,3	10,1	23,8	100

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

que trabajan y estudian simultáneamente o solo se dedican a las labores domésticas (véase el cuadro II.5).

La información aportada por las encuestas de hogares indica que en la mayoría de los países persiste una determinación de roles en la familia que expresa subordinación de mujeres. Esto contrasta con opiniones que en el discurso admiten un cambio importante en los papeles desempeñados por ambos sexos en relación con el trabajo, la familia y el cuidado de los niños. Al respecto, algunos estudios permiten afirmar que el supuesto proceso de cambio valórico ocurrido no ha sido el mismo para ambos sexos, y que existe un desfase entre los y las jóvenes de igual o diferente generación. Así lo revela una investigación realizada en Chile, que muestra que las mujeres concuerdan menos con el orden tradicional de género y que existe una mayor distancia de opiniones entre hombres y mujeres en los grupos de menor edad, lo que sugiere un avance más marcado de las jóvenes con respecto a los jóvenes de su generación (SERNAM, 1999). Sin embargo, un estudio realizado en México concluye que, si se controla el resto de las variables, la edad no incide de modo importante en la división intrafamiliar del trabajo, ni en la participación de las mujeres en decisiones, ni en el nivel de violencia. Según dicho estudio, "las mujeres de mayor edad (30 años y más) se encuentran en ventaja frente a las más jóvenes en lo que se refiere a la libertad de movimiento", y, sobre la base de otros estudios realizados en ese país, "la relación entre la edad de los entrevistados y las relaciones de pareja no se da en la dirección esperada, lo cual llevaría por lo menos a cuestionar que esté ocurriendo en el país el cambio generacional muchas veces postulado" (García y de Oliveira, 2003).

Dado que los resultados en este tema son en cierta medida inesperados, es necesario someter a mayor análisis y consideración el examen de los estereotipos de género que están determinando los roles que desempeñan los jóvenes en el interior de la familia y el ámbito doméstico. Dichos estereotipos éticos y estéticos, aunque presentan algunos grados de evolución, todavía parecen inscribirse en parámetros convencionales que establecen, por ejemplo, el modelo de mujer-madre de elevado grado de sensibilidad, responsabilidad, delicadeza, belleza y pulcritud. El modelo de hombre está vinculado con el despliegue y la demostración de fuerza, audacia, seguridad, racionalidad y dominio (López, Jemio y Chuquimia, 2002).

2. Condición de maternidad y actividad principal de los jóvenes

La información censal revela que la condición de maternidad presenta asociaciones fuertes con la actividad principal que realizan las mujeres en el interior de la familia. En primer lugar, las jóvenes con hijos tienen una probabilidad mucho menor de ser estudiantes. Si bien ello confirmaría la baja compatibilidad entre crianza y enrolamiento escolar, no debe interpretarse en un sentido causal desde la reproducción hacia la deserción, pues el sentido del vínculo puede ser el inverso, vale decir, la deserción es previa y probablemente influye en la reproducción.

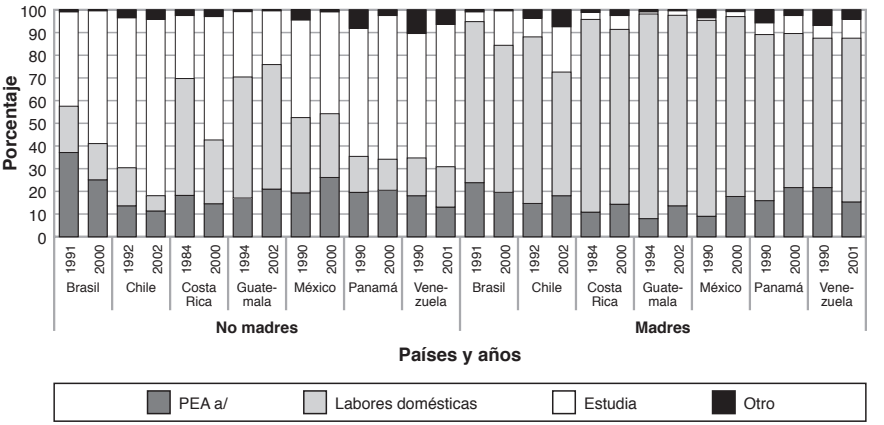
Si bien durante todo el ciclo juvenil se aprecia que las no madres tienen mucho mayor probabilidad de estar estudiando (véanse los gráficos II.5, II.6 y II.7), una distinción relevante se verifica en la asociación entre maternidad y actividad económica a través de las diferentes fases de la juventud. Mientras que en la adolescencia las madres y las no madres se diferencian poco y de manera más bien irregular en cuanto a participación laboral —porque, como ya se vio, la maternidad parece conducir a las muchachas hacia las labores domésticas y no al mundo del trabajo—, en otras etapas de la juventud sí se advierte una asociación sistemática de la maternidad con menor probabilidad de inserción laboral. El procesamiento de la información censal ofrece un antecedente adicional: cuando las jóvenes tienen 2 o más hijos, su probabilidad de participar en el mercado de trabajo se reduce abruptamente y el rol doméstico alcanza amplio predominio. En esto concurren las exigencias de la crianza, las limitaciones y los costos de los mecanismos alternativos para encararla (guarderías, empleo doméstico o cuidadoras especializadas, redes de apoyo, subsidios) y los pertinaces sesgos de género.

Si la evidencia censal sugiere una estrecha relación entre la permanencia o no en el sistema educativo y la probabilidad de ser madre, será necesario considerar la retención escolar como una herramienta que, entre otros propósitos, apunta a prevenir la maternidad precoz. Por cierto

Gráfico II.5

AMÉRICA LATINA: MUJERES DE 15 A 19 AÑOS SEGÚN CONDICIÓN DE MATERNIDAD Y ACTIVIDAD ECONÓMICA, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

(En porcentajes)



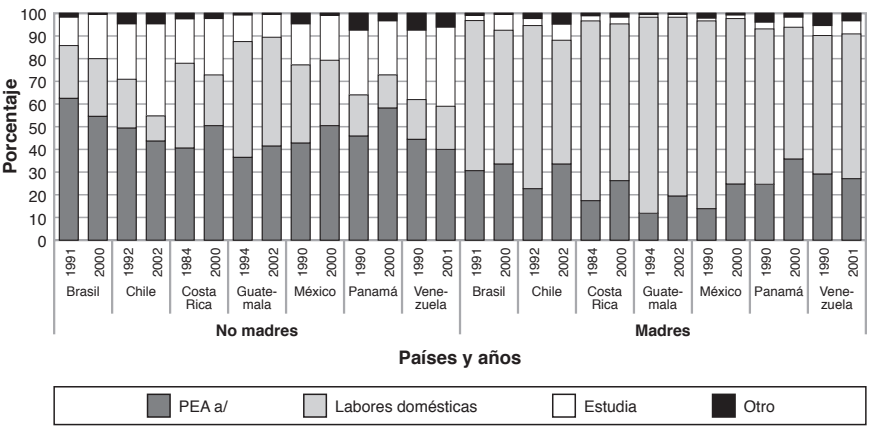
Fuente: Procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

a/ Población económicamente activa.

Gráfico II. 6

AMÉRICA LATINA: MUJERES DE 20 A 24 AÑOS SEGÚN CONDICIÓN DE MATERNIDAD Y ACTIVIDAD ECONÓMICA, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

(En porcentajes)



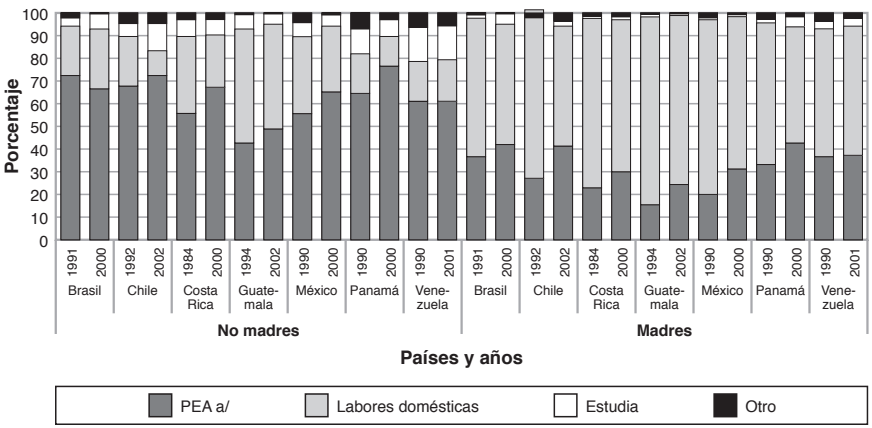
Fuente: Procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

a/ Población económicamente activa.

Grafico II. 7

AMÉRICA LATINA: MUJERES DE 25 A 29 AÑOS SEGÚN CONDICIÓN DE MATERNIDAD Y ACTIVIDAD ECONÓMICA, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADAS

(En porcentajes)



Fuente: Procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

a/ Población económicamente activa.

no basta con ello, pues las muchachas que desertan están claramente más expuestas al riesgo de embarazo temprano y ameritan cuidado, atención y prestación de servicios especiales. En el mismo sentido, las que prosiguen sus estudios requieren de información y servicios específicos para promover una conducta sexual responsable, pues si bien hay una relación entre iniciación sexual más tardía y escolaridad (Flórez y Núñez, 2003; Guzmán y otros, 2001; J. Rodríguez, 2001b; CEPAL, 2000g), el vínculo es más errático y de evolución incierta.

E. La valoración de los jóvenes con respecto a la familia

Aproximarse al mundo afectivo existente en el interior de las familias desde la visión de los jóvenes, permite vislumbrar un espacio cargado de subjetividades, nuevos roles y valores que van a dar forma a las tendencias futuras de las familias. Las encuestas de juventud señalan que este es el ámbito donde los jóvenes expresan su más alto aprecio y confianza. Es un lugar de negociación, no exento de reglas, donde encuentran cariño, comprensión y apoyo.

Otro elemento importante de resaltar es la relevancia que tienen en los jóvenes los orígenes sociales de las familias, pues en ellas pareciera encontrarse una de las claves de sus destinos: la situación socioeconómica familiar determina en buena medida sus logros y fracasos, ello como un reflejo de la propia forma en que están organizadas las sociedades, de tal manera que la movilidad resulta prácticamente imposible, como si se tratara de sociedades estamentales (OIJ, 2004a). Los jóvenes de orígenes menos privilegiados son los que más carencias y obstáculos encuentran en sus trayectorias y los que más problemas deben enfrentar en la escuela, el trabajo y la realización de la autonomía personal, siendo las mujeres quienes tienen las desventajas más claras, particularmente en el mundo del trabajo.

1. La comunicación en la familia de origen desde la perspectiva de los jóvenes

En el contexto descrito anteriormente interesa saber: ¿Cómo es percibida por los jóvenes la "calidad" de la comunicación dentro de la familia? Para abordar este tema las encuestas de juventud ofrecen dos preguntas que aportan información relevante. La primera es: ¿A *quién* le confían los jóvenes sus problemas personales?, lo que plantea el tema de la confianza.

La información en el cuadro II.6 muestra que los jóvenes tienen un núcleo íntimo bastante reducido, comparado con un núcleo más lejano conformado por unos "otros" que también son parte del entorno cotidiano (profesores, vecinos, compañeros, otros familiares, sacerdote). El núcleo íntimo –y principal entorno afectivo– está constituido por la familia y un par de otras figuras cercanas.

El 33,5% de los adolescentes y jóvenes bolivianos le cuentan sus problemas personales a sus madres, la principal confidente dentro de la familia, seguido por los amigos en un 15,4% de los casos, los hermanos/as en 13,3% de los casos, luego el papá con una frecuencia de 9,6% y el esposo o pareja en un 6,9% . Destaca que el 14,1% de los adolescentes y jóvenes no le cuentan a nadie sus problemas personales. A pesar de algunas diferencias entre géneros (por ejemplo, los hombres jóvenes confían más en sus padres que las mujeres), se constituye aquí un núcleo bastante cerrado del que participan los miembros de la familia de origen –madre, hermanos/as, padre– y otras dos figuras: los amigos y la pareja.

Los jóvenes chilenos presentan una situación bastante similar. La persona con la que la mayoría conversa sus problemas personales es un amigo o amiga (58,2%). Sigue a esta categoría la madre (56,5%), la pareja (41,6%), un hermano o hermana (24,2%) y el padre (23,6%). Personas menos cercanas

Cuadro II. 6

BOLIVIA Y CHILE: ¿A QUIEN LE CONFÍAN LOS JÓVENES SUS PROBLEMAS PERSONALES?

(En porcentajes)

	Bolivia	**Chile** [a/]
Madre	33,5	56,5
Amigo	15,4	58,2
Pareja	6,9	41,6
Hermano/a	13,3	24,2
Padre	9,6	23,6
Compañeros	-	11,6
Otro familiar	5,3	-
Sacerdote	1,0	-
Otro adulto	-	11,9
Vecino	-	-
Profersor/a	0,9	-
No le cuenta a nadie	14,1	21,6

Fuente: Encuestas de juventud de ambos países.

[a/] No suma 100. Respuestas múltiples.

como el sacerdote, otro adulto, un vecino o un profesor son nombrados en porcentajes muy inferiores, nunca más altos que el 2%. La mayor diferencia entre los géneros –al igual que entre los jóvenes bolivianos –se presenta frente a la figura del padre, considerando que es la persona elegida para conversar sus problemas personales por el 29,5% de los hombres y solo por el 18,3% de las mujeres. Al aumentar la edad se adquiere de manera creciente la preferencia de conversar los problemas personales con la pareja.

Se puede apreciar, entonces, que a diferencia de la desconfianza generalizada que los jóvenes manifiestan frente a otras instituciones –y en general, frente al mundo de los adultos– esto no se da en relación con los padres, lo que indica la importancia de estos y de la familia como ámbito de interés y espacio de desarrollo juvenil. Más aún, señala que la familia se mantiene como un entorno afectivo –y modelo de referencia– fundamental para los jóvenes.

Profundizar en el tema de la comunicación en el interior de la familia en las encuestas de juventud aporta una segunda pregunta: ¿De *que* conversan con sus padres?, que trae a colación el tema de la calidad de la comu-

nicación. La encuesta mexicana plantea que más allá de la comunicación intrafamiliar o la frecuencia con la que esta ocurre, destaca su calidad, pues prevalecen temas cuyo tratamiento resulta difícil en los ámbitos familiares. En términos generales, los jóvenes tienen mayor confianza con las madres que con los padres, aunque el 42% de ellos nunca hablan de sexo con su madre y un 21% nunca hablan con ella de sus sentimientos, casi una tercera parte (30,5%) nunca habla de su trabajo, y más de la mitad (55,3%) nunca conversa sobre política con sus madres. Por otra parte, el 57% de los jóvenes nunca habla de sexo con su padre, un 39,4% no lo hace sobre sus sentimientos y el 55,5% no hablan de política con su padre. Esto desdibuja la figura paterna como imagen orientadora, pues en general no existe ningún tema sobre el que ellos conversen "mucho" con su padre.

A su vez, los jóvenes chilenos conversan poco sobre sexualidad con su madre (35,2%) y menos aún con su padre (15,8%), prefiriendo hacerlo con su pareja (44,6%) o con su mejor amigo o amiga (53,5%). Destaca que un 7% de los jóvenes no conversa con nadie de este tema. Las mujeres tienden a conversar sobre sexualidad con personas muy cercanas (parejas, mejor amigo o amiga, madre, hermano o hermana) en mayor medida que los hombres. De hecho, en comparación con las mujeres, los hombres predominan en aquellas categorías que incluyen a personas algo más distantes (amigos en general), al padre o a nadie.

La encuesta colombiana sugiere que los padres tienen escaso conocimiento de los problemas de sus hijos/as. Un 28% de los jóvenes dice que sus padres saben de todos o casi todos sus problemas, un 17% de la mayoría, un 18% de algunos, un 9% de muy pocos, un 20% dice que saben "solo si yo les cuento" y un 8% que "no saben".

En síntesis, la información sobre la comunicación en el interior de la familia plantea la siguiente paradoja. Mientras la familia es señalada por los jóvenes como su entorno afectivo fundamental, un ámbito de confianza donde pueden conversar sus problemas personales, existen sin embargo temas cuyo tratamiento resulta difícil y por tanto son escasamente conversados. En otras palabras, los jóvenes dicen que hay comunicación "intrafamiliar", pero esta presenta un "déficit de calidad".

2. La valoración de la familia de origen desde la perspectiva de los jóvenes

La calidad de la comunicación en la familia se encuentra asociada a la valoración que los jóvenes tienen del ámbito familiar. Las encuestas de juventud plantean dos preguntas relevantes para abordar este tema. La primera es: ¿Cual es la percepción que los jóvenes tienen de la relación con sus padres/madres?

Cuadro II.7

MÉXICO Y BOLIVIA: PERCEPCIÓN DE LA RELACIÓN CON LOS PADRES

(En porcentajes)

	México		**Bolivia** [a/]	
	Padre	*Madre*	*Padre*	*Madre*
Buena	73,7	88,9	77,4	90,2
Regular	15,3	7,9	17,0	8,5
Mala	1,8	1,1	4,5	0,9
Otro [b/]	9,2	2,1	-	-

Fuente: Encuestas de juventud de ambos países.

[a/] En la encuesta boliviana hemos agrupado las categorías "muy buena"/"buena" en "buena", y "mala"/"pésima" en "mala".

[b/] Incluye las categorías "no convivo con él/ella", "no especificado" y "no existe información" que se encuentran en la encuesta mexicana.

El cuadro II.7 muestra que los jóvenes tienen una positiva percepción de la relación con sus padres. El 90,2% de los jóvenes bolivianos dicen que las relaciones con su madre son buenas (buena el 74,9% y muy buena el 15,3%) y un 77,4% expresan lo mismo de la relación con sus padres (buena el 70% y muy buena 7,4%). En sentido contrario, solo el 4,5% de los adolescentes y jóvenes señalan que tienen una mala relación con su padre (mala 3,5% y pésima 1,0%), situación que se presenta en el 0,9% de la población entrevistada en relación con su madre (0,7% mala y 0,2% pésima). Es decir, si bien en términos generales destaca una percepción muy positiva de la relación con los padres, por otra parte se observa una significativa diferencia en la percepción de la relación con la madre y el padre, siendo esta mucho más positiva hacia la madre.

La situación entre los jóvenes mexicanos es bastante similar. En términos generales existe una positiva percepción de la relación con ambos padres, aun cuando se observa una diferencia significativa en la relación con el padre y la madre. La proporción de jóvenes que dicen que la relación con su madre es buena supera en 15 puntos a la de quienes expresan lo mismo de la relación con su padre. La proporción de jóvenes que dicen tener una mala relación con el padre, la madre o ambos es muy baja en los dos casos. Pero en la categoría regular existe una diferencia importante: la proporción de quienes señalan tener una relación regular con el padre duplica a quienes señalan tener ese tipo de relación con la madre.

Para profundizar este tema, las encuestas de juventud plantean una segunda pregunta: ¿Qué valoran los jóvenes de su familia? Los datos

indican que en México la familia conforma la base de la cobertura afectiva de los jóvenes, situación ampliamente reconocida por ellos, quienes al responder sobre lo que más valoran de la familia contestaron que el apoyo y la solidaridad (45%), el cariño y el amor (10%), así como otras actitudes vinculadas con la cobertura de satisfactores afectivos.

La evaluación de la calidad de la relación con el padre y la madre en Chile sugiere que los aspectos mejor evaluados de este vínculo son el apoyo ante problemas y la demostración de cariño. Las madres tienen una mejor evaluación en los aspectos de comprensión y comunicación que los padres. En el caso del padre, el aspecto mejor evaluado es el respeto por la vida privada del o la joven. Tanto en el caso del padre como de la madre, el aspecto peor evaluado es el poco tiempo que dedican a estar con sus hijos. Esto concuerda con los hallazgos de un estudio realizado en 1998 sobre una muestra de niños y adolescentes, que informa que entre el 81% y el 87% de los entrevistados afirman llevarse bien o muy bien con su padre y su madre respectivamente. Sin embargo, el mismo estudio muestra que cuando los niños se enfrentan con algún problema, un 60% acude a la madre, comparado con solo un 12% que acude al padre (SERNAM, 1999).

Esta valoración altamente positiva de la familia, especialmente como base de la cobertura afectiva, debe ser contrastada con otro aspecto: la presencia de violencia intrafamiliar. Es sabido que la violencia intrafamiliar es un problema social de grandes dimensiones, que tradicionalmente se ha considerado como algo "privado", ajeno al debate público, por lo que ha permanecido oculto y escasamente estudiado. Sin embargo, desde fines de los años ochenta se vienen realizando diversos estudios que, frente a la visión idealizada de la familia, han puesto al descubierto "la caja negra" familiar, donde se registran la violencia y los abusos.

En las encuestas de juventud, el tema de la violencia intrafamiliar aparece explícitamente tratado solo en el caso de Bolivia. Ante la pregunta por la prevalencia de violencia física en el hogar, el 66,3% de los adolescentes y jóvenes bolivianos dijeron que nunca eran sometidos a agresión física dentro de su casa (el 67,4% de las mujeres y el 65,2% de los hombres). Del total de adolescentes y jóvenes, el 33,4% reconocían que había sido víctimas de agresiones físicas dentro de su casa. Los preadolescentes son los que reciben más castigo físico en sus hogares, ya que mientras el 85,7% de los jóvenes señalan que nunca les pegan en su hogar, ese porcentaje es de 63,9% en adolescentes y 33,8% en preadolescentes.

Por otra parte, en un estudio realizado en Chile, los y las jóvenes reconocen que frecuentemente o a veces se dan conductas violentas en el interior de su hogar: 10% en el caso de violencia física de padres a hijos; 5,7% en el caso de violencia física entre cónyuges; 12,8% en el caso de

violencia psicológica entre padres e hijos y un 11,3% en el caso de violencia psicológica entre cónyuges. Sin embargo, al preguntarle a los niños en un estudio más reciente, los datos muestran una realidad más agresiva. El castigo más frecuente mencionado por niños y adolescentes es "no me dejan salir" (63%), le siguen en importancia "no me dejan ver TV" (36%) y "me pegan" (27%). Esta última cifra contrasta con el hecho de que en el estudio anteriormente mencionado solo un 10% de los adultos reconocen la existencia de violencia física dentro del hogar (SERNAM, 1999). [6]

En la hipótesis (plausible) de que estos niveles de violencia intrafamiliar fueran similares en los otros países considerados, surge la paradoja de que coexiste entre los jóvenes una valoración muy positiva de la familia, como base de la cobertura afectiva y como espacio de confianza y de diálogo, junto con la experiencia de la *caja negra* familiar (los conflictos violentos que permanecen como secreto de familia). Para una proporción importante de los jóvenes existiría, por tanto, una falta de correspondencia entre un discurso (ideal) sobre la familia y unas experiencias altamente conflictivas de convivencia familiar.

3. La autoridad familiar

La década pasada fue escenario de cambios radicales en la relación entre trabajo y familia. El aumento sostenido del desempleo en América Latina, que hoy se empina sobre un promedio del 10%, con grandes contingentes de trabajadores adultos que son vistos como prescindibles u obsoletos en el sistema productivo formal, hace mella en las familias. Esto, porque muchos adultos varones, jefes de familia, se ven confinados en sus hogares con la autoestima trizada y su autoridad familiar cuestionada porque ya no cumplen el rol de proveedores. Como consecuencia, "el nuevo lugar de la autoridad familiar será motivo de disputas y manifestaciones diversas. Circulará, se horizontalizará, pugnará y en algunos casos se disolverá, permitiendo en sus intersticios negociaciones, acuerdos, nuevos acuerdos, impugnaciones y la construcción de alianzas según tiempo y oportunidad" (Balardini, 2000).

---

[6] Es interesante recalcar que investigaciones realizadas en distintos países para explicar las causas de la conducta abusiva en lo emocional, físico y sexual sobre la pareja, niños o ambos dentro de la familia, enfatizan causas que trascienden elementos de psicopatología individual y que refuerzan la idea de una transmisión transgeneracional de la violencia. Estudios realizados en jóvenes de Chile muestran patrones de violencia en la etapa de noviazgo ("pololeo"), mayor violencia hacia las mujeres cuyas madres fueron golpeadas por su esposo o pareja, cuando las madres de sus parejas fueron golpeadas, cuando sus parejas fueron golpeados siendo niños y cuando la mujer ha tenido experiencias de violencia física o abuso sexual antes de los 15 años.

La problemática del nuevo lugar de la autoridad familiar se encuentra asociada a un aspecto que ya ha sido destacado: el desdibujamiento de la imagen paterna como figura orientadora y, se puede agregar ahora, como una autoridad prefigurada. Las encuestas de juventud aportan un par de preguntas que son relevantes para abordar esta problemática, y que se desarrollan a continuación.

Primera pregunta: ¿Quien decide sobre diversos aspectos que afectan a la convivencia familiar?

Cuadro II.8

MÉXICO: ¿QUIÉN DECIDE SOBRE LAS SIGUIENTES CUESTIONES?

(En porcentajes)

	Papá	Mamá	Ambos	Herma-nos/as	El joven	Todos	Otros	No especif
Cómo gastar el dinero	25,3	32,2	36,4	0,7	0,9	3,2	0,9	0,5
Compra de comida	6,0	72,3	16,7	0,7	0,7	2,0	1,2	0,5
Dónde vivir	23,7	17,7	47,4	0,4	0,6	6,8	0,8	2,5
Salir de paseo	22,8	18,2	45,4	0,7	2,6	8,8	0,8	0,9
Educación de los hijos	12,1	21,2	61,7	0,4	1,1	2,2	0,7	0,7
Disciplina de la familia	17,4	19,8	57,8	0,3	0,6	2,7	0,9	0,5
Permisos para llegar tarde	25,7	22,0	45,8	0,3	3,1	1,6	0,8	0,7
En caso de enfermedad	10,2	30,9	52,7	0,5	1,1	3,1	0,9	0,6
Salir con amigos	18,7	21,5	39,4	0,3	15,6	2,4	0,8	1,2
Fumar o beber licor	20,6	12,2	35,1	0,3	17,9	4,0	0,6	9,4

Fuente: Encuesta Mexicana de Juventud, 2002.

El cuadro II.8 muestra a quienes inciden en el proceso de toma de decisiones en temas fundamentales para la convivencia familiar en México. Se puede apreciar, consistentemente con lo señalado, que el padre ya no es una autoridad prefigurada, vale decir, ya no es "la" persona que decide en la familia. En gran parte de los temas que afectan la convivencia familiar las decisiones se toman en conjunto por ambos padres, lo que está indicando que la autoridad se constituye –al menos ahí donde existe la presencia del padre y la madre– como *un espacio de negociación*. Cuestiones fundamentales en la trayectoria de una familia, como la educación de los hijos/as, se deciden mayoritariamente en conjunto por ambos padres. Lo mismo ocurre con cuestiones de disciplina familiar, aunque en ciertos aspectos, que son los que generan mayor conflicto en las familias –como los permisos para llegar tarde y fumar o beber licor–, el padre mantiene su autoridad.

Pero hay otros aspectos donde existe una suerte de "división de la autoridad". Por ejemplo, las madres tienen un fuerte poder de decisión en cuestiones como la "compra de comida", "en caso de enfermedad" y en "cómo gastar el dinero". Los espacios de decisión exclusiva del padre se encuentran bastante más diluidos predominando los aspectos disciplinarios. Por último, destaca que los jóvenes tienen escasa autoridad en el ámbito familiar. Los únicos aspectos en los que parecen tener cierta incidencia son "salir con amigos" y "fumar o beber licor", aunque estos también son espacios de negociación con los padres.

La disputa por el lugar de la autoridad y el hecho de que esta se constituya como un espacio de negociación no debe ser interpretada necesariamente como un relajamiento de los lazos familiares. La familia mantiene un papel importante como elemento socializador y regulador de conductas, para lo que echa mano a diversos recursos donde las prohibiciones poseen un lugar importante, principalmente las referidas a la disputa por el cuerpo de los jóvenes. Por ello, no sorprende encontrar entre las principales prohibiciones aquellas que se refieren al control sobre el cuerpo del joven, como es el tatuarse, fumar, beber alcohol, o la regulación de sus espacios y tiempos mediante la reglamentación de los permisos para salir o llegar tarde a la casa.

Segunda pregunta: ¿Cómo se resuelven los problemas/conflictos que se presentan en el interior de la familia?

Cuadro II.9

MÉXICO: ¿CÓMO SE RESUELVEN LOS PROBLEMAS EN LA FAMILIA?

(En porcentajes)

Platicando	88,3
Se dejan de hablar	4,6
Uno se impone y otro obedece	2,0
Con humillaciones	0,6
Se insultan	1,9
Se amenazan	0,2
Se golpean	1,2
Ninguna de las anteriores	1,2

Fuente: Encuesta Mexicana de Juventud, 2002.

El cuadro II.9 indica que, según los jóvenes mexicanos, se prioriza el diálogo como recurso para resolver los problemas. La violencia física (golpes) o psicológica (amenazas, insultos, humillaciones, dejarse de hablar,

y otras) no son mencionadas por los jóvenes como "recursos" usados habitualmente para "resolver" los problemas.

En síntesis, la imagen que surge de aquí es la de la familia como espacio de conversación y de diálogo, lo que supone el respeto por el otro. Esta imagen es consistente con la noción de que la autoridad familiar se constituye como un espacio de negociación, producto del desdibujamiento de la imagen paterna como figura orientadora y autoridad prefigurada. Es consistente también con el planteamiento de Balardini, en el sentido de que sin autoridad prefigurada, su posibilidad se hace presente en el interjuego de acciones, dando lugar a la generación de confianzas legitimadoras. Los niños y adolescentes serán hábiles en esta trama. Ya no serán los jóvenes del todo o nada, sino de la negociación permanente (Balardini, 2000). Sin embargo, la noción de la autoridad familiar como espacio de negociación no significa necesariamente que esta se haya diluido o que se haya producido un relajamiento de los lazos familiares. La información presentada indica que el lugar de la autoridad está ocupado ahora por el padre y la madre, y que los jóvenes solo entran en la negociación en torno de temas que afectan al control de sus cuerpos y de sus espacios.

Recapitulación

El análisis de los patrones de unión y experiencia familiar de la juventud en Iberoamérica revela que más de la mitad (58%) de los jóvenes entre 15 y 29 años vive en su familia nuclear, un 33% en familias extendidas, un 3,3% en familias compuestas, un 1% en hogares unipersonales y un 4,2% en hogares sin núcleo conyugal. Sin embargo, la permanencia en alguna de estas configuraciones de familia va disminuyendo a medida que aumenta la edad, aunque los datos apuntan a un fenómeno de prolongación de la permanencia en la familia de origen. El denominado "síndrome de la autonomía postergada", que se refiere a la dificultad de los jóvenes para independizarse, explica el hecho que los jóvenes que han constituido su propia familia representen una proporción relativamente baja del total.

Al analizar el tipo de familia por jefes y jefas de hogar, se advierte que entre las jefas aumentan los hogares extendidos y los sin núcleo conyugal, situaciones que se relacionan con las diversas estrategias para cubrir los gastos del hogar y la carga de trabajo doméstico. Ello se explicaría, en parte, porque las mujeres que son jefas de hogar viven sin pareja, en tanto que la mayoría de los jefes jóvenes tienen cónyuge y viven en familias nucleares.

Otro fenómeno asociado a lo anterior es que, si bien se ha producido un inicio más temprano de las relaciones sexuales, se advierte una creciente postergación de la iniciación nupcial, reflejada en el aumento de la proporción de solteras al finalizar la juventud en todos los países iberoamericanos. También existen datos que corroboran la significativa frecuencia con que se da la maternidad al margen de una unión en muchos países y grupos sociales. Pero es la maternidad adolescente en condiciones de soltería la que ha ido en aumento en casi todos los países.

En relación con los roles de género en el interior del hogar, cabe destacar que existen importantes diferencias de género: alrededor de la cuarta parte de las jóvenes de 15 a 29 años se dedican a quehaceres domésticos (25,6%), en tanto que en los hombres esa proporción no alcanza al 2%. Si bien un porcentaje alto de mujeres se encuentran solo dedicadas al estudio, en la mayoría de los países persiste una determinación de roles en la familia que expresa subordinación de mujeres. Cabe destacar, además, que la maternidad disminuye la probabilidad de ser estudiantes en las jóvenes que tienen hijos.

Respecto de las percepciones subjetivas asociadas a la familia, se revela que la familia de origen se mantiene todavía como un entorno afectivo –y modelo de referencia– fundamental para los jóvenes. Ahora bien, la información sobre la comunicación dentro de la familia plantea la siguiente paradoja. Mientras la familia es señalada por los jóvenes como su entorno afectivo fundamental, un ámbito de confianza donde pueden conversar sus problemas personales, existen temas cuyo tratamiento resulta difícil y por tanto son escasamente conversados. En otras palabras, los jóvenes dicen que hay comunicación "intrafamiliar", pero esta presenta un "déficit de calidad".

Con respecto a la problemática del nuevo lugar de la autoridad familiar, cabe señalar que el padre ya no es una autoridad prefigurada, vale decir, ya no es "la" persona que decide en la familia. En gran parte de los temas que afectan a la convivencia familiar, las decisiones se toman en conjunto por ambos padres, lo que está indicando que la autoridad se constituye –al menos ahí donde existe la presencia del padre y la madre– como *un espacio de negociación*. Cuestiones fundamentales en la trayectoria de una familia, como la educación de los hijos/as, se deciden mayoritariamente en conjunto por ambos padres. Lo mismo ocurre con cuestiones de disciplina familiar, aunque en ciertos aspectos, que son los que generan mayor conflicto en las familias –como los permisos para llegar tarde y fumar o beber licor–, el padre mantiene su autoridad.

Capítulo III

Pobreza

En este capítulo se describe la situación socioeconómica de los jóvenes de los países iberoamericanos, con un análisis de las variaciones en pobreza e indigencia observadas durante la última década del segundo milenio y los primeros años del tercero (1990-2002). Se especifican, además, las diferencias que presentan con respecto a los adultos, según edad, rol en el hogar, género, lugar de residencia (urbano-rural) y tipo de hogar al que pertenecen.

Dado que las metodologías de medición de pobreza existentes en España y Portugal (renta media disponible neta) difieren significativamente respecto de la de la línea de la pobreza, utilizada en América Latina y que aquellos países no reportan análisis desagregados a nivel de los jóvenes, el documento se centra principalmente en esta región, sobre la base de encuestas permanentes de hogares (EPH) de 18 países,[1-2] y solo se hacen algunas referencias específicas a los países ibéricos.

---

[1] El método de la línea de la pobreza (LP) es "absoluto", estima la indigencia y pobreza contrastando los ingresos del hogar con el valor económico de una canasta de alimentos construida en relación con los patrones culturales de cada país. En esta medida, se considera indigente a quien no tiene recursos suficientes para la canasta de alimentos, y pobre a quien no tiene recursos para complementar dicha canasta con otros gastos básicos. El método de la renta media disponible neta (RDN) se estima que sobre la base de la posición relativa de la población sobre la mediana de la distribución del ingreso de cada país: hasta 15% bajo dicho umbral se define como precariedad social; entre 15% y 25% abajo como pobreza moderada; entre 25% y 35% abajo como pobreza grave; y menos de 35% abajo como pobreza extrema (pobreza grave + extrema = severa).

[2] Las encuestas utilizadas son las de Argentina (1990 y 2002), Bolivia (1989 y 2002), Brasil

Cuadro III.1

AMÉRICA LATINA (19 PAÍSES) INCIDENCIAS DE POBREZA E INDIGENCIA ALREDEDOR DE 1990 Y 2002

(En porcentajes)

	1990	2002	Variación
Pobreza			
Jóvenes	43	41	-4,7
Población total	48	44	-8,3
Indigencia			
Jóvenes	17	15	-11,8
Población total	23	18	-21,7

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares, alrededor de 1990 y 2002.

A. La pobreza en los jóvenes de los años noventa

Durante los últimos 15 años se observan variaciones del peso de la pobreza en la juventud iberoamericana. Como se observa en el cuadro III.1, los jóvenes están en mejor situación que la población total, pero el ritmo de disminución del porcentaje de pobres es menor en los jóvenes que en el conjunto e la población.

Por otra parte, los jóvenes pobres latinoamericanos representan el 27% del total de personas pobres y el 23% de los extremadamente pobres, entre 1% y 5 % menos que el porcentaje total de jóvenes en el conjunto de la población, lo que sugiere una posición relativa mejor en relación con el total poblacional. No obstante lo anterior, esta brecha favorable tiende a acortarse porque es proporcionalmente mayor la población no joven que salió de la pobreza entre 1990 y 2002. Así, dicha diferencia en favor de los jóvenes disminuyó a la mitad en la pobreza total, aunque se mantuvo igual en la extrema pobreza. Expresado de otra manera, mientras el incremento en la cantidad de jóvenes pobres, en el período 1990-2002, fue de 15% (tasa de incremento media anual de 1,2%), alcanzó solo a 11% en la población total. En el caso de la extrema pobreza, las variaciones fueron de 4% y 5%,

(1990 y 2001), Chile (1990 y 2000), Colombia (1991 y 2002), Costa Rica (1990 y 2002), Ecuador (1990 y 2002), El Salvador (1995 y 2001), Guatemala (1989 y 2002), Honduras (1990 y 2002), México (1989 y 2002), Nicaragua (1993 y 2001), Panamá (1991 y 2002), Paraguay (1990 y 2000), Perú (2001) República Dominicana (2002), Uruguay (1990 y 2002), y Venezuela (1990 y 2002).

respectivamente. En el caso de España, según el Informe Foessa, del total de pobres severos existentes en 1999, el 53% era menor de 25 años (niños y jóvenes)[3]. No obstante las grandes diferencias de método, se puede indicar que, grosso modo, para el conjunto de países de América Latina dicho grupo etario alcanza al 60% de los pobres.

Los países latinoamericanos con menor proporción de menores de 25 entre los pobres son Argentina, Chile, Costa Rica y Colombia (con 57%); en las antípodas se ubican Bolivia, Honduras, Nicaragua, Paraguay y Uruguay (sobre 63%). De no ser por la presencia de Uruguay en este último grupo, se podría concluir que esta situación se asocia al nivel de desarrollo y a la estructura demográfica de cada uno de los países.

Al analizar la situación en términos absolutos, en 2002 existirían en América Latina alrededor de 58 millones de jóvenes pobres (7 millones 600 mil más que en 1990), de los cuales 21 millones 200 mil eran pobres extremos, o indigentes (con un incremento de 800 mil en el período).

Estos indicadores generales probablemente no captan diferencias cualitativas entre los pobres de unos y otros países. Sin embargo, permiten ordenamientos analíticos que al menos evidencian ciertas similitudes. Así, los países que presentan mayor incidencia de pobreza en los jóvenes (en torno del 50% o más) son Honduras, Nicaragua, Bolivia, Paraguay, Guatemala y Perú. Con valores entre 30% y 50% se encuentran Ecuador, Venezuela, Colombia, Argentina, El Salvador, República Dominicana, Brasil, México y Panamá. Finalmente, Chile, Uruguay y Costa Rica presentan la menor incidencia (en torno de 20% o menos).

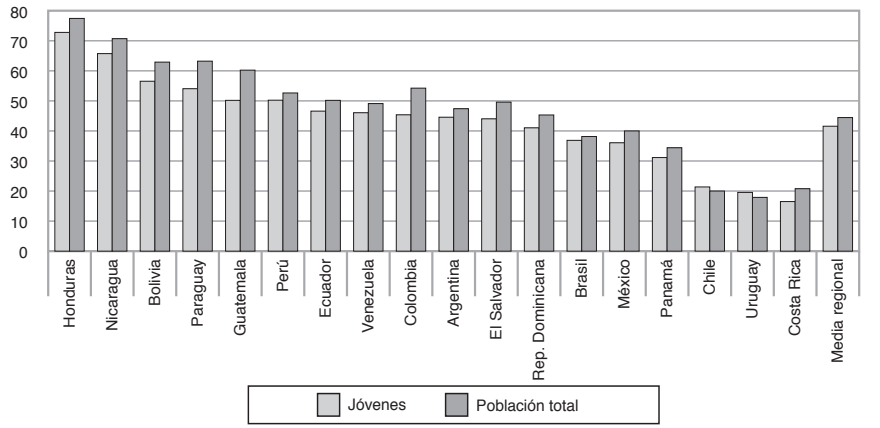
Como es de esperar, la condición de pobreza entre los jóvenes de cada país no escapa a la tendencia que presenta el conjunto de su población, por lo que tanto los avances como los retrocesos siguen patrones similares. En esta línea, Chile es el país que alcanzó la mayor reducción de la pobreza juvenil en el período, con una tasa media de reducción anual sobre 4%, seguido de Brasil, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, México y Panamá, con reducciones medias de 1% a 2% anual. Por otra parte, la pobreza juvenil aumentó en cinco países, siendo particularmente preocupante lo sucedido con Argentina y Venezuela, que presentaron un importante incremento en la incidencia de los jóvenes pobres (al igual que del resto de la población). En el caso de la indigencia o pobreza extrema, la reducción promedio anual en los jóvenes fue de 0,17 puntos porcentuales, equivalente solo a la mitad de la requerida para llegar a disminuir la incidencia de la pobreza extrema en el año 2015 a la mitad, con lo que

[3] Según método RDN.

Gráfico III.1

AMÉRICA LATINA (19 PAÍSES): INCIDENCIA DE LA POBREZA JUVENIL Y TOTAL ALREDEDOR DE 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares, alrededor de 2002.

mantiene una deuda pendiente en relación con lo prescrito por los objetivos de desarrollo del Milenio.

Dos elementos adicionales deben tomarse en consideración, a saber: los motivos por los cuales la reducción de la pobreza entre los jóvenes tiende a ser menor que en el conjunto de la población; y la relevancia que tiene el rol de la juventud en la posibilidad de lograr disminuir la pobreza e indigencia en una perspectiva intergeneracional.

Una primera pregunta es si esta merma en las diferencias de proporción de pobres, en que el porcentaje de pobres jóvenes se acerca al porcentaje general de pobres, se debe a una baja relativa en el nivel de ingresos de los jóvenes (independientes y dependientes) con respecto a los adultos. Sin embargo, el análisis de 16 países, contrastando datos de (alrededor de) los años 2002 y 1990, no evidencia cambios significativos en la relación existente entre los ingresos laborales de adultos y de jóvenes. Como promedio en los países, esta relación se mantiene con un ingreso adulto equivalente a 1,4 veces el ingreso juvenil entre los jefes de hogar, y 1,1 entre los no jefes.

Desde una mirada más centrada en los cambios sociales ocurridos en el período, la disminución de la "mejor posición relativa de los jóvenes" puede obedecer a que estos requieren cada vez más tiempo para

independizarse y conformar un hogar autónomo. Esto hace que prolonguen su pertenencia al hogar paterno/materno, con el mismo nivel de ingreso per cápita que el conjunto de la familia. Dicho de otro modo, al retardar la salida de la familia de origen comparten su nivel de pobreza y, en el conjunto, se disminuyen las diferencias.

Entre los elementos que pudieran incidir en esta tendencia destacan:

- Ante los esfuerzos realizados por los países tendientes a incrementar el nivel de escolaridad, el umbral mínimo de años de estudio requerido para incorporarse con mejores opciones al mercado laboral también va aumentando, lo que posterga la edad de inicio de una vida autónoma.

- Los cambios de valores permiten hoy mayor libertad a los jóvenes para expresar sus intereses antes de lograr la independencia material, y sostener relaciones de pareja sin necesidad de contraer compromisos ni dejar la familia de origen, particularmente en las zonas urbanas.

- Hay crecientes dificultades para alcanzar un ingreso suficiente y estable que permita asumir los gastos de la independencia y conformar un nuevo hogar, que se asocian a los problemas de acceso al empleo e informalidad presentes en el mercado laboral.

- Finalmente, en una etapa de vida definida como preparatoria para el futuro, con un mundo interno preñado de interrogantes e ideales, y un escenario emergente donde la flexibilidad laboral y la movilidad física son condiciones centrales, se hace más difícil tomar decisiones de vida. Ante ello, los jóvenes de estratos medios y altos tienden a prolongar su etapa educativa para "asegurar" el camino, mientras los pobres se ven forzados a tomar la primera oportunidad de trabajo e ingresos que se les presenta, postergando o frenando un posible mejor bienestar futuro al desertar del sistema educativo.

Los elementos recién consignados entrañan, además, implicancias muy diversas. En la medida en que la ampliación del período de vida en el hogar paterno/materno se deba a la prolongación de la escolaridad, las opciones futuras de los jóvenes para salir de la pobreza o no caer en ella aumentan. Pero cuando esta retención en el hogar parental se asocia a la falta de inserción laboral, sobre todo por carencia de capital humano, las proyecciones a futuro son más sombrías y tienden más bien a la reproducción o exacerbación de la pobreza. Este último caso reclama políticas sociales enfocadas en empoderar a los jóvenes en capital humano,

social y financiero, a fin de facilitar un futuro más promisorio a las futuras generaciones. Solo mejorando el potencial de los jóvenes podrá reducirse, a futuro, la reproducción intergeneracional de la pobreza.

En esta línea, y solo a objeto de identificar posibles áreas de intervención, se plantean a continuación las principales causas que están presentes en la situación de pobreza de los jóvenes:

- *La educación:* no obstante los esfuerzos desplegados en los países, se mantienen bajos niveles de cobertura y calidad en los sistemas educativos formal y no formal, presentando una desvinculación del mercado de trabajo y de la realidad de los alumnos. Esto redunda en problemas de acceso y posterior deserción escolar, principalmente entre los jóvenes de sectores rurales y pueblos indígenas y afrodescendientes, restringiendo su capacidad para atraerlos y generar movilidad social. Si los jóvenes (y sus padres) no visualizan que su inversión en educación les redituará beneficios en el futuro –para lo que esta debe tener un sentido expreso–, lo más probable es que procurarán sacrificarla por algún trabajo, aunque sea precario, más aún si el costo alternativo del tiempo dedicado es vital para la subsistencia de su hogar.

- *El mercado de trabajo* muestra mayor incapacidad para absorber la oferta de mano de obra juvenil, ya sea por su baja calificación y experiencia o por la mala calidad de la mayoría de los puestos de trabajo que se generan (informales, precarios y de bajos ingresos).

- *La familia* presenta transformaciones e irregularidades de estructura y estabilidad, que están presentes en los hogares de la mayoría de los jóvenes pobres, con consecuencias asociadas a violencia, carencias afectivas y materiales.

- *El embarazo adolescente* es una causa recurrente en la reproducción y feminización del círculo de pobreza, ya que las madres adolescentes son frecuentemente discriminadas en sus lugares de estudio y trabajo, y en muchos casos segregadas por su propia familia. A ello se agrega la recurrente ausencia del rol asumido por la pareja masculina, que suele ser otro joven igualmente desprotegido que elude la responsabilidad paterna.

- *La ruralidad* se asocia a una falta de incentivos y programas para retener la migración de los jóvenes a la ciudad, lo que genera en muchos casos menor capacidad productiva en los campos e incremento de los anillos de pobreza en las ciudades.

- *La segregación espacial urbana,* donde se concentra la mayor cantidad de población joven, con servicios básicos deficientes o nulos, altos índices de violencia y falta de mecanismos de institucionalización, todo lo cual da lugar a la creación de subculturas juveniles, muchas veces signadas por la violencia o la infracción a la ley.

- *La discriminación* por razones etarias, por parte de un mundo adulto que no acepta o condena los espacios y símbolos culturales propios de la juventud, a lo que se suman las discriminaciones étnicas o de género que afectan a las posibilidades de integración y desarrollo de muchos jóvenes. Ser joven, pobre, indígena (o negro) y mujer es una barrera casi imposible de sortear, que condena a reproducir la exclusión de una generación a la siguiente.

- *La violencia y la droga* son problemas cada vez mayores en las ciudades iberoamericanas, y actúan simultáneamente como causa y consecuencia de la precariedad social y económica en que viven los jóvenes.

La forma e intensidad en que cada uno de estos factores se presenta en cada caso (país, región, ciudad, grupo u hogar) es variada, pero ellos recurren como fantasmas que circundan el mundo de la pobreza juvenil, limitando las oportunidades y sentidos que la juventud escoge o identifica para el desarrollo de proyectos de vida.

B. Pobreza juvenil o pobrezas juveniles

Suele segmentarse la población joven en tres subgrupos etarios que corresponden a distintas fases de sus procesos de conversión en adultos. Entre los 15 y 19 años se espera que los jóvenes realicen principalmente actividades relacionadas con el estudio y parcialmente de trabajo, con una alta dependencia y viviendo en el hogar de sus padres. A partir de los 20 años, es esperable que una alta proporción de jóvenes ingrese al mercado laboral y un subconjunto relativamente menor (normalmente de los niveles socioeconómicos medios y altos) continúe estudios superiores, con una proporción aún alta de quienes viven en el hogar paterno. Entre los 25 y 29 años, en cambio, la gran mayoría trabaja o busca trabajo, y una alta proporción ha formado su propio hogar, ya sea constituyendo una nueva familia o con grupos de pares.

El cuadro III.2 resume esta situación en 18 países de la región. En ella se destaca la disminución de quienes solo estudian, o trabajan y estudian,

Cuadro III.2

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): ACTIVIDAD PRINCIPAL DE JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS

(En porcentajes)

	Actividad				
Edad	*Trabaja y estudia*	*Solo trabaja*	*Solo estudia*	*Ni trabaja ni estudia*	*Total*
15 a 19 años	14,3	20,3	47,2	18,2	3,8
20 a 24 años	10,6	48,1	14,6	26,8	33,8
25 a 29 años	6,3	63,1	3,7	27,0	28,4
Total 15-29 años	10,8	41,8	23,8	23,6	100,0

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares, alrededor de 2002.

y el incremento de quienes solo trabajan a medida que aumenta el tramo etario.

Coincidentemente, el rol que tienen los jóvenes en la familia es distinto por cada grupo. Así, mientras el 80% de los jóvenes de 15 a 19 años se identifican como hijos, ello disminuye a 58% y 34% en los grupos quinquenales siguientes. Mientras los que se definen como jefes de hogar o cónyuges pasan de 4% en el primer grupo suben a 27% y 56% entre los mayores de 20 y 25 años, respectivamente.

Cuadro III.3

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): ROL PRINCIPAL DE JÓVENES EN EL HOGAR

(En porcentajes)

	Rol en el hogar				
Edad	*Jefe*	*Cónyuge*	*Hijo*	*Otros*	*Total*
15 a 19 años	1,4	3,5	80,1	15,0	37,8
20 a 24 años	11,7	15,0	58,0	15,3	33,8
25 a 29 años	27,6	28,2	33,9	10,3	28,4
Total 15-29 años	12,3	14,4	59,5	13,8	100,0

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares, alrededor de 2002.

Desde la perspectiva de la percepción de ingresos, el cuadro III.4 nuevamente confirma las diferencias entre estos tres grupos. A medida que aumenta la edad se incrementa la proporción de jóvenes que percibe ingresos. En concordancia con los roles antes indicados, el mayor salto en dicha proporción se produce a los 20 años.

Cuadro III. 4

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): INGRESOS POR TRABAJO ENTRE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS

(En porcentajes)

	Ingresos		
Edad	*Sin ingresos*	*Con ingresos*	*Total*
15 a 19 años	74,0	26,0	100
20 a 24 años	46,4	53,6	100
25 a 29 años	34,3	65,7	100
Total 15-29 años	53,4	46,6	100

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares, alrededor de 2002.

El análisis de los resultados de las encuestas de hogares muestra que esta diferenciación de roles también se asocia con la situación socioeconómica de los jóvenes. Como se puede observar en los gráficos que siguen, existen diferencias significativas en la pobreza (20%) e indigencia (25% a 30%) entre los tres subgrupos etarios de jóvenes.

Los de 15 a 19 años presentan incidencias mayores en ambos indicadores, alcanzando promedios regionales de 44% y 16%, respectivamente[4]. En cambio los jóvenes entre 20 y 29 años presentan incidencias promedio que no superan el 37% y 13% en cada caso.

Pareciera que esta tendencia tiene características bastante estables en el tiempo y extendidas geográficamente, pues no se advierten variaciones entre 1990 y 2002 y se repite en cada uno de los países analizados. La excepción a la regla se presenta en Guatemala, donde la indigencia es más alta entre los mayores de 25 años. El conjunto de estos resultados permitiría concluir que en torno de los 20 años de vida aumenta la probabilidad de que los jóvenes salgan de la pobreza e indigencia, situación que se asocia a un incremento en su grado de inserción y rendimiento laborales, conjuntamente con la conformación de hogares nuevos y una proporción relativamente baja de dependientes por perceptor de ingresos.

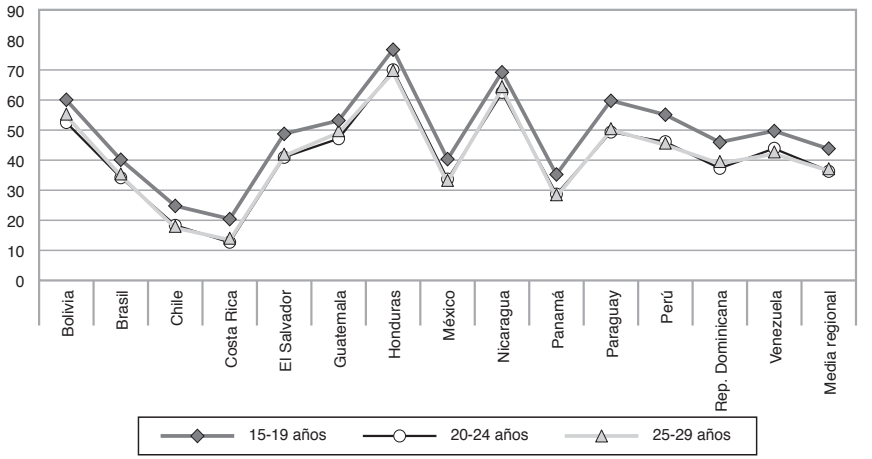
Un elemento clave en este punto es lo que sucede con la percepción de ingresos por trabajo en los tres grupos etarios. El cuadro III. 5 muestra que el aumento de la proporción de jóvenes que percibe ingresos, a medida

[4] Debido a la falta de desagregación de los datos, se ha excluido de estos cálculos a Argentina, Colombia, Ecuador y Uruguay.

Gráfico III.2

AMÉRICA LATINA (15 PAÍSES): DISTRIBUCION DE LA POBREZA JUVENIL, SEGÚN EDAD, ALREDEDOR DE 2002

(En porcentajes)

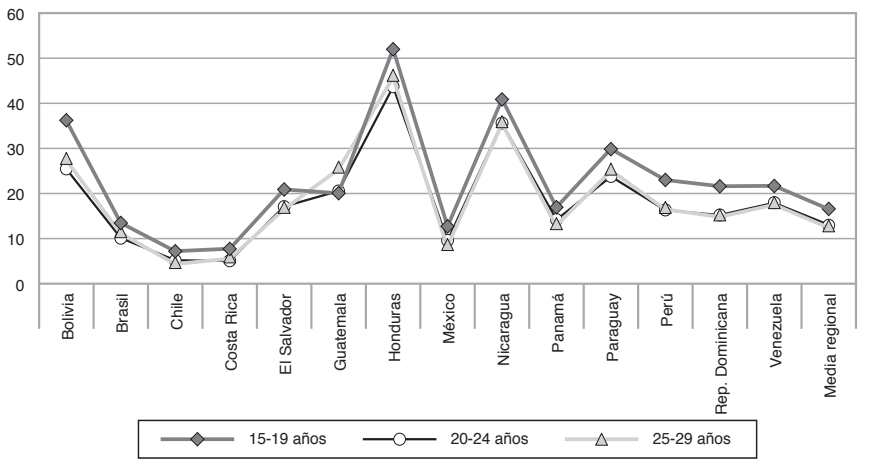


Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares.

Gráfico III.3

AMÉRICA LATINA (15 PAÍSES): DISTRIBUCION DE LA INDIGENCIA JUVENIL, SEGÚN EDAD, ALREDEDOR DE 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares.

Cuadro III.5

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): INGRESOS POR TRABAJO ENTRE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS, SEGÚN POBREZA

	Jóvenes con ingresos			Promedio de ingresos			Total de jóvenes		
	No pobres	*Pobres no indigentes*	*Indigentes*	*No pobres*	*Pobres no indigentes*	*Indigentes*	*No pobres*	*Pobres no indigentes*	*Indigentes*
Edad	*Porcentaje*	*Porcentaje*	*Porcentaje*	*LP[a]*	*LP[a]*	*LP[a]*	*Porcentaje*	*Porcentaje*	*Porcentaje*
15 a 19 años	29	25,9	16,9	2,26	1,34	0,85	34,9	40,9	44,4
20 a 24 años	60	47,8	33,9	3,25	1,78	1,12	35,4	32,3	29,7
25 a 29 años	73,3	57,8	45	4,45	2,03	1,23	29,7	26,8	25,9
Total 15-29 años	53,1	41,5	29,2	3,59	1,77	1,10	100	100	100

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares, alrededor de 2002.

[a] Línea de pobreza.

que asciende la edad se da en todos los niveles socioeconómicos. Al comparar entre jóvenes no pobres, pobres e indigentes, se observa que es mayor en el primer grupo la proporción de perceptores de ingresos en todos los tramos de edad.

En cuanto a los ingresos de los jóvenes (calculados como múltiplos de la línea de pobreza (LP) de cada país), lo destacable es que, en promedio, solo los jóvenes pertenecientes a hogares indigentes y menores de 20 años no cubrirían sus necesidades individuales para salir de la pobreza. En todos los demás casos, siempre considerando los niveles promedio, los jóvenes que trabajan reciben ingresos que superan los requeridos para cubrir sus necesidades básicas individuales, y por tanto generan un aporte incremental a los ingresos del hogar.

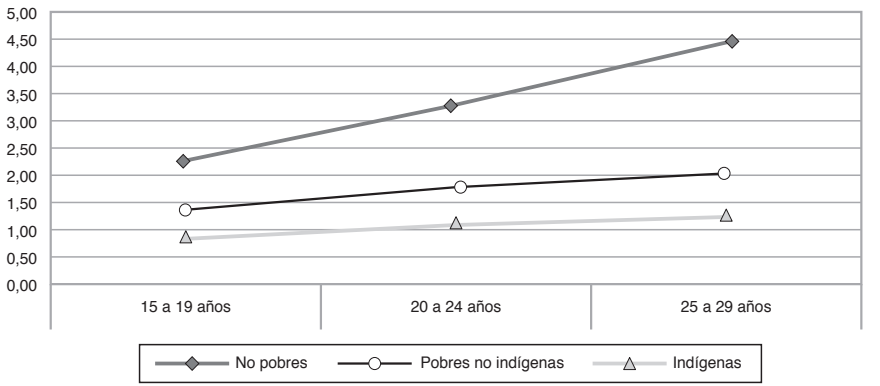
Cabe destacar dos elementos adicionales. En primer lugar, las tasas de incremento de los ingresos de los subgrupos etarios, a medida que aumentan su edad, son sustancialmente mayores entre los no pobres. En segundo lugar, el máximo ingreso promedio de los indigentes no alcanza al mínimo de los pobres (no indigentes), sucediendo igual cosa entre estos y los no pobres. Entre dichos puntos de inflexión se encontrarían los requerimientos de ingresos medios mínimos de un joven para que su hogar deje la indigencia y la pobreza, respectivamente.

Cabe preguntarse también si los jóvenes que trabajan y pertenecen a hogares jóvenes (con jefe de hogar joven) reciben más o menos ingresos que sus pares con jefe de hogar adulto. A la luz de los datos, salvo entre los indigentes de 15 a 19 años, los grupos analizados se diferencian significativamente, obteniendo mayores ingresos quienes pertenecen a hogares de jóvenes.

Gráfico III.4

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): VARIACIÓN DEL INGRESO PROMEDIO DE LOS JÓVENES, SEGÚN EDAD Y POBREZA, ALREDEDOR DE 2002

(En líneas de pobreza)



Cuadro III. 6

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): INGRESOS POR TRABAJO ENTRE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS, SEGÚN POBREZA

(En múltiplos de la línea de pobreza per cápita de cada país)

	Jefe de hogar > 29 años			**Jefe de hogar < 29 años**			**Total**		
Edad	*No pobres*	*Pobres no indigentes*	*Indigentes*	*No pobres*	*Pobres no indigentes*	*Indigentes*	*No pobres*	*Pobres no indigentes*	*Indigentes*
15 a 19 años	2,23	1,33	0,86	3,17	1,59	0,85	2,26	1,34	0,85
20 a 24 años	3,06	1,67	1,07	4,34	2,13	1,22	3,25	1,78	1,12
25 a 29 años	3,92	1,73	1,08	5,56	2,41	1,34	4,45	2,03	1,23
Total 15-29 años	3,20	1,59	1,00	5,09	2,29	1,29	3,59	1,77	1,10

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares, alrededor de 2002.

En síntesis, y como es esperable, los jóvenes pobres en América Latina tienen menor probabilidad de recibir ingresos que los no pobres, y los indigentes menos que los pobres. A su vez, entre los que trabajan se presenta una tendencia similar con respecto al promedio de ingresos. Esto, evidentemente, tiene relación con la menor capacidad de los jóvenes pobres de acceder al mercado laboral en comparación con sus pares no pobres, lo que se asocia al nivel educativo y capital social diferencial de los tres grupos de jóvenes.

Lo antes dicho se enmarca en un escenario de alta concentración del ingreso que marca particularmente a América Latina, donde al iniciarse el

presente milenio la distribución del total de ingresos mostraba que el decil más rico de los hogares acumulaba entre 27% y 48% del total, mientras que los cuatro deciles más pobres alcanzaban entre 10% y 22% (con relaciones de 1,3 a 4,6 veces).

Cuando se toman los datos de ingresos medios per cápita, se tiene una relación promedio de 19 a 1 entre el 10% más rico de los hogares y el 40% más pobre, relación que durante la década anterior presentó un incremento importante en algunos casos (105% en Paraguay, 77% en Bolivia, 49% en Argentina, 38% en Ecuador y 36% en Costa Rica). Las disminuciones mayores se presentaron en Guatemala y Panamá (con 22% y 18%, respectivamente). Medido por el coeficiente de Gini, los países de América Latina con mayores niveles de concentración del ingreso en el año 2002 son Brasil (0,64) y Bolivia (0,61), Argentina (0,59), Honduras (0,59), Nicaragua (0,58) y Paraguay (0,57). En el otro extremo, Uruguay (0,46) y Costa Rica (0,49) exhiben los coeficientes de Gini más bajos de la región (CEPAL, 2004).[5]

Por último, los jóvenes que trabajan y conforman hogares jóvenes tienen un promedio de ingresos mayor que sus pares que se mantienen en hogares con jefatura adulta. Esto podría deberse a la autonomía y mayor independencia que adquieren los jóvenes que conforman un hogar nuevo, ya sea como familia nuclear o grupo de pares, quienes indefectiblemente deben asumir la responsabilidad de generar ingresos; mientras que quienes trabajan y siguen formando parte de su hogar paterno-materno, tienden a empleos de tiempo parcial y menores ingresos. En el caso español, el Instituto de la Juventud (INJUVE) destaca que la mayor causa de la falta de independencia de los jóvenes es su dificultad para alcanzar la autonomía económica, manteniéndose así en los hogares paterno-maternos y compartiendo su condición socioeconómica (INJUVE, 2000).

C. Pobreza juvenil y sexo

Para discriminar los niveles de pobreza juvenil por sexo se analizaron las encuestas permanentes de hogares (EPH) de la ronda 2002 que proveen datos nacionales, y los datos del sector urbano para los países faltantes.[6] Como se puede observar en el cuadro III.7 y gráfico III.5 siguientes, las incidencias de pobreza e indigencia no presentan grandes diferencias entre

[5] Promedio simple de 18 países, con ingresos medidos en cantidades de líneas de pobreza de cada país.

[6] En los casos de Argentina, Colombia, Ecuador y Uruguay, se utilizaron datos urbanos porque las encuestas permanentes de hogares (EPH) correspondientes no tienen cobertura rural.

hombres y mujeres jóvenes. En promedio, los jóvenes hombres de la región tienen 2,7 puntos porcentuales menos de pobreza que sus pares femeninos, y 1,3 menos de indigencia. Sin embargo, aun cuando dichas brechas pudieran no revestir diferencias significativas, presentan una situación distinta a la que tienen los niños (menores de 15 años) y los adultos (mayores de 30), donde no hay diferencia alguna en dichos guarismos.

Lo anterior obliga a algunos comentarios con respecto a la feminización de la pobreza. Al menos a nivel del conjunto de la población, y sin entrar en particularidades específicas, pareciera que no se verifica la hipótesis sostenida por muchos estudios, según la cual existe una tendencia creciente a la feminización de la pobreza. En cambio los datos sugieren examinar la hipótesis de la feminización juvenil de la pobreza, para lo cual cabe analizar con mayor detalle las tendencias que presentan estas encuestas de hogares.

Cuadro III.7

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): POBREZA E INDIGENCIA ENTRE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS, SEGÚN SEXO

(En porcentajes)

	Total de pobres		**Pobres no indigentes**		**Indigentes**	
Edad	*Hombre*	*Mujer*	*Hombre*	*Mujer*	*Hombre*	*Mujer*
0-14 años	56,8	56,9	30,7	30,9	26,1	26,1
15 a 19 años	45	45,3	27,3	27,6	17,7	17,7
20 a 24 años	**35,4**	**39,6**	**23,2**	**25,3**	**12,2**	**14,3**
25 a 29 años	**35,6**	**39,8**	**23**	**24,9**	**12,6**	**14,9**
Total 15-29 años	**39,1**	**41,8**	**24,7**	**26,1**	**14,4**	**15,7**
30 años y más	33,5	33,5	21	20,9	12,5	12,6

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares, alrededor de 2002.

Las diferencias encontradas entre varones y mujeres en los tramos de 20 a 29 años son similares a las encontradas al comparar a los jóvenes con la población total. De hecho, en 14 de los 18 países se observa que las mujeres jóvenes tienen una incidencia de la pobreza más parecida al conjunto de la población que los hombres. Para explicar estas diferencias por género cabría verificar si las mujeres se independizan más tardíamente que los hombres, con lo que los ingresos percibidos por trabajo serían compartidos con otros miembros del hogar, que con mayor probabilidad perciben menos o ningún ingreso (niños y adultos mayores). De este modo una mayor proporción de

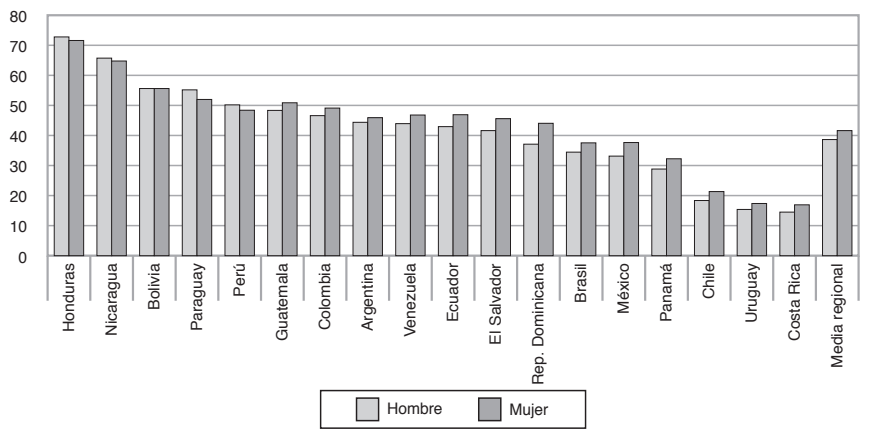
mujeres jóvenes compartiría los niveles de pobreza del hogar parental, vale decir, de los adultos. Sin embargo, esta posible interpretación contrastaría con la histórica tendencia de las mujeres a formar familia a menor edad que los hombres.

Otra respuesta posible para explicar estas diferencias de género es que son menos las mujeres jóvenes, en comparación con los varones, que forman parte de hogares compuestos solamente por jóvenes. Es habitual que las mujeres jóvenes, al menos con mayor frecuencia que los varones, adquieran su autonomía pasando a formar parte de hogares en que son cónyuges de jefes de hogar de mayor edad, aporten hijos más tempranamente y, por lo tanto, el ingreso de sus nuevos hogares se acerque más al promedio de la edad adulta que el de los jóvenes varones autónomos.

Gráfico III.5

AMÉRICA LATINA (9 PAÍSES): INCIDENCIA DE LA POBREZA JUVENIL, SEGÚN SEXO, ALREDEDOR DE 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares.

Al analizar los hogares con jefatura femenina donde viven jóvenes, en 5 de los 18 países latinoamericanos se observa una incidencia de pobreza superior a sus pares con jefatura masculina, en 6 no hay diferencias significativas y otros 7 presentan la condición opuesta. Cuando se analiza la pobreza extrema, la situación no cambia mayormente: la incidencia de la indigencia es indiferente del sexo del jefe de hogar en 5 países, en 8 casos es menor para los hogares con jefaturas masculinas y en 5 con jefaturas femeninas. Cuando se examinan las diferencias entre jefaturas de hogar considerando solo a las zonas urbanas, aparece con mayor regularidad

Cuadro III.8

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES) INCIDENCIA DE POBREZA E INDIGENCIA URBANAS EN HOGARES CON JÓVENES, SEGÚN SEXO DEL JEFE. ALREDEDOR DE 2002

(En porcentajes)

	Pobreza en hogares con jefe...			**Indigencia en hogares con jefe...**		
País	*Total*	*Hombre*	*Mujer*	*Total*	*Hombre*	*Mujer*
Argentina	34,9	35,7	33,0	13,9	14,1	13,5
Bolivia	44,9	46,4	39,7	17,3	17,2	17,6
Brasil	27,3	27,6	26,5	8,0	7,9	8,2
Chile	16,1	16,1	16,5	4,2	4,0	5,0
Colombia	44,6	44,1	45,9	20,7	19,7	23,1
Costa Rica	15,9	13,6	21,7	5,5	4,0	9,2
Ecuador	42,6	41,7	46,0	16,3	15,3	20,0
El Salvador	34,7	32,7	38,5	12,0	11,8	12,6
Guatemala	39,0	37,9	42,5	14,8	13,3	19,8
Honduras	60,4	60,3	60,7	31,2	31,0	31,7
México	26,0	25,7	26,8	4,8	4,6	5,4
Nicaragua	57,7	56,0	60,9	28,3	27,3	30,2
Panamá	21,4	19,2	26,9	8,0	6,2	12,3
Paraguay	42,5	42,3	42,8	15,2	14,3	17,4
Perú	34,0	34,5	32,4	7,2	7,2	7,2
Rep. Dominicana	38,4	32,0	50,8	16,0	11,3	25,2
Uruguay	9,3	9,9	8,0	1,3	1,3	1,3
Venezuela a/	43,3	41,4	48,1	19,7	17,9	24,0

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares.

/a Los datos de Venezuela corresponden al nivel nacional, no hay estimaciones solo a nivel urbano.

la pobreza en hogares con jóvenes y jefatura femenina, junto con países que no presentan diferencias significativas. Solo cuatro países muestran la tendencia inversa (Argentina, Bolivia, Perú y Uruguay). En la indigencia las diferencias por sexo de jefatura tienden a desaparecer. Todo esto impide confirmar o refutar la hipótesis de que hay más pobreza en hogares con jefatura femenina.

D. Pobreza juvenil urbana versus rural

Es bien sabido que la incidencia de pobreza en el mundo rural es mayor que en el urbano; como también que el total de pobres urbanos es hoy mayor que el de pobres rurales, dado el peso significativamente más gravitante de la población urbana sobre el total poblacional en Iberoamérica. Cabe, sí, preguntarse cuál es la diferencia, y si la situación de los jóvenes se distingue o no de lo que sucede a nivel de la población total según el corte rural-urbano.

Como lo muestra el cuadro III. 9, en el año 2002 la pobreza alcanzaba a 1 de cada 3 jóvenes urbanos, entre los 13 países analizados (37% como promedio simple de los países) mientras que esta proporción sube a más de la mitad en el sector rural.[7] Es decir, la probabilidad de que los jóvenes del campo sean pobres es un 64% superior a la que tienen los que viven en las ciudades de la región. Por su parte, la indigencia juvenil de la ciudad es inferior a 10%, mientras que supera el 27% entre los jóvenes rurales. Es decir, estos últimos tienen una probabilidad 3,1 veces superior de vivir en esta condición.

Respecto de la proporción de indigentes dentro del total de pobres, se observa que alcanza a uno de cada cuatro a nivel urbano (8,9%/33,4%), mientras que asciende a la mitad de los casos a nivel rural (27,9%/54,8%). Así, los jóvenes pobres rurales no solo son proporcionalmente más, sino que

Cuadro III.9

AMÉRICA LATINA (13 PAÍSES) INCIDENCIA DE POBREZA E INDIGENCIA URBANA Y RURAL ALREDEDOR DE 2002

(En porcentajes)

	Población joven		**Población total**	
Pobreza	*Urbana*	*Rural*	*Urbana*	*Rural*
Promedio ponderado	33,4	54,8	34,9	57,9
Promedio de países	37,3	55,6	40,7	59,9
Indigencia				
Promedio ponderado	8,9	27,9	10,7	33,4
Promedio de países	13,0	33,2	16,0	38,2

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares.

[7] Argentina, Colombia, Ecuador, Uruguay y Venezuela no presentan información desagregada en sus EPH.

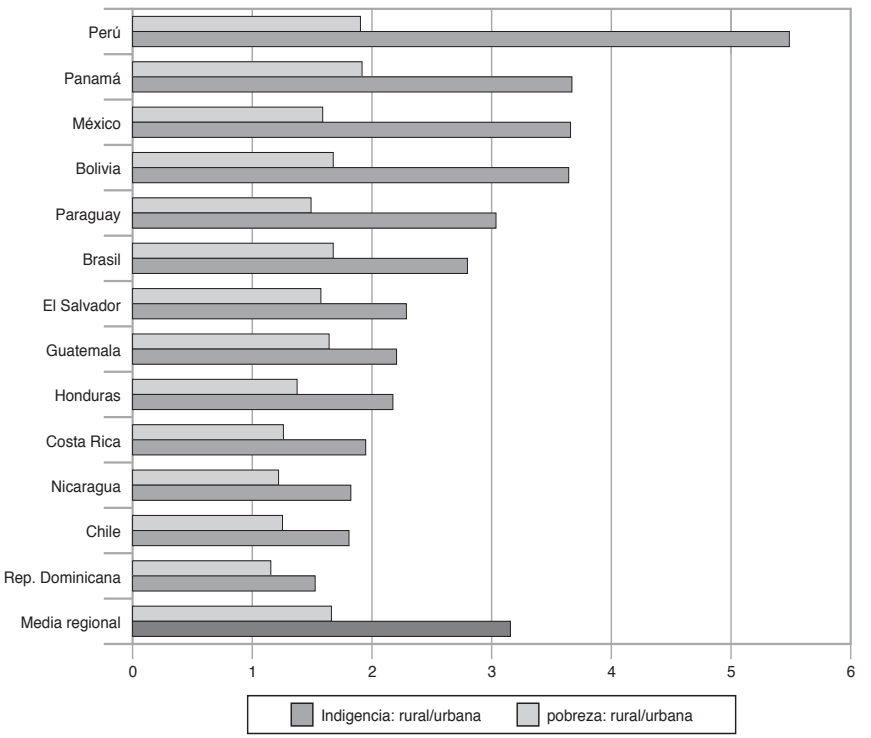
la severidad de la pobreza es significativamente mayor. Como se observa en el gráfico III.6, la comparación de indigencia juvenil urbana y rural en cada uno de los países muestra que, en todos los casos, mientras mayor es la probabilidad de jóvenes pobres rurales con relación a los urbanos, aun mayor es la probabilidad de ser joven indigente rural respecto de los urbanos.

El análisis de la indigencia por cada uno de los países considerados revela que Perú es el país con mayores diferencias, significativamente superiores al resto, donde ser un joven indigente en las zonas rurales es 5,5 veces más probable que en las urbanas. En Bolivia, México y Panamá dicha razón es 3,6 veces, seguidos de Paraguay y Brasil, con 3,0 y 2,8, respectivamente.

Gráfico III.6

AMÉRICA LATINA (13 PAÍSES): COCIENTES DE POBREZA E INDIGENCIA JUVENILES RURAL VERSUS URBANA, ALREDEDOR DE 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares.

En cuanto a la pobreza general, Panamá y Perú presentan las mayores diferencias entre jóvenes pobres urbanos y rurales. La probabilidad de ser pobre casi se duplica en este último país con respecto al primero. En el extremo opuesto se encuentra República Dominicana, que con una pobreza de 41% a nivel nacional presenta una mayor probabilidad de pobreza juvenil a nivel rural de 5,5 puntos porcentuales con respecto al sector urbano (14% relativo). A ella le siguen luego Nicaragua, Chile, Costa Rica y Honduras, con cocientes entre 1,24 y 1,35. Un grupo intermedio de países lo conforman Bolivia, Brasil, Guatemala, México, El Salvador y Paraguay, con probabilidades entre 1,5 y 1,7 veces superiores a nivel rural.[8]

Por otra parte, las diferencias en las incidencias rural-urbanas no son privativas de los jóvenes, y se reproducen en el conjunto de la población. Así, las diferencias radicarían exclusivamente en la condición de ruralidad, sin efecto (o con escaso efecto) asociado a la edad.

Por último, y coincidiendo con las incidencias de pobreza e indigencia a nivel nacional, tanto los jóvenes urbanos como los rurales presentan incidencias menores que las del conjunto de la población. Esta diferencia es relativamente marginal en el sector urbano, pero significativa a nivel rural. Esto indicaría que la vida urbana no solo trae beneficios en cuanto a la proporción de pobres e indigentes, sino que disminuye las diferencias de ingresos entre los grupos etarios de la población.

E. Pobreza juvenil y tipo de hogar

Las estadísticas muestran claramente que hay mayor incidencia de pobreza en la población infantil, debido a que las tasas de reproducción entre los pobres suelen ser mayores que en otros estratos y por tanto sus familias son más numerosas. En el caso latinoamericano, "la mayor incidencia de pobreza en todos los países (con la única excepción de Bolivia) se registra en las etapas del ciclo de expansión y crecimiento, cuando los hijos menores tienen 12 años o menos. En Bolivia, la pobreza tiene más incidencia en las familias que se encuentran en las etapas del ciclo de inicio, es decir, cuyos hijos menores tienen menos de seis años"(Arriagada, 2002).

Cabe preguntarse, entonces, si este patrón se repite en los jóvenes, vale decir, si para este segmento existe alguna asociación entre las características etarias de los miembros del hogar y la pobreza de los jóvenes. Las cifras muestran que esto es efectivo.

---

[8] Estas diferencias (de pobreza e indigencia) se dan independientemente de la incidencia de pobreza e indigencia de cada país.

Cuadro III.10

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES) A/: INCIDENCIA DE POBREZA E INDIGENCIA EN HOGARES CON JEFE JOVEN, SEGÚN PRESENCIA DE NIÑOS EN EL HOGAR ALREDEDOR DE 2002

(En porcentajes)

Nivel de pobreza	**Tipo de hogar**					
	Sin niños	**Con niños...**				
		entre 0 y 6 años de edad	*entre 7 y 12 años de edad*	*entre 0 y 12 años de edad*	*entre 13 y 18 años de edad*	*entre 0 y 18 años de edad*
Jefe joven						
No pobre	79,2	66,1	64,2	45,1	68,5	44,5
Subtotal pobres	**20,8**	**33,9**	**35,8**	**54,8**	**31,5**	**55,5**
Pobre no indigente	13,3	22,5	22,3	30,8	21,3	29,9
Indigente	7,5	11,4	13,5	24,0	10,2	25,6
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares.

[a/] No incluye a Guatemala.

Como se observa en el cuadro III.10, al igual que en el conjunto de los hogares latinoamericanos, las mayores incidencias de pobreza e indigencia en hogares con jefatura joven se presentan en las etapas de expansión y crecimiento de la familia, alcanzando en conjunto el 54,8%. En contrapartida, los hogares sin niños son los que presentan menores incidencias (13,3% y 7,5%, respectivamente).

Una mirada complementaria surge al analizar los datos en el interior de cada nivel socioeconómico según cómo se distribuyen los tipos de hogares. Se observa allí que tanto en los hogares con jefatura adulta como joven, los no pobres tienen una proporción significativamente alta de casos sin niños (52,5% y 45%, respectivamente), mientras que los hogares pobres e indigentes presentan proporciones de la mitad o un tercio según si el jefe es adulto o joven.

Por otra parte, un número significativamente mayor de los hogares pobres e indigentes con jefatura juvenil tiene solo hijos menores de 6 años. Esto revela que, aun cuando hay mayor probabilidad de pertenecer a un hogar pobre o indigente en los hogares que tienen hijos de hasta 12 años –respecto del total de hogares con esta característica,– la mayor cantidad de hogares en dicha condición tiene solo menores de hasta 6 años (en relación con el total de pobres e indigentes, respectivamente). Este aspecto es central

Cuadro III.11

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES)A/: COMPOSICIÓN DEL HOGAR SEGÚN NIVEL DE POBREZA. INCIDENCIAS ALREDEDOR DE 2002

(En porcentajes)

Nivel de pobreza	Tipo de hogar						Total
	Sin niños	Con niños...					
		entre 0 y 6 años de edad	entre 7 y 12 años de edad	entre 0 y 12 años de edad	entre 13 y 18 años de edad	entre 0 y 18 años de edad	
Jefe joven							
No pobre	45,0	42,2	4,4	7,2	0,3	0,9	100
Pobre no indigente	13,2	61,5	4,9	17,7	0,4	2,3	100
Indigente	11,8	56,8	3,2	25,0	0,2	2,8	100
Total	31,2	49,7	4,3	12,9	0,3	1,6	100
Jefe adulto							
No pobre	52,5	7,3	7,3	5,7	15,3	11,9	100
Pobre no indigente	28,7	8,0	8,8	12,6	15,4	26,5	100
Indigente	25,1	6,5	6,9	15,8	11,6	34,1	100
Total	44,1	7,3	7,6	8,4	14,8	17,8	100

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares.

a/ No incluye a Guatemala.

en el momento de definir recursos y modelos de focalización de las políticas de atención a la pobreza.

En el interior de los hogares con hijos y jefatura juvenil, se observa que el 77% de los hogares no pobres tienen solo hijos menores de 6 años, proporción que baja a 71% entre los pobres no indigentes y a 64% entre los indigentes. Diferencias que se compensan con los casos que además tienen hijos entre 7 y 12 años, cubriendo entre ambos grupos el 90% de los hogares con jefatura juvenil, independientemente de su condición socioeconómica. Esto último está asociado a la edad de los jefes de hogar; dado que estos son jóvenes es poco probable que tengan hijos mayores.

Sumado a lo anterior, del cuadro III.11 se desprende una clara asociación entre el nivel de pobreza y la dispersión de edad de los hijos, tanto cuando el jefe de hogar es adulto como cuando es joven. Así, además de tener mayor proporción de hijos de hasta 18 años, en los hogares en extrema pobreza es más común encontrar niños de todos los tramos de edad (34,1% y 2,8%, entre los hogares encabezados por adultos y por jóvenes,

Cuadro III.12

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES)A/: COMPOSICIÓN DE LOS HOGARES POBRES CON JEFATURA JUVENIL. INCIDENCIAS ALREDEDOR DE 2002

(En porcentajes)

	Tipo de hogar						
	Sin niños	**Con niños...**					
Nivel de pobreza		*entre 0 y 6 años de edad*	*entre 7 y 12 años de edad*	*entre 0 y 12 años de edad*	*entre 13 y 18 años de edad*	*entre 0 y 18 años de edad*	*Total*
Argentina	14,5	59,5	1,6	20,2	0,2	4,0	100
Bolivia	14,6	57,7	3,3	21,9	0,2	2,4	100
Brasil	14,2	61,4	4,6	16,7	0,5	2,6	100
Chile	7,7	56,4	7,4	24,3	0,3	4,0	100
Colombia	14,1	57,0	4,6	21,0	0,2	3,0	100
Costa Rica	10,5	47,7	4,1	31,4	0,5	5,9	100
Ecuador	11,5	62,3	4,9	19,9	0,3	1,1	100
El Salvador	9,4	55,8	5,6	26,5	0,3	2,4	100
Honduras	15,0	62,3	2,2	19,0	0,1	1,5	100
México	4,0	60,6	4,7	28,9	0,2	1,6	100
Nicaragua	8,2	53,5	4,3	28,2	0,8	4,9	100
Panamá	18,3	54,6	3,1	20,7	-	3,4	100
Paraguay	17,4	55,7	2,8	22,3	0,3	1,5	100
Perú	12,3	63,3	2,7	20,3	-	1,3	100
Rep. Dominicana	23,9	53,3	2,8	19	-	1,0	100
Uruguay	26,2	55,3	1,0	16,5	-	1,0	100
Venezuela	14,9	52,8	4,9	23,2	0,3	3,8	100

Fuente: CEPAL, sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares.

a/ No incluye a Guatemala.

respectivamente) o, conjuntamente, menores de 6 y de 12 años (15,8% y 25%). En concordancia con la asociación indicada, los hogares pobres no indigentes tienen mayores proporciones en estos subgrupos que en los no pobres. Como se puede observar en el cuadro III.12, la distribución presenta patrones similares en los distintos países de la región.

Recapitulación

En materia de incidencia de pobreza en la población joven, las encuestas de hogares de los 18 países latinoamericanos analizados muestran que esta alcanza al 41% para 2002, equivalente a aproximadamente 58 millones (21 millones 200 mil pobres extremos). Esto refleja una disminución de dos puntos porcentuales en relación con 1990, que corresponderían a pobres extremos que pasaron de 17% a 15% en el período. Sin embargo, en términos absolutos, en 2002 habría 7 millones 600 mil jóvenes pobres más que en 1990, y 800 mil pobres extremos adicionales en el mismo lapso.

Dichas proporciones reflejarían una mejor posición relativa que la población total, que presenta incidencias de 44% de pobres y 19% de pobres extremos para 2002. Sin embargo, esta muestra disminuciones de 4 puntos porcentuales en ambos casos, el doble de las experimentadas entre los jóvenes. Por otra parte, las variaciones en tendencias observadas en cada país durante el período son similares entre jóvenes y no jóvenes.

Como dato comparativo para el caso español se tiene que, del total de pobres severos existentes en dicho país en 1999, el 53% era menor de 25 años (niños y jóvenes).[9] Sin considerar las grandes diferencias metodológicas entre línea de pobreza (LP) y renta media disponible neta (RDN), tenemos que para el conjunto de países de América Latina dicho grupo alcanza a alrededor del 60% de los pobres. Los países latinoamericanos con menor incidencia en dicho segmento son Argentina, Chile, Costa Rica y Colombia (con 57%); mientras que en el otro extremo se ubican Bolivia, Honduras, Nicaragua, Paraguay y Uruguay (sobre 63%). Salvo en el caso de Uruguay, esta situación se asocia a la distribución socioeconómica y la estructura demográfica de los países.

La disminución de la "mejor posición relativa de los jóvenes" obedece a que es cada vez mayor el tiempo que los jóvenes toman en lograr independizarse y conformar un hogar aparte, manteniéndose como miembros del hogar paterno/materno, y por tanto con el mismo nivel de ingreso per cápita que el conjunto de la familia. Los motivos de esta mayor permanencia en la familia de origen varían, ya que quienes prolongan la educación no suelen ser los mismos, ni pertenecer a los mismos estratos socioeconómicos que aquellos jóvenes que deben permanecer en el hogar por falta de oportunidades de empleo. Asociado a las responsabilidades y roles más comunes (estudio y trabajo) e independencia del hogar de sus padres, existen diferencias significativas en la pobreza de los tres

[9] Según método RDN.

subgrupos etarios juveniles, con un punto de inflexión a los 20 años, edad en que aumenta la probabilidad de que los jóvenes salgan de la pobreza e indigencia.

Los jóvenes que trabajan y conforman hogares jóvenes tienen un promedio de ingresos mayor que sus pares que se mantienen en hogares con jefatura adulta. Aquellos que trabajan y forman parte de su hogar paterno-materno tienden más a tipos de empleo de tiempo parcial, lo que explica sus restricciones para independizarse. En el caso español, el INJUVE destaca que justamente la mayor causa de la falta independencia de los jóvenes es su dificultad para alcanzar la autonomía económica, lo que los lleva a perdurar en los hogares paterno-maternos y compartir su condición socioeconómica.

En materia de género, los jóvenes hombres tienen 2,7 puntos porcentuales menos de pobreza y 1,3 de indigencia que sus pares femeninos. Sin embargo, aun cuando dichas diferencias pudieran no revestir brechas significativas, presentan una situación distinta a la que tienen los niños (menores de 15 años) y los adultos (mayores de 30), donde no hay ninguna diferencia en ambos indicadores.

En relación con el corte rural-urbano, se observó que en el año 2002 la pobreza alcanzaba a uno de cada tres jóvenes urbanos entre los 13 países analizados, mientras que dicha proporción es un 64% superior entre los jóvenes rurales. Por su parte, la indigencia juvenil de la ciudad es inferior a 10%, mientras supera el 27% entre los rurales. Así, estos últimos tienen una probabilidad 3,1 veces superior de vivir en condición de pobreza, la que sube a 5,5 veces en Perú (el país con mayores diferencias). Este contraste afecta a la población en todas las edades.

Finalmente, entre los jóvenes con jefatura de hogar al igual que para el resto de la población, la mayor incidencia de pobreza e indigencia se presenta en las etapas de expansión y crecimiento (jóvenes con hijos).

Capítulo IV

Salud y sexualidad

Si bien la comunidad internacional y los Estados nacionales reconocen la importancia de la salud de los y las jóvenes en el marco de la atención prioritaria para los sectores de la población más desprotegidos, el tema todavía aparece disperso en las agendas políticas.[1] Dado el actual patrón de morbimortalidad juvenil –estrechamente vinculada con fenómenos de tipo social, como la violencia y la rápida propagación del virus de inmunodeficiencia humana (VIH/SIDA)–, urge establecer medidas de prevención y diagnóstico oportuno de acuerdo con las necesidades y características de la salud juvenil. Esto es aún más relevante al constatar que los elementos que están incidiendo en la salud de los jóvenes no se deducen necesariamente del nivel de desarrollo de los países, y muchas veces involucran variables de tipo cultural y psicológico determinantes de conductas de riesgo que afectan a la integridad física y emocional de este grupo etario.

En este capítulo se analizan las principales tendencias de las condiciones de salud de los jóvenes iberoamericanos, sobre la base de fuentes estadísticas provenientes de la Organización Mundial de la Salud (OMS), la Organización Panamericana de la Salud (OPS), datos censales y encuestas

[1] Véase por ejemplo, los objetivos de desarrollo del Milenio de las Naciones Unidas (NuevaYork, 2000); la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social (Copenhague, 1995); la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (El Cairo, 1994), en las que se establecen metas precisas en cuanto a salud materno-infantil y en general, más no para los jóvenes.

nacionales enfocadas en el tema.[2] En primer lugar, se examinan las causas de la mortalidad juvenil en América Latina y se comparan con la realidad de los países ibéricopeninsulares. Luego, a partir de la información que aportan las encuestas nacionales de juventud, se examinan las prácticas y comportamientos de los jóvenes relativos al ejercicio de su sexualidad y el resguardo de su salud reproductiva. Por último, se profundiza en el embarazo adolescente, considerados sus altos costos personales y sociales, y su incidencia en las posibilidades de emancipación juvenil.

A. La vulnerabilidad de los jóvenes frente a los temas de la salud

Una paradoja recurrente en relación con la salud de los jóvenes es que, debido a su escasa probabilidad de enfermar o fallecer por causas endógenas –(enfermedades)– (CEPAL/OIJ, 2003), se presta poca visibilidad a su morbimortalidad específica. De este modo, suelen atribuirse a los jóvenes condiciones de salud media que no corresponden a la realidad, así como existen preconcepciones erradas acerca de los problemas y dificultades que ellos deben enfrentar en este ámbito. En consecuencia, la situación real de salud de los segmentos juveniles es todavía desconocida o imprecisa. Si bien los estudios demográficos reflejan un escenario de relativa seguridad vital durante la etapa de la juventud, existe un conjunto de fenómenos sociales y culturales que conspiran contra esta tendencia y convierten a los sectores juveniles en un grupo de la población que requiere un tratamiento especial en los temas de salud.

Por razones diversas, la juventud constituye actualmente un grupo de riesgo en salud. La vulnerabilidad de los jóvenes en cuanto a la salud deriva de la complejidad del mundo contemporáneo en que les toca desenvolverse. Resulta evidente que las transformaciones en la esfera económica han desencadenado agudos procesos de exclusión social, como el desempleo y la falta de oportunidades laborales. Es indudable que estos factores afectan negativamente a los comportamientos y decisiones de los jóvenes con respecto a su bienestar y estado de salud integral. Además, el desconocimiento general sobre la situación juvenil en esta materia contribuye también a generar un contexto mayor de vulnerabilidad.

Muchas de las respuestas inmediatas de los jóvenes ante la falta de oportunidades y las carencias de recursos se expresan en acciones violentas

[2] En este capítulo, los jóvenes se definen de acuerdo con las estadísticas para América Latina de la OPS que establecen los límites de este período etario entre los 15 y los 24 años.

y autodestructivas que afectan no solo a su salud sino también a su integridad física. Estas reacciones no constituyen hechos aislados, puesto que representan las principales causas de mortalidad en la juventud. Problemas psicológicos, de frustración, incomunicación y agresividad contenidas se manifiestan indirectamente en las denominadas causas externas de muerte, como la tasa de accidentes, homicidios y suicidios. Así, el incremento de la violencia originada en las frustraciones y la marginalidad que imponen las sociedades altamente desiguales y con enormes brechas entre expectativas y logros, se produce en forma exacerbada entre algunos segmentos de la población juvenil.

Por otra parte, la salud de los jóvenes, como la de cualquier otro grupo de la población, depende de las posibilidades de generar condiciones aptas para su procuración y preservación, lo que a su vez remite a los recursos económicos, patrimoniales y comunitarios del hogar o núcleo grupal en que se desarrolla cada individuo. La disponibilidad de recursos en el núcleo familiar es más determinante aún, pues las reformas de los sistemas de salud, puestas en marcha en distintos países de la región latinoamericana durante las dos últimas décadas, han tendido a transferir una carga cada vez mayor del gasto social hacia las familias (CEPAL, 2003a y 2004). Aunque la salud constituye el recurso más elemental para desarrollar y aprovechar las capacidades de los individuos, ante la disminución del ingreso familiar el gasto que se comprime más fácilmente es aquel destinado a la salud. A ello se agrega el hecho de que la mayor parte de los jóvenes en América Latina no disponen de ingresos propios, lo que los deja en una situación de mayor vulnerabilidad.

Otro hecho que incide en la salud juvenil es la rápida expansión del VIH/SIDA en los años más recientes, y la vulnerabilidad que muestran los y las jóvenes ante esta epidemia. Su acelerada propagación, especialmente entre mujeres heterosexuales, no solo obedece a la desinformación con respecto a las características de la epidemia y sus formas de transmisión, sino que también es resultado de factores culturales que operan contra su prevención. Diversos estereotipos y mitos se anteponen a un debate abierto acerca de la sexualidad adulta y juvenil, que permita a adolescentes y jóvenes despejar sus dudas. Además, concurren aquí como factores de riesgo el mercado de la droga y la prostitución, donde se insertan jóvenes de cualquier condición social en procura de ingresos o satisfactores inmediatos. Así, en países de la región de menor desarrollo relativo se observa un aumento en la propagación de las enfermedades de transmisión sexual entre la población más joven, que se presume ocurre de manera más acentuada en los sectores de menores ingresos.[3] Al respecto, cabe enfatizar que las mujeres y adolescen-

[3] En países como Honduras, Nicaragua y Paraguay se registra en los últimos años un

tes jóvenes se llevan la peor parte, debido a su alta vulnerabilidad en una cultura que adolece de machismo y de una consideración desvalorizada de la mujer y sus necesidades (Contreras y Hakkert, 2001).

En síntesis, aspectos socioeconómicos y culturales configuran un panorama de alta heterogeneidad en el estado de salud y la exposición a riesgos de los jóvenes. La segmentación de mercados, la segregación territorial y las desigualdades sociales exacerban tal diferenciación, manteniendo ocultas sus expresiones concretas. A nivel regional en cada país, según áreas geográficas o estamentos sociales, se registran distintos perfiles epidemiológicos, de mortalidad y morbilidad juvenil, derivados del nivel de ingresos de los hogares y su acceso a la atención en salud. Pese a ello, la salud juvenil todavía se trata como extensión de campañas generales y desvinculada de la situación específica de los jóvenes, como si estos no constituyeran un grupo de personas con necesidades e intereses particulares.

Desde una perspectiva integral en el campo de la salud, resulta difícil delimitar situaciones y formular indicadores que reflejen los complejos fenómenos que afectan al desarrollo biológico y emocional de los jóvenes. Sin embargo, es posible identificar elementos conductuales y de actitud vital que están alterando las causas de su morbimortalidad. Este tema, en virtud de su complejidad, merecería un enfoque diferenciado por subgrupos etarios, de actividad y de ingresos, tanto en el planteamiento como en la prestación de los servicios de salud, cualquiera sea la institución encargada de hacerlo.

B. El desconocimiento sobre la situación de salud de los jóvenes

Los informes de la OPS señalan que, durante el último quinquenio del siglo XX, en varios países de la región caribeña se implementaron programas y servicios específicos de atención en salud a nivel nacional para la población juvenil. No obstante estos avances, la salud de los jóvenes todavía no constituye un foco de atención integral y continua en todos los países iberoamericanos, ni está sometida a un registro que permita dar seguimiento a sus características más particulares. Un hecho que confirma lo anterior es la relativa invisibilidad estadística de la juventud en diversos estudios sobre

incremento de la incidencia de enfermedades de transmisión sexual, diferentes del VIH/SIDA, como sífilis y gonorrea, en los adolescentes de 15 a 19 años, más que en el resto de los (a) jóvenes.

salud. El perfil de salud de los subgrupos del período inicial y final de la juventud –de 15 a 19 años y de 25 a 29 años–, al igual que de aquellos grupos pertenecientes a los extremos de la escala social, no se encuentran diferenciados en las estadísticas de salud. Esto puede ser reflejo de las prioridades de los presupuestos estatales y fondos de salud asignados, que suelen beneficiar a otros grupos de población vulnerable al minimizar las diferencias de recursos y de acceso a la atención, lo que margina a muchos jóvenes. Un avance sustantivo en el diseño de políticas de salud para los jóvenes requeriría el seguimiento de variables seleccionadas, por estratos de ingreso del hogar al que pertenezcan y elementos del entorno habitacional y geográfico en que se desenvuelven.

Uno de los mayores obstáculos para abordar los problemas que enfrentan los jóvenes en la preservación de su salud es la estigmatización en temas polémicos, como aquellos referidos a la vivencia de la sexualidad juvenil y su contraste con la visión de los adultos. La falta de espacios de diálogo intergeneracional en este tema acrecienta la incertidumbre personal a cualquier edad, pero especialmente en los jóvenes que carecen de un marco de referencia único para sus conductas y están disputando un lugar en la sociedad que les permita afirmar su identidad. Y aunque el énfasis recaiga en los temas sexuales y reproductivos de la salud, el desafío consiste en integrar otros aspectos determinantes de la salud juvenil, como los emocionales, de adaptación social, y aquellos relativos a la violencia, la discriminación y la exclusión. Cabe recordar que la salud se define, desde un enfoque integral, no solo como la ausencia de enfermedad, sino también como la preservación de condiciones de bienestar integral que permitan el pleno desarrollo de la persona y el despliegue de sus capacidades y habilidades (OPS, 2002b).

En síntesis, muchas causas de morbilidad o mortalidad juvenil que podrían caber en un marco de mayor control preventivo –como las lesiones por imprudencia, violencia accidental o intencional, y las enfermedades de transmisión sexual– al no corresponder a una morfología reconocida como problema de salud, no son consideradas como tema permanentes de la política de salud hacia la juventud. Esto es más grave aún, si se considera que las cifras existentes evidencian que la morbimortalidad específica de los jóvenes corresponde en mayor medida a accidentes, uso de sustancias psicotrópicas, enfermedades de transmisión sexual, embarazos precoces y otros riesgos frecuentes, como son los actos de violencia, provocados o padecidos.

C. La mortalidad en los jóvenes

En general, la prevalencia de causas de muerte en los jóvenes es, con raras excepciones, bastante menor o una fracción de la de los adultos; incluso si entre estos últimos se considera solamente el tramo más activo, de 25 a 44 años.

La probabilidad de morir de los jóvenes latinoamericanos a fines de la década de 1990 revelaba una reducción notable en países como Bolivia, Colombia, Perú y algunos centroamericanos, respecto del comienzo de la década de 1980 (CELAJU, 1990), pese a las vicisitudes de la dinámica económica y social latinoamericana de esa época (la llamada "década perdida"). Durante los años transcurridos desde entonces, el perfil epidemiológico y la incidencia de causas de mortalidad se modificaron a nivel mundial y en campos que afectan directamente a la juventud. La pandemia del VIH/SIDA –aunque América Latina no es la región con mayor prevalencia–, y el incremento de la violencia (que en algunos países latinoamericanos, como Colombia y El Salvador, alcanzan niveles catastróficos), son las dos causas más relevantes en el nuevo perfil regional de morbilidad y mortalidad de los jóvenes. Ambos fenómenos han concitado de tal manera la atención de instituciones abocadas al desarrollo y la preservación de la paz a escala global, que son hoy motivo de atención prioritaria en políticas de prevención dirigidas a la juventud en estas áreas.[4]

Actualmente la tasa de mortalidad para los jóvenes latinoamericanos, calculada en 134 por cada 100 mil, alcanza en promedio a poco más de la mitad de la de los adultos de 25 a 44 años, que es el grupo de edad consecutivo con mayor actividad laboral. Esto refleja una alta exposición de los jóvenes a enfermedades y situaciones de riesgo mortal. Al compararse con la tasa de mortalidad de los jóvenes españoles, de 49 por cada 100 mil, el promedio latinoamericano lo duplica con creces (134 por cada 100 mil), en tanto que ningún país de la región, considerado individualmente, se sitúa siquiera en el mismo nivel. Los países con menores tasas de mortalidad juvenil son Costa Rica, Argentina y Chile, con tasas entre 66 y 75 por cada 100 mil, seguidos de Panamá y Uruguay. En Colombia, la proporción de defunciones de los jóvenes de ambos sexos se aproxima más a la de los adultos entre 25 y 44 años, mientras que en el resto de los países la brecha de mortalidad entre jóvenes y este grupo de adultos es mayor. Esto se explica, en el caso de Co-

[4] Desde fines de 2003 se encuentra en circulación el *"Informe mundial sobre la violencia y la salud"* elaborado por la OMS; y en su alocución con motivo del Día Internacional de la Mujer el 8 de marzo de 2004, el Secretario General de las Naciones Unidas, Sr. Kofi Annan, recalcó la urgente necesidad de programas y medidas enfocadas a abatir la rápida propagación del VIH/SIDA entre las adolescentes.

Cuadro IV.1

IBEROAMÉRICA (15 PAÍSES): TASAS GLOBALES DE MORTALIDAD POR GRUPO DE EDAD Y SEXO

(Estimadas por cada 100 mil habitantes)

País	Población juvenil de 15 a 24 años			Población adulta de 25 a 44 años			Población adulta de 25 años y más		
	Ambos sexos	*Femen.*	*Masc.*	*Ambos sexos*	*Femen.*	*Masc.*	*Ambos sexos*	*Femen.*	*Masc.*
Argentina, (1997)	73	48	97	169	124	216	1,320	1,163	1,494
Brasil, (1998)	153	76	230	321	188	458	1,080	889	1,284
Chile, (1999)	74	36	111	156	93	218	935	858	1,018
Colombia, (1998)	212	83	338	285	146	433	908	776	1,051
Costa Rica, (2001)	66	34	97	128	78	176	691	612	771
Ecuador, (2000)	119	97	141	239	181	298	851	757	948
El Salvador, (1999)	164	122	206	348	250	458	1,047	914	1,198
México, (2000)	101	53	149	210	120	306	793	674	923
Nicaragua, (2000)	148	100	197	283	203	367	788	701	883
Panamá, (2000)	87	53	119	155	114	196	815	704	928
Perú, (2000)	112	78	145	228	178	280	903	811	1,002
Rep. Dominicana, (1998)	104	82	125	210	173	245	787	687	874
Uruguay, (2000)	85	44	124	154	107	202	1,464	1,284	1,670
Venezuela, (2000)	171	59	280	230	120	339	748	612	897
América Latina y el Caribe [a/]	134	68	198	259	259	365	977	830	1,135
Península Ibérica									
España, (2000)[b/]	49,3	24,5	72,9	–	–	–	–	–	–

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de salud de las Américas. Edición 2003", [en línea] http://www.paho.org.

[a/] Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14 países cuya población en el año 2003 superaba los 500 mil habitantes.

[b/] Las tasas de defunciones se calcularon sobre la base de información oficial del Instituto Nacional de Estadística (INE) de España. Las defunciones por VIH/SIDA están incluidas en las "todas las transmisibles".

lombia, por la alta mortalidad de los jóvenes varones en el conflicto armado que afecta a amplias zonas del país (véase el cuadro IV.1).

También en Brasil, El Salvador y Venezuela el registro de mortalidad juvenil muestra índices que superan los 150 por cada 100 mil habitantes, en buena medida debido a la influencia de causas externas de muerte. Nicaragua, que en general presenta un nivel de desarrollo económico

menor que estos otros países, registra tasas de mortalidad juvenil levemente inferiores a las de los otros países mencionados. En este indicador promedio pudieran incidir causas atribuibles a las facilidades y dificultades de acceso y desarrollo de los servicios de salud para la juventud, así como otras relacionadas con el ambiente general de violencia y conductas de riesgo más frecuentes en sociedades más urbanizadas (véase el cuadro IV.1).

Cuando se examina la mortalidad según causas, considerando cinco grandes grupos de causas de muerte —enfermedades transmisibles, neoplasmas, enfermedades del sistema circulatorio, causas externas y otras causas— el grupo de jóvenes de 15 a 24 años se caracteriza por una gran concentración de causas externas de muerte, que en conjunto superan con mucho a la mortalidad por enfermedades trasmisibles y de tipo genético-degenerativas.[5]

Las causas externas constituyen sin lugar a dudas la primera causa de muerte, por importancia numérica y proyectiva, entre los jóvenes de ambos sexos en la región, aunque con mayor importancia relativa para los varones, ya que de cada 100 fallecimientos masculinos, 77 son atribuibles a causas violentas. En tanto, entre las mujeres, 38 de cada 100 defunciones son resultado de estas causas violentas, y 62 de causas mórbidas, si bien no se detecta un perfil único en la región en causas prevalentes de mortalidad. En países como Brasil, Colombia, El Salvador, Nicaragua y Venezuela, la mortalidad por causas externas es superior a la media latinoamericana, además de representar entre el 71% y el 90% de las causas de muerte para los varones jóvenes (véase el cuadro IV.2).

En Portugal, en lo que concierne a las muertes entre la población juvenil, se constata que el mayor número de fallecimientos ocurre entre los varones jóvenes solteros; de acuerdo con las condiciones imperantes en el ámbito laboral, son los jóvenes desempleados del sexo masculino los que presentan un mayor índice de mortalidad. Con respecto a los jóvenes casados, son las mujeres las que destacan con un mayor porcentaje de fallecimientos, lo que pudiera asociarse a una más alta vulnerabilidad de estas, sea por padecimientos asociados a la reproducción o debido a violencia intrafamiliar.

La distribución de causas violentas de muerte, en general tiene un marcado sesgo masculino, atribuible al énfasis del comportamiento agresivo que prevalece en la cultura machista de la región iberoamericana. Aun así, se registran tendencias diferenciadas según la causa subyacente. Es posible

[5] Aunque se trata de un segmento que no incluye a los jóvenes de 25 a 29 años, se considera que abarca a un conjunto de 15 a 24 años, representativo de la población juvenil.

Cuadro IV.2

IBEROAMÉRICA (15 PAÍSES): DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LA MORTALIDAD POR CAUSAS ENTRE JÓVENES DE 15 A 24 AÑOS, SEGÚN SEXO

(En porcentajes respecto del total de defunciones)

			Enfermedades transmisibles		**Enfermedades genético degenerativas**		**Otras causas internas**	**Causas externas**		
País	*Sexo*	*Todas las causas*[a/]	*Todas las transmisibles*[b/]	*VIH/ SIDA*	*Tumores*[c/]	*Sistema circulatorio*[d/]	*Embarazo, parto y puerperio*	*Todas las causas externas*[e/]	*Homicidios*	*Suicidios*
Argentina, (1997)	Fem.	100	12,8	4,0	13,2	8,8	4,8	41,0	2,7	6,9
	Masc.	100	6,9	3,2	7,0	5,3	–	72,0	10,2	6,5
Brasil, (1998)	Fem.	100	14,6	3,7	8,9	10,6	7,9	37,7	11,2	3,7
	Masc.	100	6,4	1,9	4,0	4,4	–	78,3	42,0	3,1
Chile, (1999)	Fem.	100	9,1	0,5	18,4	5,5	3,3	39,8	1,9	8,0
	Masc.	100	4,2	1,4	9,6	2,1	–	73,6	6,9	11,3
Colombia, (1998)	Fem.	100	9,1	1,4	8,2	7,4	10,0	51,1	20,9	9,5
	Masc.	100	3,0	0,8	3,0	2,1	–	89,5	62,5	4,2
Costa Rica, (2001)	Fem.	100	5,5	0,0	20,6	9,9	3,2	28,8	9,3	7,0
	Masc.	100	2,4	0,5	9,7	3,2	–	73,0	12,7	8,5
Ecuador, (2000)	Fem.	100	16,9	0,6	9,8	11,1	8,7	30,0	4,8	7,7
	Masc.	100	11,8	1,5	4,9	7,6	–	64,6	24,8	5,8
El Salvador, (1999)	Fem.	100	10,9	1,6	8,3	8,9	2,1	43,5	10,6	20,0
	Masc.	100	7,7	2,4	2,7	3,3	–	75,5	46,1	7,1
México, (2000)	Fem.	100	10,0	1,9	12,1	7,2	8,9	31,9	5,8	4,7
	Masc.	100	6,2	2,5	7,2	3,6	–	69,5	18,1	7,0
Nicaragua, (2000)	Fem.	100	11,5	1,1	6,6	5,6	12,8	41,4	5,5	22,9
	Masc.	100	5,6	0,5	7,6	3,6	–	71,2	17,9	16,8
Panamá, (2000)	Fem.	100	24,0	12,0	12,0	1,7	8,8	29,8	2,8	5,6
	Masc.	100	10,0	5,8	5,7	2,1	–	69,8	26,8	6,6
Perú, (2000)	Fem.	100	21,5	2,1	9,4	8,1	6,4	28,8	1,2	3,3
	Masc.	100	18,8	3,8	9,6	5,8	–	45,6	3,2	1,9
República Dominicana, (1998)	Fem.	100	25,7	14,9	7,3	12,8	6,6	27,4	3,8	2,6
	Masc.	100	10,7	3,1	3,1	7,0	–	69,7	17,0	2,1
Uruguay, (2000)	Fem.	100	7,2	3,2	15,6	10,4	12,2	42,5	7,2	11,5
	Masc.	100	5,4	2,0	6,8	3,4	–	73,9	9,8	19,0
Venezuela, (2000)	Fem.	100	8,5	1,5	11,3	8,2	7,8	43,5	10,1	4,4
	Masc.	100	3,3	1,4	3,3	2,0	–	85,8	38,3	3,9
América Latina y el Caribe, (14 países)[f/]	Fem.	100	13,3	2,9	9,9	9,1	7,9	37,8	9,4	5,7
	Masc.	100	6,3	1,9	4,9	3,8	–	76,8	36,3	4,6
Península Ibérica										
España, (2001)	Fem.	100	8,6	-	16,6	4,8	0,3	50,5	1,9	5,8
	Masc.	100	4,7	-	8,0	4,6	–	72,4	1,9	9,0

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de salud de las Américas. Edición 2003", [en línea] http://www.paho.org.

[a/] La suma de las enfermedades y grupos de enfermedades no coincide con el ciento por ciento de las defunciones, ya que no se incluyeron algunas menos significativas para este grupo de edad, como enfermedades del sistema nervioso y del sistema digestivo, entre otras.

[b/] Incluyen enfermedades infecciosas intestinales, tuberculosis, septicemia (excepto neonatal), meningitis, síndrome del VIH/SIDA e infecciones respiratorias agudas.

[c/] Incluyen neoplasias malignas de estómago,colon, recto y ano; de la tráquea, bronquios y pulmones; de seno, útero y placenta en mujeres, y de próstata en varones: sistema hematopoyético y linfático.

[d/] Incluye enfermedad hipertensiva e isquémica del corazón, de circulación pulmonar y otras cardiacas.

[e/] Incluyen además de las especificadas, eventos de intención no determinada, ahogamientos y accidentes que obstruyen la respiración, entre otras causas de muerte violenta.

[f/] Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14 cuya población en el año 2003 superaba los 500 mil habitantes.

[g/] La tasa se calculó sobre la base de información oficial del Instituto Nacional de Estadística (INE) de España. Las defunciones por VIH/SIDA están incluidas en "otras transmisibles".

distinguir algunos países donde la importancia de los homicidios como causa de muerte cede lugar al suicidio. De manera general, los países donde el suicidio en jóvenes de ambos sexos constituye una causa de muerte más recurrente que el homicidio son Argentina, Chile, España y Uruguay. Pese a ello, es de notar que entre los jóvenes hispanos el homicidio tiene igual peso como causa de muerte, indistintamente del sexo, mientras que entre los latinoamericanos es siempre más acentuado entre los varones, con una frecuencia en promedio 4 veces superior para los varones en comparación con las mujeres (36,3% y 9,4%, respectivamente) (véase el cuadro IV.2).

Particularmente en Uruguay, cuya mortalidad juvenil es bastante inferior a la regional (véase el cuadro IV.1), en el caso de los suicidios, sobre todo masculinos (19%), estos cuadruplican con creces la tasa promedio para los varones jóvenes de la región (véase el cuadro IV.2). En la mortalidad de las jóvenes en El Salvador (20%), Nicaragua (23%) y Uruguay (12%), la causal de suicidios supera a la de homicidios y sobrepasa con mucho la de sus congéneres de más edad. La diferencia de desarrollo relativo entre estos países y el tipo de oportunidades y horizontes vitales que ofrecen a sus jóvenes, permiten aventurar una multiplicidad de causas subyacentes sin descartar probables distorsiones de registro.

En los dos primeros países, El Salvador y Nicaragua, la alta tasa de homicidios entre varones permite no desestimar el efecto y diseminación de la cultura machista y su acentuada violencia también sobre las mujeres jóvenes de esos países. Los varones nicaragüenses de todas las edades registran una proclividad al suicidio cuatro veces superior al promedio regional entre los jóvenes, siendo esta y los homicidios las principales causas individuales de muerte (véase el cuadro IV.2 del Anexo estadístico, sección Salud). El fenómeno de la violencia juvenil y su importancia como secuela de la guerra en Centroamérica durante los años ochenta, para la que no existen soluciones estructuradas, ha concitado estudios e investigaciones varias (Agudelo y Meyer, 2000; Cruz, Trigueros Argüello y González, 2000; Smutt, 1999). Sin embargo, no se cuenta con evidencia sobre los efectos psicológicos que estos hechos han generado en la juventud, y la forma en que, ante la exclusión o falta de oportunidades de integración social y económica, han contribuido a acentuar conductas más violentas y extremas que las de sus congéneres de la región.

Con respecto a las mujeres jóvenes, entre las tres causas individuales de muerte más importantes, y con un peso aproximado de 10%, 9% y 8%, respectivamente, están las neoplasias malignas o tumores, las enfermedades del sistema circulatorio y las derivadas de embarazo, parto y puerperio. En los dos primeros tipos de enfermedades, la tasa de mortalidad duplica con creces la de los varones. Cabe suponer que su frecuencia relativa es mayor

entre las jóvenes más pobres, por su menor calidad de vida y carencia de medios para prevenir estos males (véase el cuadro V.2).

Al analizar la distribución porcentual de la mortalidad juvenil por sexo, se advierte un apabullante predominio de los varones en el caso de las muertes violentas, donde aportan casi el 86% de un total de casi 78.700 jóvenes fallecidos (véase el cuadro IV.3). En el promedio latinoamericano, la distribución de los fallecimientos entre hombres y mujeres (75% y 25 %, respectivamente) se aproxima al que se registra en España en la mortalidad por todas las causas. En este último país, la mayor mortalidad entre los hombres se produce por causas violentas y enfermedades del sistema circulatorio, si bien llama la atención que en las muertes por homicidios, la gravitación de las mujeres supera la media registrada en el resto y conjunto de muertes violentas, a lo que pudiera contribuir la violencia en el interior de la pareja. Entre las causas internas de muerte para los jóvenes latinoamericanos, las enfermedades transmisibles y las genetico-degenerativas tienden a distribuirse entre poco más del 40% para las mujeres y poco menos del 60 % para los hombres. (véase el cuadro IV.3) Entre las primeras, en el caso particular del VIH/SIDA en 14 países de América Latina, los fallecimientos masculinos casi duplican los femeninos (873 jóvenes muertas) con 1.675 muertes atribuidas a esta causa a fines de los años noventa.[6]

En síntesis, cuando se examina el perfil de la mortalidad juvenil por países y causas relevantes, se advierte su complejidad, lo que contribuye a ocultar la falta de atención pública a las necesidades más integrales en esta materia. Se requiere, pues, mayor esfuerzo de las autoridades para relevar la especificidad por género de las causas de muerte juvenil, así como también una focalización de medidas preventivas en relación con las causas que presentan una mayor prevalencia, especialmente el VIH/SIDA y las causas violentas, ambas susceptibles de mayor control y prevención, tanto en los países latinoamericanos como en los de la península ibérica, donde el segundo tipo de fallecimientos constituye asunto de atención y seguimiento públicos.

1. Mortalidad juvenil según causas externas

El abultado peso de la mortalidad juvenil por causas externas obedece principalmente a dos factores, a saber, la alta frecuencia relativa de muertes accidentales (principalmente de tránsito) y muertes por violencia (agresiones externas y suicidios). Como se señaló, ambas afectan más intensamente

[6] En este cálculo no se incluye a Haití, ya que no forma parte de la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).

Cuadro IV.3

IBEROAMÉRICA (15 PAÍSES): DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LA MORTALIDAD SEGÚN SEXO ENTRE JÓVENES

(En porcentajes para cada tipo de causa de mortalidad)

País	Sexo	Todas las causas [a]	Enfermedades transmisibles		Enfermedades genético degnerativas		Causas externas			
			Todas las transmisibles[a]	VIH/ SIDA	Tumores[b]	Sistema circulatorio[c]	Todas las causas externas[d]	Accidentes vehiculares[e]	Homicidios	Suicidios
Argentina, (1997)	Fem.	32,4	47,1	37,5	47,6	44,7	21,5	25,4	11,4	33,9
	Masc.	67,6	52,9	62,5	52,4	55,3	78,5	74,6	88,6	66,1
Brasil, (1998)	Fem.	24,6	42,4	39,2	41,6	44,0	13,6	21,9	8,0	27,8
	Masc.	75,4	57,6	60,8	58,4	56	86,4	78,1	92,0	72,2
Chile, (1999)	Fem.	24,2	41,1	10,8	38,1	45,8	14,7	22,4	8,1	18,4
	Masc.	75,8	58,9	89,2	61,9	54,2	85,3	77,6	91,9	81,6
Colombia, (1998)	Fem.	19,4	41,7	30,4	39,8	45,8	12,1	18,6	7,4	35,4
	Masc.	80,6	58,3	69,6	60,2	54,2	87,9	81,4	92,6	64,6
Costa Rica, (2001)	Fem.	25,2	43,9	0,0	41,7	50,9	11,7	8,6	19,8	21,7
	Masc.	74,8	56,1	100,0	58,3	49,1	88,3	91,4	80,2	78,3
Ecuador, (2000)	Fem.	40,1	48,9	21,8	57,3	49,3	23,7	26,7	11,4	47,1
	Masc.	59,9	51,1	78,2	42,7	50,7	76,3	73,3	88,6	52,9
El Salvador, (1999)	Fem.	36,7	45,1	27,2	64,4	61,0	25,1	25,0	11,8	62,1
	Masc.	63,3	54,9	72,8	35,6	39,0	74,9	75,0	88,2	37,9
México, (2000)	Fem.	26,2	36,4	21,2	37,3	41,2	14,0	15,7	10,3	19,3
	Masc.	73,8	63,6	78,2	62,7	58,8	86,0	84,3	89,7	80,7
Nicaragua, (2000)	Fem.	33,5	50,6	52,1	30,4	44,2	22,6	17,0	13,4	40,6
	Masc.	66,5	49,4	47,9	69,6	55,8	77,4	83,0	86,6	59,4
Panamá, (2000)	Fem.	30,3	51,1	47,4	47,8	25,9	15,7	26,4	4,4	26,9
	Masc.	69,7	48,9	52,6	52,2	74,1	84,3	73,6	95,6	73,1
Perú, (2000)	Fem.	34,3	37,3	22,1	33,7	42,2	24,8	23,9	16,0	48,4
	Masc.	65,7	62,7	77,9	66,3	57,8	75,2	76,1	84,0	51,6
República Dominicana, (1998)	Fem.	38,4	59,9	74,8	59,3	53,4	16,5	18,9	20,2	17,3
	Masc.	61,6	40,1	25,2	40,7	46,6	83,5	81,1	79,8	82,7
Uruguay, (2000)	Fem.	25,6	31,6	35,1	44,2	51,4	16,5	18,9	20,2	17,3
	Masc.	74,4	68,4	64,9	55,8	48,6	83,5	81,1	79,8	82,7
Venezuela, (2000)	Fem.	16,9	34,2	18,3	40,7	44,9	9,3	21,3	5,1	18,6
	Masc.	83,1	65,8	81,7	59,3	55,1	90,7	78,7	94,9	81,4
América Latina	Fem.	25,3	41,7	34,5	40,8	44,5	14,3	20,5	8,1	29,9
y el Caribe,[f]	Masc.	74,7	58,3	66,1	59,1	55,4	85,7	79,5	91,9	70,1
Península Ibérica										
España, (2001)[g]	Fem.	24,2	36,9	–	39,9	25,2	18,2	19,4	24,1	17,1
	Masc.	75,8	63,1	–	60,1	74,8	81,8	80,6	75,9	82,9

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de salud de las Américas. Edición 2003", [en línea] http://www.paho.org.

[a] Incluye enfermedades infecciosas intestinales, tuberculosis, septicemia (excepto neonatal), meningitis, síndrome del VIH/SIDA e infecciones respiratorias agudas.

[b] Incluye neoplasias malignas de estómago,colon, recto y ano; de la tráquea, bronquios y pulmones; de seno, útero y placenta en mujeres, y de próstata en varones: sistema hematopoyético y linfático.

[c] Incluye enfermedad hipertensiva e isquémica del corazón, de circulación pulmonar y otras cardiacas.

[d] Incluye, además de las especificadas, eventos de intención no determinada, ahogamientos y accidentes que obstruyen la respiración, entre otras causas de muerte violenta.

[e] Se refiere solo a accidentes de transporte terrestre.

[f] Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14 cuya población en el año 2003 superaba los 500 mil habitantes.

Cuadro IV.4

IBEROAMÉRICA (15 PAÍSES): TASAS DE MORTALIDAD SEGÚN CAUSAS EXTERNAS POR GRUPO DE EDAD Y SEXO

(Estimadas por cada 100 mil habitantes)

País	Población juvenil de 15 a 24 años			Población adulta de 25 a 44 años			Población adulta de 25 años y más		
	Ambos sexos	*Femen.*	*Mascul.*	*Ambos sexos*	*Femen.*	*Mascul.*	*Ambos sexos*	*Femen.*	*Mascul.*
Argentina, (1997)	44,9	19,5	69,9	50,0	18,8	81,6	68,7	34,6	106,2
Brasil, (1998)	104,6	28,5	179,9	117,2	28,0	209,2	112,4	35,4	194,8
Chile, (1999)	48,5	14,5	81,5	65,3	16,8	113,7	77,4	26,9	131,1
Colombia, (1998)	41,1	9,9	70,6	48,2	11,1	84,0	64,8	27,9	101,5
Costa Rica, (2001)	41,1	9,9	70,6	48,2	11,1	84,0	64,8	27,9	101,5
Ecuador, (2000)	60,2	29,0	90,7	88,4	25,6	150,6	103,3	35,5	172,4
El Salvador, (1999)	104,6	52,9	155,4	128,9	47,7	219,9	142,1	54,7	241,5
México, (2000)	60,3	16,9	103,3	72,8	17,8	130,9	81,9	27,0	141,0
Nicaragua, (2000)	90,9	41,3	140,0	97,1	31,3	166,4	94,2	32,2	160,9
Panamá, (2000)	50,0	15,9	83,1	50,5	14,6	86,4	65,0	21,7	108,4
Perú, (2000)	44,5	22,4	66,1	57,8	22,8	94,6	77,9	34,3	124,2
República Dominicana, (1998)	55,6	22,5	97,0	60,3	20,5	98,4	73,0	29,7	113,8
Uruguay, (2000)	55,9	18,8	91,8	56,7	22,9	91,2	81,7	41,7	127,0
Venezuela, (2000)	134,6	25,5	240,1	115,6	21,9	208,3	107,3	30,1	185,8
América Latina y el Caribe[a/]	89,4	25,7	152,1	100,0	25,0	177,4	101,9	33,8	174,7
Península Ibérica									
España, (2000)[b/]	33,1	12,4	52,7	–	–	–	–	–	–

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de salud de las Américas. Edición 2003", [en línea] http://www.paho.org.

[a/] Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14 países cuya población en el año 2003 superaba los 500 mil habitantes.

[b/] Las tasas de defunciones se calcularon mediante información oficial del Instituto Nacional de Estadística (INE) de España. Las defunciones por VIH/SIDA están incluidas en "todas las transmisibles".

a los hombres, lo que se refleja en el mayor peso que tienen estas causas de muerte entre ellos. En casos particulares, como en Colombia y Nicaragua, la tasa de mortalidad por causas externas de los varones jóvenes tiende a aproximarse a la de los adultos activos, y en el caso de Venezuela, los supera (véase el cuadro IV.4). En general estos países, junto con Brasil y El Salvador, presentan una gran heterogeneidad de desarrollo regional, acompañada a veces de sublevaciones rurales recurrentes o situaciones de conflicto que no

han logrado solucionarse de manera estable en la última década. De acuerdo con estudios realizados en núcleos poblacionales pobres de los Estados Unidos, se ha determinado que el ambiente de gobernabilidad y estabilidad económico-financiera influye de manera significativa en la contención o descontrol de la violencia de los jóvenes que se inician a la vida adulta, en condiciones muchas veces peores que las de sus padres.

El número de defunciones de jóvenes por causas violentas llega a casi 35 mil jóvenes en Brasil (1998), de los cuales la mayoría corresponden a personas de sexo masculino, y de estos más de la mitad fallecieron por homicidios (véase el cuadro IV.5). De los dos factores de causa de muerte por lesiones intencionales –homicidios y suicidios–, existe una marcada caracterización masculina de la primera. En términos proporcionales, como causa de muerte entre los hombres jóvenes los homicidios son todavía más determinantes en países como Colombia y El Salvador, donde los enfrentamientos armados en zonas de conflicto en el primero y la activa propagación de las pandillas de jóvenes de las "maras" en el segundo, influyen poderosamente (véase el cuadro IV.4).[7]

Con respecto al suicidio, la proporción de muertes masculinas por esta causa es muy alta en países como Brasil, Chile, Costa Rica, México, Panamá, Uruguay y Venezuela, en los que casi cuadriplica la de la mujeres. Para América Latina en su conjunto, los hombres registran poco más de 4.000 suicidios comparados con 1.700 de las mujeres (véase el cuadro IV.5).

Aunque hay indicios de que las muertes por accidentes han tendido a descender en América Latina (CEPAL, 2000f, p. 65), la incertidumbre respecto de la violencia como causa de muerte entre los jóvenes, descansa en que esta no se vincula en todos los países de forma evidente con factores asociados al desarrollo económico y social.[8] Esto significa que en algunos casos está claramente vinculada con conflictos sociales y políticos, como la situación de guerra interna en Colombia, pero en otros casos con factores idiosincrásicos, atinentes a las culturas nacionales o subnacionales, relativamente autónomos del proceso de desarrollo económico y social.

---

[7] "Maras"es la denominación que reciben los grupos de pandillas juveniles de ese país, constituidas originalmente por jóvenes salvadoreños deportados de los Estados Unidos, y que son reconocidos por su agresividad, formas violentas de cohesión interna y defensa de su territorio y actividades, entre las que se presume la vinculación con redes internacionales de narcotráfico.

[8] Se supone que la expansión de la ciudadanía asociada al desarrollo económico y social erosiona las bases estructurales, culturales y domésticas de la violencia. El hecho de que las tasas de homicidios y de muertes por otras violencias entre jóvenes en Brasil sean varias veces más elevadas que las registradas en España (García Castro, 2001) avala este planteamiento.

Cuadro IV.5

IBEROAMÉRICA (15 PAÍSES): POBLACIÓN JUVENIL FALLECIDA POR CAUSAS EXTERNAS, SEGÚN SEXO

(Número de personas fallecidas)

	Todas las causas externas[a/]		**Accidentes vehiculares**[b/]		**Homicidios**		**Suicidios**		**Otros**	
País	*Mujeres*	*Varones*	*Mujeres*	*Varones*	*Mujeres*	*Varones*	*Mujeres*	*Varones*	*Mujeres*	*Varones*
Argentina, (1997)	619	2 265	175	512	41	321	105	204	298	1 228
Brasil, (1998)	4 699	29 959	1 665	5 928	1 402	16 087	462	1 199	1 171	6 744
Chile, (1999)	176	1 015	55	189	8	96	35	156	78	574
Colombia, (1998)	1 646	11 981	370	1 614	673	8 365	307	562	296	1 440
Costa Rica, (2001)	38	266	13	134	12	50	9	33	4	69
Ecuador, (2000)	368	1 181	86	237	58	453	94	106	129	386
El Salvador, (1999)	348	1 041	70	210	85	636	160	98	34	97
México, (2000)	1 680	10 330	567	3 050	308	2 690	249	1 040	557	3 550
Nicaragua, (2000)	223	763	30	145	30	191	123	180	40	247
Panamá, (2000)	41	222	20	56	4	85	8	21	9	59
Perú, (2000)	569	1 723	114	365	23	120	86	70	366	1 168
República Dominicana, (1998)	175	714	78	315	24	174	16	21	57	204
Uruguay, (2000)	49	246	11	49	8	33	13	63	16	101
Venezuela, (2000)	591	5 748	252	834	137	2 566	60	263	141	1 984
América Latina y el Caribe [c/]	11 222	67 474	3 505	13 738	2 814	31 867	1 707	4 016	3 195	17 852
Península Ibérica										
España, (2000)[d/]	347	1 556	232	966	13	41	40	194	62	355

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de salud de las Américas. Edición 2003", [en línea] http://www.paho.org.

a/ Incluye además de las especificadas, eventos de intención no determinada, ahogamientos y accidentes que obstruyen la respiración, entre otras causas de muerte violenta.

b/ Se refiere solo a accidentes de transporte terrestre.

c/ Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14 países cuya población en el año 2003 superaba los 500 mil habitantes.

d/ Información oficial del Instituto Nacional de Estadística (INE) de España.

2. Enfermedades genético-degenerativas

Si se toman en conjunto, la tasa de mortalidad por neoplasias malignas y por enfermedades cardíacas, estas tienen una preponderancia mucho mayor que las enfermedades transmisibles en la población joven. A nivel latinoamericano, la mortalidad promedio por neoplasias y enfermedades cardíacas en los jóvenes de ambos sexos es apenas una fracción de las mismas causas de muerte en el grupo de adultos hasta 44 años, generalmente más

activos (véanse los cuadros 2 y 4 del Anexo estadístico, sección Salud).[9]

Respecto de la mortalidad por cada 100 mil habitantes a causa de tumores y neoplasias malignas, las tasas mayores se registran para los varones, y en algunos casos como en Perú y Nicaragua, casi duplican o poco más la de las jóvenes, respectivamente. Excepcionalmente, en El Salvador, Ecuador y República Dominicana, la incidencia de tumores en la población femenina supera claramente a la de los varones, lo que merece tenerse en cuenta en el diseño de políticas de juventud con enfoque de género. No se descarta, por otra parte, que situaciones de tensión extrema en que han crecido las generaciones que ahora son jóvenes, tales como la situación de guerra en Centroamérica durante los años ochenta y la que aún continúa en Colombia y algunas zonas del Perú, hayan incidido en que se mantenga una alta proporción de tempranas defunciones por esta causa. Es posible que estas afecciones se vean exacerbadas por las tensiones que imponen los mayores riesgos vinculados con la globalización y el deterioro en los mecanismos de integración social, sobre todo para la población de menores recursos (véase el cuadro 2 del Anexo estadístico, sección Salud).

Con variaciones muy leves, el peso de las enfermedades genético degenerativas, en especial de los tumores y neoplasias malignas, tiene una preponderancia mayor como causa de mortalidad para las mujeres en países como Argentina, Panamá, Costa Rica, Chile y Uruguay (véase el cuadro 1 del Anexo estadístico, sección Salud). Excepto en Panamá y España la tasa de mortalidad por enfermedades cardíacas para los varones casi duplica o más la de las mujeres, mientras que en el resto de los países tiende a darse una cierta similitud, aunque casi siempre más favorable a las mujeres (véase el cuadro 2 del Anexo estadístico, sección Salud).

3. Enfermedades transmisibles

Es natural que al abordar el tema de la salud durante la juventud se trate con particular énfasis la salud sexual y reproductiva, debido a que esta involucra situaciones específicas de esta etapa de la vida, como el inicio de la función sexual y reproductiva, que representa una preparación o adecuación a la vida adulta. En términos sociales la salud sexual y reproductiva define las condiciones de reproducción de la población en el futuro inmediato. Sin embargo, este es un aspecto de la salud juvenil que no ha merecido

[9] Datos calculados sobre la base de las tasas de mortalidad de los grupos de edad mencionados en neoplasias malignas y enfermedades cardíacas (veanse los cuadros 2 y 3 del Anexo estadístico, sección Salud).

Cuadro V.6

IBEROAMÉRICA (15 PAÍSES): MORTALIDAD JUVENIL Y CONTRIBUCIÓN POR CAUSA DE ENFERMEDADES TRANSMISIBLES SEGÚN SEXO

	Defunciones por enfermedades transmisibles			**Contribución porcentual**		
País	*Ambos sexos*	*Femenino*	*Masculino*	*Ambos sexos*	*Femenino*	*Masculino*
Argentina, (1997)	411	194	217	8,8	12,8	6,9
Brasil, (1998)	4 275	1 814	2 465	8,4	14,6	6,4
Chile, (1999)	96	40	57	5,3	9,1	4,2
Colombia, (1998)	698	292	408	4,2	9,1	3,0
Costa Rica, (2001)	17	7	9	3,3	5,5	2,4
Ecuador, (2000)	422	207	216	13,8	16,9	11,8
El Salvador, (1999)	194	88	107	8,9	10,9	7,7
México, (2000)	1 456	527	920	7,2	10,0	6,2
Nicaragua, (2000)	123	62	60	7,6	11,5	5,6
Panamá, (2000)	65	33	32	14,2	24,0	10,0
Perú, (2000)	1 132	424	712	19,7	21,5	18,8
República Dominicana, (1998)	275	164	110	16,5	25,7	10,7
Uruguay, (2000)	26	8	18	5,9	7,2	5,4
Venezuela, (2000)	339	116	223	4,2	8,5	3,3
América Latina y el Caribe [a/]	9 528	3 976	5 553	8,1	13,3	6,3
Península Ibérica						
España, (2000)[b/]	160	59	101	5,6	8,6	4,7

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de salud de las Américas. Edición 2003", [en línea] http://www.paho.org.

[a/] Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14 países cuya población en el año 2003 superaba los 500 mil habitantes.

[b/] Las tasas de defunciones se calcularon mediante información oficial del Instituto Nacional de Estadística (INE) de España. Las defunciones por VIH/SIDA están incluidas en "todas las transmisibles".

suficiente atención en la práctica. Sorprende que a más de dos décadas de su descubrimiento, y pese al crecimiento exponencial como pandemia, el VIH/SIDA sea todavía un tema restringido o de difícil discusión en algunos sectores y audiencias.

Entre los años 1997-2000, para el conjunto de jóvenes de la región, sin distinción de sexo, la mortalidad por enfermedades transmisibles representó menos del 10% del total de defunciones, excepto en Ecuador (13,8%), Panamá (14,2%), Perú (19,7%) y República Dominicana (16,5%).

Como contrapunto a esta situación predominante para la juventud iberoamericana, puede mencionarse la situación de los jóvenes en Haití, donde las defunciones por causas externas aparecen minimizadas en comparación con las muertes ocasionadas por enfermedades transmisibles (53% del total de muertes para ambos sexos) y complicaciones en el embarazo de las adolescentes, causa esta última que, considerada en forma aislada, es la primera causa de muerte entre las jóvenes de ese país. [10]

De acuerdo con el grado de desarrollo de los países, y según la mayor o menor proporción de población pobre, en particular de los que se encuentran marginados o con serias dificultades para acceder a los servicios sanitarios y de salud, se pueden distinguir tendencias epidemiológicas distintas. En países como Brasil, El Salvador y Perú, con alta incidencia de pobreza entre la población rural y en zonas de difícil acceso, es posible relevar una mayor prevalencia de tuberculosis y enfermedades respiratorias agudas (alrededor de 3,6 por cada 100 mil habitantes). Aunque cabe resaltar que existe un nexo correlativo probado entre la incidencia de VIH/SIDA y la tuberculosis, esta no es evidente en los países con mayor incidencia de VIH/SIDA en la juventud, como República Dominicana y Panamá (OMS, 2004). En general las enfermedades transmisibles, que abarcan desde la septicemia, las infecciosas intestinales y las de transmisión sexual distintas del VIH/SIDA, registran tasas comparativamente más altas por cada 100 mil jóvenes, en países como Perú (22,0), República Dominicana (17,2) y Ecuador (16,4). (véase el cuadro 2 del Anexo estadístico, sección Salud).

En Portugal, si bien en los últimos 30 años disminuyó notablemente la notificación de patologías de declaración obligatoria, la tuberculosis registra aún un peso significativo entre la población juvenil, más allá de los esfuerzos de prevención y vacunación. El problema mayor con esta enfermedad es que se destaca como infección oportunista asociada al VIH/SIDA, en términos de que actualmente se presenta en un 7% de toxicómanos y en un 24% de heterosexuales afectados de SIDA.

La incidencia del VIH/SIDA en la mortalidad de los jóvenes latinoamericanos (2,9 por cada 100 mil), aunque inferior a la de los adultos de 25 años a 44 años (16,9 por cada 100 mil), no deja de ser alarmante pues son jóvenes que se inician en la vida sexual y reproductiva, más aún si se tiene en cuenta que por cada enfermo declarado se estima que existen entre 5 y 7 portadores seropositivos (véase el cuadro IV.7). Cabe notar que en su prevalencia como causa de mortalidad, aislada del resto de las transmisi-

[10] En los cuadros que aquí se presentan no se ha incluido a Haití, debido a que no forma parte de la OIJ, si bien se cuenta con estadísticas comparables que proporcionan los datos de la OPS/OMS.

bles, esta enfermedad registra en República Dominicana y Panamá tasas que superan con creces el promedio regional (7,9 y 6,6 frente a 3,7 respectivamente). Existe una combinación de factores que facilitan la difusión de este tipo de enfermedades, como son el hacinamiento, la promiscuidad y difíciles condiciones de control en zonas urbanas pauperizadas, donde las formas más inmediatas de procurarse ingresos, tales como la prostitución y el narcotráfico, tienen un terreno abonado.

Esto refleja la urgente necesidad de reforzar las campañas de prevención y difusión en el uso de preservativos, y todas las medidas que predisponen al sexo seguro, lo que en este caso específico puede cumplir la doble función de mitigar la propagación del VIH/SIDA y los embarazos adolescentes, dos aspectos críticos para los y las jóvenes iberoamericanos y del mundo entero. Asimismo, se impone la necesidad de redoblar las campañas por diferentes medios. La Encuesta Demográfica de Salud (EDS) que monitorea los cambios de comportamiento ante el VIH/SIDA, muestra que si bien un promedio de 70% a 73 % de la población tiene información sobre el virus y su forma de transmisión, menos del 10% adoptan medidas efectivas para su prevención. [11]

Llama la atención que el único país iberoamericano de la región donde la tasa de mortalidad de las jóvenes por VIH/SIDA supera notablemente a la de los varones es República Dominicana (12,2 mujeres por cada 100 mil, comparado con 3,9 varones por cada 100 mil), triplicándola con creces (véase el cuadro IV.7). No se descarta que en ello influya fuertemente el incremento de la prostitución juvenil, alentada en parte e indirectamente por el turismo y el tráfico de la droga. En países como Brasil, El Salvador y Venezuela, el contagio por VIH/SIDA tiene similar prevalencia en la mortalidad, tanto como las enfermedades respiratorias agudas, llegando a representar en conjunto, 56%, 49% y 60 % de las muertes por enfermedades contagiosas en cada país, respectivamente.[12]

En el resto de los países, y sobre todo en los que están más adelantados en el control epidemiológico general, la incidencia de muertes juveniles por VIH/SIDA representa una proporción muy alta de defunciones por enfermedades transmisibles: en Panamá y Uruguay, la mitad de las defunciones por enfermedades de contagio, y en Argentina, cerca de un tercio (véase el cuadro IV.2). Esto indicaría que la enfermedad está determinada por un patrón de diseminación que responde a características más complejas y menos reconocidas. Una activa política de prevención haría necesario abrir

[11] *Demographic Health Survey* (DHS, por su sigla en inglés).
[12] Cálculo sobre la base de datos del cuadro 1 del Anexo estadístico, sección Salud.

Cuadro IV.7

IBEROAMÉRICA (15 PAÍSES): TASAS DE MORTALIDAD POR CAUSA DEL VIH/SIDA POR GRUPO DE EDAD Y SEXO

(Tasas estimadas por cada 100 mil habitantes)

País	Población juvenil de 15 a 24 años			Población adulta de 25 a 44 años			Población adulta de 25 años y más		
	Ambos sexos	*Femen.*	*Mascul.*	*Ambos sexos*	*Femen.*	*Mascul.*	*Ambos sexos*	*Femen.*	*Mascul.*
Argentina, (1997)	2,5	1,9	3,1	14,2	6,8	21,8	8,2	3,6	13,2
Brasil, (1998)	3,6	2,8	4,3	23,1	12,7	33,7	17,2	9,2	25,8
Chile, (1999)	0,9	0,2	1,6	8,1	1,8	14,4	6,2	1,3	11,5
Colombia, (1998)	1,9	1,2	2,7	10,3	3,6	17,4	8,4	2,7	14,7
Costa Rica, (2001)	0,1	-	0,5	7,7	2,2	13,0	6,7	1,7	11,6
Ecuador, (2000)	1,3	0,6	2,1	6,0	2,4	9,7	4,6	1,7	7,7
El Salvador, (1999)	3,5	1,9	5,0	22,9	18,2	28,1	17,7	12,7	23,3
México, (2000)	2,3	1,0	3,7	11,7	3,3	20,5	9,2	2,5	16,5
Nicaragua, (2000)	1,0	1,1	1,0	2,5	2,3	2,8	1,9	1,5	2,4
Panamá, (2000)	6,6	6,4	6,9	34,7	22,0	47,4	32,4	16,7	48,3
Perú, (2000)	3,6	1,6	5,5	19,8	9,0	31,2	15,6	6,5	25,2
República Dominicana, (1998)	7,9	12,2	3,9	31,7	26,2	37,0	28,8	21,4	36,0
Uruguay, (2000)	2,0	1,4	2,5	11,0	5,3	16,9	6,9	2,8	11,6
Venezuela, (2000)	2,4	0,9	3,9	13,5	3,9	22,9	10,3	3,0	17,7
América Latina y el Caribe [a/]	2,9	2,0	3,8	16,9	8,2	25,9	12,7	5,9	20,2
Península Ibérica									
España, (2000)[b/]	–	–	–	–	–	–	–	–	–

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de salud de las Américas. Edición 2003", [en línea] http://www.paho.org.

[a/] Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14 países cuya población en el año 2003 superaba los 500 mil habitantes.

[b/] Las defunciones por VIH/SIDA están incluidas en "todas las transmisibles" y no aparecen desagregadas en la información oficial del Instituto Nacional de Estadística (INE) de España.

el tema a distintos ámbitos de la sociedad. En la región latinoamericana, a excepción de Panamá y República Dominicana donde la prevalencia es notoriamente más acentuada, y con un efecto relativo mayor entre las mujeres jóvenes, por cuanto representa entre 12% y 15% como causa de muerte en cada uno de estos países, se podría inferir que el fenómeno está en proceso de expansión (véase el cuadro IV.2).

Cuadro IV.8

IBEROAMÉRICA (15 PAÍSES): CONTRIBUCIÓN DEL VIH/SIDA COMO CAUSA DE MORTALIDAD, POR GRUPO DE EDAD Y SEXO

(En porcentajes respecto del total de defunciones en cada grupo)

País	Población juvenil de 15 a 24 años			Población adulta de 25 a 44 años			Población adulta de 25 años y más		
	Ambos sexos	*Femen.*	*Mascul.*	*Ambos sexos*	*Femen.*	*Mascul.*	*Ambos sexos*	*Femen.*	*Mascul.*
Argentina, (1997)	3,4	4,0	3,2	8,4	5,5	10,1	0,6	0,3	0,9
Brasil, (1998)	2,4	3,7	1,9	7,2	6,8	7,4	1,6	1,0	2,0
Chile, (1999)	1,2	0,5	1,4	5,2	1,9	6,6	0,7	0,2	1,1
Colombia, (1998)	0,9	1,4	0,8	3,6	2,5	4,0	0,9	0,4	1,4
Costa Rica, (2001)	0,2	0	0,5	0,9	2,8	7,4	0,4	0,3	1,5
Ecuador, (2000)	1,1	0,6	1,5	2,5	1,3	3,3	0,5	0,2	0,8
El Salvador, (1999)	2,1	1,6	2,4	6,6	7,3	6,1	1,7	1,4	1,9
México, (2000)	2,3	1,9	2,5	5,6	2,8	6,7	1,2	0,4	1,8
Nicaragua, (2000)	0,7	1,1	0,5	0,9	1,1	0,8	0,2	0,2	0,3
Panamá, (2000)	7,6	12,0	5,8	22,4	19,3	24,2	4,0	2,4	5,2
Perú, (2000)	3,2	2,1	3,8	8,7	5,0	11,1	1,7	0,8	2,5
Repúmblica Dominicana, (1998)	7,6	14,9	3,1	15,1	15,2	15,1	3,7	3,1	4,1
Uruguay, (2000)	2,4	3,2	2,0	7,2	5,0	8,4	0,5	0,2	0,7
Venezuela, (2000)	1,4	1,5	1,4	5,9	3,3	6,8	1,4	0,5	2,0
América Latina y el Caribe [a/]	2,2	2,9	1,9	6,5	5,2	7,1	1,3	0,7	1,8
Península Ibérica									
España, (2000)[b/]	1,6	–	–	–	–	–	–	–	–

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de salud de las Américas. Edición 2003", [en línea] http://www.paho.org.

[a/] Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14 países cuya población en el año 2003 superaba los 500 mil habitantes.

[b/] Las tasas de defunciones se calcularon mediante información oficial del Instituto Nacional de Estadística (INE) de España. Las defunciones por VIH/SIDA están incluidas en "todas las transmisibles".

En Portugal, el total de casos oficiales de VIH/SIDA es de 13.287 personas, pero los cálculos indican que llegarían a 30 mil. De los casos identificados, el 51,7% corresponden a SIDA, 9,3% a fase intermedia, y un 39% son seropositivos. De acuerdo con estos datos, la fase intermedia es muy reducida, lo que pudiera indicar un rápido desarrollo del virus o su descubrimiento tardío. Entre el 1º de enero y el 31 de marzo de 2004, el

Centro recibió el mayor número de casos desde que la epidemia entró al país. De los 884 casos, 55% presentaban síntomas de la enfermedad, 35,7% correspondían a un estado visible de SIDA y 9,3% estaban en fase intermedia. Las edades de los jóvenes seropositivos van de 25 a 39 años y el 83,8% de ellos son hombres.

En otros países de América Latina la incidencia del VIH/SIDA entre las mujeres es aún mínima, como es el caso de Costa Rica, Chile, Ecuador y Nicaragua, donde las tasas registradas reflejan una incidencia casi nula. De todas maneras, entre la población más joven en los diferentes países la gravitación del VIH/SIDA es menor que la tasa comparada con el resto de la población adulta, lo que abre expectativas positivas con respecto a combatir su propagación (véase el cuadro IV.8). Este no es un problema que pueda mantenerse bajo control solo en el ámbito de los cuidados de la salud, ya que se asocia a un contexto de inserción social, pertenencia grupal y patrones culturales de valoración que muchas veces propician conductas de riesgo. Así por ejemplo, en Portugal, destaca que la mitad de la población joven entre los 15 y 19 años declara tener contacto con bebidas alcohólicas, y 35% bebe regularmente durante la semana. Los varones, en una proporción de 60%, son los mayores consumidores de bebidas alcohólicas comparado con el 36% de las muchachas. Y aún más importante por sus consecuencias, la toxicodependencia sigue encabezando las causas de transmisión en un 33% del total de casos, seguida por la heterosexualidad (26,6%) y la homobisexualidad (28%), lo que contraría la idea de que "el SIDA es una enfermedad de prostitutas y homosexuales". Por otra parte, mientras se mantengan esquemas atávicos, que bloquean la autonomía y responsabilidad individual en el ámbito sexual, se impedirá la difusión o práctica de métodos efectivos de protección contra el virus y la generalización de medidas seguras en este terreno.

D. La salud sexual y reproductiva de los jóvenes iberoamericanos

La salud sexual y reproductiva constituye el aspecto de salud más característico y propio de la juventud, ya que en esta etapa de vida comporta dos elementos esenciales: la iniciación sexual y la nupcialidad (Contreras y Hakkert, 2001). Actualmente, ambos hechos muestran tendencias dispares en los jóvenes iberoamericanos. Por una parte, los adolescentes latinoamericanos y caribeños comienzan cada vez más tempranamente su vida sexual activa, en tanto que la edad de formalización legal de un vínculo de pareja y la concepción del primogénito tienden a postergarse en el tiempo.[13] Estos

cambios responden al proceso de separación de la sexualidad y la procreación, propiciado hace más de cuatro décadas mediante el acceso masivo a métodos efectivos de control de la natalidad. Sin embargo, pese a que sus efectos son muy fuertes en la reducción de la fecundidad –que en países como Cuba están bajo los niveles de reemplazo y en Uruguay cercanos a ellos–, esta tendencia no ha sido homogénea para distintos grupos sociales y etarios.

De manera similar, no obstante el interés por desarrollar medidas efectivas para preservar la salud sexual y reproductiva de los y las jóvenes, plasmado en tratados y acuerdos internacionales sobre temas de población, mujeres y derechos humanos, todavía es asunto difícil de concretar en cada país. Se requieren más instrumentos institucionales y legales para asegurar la protección de las mujeres jóvenes y el castigo a quienes transgredan su integridad física o moral, especialmente en lo concerniente a su sexualidad. Aún el problema está minimizado y las estadísticas se difunden poco y se conocen menos.

La rápida propagación del virus del VIH/SIDA y la resistencia de la fecundidad adolescente al descenso, tal como lo plantean distintos estudios (J. Rodríguez, 2003a; Flórez y Núnez, 2003; CEPAL, 2000f), tornan pertinente considerar las prácticas sexuales que hoy ejercen los y las jóvenes iberoamericanos.

1. Prácticas sexuales y anticoncepción en los jóvenes iberoamericanos[14]

Las encuestas nacionales de juventud señalan que la sexualidad de los jóvenes es un campo heterogéneo de prácticas, marcado por un inicio al parecer más precoz (especialmente en los hombres) de las relaciones sexuales, de un uso relativamente extendido de métodos anticonceptivos (especialmente el condón), pero también de mayores situaciones de riesgo (CEPAL, 2000d, pp. 110-180). Esto no es privativo de los países iberoamericanos.

En materia de iniciación sexual, se advierte que en varios países esta parece haberse adelantado. Según las encuestas nacionales de juventud, la primera relación sexual se da en promedio entre los 16 y 17 años. Las encuestas mostraron que los más precoces son los chilenos, al iniciar su vida

---

[13] Para profundizar en la relación entre iniciación reproductiva y nupcialidad véase el capítulo sobre Familia y Hogar en este mismo libro.

[14] Basado en encuestas nacionales de juventud realizadas en los últimos tres años en los países para los que se presentan los cuadros de esta sección.

sexual a los 16 años 4 meses como promedio. En Chile se advierte, además, un cambio significativo en el comportamiento sexual de las mujeres, particularmente en el incremento de sus relaciones sexuales.[15] También en Portugal la iniciación sexual ocurre a edad temprana –a los 16 años 5 meses, en promedio–, si bien los hombres se inician en general antes que las mujeres. Luego siguen los mexicanos –17 años 1 mes, como promedio–, que a su vez manifiestan una alta valoración por el inicio de la vida sexual dentro del matrimonio. Los españoles se inician a los 17 años 10 meses, en promedio. Las diferencias entre hombres y mujeres indican que los varones se adelantan entre 9 y 24 meses respecto de las mujeres en su iniciación de actividad sexual. En Portugal se presentaron las diferencias más amplias (24 meses), le siguieron Chile (13 meses), España (12 meses) y México (9 meses). En algunos casos se pudo indagar sobre aquellos que habían sostenido relaciones sexuales antes de los 15 años, destacando nuevamente Chile con un 13,7%, seguido de México con un 9% y España con un 6,5%, aunque esta precocidad correspondió mayoritariamente a los varones.

Respecto de la experiencia sexual acumulada de los jóvenes iberoamericanos, las encuestas revelaron que, en el momento de aplicarse dicho instrumento, entre el 40% y el 70% de ellos habían tenido relaciones sexuales, aunque presentando diferencias importantes por país. Los chilenos fueron el contingente más numeroso, pues el 73,8% habían tenido relaciones sexuales, seguidos de los españoles con 67%, los portugueses con 60,3%, los colombianos con 59%, los mexicanos con 54% y los guatemaltecos con 41,7%.[16] Cabe apuntar que la encuesta española diferenció entre las relaciones sexuales completas y las incompletas, destacando que las primeras experimentaron una tendencia decreciente entre 1992 y 1999, al pasar de 65% a 58%.

Solo las encuestas de Colombia y México permiten conocer el tipo de relación con que los y las jóvenes se iniciaron sexualmente: los colombianos dijeron que fue con su novio o novia (35%), amigo o amiga (14%), con el esposo o esposa (7%). En el caso de los mexicanos, esta relación se produjo con el esposo (39,6%), el novio (35,8%) y un amigo o amiga (16,8%). En los hombres mexicanos la iniciación fue preponderantemente con la novia (41,8%), luego con amigas (30%) y finalmente con la esposa (16%). En las mujeres mexicanas la iniciación fue primero con el esposo (65,2%), luego con el novio (29,3%) y un bajo porcentaje con amigos (2,5%).

---

[15] Si bien los colombianos señalaron que ellos pensaban que los jóvenes iniciaban su vida sexual en promedio a los 14 años y 4 meses, este dato debe tomarse con cautela pues la pregunta de la encuesta no precisaba sobre las prácticas que habían tenido los propios jóvenes.

[16] Entre 1994 y 2000, las distintas encuestas de juventud mostraron un incremento significativo de 6 puntos porcentuales, especialmente porque las mujeres declararon en mayor medida

Cuadro IV.9

IBEROAMERICA (6 PAÍSES): RELACIONES SEXUALES EN LOS JÓVENES IBEROAMERICANOS

(En porcentajes)

Chile	Colombia	Guatemala	España	México	Portugal
Experiencia sexual					
73,8	59,0	41,7	67,0	54,0	60,3
Edad de la primera relación sexual					
16 años 4 meses	14 años 4 meses	. . .	17 años 10 meses	17 años 1 mes	16 años 5 meses
Relaciones sexuales antes de los 15 años					
13,7	. . .	. . .	6,5	9,0	. . .

Fuente: Elaboración propia sobre la base de encuestas de cada país.

Base: total de jóvenes que habían tenido relaciones sexuales.

Ambas encuestas exploraron las motivaciones de los jóvenes para tener su primera relación sexual, destacando entre los colombianos el deseo (57%) y la curiosidad (30%), y entre los mexicanos el amor (52,2%) y la curiosidad (20,4%). Nuevamente en este plano se presentaron diferencias notables entre hombres y mujeres: "por amor", se inclinaron el 36,1% de los varones y el 69,8% de las mujeres, mientras que "por curiosidad" estos índices fueron de 34,7% y 4,8%, respectivamente. Además, la encuesta mexicana preguntó sobre la satisfacción lograda en la primera relación sexual, en que alrededor del 90% respondió entre "agradable o muy agradable", sin diferencias por género.

Si se analiza la edad de la iniciación sexual en relación con el nivel educativo de los jóvenes, a partir de datos que aportan encuestas especializadas, se advierte que a mayor nivel educativo se retrasa la edad de la iniciación sexual. Esto coincide con el hecho de que el incremento del embarazo adolescente se constata sobre todo en las jóvenes de sectores más pobres y con menor educación. No obstante, sería apresurado inferir de ello una relación causal.

Por otra parte, es posible advertir que la gran diferencia entre América Latina y la península ibérica no es la edad de iniciación sexual, sino el contexto de protección contra el embarazo en que se produce dicha iniciación. En efecto, la prevalencia del uso de medios anticonceptivos al iniciar la actividad sexual es significativamente mayor entre las jóvenes españolas y portuguesas, según lo revela el gráfico IV.1.

Cuadro IV.10

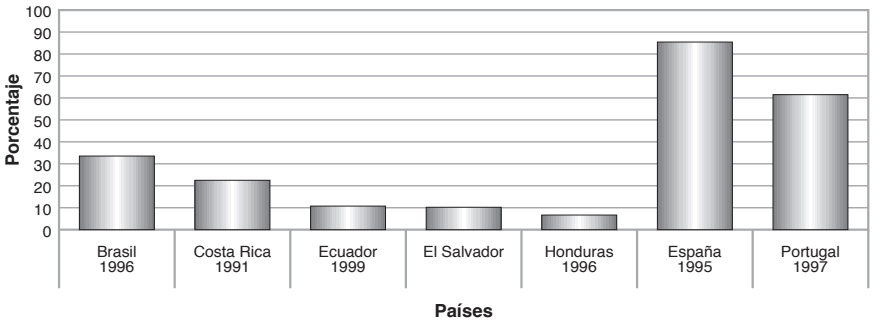
AMÉRICA LATINA, PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS, EVOLUCIÓN DE LA EDAD MEDIANA DE INICIACIÓN SEXUAL SEGÚN NIVEL EDUCATIVO, EN MUJERES DE 20 A 24 AÑOS

	Nivel educativo			
País y año de la encuesta	*Sin educación*	*Primaria*	*Secundaria*	*Total*
Bolivia, 1989	18,8	17,9	20,6	19,2
Bolivia, 1998	18,2	17,8	20,9	19,6
Brasil, 1986	17,9	19,3	-	20,3
Brasil, 1996	15,6	18,0	19,0	18,7
Colombia, 1990	15,9	18,5	21,5	20,1
Colombia, 2000	17,2	16,8	18,9	18,4
Guatemala, 1987	17,0	18,3	-	18,5
Guatemala, 1998/1999	16,9	18,4	20,9	19,0
Perú, 1986	18,5	18,2	-	20,5
Perú, 2000	17,5	17,4	20,5	19,6
República Dominicana, 1986	15,6	17,5	-	19,5
República Dominicana, 2002	15,2	16,0	19,7	18,2

Fuente: Encuesta de fertilidad y familia (FFS) de 1995 para España y FFS de 1997 para Portugal [en línea] www.measuredhs.com.

Gráfico IV.1

IBEROAMÉRICA (PAÍSES SELECCIONADOS): PORCENTAJE DE MUJERES QUE USARON ANTICONCEPTIVOS MODERNOS EN SU PRIMERA RELACIÓN SEXUAL



Fuente: Encuestas FFS de España (p. 87) y Portugal (p. 71); para los países latinoamericanos: Centro Paraguayo de Estudios de Población (CEPEP), Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y CDC (1999), Encuesta Nacional de Salud Materno Infantil: 1998; ENSMI-98. Informe final, página 72, cuadro 7.13 a: En España corresponde al grupo de 18 y 19 años, en Portugal al de 20 a 24 años y en los países latinoamericanos al grupo 15-24 años.

Cuadro IV.11

IBEROAMERICA (PAÍSES ELECCIONADOS): USO Y TIPO DE MÉTODOS ANTICONCEPTIVOS

(En porcentajes)

Chile		Colombia		España		México			Portugal	
Uso de métodos anticonceptivos										
69		66		83		52,6			60-65	
Tipo de métodos anticonceptivos usados										
C	PA	C	PA	C	PA	C	DIU	PA	C	PA
34	30	ND	ND	79,18	18	53	19,6	14,9	46	32,6

Fuente: Elaboración propia sobre la base de encuestas de cada país.

C: condón; PA: píldoras anticonceptivas; DIU: dispositivo intrauterino; ND: no disponible

Base: total de jóvenes que habían tenido relaciones sexuales y utilizado algún método anticonceptivo.

Otra mirada comparativa acerca del uso de métodos de prevención de embarazo y enfermedades de transmisión sexual (ETS), entre América Latina y la península ibérica, proviene de las encuestas nacionales de juventud. Estas muestran que entre el 50% y el 80% de los jóvenes que tuvieron relaciones sexuales usaron métodos anticonceptivos. Las diferencias por país indican que la popularidad de estos métodos es restringida. Los que menos los usaron fueron los mexicanos (47.4%), seguidos de los portugueses (entre 35 y 40%), los colombianos (34%), los chilenos (31%) y los españoles (17%).

En particular, el método más usado fue el condón y muy por debajo, estuvieron las píldoras anticonceptivas. Los españoles fueron quienes más los usaron (79% y 18%, respectivamente), seguidos de los mexicanos (53% y 14,9%, respectivamente, aunque en este caso el dispositivo intrauterino fue más usado que las píldoras con 19,6%), los portugueses (46% y 32,6%, respectivamente) y los chilenos (34% y 30%, en cada caso). Por su parte, en los jóvenes españoles es posible apreciar mayores niveles de uso y conocimiento de los métodos anticonceptivos y su correlato en bajos niveles de fecundidad.

Si bien estos datos responden a diferentes mediciones con resultados poco comparables, sugieren un uso diferenciado de métodos anticonceptivos con importantes divergencias entre países. Destacan también las diferencias en prácticas preventivas de la región latinoamericana con respecto a las de España y Portugal. Ello puede remitir a escenarios culturales diferentes, lo que amerita un análisis cualitativo de las medidas de autocuidado que son capaces de imponer los jóvenes a sus parejas sexuales en ambos continentes.

Un primer elemento a considerar aquí es la necesidad de diferenciar entre métodos anticonceptivos, ya que la exposición a la epidemia del VIH/SIDA hace indispensable la masificación del uso del condón, antes que de otros métodos que solo evitan el embarazo. Los jóvenes debieran tener muy claro que en ningún caso se trata de medidas excluyentes de protección. Ante todo, resulta necesario implementar políticas de salud sexual y reproductiva multidimensionales, que tengan como marco de referencia el desarrollo de habilidades personales para la 'negociación del sexo seguro' entre los jóvenes. Esto consiste en llegar a un acuerdo con la pareja sexual en cuanto al tipo de actividades con las que los dos miembros de la pareja disfruten y se sientan cómodos. Se trata de un tema difícil, porque para poder negociar es necesario tener autoestima, una relación de igualdad con la pareja (en el contexto de una cultura machista), el poder de tomar decisiones personales y habilidad de comunicarse con claridad. Desde esta perspectiva, la educación sexual debe estar orientada a la práctica del sexo con protección, estableciendo tanto de parte de hombres como de mujeres límites claros antes de iniciar relaciones sexuales a fin de negociar sobre la reducción de riesgos.[17]

Por lo tanto, todos los esfuerzos encaminados a ofrecer opciones anticonceptivas modernas a las y los adolescentes deben ir acompañados de intervenciones formativas, que permitan una utilización adecuada de estos medios y fortalezcan la decisión de su uso ante la resistencia de las parejas, el entorno sociocultural y la misma labilidad emocional y conductual que suele afectarles.

Un último tema que conviene considerar en futuros estudios vinculados con la salud sexual y reproductiva de los jóvenes se refiere a cómo las diversas manifestaciones de la violencia doméstica están afectando al desarrollo psicológico y socioemocional de los jóvenes. Desafortunadamente, en las encuestas nacionales de juventud no fue posible rastrear situaciones de abuso sexual, aunque en Bolivia se pueden observar situaciones extendidas de violencia contra las mujeres en edades tempranas: alrededor de un 7% de las mujeres señalaron haber sido violadas (Viceministerio de Juventud, Niñez y Tercera Edad, 2003, p. 163). Sin duda, este tema merece un acápite especial en las políticas de salud adolescente y hacia los jóvenes, en concordancia y coordinación con las políticas de prevención y erradicación de la violencia doméstica que algunos países intentan integrar en políticas de carácter transversal.

[17] Para mayor información sobre prevención del VIH- SIDA, vease http://www.sfaf.org/espanol/sobresida/index.html

Cuadro IV.12

DE AMÉRICA LATINA (PAÍSES SELECCIONADOS): EVOLUCIÓN DE LA PROPORCIÓN DE MUJERES DE 15 A 19 AÑOS QUE HAN TENIDO HIJOS, POR EDADES SIMPLES, CENSOS 1990 Y 2000

	Bolivia		Brasil		Chile		Costa Rica		Ecuador		México		Panamá		Uruguay		Venezuela	
Edad	*92*	*01*	*91*	*00*	*92*	*02*	*84*	*00*	*90*	*01*	*90*	*00*	*90*	*01*	*85*	*96*	*90*	*01*
15	1,6	2,0	2,2	3,3	2,1	6,3	2,0	2,5	6,2	3,2	1,4	1,8	3,6	4,1	1,2	5,0	3,3	3,2
16	4,4	5,7	5,2	7,7	4,8	5,1	5,6	6,2	5,4	8,1	3,8	4,8	8,2	9,3	3,4	7,7	4,7	7,5
17	9,9	11,7	10,2	14,0	9,8	10,2	10,9	11,8	11,0	14,9	8,6	10,7	15,2	16,2	7,2	12,8	9,4	13,7
18	17,9	20,8	17,1	21,3	16,1	16,7	18,6	19,8	19,4	23,9	16,1	18,2	22,4	25,4	12,4	18,4	15,1	21,8
19	28,0	29,2	24,4	28,8	24,8	24,1	27,5	27,5	27,9	32,5	24,2	26,2	30,8	33,3	19,3	24,6	22,1	29,9
Total	**11,7**	**13,5**	**11,5**	**15,0**	**11,8**	**12,3**	**12,8**	**13,2**	**13,5**	**16,3**	**5,8**	**7,6**	**16,1**	**17,4**	**8,4**	**13,9**	**13,8**	**15,0**

Fuente: Procesamientos especiales de las bases de microdatos censales.

2. Reproducción juvenil y embarazo adolescente

Pese al descenso general de la fecundidad juvenil y la mayor distancia promedio entre la iniciación sexual y la reproductiva, la evidencia acumulada por medio encuestas especializadas y la obtenida mediante el procesamiento de los censos de la Ronda de 2000 permiten afirmar que en varios países de América Latina se han registrado aumentos de la maternidad adolescente. [18-19] De ello se desprende un conjunto de conclusiones relativas a la iniciación reproductiva durante la etapa de la juventud.

En primer lugar, la concentración de la reproducción en la juventud es propia de América Latina pero no de la península ibérica, ya que en España las mayores tasas específicas de fecundidad se registran entre los 30 y los 34 años cumplidos.[20] Además, en la región latinoamérica dicha concentración se produce, en buena parte, en la etapa inicial de la juventud, tendencia que ha mostrado resistencia a su disminución en la década pasada. (véase el cuadro IV.12).

---

[18] Este descenso ha ocurrido con especificidades nacionales. Además del evidente contraste entre los países peninsulares y América Latina —en los primeros, la fecundidad total ya era inferior a 3 hijos por mujer en 1950 y en la actualidad está muy por debajo del nivel de reemplazo (Naciones Unidas, 2001)— ya en 1950, dentro de la región latinomericana, hay abiertos contrastes de fecundidad baja entre países (como Argentina y Uruguay) y naciones con fecundidad alta incluso en la actualidad (como Guatemala) (CEPAL, 2003b).

[19] Para profundizar en las características propias de la fecundidad adolescente desde un punto de vista demográfico, en el contexto de las actuales tendencias poblacionales de Iberoamérica, véase el capítulo sobre dinámica de la población y juventud.

[20] Véase http://esa.un.org/unpp/.

En segundo lugar, al examinar el nivel educativo de las madres de 15 a 19 años, se advierte que la fecundidad adolescente es mucho más frecuente entre los grupos más postergados y con menor nivel educativo (véase el cuadro IV.13). Así, la condición de maternidad a temprana edad afecta a las probabilidades de salir de la pobreza de varias generaciones a la vez, ya que dificulta la acumulación de activos en la madre y la inserción laboral de los progenitores. De hecho, no hay signos de que la reproducción adolescente desencadene de manera generalizada procesos de emancipación, pues la mayoría de las madres adolescentes viven con sus padres o sus suegros y se dedican a actividades domésticas, es decir, dejan la escuela pero no ingresan al mercado de trabajo (J. Rodríguez, 2003a; CEPAL, 2002b). De este modo, el embarazo adolescente se asocia con procesos de socialización más precarios e, incluso, tiende a afectar al presupuesto de los padres de los progenitores, que en ocasiones terminan por asumir parte importante del proceso de crianza. Esto se verifica con más intensidad en las edades más tempranas (15 a 17 años), precisamente aquellas en que supone más riesgos y complicaciones (J. Rodríguez, 2003a; www.measuredhs.com).

En tercer lugar, la reproducción entre las adolescente ocurre cada vez más al margen del matrimonio e incluso al margen de la unión, siendo las madres solteras el grupo mayoritario dentro de las madres adolescentes en algunos países de la región (J. Rodríguez 2003a; CEPAL, 2000c y 2002b).[21] Es posible afirmar que esta fecundidad está estrechamente relacionada con uniones inestables y con la uniparentalidad.

Los casos de España y Portugal permiten descartar las visiones fatalistas o naturalistas que suponen "normal" una fecundidad adolescente refractaria al descenso, ya que en ambos países tanto la fecundidad total como la temprana han caído sostenidamente sobre la base de un creciente uso de medios anticonceptivos desde la iniciación sexual misma. En América Latina, solo la maternidad precoz –aquella que ocurre antes de los 17 años– ha mostrado escasos signos de descenso; de hecho, hacia fines de los años noventa al menos una de cada cinco adolescentes de 17 años había sido madre en países donde la fecundidad total ha descendido notablemente, como Brasil, Colombia y República Dominicana (véase www.measuredhs.com.).

Tenemos, pues, *un círculo vicioso entre exclusión social y fecundidad adolescente,* en la medida en que esta última se da sobre todo en mujeres de escasos recursos. Es importante hacer notar, al respecto, que persisten los embarazos adolescentes entre la población menor de 20 años y de sectores más pobres, particularmente en el grupo de 15 a 17 años y fuera de uniones

[21] Para profundizar en la relación entre iniciación reproductiva y nupcialidad véase capítulo sobre Familia y Hogar en este libro.

Cuadro IV.13

AMÉRICA LATINA (PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS): PROPORCIÓN DE MADRES O EMBARAZADAS POR PRIMERA VEZ ENTRE MUJERES DE 15 A 19 AÑOS

País y fecha	Sin educación	Educación primaria	Educación secundaria o más	Total
Bolivia, 1989	26,3	28,7	9,4	**17,2**
Bolivia, 1998	51,5	28,9	8,8	**13,7**
Brasil, 1986	21,0	16,6	4,3	**13,3**
Brasil, 1996	54,4	28,3	14,1	**18,0**
Colombia, 1986	26,2	22,3	6,9	**13,6**
Colombia, 2000	45,5	33,7	15,0	**19,1**
Guatemala, 1995	39,1	23,0	4,8	**21,1**
Guatemala, 1998/1999	40,5	25,6	9,2	**21,6**
Perú, 1986	25,9	22,3	7,4	**12,7**
Perú, 2000	36,9	26,4	9,2	**13,0**
República Dominicana, 1986	47,1	21,2	8,1	17,4
República Dominicana, 1999	31,1	27,0	13,8	20,8

Fuente: Encuesta de demografía y salud [en línea] www.measuredhs.com.

o matrimonios. Estos grupos están expuestos a procesos de exclusión temprana del sistema educativo y a la inserción precaria y temprana en el mercado de trabajo, sin opciones de progresión ocupacional. Además, el costo del embarazo adolescente lo pagan las jóvenes exclusivamente, dada una cultura predominante en que el varón se desliga de responsabilidades ante las consecuencias.

Esta persistencia de riesgos demográficos se explica por una combinación compleja de comportamientos tradicionales (unión y embarazo temprano en el caso de la fecundidad adolescente en los grupos pobres) con fenómenos clásicos de exclusión y de patrones culturales, a saber: falta de información sexual, falta de acceso a medios anticonceptivos en el caso de la fecundidad no planificada (CEPAL, 2001c), sesgos culturales en las relaciones sexuales, y otros factores asociados a la cultura juvenil.

Reducir la fecundidad adolescente y, en general, promover una iniciación nupcial y reproductiva más tardía son objetivos pertinentes de las políticas de juventud a la luz de las cifras y razonamientos previos. Para que estas

intervenciones tengan éxito han de considerar la amplia gama de fuerzas que promueve la reproducción temprana. Y dentro de estas cabe subrayar la falta de oportunidades y de opciones que afecta a una fracción significativa de los jóvenes iberoamericanos. De este modo, la reproducción temprana no solo es causa, sino también consecuencia de la exclusión. Inversamente, las buenas opciones educacionales y laborales tienen como una de sus consecuencias la postergación de la maternidad y paternidad. Así, la ampliación de espacios para el desarrollo de proyectos personales, que incluya una extensión del período de acumulación de activos educativos y formativos, y una mayor probabilidad de acceso a empleos decentes, es la principal estrategia para modificar este patrón de iniciación reproductiva temprana. Tal estrategia, sin embargo, opera a largo plazo y el problema debe ser enfrentado con premura.

Para esto último, cabe desarrollar otras acciones tendientes a prevenir el embarazo adolescente mediante el incremento de la información y el conocimiento en materias sexuales, reproductivas y anticonceptivas, y el acceso a medios anticonceptivos. En la misma línea, es fundamental habilitar a los adolescentes y los jóvenes para el ejercicio de sus derechos y la adopción de decisiones responsables.

Todos estos antecedentes configuran a la fecundidad adolescente como un objetivo relevante de las estrategias destinadas a combatir la exclusión. Las intervenciones deben ser diseñadas teniendo en cuenta que los programas de educación sexual, salud reproductiva y planificación familiar exitosos entre adultos, no lo son necesariamente entre adolescentes. Estos últimos suelen estar expuestos a estímulos para iniciar la actividad sexual y, simultáneamente, enfrentan restricciones o dificultades para el uso responsable de medios anticonceptivos.

En general, las políticas de salud orientadas a los jóvenes son más eficaces en el campo de la prevención, dado que los problemas de salud juvenil se asocian con conductas de riesgo en el campo de la sexualidad (embarazos y contagios por transmisión sexual), el consumo de estupefacientes y los sucesos traumáticos (accidentes o hechos de violencia). Para prevenir es necesario movilizar y sensibilizar a la opinión pública. Al respecto, contamos con experiencias exitosas en Iberoamérica. Mucho han contribuido a ello las campañas de sensibilización y toma de conciencia en las que los propios jóvenes participan, lo que permite potenciar también la mayor participación juvenil. (Burt, 1998; E. Rodríguez, 2002). Especial reconocimiento merece la participación juvenil en campañas de prevención del SIDA, tanto en la difusión de información oportuna como en educación y sensibilización, con resultados positivos y significativos.

Además de la prevención, se requieren intervenciones que, sin incentivar la maternidad temprana, apoyen a las adolescentes embarazadas y madres, sobre todo en lo que atañe a asistencia escolar y habilitación para la crianza. Finalmente, los espacios que abre una adolescencia liberada de la pesada carga que significa la crianza deben ser aprovechados para acumular activos pertinentes para la generación de ingresos en fases posteriores del ciclo de vida.

Recapitulación

La probabilidad de morir de los jóvenes latinoamericanos a fines de la década de 1990 revelaba una reducción notable en países como Bolivia, Colombia, Perú y algunos centroamericanos, con respecto al comienzo de la década de 1980. Durante los años transcurridos desde entonces, el perfil epidemiológico y la incidencia de causas de mortalidad se modificaron a nivel mundial y en campos que afectan directamente a la juventud. La pandemia del VIH/SIDA –aunque América Latina no es el continente con mayor prevalencia–, y el incremento de la violencia (que en algunos países de la región, como Colombia y El Salvador, alcanza niveles catastróficos), son las dos causas más relevantes en el nuevo perfil regional de morbilidad y mortalidad de los jóvenes. La incidencia del VIH/SIDA en la mortalidad de los jóvenes (2,9 por cada 100 mil), aunque inferior a la de los adultos de 25 años a 44 años (16,9 por cada 100 mil), no deja de ser alarmante, pues son jóvenes que se inician a la vida sexual y reproductiva, más aún si se tiene en cuenta que por cada enfermo declarado se estima que existen entre 5 y 7 portadores seropositivos.

Al compararse con la tasa de mortalidad de los jóvenes españoles, de 49 por cada 100 mil, el promedio latinoamericano lo duplica con creces (134), en tanto que ningún país de la región, considerado individualmente, se sitúa siquiera al mismo nivel. Dada la baja probabilidad relativa de los jóvenes, con respecto a otros grupos etarios, de enfermar o fallecer por causas endógenas, no se presta suficiente importancia a su morbimortalidad específica. Muchas causas de morbilidad o mortalidad juvenil que podrían caber en un marco de mayor control preventivo –como las lesiones por imprudencia, violencia accidental o intencional, o las enfermedades de transmisión sexual–, al no corresponder a una morfología reconocida como problema de salud, no son consideradas como tema permanente de la política de salud hacia la juventud. Esto es más grave aún si se considera que las cifras existentes evidencian que la morbimortalidad específica de los jóvenes corresponde en mayor medida a accidentes, uso de sustancias

psicotrópicas, enfermedades de transmisión sexual, embarazos precoces y otros riesgos frecuentes, como son los actos de violencia, provocados o padecidos.

Pese al descenso general de la fecundidad juvenil y la mayor distancia promedio entre iniciación sexual y reproductiva, en varios países de América Latina se han registrado aumentos de la maternidad adolescente. La concentración de la reproducción en la juventud es propia de América Latina, pero no de la península ibérica. Al examinar el nivel educativo de las madres entre los 15 y 19 años, se advierte que la fecundidad adolescente es mucho más frecuente entre los grupos más postergados y con menor nivel educativo. Hay, pues, un círculo vicioso entre exclusión social y fecundidad adolescente, en la medida en que esta se produce especialmente en mujeres de escasos recursos.

En general, las políticas de salud para los jóvenes son más eficaces en el campo de la prevención, en circunstancias que los problemas de salud juvenil se asocian con conductas de riesgo en el campo de la sexualidad (embarazos y contagios por transmisión sexual), el consumo de estupefacientes y los sucesos traumáticos (accidentes o hechos de violencia). Dadas las condiciones de vulnerabilidad de los jóvenes debido a dependencia económica, e inmadurez para evaluar y discriminar patrones de conducta sexual heredados –basados en el machismo, la iniciación temprana o violenta, y la promiscuidad sexual–, se requiere promover programas permanentes de prevención de las enfermedades de transmisión sexual en espacios específicos para jóvenes. Más aún si muchos jóvenes perciben que la información acerca de este tipo de enfermedades suele ser restringida, contradictoria y desvinculada de sus necesidades, deseos y prácticas sexuales.

Para prevenir es necesario movilizar y sensibilizar a la opinión pública. Al respecto, contamos con experiencias exitosas en Iberoamérica. Mucho han contribuido a ello las campañas de sensibilización y toma de conciencia en las que los propios jóvenes participan, lo que permite potenciar también la mayor participación juvenil (Burt, 1998; E. Rodríguez, 2002). Especial reconocimiento merece la participación juvenil en campañas de prevención del SIDA, tanto en la difusión de información oportuna como en educación y sensibilización, con resultados positivos y significativos.

Además de la prevención, se requieren intervenciones que, sin incentivar la maternidad temprana, apoyen a las adolescentes embarazadas y madres, sobre todo en lo que atañe a asistencia escolar y habilitación para la crianza. Finalmente, los espacios que abre una adolescencia liberada de la pesada carga que significa la crianza deben ser aprovechados para acumular

activos pertinentes para la generación de ingresos en fases posteriores del ciclo de vida.

Para afrontar los desórdenes emocionales, mentales y conductuales que se expresan en agresiones violentas, autoinfligidas o dirigidas a terceros, y que en buena medida se vinculan con cambios en estilos de vida y formas de socialización, los programas nacionales de salud juvenil deben generar oferta de tratamientos integrales, incluido el apoyo psicoterapéutico, a fin de promover la salud mental como forma de prevenir accidentes o deterioros mayores.

Capítulo v

Educación

Una sociedad con una educación de calidad que esté al acceso del grueso de su población, tiende a ser más igualitaria en su estructura de ingresos. Tanto por los retornos laborales a la educación como por el efecto positivo de ésta en la salud, la conectividad y el acceso a instancias de poder, entre otros beneficios. Una sociedad educada también tiende a contar con mayor cohesión social y mercados culturales más diversificados, y a crecer económicamente sobre la base de saltos en productividad y no mediante la sobreexplotación de recursos humanos o naturales. Respecto de este carácter de "gran eslabón" de la educación existe hoy un consenso difundido, tanto en la literatura del desarrollo como en el debate político (CEPAL-UNESCO, 1992; Hopenhayn y Ottone, 2000).

A esto se agrega la centralidad de la educación en la sociedad del conocimiento. Al respecto, se argumenta que tener una buena educación permitirá integrarse a la revolución de la información, acceder a trabajos "inteligentes" y a participar en redes en las que circula el conocimiento. Carecer de educación oportuna implica, por el contrario, quedar recluido en el analfabetismo cibernético y restringido a ocupaciones de baja productividad y bajos salarios, privado del diálogo a distancia y de gran parte del intercambio cultural. El bienestar que augura la educación hoy ya no sólo remite a la posibilidad de que los educandos generen a futuro mayores ingresos que los de sus padres, dado el mayor capital humano, sino también se refiere al uso de habilidades adquiridas para ejercer nuevas formas de ciudadanía, convivir constructivamente en el multiculturalismo, y combinar el vínculo inmediato con el vínculo mediático.

En este capítulo se evaluarán los avances en logros educativos de los jóvenes registrados en América Latina, con algunas referencias a la península ibérica, entre comienzos de la década pasada y el año 2002. Para ello se examinarán los logros por nivel educativo y según grupos subetarios entre los jóvenes (15 a 19, 20 a 24 y 25 a 29 años de edad).[1] Especial énfasis se pondrá en las desigualdades entre países e internamente tomando contrastes por grupos socioeconómicos, jóvenes urbanos y rurales, y género. Destaca allí una relativa equidad en cuanto a género, pero se observan brechas muy agudas de logros por corte geográfico y socioeconómico, donde los jóvenes rurales y los de bajos ingresos enfrentan situaciones claramente adversas en todos los niveles. Finalmente se plantean los principales desafíos que la educación debe asumir frente a los jóvenes en el siglo XXI, relacionados con la progresión en logros y aprendizajes, la mejor calidad de la oferta (incluyendo la percepción de los propios jóvenes), la mayor igualdad de oportunidades y los retos que la sociedad del conocimiento le impone al sistema educacional.

A. Heterogeneidad de la situación educativa entre países

Los países de Iberoamérica han avanzado en matrícula educacional, al punto que la gran mayoría de ellos han logrado cobertura universal en la educación primaria y nivelado el logro entre varones y mujeres. La tasa neta de escolarización primaria para la población de 8 años llega a 96,3%.[2] En la educación media las tasas son muy variables, desde 85% en Cuba y Chile hasta 37% en Guatemala, según datos de la UNESCO para los años 2000-2001. Esta tasa bruta alcanzaba al 116% en España y al 114% en Portugal, el mismo año y en el mismo ciclo educativo. Respecto de la educación superior, la tasa de asistencia hacia 1999-2000, según datos de la UNESCO, tenía sus

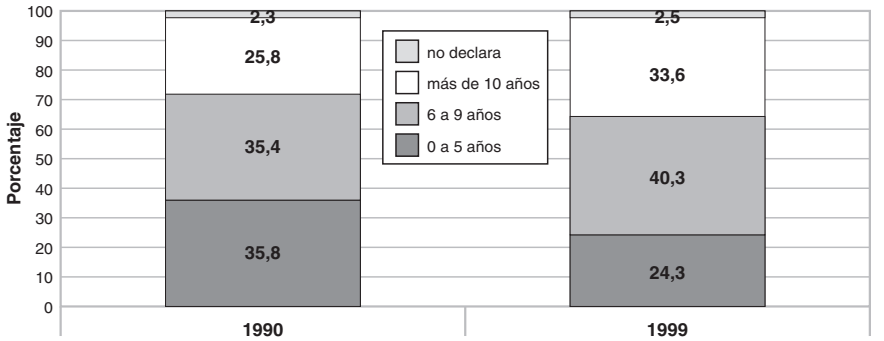
[1] Los datos para América Latina aquí considerados se basan en tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los siguientes países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

[2] Los datos sobre cobertura educativa que aquí se presentan se han consultado en la División de Estadística y Proyecciones Económicas de la Comisión Económica para América Latina, CEPAL, en la página web de la UNESCO, y en UNESCO, 2001. Debe advertirse, no obstante, que no pueden compararse tasas brutas con tasas netas entre distintos países. La tasa bruta es la relación entre el total de matriculados y el total de población en edad correspondiente al nivel. De manera que si se suma el contingente fuera de edad que asiste a ese nivel (por repitencia u otras razones), el total puede superar una tasa de 100%. La tasa neta, en cambio, es el total de población en edad correspondiente que asiste al nivel educativo en relación con el total de población nacional de dicha edad.

Gráfico V.1

AMÉRICA LATINA: AÑOS DE ESCOLARIDAD DE LA POBLACIÓN JUVENIL, 1990 Y 1999

(En porcentajes)



Fuente: Organización Internacional del Trabajo (OIT).

niveles mayores en España (58%), seguida por Argentina y Portugal (47%) (véase gráfico V.1). En el caso de Portugal, durante las últimas tres décadas se duplicó la cobertura en los niveles secundario y terciario.

Tanto en España como en Portugal se ha incrementado de manera importante la escolarización de los jóvenes en distintos subgrupos etarios. A modo de ejemplo, entre 1993 y 2000 en España, el porcentaje de jóvenes escolarizados entre 16-19 años aumentó de 67,2% a 75,3%; entre 20-24 años creció de 36,1% a 45,4%, y entre 25-29 años subió de 12,7% a 16,8%. La fuerte incorporación femenina en todos estos tramos explica en buena medida tales incrementos, como veremos más adelante. En Portugal, la expansión del porcentaje de jóvenes estudiando, entre 15 y 19 años de edad, creció vertiginosamente: de 28,6% en 1974 a 68,0% en 1997. En dicho país, si bien se observa un incremento en la edad promedio de permanencia en el sistema escolar, el mayor número de alumnos se concentra aún en el tramo etario menor. Con respecto a la población juvenil, el gráfico V.2 muestra cómo en una década ha mejorado el nivel general de logro educativo en América Latina.

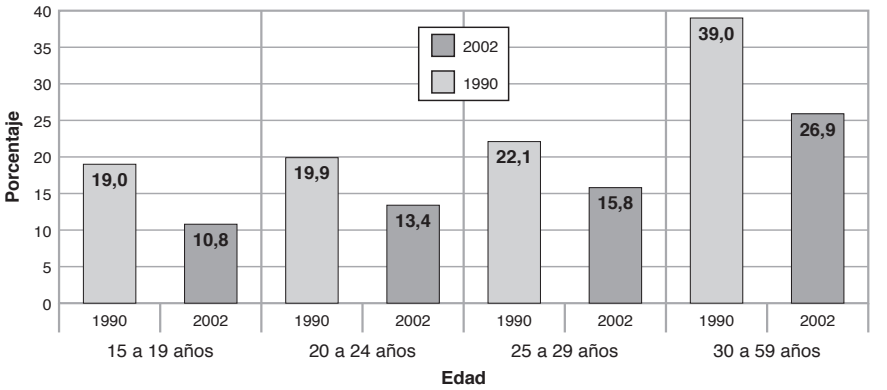
1. Analfabetismo

La tasa de analfabetismo funcional (menos de cuatro años de estudio) es, sin duda, uno de los más claros indicadores de exclusión social. Si se observa su evolución entre los años 1990 y 2002 para un conjunto de países (véase el cuadro 1 del Anexo estadístico, sección Educación), es clara la tendencia a la disminución no solo en población en edad escolar sino

Gráfico V.2

AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DE LAS TASAS DE ANALFABETISMO FUNCIONAL POR TRAMOS DE EDADES, 1990-2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los

también en grupos de mayor edad, aunque no al mismo ritmo en todos los países. Esto sugiere que, además de la educación formal, las campañas de alfabetización y las instancias de educación de adultos han tenido, durante la década pasada, un efecto considerable en la reducción del analfabetismo adulto. En términos porcentuales, el descenso mayor durante el decenio se produce en la población de 15 a 19 años, vale decir, en aquellos que en su gran mayoría fueron alfabetizados durante los años noventa gracias a su incorporación a la enseñanza de la educación primaria (véase gráfico V.2).

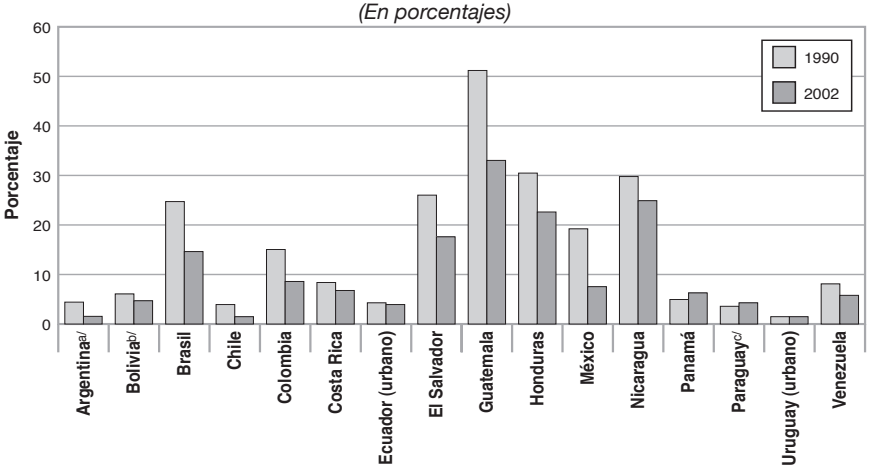
Existen, empero, diferencias pronunciadas según países cuando se evalúa, incluso a comienzos del siglo XXI, el nivel de analfabetismo funcional. Guatemala se sitúa en un extremo, con un 27,2% de analfabetos funcionales entre jóvenes de 15 a 19 años, vale decir, el grupo etario que debería haber sido el más beneficiado con la expansión de cobertura en primaria. En el otro extremo está Chile, donde ese indicador desciende a 0,8% para jóvenes del mismo tramo de edad.

Para el conjunto de los jóvenes de 15 a 29 años la tasa de analfabetismo funcional cayó de 20,1 a 13% en una década, tasa sustancialmente menor que la de analfabetismo de los adultos de 30 a 59 años, que a pesar de bajar considerablemente se mantiene en 2002 en torno de 26,9%. Considerado por tramos de edad los logros son similares: en el grupo etario de 15 a 19 años el analfabetismo funcional bajó de 19% a comienzos de los años noventa a

Gráfico V.3

AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): EVOLUCIÓN DE LAS TASAS DE ANALFABETISMO ENTRE 15 Y 29 AÑOS, 1990-2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a]/ Gran Buenos Aires.

[b]/ 8 ciudades principales y El Alto.

10,8% en el año 2002, mientras que en el grupo de 25 a 29 años la tasa de analfabetismo continúa cercana al 16% (véase gráfico V.3). En el caso de la península ibérica el analfabetismo está prácticamente erradicado. El avance es mayor entre los países que tenían mayores tasas de analfabetismo funcional, como es el caso de Guatemala, país donde en el grupo de 15 a 29 años se reduce en la década de 51,3% a 33%; en El Salvador, en tanto, bajó de 26% a 17,6% y en Honduras de 30,5% a 22,6%.

2. Educación primaria

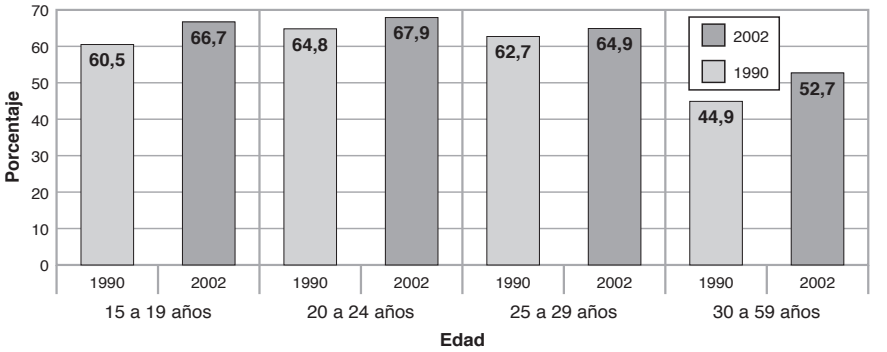
El último decenio muestra un avance moderado de los países en cuanto al logro educativo primario y secundario (véase el cuadro 2 del Anexo estadístico, sección Educación). La población con estudios primarios aumentó en todos los grupos etarios durante ese período. Para el conjunto de los jóvenes de 15 a 29 años, este porcentaje creció solo de 62,6% a 66,7%, y para cada tramo etario tampoco se observa un salto significativo (véase el gráfico V.4), con excepción del grupo de los más jóvenes (entre 15 y 19 años) cuyo porcentaje con estudios primarios pasó de 60% a 67%.

En buena medida, los mayores avances se registraron en aquellos países que tenían los índices más bajos de matrícula. En Brasil se avanzó

Gráfico V.4

AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN CON ENSEÑANZA PRIMARIA COMPLETA POR TRAMOS ETARIOS, 1990-2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

de sólo un 36% de jóvenes con enseñanza primaria completa a un 53,6% en una década. En Guatemala se pasó de un 38,8% a un 56,8%, en tanto esos aumentos son marginales en países con coberturas superiores al 80% como Argentina, Bolivia, Chile, Costa Rica, Ecuador o México (véase el cuadro 2 del Anexo estadístico, sección Educación).

Pese a los incrementos, sigue existiendo una aguda brecha entre los logros de este nivel en América Latina y los que ostentan para los países de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), por lo que es necesario avanzar de manera acelerada para una incorporación más equitativa en el concierto global. De hecho, alrededor de 2002 un conjunto de países presentaban solo a la mitad de los jóvenes con educación primaria completa, mientras que la media latinoamericana era de 66,7% (véase el gráfico V.5)

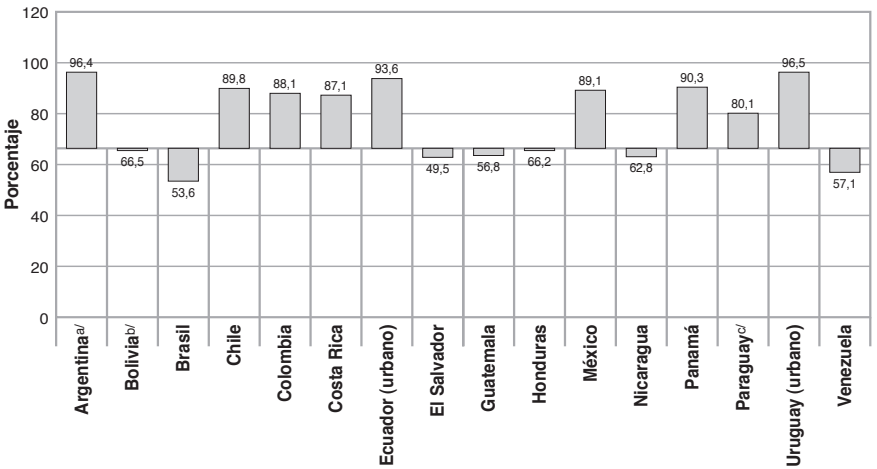
3. Educación secundaria

La conclusión de la educación secundaria es drásticamente menor que la primaria y la heterogeneidad entre países es aún mayor. A comienzos del presente decenio, hay una mejoría significativa con respecto a la década anterior en el tramo de 20 a 24 años de edad, en que el término de la educación secundaria aumentó de 25,8% a 34,8%. En el segmento de 25 a 29 años este incremento fue de 27,7% a 32,6% (véanse los gráficos V.6 y V.7).

Gráfico V.5

AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): CONCLUSIÓN DE LA EDUCACIÓN PRIMARIA ENTRE LOS JÓVENES DE 15 A 19 AÑOS DE EDADEN EL AÑO 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

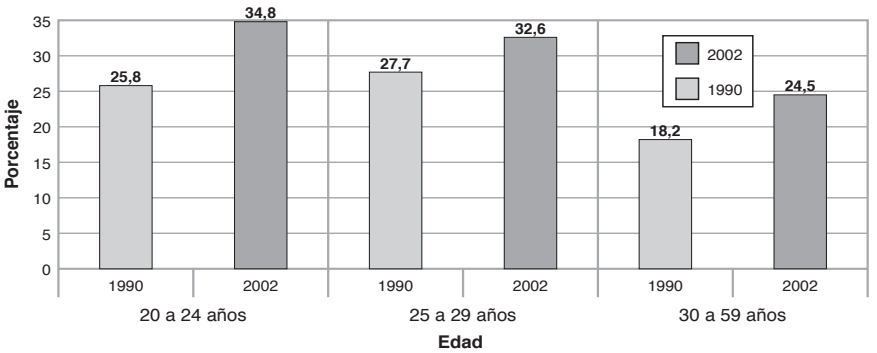
a/ Gran Buenos Aires.

b/ Ocho ciudades principales y El Alto.

Gráfico V.6

AMÉRICA LATINA: CONCLUSIÓN DE LA EDUCACIÓN SECUNDARIA, 1990-2002

(En porcentajes)

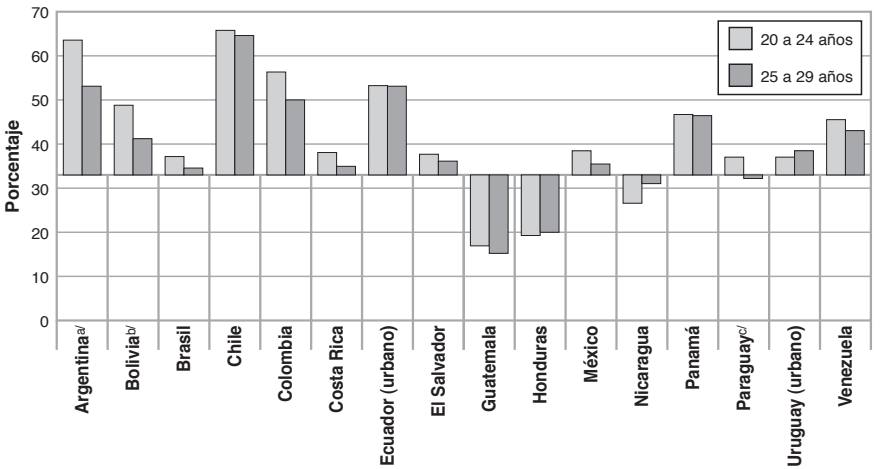


Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Grafico V.7

AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): CONCLUSIÓN DE LA EDUCACIÓN SECUNDARIA POR TRAMOS DE EDAD, 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a]/ Gran Buenos Aires.

La heterogeneidad entre países es aún mayor en el caso de la educación secundaria, con países donde más del 60% de los jóvenes de 20 a 29 años ostentan secundaria completa, mientras que en el otro extremo hay países en que esa tasa no llega al 25%.

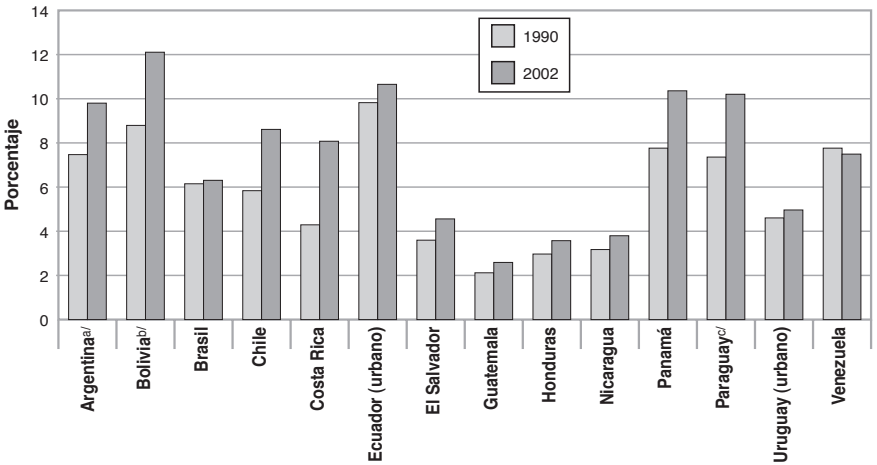
4. Educación superior

Respecto de la participación de los jóvenes en la educación superior, en la última década se ha producido un aumento en el acceso a dicho nivel (véase el gráfico V.8). Entre 1990 y 2002, la conclusión de la educación terciaria se extendió de 4,4% a un 6,5% de los jóvenes de 25 a 29 años. Sin embargo, es necesario avanzar sustancialmente en el acceso a este nivel dado su creciente importancia para los incrementos en productividad interna, competitividad externa y desarrollo de la sociedad del conocimiento. Además, esa fase formativa es decisiva para mejorar la calidad del empleo futuro.

Gráfico V.8

AMÉRICA LATINA (14 PAÍSES): EVOLUCIÓN DE LA CONCLUSIÓN DE LA EDUCACIÓN TERCIARIA PARA JÓVENES DE 25 A 29 AÑOS, 1990-2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a]/ Gran Buenos Aires.

[b]/ Excluido México y Colombia.

B. Igualdad y desigualdad en educación según niveles de ingreso de los hogares

1. La educación ante el círculo vicioso de la pobreza

La educación es el principal expediente para superar tanto la pobreza como las causas estructurales que la reproducen: baja productividad en el trabajo, escaso acceso a las herramientas de la vida moderna, marginalidad sociocultural, mayor vulnerabilidad de las familias en el plano de la salud, y discontinuidad y bajos logros en la educación de los hijos. Por la misma razón, los esfuerzos y las inversiones destinadas a incrementar los logros educativos de los jóvenes tienen diversos efectos positivos en términos de reducir la pobreza y la desigualdad.

Primero, permiten una mayor movilidad socioocupacional ascendente de quienes egresan del sistema educativo (Hopenhayn y Ottone, 2000).

Segundo, los mayores logros educativos tienen apreciables retornos intergeneracionales, dada la alta incidencia del nivel educacional de los padres y, sobre todo, de las madres, en el rendimiento educativo de los hijos. Mejorar por esta vía el clima educacional de los hogares cuyos jefes futuros serán los actuales jóvenes escolarizados, produce un efecto favorable en el desempeño educacional de los niños y jóvenes de la próxima generación, reduce los niveles de deserción y repetición, y aumenta el número de años de estudio completados, junto con permitir que se cursen en forma más oportuna.

Tercero, existe una evidente correlación entre el incremento de la educación de las adolescentes pobres y las mejores condiciones de salud de sus familias en el futuro, pues la escolaridad de las mujeres es un factor determinante de la reducción de la mortalidad y morbilidad infantiles, el mejoramiento de la salud y nutrición familiares, y la disminución de las tasas de fecundidad.

Por otra parte, la educación formal puede ser la vía de acceso a destrezas útiles para la vida, como la información sobre mejores formas de prevenir el embarazo de adolescentes de escasos recursos, así como de protección ante otras conductas de riesgo en los y las jóvenes.

En resumen, el mayor acceso de los y las jóvenes a educación secundaria promueve mayor control sobre sus patrones reproductivos y su salud, mayores conocimientos para hacer uso de los servicios y las ofertas disponibles, más elementos para participar como ciudadanos en la sociedad del conocimiento, y mejores capacidades para emplearse productivamente. Todo ello pone claramente en relación la continuidad educacional con el futuro de los jóvenes.

2. Reproducción intergeneracional de las desigualdades educativas

Existen graves problemas de desigualdad social asociados tanto a logros educacionales como a posibilidades de alcanzarlos. Según datos de la CEPAL, la brecha de asistencia entre los cuartiles extremos de ingresos (1 y 4) se acrecentó en todos los países latinoamericanos durante la década pasada. Vale decir, el acceso a la educación media y superior mantiene un sesgo clasista, de manera contraria a lo que sucedió con la educación primaria.[3] Esto es grave, dado que las estadísticas muestran una correlación positiva entre más educación y más equidad. Vale decir, países con logros

[3] Salvo en países como los ibéricos o Cuba y, en menor medida, Costa Rica y los países del Cono Sur.

escolares más difundidos también tienen menores brechas de ingresos y son más igualitarios en su estructura social, sobre todo a medida que se universalizan los logros en el nivel secundario. Las diferencias en logros educacionales –tanto en número de años estudiados, como en la calidad del aprendizaje– discriminan fuertemente por grupos de ingreso, y a la vez condenan a la reproducción de las inequidades sociales.

Las brechas entre calidad y logros en educación privada versus pública, así como según niveles socioeconómicos, indican una fuerte segmentación de aprendizajes en perjuicio de los jóvenes más pobres, como se verá más adelante. Las desigualdades en los retornos educativos muestran también diferencias importantes. Los retornos se refieren a cuanto "rinden", en los ingresos que luego se obtendrán en el mercado laboral, los logros educativos previamente alcanzados. Así, por ejemplo, se sabe que completar la educación secundaria implica un retorno muy superior al de no completarla, dado que la acreditación de la licencia secundaria es un punto claro de corte en el mercado del trabajo. El problema que se plantea es, claro está, el de la reproducción de las inequidades sociales a partir de las diferencias en logros educacionales. Porque para el caso de la mayoría de los países iberoamericanos, y tomando datos agregados y promediados, tanto el egreso de educación secundaria completa como la asistencia a educación terciaria son, principalmente, el privilegio de sectores medios y altos.

Al examinar el número promedio de años de estudio tanto de los jefes como del conjunto de los miembros del hogar ocupados, se advierte un alto grado de correspondencia entre el ingreso de los hogares y la distribución de la educación: a mayor nivel de educación, mayor nivel de ingresos percibidos. Lamentablemente, el 80% de los jóvenes urbanos proviene de hogares cuyos padres cuentan con un capital educativo insuficiente (menos de 10 años de estudio), y entre un 60% y un 80% de ellos no alcanza el umbral educativo básico para acceder al bienestar.

Esto significa que aproximadamente entre un 48% y un 64% de los jóvenes latinoamericanos de zonas urbanas ven restringidas sus oportunidades futuras ya en su hogar de origen, puesto que el nivel educativo de los padres, variable determinante del clima educacional del hogar, aparece altamente correlacionado con las trayectorias educacionales de los hijos, dado lo cual la situación de los jóvenes que viven en áreas rurales es aún más crítica.

Esta elevada proporción de jóvenes que heredan una educación insuficiente se traducirá a lo largo de su vida en empleos mal remunerados, lo que prefigura desde ya limitaciones a sus oportunidades de bienestar propias y de los hogares que formen (CEPAL, 1998b, p. 143). Así,

dependiendo del país, entre un 72% y un 96% de la familias en situación de pobreza o indigencia tiene padres con menos de nueve años de instrucción. Por lo tanto, las personas que provienen de hogares con escasos recursos suelen cursar ocho o menos años de estudio y, en general, no superan la condición de obrero u operario.

La persistente desigualdad en el acceso a la educación, asociada al estrato social de origen, indica que en gran medida las oportunidades quedan determinadas por el patrón de desigualdades prevaleciente en la generación anterior. En efecto, pese a la importante expansión educacional registrada en la región, en los últimos 15 años se mantuvieron las acentuadas desigualdades entre las posibilidades de los jóvenes de diferentes estratos sociales de completar el ciclo secundario. Actualmente, solo alrededor del 20% de los jóvenes cuyos padres no completaron la educación primaria logran terminar dicho ciclo; en cambio, ese porcentaje supera el 60% entre los hijos de padres que cursaron al menos 10 años de estudio. Esto se traduce en un alto grado de rigidez de la estructura social, debido a que el escaso nivel de educación alcanzado por muchos jóvenes bloquea su principal canal de movilidad e inclusión social.

Lo anterior es ratificado por una estrecha asociación entre nivel de ingresos de los hogares y logro educativo. El gráfico V.9 muestra los contrastes en logros de educación primaria, secundaria y terciaria al comparar el primero con el quinto quintil. En la mitad de los países de la región, más de una cuarta parte de los jóvenes entre 15 y 29 años del primer quintil de ingresos no ha completado este nivel de estudios. Esta situación es mucho más dramática en secundaria, donde solo el 12,3% del estrato más pobre de este grupo etario alcanza a completar el ciclo en el conjunto de los países de América Latina.

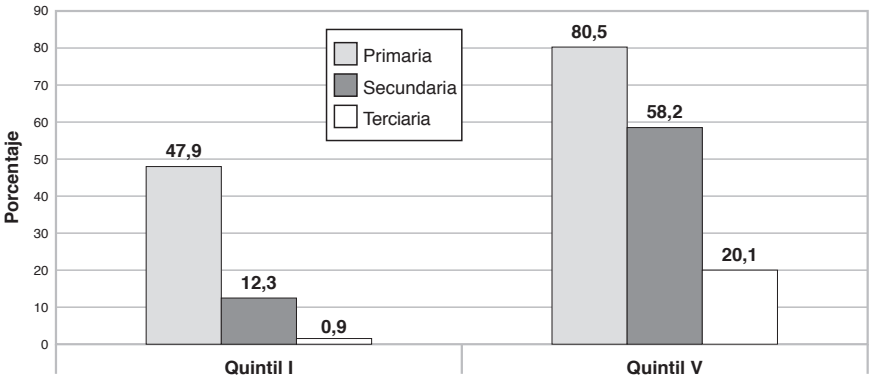
La dispersión de estas cifras a nivel de países es importante, ya que mientras un 47,9% de los jóvenes de 15 a 29 años habían completado la enseñanza primaria en el año 2002, en algunos países los jóvenes más pobres se encuentran sobre la media de América Latina, mientras en todos los países los jóvenes de los hogares de altos ingresos superan la media (la riqueza es más homogénea que la pobreza en la región). Las excepciones en este caso son El Salvador y Guatemala, donde se observa que aún entre los jóvenes del quintil V hay escaso logro educacional (menos del 80%) (véase el gráfico V.10). En países como Brasil, El Salvador, Honduras, Nicaragua o Venezuela, los pobres están bajo la media de conclusión de la educación primaria de los jóvenes de América Latina.

En el caso de la educación secundaria, mientras la media de logro en América Latina es de solo 32,6% para los jóvenes entre 15 y 29 años, la diferenciación por niveles socioeconómicos es aún más marcada. Hay países

Gráfico V.9

AMÉRICA LATINA: CONCLUSIÓN DE LA EDUCACIÓN PRIMARIA, SECUNDARIA Y TERCIARIA POR QUINTILES, PARA JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS, 2002

(En porcentajes)

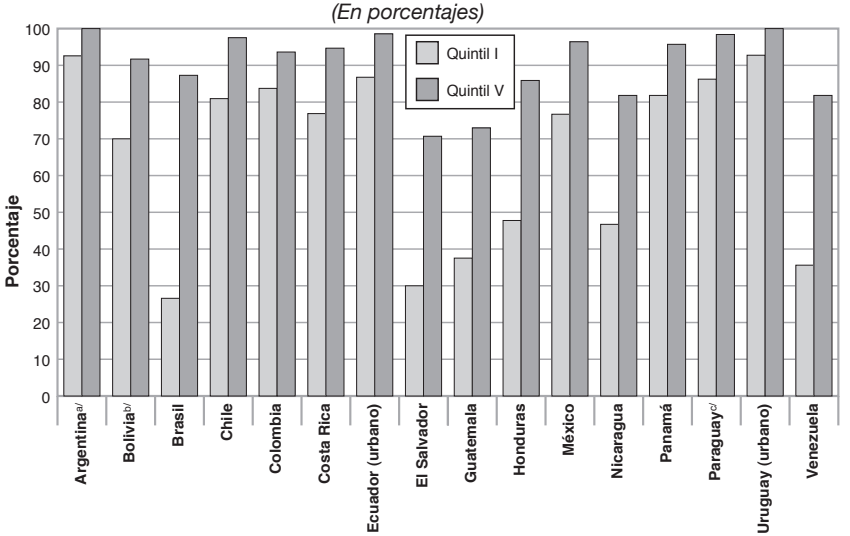


Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Gráfico V.10

AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): CONCLUSIÓN DE LA EDUCACIÓN PRIMARIA EN QUINTILES SELECCIONADOS, PARA JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS, 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

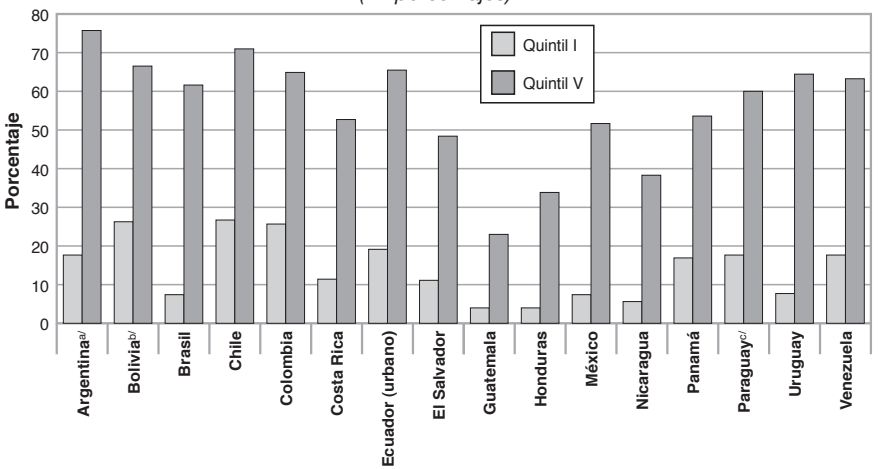
a/ Gran Buenos Aires.

b/ 8 ciudades principales y El Alto.

Gráfico V.11

AMÉRICA LATINA (16 PAISES): CONCLUSIÓN DE LA EDUCACIÓN SECUNDARIA PARA JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS, QUINTILES SELECCIONADOS, 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a]/ Gran Buenos Aires.

[b]/ Ocho ciudades principales y El Alto.

donde incluso la cobertura es inferior al 10%. Además, durante la década pasada estas diferencias por grupos socioeconómicos se mantuvieron muy rígidas para educación primaria y experimentaron una leve mejoría para secundaria (véase gráfico V.11).

C. Desigualdades por sexo y edad

1. Brecha educacional entre padres e hijos

En los jóvenes de 25 a 29 años la tasa de analfabetismo funcional supera el 10% en la mitad de los países de la región; y se incrementa fuertemente con la edad, pues a partir de los 30 años la mediana ronda el 15% y en los mayores de 40 años supera el 25% de la población. Al comparar las tasas de analfabetismo entre los grupos con 10 años de diferencia (el grupo de 15 a 19 años en 1990 con el de 25 a 29 en 2002, y así sucesivamente), se observa que el analfabetismo funcional ha aumentado, sobre todo en quienes hoy tienen más de 30 años. Esta diferencia básica entre generaciones, que se refiere al dominio de la lecto-escritura, permite indagar sobre cómo cambian

las relaciones de autoridad y jerarquía entre padres e hijos, o entre adultos y jóvenes, cuando los segundos son más letrados que los primeros.

El incremento en cobertura primaria ha sido muy fuerte en la última década, especialmente en países con mayores rezagos históricos, lo que explica por qué la población de 30 años y más hoy tiene tasas de analfabetismo claramente superiores a las de los actuales jóvenes de 15 a 19 años. Sin embargo, el aumento de cobertura primaria en la última década no es suficiente para explicar esta diferencia. De allí la segunda interpretación, a saber, que una proporción de los alfabetizados de hace un decenio han retornado a su condición de analfabetos por no poder continuar estudiando o no hacer uso del aprendizaje básico adquirido. El desafío ante esta situación es concebir la educación como un proceso que incluye toda la trayectoria vital y no solamente el período infantil y juvenil.

Con respecto a los jóvenes menores de 30 años, en la mitad de los países considerados más del 80% ha cursado estudios de primaria (la mediana es superior a 80%), lo que contrasta con los adultos, en los que la mediana fue de 70% con educación primaria en el grupo entre 30 y 44 años, y menos de 50% en los mayores de 45 años. Nuevamente cabe preguntarse qué implicancias tienen estas diferencias en las relaciones entre jóvenes y adultos, sobre todo si uno de los principios de autoridad es la transmisión de conocimientos de padres a hijos.

2. Desigualdades en niveles de analfabetismo funcional por sexo

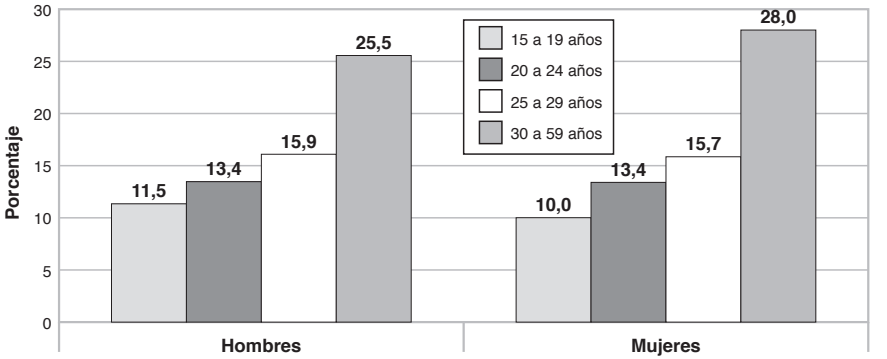
La tasa de analfabetismo funcional muestra que las diferencias no son tan pronunciadas entre varones y mujeres (véase el gráfico V.12)[4]. Mientras entre los menores de 30 años son bastante semejantes, en los grupos de adultos (mayores de 30 años) la tasa de analfabetismo funcional femenina es ligeramente superior a la de los hombres. Dicha tasa crece de manera muy marcada en ambos sexos en los mayores de 40 años, dado que la mediana se incrementa en más de 10%. En general, la reducción del analfabetismo funcional se ha ido dando en forma bastante equitativa entre hombres y mujeres en las últimas décadas en el conjunto de los países de América Latina.

[4] La excepción a esta tendencia en los grupos etarios juveniles es Guatemala, donde la tasa de analfabetismo femenino se mantiene muy por encima de la de los varones.

Gráfico V.12

AMÉRICA LATINA: DIFERENCIAS EN ANALFABETISMO FUNCIONAL POR SEXO, SEGÚN TRAMOS ETARIOS

(En porcentajes)

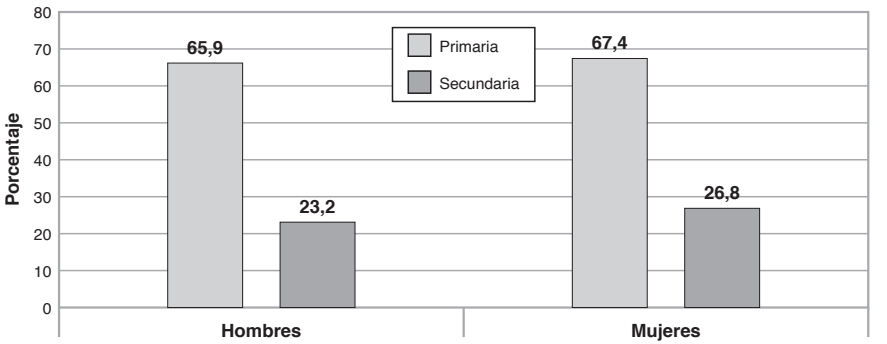


Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Gráfico V.13

AMÉRICA LATINA: LOGRO EDUCATIVO EN PRIMARIA Y SECUNDARIA POR SEXO, PARA JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS, 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

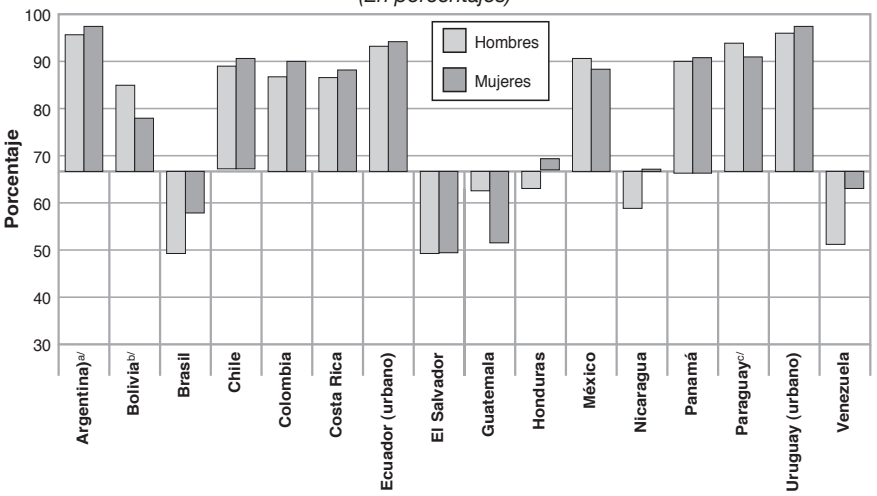
3. Desigualdades en logros por niveles educativos según sexo

El logro educativo en primaria y secundaria muestra rasgos diferenciados por sexo. Entre los y las jóvenes de 15 a 29 años se observan mejores logros de las mujeres que de los hombres en ambos niveles, tendencia que no se manifiesta en los de mayor de edad (véanse los gráficos

Gráfico V.14

AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): CONCLUSIÓN DE EDUCACIÓN PRIMARIA DE 15 A 29 AÑOS, POR SEXO, 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a]/ Gran Buenos Aires.

[b]/ Ocho ciudades principales y El Alto.

V.13 y V.14). Esto indica un claro mejoramiento de la inserción educacional de las mujeres cuyos logros se ubican entre 5 y 12 años de educación efectiva. A partir de los 25 años de edad, en cambio, los hombres presentan mejores logros que las mujeres, tendencia que se acentúa con la edad y muestra que en décadas anteriores las diferencias favorecían a los varones (véase gráfico V.15).

Entre los países, el acceso y progresión a la primaria según sexo tiene una tendencia homogénea, dado que en casi todos ellos las mujeres muestran logros moderadamente superiores. Las excepciones a esta tendencia son Bolivia, México, Paraguay y Perú donde las jóvenes tienen peor acceso a la educación básica que los hombres.

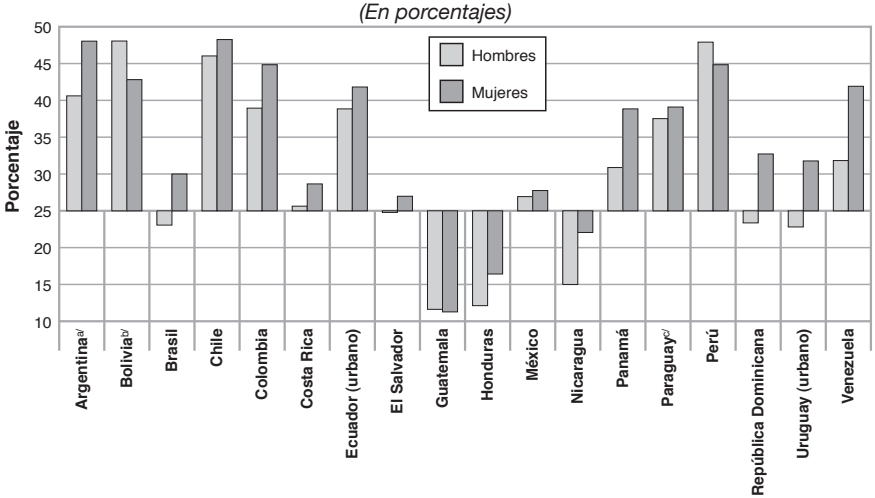
En educación secundaria, en todos los grupos etarios analizados (con excepción de los mayores de 45 años) el logro educativo femenino es ligeramente superior al masculino, si bien esta tendencia no es homogénea entre los diferentes países.

Respecto de la educación superior, las desigualdades por sexo en favor de los hombres tienden a disminuir radicalmente (véase el gráfico

Gráfico V.15

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): CONCLUSIÓN DE LA EDUCACIÓN SECUNDARIA POR SEXO, DE JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS, 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

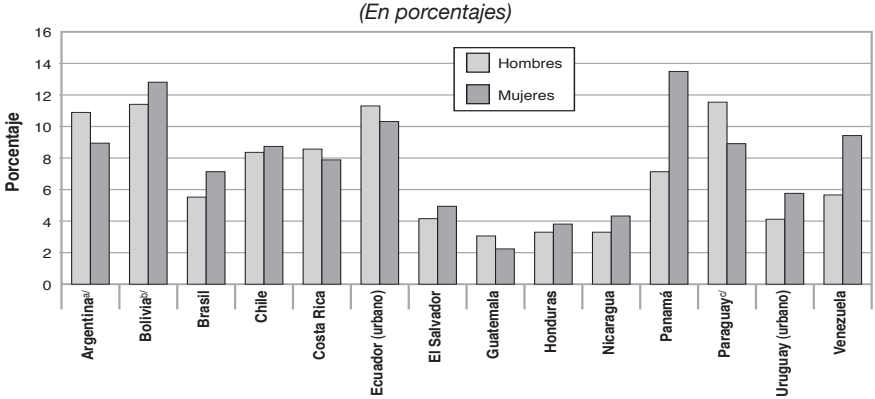
[a]/ Gran Buenos Aires.

[b]/ Ocho ciudades principales y El Alto.

Gráfico V.16

AMÉRICA LATINA (14 PAÍSES): LOGRO DE EDUCACIÓN TERCIARIA POR SEXOS, 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Excluidos México y Colombia.

V.16). La media de conclusión de la educación terciaria de hombres y mujeres de entre 25 a 29 años era de 4,4% en el año 1990, en tanto para el 2002 para ellas es en promedio superior (6,8%), en relación con los hombres (6,1%). En Portugal, en las últimas dos décadas, las mujeres son quienes han ido ubicándose por sobre los hombres con respecto a la inserción en la enseñanza superior. En los grupos adultos, en cambio, el predominio masculino se mantiene todavía, sobre todo en los de mayor edad, por evidentes razones históricas.

D. Desigualdades educativas entre áreas urbanas y rurales

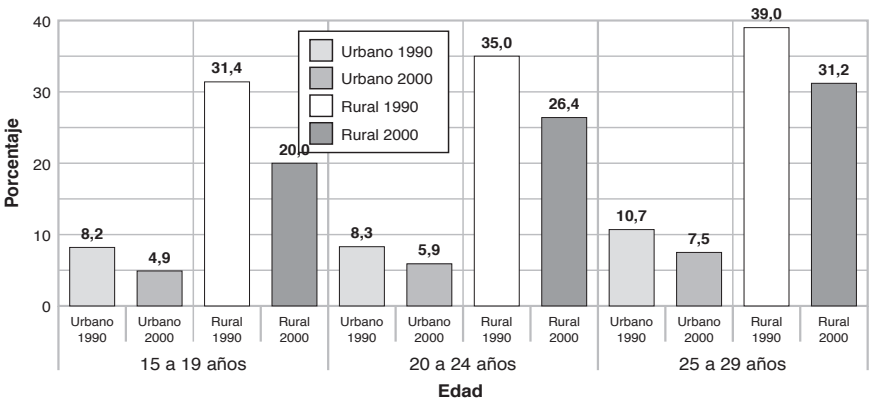
1. Analfabetismo

Más marcadas son las diferencias entre el campo y la ciudad (véase el gráfico V.17). Esta brecha resalta una diferencia enorme respecto de expectativas de movilidad social y ocupacional de los jóvenes, así como de integración a procesos colectivos más amplios, para lo cual la lecto-escritura

Gráfico V. 17

AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DEL ANALFABETISMO FUNCIONAL POR ÁREAS URBANO - RURALES, 1990-2002

(En porcentajes)



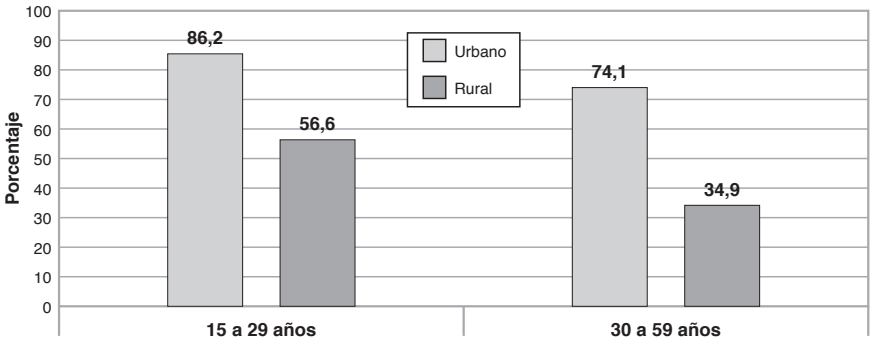
Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[5] En dicho país, la tendencia desde los años setenta del siglo XX es que las mujeres propenden cada vez más a mostrar índices más elevados de escolarización y mayores niveles de calificación para el empleo.

Gráfico V.18

AMÉRICA LATINA: CONCLUSIÓN DE LA EDUCACIÓN PRIMARIA POR ZONAS URBANA Y RURAL Y TRAMOS ETARIOS, 2000

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los

es condición esencial. Y si bien el corte por edad muestra que en el área rural los esfuerzos por disminuir el analfabetismo funcional se han concentrado en los jóvenes de 15 a 19 años, aun así en este grupo etario el 20% está en situación de analfabetismo funcional.

2. Logros en educación primaria y secundaria

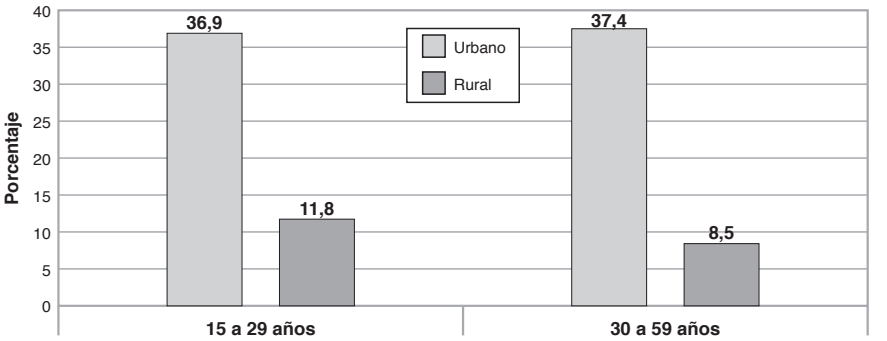
Las diferencias más pronunciadas en logro educativo de primaria y secundaria se manifiestan cuando se contrastan áreas rurales y urbanas. (véase el gráfico V.18). Se observa allí que el logro educativo primario en las zonas urbanas es significativamente más alto que el de las zonas rurales. Entre los grupos de jóvenes urbanos de 15 a 29 años la conclusión de la primaria llega al 86,2% y la rural solo alcanza al 56,6%. Pese a ello es claro el mejoramiento de esta situación en las últimas décadas, ya que entre la población de más de 30 años en las zonas rurales, solo un 34,9% ha terminado la enseñanza primaria.

En secundaria persisten las diferencias, con el agravante que es muy bajo el logro educativo en las zonas rurales, pues apenas supera el 11,8% de los jóvenes y un 8,5% de los mayores de 30 años (véase gráfico V.19). Las diferencias tan marcadas de logro educativo en zonas urbanas y rurales evidencian la grave discriminación que existe entre quienes habitan en las ciudades y el campo, más aún en países donde la ruralidad tiene un fuerte componente étnico, sea indígena o afrodescendiente. Mientras esta brecha urbano-rural persista, es muy esperable que los jóvenes rurales sigan depo-

Gráfico V.19

AMÉRICA LATINA: CONCLUSIÓN DE LA EDUCACIÓN SECUNDARIA POR ZONAS URBANA Y RURAL, 2000

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

sitando expectativas de mayor integración social por la vía de la migración del campo a la ciudad.

El logro educativo terciario en las zonas urbanas es, evidentemente, mucho mayor que el de las zonas rurales. Esto se debe básicamente a la ausencia de centros educativos de educación superior en áreas rurales y la escasez de empleo para personas con este tipo de calificación en el campo.

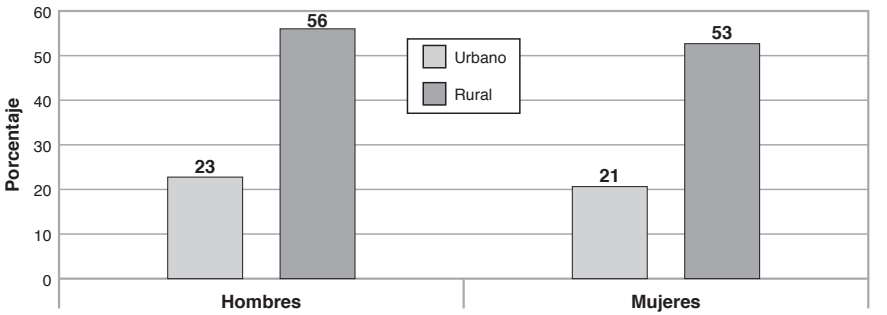
E. Desigualdades en deserción escolar

La deserción según área geográfica presenta una serie de contrastes. La deserción en primaria en el área rural duplica con creces (56% hombres y 53% mujeres) la de las zonas urbanas (23% hombres y 21% mujeres) (véase el gráfico V.20). En el caso de la enseñanza secundaria, la deserción rural es menor que la anterior (véase el gráfico V.21), en parte debido a que probablemente quienes logran acceder a las pocas escuelas secundarias cercanas tienen desde ya un mayor compromiso educacional, considerando que la cobertura secundaria es muy inferior en zonas rurales.

Gráfico V.20

AMÉRICA LATINA: TASA DE DESERCIÓN EN EDUCACIÓN PRIMARIA DE JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS, POR ZONAS Y SEXO, 2002

(En porcentajes)

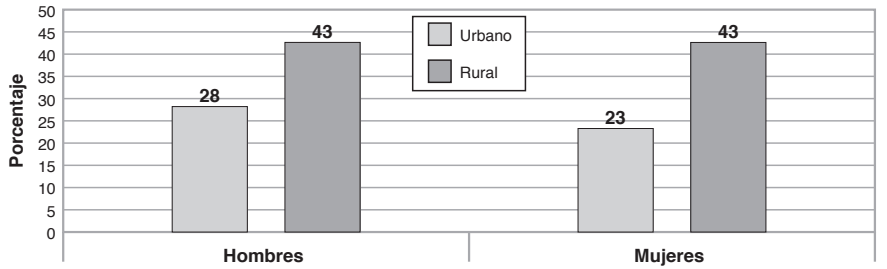


Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Gráfico V.21

AMÉRICA LATINA: TASA DE DESERCIÓN EN EDUCACIÓN SECUNDARIA DE JÓVENES ENTRE 15 A 29 AÑOS, POR ZONAS Y POR SEXO, 2002

(En porcentajes)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

F. Los grandes desafíos para la educación de los jóvenes

Son muchos los desafíos que se le plantean a la educación, sobre todo si le compete formar jóvenes para el empleo productivo, la ciudadanía activa y la participación en la sociedad del conocimiento. Las páginas que siguen se concentran en cuatro de ellos que preocupan especialmente a los

gobiernos iberoamericanos y forman parte de la agenda de reformas de los sistemas educacionales. Al mismo tiempo, estos desafíos ponen en evidencia la dificultad de resolver problemas que les subyacen: problemas de excesiva repetición y deserción escolares, lo que traba la progresión en los logros; problemas de desigualdad en oportunidades y logros educacionales, lo que reproduce desigualdades entre una generación y la siguiente; problemas de calidad reflejados en bajos niveles de aprendizajes efectivos, lo que limita las trayectorias laborales y vitales de los jóvenes y restringe el capital humano de la sociedad; vacíos que son preciso colmar respecto de la formación para la sociedad del conocimiento y las democracias contemporáneas; e inadecuaciones en el rol de la educación como preparación para nuevos desafíos en el mundo del trabajo.

1. Progresión versus repetición y deserción

Para reforzar el papel del sistema educacional en la promoción social de los jóvenes es necesario alcanzar niveles mayores de continuidad y progresión educativas, y sobre todo expandir el egreso de educación secundaria y, cada vez más, el acceso a educación técnico-profesional y universitaria. Dado que en Iberoamérica se cuenta ya con matrícula universal en primaria, aunque no en todos los países, el reto es lograr avances importantes en el segundo y tercer nivel dentro del sistema educacional, con vistas a llegar dentro de los plazos más cortos posibles a una cobertura universal en la educación secundaria. Esto, a fin de que los jóvenes de menores logros –y menores ingresos– puedan aspirar a mejores opciones de inclusión social a futuro.

En América Latina y el Caribe, solo la mitad de los estudiantes que se matriculan en la educación primaria termina dicho ciclo. Incluso en países con mayor nivel de desarrollo, como el caso de Portugal, la deserción sigue apareciendo en los diagnósticos como uno de los problemas más graves del sistema educativo. Ello afecta específicamente a los jóvenes, pues la continuidad en el nivel secundario coincide con el ingreso al segmento etario juvenil. La deserción masiva acecha precisamente entre los 10 y los 15 años de edad que, dependiendo de los criterios, marcan el inicio de la adolescencia y juventud. Por lo tanto, una política de retención y promoción en el sistema formal de educación es una política de inclusión social de los jóvenes. Tal vez, la más decisiva en términos de su eficacia a gran escala. Ya hace una década que la CEPAL estimaba que los años de instrucción formal requeridos para contar con grandes probabilidades de evitar la pobreza oscilan entre 10 y 12, según el perfil educacional de cada país.

En cuanto a la evolución de la deserción y rezago escolar en los jóvenes latinoamericanos, entre 1990 y 2002 la deserción escolar en primaria

solo ha mejorado marginalmente, ya que la mitad de los países de la región mantienen niveles cercanos al 30%. La deserción en secundaria equivale aproximadamente a un poco menos de la mitad de los niveles de primaria al año 2002, luego de haber descendido modestamente desde el pasado decenio. El rezago escolar también ha descendido ligeramente desde 1990.[6]

Para enfrentar la deserción es necesario pensar en las condiciones y motivaciones que la refuerzan o mitigan, y desde allí impulsar programas efectivos. No es solo cuestión de mantener a los niños y jóvenes motivados en la sala de clases, sino de revertir situaciones extra-escuela que explican la deserción. Tal es el caso de familias pobres donde los niños abandonan la escuela para trabajar y aportar al ingreso familiar. Ante situaciones de este tipo, las intervenciones también tienen que ser extra-escuela. Un ejemplo sugerente es la transferencia de ingresos a familias pobres, sujeta a la permanencia de los hijos en las escuelas, entendiendo que el factor principal de deserción es el costo de oportunidad para las familias que implica que los niños no trabajen. En otras palabras, mientras las familias pueden contar, mediante transferencias directas, con el exiguo ingreso que aportarían los niños si trabajasen, y si ese ingreso se provee condicionado a la asistencia escolar de los hijos, entonces puede darse un efecto significativo en la retención escolar de grupos especialmente vulnerables. Es el caso de programas como el de Beca Escolar en Brasil.

Otras medidas se refieran a grupos específicos con problemáticas puntuales. Como por ejemplo, las adolescentes embarazadas que abandonan la escuela porque tienen que dedicarse a la crianza de sus hijos, y porque además la educación formal estigmatiza esta condición de madre-alumna. Para enfrentar esta situación es necesario atacar el problema en distintos flancos. Primero, revertir el estigma entre directores, profesores y compañeros y compañeras de escuela, a fin de que acojan a las alumnas en esta condición y les presten el apoyo necesario. Segundo, acompañar el proceso de embarazo y maternidad para evitar el abandono escolar, permitiendo mayor flexibilidad de horario y de calendario.

Los datos sobre retraso escolar, por su parte, podrían inducir a pensar que no se trata de un problema tan grave como la deserción, pero al potenciarse ambos problemas el panorama se torna poco alentador. Por otra parte, se observa un importante avance en la proporción de egresados del sistema al final de la educación secundaria, ya que en 1990 la mitad más desaventajada de los países no graduaba a más del 15% de los jóvenes, mientras que en 2002 este valor bordeaba el 30%.

---

[6] Estos datos y los siguientes se basan en tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países hechas por la CEPAL.

El análisis por subgrupo etario muestra diversos matices para la región latinoamericana. La deserción en primaria constituye un problema grave, más todavía cuando se observa el aumento significativo del nivel de deserción en los jóvenes de más de 20 años. La deserción en secundaria también presenta un incremento considerable en el grupo de jóvenes que hoy tiene de 20 a 24 años. El grupo de 15 a 19 años registra un elevado nivel de rezago escolar, lo que a su vez evidencia la disposición de seguir estudiando. No ocurre los mismo a medida que aumenta la edad, pues la disminución de la repitencia es la contrapartida de la deserción: en lugar de repetir se abandonan los estudios.

Por otra parte, puede notarse que es muy baja la proporción de egresados entre 15 y 19 años que lo hace en la edad oportuna, vale decir, sin repeticiones y con progresión continua a lo largo del ciclo educativo. Puede considerarse positivo, en cambio, que la mediana de graduados de secundaria entre los mayores de 20 años se ubique en alrededor de 40%, lo que indica que pese a los rezagos se mantienen en gran medida dentro del sistema escolar o vuelven a él después de desertar.

Con tales niveles de rezago y deserción, la progresión de los jóvenes en el sistema educativo todavía dista mucho de los niveles requeridos. La pregunta es si resultan inevitables estos rezagos en ritmos de progresión y con tan alto nivel de heterogeneidad en los avances entre países de la región. La respuesta es negativa si se compara esta expansión en América Latina con la de los países de la OCDE y el sudeste asiático, donde es otra la velocidad con que crece la escolaridad hacia niveles secundario y superior. Vale la pena destacar al respecto que, tal como se observa en el cuadro V.1, entre 1985 y 1997 se invirtió la relación entre los países del sudeste asiático recientemente industrializados y los países de América Latina y el Caribe, siendo los primeros quienes partieron con rezagos y en 12 años lograron una situación más avanzada en cuanto a progresión dentro del sistema educativo –no solo en matrícula sino también en desempeño en pruebas estandarizadas por nivel, horas de enseñanza efectiva al año y otros indicadores.

En el mismo lapso, los países de la OCDE cuya situación inicial era bastante mejor que la latinoamericana, se distanciaron aún más y a un ritmo muy acelerado. Actualmente, en los países de la OCDE el 85% de los jóvenes completa estudios secundarios, mientras que en América Latina y el Caribe menos de un tercio de los jóvenes logra ese nivel de acreditación, dados los niveles de deserción. América Latina y el Caribe tienen, además, ciclos más cortos en la educación secundaria y en la extensión de educación obligatoria.

El desafío aquí es impulsar políticas que apunten a reducir la repetición, el rezago y la deserción escolares y procurar mayor continuidad

Cuadro V.1

GRUPOS DE PAÍSES: MATRÍCULA EN EDUCACIÓN SECUNDARIA Y TERCIARIA, 1985-1997

(En porcentajes)

	Índices brutos de matrícula					
	Educación secundaria			**Educación terciaria**		
Grupo de países	*1985*	*1997*	*Incremento en índice de matrícula*	*1985*	*1997*	*Incremento en índice de matrícula*
América Latina y el Caribe	50,2	62,2	12,0	15,8	19,4	3,6
Países de la OCDE[a/]	92,3	108,0	15,7	39,3	61,1	21,8
Países EARI[b/]	57,3	73,1	15,8	14,8	30,5	15,7
Este y sudeste asiático[c/]	41,5	66,3	24,8	5,4	10,8	5,4

Fuente: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), *Informe mundial de educación 2000,* Paris, 2000.

[a/] Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos.

[b/] Economías asiáticas recientemente industrializadas: Hong Kong (región administrativa especial de China), República de Corea, Singapur, República Popular China, Malasia y Tailandia.

[c/] Países en desarrollo incluyendo las economías asiáticas recientemente industrializadas.

y progresión educativa, sobre todo en los sectores que acusan mayores deficiencias en este sentido (tales como los jóvenes rurales, de minorías étnicas y de grupos socioeconómicos de bajos ingresos). Esto puede implicar incluso la aplicación de programas de transferencias directas de recursos a las familias para que retengan a los hijos en las escuelas en lugar de incorporarlos prematuramente al mundo laboral.

Una política de retención de los jóvenes en el sistema educativo también requiere mayor conocimiento de los principales motivos de abandono escolar. El cuadro V.2 provee la información disponible para algunos países (aunque no fácilmente comparable entre ellos). Para los países latinoamericanos, destacan la falta de dinero y la necesidad de trabajar como factores principales de deserción (Chile, Colombia y México), a lo que se agrega el embarazo o la paternidad para el caso chileno o la formación de familia en el caso mexicano. Los países ibéricos, en cambio, muestran como factores de abandono la sensación de fracaso (España) o la falta de gusto por los estudios y las dificultades económicas (Portugal).

2. La deuda de la equidad en educación

En páginas precedentes se mostraron las agudas inequidades que recorren la educación en nuestros países, sobre todo cuando se comparan

Cuadro V.2

OPINIONES SOBRE EL ABANDONO ESCOLAR

(En porcentajes)

Chile	Colombia	España	México	Portugal
Problemas económicos 33,4	Falta de dinero 17,0	Sensación de fracaso en la escuela 38,0	No les gustaba estudiar 22,5	No les gustaba estudiar 17,3
Decisión de trabajar 27,6	Tener que trabajar 6,0	Sensación de fracaso en la universidad (de los que estudiaban o estudiaron en la universidad) 23,0	No contaban con recursos económicos 21,5	Tenían dificultades económicas 15,1
Embarazo o paternidad 17,4	Alto costo de los estudios 4,0	Responsabilidad propia 84,0	Debían trabajar o estaban trabajando 18,1	Tenían dificultades para aprender 10,4
Dificultades académicas falta de interés 7,2	Falta de gusto por estudiar 3,0		Se casaron 12,4	La familia no los apoyó para continuar estudios 3,2
	Dedicación a la familia 3,0		Terminaron su educación 7,7	Se casaron o vinieron los hijos 2,5 Lo que aprendían en la escuela no servía 2,5

Fuente: Elaboración propia sobre la base de encuestas de juventud de cada país (1997-2003).

Base: total de jóvenes.

alumnos según su pertenencia geográfica (rural o urbana) y el nivel de ingresos de sus familias. Si la educación es el medio privilegiado de integración social y generación de oportunidades futuras, a mayor segmentación en logros y aprendizajes, más se reproducen intergeneracionalmente la desigualdad y la pobreza relativa. Una mejor distribución de activos simbólicos hoy (como son los conocimientos y destrezas útiles), siembra una mejor distribución de activos materiales mañana (ingresos, bienes y servicios). Los activos simbólicos son capacidades que, transmitidas de manera equitativa, permiten centrar la competitividad futura sobre la base de mayor igualdad en las opciones para competir. En este mismo sentido, la CEPAL y el Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IDHH) señalan que "en las sociedades modernas en general, y en aquellas en que la asignación de recursos se rige por mercados competitivos en particular, el acceso a ciertos

bienes sociales como la educación, la salud, la información, la capacidad laboral, y así en adelante, tienen sentido no solo como consumos finales, sino como posibilidades capacitantes para obtener otros recursos de manera autónoma incluyendo por cierto los consumos esenciales" (CEPAL/IIDH, 1997, p. 41).

Visto desde esta perspectiva, un desafío es promover más equidad en la oferta educativa, en el rendimiento escolar, y las posibilidades de inserción productiva a futuro. Criterios emergentes como la descentralización, el subsidio a la demanda, el financiamiento compartido y las reformas curriculares, si bien pueden garantizar mayor eficiencia en el uso de recursos, no aseguran mayor equidad en educación. Para esto último se requiere mayor impacto sobre los logros educativos en los sectores pobres, lo que implica trabajar tanto sobre las condiciones de oferta educativa como de la demanda. La equidad plantea aquí un doble desafío. Por una parte, es necesario intervenir en el sistema formal de educación para hacer menos segmentada la calidad de la enseñanza que se ofrece entre distintos estratos sociales. Y por otra, implica apoyar las condiciones de demanda de los sectores más desfavorecidos, vale decir, las condiciones de acceso al sistema educativo en los sectores más rezagados y las posibilidades que dichos sectores tienen para progresar a través del sistema.

La equidad opera en ambas direcciones: una educación más equitativa promueve sociedades más igualitarias, y una sociedad con más equidad promueve más igualdad en trayectorias educacionales. En consecuencia, y siguiendo a Tedesco, hay que mirar también la ecuación educación-equidad desde el lado opuesto: "es necesario considerar que si bien la educación es un factor de equidad social, ciertos niveles básicos de equidad social son necesarios para que sea posible educar con posibilidades de éxito... no se trata solamente de preguntarnos cuál es la contribución de la educación a la equidad social sino, a la inversa, ¿cuánta equidad social es necesaria para que haya una educación exitosa?" (Tedesco, 1998, p. 2). Porque "por debajo de la línea de subsistencia, los cambios institucionales o pedagógicos tienen un impacto muy poco significativo en los resultados escolares" (Tedesco, 1998, p. 2).

3. El desafío de la calidad de la educación

La calidad de la educación ha sido el tema central de las reformas educacionales en Iberoamérica. El rango de problemas asociados a la calidad es muy amplio, y se pueden incluir, entre otros, los siguientes: la falta de pertinencia de contenidos pedagógicos a los contextos vitales y a futuros laborales de los educandos; los anacronismos en métodos didácticos que persisten en un enfoque memorístico y frontal, que no es consistente con

Cuadro V.3

POSICIÓN RELATIVA DE PAÍSES LATINOAMERICANOS EN ESTUDIOS INTERNACIONALES DE CALIDAD DE LA EDUCACIÓN

Estudio	Países participantes	Países iberoamericanos	Posición relativa
LABORATORIO 1997	13	13	Los puntajes promedios del país Nº 1 distan entre 1,5 y 2 desvíos estándar de los 12 restantes
TIMSS 1996	41	3	31, 37 y 40
TIMSS 1999	38	1	35
IALS 1998	22	2	19 y 22
PISA 2000	41	5	33, 35, 36, 37 y 41

Fuente: Laboratorio Latinoamericano de Evaluación de la Calidad de la Educación (LLECE), Oficina Regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe (OREALC), Asociación Internacional para la Evaluación del Rendimiento Educativo (IEA), Tercer Estudio Internacional de Matemáticas y Ciencias (TIMSS), 2003, Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), "Encuesta internacional de alfabetización de adultos", y OCDE, Programa Internacional de Evaluación de Estudiantes (PISA).

las nuevas formas de adquirir y difundir conocimientos; el deterioro en la calidad docente debido a malas condiciones de vida, de trabajo y bajo reconocimiento simbólico; la falta de equipamiento en adecuados materiales de trabajo (textos, computadoras, soportes audiovisuales); jornadas escolares muy cortas o aulas sobrepobladas; falta de apoyo a las condiciones de aprendizaje en los hogares; y una grave falta de alternativas intermedias eficaces de capacitación técnica.

La mala calidad de la enseñanza se refleja en el mal aprendizaje. Al respecto, las pruebas estandarizadas muestran profundas diferencias en la calidad del aprendizaje en matemáticas y manejo de lenguaje entre alumnos latinoamericanos y de países industrializados, medido por pruebas de lectura, matemáticas y ciencias, en claro detrimento de nuestros países. El cuadro siguiente presenta los resultados de pruebas que miden aprendizajes en lenguaje y matemáticas, y es elocuente en ilustrar la posición de rezago que muestran los países latinoamericanos incluidos en las pruebas en relación con el promedio de los países de la OCDE y del sudeste asiático. Revertir esta brecha es tanto más difícil si se piensa que los países industrializados, que reúnen el 25% de los alumnos del mundo, gastan seis veces más por habitante en formación de capital humano que los países en desarrollo, donde vive el 75% restante de los alumnos (Brunner, 1999, p. 2).

Entre los 41 países que participaron en el estudio PISA, ningún país latinoamericano obtuvo una posición superior al lugar 33 (véase cuadro V.3). Más preocupante es que el porcentaje de estudiantes de estos países con

destrezas de lectura inferiores al límite establecido como "Nivel 1" osciló entre el 10% y el 54%. Si una persona no alcanza al Nivel 1 significa que no tiene una destreza lectora que permita realizar las tareas más elementales como, por ejemplo, entender cómo preparar el biberón de un niño.

Estas diferencias en aprendizajes efectivos son muy importantes, porque el nivel secundario-superior (vale decir, los dos o tres años superiores en la educación secundaria que concentran solo población juvenil) es clave tanto para mejorar las condiciones generales de la fuerza de trabajo como para lograr efectos virtuosos sobre la equidad y movilidad social. La experiencia de algunos países europeos muestra también que la mayor y mejor oferta de educación técnico-profesional en este nivel educativo, como también en el nivel superior no universitario, tiene efectos muy positivos sobre el destino de los estudiantes cuando ingresan al mercado de trabajo, y permite elevar la productividad general. Finalmente, tanto la baja cobertura como la baja calidad de estas alternativas implican desaprovechar la opción de capacitar masivamente a los jóvenes en el uso productivo de las tecnologías de información y comunicación (TIC), dado que estas tecnologías, en tanto que son amigables y motivan a los jóvenes en edad escolar, podrían ser objeto de cursos de capacitación masivos en el nivel secundario-superior del tipo vocacional o técnico-profesional.

¿Y qué dicen los jóvenes sobre la calidad de la educación? Si se observan las encuestas de juventud disponibles, diversos componentes son evaluados con distintos niveles de aceptación en diferentes países.[7]

En Chile, la satisfacción de los jóvenes estudiantes con los establecimientos educativos entre 1994 y 2003 ha permanecido constante. En la última medición, los profesores fueron evaluados de manera positiva por los jóvenes, teniendo una calificación de 89,1% (de la calificación total escala 1-7) con respecto a su nivel de preparación y de 85,7% sobre interés y dedicación. Resultan notables los aspectos con menor calificación relativos a la infraestructura (79,9%), las actividades deportivas (75,9%), así como las actividades culturales-recreativas (74,5%). Además, la dificultad de acceso a educación superior resultó ser el cuarto problema que aqueja a los jóvenes (26,4%), antecediéndole la delincuencia (33,6%), la falta de oportunidades de acceso a trabajos (35,6%) y el consumo excesivo de alcohol o drogas (52%).

Los guatemaltecos son los que peor calificaron la escuela entre los países considerados, con un nivel de aprobación de 47,2%. Entre los puntos

[7] A este respecto, se ha manejado información de encuestas de juventud (1997-2000) de cuatro países: Chile, Guatemala, México y Portugal.

evaluados más críticamente por los jóvenes destaca la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres para estudiar (34,7%), los conocimientos de los maestros (19,5%), y las oportunidades de los jóvenes en el medio rural (19,5%).

En México los jóvenes evalúan positivamente la educación. Entre 50% y 70% de los encuestados calificó de "buenos" el ambiente con los compañeros, los contenidos curriculares y la preparación de los maestros; mientras que los aspectos de peor calificación se refieren a la infraestructura física y la falta de adecuación de la educación al trabajo.[8] Destaca el rol de los maestros en la subjetividad juvenil mexicana: junto a los médicos y sacerdotes, ellos tuvieron la calificación más alta entre las figuras que les inspiran más confianza (65,2%). La escuela, asimismo, es vista como el espacio donde más se aprende de sexualidad (34%) y sobre derechos de los jóvenes, y es considerada la herramienta principal para encontrar trabajo (43,5%), muy por encima de la experiencia laboral (24,6%) y la capacitación (12,9%).

En Portugal, llama la atención que entre 1986 y 1996 la valoración de la escuela tuvo una evolución positiva, si bien la visión de los jóvenes tiende a ser crítica respecto de cómo la escuela prepara para la vida laboral. Hay satisfacción respecto de la convivencia con los compañeros (80%-90% de aprobación) y la mayoría también se siente razonablemente satisfecha con respecto a la infraestructura escolar (70%-90%). Estos niveles de satisfacción general también se presentaron en torno de las funciones típicas consideradas para la escuela, como es desarrollar un espíritu crítico y la creatividad, formar ciudadanos para la vida social, favorecer una preparación para la vida profesional, y disminuir las desigualdades sociales. Acerca de otros temas, como la competencia de profesores y el sistema de evaluación, muestran valoración similar. Al comparar los niveles de satisfacción con la escuela, entre la encuesta de 1987 y la de 1997, dichos niveles se incrementaron significativamente entre 10 y 15 puntos porcentuales en cada rubro evaluado.

4. Formación para la sociedad del conocimiento

Los acelerados cambios culturales y organizacionales que impone la sociedad de la información obligan a cambios fuertes y ágiles en la transmisión de conocimientos. Más que contenidos curriculares, lo que

[8] Casi 8 de cada 10 jóvenes mexicanos encuestados, entre los que habían tenido una experiencia laboral, señalaron que hay una mínima relación entre lo que estudiaron y su trabajo.

se requiere es generar una disposición general al cambio en las formas de aprender, comunicarse y producir. "El futuro profesional –advierte Alain Touraine– es tan imprevisible, e implicará brechas tan grandes en relación a lo que han aprendido la mayoría de quienes hoy asisten a la escuela, que debemos, antes que nada, solicitar a la escuela que los prepare para aprender a cambiar más que formarlos en competencias específicas que probablemente estarán obsoletas o serán inútiles para la mayor parte de ellos a corto plazo" (Touraine, 1997, p. 328). En la sociedad del conocimiento se abren nuevos ejes de debate en torno de la educación. Entre ellos merecen mencionarse la brecha digital y la importancia de tender puentes entre cultura escolar y cultura audiovisual; la formación para el ejercicio activo de la ciudadanía en democracias representativas del siglo XXI; y la educación para poder dialogar en un mundo cada vez más multicultural y con mayor diversidad de visiones de mundo.

a) Superando la brecha digital

La brecha digital constituye hoy un corte cada vez más tajante en oportunidades de desarrollo: brecha en productividad e ingresos laborales, en opciones de movilidad ocupacional a futuro, en acceso a mercados; en uso eficiente del tiempo, en acceso a información y a servicios de todo tipo, en voz y voto; en participación política; en poder de gestión; en intercambio comunicacional y cultural; en actualización de conocimientos; y en niveles de vida. Quien no esté conectado, estará excluido de manera cada vez más intensiva y diversa. La brecha agudiza los contrastes entre regiones, países y grupos sociales. Países menos digitalizados se van recluyendo en el patio trasero de la globalización en términos de intercambio comercial, valor agregado a la producción, protagonismo político, crecimiento económico y, por todo lo anterior, bienestar social. Contrariamente, cuanto más se reduce la brecha, más se avanza en integración social, democracia comunicacional e igualdad de oportunidades productivas, tanto interna como externamente entre países.

Todos estos aspectos no deben hacer pasar por alto el tema de la brecha digital. Si la televisión (abierta) se convirtió en los años ochenta en un medio de acceso universal, las nuevas tecnologías de la comunicación, a pesar de su rápida expansión en los últimos años, aún plantean diferencias significativas entre "conectados" y "desconectados". En tecnologías de información, los contrastes entre los Estados Unidos y América Latina eran impactantes para el año 2002. Mientras en el primer caso habían 63 PC, 54 usuarios de Internet y 37 hosts por cada 100 habitantes, entre los países de América Latina, Uruguay llevaba la delantera en el primer índice con 2,1 hosts por cada 100 habitantes, Chile en usuarios con 20 por cada 100 habitantes, y Costa Rica en número de PC, con 17,02 por cada 100 habitantes

Cuadro V.4

PENETRACIÓN DE INTERNET EN AMÉRICA LATINA, PAÍSES SELECCIONADOS, 2001

País	Usuarios de Internet	Usuarios como porcentaje de la población
Argentina	3 000 000	8,0
Brasil	8 000 000	4,6
Colombia	1 154 000	2,7
Chile	3 102 000	20,0
México	3 500 000	3,5
Perú	3 000 000	11,5
Uruguay	400 000	11,9
Venezuela	1 300 000	5,3

Fuente: F. Soto, C. Espejo e I. Matute, *Los jóvenes y el uso de computadores e internet*, Santiago de Chile, Instituto Nacional de la Juventud, 2002.

(UIT, 2003).

En América Latina y el Caribe, el porcentaje de conectados a Internet era de alrededor del 6% en la primera mitad del año 2001. En los países europeos de Iberoamérica, y según la misma fuente, hacia el año 2000 España contaba con 112,19 *hosts* por cada 10.000 habitantes y Portugal con 62,02; mientras que España registraba 1.327,04 usuarios por cada 10.000 habitantes y Portugal 2.495,01 (UIT, 2001). Por otra parte, los datos muestran que no hay correlación lineal entre número de terminales y densidad de usuarios, vale decir, entre equipo instalado y acceso (véase el cuadro V.4). Esta distinción, es de suma importancia a la hora de diseñar y coordinar políticas culturales, dado que en las TIC es el acceso, y no la propiedad, lo que determina el poder de hacerse oír.

Además del rezago general, existe una fuerte segmentación por estrato socioeconómico. Por ejemplo, un estudio de una empresa especializada señala que en Argentina, Internet creció fuertemente a pesar de la crisis económica, pasando de 1 millón de usuarios en el año 2000 a 4 millones 900 mil usuarios con acceso a la red en 2003 (D'Alessio Irol, 2003). Pero este crecimiento presenta marcadas diferencias de acceso por nivel socioeconómico. Así, de cada 10 personas del estrato más rico (que representa el 7% de la sociedad argentina), acceden 8; de cada 10 personas del estrato medio alto (que representa el 15%), acceden 5; de cada 10 personas del estrato medio bajo (que representa el 20%), acceden 2; y de cada 10 personas del estrato más pobre (que representa el 58%), solo accede una persona.

Sin duda es urgente incorporar masivamente las nuevas TIC en la

educación, dado que es la forma más expedita, económica y masiva de reducir la brecha digital entre países y en su interior. Si la inclusión social de los y las jóvenes pasa cada vez más por acceso a conocimiento, participación en redes, y uso de tecnologías actualizadas de información y comunicación, el sistema de educación formal es la clave para difundir ese acceso.

Tenemos en Iberoamérica una cobertura escolar cercana al 100% en educación primaria y en rápida expansión en la secundaria. Es allí donde los jóvenes actuales y futuros están institucionalizados y desarrollan diariamente sus procesos de aprendizaje e interacción entre pares. Por otra parte, las fuertes diferencias sociales y los altos índices de pobreza en muchos países de la región hacen que en la gran mayoría de los hogares no exista la computadora. Por ello, es en las escuelas donde el acceso puede democratizarse.

Existen ya múltiples experiencias nacionales de equipamiento en medios interactivos en escuelas públicas, con éxito, cobertura y continuidad variables en América Latina. Brasil ha impulsado el Programa Nacional de Informática en Educación (ProInfo) y, para el caso de medios de comunicación, el Programa Nacional de Educación a Distancia: TV Escuela, que apoya la actividad docente de la red pública de enseñanza en aspectos de metodologías, tecnologías de enseñanza y material de apoyo para el trabajo en la sala de clases, a través de un canal de televisión dedicado exclusivamente a la educación. En Costa Rica, el Programa de Informática Educativa (PIE), desarrollado desde 1988 por el Ministerio de Educación Pública y la Fundación Omar Dengo en todo el país, ha mejorado la calidad de la educación mediante el uso de computadoras en la escuela primaria pública costarricense. En Chile, el proyecto Red Enlaces, desarrollado por el Ministerio de Educación, ha creado una red interescolar de comunicaciones a través de computadores entre alumnos, profesores y profesionales de otras instituciones relacionadas con la educación. Iniciado en forma experimental en 1992, al año 2001 el 62% de las escuelas primarias del país y el 89% de los liceos de educación media ya estaban conectados a Internet por la vía del programa Enlaces. Otros países como Argentina, Cuba, México y Uruguay, entre otros, también están abocados a instalar y extender la conectividad escolar.

Por último, dotar a las escuelas de equipamiento audiovisual e informático es solo el comienzo de un proceso, y no el centro de la transformación educativa. Educar para la sociedad de la información y el conocimiento es mucho más que cambiar libros por pantallas o monitores. Requiere conjugar lo mejor de la tradición crítica y la experiencia pedagógica con las nuevas opciones tecnológicas, así como cruzar los alfabetos escritos con las sensibilidades emergentes del nuevo entorno mediático. Cultura escolar y cultura juvenil deben abrirse mutuamente. Recordemos que las nuevas ramas en la industria cultural y las TIC redefinen radicalmente

la comunicación, el acceso a información y las formas de producir conocimientos. Al mismo tiempo, tornan difusas las fronteras entre aprendizaje y recreación, entre roles de emisión y de recepción, entre cultura sedimentada (valores, religión, conocimientos heredados) y cultura contingente (videoclips, telenovelas, videojuegos, chats, y otros), entre lo ilustrado y lo popular, lo selecto y lo masivo, lo nacional y lo exógeno. Cambia la percepción de la gente con respecto a qué, cuándo, dónde, y para qué conocer y aprender.

b) Educación para la ciudadanía

La centralidad progresiva del conocimiento y la educación para el desarrollo inciden significativamente en la dinámica de un orden democrático. Esto, dado que las democracias ya no descansan exclusivamente en un tipo de institucionalidad política, sino también en el uso ampliado del conocimiento, la información y la comunicación. En este marco, la educación debe ser un mecanismo para promover mayor participación del intercambio comunicativo de la sociedad, y un acceso más igualitario a la vida pública.

Además, la creciente diferenciación de los sujetos por su inserción en nuevos procesos productivos o comunicativos, y la mayor visibilidad de la cuestión identitaria, implican que la ciudadanía se cruza cada vez más con el tema de la afirmación de la diferencia, las políticas de reconocimiento y la promoción de la diversidad cultural y de género. Nuevas esferas que emanan de la subjetividad o la identidad son hoy politizadas y conducidas a la lucha por derechos y compromisos, tales como la práctica sexual, el consumo simbólico y material, las minorías de credo y prácticas institucionales diversas. Todo ello se proyecta a un diálogo público en que se espera cambiar la opinión pública, revertir los estigmas que pesan sobre algunos grupos y ampliar la tolerancia.

Para ser ciudadanos en una sociedad de información y de gestión se precisan activos que los jóvenes tendrán que adquirir mediante distintas fuentes de producción/difusión de conocimientos. En esto la educación no puede permanecer indiferente. La adecuación de los sistemas formativos a la "habilitación" ciudadana de los jóvenes implica la transmisión de nuevas destrezas: poder expresar sus demandas y opiniones en los medios de comunicación de masas y aprovechar la creciente flexibilidad de estos; manejar los códigos y las destrezas cognoscitivas de la vida moderna para adquirir información estratégica en función de proyectos propios y recrear dichos proyectos; manejar las posibilidades comunicativas y el ejercicio de derechos para defender sus diferencias culturales y desarrollar sus identidades de grupo o territorio; y tener la capacidad organizativa y de gestión para adaptarse a situaciones de creciente flexibilización en el trabajo

y la vida cotidiana, y para hacer respetar socialmente sus proyectos vitales (Hopenhayn y Ottone, 2000).

Todo esto hace que la educación y el conocimiento también sean progresivamente centrales en la promoción de las nuevas formas de ciudadanía para los y las jóvenes de hoy. Pero no es claro cómo se incorpora la formación ciudadana a la sala de clases o a los establecimientos educacionales. El modelo decimonónico de educación cívica o historia patria resulta insuficiente ante las nuevas formas de ejercicio ciudadano del siglo XXI. En la formación de las nuevas destrezas de ciudadanía, parecen ser más gravitantes las formas mismas de convivencia escolar, la democratización de relaciones dentro de la escuela, la reflexión compartida en contenidos de preocupación común, y un estilo pedagógico que permite mayor iniciativa de los educandos en sus propios procesos de aprendizaje.

c) Educación para el multiculturalismo y la sociedad de riesgo

Los cambios culturales asociados a la aldea global hacen que la educación deba dar especial importancia al reconocimiento de grupos y cosmovisiones distintas, sea por adscripción étnica, de género u origen sociocultural. No es solo cuestión de adaptar contenidos y lenguajes en zonas de alta concentración de ciertos grupos, sino sobre todo de fomentar la interacción entre jóvenes de grupos distintos. De lo contrario, el respeto a las identidades puede conducir, paradójicamente, a la segmentación y atomización sociocultural. En este sentido, la comunicación entre varones y mujeres, o entre jóvenes de grupos étnicos o socioculturales diferentes, debe fomentarse en la escuela como una práctica cotidiana de aprendizaje para la sociedad multicultural, de respeto a la diversidad y "convivencia en la diferencia". Además, "educar en el respeto a la diversidad, el reconocimiento del otro y el ejercicio de la solidaridad, son condiciones para ampliar y enriquecer la propia identidad" (Cubides, 1998, p. 5).

Cambian los signos. Ya no la cultura modelada por la educación, sino la educación interpelada desde la cultura: por el dinamismo de las identidades en la interacción mediática, la convivencia-en-la-diferencia con el aumento de migrantes y familias de migrantes; la segmentación de gustos ante la oferta expandida de los mercados culturales; la mayor visibilidad de la cuestión étnica en la política y en los medios de comunicación; las hibridaciones entre lo nuevo y lo viejo y entre lo local y lo externo. Todo esto mina las formas más jerárquicas y homogenizantes de transmitir conocimientos, y cuestiona al sistema educativo precisamente en aquellos referentes históricos que lo rigieron por muchas décadas: la misma educación para todos, programas decididos centralmente y de larga vigencia, concepto universal y clásico de la cultura que se debe transmitir, y unificación cultural a través de la educación formal.

Tanto los procesos de aprendizaje como la convivencia escolar se ven hoy tensados entre un imaginario educacional teñido por compartimentos estancos, y nuevas realidades en el campo del conocimiento y de la vida cotidiana que pueblan la cabeza de los alumnos de muchos textos cruzados. Estas tensiones exigen nuevas síntesis y mapas cognitivos, lo que plantea un reto a la mayoría de los sistemas educacionales latinoamericanos, por cuanto el aprendizaje en la diferencia es tanto o más una práctica en el aula que un conjunto de contenidos programáticos. Pensemos que en nuestros países es poco frecuente, por razones de segmentación geográfica y social, que en un mismo colegio o sala de clases convivan jóvenes de distintos estratos por ingresos o diferentes cosmovisiones.

En este sentido, es importante la noción de "educación para la vida" que se maneja en muchas reformas educativas de la región, así como en los foros intergubernamentales e internacionales sobre educación. Es necesario brindar herramientas para que los jóvenes puedan vivir su sexualidad minimizando riesgos sin sacrificar su espíritu lúdico; dar espacio a sus deseos de experimentar y expandirse, pero con la información veraz que les permita minimizar riesgos; elaborar situaciones de creciente inseguridad ciudadana e incertidumbre ante el futuro; ser capaces de seleccionar información y conocimientos que les permitan reflexionar sobre sus propias identidades; utilizar recursos de la industria audiovisual para pensar los cambios culturales y cómo les afectan en la vida cotidiana; participar de una ética fundada en el pleno respeto a los derechos humanos universales; y desarrollar un espíritu crítico apropiado para vincularse productiva y activamente con los medios interactivos y masivos de comunicación.

d) Educación para el trabajo

Los cambios en patrones productivos y requerimientos laborales tornan cada vez más complejo el rol del sistema formal de la educación en la preparación para trayectorias futuras en el mundo del trabajo. No existe garantía de que la adquisición de conocimientos generales, la acumulación de conocimientos en materias específicas y el buen rendimiento escolar aseguren un futuro promisorio en el plano laboral.

Por una parte, la revolución de las nuevas TIC ha implicado una profunda y permanente transformación del mundo laboral, y más específicamente de la organización de la producción, así como de las formas de vinculación del capital con los trabajadores (Alburquerque, Ensignia y Montero, 1999). El desarrollo de la tecnología informática promueve una organización del trabajo mucho más horizontal y a la vez flexible. Actualmente, a cada unidad ingresa información acerca de preferencias y demandas cada vez más específicas de los consumidores, y en esta unidad deben solucionarse los problemas técnicos, tecnológicos, de insumos y costos, tiempos y destinaciones de personas, a objeto de responder de manera más autónoma

posible a dichos desafíos.

El trabajo se desagrega en escalas más pequeñas y menos mecánicas mediante deslocalización de procesos, producción de partes y programas de computación (softwares), trabajo de grupo, rotación de labores, gestión compartida. El desarrollo tecnológico y las exigencias de productividad alteran las rutinas productivas, la división entre trabajo manual e intelectual (o entre trabajo mecanizado y trabajo creativo), las formas de gestionar y organizar los procesos de producción, y la relación entre oferta y demanda de trabajo. La empresa se descentra y con ello también altera el lugar del trabajo. Por efecto de la globalización y el informacionalismo, la gestión y organización en las unidades productivas cambia radicalmente y hace más incierto el estatus del trabajo.

Por otra parte, estos cambios han resultado en un mundo laboral cada vez más inseguro, con menos empleos tradicionales de por vida, menos estables, aunque sí con más trabajo, mayor diversidad de intereses y también mayores oportunidades de desarrollar nichos creativos de producción, para lo cual se requiere de emprendedores y cada vez de menos asalariados (Auer y Cazes, 2002). Según Zygmunt Bauman, "despojado de su parafernalia escatológica y separado de sus raíces metafísicas, el trabajo ha perdido la centralidad que le fue asignada en la galaxia de los valores dominantes de la era de la modernidad sólida y el capitalismo pesado. El 'trabajo' ya no puede ofrecer un huso seguro en el cual enrollar y fijar definiciones del yo, identidades y proyectos de vida" (Bauman, 2003, p. 149).

Actualmente, el destino del trabajador oscila entre la autonomía y la fragilidad. Por una parte, campea la imagen postmoderna –o globalizada, o informacional– del experto en programas computacionales, joven y exitoso, que decide sobre su horario y estilo de trabajo; por otra, la imagen inquietante del empleo flexible coloca a millones de trabajadores en manos de operaciones a distancia que ellos no conocen, ya sea de especulación financiera o de megafusiones corporativas. En teoría, la ingeniería social y la gestión empresarial proclaman, entusiastas, la posibilidad ad portas de conciliar la competitividad con la creatividad. Pero en la práctica la bisagra se abre hacia ambos lados: la creatividad irreverente de los nuevos "analistas simbólicos", y los desempleados tecnológicos que vagan a la deriva entre agencias de

[9] Robert Reich acuñó el término "analistas simbólicos"para referirse a una creciente masa de trabajadores, en general profesionales que logran valorizar altamente sus capacidades intelectuales, se insertan con facilidad en la sociedad-red, trabajan solos o en pequeños equipos, hacen de la creatividad su gran ventaja comparativa y se relacionan con pares en todo el planeta. Según Reich, los analistas simbólicos "rara vez entran en contacto con los beneficiarios últimos de su trabajo (...) trabajan con colegas o socios más que jefes o supervisores (...) tienen ingresos variables que dependen de la calidad, orginalidad y

empleo, seguros sociales y estrategias de supervivencia.[9]

Todo esto plantea interrogantes sobre las formas en que la educación debe preparar a los jóvenes para el nuevo escenario productivo. La discontinuidad en las trayectorias laborales y la necesidad de actualización y cambio permanente en las destrezas para el trabajo obligan a pensar en contenidos curriculares abiertos, en educación a lo largo de toda la vida y en la formación en destrezas de gestión y organización. Más que saberes disciplinarios, se trata de desarrollar en los jóvenes capacidades de adaptación a escenarios muy dinámicos, donde las competencias básicas de lecto-escritura, pensamiento lógico y matemáticas deben complementarse con mayor iniciativa de los educandos, habilidad para generar información propia a partir de la conexión a redes, y otros. No hay fórmulas claras sino el incierto camino del ensayo y el error.

Recapitulación

Los jóvenes iberoamericanos enfrentan graves problemas de deserción, rezago escolar, y aprendizaje efectivo, y la cobertura se muestra más insuficiente conforme se avanza en los niveles educacionales. La disparidad en logros y aprendizajes es alta debido a que, si bien las nuevas generaciones alcanzan mayor nivel educacional que las precedentes, dentro de cada generación persisten brechas notorias en logros educativos según ingreso, clase social y localización territorial de los educandos, además de las diferencias generales entre países. Las brechas entre calidad y logros en educación privada versus pública, así como según niveles socioeconómicos y localización espacial, indican una fuerte segmentación de aprendizajes en perjuicio de los jóvenes más pobres y los jóvenes rurales. Lo anterior se ratifica por una estrecha asociación entre nivel de ingresos de los hogares y logro educativo.

Los países de Iberoamérica han avanzado en matrícula educacional al punto que la gran mayoría de ellos han logrado cobertura universal en la educación primaria y nivelado el logro entre varones y mujeres, en tanto que el analfabetismo se ha reducido considerablemente. En general, los logros del grupo etario de 15 a 29 años son claramente superiores a los de los adultos de 30 a 59 años. Esta diferencia básica entre generaciones, que se refiere al dominio de la lecto-escritura, permite interrogar sobre cómo cambian las relaciones de autoridad y jerarquía entre padres e hijos, o entre

velocidad con que resuelven, identifican y reformulan nuevos problemas (...) sus carreras no son lineales ni jerárquicas (...) pueden adquirir grandes responsabilidades y manejar una enorme cantidad de dinero desde muy jóvenes" (Reich, 1992).

adultos y jóvenes, cuando los segundos son más letrados que los primeros.

La conclusión de la educación secundaria es drásticamente menor que la de primaria y la heterogeneidad entre países es aún mayor. Respecto de la participación de los jóvenes en la educación superior, en la última década la conclusión de la educación terciaria se extendió de 4,4% de los jóvenes de 25 a 29 años a un 6,5% en América Latina, lo que muestra un aumento importante pero un acceso y progresión todavía muy bajo.

Entre los y las jóvenes de 15 a 29 años se observan mejores logros de las mujeres que de hombres en niveles primario y secundario, tendencia que no se manifiesta en los de mayor edad. Esto indica un claro mejoramiento de la inserción educacional de las mujeres cuyos logros se ubiquen entre 5 y 12 años de educación efectiva. Respecto de la educación superior, las desigualdades de acceso por sexo en favor de los hombres tienden a disminuir radicalmente.

Son muchos los desafíos que se le plantean a la educación, sobre todo si le compete formar jóvenes para el empleo productivo, la ciudadanía activa y la participación en la sociedad del conocimiento: problemas de excesiva repetición y deserción escolares, lo que traba la progresión en los logros; problemas de desigualdad en oportunidades y logros educacionales, lo que reproduce desigualdades entre una generación y la siguiente; problemas de calidad reflejados en bajos niveles de aprendizajes efectivos, lo que limita las trayectorias laborales y vitales de los jóvenes y restringe el capital humano de la sociedad; vacíos que es preciso colmar con respecto a la formación para la sociedad del conocimiento y las democracias contemporáneas; e inadecuaciones en el rol de la educación como preparación para nuevos desafíos en el mundo del trabajo.

Capítulo VI

Empleo

El empleo juega un papel clave en la inserción social de los jóvenes, puesto que constituye la principal fuente de ingreso de las personas, proporciona integridad social y conlleva legitimidad y reconocimiento social. Es también un ámbito de desarrollo interpersonal que facilita los contactos y la integración a redes, y permite la participación en acciones colectivas (Ruiz-Tagle, 2000). Por eso, las características de la inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo determinan en parte su futuro. Una vez definidas las pautas de los aspectos mencionados es difícil que se modifiquen profundamente en la vida adulta. De esta manera, aunque los cambios culturales recientes hayan revalorado objetivos y expectativas centradas en otros aspectos de la vida, el empleo sigue ejerciendo un papel clave para este segmento etario de la población. Debido a la importancia que reviste este tema, en el marco de los diferentes factores que hoy están incidiendo en la baja calidad y estabilidad del empleo, resulta pertinente examinar la situación actual y los cambios recientes del empleo juvenil en Ibeoramérica.

En la primera sección de este capítulo, se resume brevemente la evolución general de los mercados de trabajo latino-iberoamericanos, a fin de contextualizar el desarrollo reciente de la inserción laboral juvenil. En las secciones siguientes, se analiza la evolución de la actividad e inactividad laboral, de los niveles y características del empleo, del desempleo y de los ingresos laborales. Posteriormente, se presentan valoraciones de los propios jóvenes, emanadas de las encuestas de juventud, con respecto al trabajo, el desempleo y los mecanismos que utilizan para acceder al mercado laboral. El capítulo cierra con una breve sección de conclusiones.

La elaboración de este capítulo se basa en el análisis de encuestas de hogares de 18 países latinoamericanos y en información disponible sobre España y Portugal en la base de datos estadísticos LABORSTA de la OIT.[1] Se utilizó también la información que arrojan las encuestas nacionales de juventud realizadas en Chile, Colombia, España, Guatemala, México y Portugal entre los años 1997-2000. Si bien estas encuestas se aplicaron en distintos tiempos y las preguntas tienen un bajo nivel de comparación, permiten trazar bocetos y pinceladas sobre las opiniones de los jóvenes respecto del mercado de trabajo hacia el cual proyectan sus trayectorias individuales. Esta información da cuenta de variables más subjetivas de los jóvenes, que hacen de contrapunto a los datos entregados por las encuestas de hogares.

A. El contexto general de la evolución de los mercados de trabajo desde 1990

Después del empeoramiento de la situación laboral durante "la década perdida" de los años ochenta, las condiciones macroeconómicas de América Latina volvieron a ser más favorables durante el decenio siguiente. Sin embargo, desde fines de los años noventa la caída del crecimiento económico nuevamente impactó a los mercados de trabajo y, por lo tanto también se vieron afectadas las condiciones de la inserción laboral de los jóvenes. Las transformaciones recientes del empleo juvenil en Iberoamérica responden a la evolución que han tenido los mercados laborales en su conjunto durante la última década.

El nivel del empleo, medido por la tasa de ocupación, o sea, descontado su componente demográfico, ha mostrado un comportamiento claramente procíclico.[2] Vale decir, tiende a contraerse con la contracción

---

[1] Respecto de América Latina, no se dispone de información estadística de los mismos años para todos los países. Se ha procurado procesar la información disponible más reciente (inicios de la presente década) y datos para un año de los inicios de la década de 1990. Debido a que no todos los países disponen de esta información, en algunos casos se incorporaron datos de mediados de esa década. Para poder identificar tendencias regionales, como punto de partida se calcularon promedios de esos datos de inicios o mediados de los años noventa, denominándose el período correspondiente (que por el procedimiento descrito no siempre corresponde a un decenio) como *"el período reciente"*. Las grandes tendencias observables en la región son representadas por los promedios simples correspondientes. Si bien obviamente en mucho casos la información de países específicos puede no coincidir con estos promedios, la información estadística detallada presentada en el Anexo estadístico de este capítulo permite una revisión país por país.

[2] La tasa de ocupación es la razón entre el número de ocupados y la población en edad de trabajar.

de la economía y se expande cuando esta última crece. Dado el moderado crecimiento económico de los primeros años del decenio de 1990 y el estancamiento posterior, la tasa de ocupación subió solo moderadamente, registrando caídas en el último período. En el promedio simple de los países latinoamericanos, esta registra solo un leve aumento de 50,7% a 52,0% entre 1990 y 2003. En contraste, tanto España como Portugal tuvieron incrementos mucho más pronunciados de su tasa de ocupación, de 41,3% a 48,7% y de 56,5% a 58,5%, respectivamente.[3]

Al mismo tiempo, la participación laboral tendió a subir, sobre todo a causa de cambios socioculturales y mayores oportunidades de empleo remunerado para las mujeres.[4] Si bien este incremento se atenuó en el contexto de decrecientes oportunidades de empleo a fines de los años noventa e inicios de la presente década, al comparar los años 1990 y 2003 es claro el aumento de la tasa de participación, de 55,3% a 58,4%. Esta tasa subió también en España y Portugal, de 49,4% a 55,0% y de 59,0% a 61,8%, respectivamente.

En América Latina, como resultado del fuerte incremento de la oferta laboral (las personas interesadas en trabajar, tengan empleo o no) y del crecimiento más moderado del nivel de ocupación, se produjo un marcado aumento del desempleo abierto, de 8,3% a 10,9% entre los años mencionados. En contraste, España registró una ostensible caída de su tasa de desempleo, de 16,3% a 11,4%, aunque su nivel todavía se mantiene alto en comparación con otros países europeos. En Portugal, la tasa de desempleo es mucho más baja, aunque entre 1990 y 2002 subió de 4,3% a 5,4%.

Una tendencia notable ha sido la profunda recomposición del empleo en América Latina, en cuanto a sus ramas de actividad. Diferentes estudios verifican la caída de la participación de la agricultura y la industria manufacturera y una elevada concentración de los nuevos puestos de trabajo en las ramas de actividad del sector terciario. Durante los años noventa, el empleo en la agricultura cayó por primera vez en términos absolutos, aunque en algunos países siguió cumpliendo la función del "empleador de última instancia" para una parte de la población económicamente activa. Asimismo, la participación del empleo manufacturero también está bajando, al igual que las tendencias globales, a causa de importantes cambios tecnológicos y su repercusión en la productividad laboral (CEPAL, 2002a, pp. 47-50).

---

[3] Datos de 1990 y 2002, respectivamente.

[4] La tasa de participación laboral, también llamada tasa de actividad, es la razón entre el número de la población económicamente activa (ocupados más desocupados) y la población en edad de trabajar.

Finalmente, la concentración de los nuevos puestos de trabajo en el sector terciario refleja una evolución polarizada (Weller, 2001). Por una parte, surgió una importante cantidad de empleos en algunos rubros y actividades clave para la competitividad sistémica y el desarrollo sostenible: empleos altamente productivos y típicamente bien renumerados, tales como servicios financieros, servicios a empresas, telecomunicaciones, energía, y servicios sociales. Sin embargo, el dinamismo de muchas de estas actividades decayó durante la "media década perdida" (1998-2002). Como resultado de lo anterior, aumentó la generación de empleo en el otro polo del sector terciario, que ya previamente había contribuido a gran parte de los nuevos empleos y que se caracteriza por ocupaciones de bajas barreras de entrada, baja productividad media y bajas remuneraciones, como el comercio informal y ciertos servicios personales.

Los cambios económicos, tecnológicos y políticos de los últimos 20 años, junto con un crecimiento económico entre bajo y moderado, tuvieron efectos adicionales en la composición del empleo. Por una parte, frenaron y revirtieron el proceso previo de un aumento de la participación del empleo público. También bajó la participación de las pequeñas, medianas y grandes empresas privadas en el empleo urbano, expresando una demanda laboral limitada debido al magro crecimiento económico y a tendencias de subcontratación de la producción de bienes y servicios a empresas especializadas de menor tamaño.

Por otra parte, ha aumentado la participación de las microempresas y del trabajo por cuenta propia. Esta tendencia nuevamente expresa la especialización de unidades productivas de menor tamaño y, sobre todo, la falta de alternativas de empleo para personas de bajo nivel de educación, junto con la expansión correspondiente del sector informal. Como consecuencia de ello, 7 de cada 10 nuevos puestos de trabajo generados durante los años noventa en las zonas urbanas surgieron en sectores de baja productividad (CEPAL, 2001b).

La creciente incorporación laboral de las mujeres se vio favorecida por la generación de empleo remunerado en el sector terciario, lo que abrió nuevas oportunidades de empleo, sobre todo para mujeres de niveles educativos altos e intermedios. Si bien persisten mayores niveles de informalidad entre las mujeres que entre los hombres, y se mantienen importantes diferencias salariales entre ambos géneros, ambas brechas se han reducido levemente durante la última década.

Finalmente, los salarios han reflejado, a grandes rasgos, la evolución de la productividad laboral. Durante la primera parte de los años noventa, la moderada recuperación de la productividad laboral media en América Latina –después de su marcada caída durante los años ochenta– incidió

en un incremento igualmente moderado de los salarios reales en el sector formal de la economía. Esta mejoría se frenó con la "media década perdida", y en el año 2002 dichos salarios se ubicaron en el mismo nivel del año 1997 en el promedio ponderado de los países de la región, sufriendo una caída importante en el 2003 (CEPAL, 2003c). Además, en muchos países se ha registrado un aumento de la brecha salarial entre los más calificados y los trabajadores de niveles educativos medios y bajos.

B. La evolución de la inserción laboral de los jóvenes en Iberoamérica

En los análisis de la inserción laboral de los jóvenes, generalmente se resalta el elevado nivel de desempleo y subempleo juveniles, y la alta precariedad de quienes logran ocuparse, expresada en inestabilidad laboral, bajas remuneraciones, escasa cobertura de la seguridad social, y otras (E. Rodríguez y Dabezies (comps.), 1991). Estos estudios también han revelado fuertes procesos de segmentación en la juventud, que indican que las experiencias de inserción laboral, lejos de ser un colectivo homogéneo, varían enormemente entre grupos juveniles específicos. Sin embargo, más allá de la heterogeneidad de experiencias y situaciones, existen algunas variables determinantes de la inserción laboral de los jóvenes, tanto en la demanda como en la oferta laboral. Con respecto a la demanda, se destacan los cambios tecnológicos y organizativos en la producción. Con relación a la oferta, se enfatizan la mayor inserción laboral de mujeres jóvenes, cambios en las pautas educativas, en las expectativas de los jóvenes, y en las reglas de esta inserción laboral (sobre todo las reformas laborales y los cambios en la prácticas de contratación de las empresas).[5]

Algunas tendencias específicas de la oferta y la demanda laborales contribuyeron a crear expectativas en una mejor inserción laboral de los jóvenes (Weller, 2003). Entre las primeras, destacan el cambio demográfico y la evolución de los sistemas educativos. Con el descenso de las tasas de crecimiento poblacional, las nuevas cohortes entrantes a los mercados de trabajo forman una proporción decreciente de la población en edad de trabajar. A la vez, la expansión de los sistemas educativos tiene un doble efecto en la oferta laboral juvenil. Primero, un efecto cuantitativo, pues la mayor permanencia de los jóvenes en el sistema reduce la participación laboral; y segundo, un efecto cualitativo, ya que los jóvenes entran al mercado de

[5] Véase al respecto CEPAL (2003b). Estudios recientes sobre la inserción laboral de los jóvenes latinoamericanos son los de Bruni Celli y Obuchi (2002), Diez de Medina (2001), Fawcett (2002), Tokman (2003) y Weller (2003).

trabajo con mejores niveles educativos. En consecuencia, en la oferta laboral, una menor presión de participación laboral juvenil y una mayor calidad de la mano de obra de las nuevas cohortes entrantes a los mercados de trabajo tenderían a favorecer la inserción laboral de los jóvenes.

Al mismo tiempo, en la discusión sobre los cambios recientes en la demanda laboral se ha puesto énfasis en que habría un sesgo en favor de la mano de obra más calificada, a causa del cambio tecnológico y la creciente competencia en los mercados, fomentada especialmente por la apertura comercial. Un papel importante jugarían en este contexto las tecnologías de información, a las que las nuevas generaciones tendrían una mayor adaptabilidad debido a que están creciendo con ellas. Los jóvenes, además, se verían favorecidos por su mayor flexibilidad, más acorde con las nuevas pautas de la demanda laboral, mientras que muchos adultos aspiran a empleos con estabilidad laboral debido a sus expectativas desarrolladas en el pasado, así como a los altos costos de mantener una familia. Por otra parte, la reestructuración sectorial tendería al menos parcialmente a favorecer al empleo juvenil, ya que en algunas de las actividades con mayor generación de empleo existe una elevada participación de jóvenes. Finalmente, tanto en las actividades que requieren altos niveles de calificación como en aquellas de calificación intermedia, hay una elevada presencia de mujeres, lo que facilitaría una mayor inserción laboral de estas, entre ellas de mujeres jóvenes.

Dado lo anterior, cabría suponer que los cambios tecnológicos, organizacionales y sectoriales favorecerían a los jóvenes. En los de más edad, en cambio, se ubicarían la mayor parte de los "perdedores" de las reestructuraciones en curso, debido a pérdidas de empleo en rubros en contracción, la depreciación de gran parte de su capital humano (experiencia laboral específica), y las dificultades de adaptación a las nuevas tecnologías.

1. La evolución de la actividad y la inactividad juveniles

En América Latina, en el período reciente destacan dos tendencias con respecto a la participación de los jóvenes en el mercado de trabajo. Una es la caída de la tasa de participación de los hombres. La segunda es el aumento de la tasa de participación de las mujeres y, por lo tanto, una reducción de la brecha de la participación entre hombres y mujeres (véanse el cuadro VI.1 y el cuadro 1 del Anexo estadístico, sección Empleo).

Como saldo de estas tendencias opuestas, el conjunto de los jóvenes registró un leve aumento de su participación laboral. Este incremento fue, sin embargo, claramente menor que el de los adultos, que reflejó la masiva

Cuadro VI.1

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): TASAS DE PARTICIPACIÓN POR GRUPO ETARIO Y SEXO, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DE 1990 - ALREDEDOR DE 2002

(En promedios simples)

	15-64 años			**15-29 años**			**30-64 años**		
Año	*Hombre*	*Mujer*	*Ambos*	*Hombre*	*Mujer*	*Ambos*	*Hombre*	*Mujer*	*Ambos*
1990	84,1	42,9	62,7	74,4	39,7	56,5	92,8	45,9	68,3
2002	83,4	51,9	67,1	71,6	45,1	58,1	92,9	57,3	74,2
Variación porcentual	-0,8	21,1	7,1	-3,8	13,6	2,8	0,1	24,7	8,7

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

incorporación de mujeres adultas al mercado de trabajo. Aun con la evolución indicada, la tasa de participación de los hombres jóvenes latinoamericanos supera a la de sus pares españoles (72,3% comparado con 68,4%), mientras que en el caso de las mujeres la situación sigue siendo inversa (54,4% comparado con 57,9%), con lo que la tasa de actividad de los jóvenes latinoamericanos en su conjunto se mantiene por debajo del nivel de sus pares españoles (58,7% comparado con 63,3%).[6]

Como la transición demográfica en América Latina implica que el número de los jóvenes está creciendo menos que el de los adultos, el menor aumento de la participación refuerza la tendencia de un descenso de la proporción de los jóvenes en la fuerza de trabajo.[7] Si bien esto tiende a mejorar la situación competitiva relativa de los jóvenes en el mercado de trabajo, la fuerza de trabajo de la región todavía es eminentemente joven.

La caída de la tasa de participación de los hombres jóvenes se observa en los tres grupos etarios (15 a 19, 20 a 24 y 25 a 29 años), siendo más marcada en los grupos más jóvenes. Este descenso refleja, sobre todo, la mayor permanencia de los jóvenes en el sistema educativo, ya que los estudiantes aumentaron su porcentaje, tanto en los grupos etarios en su conjunto, como en los económicamente inactivos. Esta situación también se

---

6 Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que los datos latinoamericanos se refieren al grupo de 15 a 29 años, mientras que en España se utiliza el rango de 16 a 29 años. Si se empleara el mismo rango, la brecha de la tasa de actividad sería menor.

7 Entre 1990 y 2000, en América Latina el número de jóvenes aumentó en 20 millones, lo que representa un crecimiento anual de 1,5%, mientras que el número de los adultos creció en 3,0%; en consecuencia, la participación de los jóvenes en la población en edad de trabajar descendió de 48,1% a 44,5%, lo que todavía es un porcentaje elevado (cálculo propio sobre la base de datos de la CEPAL, 2003d). Véase al respecto el capítulo sobre dinámica de la población en este libro.

Cuadro VI.2

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): TASAS DE PARTICIPACIÓN DE JÓVENES POR SUBGRUPO ETARIO Y SEXO, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DE 1990-ALREDEDOR DE 2002

(En promedios simples)

	15-19 años			**20-24 años**			**25-29 años**		
Año	*Hombre*	*Mujer*	*Ambos*	*Hombre*	*Mujer*	*Ambos*	*Hombre*	*Mujer*	*Ambos*
1990	52,4	25,5	38,9	83,8	46,1	64,2	94,8	50,4	71,5
2002	47,7	27,3	37,5	82,5	51,9	66,9	94,2	60,7	76,7
Variación porcentual	-9,0	6,9	-3,5	-1,5	12,7	4,3	-0,7	20,5	7.4

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

verifica en Portugal, donde se registra una caída de la participación de los jóvenes entre 15 y 19 años, que tiene que ver en particular con el aumento del número de jóvenes en condición de estudiantes.

Asimismo, en América Latina bajó la participación de los "otros inactivos", que es el grupo que contiene el principal contingente de jóvenes en mayor riesgo de exclusión y marginación. Por este contexto de incremento del peso de los estudiantes y de una reducción de los "otros inactivos", la merma de la tasa de participación de los jóvenes es una tendencia positiva. Sin embargo, todavía persisten problemas al respecto, como lo indica, por ejemplo, la persistencia de una elevada participación laboral de los jóvenes entre 15 y 19 años y el hecho de que más del 5% de este grupo etario pertenece a los "otros inactivos".

Mientras que la tasa de participación de los hombres jóvenes cayó levemente, la participación laboral de las mujeres jóvenes subió en forma pronunciada, sobre todo en los grupos etarios mayores (20 a 24 y 25 a 29 años) (véanse el cuadro VI.2 y el cuadro 1 del Anexo estadístico, sección Empleo). Por lo tanto, la brecha de actividad con respecto a los hombres jóvenes se redujo en todos estos grupos. La mayor participación laboral no condujo a ninguna caída de la atención al sistema escolar y, como en el caso de los hombres, en todos los grupos etarios la proporción de las estudiantes aumentó, superando en todos ellos la atención escolar de las mujeres a la de los hombres de la misma edad. En contraste, descendió marcadamente la proporción de las jóvenes que se desempeñan en oficios domésticos y de las "otras inactivas" (véase el cuadro VI.3). El aumento paralelo de la atención educativa y de la inserción laboral puede considerarse como otra tendencia positiva. Nuevamente, eso no significa que los problemas de inactividad laboral estén superados, ya que todavía una de cada cinco jóvenes entre 15

Cuadro VI.3

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): PROPORCIÓN DE JÓVENES INACTIVOS, POR GRUPO ETARIO, SEXO Y TIPO DE INACTIVIDAD, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DE 1990 - ALREDEDOR 2002

(En promedios simples)

	1990			2002			Variación porcentual		
Edad	*Ambos*	*Hombres*	*Mujeres*	*Ambos*	*Hombres*	*Mujeres*	*Ambos*	*Hombres*	*Mujeres*
Estudiantes									
15-19	43,9	41,2	46,6	48,6	46,4	50,8	10,7	12,8	9,1
20-24	11,9	11,4	12,4	13,9	12,6	15,2	17,0	10,3	23,1
25-29	2,6	2,3	2,8	2,9	2,7	3,1	12,6	14,0	11,8
Oficios domésticos									
15-19	12,9	0,8	25,0	10,2	1,2	19,2	-21,0	51,9	-23,0
20-24	20,1	0,3	38,6	15,3	0,6	29,5	-23,9	96,0	-23,6
25-29	23,7	0,1	44,9	17,7	0,4	33,5	-25,4	159,3	-25,4
Otros inactivos									
15-19	5,1	6,1	4,1	4,7	5,3	4,1	-8,8	-13,7	-1,7
20-24	4,2	4,4	4,0	3,6	3,5	3,7	-15,1	-21,3	-7,9
25-29	3,0	3,2	2,9	2,6	2,6	2,6	-15,2	-17,7	-11,9
Total inactivos									
15-19	61,0	47,6	74,3	62,2	52,0	72,4	1,8	9,1	-2,6
20-24	35,7	16,2	53,8	32,2	16,6	47,3	-9,7	2,7	-12,1
25-29	28,6	5,6	49,2	22,8	5,7	38,4	-20,2	2,2	-21,9

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

y 19 años se ocupa de oficios domésticos, lo que restringe severamente las condiciones de una futura inserción en el mercado de trabajo.

La mayor asistencia al sistema educativo se evidencia no solamente en el aumento de la proporción de los estudiantes como porcentaje de los grupos etarios correspondientes, sino también en la mayor proporción de jóvenes ocupados y desocupados que asisten al sistema educativo. Este grupo es muy importante, pues abarca un tercio de los ocupados entre 15 y 19 años, un quinto del grupo de 20 a 24 años y un décimo del grupo de 25 a 29 años, siendo las proporciones parecidas entre los desocupados (véase el cuadro VI.4).

Durante los años noventa hubo un aumento generalizado de estos

Cuadro VI.4

AMÉRICA LATINA (13 PAÍSES): ASISTENCIA EDUCATIVA DE JÓVENES OCUPADOS Y DESEMPLEADOS, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DE 1990 - ALREDEDOR DE 2002

(En promedios simples)

	1990			2002			Variación porcentual		
Edad	*Ambos*	*Hombres*	*Mujeres*	*Ambos*	*Hombres*	*Mujeres*	*Ambos*	*Hombres*	*Mujeres*
OCUPADOS Asiste/Total de ocupados									
15-19 años	26,6	25,6	30,1	34,5	32,0	39,8	29,6	25,0	32,0
20-24 años	14,9	13,4	17,6	19,9	17,0	25,3	34,0	27,3	43,6
25-29 años	7,7	7,0	9,3	11,1	9,1	14,1	42,7	31,2	51,2
DESOCUPADOS Asiste/Total desocupados									
15-19 años	30,8	30,6	31,4	28,9	26,8	32,9	-6,0	-12,4	5,0
20-24 años	18,8	18,5	19,2	21,2	21,2	22,1	12,7	14,2	15,2
25-29 años	9,3	9,9	9,4	11,8	13,3	11,0	27,7	34,4	17,2

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

porcentajes, tanto entre los hombres como entre las mujeres, lo que pudiera llevar a pensar que la situación general del mercado de trabajo durante los años recientes ha obligado a muchos hogares a incorporar a los hijos miembros al mercado de trabajo. Sin embargo, dada la creciente conciencia sobre la importancia de la educación para el futuro de estos jóvenes, ello no necesariamente implicaría que los retiraran del sistema educativo. Si bien reflejaría un mayor esfuerzo por mejorar los niveles educativos de los jóvenes, el aumento de estos porcentajes es una mala noticia, pues la dedicación simultánea al trabajo y el estudio suele afectar negativamente a los resultados del aprendizaje, por lo menos a partir de cierto número de horas trabajadas.

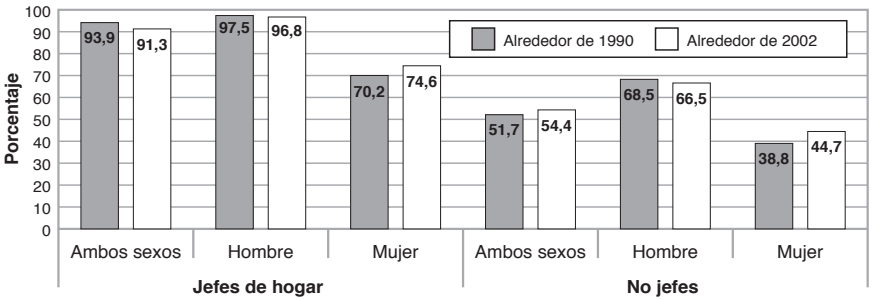
Es interesante observar que los porcentajes de asistencia al sistema educativo entre ocupados y desocupados son persistentemente más altos entre las mujeres jóvenes que entre sus coetarios masculinos, lo que coincide con su mayor porcentaje de asistencia al sistema educativo en general. Es de suponer que la causa de ello es que existe conciencia de que para mujeres de bajo nivel educativo existen relativamente menos oportunidades de empleo que para los hombres, por lo que ellas harían un esfuerzo mayor por calificarse a fin de mejorar sus opciones de acceso a empleos de buena calidad.

La tasa de participación es lógicamente más alta entre jóvenes que

Gráfico VI.1

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): TASAS DE PARTICIPACIÓN EN LA FUERZA DE TRABAJO, SEGÚN JEFATURA DE HOGAR Y SEXO, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DE 1990 - ALREDEDOR DE 2002

(En promedios simples)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

son jefes del hogar que entre aquellos que no lo son. Entre los jóvenes jefes, la participación es cercana al 100%, mientras que la participación de las jóvenes jefas supera el 70% (véanse el gráfico VI.1 y el cuadro 2 del Anexo estadístico, sección Empleo). Los datos del cuadro VI.5 permiten observar que las tendencias mencionadas previamente –la reducción de la participación de los hombres y el aumento en el caso de las mujeres– se concentran en los jóvenes que no son jefes de hogar.

Existe una clara diferencia entre hombres y mujeres jóvenes con respecto a su participación laboral, según el ingreso del hogar a que pertenecen. Entre los hombres se observa una curva de una "U invertida", con las tasas más bajas en el primero y quinto quintiles de ingresos, si bien con diferencias menores entre los quintiles.[8] En contraste, en el caso de las mujeres jóvenes, hay una clara correlación positiva entre el nivel de ingreso del hogar y la participación laboral de este grupo. En efecto, las jóvenes pertenecientes a los hogares más pobres (primer quintil) tienen una tasa de participación inferior en alrededor 20 puntos porcentuales con respecto a sus coetarias del quintil más rico. Durante los años noventa esta brecha disminuyó algo, dado que el aumento de la participación de las jóvenes se concentró en los primeros cuatro quintiles (mientras que en el quinto posiblemente la extensión de la permanencia en el sistema educativo fue más elevada), pero sigue siendo amplia.

Desde una perspectiva territorial, se observa que en las zonas rurales

[8] Alrededor de cinco puntos porcentuales entre la tasa más baja y la más alta.

Cuadro VI.5

AMÉRICA LATINA (13 PAÍSES):[a/] TASAS DE PARTICIPACIÓN DE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD, SEGÚN SEXO Y GRUPO DE EDAD, ZONAS URBANAS Y RURALES, ALREDEDOR DE 1990 - ALREDEDOR DE 2002

(En promedios simples)

		Año				Var. porcentual	
		1990		2002		1990-2002	
Sexo	Grupo de edad	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural
Ambos sexos	15 a 19 años	36,7	50,3	34,5	46,2	-5,9	-8,1
	20 a 24 años	66,5	64,6	68,0	67,5	2,2	4,4
	25 a 29 años	75,2	65,2	79,1	70,8	5,1	8,6
	15 a 29 años	**63,3**	**60,4**	**65,4**	**62,5**	**3,4**	**3,3**
Hombres	15 a 19 años	45,2	72,2	40,5	63,0	-10,4	-12,7
	20 a 24 años	81,5	93,3	80,0	90,9	-1,9	-2,6
	25 a 29 años	94,5	96,6	93,2	95,2	-1,4	-1,4
	15 a 29 años	**78,4**	**87,5**	**76,6**	**84,1**	**-2,2**	**-3,9**
Mujeres	15 a 19 años	28,9	26,6	28,6	27,9	-0,8	4,9
	20 a 24 años	53,3	35,5	56,7	42,8	6,2	20,4
	25 a 29 años	58,7	35,1	66,6	46,8	13,5	33,5
	15 a 29 años	**50,2**	**32,8**	**55,2**	**40,1**	**9,9**	**22,3**

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] En zonas urbanas, considera 13 países y en zonas rurales solo 10 países.

la tasa de actividad es muy alta (más de 60% a inicios de la presente década) incluso en el grupo más joven de los hombres (15 a 19 años), y supera el 90% en el grupo de 20 a 24 años, siempre por sobre sus pares urbanos, lo que refleja oportunidades de educación más limitadas. Entre las mujeres la situación es inversa, pues las escasas oportunidades de empleo para mujeres y los obstáculos culturales existentes limitan una mayor inserción laboral en las zonas rurales. En el período reciente, la caída de la participación laboral de los hombres jóvenes se concentra sobre todo en los jóvenes de 15 a 19 años de ambas zonas, urbana y rural. Esto tendría correlación con el aumento de la asistencia a la educación secundaria (véase el cuadro VI.5).

El aumento de la participación entre las jóvenes ha sido moderado en las zonas urbanas, pero sumamente pronunciado en las zonas rurales. Aun así, las jóvenes rurales todavía registran niveles de participación marcadamente más bajos que sus pares urbanas y que los hombres jóvenes de ambas

zonas. De todas maneras, la creciente incorporación de las jóvenes de zonas rurales parece indicar una gradual atenuación de arraigadas pautas culturales que asignan a las mujeres un papel centrado en los deberes del hogar.

2. Las tendencias del empleo juvenil

En América Latina, el incremento de la tasa de ocupación entre inicios de los años noventa y comienzos de la década siguiente se concentró en los adultos, mientras que la tasa correspondiente a los jóvenes se mantuvo en el mismo nivel. Esto fue resultado de la caída de la tasa de ocupación de los hombres jóvenes y el aumento en el caso de las mujeres, lo que concuerda con las tendencias observadas respecto de las tasas de participación. Al igual que en el caso de la tasa de participación, el nivel de la tasa de ocupación es más alto entre los hombres jóvenes latinoamericanos que entre sus pares españoles (63,6% comparado con 58,4%), mientras que entre las mujeres jóvenes la situación es la inversa (36,6% en comparación con 45,1%).

La edad de inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo también reviste diferencias de género particulares, aun cuando no se observan grandes discrepancias entre América Latina y España, y Portugal. Según información emanada de las encuestas de juventud, la inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo se produce en promedio entre los 16 y 17 años. De acuerdo con dichas encuestas, los mexicanos son los que ingresan al mercado laboral en edades más tempranas, pues lo hacen en promedio a los 15 años 9 meses. Los españoles tienen un ingreso más tardío a los 17 años cinco meses, seguidos de los chilenos, a los 16 años y ocho meses, y los portugueses a los 16 años 2 meses.

En general, los hombres entran al mercado laboral antes que las mujeres: en Chile casi ocho meses antes, en España siete meses, en México 10 meses y en Portugal un año dos meses antes. Entre los jóvenes que iniciaron su vida laboral antes de los 15 años, destaca el caso de los mexicanos, donde casi el 42% había entrado al mercado laboral. Luego de los mexicanos están los chilenos con 21,8%, los portugueses con 16,5% y los españoles con 15% (en este último caso, la edad considerada fue de menos de 16 años). Debe señalarse que las encuestas españolas mostraron un descenso en la participación de los jóvenes de 21% a 15% entre 1995 y 1999; en Portugal igualmente se produjo un descenso entre 1986 y 1996, pasando de 27,6% a 16,5%.

La edad de ingreso al mercado de trabajo está determinada por la situación económica general de los países, los ingresos de la familia, la edad

y la disponibilidad de asistir a la escuela. La decisión de trabajar puede postergarse o adelantarse en función de esos factores. Según las encuestas de hogares, los hombres jóvenes latinoamericanos, pertenecientes a estratos con menor nivel educativo, tienen una inserción laboral más temprana, y por lo tanto presentan una tasa de ocupación mayor. Por el contrario, la permanencia más prolongada en el sistema educativo define una tasa de ocupación inferior.

En el período reciente, todos los grupos educativos –con la excepción de los más educados– bajaron levemente su inserción laboral, por lo que la brecha de las tasas entre los extremos se achicó levemente. Entre las mujeres jóvenes, la tasa de ocupación es más alta entre los grupos de mayor nivel educativo, lo que refleja más que todo las mencionadas limitaciones culturales y las pocas oportunidades de empleo para mujeres jóvenes de menor nivel educativo, pertenecientes a familias de bajo nivel de ingreso, sobre todo en zonas rurales. Contrariamente a lo que pasó entre los hombres, entre las mujeres jóvenes la tasa de ocupación subió en todos los grupos educativos, con la excepción del grupo más alto, lo que condujo al mismo resultado: una leve reducción de la brecha de la tasa de ocupación entre los grupos educativos. Debido a efectos de composición, la brecha de la tasa de ocupación entre hombres y mujeres jóvenes se redujo en forma relativamente pronunciada, de 33 puntos porcentuales a inicios de los años noventa a 28 puntos un decenio después, si bien se mantiene alta (véase el cuadro VI.6).[9]

La ocupación por quintiles de ingreso de los hogares muestra caídas pronunciadas bastante generalizadas de la tasa de ocupación de los hombres jóvenes (con la excepción del primer quintil), y marcados incrementos en el caso de las mujeres (con la excepción del quinto quintil). Como en el caso de la tasa de participación, se observa una mayor homogeneidad de las tasas por quintil entre los hombres –si bien son menos homogéneas que en el caso de las tasas de participación– que entre las mujeres. Destaca que aun con los aumentos recientes, la tasa de ocupación para las mujeres jóvenes del primer quintil no alcanza a la mitad de la del último quintil. De esta manera, resalta nuevamente la dificultad de las jóvenes de los hogares más pobres para insertarse en el mercado laboral.

Los cambios en la composición de la ocupación juvenil por ramas de actividad no se diferenciaron de los registrados en el empleo de los adultos. Específicamente, bajó la participación de la agricultura y de la industria manufacturera, mientras la de la construcción se mantuvo constante y

[9] Tanto entre los hombres como entre las mujeres, los grupos educativos más altos aumentan su participación, pero estos grupos tienen tasas de ocupación inferiores al promedio en el caso de los hombres y superiores al promedio en el caso de las mujeres.

Cuadro VI.6

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): TASAS DE OCUPACIÓN DE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD, SEGÚN NIVEL EDUCACIONAL ALCANZADO Y SEXO, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DE 1990 - ALREDEDOR DE 2002

(En promedios simples y tasas de variación)

Número de años de estudio	**Año**						*Variación porcentual 1990-2002*		
	1990			**2002**					
	Ambos sexos	*Hombre*	*Mujer*	*Ambos sexos*	*Hombre*	*Mujer*	*Ambos sexos*	*Hombre*	*Mujer*
0 a 3 años	52,6	76,5	29,4	54,4	76,2	30,5	3,5	-0,3	3,5
4 a 6 años	55,9	77,2	34,4	56,8	76,8	35,1	1,6	-0,6	1,9
7 a 9 años	41,5	56,4	27,1	42,5	55,8	28,5	2,5	-0,9	5,2
10 a 12 años	48,2	59,9	38,2	47,5	57,8	38,4	-1,5	-3,4	0,5
13 años y más	55,6	60,2	51,6	55,4	60,2	51,5	-0,3	0,1	-0,3
Total	**49,5**	**66,6**	**33,5**	**50,4**	**64,7**	**36,4**	**1,8**	**-2,9**	**8,7**

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

aumentó la del transporte y, en especial, el comercio (incluidos restaurantes y hoteles). Solamente en los servicios el signo es opuesto, pues su peso aumentó para los adultos, mientras disminuyó para los jóvenes. En la comparación con España, la composición del empleo juvenil muestra para América Latina un peso mucho mayor de la agricultura y una participación menor de la industria manufacturera, los servicios y, en particular, la construcción (véase el cuadro 3 del Anexo estadístico, sección Empleo).

Aparte de las mencionadas similitudes de la evolución sectorial para jóvenes y adultos, la profundidad de los cambios varía entre ambos grupos (véase el cuadro VI.7). En la agricultura y la industria manufacturera, rubros que tradicionalmente tienen una sobrerrepresentación relativa de los jóvenes, la caída de la participación de dichos sectores en el empleo fue mayor para estos que para los adultos. Por otra parte, en todos los rubros con una participación creciente en el empleo, este aumento fue más notable en el caso de los jóvenes. Destaca la rama comercio, restaurante y hoteles, que concentró gran parte de los nuevos puestos de trabajo para jóvenes y, mientras que el peso de esta rama fue similar para los jóvenes que para los adultos a inicios de los años noventa, 10 años después su importancia resultó mucho mayor para los jóvenes. Marcados incrementos de esta rama se observan para los jóvenes de ambos sexos. De esta manera, por una parte, se cumplieron las expectativas de que la expansión de ciertas actividades del sector terciario abriría nuevas oportunidades laborales para jóvenes; por otra, sin embargo, se perdieron posibilidades de inserción, sobre todo en la

Cuadro VI.7

AMÉRICA LATINA (13 PAÍSES): COMPOSICIÓN PORCENTUAL DEL EMPLEO EN DISTINTOS GRUPOS DE EDAD, SEGÚN RAMA DE ACTIVIDAD ECONÓMICA Y SEXO, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DE 1990 - ALREDEDOR DE 2002

(En promedios simples)

Rama de actividad	Grupo de edad	Año						Variación porcentual 1990-2002		
		1990			2002					
		Ambos sexos	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Hombres	Mujeres
Agricultura y minería	15 a 19 años	40,0	40,0	12,5	32,6	32,6	12,8	-18,5	-17,3	2,7
	20 a 24 años	26,3	35,3	7,5	21,9	29,1	8,7	-16,8	-17,3	14,6
	25 a 29 años	22,9	30,5	7,7	19,0	25,7	8,2	-17,0	-15,7	7,1
	30 a 64 años	27,2	35,7	9,3	22,7	30,6	9,9	-16,4	-14,3	6,6
	Total 15 a 64 años	**27,8**	**36,5**	**9,1**	**23,1**	**30,9**	**9,7**	**-16,9**	**-15,4**	**6,5**
Industria	15 a 19 años	15,1	14,1	18,3	13,5	12,8	15,2	-11,1	-9,2	-16,7
	20 a 24 años	18,1	17,3	19,9	16,5	15,9	17,8	-8,9	-7,9	-10,9
	25 a 29 años	17,3	17,1	18,1	15,7	15,6	16,0	-9,5	-8,6	-11,8
	30 a 64 años	14,2	13,2	16,3	13,0	12,3	14,1	-8,4	-6,8	-13,5
	Total 15 a 64 años	**15,4**	**14,6**	**17,5**	**14,0**	**13,4**	**15,1**	**-9,5**	**-8,2**	**-13,8**
Construcción	15 a 19 años	5,8	7,0	0,5	6,0	8,5	0,8	4,4	22,0	72,8
	20 a 24 años	6,6	8,4	0,6	6,2	9,4	0,6	-5,3	11,7	-6,0
	25 a 29 años	6,3	8,2	0,6	6,6	10,5	0,6	5,7	27,5	-5,3
	30 a 64 años	6,3	8,5	0,4	6,2	9,8	0,5	-2,2	15,4	18,5
	Total 15 a 64 años	**6,3**	**8,3**	**0,5**	**6,3**	**9,7**	**0,5**	**-0,5**	**17,6**	**10,1**
Comercio, hoteles y restaurantes	15 a 19 años	17,2	14,7	23,7	24,6	21,0	32,2	42,5	43,2	35,7
	20 a 24 años	19,6	16,2	26,5	24,1	20,8	29,8	22,6	28,3	12,5
	25 a 29 años	20,2	16,9	26,3	24,1	20,8	29,8	22,6	28,3	12,5
	25 a 29 años	20,2	16,9	26,3	23,3	19,4	29,3	15,4	14,6	11,6
	30 a 64 años	19,7	15,0	28,7	22,4	17,5	29,9	13,7	16,6	4,3
	Total 15 a 64 años	**19,4**	**15,4**	**27,4**	**22,8**	**18,5**	**29,8**	**17,3**	**20,1**	**8,7**
Transporte y Comunicaciones	15 a 19 años	2,9	3,8	0,8	3,7	5,0	1,2	30,6	31,6	49,5
	20 a 24 años	4,3	5,9	1,3	5,3	7,1	2,0	22,1	21,2	49,9
	25 a 29 años	5,3	7,2	1,8	5,8	8,2	1,9	9,6	13,4	10.4
	30 a 64 años	5,6	7,8	1,3	5,7	8,6	1,3	3,4	10,4	2,1
	Total 15 a 64 años	**5,0**	**7,0**	**1,3**	**5,5**	**8,0**	**1,5**	**9,2**	**14,6**	**11,5**
Servicios financieros y sociales	15 a 19 años	19,7	10,3	44,3	19,6	11,2	37,8	-0,4	8,6	-14,6
	20 a 24 años	25,9	16,9	44,1	26,1	17,5	41,3	0,7	3,8	-6,5
	25 a 29 años	28,8	20,1	45,6	29,6	20,6	44,0	2,8	2,9	-3,5
	30 a 64 años	27,6	19,8	44,0	30,0	21,2	44,3	8,5	6,9	0,6
	Total 15 a 64 años	**26,7**	**18,3**	**44,2**	**28,4**	**19,5**	**43,4**	**6,6**	**6,8**	**-1,7**

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

industria manufacturera.

Una diferencia interesante se observa en la agricultura, donde, en contraste con lo observable para los hombres y para el conjunto del empleo, la participación subió en el caso de las mujeres tanto jóvenes como adultas. La explicación puede basarse en tres factores:

- primero, desde la oferta, cambios culturales que permiten un mayor acceso al mercado laboral;

- segundo, desde la demanda, en varios países la expansión de cultivos, frecuentemente para la exportación, que emplean mujeres en grandes números (flores, plantas ornamentales, frutas, legumbres) durante todo el proceso o en algunas fases específicas del ciclo productivo; y

- tercero, la mejor medición del empleo femenino en actividades de la agricultura familiar, como trabajadoras no remuneradas.

Respecto de la calidad y productividad del empleo, a continuación se diferencian los sectores de baja productividad (medidos con las variables *proxy* de trabajadores por cuenta propia y no remunerados sin calificación profesional o técnica, ocupados de microempresas y empleadas domésticas) del resto de la economía. En el grupo más joven (15 a 19 años), los sectores de baja productividad tienen un mayor peso que entre los adultos, mientras que en los otros dos grupos de jóvenes (20 a 24 y 25 a 29 años), esta participación es algo más baja (véase el cuadro VI.8). Esta mejoría entre los grupos etarios se debe, en gran parte, a la mayor inserción de jóvenes de niveles educativos más altos en los tramos juveniles de mayor edad.

Durante el período reciente hubo un aumento generalizado del peso de estos sectores de baja productividad en la estructura ocupacional, lo que refleja la debilidad de la demanda laboral de los sectores más productivos en un contexto de bajo crecimiento económico. Por otra parte, no hubo cambios mayores de la situación relativa de los diferentes grupos etarios, ya que todos ellos registraron un empeoramiento similar.

Las mujeres registraron una mayor proporción del empleo de baja productividad, con una brecha más amplia entre las adultas y las más jóvenes (15 a 19 años) y una brecha relativamente pequeña para las jóvenes de 20 a 24 y 25 a 29 años. En casi todos los grupos de edad, así como a nivel agregado, la brecha entre la proporción de hombres y mujeres ocupados en los sectores de baja productividad disminuyó en el período reciente, ya que esta proporción aumentó más para los hombres que para las mujeres (véase el cuadro VI.8).

Como era de esperarse, hay una clara correlación positiva entre el peso de los sectores de baja productividad en el empleo juvenil y el nivel de ingresos del hogar. Esta correlación se reforzó en el período reciente, ya que el quintil más alto fue el único donde la proporción de los sectores de baja productividad descendió, con lo que la brecha entre el primer y el último quintil se amplió a 32 puntos porcentuales. Aparentemente, fueron los jóvenes de los hogares más acomodados quienes se beneficiaron de los procesos de modernización de parte de la estructura productiva y del empleo ocurridos en América Latina durante los años noventa (véase el

Cuadro VI.8

AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): PORCENTAJE DE PERSONAS OCUPADAS EN SECTORES DE BAJA PRODUCTIVIDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y SEXO, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DE 1990 - ALREDEDOR DE 2002

(En promedios simples)

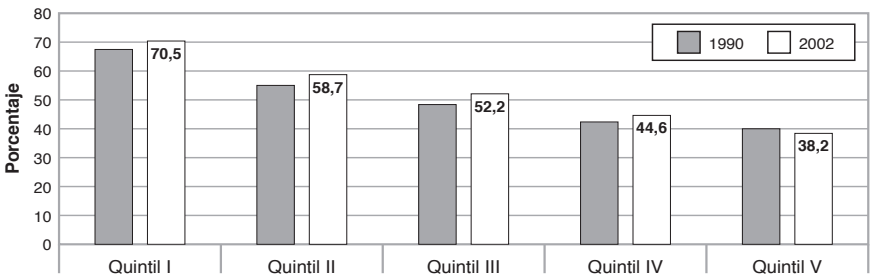
Grupo de edad	*Sexo*	**Año**		*Variación porcentual*
		1990	**2002**	*1990-2002*
15 a 19 años	Ambos sexos	63,3	69,1	9,2
	Hombre	59,7	67,3	12,8
	Mujer	68,6	72,0	5,1
20 a 24 años	Ambos sexos	46,8	49,4	5,5
	Hombre	45,3	48,5	6,9
	Mujer	48,6	50,5	4,0
25 a 29 años	Ambos sexos	42,7	45,1	5,7
	Hombre	41,2	43,7	5,9
	Mujer	44,1	46,9	6,2
30 a 64 años	Ambos sexos	48,9	51,7	5,7
	Hombre	45,2	48,2	6,7
	Mujer	54,9	56,6	3,2

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Gráfico VI.2

AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): PORCENTAJE DE JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD EN EMPLEOS DE BAJA PRODUCTIVIDAD, SEGÚN QUINTIL DE INGRESO PER CÁPITA DEL HOGAR, ALREDEDOR DE 1990 - ALREDEDOR DE 2002

(En promedios simples)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares.

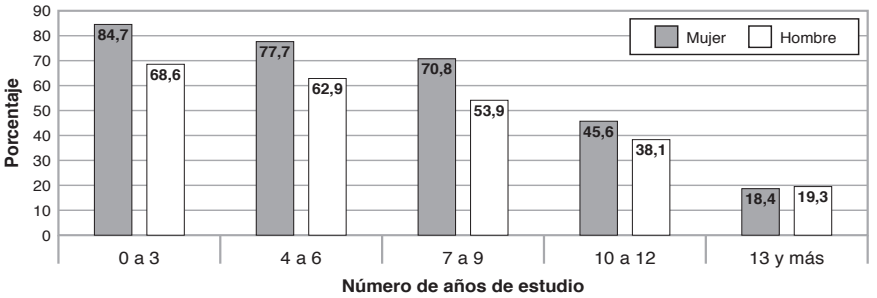
gráfico VI.2).

Una segunda correlación negativa destacada existe entre el peso de los sectores de baja productividad y el nivel educativo de los jóvenes (véase el gráfico VI.3). En efecto, en los niveles educativos más bajos, la proporción

Gráfico VI.3

AMÉRICA LATINA (15 PAÍSES): PORCENTAJE DE JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD, EN EMPLEOS DE BAJA PRODUCTIVIDAD, SEGÚN NIVEL EDUCACIONAL, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DE 2002

(En promedios simples)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

de estos sectores triplica con creces la proporción correspondiente al nivel educativo más alto. Sin embargo, durante el período más reciente, el peso de los sectores de baja productividad aumentó –en términos porcentuales– en mayor grado en los grupos educativos altos, lo que indicaría que en el contexto de un bajo dinamismo de las economías de la región, y del incremento del nivel educativo de los jóvenes que entran al mercado de trabajo, un número creciente de estos jóvenes con buena educación no encuentran un empleo acorde con su formación.

Un último aspecto que cabe destacar en cuanto al empleo juvenil, es la baja estructuración entre las expectativas de los jóvenes con respecto al nivel de estudios realizados y los puestos en los que se desenvuelven, según los resultados de las encuestas nacionales de juventud. Puede verse en ello una crítica directa al mercado de trabajo y a las instituciones educativas, especialmente en aquellos jóvenes que han realizado inversiones en formación profesional más prolongadas y en los que la sobreeducación es más alta (Cachón, 2000). Por este motivo, es relevante examinar el perfil del empleo que identifican las encuestas de juventud para los jóvenes iberoamericanos. Los datos arrojados señalan que, si bien los jóvenes en general tienen una valoración positiva de sus ocupaciones, también se muestran críticos respecto de las bajas remuneraciones que perciben, las inestables condiciones de trabajo y la situación contractual en la que se desempeñan.

Como dato distintivo, las encuestas de juventud sugieren que los jóvenes mexicanos muestran más bajos niveles de contratación, al tiempo

que valoran positivamente su trabajo. Al parecer, México es un país de alto contraste en el ámbito laboral, ya que además de contar con elevados porcentajes de jóvenes que inician su vida en el mercado de trabajo a edades tempranas, la gran mayoría de ellos, en el momento de la encuesta, nunca habían tenido un contrato: solo el 29,3% de los que habían trabajado. En oposición a esto, la encuesta de juventud de España sugiere que en dicho país la mayoría de los jóvenes contó con un contrato (75%) ya sea temporal o indefinido, mientras que en Chile, según estas mismas encuestas, alrededor del 80% firmó algún tipo de contrato. Las mujeres, tanto en España como en Chile, tuvieron una situación más desventajosa que los hombres, ya que en promedio presentan una diferencia de entre ocho y nueve puntos porcentuales menos que ellos. En el caso mexicano, las mujeres estaban en una relativa situación de igualdad con casi dos puntos porcentuales por sobre ellos.

Por otra parte, las encuestas señalan que el tiempo que los jóvenes dedican al trabajo tiene características especiales y comportamientos diferenciados por género, que vale la pena distinguir. En general, la información de las encuestas mostró que la mayoría de los jóvenes que trabajaban o habían trabajado cubrieron jornadas completas, y los hombres, en promedio, jornadas más prolongadas que las mujeres. Por lo demás, la edad resulta ser un factor determinante, pues a mayor edad el porcentaje de jornadas completas o de más cantidad de horas crece de forma importante. A menor edad, en cambio, es más frecuente el trabajo por menos horas o mediante un régimen de tiempo parcial, especialmente entre las mujeres.

Según las encuestas de juventud, el 69% de los chilenos trabajaban jornada completa, el 10% media jornada, el 13% por horas y el 8,1% tiene otro tipo de jornada. Conforme aumentaba la edad, los jóvenes dedicaban más tiempo al trabajo: un 34% de los jóvenes entre aquellos de 15 a 18 años trabajaban jornada completa, 71,7% entre los de 19 a 24 años, y 70% entre los de 25 a 29 años. En cuanto a media jornada, un 26% los de 15 a 18 años; 8,9% los de 19 a 24 años y 9,2% los que tienen entre 25 y 29 años. En el trabajo por horas, los de 15 a 18 años, 23,6%; los de 19 a 24 años, 12,8%, y los de 25 a 29 años, 12%. En proporción, los hombres trabajan más jornadas completas (70,5%) que las mujeres (67,1%), mientras que las mujeres participan moderadamente más en media jornada (11,9% versus 8,5% ellos) y en trabajos por horas (14,6% ellas y 11,9% ellos).

Los españoles en promedio trabajaban, conforme con la encuesta de juventud, 35 horas 56 minutos. Los hombres dedicaban al trabajo más horas en promedio a la semana (38 horas 4 minutos) que las mujeres (33 horas 24 minutos). Esta variable se asoció con el aumento de la edad: a los 15 años ellas trabajaban 19,28 horas y ellos 25,5 horas, y hasta los 29 años,

Cuadro VI.9

ENCUESTAS NACIONALES DE JUVENTUD (1997-2000):
JORNADA LABORAL DE LOS JÓVENES

(En tiempo y porcentajes)

Chile	**España**	**México**	**Portugal**
Jornada completa 69%	41 horas o más 22%	Más de 60 horas 5,2%	Tiempo completo 87%
Media jornada 10%	36 a 40 horas 35%	Entre 30 y 60 horas 59%	Tiempo parcial 8,2%
Por horas 13%	21 a 35 horas 13%	Menos de 30 horas 28,3%	Trabajo ocasional por cuenta de un tercero 2,3%
Otro tipo de jornada 8%	Hasta 20 horas 18%		Temporal 1,2% Trabajo ocasional por cuenta propia 0,5%

Fuente: Elaboración propia sobre la base de encuestas de cada país.

Base: total de jóvenes con experiencia laboral.

las mujeres en promedio 37,2 horas y los hombres 42,1 horas.

Por su parte, en México, de los jóvenes que en el momento de la encuesta se encontraban trabajando, el 59% dedicaba entre 30 y 60 horas, el 28,3% menos de 30 horas y el 5,2% más de 60 horas. Trabajar entre 30 y 60 horas a la semana era levemente más frecuente en hombres (60,8%) con respecto a las mujeres (56,9%). Entre quienes trabajaban menos de 30 horas, las mujeres fueron más representativas (30,1%) que los hombres (26,9%). El grupo de 12 a 14 años alcanzó su mayor participación en las jornadas menores de 30 horas donde se ubicó casi la mitad siguiendo en importancia el grupo de 15 a 19 años con casi un tercio. Llama la atención el segmento de jóvenes que estuvieron ocupados más de 60 horas a la semana, ya que mostraron una dedicación muy alta de tiempo al trabajo: hay más mujeres (5,5%) que hombres (4,9%) y es más típico de los grupos de 25 a 29 años (6,7% en promedio).

En cuanto a los portugueses, según la encuesta de juventud el 87% había estado ocupado en empleos permanentes de tiempo completo, 8,2% a tiempo parcial, 2,3% en trabajo ocasional por cuenta de un tercero, 1,2% temporal y 0,5% en trabajo ocasional por cuenta propia. A diferencia de los países anteriormente tratados, en el caso portugués se observa que si bien la edad es un factor diferenciador, este es más tenue, pues el grupo de menor edad (15 a 17 años) tiene una participación significativa en las jornadas de

tiempo completo (68%) y también es el grupo de edad típico de los trabajos a tiempo parcial (18%) y temporal (15%).

3. Las tendencias del desempleo juvenil

Es bien sabido que la tasa de desempleo de los jóvenes es mayor que aquella de los adultos, lo que se debe principalmente al hecho de que entre aquellos se concentran las personas que buscan empleo por primera vez, a los problemas de acceso de estos buscadores primerizos y a la mayor rotación entre el empleo y el desempleo o la mayor inactividad laboral que caracteriza a los jóvenes, en comparación con los adultos (Weller, 2003). En América Latina, la tasa de desempleo de los jóvenes duplica con creces a aquella de los adultos (15,7% comparado con 6,7% a inicios de la presente década), y la brecha entre jóvenes y adultos es parecida para hombres y mujeres. En el período reciente, el desempleo aumentó para todos los grupos, pero más para los adultos, de manera que la brecha entre ellos y los jóvenes disminuyó levemente.[10] Entre los jóvenes, la tasa de desempleo de las mujeres superó a la de los hombres en casi la mitad, sin que se observaran mayores cambios en el período reciente.

Al igual que en el caso de la tasa de participación, se observa una marcada diferencia de la tasa de desempleo de jóvenes que son jefes de hogar en comparación con aquellos que no lo son, registrando la tasa de desempleo de los jefes una magnitud de entre un tercio (hombres) y la mitad (mujeres) de aquella de quienes no son jefes de hogar (véase el cuadro 2 del Anexo estadístico, sección Empleo). Esta diferencia se explica, por una parte, por el hecho de que el jefe de hogar suele definirse –entre otros factores– como el principal proveedor de ingresos. También se explica esta diferencia por la apremiante necesidad de los jefes de hogar de percibir ingresos, lo que se da de manera más atenuada para los otros jóvenes (véase el gráfico VI.1).[11] Durante el período mencionado anteriormente, las mujeres no jefas de hogar –cuya tasa de participación había aumentado marcadamente– también eran el grupo con el mayor aumento de la tasa de desempleo.

La curva típica del desempleo para diferentes grupos educativos es

[10] Respecto del grupo de 17 países con datos comparables para el período reciente, el desempleo aumentó de 12,8% a 16,1% para los jóvenes, y de 4,8% a 7% para los adultos, con lo que la tasa de los jóvenes superaba a aquella de los adultos en 170% a inicios de los años noventa, y en 130% diez años después.

[11] A inicios de la presente década, el porcentaje de jóvenes que son jefes de hogar alcanzó, en el promedio simple, a 19,4% en el caso de los hombres y 4,2% en el de las mujeres, con un promedio de 11,7%.

la "U invertida", en que los grupos con los niveles más bajos y los niveles más altos de educación tienen menores tasas de desempleo que aquellos con niveles intermedios de educación. La explicación consistiría en que los jóvenes con menores niveles educativos generalmente no disponen de muchas alternativas laborales y, por lo tanto, tampoco tienen muchas expectativas más allá de ciertas ocupaciones de baja productividad e ingresos, en tanto que sí tienen la urgente necesidad de generar ingresos laborales a causa de su contexto familiar, típicamente de escasos ingresos. En el otro extremo, la mejor educación facilita el acceso al empleo, mientras que los jóvenes con niveles educativos intermedios (de 7 a 9 y de 10 a 12 años de educación formal) suelen tener expectativas de que sus esfuerzos de estudio les permitan el acceso a mejores empleos. Esto, en circunstancias de que el nivel educativo general ha aumentado, lo que intensifica la competencia por los puestos de trabajo disponibles (véase el cuadro 4 del Anexo estadístico, sección Empleo).

En el transcurso del período reciente, la complicada situación económica ha dificultado el acceso al mercado laboral para todos los grupos educativos. En términos relativos, la tasa de desempleo subió más en los grupos educativos más bajos y más altos; y se exacerbó, entre otros, el problema del "desempleo académico", que bloquea la integración laboral de jóvenes de estratos intermedios. Aun así se mantuvo la "U invertida", si bien con una forma más plana, tanto para hombres como para mujeres.

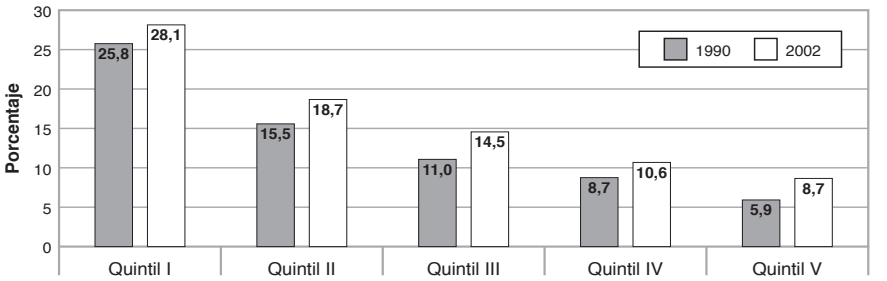
Existe, además, una marcada correlación inversa entre el nivel del desempleo de los jóvenes y los ingresos del hogar. A inicios de la presente década, en el primer quintil la tasa de desempleo juvenil alcanzó casi a 30%, más del triple de la registrada para el quinto quintil. Durante el mismo período, sin embargo, este último quintil sufrió el mayor aumento proporcional de la tasa de desempleo, posiblemente como consecuencia del mayor "desempleo académico" citado anteriormente, y la pertenencia a hogares acomodados que permiten períodos más prolongados de espera y búsqueda, sin mayores sacrificios del bienestar de los miembros del hogar (véase el gráfico VI.4).

Finalmente, cabe destacar que no existen grandes diferencias en el tiempo de búsqueda de trabajo entre cesantes jóvenes y adultos de la región latinoamericana. La similitud del período de búsqueda entre jóvenes y adultos latinoamericanos indica que los jóvenes en general no tienen mayores problemas de acceso al mercado de trabajo, aunque hay grupos específicos que sí pueden enfrentar problemas mayores. Por ejemplo, las mujeres jóvenes tienen tiempos de búsqueda más prolongados que sus pares masculinos, aunque con una brecha menor que la registrada entre mujeres y hombres adultos. Este tiempo de búsqueda es típicamente menor

Gráfico VI.4

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): TASA DE DESEMPLEO ENTRE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD, SEGÚN QUINTIL DE INGRESO PER CÁPITA DEL HOGAR, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DE 1999 - ALREDEDOR DE 2002

(En promedios simples)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

en América Latina que en España, en gran parte a causa de la inexistencia, en la región latinoamericana, de sistemas de protección social que permitan un período de búsqueda más prolongado y menos apremiante.

En general, sin embargo, los problemas específicos de los jóvenes (en comparación con los adultos) se concentran en las características de los puestos disponibles, más que en el mercado de trabajo propiamente tal. En este sentido, el empeoramiento de la situación laboral, específicamente el aumento del desempleo juvenil, obedece más al deterioro general de los mercados de trabajo de la región que a aspectos específicos que afectan a los jóvenes.

4. Las tendencias de los ingresos laborales

Mientras que en el período reciente el promedio de los ingresos laborales se mantuvo en 3,9 veces la línea de pobreza, los ingresos de todos los grupos etarios –en términos de múltiples líneas de pobreza– bajaron levemente. Esto refleja, en particular, el empeoramiento de los mercados de trabajo en la "media década perdida" de 1998 a 2002. El resultado a nivel agregado se ve influido por el hecho de que la mejoría del nivel educativo de la fuerza de trabajo de la región incidió en el promedio. Si uno observa la evolución de los ingresos laborales para grupos educativos específicos, se nota, por ejemplo, que –entre los adultos– el grupo educativo más alto mejoró sus ingresos, mientras que los otros grupos sufrieron pérdidas de diferentes magnitudes.

Existe una gran brecha entre los ingresos de los jóvenes y los adultos, debido a que estos últimos reciben un "premio a la experiencia". Lógicamente, la brecha se reduce con el aumento de la edad (y la experiencia) de los jóvenes. Mientras los más jóvenes (15 a 19 años, con un ingreso de aproximadamente 1,5 veces la línea de pobreza) en promedio ganan un tercio de los ingresos medios de los adultos, los jóvenes de 20 a 24 años perciben más de la mitad (2,6 veces la línea de pobreza), y los jóvenes de 25 a 29 años más de las tres cuartas partes (3,5 veces la línea de pobreza) de lo que ganan los adultos, quienes en promedio tienen un ingreso que corresponde a 4,6 veces la línea de pobreza. Durante el período ya mencionado, estas brechas se han mantenido sorprendentemente estables, con una muy leve pérdida de los más jóvenes, y ganancias igualmente leves para los otros dos grupos de jóvenes (véase el cuadro 5 del Anexo estadístico, sección Empleo).

La brecha es claramente mayor para los hombres que para las mujeres jóvenes, lo que indica que las mujeres, a lo largo de su vida laboral, reciben un menor premio a la experiencia que los hombres, sea porque en realidad en promedio acumulan menos experiencia debido a sus trayectorias laborales más interrumpidas, o a discriminaciones salariales, o –como indican los estudios correspondientes– debido a ambos factores. En el período señalado más arriba, los ingresos de las jóvenes con respecto a las mujeres adultas cayeron marcadamente –en oposición a lo ocurrido en el caso de los hombres y en el agregado. Esto puede ser consecuencia del considerable aumento de la inserción laboral de mujeres jóvenes; o, dado que la inserción laboral creció aún más en el caso de mujeres adultas, dé un mayor premio a la experiencia laboral de las mujeres adultas, debido a su mayor continuidad en los mercados laborales o a reducción de la discriminación salarial por sexo.

La brecha salarial entre jóvenes y adultos suele ser mayor en los niveles educativos más altos y menor en los niveles educativos bajos. Esto se debe, en parte, a que la experiencia, considerada como el segundo elemento gravitante de la definición de los salarios relativos, juega un mayor papel en el caso de la mano de obra calificada, dado que allí existe mayor espacio para el desarrollo de habilidades adicionales que en las ocupaciones más sencillas. Hay que considerar que en estas últimas la energía física es un componente importante del desempeño.[12] En este contexto, sorprende que en el período reciente las brechas salariales entre jóvenes y adultos tendieron a achicarse en el caso de los niveles educativos bajo y medio, mientras que

[12] Además, hay que tomar en cuenta que dentro de cada grupo etario las personas con menor nivel educativo tienen un potencial de mayor número de años de experiencia laboral, debido a su inserción más temprana en el mercado de trabajo.

se ampliaron en el nivel educativo más alto, resultados observables tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres jóvenes. Este resultado sorprende, porque contradice la hipótesis ampliamente compartida de que los profundos cambios tecnológicos recientes han dado ventajas competitivas a muchos jóvenes con habilidades en estos campos tecnológicos nuevos, habilidades que son más difíciles de adquirir para los adultos que se formaron en el contexto de otros paradigmas tecnológicos, hoy en día parcialmente obsoletos.

En consecuencia, y contrariando lo registrado en el caso de los adultos, en los jóvenes no se observa que la brecha salarial entre los más calificados y los otros grupos educativos haya aumentado claramente, y la evidencia es mixta para los diferentes subgrupos etarios de jóvenes (véase el cuadro 6 del Anexo estadístico, sección Empleo). Específicamente, en el grupo de 20 a 24 años los ingresos salariales relativos de los más calificados empeoraron claramente, mientras que en el grupo de 25 a 29 años, en un contexto de pérdidas generalizadas para todos los grupos educativos, los más educados sufrieron caídas menores de sus ingresos. La explicación del hecho de que entre los jóvenes la mejoría de los ingresos relativos de los más educados no es tan obvia como en el caso de los adultos, puede ser que, dados los problemas para encontrar empleo en puestos de trabajo conforme con su nivel educativo (creciente "desempleo académico"), una parte de los nuevos entrantes al mercado de trabajo tienen que emplearse en puestos por debajo de su nivel de calificación, lo que afectaría negativamente los ingresos medios del grupo educativo correspondiente.

Existen importantes brechas de ingresos entre hombres y mujeres jóvenes, tanto en su conjunto como para grupos educativos específicos. Esta brecha crece con el aumento de la edad, ya que, en promedio, el ingreso de las mujeres alcanza en el año 2002 al 87% del ingreso promedio en el grupo de 15 a 19 años, al 81% para el grupo de 20 a 24 años y al 76% para el grupo de 25 a 29 años (véase el cuadro 7 del Anexo estadístico, sección Empleo). Por lo tanto, nuevamente se observa cómo la mayor experiencia, en el caso de las mujeres, no se premia en la misma magnitud que en el caso de los hombres.

Un resultado interesante es que, mientras la literatura (por ejemplo, CEPAL 2001b) muestra que la brecha de ingresos entre hombres y mujeres en general es mayor para los niveles educativos altos que para los bajos e intermedios, este no es el caso para los jóvenes. En efecto, la brecha de ingresos para las jóvenes con más alto nivel de educación, con respecto a los otros grupos educativos, es la más baja en los tres subgrupos etarios juveniles. Esto podría significar que los ingresos relativos de este grupo de mujeres sufren el mayor retroceso posterior, cuando los hombres de alto nivel de educación perciben los elevados premios por su experiencia,

mientras que los premios a la experiencia de las mujeres, debido a la interrupción de su carrera (maternidad) y la discriminación salarial, crecerían en menor magnitud. Se puede plantear también, alternativa o complementariamente, la hipótesis de que existe una tendencia de menor discriminación para las mujeres jóvenes más educadas, que de manera creciente lograrían defender sus derechos a un pago igual que los hombres de similar capacidad. Esta última hipótesis se vería confirmada por el hecho de que las jóvenes de 20 a 29 años, con mejor nivel educativo, pudieron reducir la brecha de ingreso con respecto a sus pares masculinos, mientras que la pauta predominante entre los otros grupos educativos fue, al contrario, una ampliación de las brechas, lo que indicaría que no se produce ninguna tendencia generalizada de menor discriminación.

5. Las valoraciones de los jóvenes sobre el mundo del trabajo y el desempleo

Aunque la mayoría de los estudios sobre el empleo muestran un panorama desolador, las encuestas revelan que los jóvenes tienen una valoración positiva de sus ocupaciones, particularmente en lo referente al ambiente laboral. No existen en ellos –de manera similar con respecto a su satisfacción con la escuela– resentimientos, pues identifican a la problemática del desempleo con factores estructurales. Esta valoración puede resultar contrastante y paradójica si se toman en cuenta las condiciones de trabajo y su situación contractual, pues en América Latina el perfil de los empleos para jóvenes ronda la precariedad y la falta de seguridad social (Diez de Medina, 2001, p. 73).

En el año 2003, los chilenos mostraron una alta valoración del trabajo que desempeñaban, especialmente en áreas relativas al ambiente laboral: el 95,9% se expresó satisfecho en las relaciones con sus compañeros; 88,1% en la relación con sus jefes, 79,8% con el tipo de trabajo que realiza, y 75,8% con las condiciones del lugar en que trabajaba. Las áreas con las que menos satisfacción tenían fueron la compatibilidad del trabajo con otras actividades (66,9%) y el sueldo o ingreso por el trabajo (51,5%).

Respecto de las razones por las que se encontraban laborando, indicaron que la más importante era para mantenerse o ayudar a mantener a su propia familia (34,7%); siguiendo en orden de importancia, tener dinero para sus gastos (22,9%); ayudar a mantener a la familia de sus padres (16,8%); y para mantenerse a sí mismo (7,9%). Mantener o ayudar a mantener a su propia familia fue la razón mayoritaria de los jóvenes del tramo de 25 a 29 años (49,6%), tener dinero para sus gastos estuvo más asociado con los jóvenes de 15 a 18 años (45%), ayudar a mantener a la familia de sus padres también fue más importante en este grupo de edad

(19%), y mantenerse a sí mismos se vincula con los grupos de 15 a 18 años y de 19 a 24 años (7,1% y 9,3%, respectivamente).

En el caso colombiano, no fue posible conocer la satisfacción respecto del trabajo, pero opinaron sobre lo que significaba y lo que les gustaría que fuera. En el primer aspecto, apuntaron a que el trabajo era principalmente una necesidad para subsistir (44%); en segundo término, una forma de realizarse como persona (25%), y en menor importancia, una forma de conseguir las cosas que les gustaban (13%), una forma de aprender (12%) y una obligación (5%). En cuanto a lo que les gustaría que fuera el trabajo, en una primera opción dijeron que lo más importante era que les gustara (39%), la experiencia que adquirían (12%), que fuera un trabajo seguro (14%), las posibilidades de ascender, la oportunidad de aprender (7%) y el sueldo (7%).

De acuerdo con una encuesta aplicada por el Ministerio del Trabajo de España en 2000 (INJUVE, 2001), y que tomó como referencia al conjunto de la población empleada, el 62% estaba de acuerdo en calificar su trabajo como atractivo e interesante, y un 14% estuvo en desacuerdo; para el grupo de edad de 16 a 29 años esta calificación fue menor, situándose en 58,6%. Sobre si estaban satisfechos con el trabajo que tenían, el promedio se situó en 47%, pero en los jóvenes fue de 42%. Esta misma encuesta captó una variable sobre los motivos que influyeron para aceptar el trabajo en el que se desempeñaban: en el conjunto de la población, las dos variables más importantes mostraron que el 26% aceptaron lo primero que encontraron y el 32% querían estabilidad; los jóvenes se situaron por sobre la media en la variable "acepté lo primero que encontré" (39,2%) y por debajo en "quería estabilidad" (22,8%).

Además, la encuesta del INJUVE en España captó las valoraciones de los jóvenes en torno de lo que más les importaba en un trabajo, sobresaliendo básicamente tres cosas: el salario (31%), la estabilidad y la seguridad social (28%) y que lo que hacía fuera interesante o entretenido (21%). Tomando en cuenta la edad, los ingresos fueron más importantes en los más jóvenes (38%) y la estabilidad y seguridad en el empleo para los grupos de más edad. Los hombres se interesaban más por el salario (35%) que las mujeres (25%), pero ellas más por la seguridad y estabilidad (30%) que ellos (26%). Estos resultados se diferenciaron de la encuesta de 1995, especialmente en el aspecto mejor valorado como las relaciones con los compañeros (que tuvo un valor de 26%) y que en la encuesta de 1999 ocupó el cuarto lugar con 9%; los ingresos fueron menos importantes pero muy significativos (24%), así como el interés por las tareas que realizaban (25%).

Los jóvenes mexicanos, por su parte, mostraron gran aceptación o gusto por su trabajo (81,4%), factor que fue más importante conforme aumentó la edad, así como mayor en los hombres que en las mujeres (a

Cuadro VI.10

ENCUESTAS NACIONALES DE JUVENTUD (1997-2000): VALORACIONES SOBRE EL TRABAJO

(En porcentajes)

Chile	**Colombia**	**España**	**México**
Satisfechos con las relaciones con sus compañeros 95,9%	El trabajo era una necesidad para subsistir 44%	Acuerdo en que el trabajo era atractivo e interesante 58,6%	Gusto por el trabajo 81,4%
Satisfechos en la relación con sus jefes 88,1%	El trabajo era una forma de realizarse como persona 25%	Satisfacción con el trabajo 42%	**Lo que más les gustaba** Lo que aprendían 22,7%
Satisfechos con tipo de trabajo que realiza 79,8%	El trabajo era una forma de conseguir las cosas que les gustaban 13%	**Motivos que influyeron para aceptar trabajo** Aceptaron lo primero que encontraron 39,2%	El buen ambiente 17,6%
Satisfechos con las condiciones del lugar en el que trabajaba 75,8%	Una forma de aprender 12%	Querían estabilidad 22,8%	Acumulación de experiencia 16%
Compatibilidad del trabajo con otras actividades 66,9%	Una obligación 5%	**Lo que más les importaba de un trabajo** Salario 31%	Salario o sueldo 12,9%
Sueldo o ingreso 51,5%		Estabilidad y seguridad social 28%	Gusto por la actividad que desempeñaban 9,5%
		Que lo que hacía fuera interesante o entretenido 21%	**Lo que menos les gustaba** Salario 33%
			Falta de tiempo para estar con la familia 8,4%
			No poder ascender 7%
			No había buen ambiente 6,6%
			No tenían tiempo para estudiar 4,9%

Fuente: Elaboración propia sobre la base de encuestas de cada país. España: Instituto de la Juventud, *Informe juventud en España 2000*, Madrid, 2001, p. 215.

Base: total de jóvenes con experiencia laboral.

excepción de las de mayor edad). Lo que más les gustaba a los jóvenes de su último trabajo era lo que aprendían (22,7%), que había buen ambiente (17,6%), la acumulación de experiencia (16%), el salario o sueldo (12,9%) y

el gusto por la actividad que desempeñaban (9,5%). En contrapartida a lo anterior, lo que menos les gustaba de su último trabajo era el salario (33%), la falta de tiempo para estar con la familia (8,4%), no poder ascender (7%), no había buen ambiente (6,6%), no tenían tiempo para estudiar (4,9%). Esto se refuerza con la opinión que emitieron sobre la característica más importante de un trabajo, donde el buen salario o sueldo es el factor básico (69%), así como el servicio médico y las prestaciones (33,7%). También fue posible relacionar la valoración del trabajo con la educación, ya que para los mexicanos el factor más importante con el fin de conseguir trabajo era la educación (43,5%), muy por sobre la experiencia laboral (24,6%) y la capacitación (12,9%). No obstante lo anterior, la educación no garantizaba un fuerte vínculo con el mundo productivo, pues una mayoría de 79,6% señaló que sus estudios no tenían relación con el trabajo.

Con respecto a las valoraciones de los jóvenes sobre el desempleo, cabe notar que del conjunto de jóvenes chilenos que no trabajaba, expresaron que no se encontraban buscando trabajo por las siguientes razones: no poder compatibilizar estudio y trabajo (43,3%), no tener necesidad de trabajar (15,4%), no tener con quien dejar a los hijos (14,1%), no tener interés en trabajar por ahora (12,6%). En general, el 39,9% se encontraba buscando trabajo en el momento de la aplicación de la encuesta.

En la encuesta, se preguntó además a los jóvenes chilenos sobre la percepción que tenían acerca de distintas afirmaciones respecto del mundo laboral, resultando las principales preocupaciones los ingresos por el trabajo y las oportunidades. Un 72% estuvo de acuerdo con que se prefiere a personas con más experiencia, un 57,1% con que los jóvenes están bien capacitados para buenos trabajos, un 43,1% con que reciben un buen trato en el trabajo, un 23,4% con que hay suficientes oportunidades, y solo un 18,2% estuvo de acuerdo con que la remuneración que perciben los jóvenes por su trabajo es adecuada. Entre los años 2000 y 2003, hay dos afirmaciones que muestran una variación significativa. Por una parte, el acuerdo con que reciben un buen trato en el trabajo cayó de un 58,1% a un 43,1%. Por otra, el acuerdo con que los jóvenes están capacitados para los buenos trabajos sube de un 38,2% a un 57,1%.

En Colombia, un número importante de jóvenes (35%) en el momento de la encuesta se encontraban buscando empleo y el tiempo promedio de búsqueda fue entre 9 y 10 meses. Con respecto a España, un 26% de los jóvenes buscaban empleo; esta búsqueda era particularmente acentuada en los grupos de mayor edad (30% y 34% en los grupos de 21 a 24 años y de 25 a 29 años, respectivamente), relativamente más alta en las mujeres (29%) que en los hombres (23%), muy importante para aquellos cuyo padre se encontraba en paro (52%), la pareja en paro (45%) o tenían un padre jubilado y una madre dedicada a las labores del hogar.

Del total de jóvenes mexicanos, el 26,4% no trabajaba en el momento de la encuesta y un 6,2% estaban buscando colocarse, en la misma magnitud hombres que mujeres. La mayoría de ellos deseaban encontrar un trabajo de medio tiempo o tiempo parcial (48,3%), seguidos por los de tiempo completo (23,7%) o de lo que fuera. La mayor parte de ellos llevaban entre 1 y 3 meses buscando trabajo (73,8%) y en menor medida entre 4 y 6 meses (9,6%). Los principales buscadores eran los de menor edad. Las razones que atribuyen los buscadores de trabajo a su situación de desempleo fueron: no hay trabajo (21,5%), insuficiente preparación (17,3%), factores asociados a la edad (11,8%), situación económica del país (8,9%), carencia de relaciones (5,1%) y enfermedades (3,3%).

En Portugal, un 6% del total de jóvenes se encontraban desempleados: una cuarta parte de estos buscaban su primer trabajo y el resto ya habían trabajado anteriormente. Los desempleados, de acuerdo con la edad, representan un 3,6% de los jóvenes de 15 a 17 años, 5,9% de los de 18 a 20 años, 7,3% de los de 21 a 24 años y 7,1% del grupo de 25 a 29 años. El comportamiento de los jóvenes frente a una situación de desempleo fue el siguiente: 72,6% indicó que aprovecharían la primera oportunidad de trabajo para ganar algún dinero y 23% esperarían un tiempo para encontrar el empleo al que aspiran. Señalaron que la principal causa de desempleo era que cada vez había menos empleos (50,2%), que la mayor parte de los empleos son mal pagados (14,1%), que la escuela no prepara para el mundo del trabajo (11,2%), que los jóvenes de hoy no quieren trabajar (10,7%) y que las empresas evitan emplear jóvenes (7%). Asimismo, sugirieron algunas medidas para combatir el desempleo: otorgar incentivos a las empresas para reclutar jóvenes (41,9%), disminuir el horario de trabajo (11,4%), aumentar los cursos de formación profesional (8,7%) y prolongar la escolaridad obligatoria (2,9%).

Por último, con respecto a los mecanismos de búsqueda de empleo que utilizan los jóvenes para acceder al mercado laboral, solo en México y Portugal las encuestas recabaron información relevante. En relación con el último trabajo o el que desempeñaban en ese momento, los mexicanos apuntaron que lo consiguieron a través de un amigo (34,6%), los contrató un familiar (24,6%), por recomendación (12,6%), por los periódicos (9,2%), por intermedio de una bolsa de trabajo (4,7%). De los que fueron recomendados, la mayoría lo hizo a través de un pariente (60,5%), un conocido o amigo (19,3%) y un conocido o amigo de la familia (11%).

En torno de este mismo aspecto, pero tomando en cuenta el último trabajo, los amigos son menos importantes que los familiares, y las recomendaciones fueron más influyentes por parte de los parientes.

Mientras que los portugueses consiguieron un empleo principalmen-

Cuadro VI.11

MÉXICO Y PORTUGAL: MECANISMOS DE BÚSQUEDA DE EMPLEO

(En porcentajes)

México	**Portugal**
A través de un amigo 34,6%	Conocidos o amigos 29,4%
Un familiar 24,6%	Familiares 17,2%
Por recomendación 12,6%	Les ofrecieron un empleo 18,7%
Por los periódicos 9,2%	Periódicos 14,2%
Bolsa de trabajo 4,7%	Por medio de un concurso público 5,4%
	Montaron un negocio independiente 5,9%
	Por medio de centros de empleo 3,2%
	Enviando hojas de vida 2,7%

Fuente: Elaboración propia sobre la base de encuestas de cada país.

Base: total de jóvenes con experiencia laboral.

te: con ayuda de conocidos o amigos (29,4%), con ayuda de los familiares (17,2%), les ofrecieron un empleo (18,7%), por los periódicos (14,2%), por medio de un concurso público (5,4%), montaron un negocio independiente (5,9%), por medio de centros de empleo (3,2%), enviando sus hojas de vida (2,7%). Entre la anterior encuesta y esta, los cambios son notables, pues se prefirió más a los amigos, los diarios, montar un negocio y acudir a los centros de empleo.

C. Conclusiones

Durante el período reciente, la situación laboral de los jóvenes latinoamericanos se ha deteriorado nuevamente. Esto se refleja en el aumento del desempleo, la concentración creciente del empleo juvenil en los sectores de baja productividad y la caída de los ingresos laborales medios. Este empeoramiento obedeció a tendencias generales en los mercados de trabajo de la región, que sufrieron un nuevo deterioro de las condiciones de empleo e

ingresos, sobre todo a partir de fines de los años noventa (la "media década perdida").

Los jóvenes se vieron severamente afectados por estas circunstancias, pero más porque ya previamente sufrieron condiciones laborales críticas que por la merma de su situación relativa respecto de los adultos. Asimismo, tampoco se observó una mejoría de esta situación relativa, contrariamente a lo que hubiese podido esperarse sobre la base de las hipótesis de las ventajas competitivas tecnológicas y organizativas de los jóvenes. Si bien algunas brechas entre jóvenes y adultos se redujeron, como en el caso de la tasa de desempleo, esto ocurrió en el contexto de elevados y crecientes niveles absolutos. Como era de suponer, los jóvenes se beneficiaron de la expansión del empleo en el sector terciario, lo que abrió importantes oportunidades, especialmente para las mujeres. Pero los afectó negativamente la contracción relativa del empleo en la industria manufacturera, donde previamente tenían una participación considerable.

La presión económica, además, obliga a un número alto y creciente de jóvenes a combinar el estudio con el trabajo. Aunque en ciertos casos esto puede facilitar la futura inserción laboral al permitir primeros conocimientos del mundo de trabajo, en general es una tendencia desfavorable debido al típico impacto negativo en el rendimiento de los estudios.

Por otra parte, hay noticias positivas, sobre todo en el ámbito de la mayor asistencia al sistema educativo y la mayor participación y ocupación de las mujeres jóvenes. La mayor asistencia y progresión educativa incidió en una caída de la tasa de participación de los hombres jóvenes, mientras que ha bajado la proporción de jóvenes que ni estudian ni trabajan ni buscan empleo. En el caso de las mujeres, esta tendencia fue más que compensada por una mayor inserción laboral, en tanto que la proporción de jóvenes que se dedica a los oficios del hogar descendió marcadamente. Si bien, nuevamente, en muchos casos el motivo de este aumento, sobre todo en los hogares más pobres, es la presión por mejores ingresos, al mismo tiempo se abren nuevos espacios de desarrollo individual y societal para muchas jóvenes. Destaca el marcado incremento del empleo de mujeres jóvenes en las zonas rurales, y en ello concurre aparentemente un cambio cultural que le da más espacio a las mujeres, con nuevas oportunidades de empleo remunerado en la agricultura y en actividades rurales no agropecuarias.

Aun así, las mujeres jóvenes de hogares pobres, muchas de ellas provenientes de hogares rurales y con bajos niveles de educación, pueden considerarse como el grupo específico con menos oportunidades laborales, ya que combinan cuatro elementos que obstaculizan, en mayor o menor grado, el acceso a empleos de buena calidad. De hecho, la información detallada en este capítulo ha subrayado la segmentación de los jóvenes y

las grandes brechas que existen dentro de grupos etarios específicos según su género, nivel educativo, hogar de origen y hábitat. Esto implica que cualquier política para el fomento de la inserción laboral juvenil tiene que definir claramente su grupo meta y focalizar sus instrumentos de manera correspondiente.

Las mujeres jóvenes siguen registrando condiciones de inserción más desfavorables que sus coetarios masculinos, como lo indican, en especial, la mayor tasa de desempleo, la mayor proporción de empleo en sectores de baja productividad y los ingresos más bajos, aun con los mismos niveles de educación. En algunas variables, como la proporción del empleo en sectores de baja productividad y los ingresos relativos de las mujeres con nivel educativo más alto, las brechas se han reducido recientemente; pero en otras, como el desempleo y los ingresos medios, no hubo mejorías.

La educación sigue siendo una variable clave para la mejoría de las perspectivas laborales de los jóvenes, y así parece entenderlo un creciente número de hogares. Esto, junto con las políticas de educación de los países, ha incidido en los aumentos de la asistencia a los diferentes niveles de educación. Sin embargo, el período más reciente también mostró que en un tiempo de estancamiento o crisis económica el mayor logro educativo no es garantía para una inserción laboral exitosa, como lo ilustra el incremento del "desempleo académico" y la mayor proporción de jóvenes con alto nivel educativo que trabajan en sectores de baja productividad.

El hogar de origen incide claramente en las oportunidades laborales, y los jóvenes que son miembros de hogares acomodados en general disfrutan de condiciones laborales más favorables –mayor tasa de ocupación, menor tasa de desempleo, menor proporción de empleo en sectores de baja productividad– que sus pares de hogares más pobres. En el mismo período algunas de estas brechas incluso se ampliaron, lo que se ilustra en la mayor proporción de empleo en sectores de baja productividad; mientras que otras se cerraron –tasa de ocupación, tasa de desempleo. Más que una mayor equidad, eso parece indicar que en situaciones de bajo dinamismo económico los jóvenes de hogares más ricos prolongaron su permanencia en el sistema educativo y que sus hogares permitieron un mayor desempleo antes que exigir la inserción a empleos no deseados.

En términos geográficos, la falta de oportunidades de educación y de empleo remunerado en las zonas rurales conduce a un resultado combinado de una inserción laboral demasiado temprana, sobre todo entre los hombres, con obstáculos a la inserción (particularmente, entre las mujeres). No obstante este aspecto, se han podido observar algunos avances recientes.

Finalmente, es importante resaltar cómo mejoran las condiciones laborales relativas medias de los jóvenes al avanzar de un grupo etario a otro. Esto se debe, en parte, a un cambio de la composición de la cohorte, pues la composición educativa mejora y gradualmente se incorporan a la fuerza de trabajo los jóvenes con mayores niveles de educación. Pero también grupos más homogéneos de jóvenes mejoran su inserción en el trabajo al acumular experiencia laboral, tanto con respecto a habilidades "duras" –tales como los conocimientos sobre instrumentos y procesos de trabajo, y el funcionamiento del mercado laboral y las empresas– como a destrezas "blandas", tales como las actitudes y disposiciones. Sin embargo, los premios a esta mayor experiencia varían mucho. En este sentido, poco se benefician de tales premios las mujeres en general y, específicamente, no se favorecen las jóvenes de bajo nivel educativo. Esto subraya la importancia de aplicar medidas antidiscriminatorias, así como del apoyo a la continuidad educativa para una exitosa inserción laboral no solo al inicio, sino a lo largo de la vida laboral de los jóvenes.

En conclusión, puesto que el empleo es una variable clave para la inclusión social de los jóvenes, la situación crítica de la inserción laboral juvenil causa profunda preocupación. Debido a la difícil situación económica y laboral general, en el curso del período reciente esta situación empeoró en términos absolutos y, si bien se redujeron las brechas de algunos indicadores con respecto a los adultos, no se observó el mejoramiento que podía esperarse sobre la base de las hipótesis referidas a las transformaciones tecnológicas, organizativas y sectoriales en curso.

Capítulo VII

Consumos culturales y sensibilidades juveniles

Este capítulo da cuenta de algunas particularidades de los consumos culturales de los jóvenes en Iberoamérica. Estas remiten a un conjunto de rasgos comunes en la apropiación de los objetos culturales y marcan diferencias con el modo en que los adultos se aproximan a esos mismos objetos. Tales particularidades también contienen diferencias en el interior de un sujeto juvenil que necesariamente debe ser pensado en plural: diferencias que se dan por países, estrato socioeconómico, sexo e incluso por las distintas etapas por las que transita el sujeto en su conformación como "ser joven".

El capítulo se divide en seis secciones. La primera desarrolla algunas mínimas acotaciones conceptuales y metodológicas. La segunda aborda el lugar que ocupan los consumos culturales en el tiempo libre de los jóvenes. En la sección siguiente se examinan algunas particularidades del consumo juvenil de medios audiovisuales –especialmente la televisión– en una época que diversos autores caracterizan como de hegemonía de la cultura de la imagen. Luego se indaga en la emergencia de la cultura virtual y en la particular relación de los jóvenes de los años noventa con las nuevas tecnologías de la comunicación. La quinta sección analiza un tema que está en la discusión pública y en el debate académico desde hace algunos años, a saber: ¿dónde queda la cultura del texto frente a la hegemonía de la cultura de la imagen y la emergencia de la cultura virtual? En la sección final se examina uno de los principales consumos culturales de los jóvenes –la música– y su relación con las identidades sociales.

A. Acotaciones conceptuales y metodológicas

Hace una década atrás, en su Introducción al libro *El consumo cultural en México*, Néstor García-Canclini señalaba que dicho consumo era uno de los temas menos estudiados en América Latina, lo que implicaba que se carecía de "los datos básicos y la reflexión teórica sobre quienes asisten o no a los espectáculos, quienes se quedan en su casa a ver televisión, que ven, escuchan o leen, y cómo relacionan esos bienes culturales con su vida cotidiana" (García-Canclini, 1999, p. 26). En la década de 1990 se realizó un conjunto significativo de investigaciones sobre el tema, que subsanó parcialmente esta carencia. En varios países de la región ahora se cuenta con algunos datos básicos al respecto. Además, se ha generado una reflexión teórica acerca de los modos en que los públicos ven, escuchan y leen, los usos que le dan a los bienes culturales y las maneras en que ellos relacionan esos bienes con su vida cotidiana. Sin embargo, tal como se podrá apreciar en el presente capítulo, la investigación en torno del tema todavía es incipiente y las fuentes de datos son relativamente precarias.

Desde el punto de vista conceptual, García-Canclini examina distintos modelos que se han utilizado para explicar el consumo (García-Canclini, 1999). Entre ellos, los modelos que definen el consumo como el lugar donde las clases y los grupos compiten por la apropiación del producto social; como el lugar de diferenciación social y distinción simbólica entre los grupos; como sistema de integración y comunicación; como proceso de objetivación de deseos; o como proceso ritual. De la discusión de estos modelos se concluye que, si bien cada uno de ellos es necesario para explicar aspectos del consumo, ninguno es autosuficiente.

A partir de esta revisión de los modelos de consumo, García-Canclini establece una perspectiva concordante con la que sustentan Mary Douglas y Baron Isherwood, al relevar el "doble papel" de las mercancías: "como proporcionadores de subsistencias y establecedores de las líneas de las relaciones sociales" (Douglas e Isherwood, 1979). De acuerdo con estos autores, además de sus usos prácticos los bienes materiales "son necesarios para hacer visibles y estables las categorías de una cultura", con lo que se destacan los significados sociales de las posesiones materiales. Desde esta perspectiva, se va a poner entre paréntesis la utilidad práctica de las mercancías, para asumir en cambio "que la función esencial del consumo es su capacidad para dar sentido" (Douglas e Isherwood, 1979). En forma concordante, García-Canclini va a definir el consumo como "el conjunto de procesos socioculturales en que se realiza la apropiación y los usos de los productos" (García-Canclini, 1999, p. 42).

Ahora bien, ¿tienen los llamados consumos culturales una problemática específica? García-Canclini responde afirmativamente

desarrollando una doble argumentación (García-Canclini, 1999). Por una parte, sostiene que la delimitación del "consumo cultural" como una práctica específica frente a la práctica más extendida del consumo, se justifica debido a la parcial independencia alcanzada por los campos artísticos y culturales durante la modernidad. Estos campos habrían superado la heteronomía que tenían con relación a la religión y la política, lo que se enmarca en un proceso de secularización global de la sociedad, pero también en un contexto de transformaciones radicales en los procesos de circulación y consumo que implican la conformación de públicos específicos y mercados diferenciales para los productos culturales.

Por otra parte, el consumo cultural se constituiría como una práctica específica debido al carácter particular de los bienes culturales. En este sentido, se sostiene que los productos culturales se distinguen porque su valor simbólico predomina sobre su valor de uso (o de cambio) (García-Canclini, 1999, p. 42). Esta es la definición que ha orientado a buena parte de las investigaciones sobre consumo cultural realizadas en América Latina durante los años noventa y que adoptamos en el presente capítulo.

¿Cómo se conecta este tema de investigación –que es también una perspectiva de análisis– con el campo de estudios sobre juventud? Una primera característica de este tipo de estudios es el rechazo a las visiones funcionalistas que todavía están plenamente vigentes: visiones que construyen a los jóvenes como una subcultura marginal y anómica, con poca capacidad de integración al sistema; como una contracultura disfuncional y contestataria, pero con gran capacidad para el consumo; como una etapa transitoria que sirve de preparación para el futuro, en la que se está pero todavía no se es; como una población en riesgo de convertirse en delincuente (o ser víctima de la delincuencia), de contraer el SIDA o de volverse drogadicta, y sobre todo, en riesgo de convertirse en un elemento subversivo.

Frente a estas diversas reducciones funcionalistas que consideran a los jóvenes como "desviaciones sociales", "peligro para la sociedad" o mercados potenciales, la perspectiva de los estudios culturales hace visible algunas dimensiones de la problemática de los jóvenes que permanecían ocultas. El giro operado por los estudios culturales ha permitido la realización de investigaciones que abordan múltiples aspectos desde la cotidianeidad de los jóvenes: aspectos como sus formas específicas de relacionarse con su entorno, sus modos de expresión y las maneras de darle sentido a su sociabilidad; aspectos vinculados con la sensibilidad y la expresión de amores y desamores; con visiones e ideas sobre la vida y la muerte; con tránsitos, apropiaciones y resignificaciones urbanas; con los procesos de construcción de identidad individual y adscripciones e identificaciones colectivas.

Entre las investigaciones que abordan la problemática juvenil desde la cotidianeidad de los jóvenes, son particularmente relevantes aquellas que exploran la conformación de las culturas y las identidades juveniles. En un nivel general, cabe mencionar aquí la reflexión de Jesús Martín-Barbero en torno de la cercanía –o la empatía– de los jóvenes con las tecnologías de la comunicación –y la experiencia audiovisual– como un factor que está en la base de las subjetividades emergentes, tema sobre el que volveremos en una próxima sección de este trabajo. En la investigación empírica se pueden mencionar diversos trabajos, como los realizados por Rossana Reguillo sobre el papel que juega la comunicación en la constitución de la identidad de las bandas juveniles en Guadalajara, y que examinan la relación entre territorios, ritos, competencias e identidades; el trabajo de José Manuel Valenzuela sobre el desarrollo de una cultura juvenil particular –los góticos y la simbología *dark*– en Tijuana; el trabajo de Germán Muñoz que indaga en las culturas juveniles urbanas mediante la recepción de la música *rock*; el estudio de Alonso Salazar sobre las bandas juveniles en Medellín, una subcultura que entrelazada con el fenómeno del narcotráfico desarrolla formas peculiares de religiosidad, lenguajes profanos y una actitud desafiante ante la muerte; y el estudio de Ana Wortman sobre los consumos culturales de jóvenes de clases medias argentinas y su relación con la conformación de identidades sociales (Reguillo, 1995; Valenzuela, 2000; Muñoz, 1998; Salazar, 2002; Wortman, 2003). Esto permite apreciar el desarrollo de una línea de investigación que explícita o implícitamente examina la conformación de las culturas juveniles –y los cambios culturales de los jóvenes– en su relación con los consumos culturales.

En términos metodológicos, estas investigaciones son predominantemente cualitativas, lo que permite relevar procesos sociales de construcción de sentido, si bien no bastan para contar con una visión de conjunto de los consumos culturales juveniles a escala de un país y, menos aún, de varios países de la región. Por ende, para la realización de este capítulo se complementó el aporte de este conjunto de investigaciones dispersas con la información proveniente de encuestas que indagan en los consumos culturales juveniles. Hemos recurrido a dos tipos de encuestas. En primer lugar, a las *encuestas de juventud* realizadas en diversos países de la región por organismos estatales vinculados con la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ). En particular, han sido de utilidad las encuestas de juventud realizadas en México (2000), Chile (2000 y 2004), Colombia (2000) y España (2000). Cabe destacar que estas encuestas procuran dar una visión general de la situación de la juventud en cada país, explorando una diversidad de temas: educación, trabajo, familia, sexualidad, drogas, actitudes frente a temas valóricos, y otros. Sin embargo, la indagación sobre consumos culturales –que aparece en el apartado sobre usos del tiempo libre– representa un "módulo" menor dentro de la encuesta, lo que hace que la información sobre el tema tenga poco desarrollo. Además, las encuestas de juventud

presentan otras debilidades. Entre ellas, que las preguntas no son iguales en las distintas encuestas, lo que dificulta las comparaciones; que limitan la muestra al universo de los jóvenes, lo que impide realizar comparaciones con otros grupos etarios; y, por último, que no hay encuestas de juventud para todos los países en Iberoamérica. En sentido contrario, se debe destacar como fortalezas que estas encuestas permiten establecer diferencias por sexo y estrato socioeconómico en el interior del segmento de los jóvenes. Además, distinguen al grupo de los jóvenes en distintos tramos, lo que permite observar diferencias y transiciones dentro de la juventud.

Para complementar esta información, a fin de obtener una visión de conjunto de los consumos culturales juveniles, ha sido necesario entonces recurrir a *encuestas de cultura* realizadas recientemente en algunos países de la región. En este sentido, quisiéramos agradecer el acceso que se nos ha dado a la encuesta de cultura realizada por el Ministerio de Cultura de Colombia el año 2000; a la encuesta de cultura realizada en Chile por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) el año 2000; a la encuesta de públicos y consumos culturales realizada por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) para la Secretaría de Cultura de la Nación en Argentina, el año 2000; a los resúmenes de las encuestas de consumo cultural realizadas por el periódico *Reforma* en México; y a la encuesta de consumos culturales realizada por Hugo Achúgar y colaboradores en Uruguay, el año 2003 (Achúgar, 2003).[1] Este conjunto de informaciones nos confrontan con la difícil tarea de armar un rompecabezas donde hay piezas que faltan y otras que no calzan.

B. Los consumos culturales en el tiempo libre

El tiempo libre de los jóvenes se reparte de distintas formas y en actividades diversas, y varía de acuerdo con la edad, el sexo, los ingresos y en general, con el modo de vida que tienen en sus familias. Los resultados de las encuestas (exceptuando la portuguesa) indican que los jóvenes de fin de siglo pasan una buena parte de su tiempo libre dentro de sus casas viendo televisión o escuchando música; fuera de esta actividad realizan actividades lúdicas con sus parejas o novia/o, practicando algún deporte, o reuniéndose en la calle con sus amigos.

[1] Agradecemos a Germán Rey por los datos de la encuesta de cultura de Colombia; a Rodrigo Márquez por el procesamiento de datos de la encuesta de cultura del PNUD; a Alberto Quevedo por el informe de la encuesta de cultura realizada en Argentina; a Ana Rosas Mantecón por facilitarnos sus resúmenes de las encuestas realizadas por el periódico *Reforma* en México; y a Ana Wortman por información sobre usos de Internet en Argentina.

¿Qué lugar ocupan los consumos culturales en el tiempo libre de los jóvenes? La información obtenida mediante las encuestas de juventud (véase el cuadro VII.1) da cuenta de algunos rasgos que interesa destacar.

En primer lugar, se observa que los consumos culturales ocupan un lugar central en la organización del tiempo libre de los jóvenes. Si excluimos actividades como "estar con la familia", "estar con la pareja", "estar con los amigos", que no constituyen consumos culturales en el sentido que lo hemos definido anteriormente, se puede apreciar la centralidad de los consumos culturales en los usos del tiempo libre de los jóvenes en los cuatro países considerados. "Ver televisión", "escuchar música", "leer", "ir al cine",

Cuadro VII.1

ACTIVIDADES QUE REALIZAN DURANTE EL TIEMPO LIBRE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS, POR PAÍSES

(En porcentajes)

Chile	**México**	**Colombia**	**España**
Escuchar radio o música 58,4	Estar con la familia 21	Hacer deporte 38	Ver televisión 31
Estar con la familia 41,7	Convivir con la pareja 13	Oír música 37	Escuchar música 23
Estar con la pareja 31,8	Ver televisión 11	Ver televisión o videos 33	Hacer deporte 20
Salir o conversar con amigos 36,1	Escuchar música 10	Leer 24	Ir al cine o teatro 18
Ver televisión o videos 17,1	Estar con los amigos 10	Salir con amigos/as 17	Bailar 14
Salir de paseo 15,3	Estudiar en casa 9	Ir a bares/discotecas 6	Leer libros, periódicos o revistas 14
Deportes 25,4	Practicar algún deporte 8	Dedicarse a las artes 5	
Ir a fiestas o a bailar 23,7	Videojuegos 8	Ir al cine/conciertos 4	
Leer diarios, libros o revistas 8,5			

Fuente: Elaboración propia sobre la base de encuestas de juventud de cada país.

"bailar", "hacer deportes" y "videojuegos" son las prácticas de consumo cultural mencionadas por los jóvenes con mayor frecuencia en los usos del tiempo libre.

En segundo lugar, se puede advertir que en el marco de la centralidad de los consumos culturales, los medios están entre las actividades más destacadas por los jóvenes. "Ver televisión" es una actividad mencionada por los jóvenes de los cuatro países considerados: en el primer lugar por los jóvenes españoles, en el tercer lugar por los jóvenes mexicanos y colombianos, y en el quinto lugar por los jóvenes chilenos. "Escuchar música" es otra actividad mencionada por los jóvenes de los cuatro países: en el primer lugar por los jóvenes chilenos, en el segundo lugar por los colombianos y españoles, y en el cuarto lugar por los mexicanos. "Leer", significativamente, es una actividad mencionada por los jóvenes colombianos (cuarto lugar), por los españoles (sexto lugar) y por los chilenos (quinto lugar). "Ir al cine" es mencionada por los jóvenes españoles y colombianos. Los "videojuegos" son mencionados solo por los jóvenes mexicanos. Es importante notar que Internet no aparece en el cuadro, posiblemente porque esta es una actividad que no está asociada a los usos del tiempo libre.

La centralidad de los medios en los consumos culturales de los jóvenes da cuenta de un tercer aspecto de importancia: la mediatización de la cultura. Sin duda, este es un fenómeno más general de las sociedades contemporáneas que no solo afecta a los jóvenes, pero es posiblemente en ellos donde alcanza mayor fuerza debido a su capacidad de relacionarse con las diversas tecnologías de la comunicación. Esto significa que los propios medios generan rutinas, hábitos de consumo, formas de operar tecnología y discursos que se construyen desde la relación con ellos: "si la televisión se desenvuelve a través de la instantaneidad, la fragmentación y las mezclas audiovisuales, la radio restituye la conversación y la interacción más cálida con las audiencias, mientras que la prensa combina conocimientos, información y entretenimiento" (Rey, 2002). Pero también implica que las diversas expresiones culturales pasan por la televisión, la radio, la prensa o Internet, lo que supone "el encuentro –muy fuerte y conflictivo– entre los relatos del arte y las lógicas expresivas y comerciales de los medios. Aquellas manifestaciones culturales que han encontrado formas de articulación con los medios, han obtenido mayores grados de visibilidad, desarrollos industriales importantes, expansión significativa de sus públicos y procesos nuevos de consumo y resignificación. La música, es quizás, el mejor ejemplo..." (Rey, 2002).

Por último, se puede apreciar un desplazamiento del consumo cultural hacia el espacio doméstico, lo que también forma parte de una tendencia más general de las sociedades contemporáneas. Entre las

prácticas de consumo cultural mencionadas por los jóvenes, las únicas que remiten a espacios públicos son "ir al cine", "ir a bailar" y "hacer deportes". Significativamente, no se menciona ninguna actividad asociada a la denominada "alta cultura" –recitales de música clásica, asistencia a museos o centros históricos, galerías de arte, teatro, y otros– posiblemente porque aquí están pesando fuertemente distinciones por nivel educacional e historia familiar. También es significativo que no se mencionen actividades culturales de carácter masivo, como asistencia a recitales de música popular, ir al estadio o asistir a espectáculos populares.

Por el contrario, la centralidad del consumo de medios de los jóvenes está indicando que el hogar ha pasado a representar un espacio de intenso consumo simbólico y creciente convergencia de tecnologías de comunicación. No es solo la televisión o la radio en su sentido tradicional, sino un nuevo concepto de "selección a la carta" en el consumo de TV por cable, videos, DVD, Internet y otros dispositivos. El peso relativo del consumo de medios dentro de la construcción de identidad en el hogar aumenta a medida que se diversifican los canales de acceso a contenidos que también tienden a diversificarse.

Respecto de los jóvenes españoles, la casa aparece como el ámbito privilegiado para el procesamiento de la información (a través de la radio y la televisión), mientras que fuera de sus casas los españoles utilizan el tiempo para estar con sus amistades. En el caso mexicano, los jóvenes tienen como espacios de reunión con los amigos: la calle (26,8%) y la casa de ellos mismos o sus amigos (25,6%), aunque un 12% dijo no tener amigos. En el momento de la encuesta, los hombres mexicanos preferían, mucho más que las mujeres, la calle o el barrio (37,5% contra 16,7%, respectivamente), y ellas la propia casa o la de sus amigos (31,9% con respecto a 18,8% los hombres). En Chile destaca que el lugar de reunión con los amigos es la propia casa o la de los amigos (54,4%), la calle o una esquina (13,3%), la escuela (9,5%), los lugares públicos (6,1%) y una plaza o parque (5,3%). Los de mayor edad y nivel socioeconómico alto y medio prefieren la casa y los lugares públicos, los de menor edad y nivel socioeconómico bajo y medio la escuela, la calle y la plaza.

C. La centralidad de la cultura audiovisual

¿Qué particularidades presenta el consumo juvenil de medios audiovisuales –especialmente de televisión– en una época que diversos autores caracterizan como de hegemonía de la cultura de la imagen? Un primer aspecto a destacar es que desde la década de 1980, con la masificación de la televisión en diversos países de la región, esta tecnología de la comunicación

se viene instalado en los hogares de la gran mayoría de la población, independientemente de las diferencias socioeconómicas. La televisión (abierta) se transformó en una tecnología de acceso universal, abarcando incluso a los hogares más pobres de la población. Desde un punto de vista histórico, ello significó que los jóvenes de dicho decenio crecieran en un "ecosistema comunicativo" en que la televisión se había transformado en algo "natural". A diferencia de sus padres, quienes conocieron la televisión cuando ya eran adultos y, por tanto, se relacionaron con el nuevo medio de una manera externa –principalmente desde los códigos de la educación formal–, la generación de los años ochenta se desarrolla viendo televisión –como una práctica "natural"– y en fuerte tensión con la educación formal.

Diversas encuestas indican que la televisión es el principal consumo cultural de las poblaciones de la región. Se trata, es sabido, de un fenómeno que atraviesa los distintos sectores sociales. Lo que es menos sabido (véase el cuadro VII.2) es que el consumo de televisión es también un fenómeno transgeneracional. Aunque la información proviene de distintas fuentes, y los tramos etarios han sido definidos de manera diferente e incluso la pregunta no es exactamente la misma, la visión que resulta viene a resaltar el carácter transgeneracional del consumo televisivo. La encuesta colombiana indica que los jóvenes consumen algo más televisión que los adultos, aunque las diferencias no son significativas, excepto con el segmento de

Cuadro VII.2

FRECUENCIA DE CONSUMO DE TELEVISIÓN, POR PAÍSES Y GRUPOS ETARIOS

(En porcentajes)

Colombia [a/]		**México** [b/]		**Chile** [a/]	
Grupo etario	*Porcentaje*	*Grupo etario*	*Porcentaje*	*Grupo etario*	*Porcentaje*
5-11	86,6	16-17	95,0	16-25	76,6
12-17	87,2	18-29	91,0	26-45	79,2
18-24	86,1	30-39	91,0	46-65	81,9
25-34	85,7	40-49	95,0		
35-44	84,1	50 años y más	92,0		
45-54	83,9				
55-64	81,5				
65 años y más	72,5				

Fuente: Comisión Nacional de Televisión, *Encuesta de calidad de vida DANE, 2003. Capítulo Televisión,* Bogotá, D.C. 2003; diario *Reforma* de México, "Encuestas de consumo cultural", México, D.F., 2002; Consejo Nacional de Televisión, *Encuesta nacional de televisión,* Santiago de Chile, 2002.

[a/] La pregunta es por consumo de televisión todos los días.

[b/] La pregunta es por consumo de televisión al menos una vez por semana.

los adultos mayores. En sentido contrario, la encuesta chilena indica que los jóvenes consumen algo menos de televisión que los adultos, aunque las diferencias tampoco son significativas. La encuesta mexicana también revela transversalidad en el consumo, un cierto aumento en el tramo de 16 a 17 años y en el de 40 a 49 años.

Por otra parte, cabe destacar que las frecuencias de consumo son muy altas para todos los tramos etarios en los diferentes países. Si se considera el tiempo de consumo diario esto se hace todavía más evidente.

Cuadro VII.3

CHILE Y ESPAÑA: TIEMPO DE CONSUMO DE TELEVISIÓN POR GRUPOS ETARIOS

(Promedio diario en horas/minutos)

Chile		**España**	
Grupos etarios	*Tiempo (horas)*	*Grupos etarios*	*Tiempo (horas)*
4-14 años	3:01	13-24 años	2:33
15-19 años	2:38	25-45 años	3:10
20-29 años	3:03	45-64 años	3:59
30-39 años	3:14		
40-54 años	3:17		
55 años y más	3:54		

Fuente: Chile: sistema de medición electrónica (*people-meter*) citado en Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Desarrollo humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural 2002*, Santiago de Chile, mayo, 2002; España: Sociedad General de Autores y Editores (SGAE), *Informe SGAE sobre hábitos de consumo cultural*, Madrid, Edición Fundación Autor, 2000.

Según datos del sistema de medición electrónica (*people meter*), un joven chileno de 15 a 19 años consume televisión (en promedio) algo más de 2 horas y media al día y otro joven de 20 a 29 años consume algo más de tres horas diarias. Los datos de la encuesta española también arrojan altas frecuencias de consumo para todos los segmentos etarios. Así, si bien los jóvenes son el segmento etario que menos consume televisión en España, este consume en promedio algo más de 2 horas y media al día. Se trata, sin duda, de proporciones de tiempo significativas en la vida de cualquier joven, lo que hace dudar de que este consumo sea solo en el "tiempo libre".

Cuadro VII.4

PREFERENCIAS DE PROGRAMAS TELEVISIVOS DE LOS JÓVENES,[a/] POR PAÍSES Y GRUPOS ETARIOS

(En porcentajes)

España		**Chile**		**Uruguay**		**Argentina**	
Programa	*15-29 años*	*Programa*	*18-24 años*	*Programa*	*16-29 años*	*Programa*	*14-24 años*
Películas	28,0	Películas	16,6	Películas	62,0	Películas	40,4
Seriales	25,0	Noticieros	15,3	Informativo	52,0	Deportes	40,4
Deportes	15,0	Deportivos	14,6	Telenovelas	36,0	Documental	37,5
Documental	8,0	Teleseries	14,3	Deportivos	28,0	Humor	25,0
Informativo	5,0	Música	9,8	Concursos	24,0	Noticieros	22,0
Concurso	5,0	Series	2,0	Musical	22,0	Telenovelas	19,1

Fuente: Argentina: L. Quevedo, L.A. Petracci y M. Vacchieri, *Públicos y consumos culturales en la Argentina*, Buenos Aires, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Secretaría de Cultura y Comunicación de la Nación, marzo de 2001; Chile: Encuesta nacional del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), 2002; España: Instituto de la Juventud (INJUVE), *Informe juventud en España 2000,* Madrid, 2001; Uruguay: H. Achúgar y otros, *Imaginarios y consumo cultural. Primer informe nacional sobre consumo y comportamiento cultural Uruguay*, Montevideo, Universidad de La República, Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos, Ediciones Trilce.

[a/] Se incluyen en el cuadro solo los seis tipos de programas preferidos. Los programas están ordenados según la preferencia de cada país.

Si el consumo de televisión es alto en los distintos tramos etarios y se mantiene relativamente constante, cabe preguntarse qué hace la diferencia en el consumo televisivo de los jóvenes. Interesa resaltar dos aspectos en este sentido. En primer lugar, hay diferencias en las preferencias de programas televisivos (véase el cuadro VII.4). La encuesta española indica que las personas jóvenes prefieren cada vez en mayor número las películas y seriales, incluyendo telenovelas; que aumenta el gusto por los deportes, y que las series nacionales son las más exitosas entre adolescentes de ambos sexos (algunas de ellas diseñadas para estas edades y para ambientes escolares): "la televisión satisface una 'vis dramática' muy acorde con los estados anímicos de la adolescencia. Es la única etapa juvenil en la que hay aficionados a los *reality shows* y en general a los contenidos truculentos" (INJUVE, 2001, pp. 266-267). Por otra parte, la encuesta española revela una tendencia significativa, a saber, que "los temas informativos y de actualidad que se ofrecen en la televisión han ido decayendo en el interés de la juventud en forma constante. Entre 1991 y 1999 se ha reducido a la mitad la proporción de quienes eligen los noticieros, telediarios o 'informes' de actualidad" (INJUVE, 2001, p. 266).

Los datos de la encuesta argentina son consistentes con lo anterior. Las preferencias televisivas de los jóvenes argentinos son las películas y los programas de deportes, seguidos por los documentales. Los noticieros son la quinta preferencia entre los jóvenes argentinos aunque, como lo destacan Quevedo, Petracci y Vacchieri, hay gran diferencia entre los noticieros actuales y los tradicionales, acercándose hoy más al formato magazín que al estilo de sucesión de noticias, y donde se borran las distinciones jerárquicas entre temas como política, economía o panorama internacional, por una parte, y deporte, cobertura de espectáculos o notas de color, por otra. En cierta forma, "el noticiero hoy es una manera de estar al día con la realidad nacional e internacional pero también con el espectáculo y hasta con la televisión misma" (Quevedo, Petracci y Vacchieri, 2001).

La encuesta de cultura realizada por el PNUD en Chile indica que las películas son el tipo de programa preferido por los jóvenes, seguido por los noticieros. Hay que tener presente que si bien la opción por los noticieros es alta en todos los tramos etarios, "esta opción es marcadamente más baja en el mundo juvenil" (PNUD/INJUV, 2003, p. 22). Otros programas televisivos que gozan de gran preferencia entre los jóvenes chilenos son los deportivos y las telenovelas. También es un hecho interesante el que un 9,8% de los jóvenes indique que los programas de música están entre sus preferencias "ya que estos programas prácticamente no son vistos por el resto de la población (...) los jóvenes de 18 a 21 años constituyen el único sector significativo de la sociedad que observa y comenta programas de música" (PNUD/INJUV, 2003, p. 22). Habría que agregar el enorme interés que ha despertado en los jóvenes el género *reality show* desde que apareció en pantalla a comienzos de 2003.

La encuesta uruguaya revela comportamientos similares. De acuerdo con esta, el consumo de películas disminuye al aumentar la edad, siendo del 62% para los más jóvenes y del 33% para los mayores de 60 años. Asimismo, indica que los musicales, al igual que las seriales, son los programas preferidos por los jóvenes. Finalmente, aunque el consumo de informativos aparece alto entre las preferencias, la encuesta indica que este se incrementa con la edad y el rango se ubica entre el 52% y el 84%, correspondiendo el primero a los más jóvenes y el segundo a los de 60 años y más. Es decir, a menor edad, menor interés en los noticiarios.

Además de estas diferencias en las preferencias juveniles de programas televisivos –las que son relativas y no absolutas–, cabe resaltar, en segundo lugar, que también hay diferencias en los modos de ver televisión. Si bien este tema ha sido trabajado particularmente desde la investigación cualitativa, nos parece sugerente un indicador incluido en la encuesta del PNUD en Chile (véase el cuadro VII.5). La información indica que los comportamientos frente al televisor varían significativamente según

Cuadro VII.5

CHILE: OCASIONES EN LAS QUE PRENDE EL TELEVISOR, POR GRUPOS ETARIOS

(En porcentajes)

	Grupo etario					
	18-24 años	*25-34 años*	*35-44 años*	*45-54 años*	*55 años y más*	*Total*
Para ver programas específicos	37,4	43,4	43,3	48,9	54,7	45,8
Para ver que están dando	53,4	42,9	38,7	36,9	30,5	39,9
Para sentirse acompañado	8,9	12,7	16,6	13,6	13,6	13,4

Fuente: Encuesta realizada por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), 2003.

los grupos de edad. Por una parte, se observa que a medida que aumenta la edad las personas tienden a ver programas específicos. Esto supone que el televisor se enciende con un interés determinado y con particular atención en el desarrollo del contenido que se está viendo. Este *ver concentrado* se asemeja a la práctica de "leer un libro" o de "ir al cine", más propia de la cultura letrada. Por otra parte, se advierte que este modo de consumo está presente con mucho menor fuerza en los grupos más jóvenes, quienes tienden más bien a encender el televisor para ver qué están dando. Por cierto, y como se ha destacado, los jóvenes también tienen preferencias programáticas y por tanto hacen una selección antes de ver. Pero tienen mayor facilidad para "navegar" entre programas y entre canales. Hay aquí un ver mucho más fragmentado y menos centrado en el desarrollo lineal de un determinado contenido. El *zapping*, apoyado en el control remoto, es quizás la práctica que mejor expresa este "ver que están dando", sin ver nada en particular o bien construyendo otro subtexto por medio del desplazamiento constante.

En definitiva, si bien el consumo televisivo es una práctica transgeneracional –de alta frecuencia en todos los grupos etarios– existen distintos modos de ver y relacionarse con esta tecnología de la comunicación. Los jóvenes de los años ochenta, que crecieron en un ecosistema comunicativo donde la televisión ya se había instalado en la vida cotidiana, tienen mayor cercanía con el medio que sus padres, quienes todavía parecen "leer" la televisión desde los códigos (externos) de la cultura letrada.

D. La emergencia de la cultura virtual

Así como la televisión se masifica en la década de 1980 y se instala en la cotidianeidad de la vida familiar, las nuevas tecnologías de la comunicación –esto es, un sistema de comunicación electrónico que se caracteriza por su alcance global, su integración de diferentes medios de comunicación y su interactividad potencial– tienen un enorme desarrollo en el decenio de 1990, particularmente en la segunda mitad. Por lo tanto, si en los años ochenta la pregunta era qué significaba ser la primera generación en la que la televisión constituía un componente habitual de la vida familiar, ahora se trata de entender qué significa ser la primera generación en que la comunicación electrónica ha venido a instalarse en la vida cotidiana de las poblaciones de la región.

Un primer aspecto a destacar es que en la década de 1990 se asiste al paso (o a la extraña coexistencia) de un medio pasivo a un medio interactivo. Esta ruptura tecnológica implica que mientras mediante la televisión una parte significativa de la población tiene acceso a imágenes y mensajes que otros emiten (los que son consumidos de maneras más o menos activas), las nuevas tecnologías de la comunicación ofrecen la posibilidad de comunicarse a distancia ya sea individualmente o con grupos. Son tecnologías comunicacionales "de ida y vuelta", que ofrecen oportunidades inéditas para los jóvenes de los años noventa. Entre ellas:

- El ciberespacio rompe la unidad de espacio y provee a los jóvenes la opción de comunicación interactiva a distancia con otros en cualquier parte del mundo. Esto abre la subjetividad a las diferencias de cultura y lenguaje, con lo que jóvenes y adolescentes pueden relativizar y resignificar su propio espacio, mediante "comparaciones entre los sistemas de estudio, las características de la vida familiar y los hechos culturales, por ejemplo" (Balardini, 2000).

- Otro aspecto relevante es que la información se encuentra –y circula– libremente en Internet, lo que incluye información relevante para el desarrollo de la ciudadanía juvenil, como ayuda de orientación vocacional y para la formación profesional, la protección frente a las relaciones sexuales, el aborto, y otros, pero también pornografía, drogas, métodos de infligir violencia, entre otros. Frente a este panorama surge una nueva tarea, la de preparar a los jóvenes para filtrar, seleccionar y procesar la información. A diferencia de antes, ahora la información desborda y los adolescentes participan del flujo activamente.

– Como lo señalara Peter Eio, presidente de *Lego Systems*, "por primera vez en la historia de la humanidad, una nueva generación está capacitada para utilizar la tecnología mejor que sus padres" (citado en Balardini, 2000). Estamos frente a una "cultura prefigurativa", en la que son los jóvenes quienes enseñan a sus padres. Esto coloca un signo de interrogación sobre las relaciones de autoridad dentro de la familia fundadas en experticia y conocimiento, dado que las nuevas tecnologías comunicacionales encuentran más preparados a niños y adolescentes que a sus padres para su asimilación y uso.

Internet está planteando segmentaciones etarias sorprendentes. En Brasil, por edad, el 15,8% de los jóvenes de 14-19 años de edad ha usado Internet, contra el 11,3% en la población de 20-35 años, el 5,6 % en la edad de 36-45 años y el 3% en mayores de 46 años; y para el caso de uso de computadores personales estos índices etarios eran del 27%, 19%, 13,7% y 6,3% respectivamente (Hilbert, 2001). En México, el 30% de los menores de 20 años, y el 36% de la población entre 20 y 29 años de edad eran usuarios de Internet hacia el año 2002, porcentaje que descendía al 18% entre 30 y 39 años, al 9% entre 40 y 59 años, y al 4% en la población de 60 años y más de edad (Hilbert, 2003). Si este perfil también se aplica a otros países de la región, podemos suponer que la brecha generacional a futuro puede exacerbarse, dado que el uso de Internet no solo significa diferencias en productividad, sino que también implicará asimetrías en capacidad de interlocución, acceso a información y conocimiento, desarrollo cultural, y otros.

La información disponible de las encuestas (véase el cuadro VII.6) confirma que existe una brecha generacional en términos de acceso y uso de Internet. A pesar de algunas diferencias entre los países considerados, la tendencia es que los jóvenes son los que más usan Internet. En Colombia son los preadolescentes quienes más usan Internet, y en Chile son los adolescentes. En Argentina, al igual que en España, son los adultos jóvenes (el segmento de 25-34 años) quienes más usan Internet, seguidos por los menores de 24 años. Por otra parte, el uso de Internet tiende a disminuir significativamente a medida que aumenta la edad en los cuatro países considerados.

Cuadro VII.6

EDAD DE LOS USUARIOS DE INTERNET, POR PAÍSES Y GRUPOS ETARIOS

(En porcentajes)

Colombia		**Chile**		**Argentina**		**España**	
Grupo etario	*Porcentaje*	*Grupo etario*	*Porcentaje*	*Grupo etario*	*Porcentaje*	*Grupo etario*	*Porcentaje*
12-17	48,1	6-11	27,0	Hasta 24	30,0	14-19	16,7
18-24	47,6	12-18	35,0	25-34	32,0	20-24	20,8
25-34	24,9	19-29	21,0	35-44	17,0	25-34	31,6
35-44	17,4	30-44	14,0	45-54	14,0	35-44	18,9
45-54	13,5	45-59	13,0	55 años y más	7,0	45-54	9,1
55 años o más	2,2	60 años y más	5,0			55-64	2,2
						65 años y más	0,6

Fuente: Colombia: *Encuesta Nacional de la Cultura*, 2002.

Chile: Encuesta de Caracterización Socioeconómica. Datos citados en Soto, Espejo, Matute, *Los jóvenes y el uso de computadores e Internet,* Instituto Nacional de la Juventud, 2000.

Argentina: Irol D'Alessio, *La audiencia de Internet,* International Research On Line - Argentina/ Brasil (2003).

España: *Anuario de Internet. Evolución y desarrollo en España*, Thenext. AD y Espasa Calpe, Madrid, 2001.

Es interesante considerar también los lugares de uso de Internet según estrato socio-económico, pues introduce ciertos matices a la relación entre propiedad y acceso. La información sobre Argentina (véase el cuadro VII.7) indica que en los estratos de mayores ingresos el acceso a la red se da principalmente a través de la propiedad del computador en el hogar y en mucho menor medida en los cybercafés y la universidad. Por el contrario, en los sectores pobres el acceso se da principalmente a través de locales públicos (cybercafés), donde se paga por navegar en la red, y muy marginalmente a través de la propiedad del computador. En otros términos, el acceso a través de locales públicos aumenta en la medida en que se desciende en la escala socioeconómica, mientras que el acceso a través de la propiedad aumenta en la medida en que se asciende en dicha escala.[2]

Lo anterior indica también que mientras el uso del computador y de Internet en los sectores más ricos de la población constituye un consumo que se realiza principalmente en el espacio doméstico, para los sectores más

[2] En este sentido puede decirse que conectividad no es sinónimo de propiedad, lo que puede resultar auspicioso. Piénsese, por ejemplo, que en Perú el aumento acelerado de conectividad se logró mediante la masificación de cabinas públicas, y en Chile con el acceso a redes desde las escuelas públicas.

Cuadro VII.7

ARGENTINA: LUGARES DE USO DE INTERNET MÁS FRECUENTES

(En porcentajes)

	ESTRATO SOCIOECONÓMICO			
	ABC1	*C2*	*C3*	*D*
Hogar	88	77	39	14
Trabajo	35	32	14	7
Universidad	5	–	2	3
Cybercafé	13	26	55	83

Fuente: Irol D'Alessio, *La audiencia de Internet*, International Research Online - Argentina/Brasil, 2003.

pobres de la población este es un consumo que se realiza principalmente en locales públicos. Con la salvedad de que en los estratos altos y medios altos un lugar de uso significativo de Internet es también el trabajo. Ello significa que, al menos en ese contexto aunque no únicamente allí, los usos de Internet no están relacionados con la mayor o menor disponibilidad de tiempo libre.

Por último, cabe resaltar que Internet se presta a una diversidad de usos posibles. Un estudio reciente realizado en Chile señala que los jóvenes adolescentes de ambos sexos (denominados "deportistas") usan Internet principalmente para chatear, jugar, entretenerse y acceder a información deportiva; las personas jóvenes, típicamente estudiantes de educación superior (denominados "usuarios intensivos" (*heavy users*)) utilizan Internet para realizar la mayor cantidad de actividades posibles; los estudiantes y profesionales jóvenes (denominados "utilitarios") lo emplean como herramienta para el trabajo o estudio; y, por último, las personas de 20 a 30 años, que ya están trabajando (denominados "infoadictos"), lo utilizan como fuente de noticias e información (Soto, Espejo y Matute, 2002). Por cierto, la relación con el tiempo libre va a ser muy diferente para los llamados "deportistas" de aquella que tienen los "utilitarios".

En definitiva, a diferencia de la televisión que implica un consumo transgeneracional –aunque varíen los gustos entre generaciones–, el acceso a la cultura virtual representa un consumo marcado por la brecha generacional. Es evidente, por otra parte, que existen diferencias en el acceso y consumo de las nuevas tecnologías entre los jóvenes de distintos sectores sociales. Pero, como lo ha señalado Balardini, "esta circunstancia, no impugna el hecho de que, en unos y otros casos, los jóvenes se distancian de los adultos a través de su vínculo con ella y su capacidad para procesarla y usarla" (Balardini, 2003). El vínculo de los jóvenes con las nuevas tecnolo-

gías de la comunicación sería así un elemento fundante de su separación y diferenciación cognitiva y perceptiva con respecto al mundo de los adultos. Brecha generacional que podría ser mucho más radical que en generaciones precedentes, dado que el uso de nuevas tecnologías de comunicación implica el desarrollo de mapas congnitivos inéditos.

E. Nuevos (y viejos) modos de leer

¿Qué ha ocurrido con la práctica de la lectura en un contexto de hegemonía de la cultura de la imagen y de emergencia de la cultura virtual? Hasta hace algunas décadas atrás, el texto escrito –y particularmente el libro– tenía exclusividad como medio de acceso al conocimiento y de organización de la cultura. Sin embargo, el desarrollo del cine, la televisión, el video y más recientemente, los videojuegos y computadores, compiten con el libro por ese lugar privándolo de su anterior exclusividad.

Ante este cambio se alzan quienes defienden los valores del libro impreso, señalando que con la gradual desaparición de la palabra impresa también desaparece la cultura. Según los defensores de la cultura letrada, la palabra escrita conserva el saber acumulado, ha desarrollado la capacidad de abstracción y exige un esfuerzo intelectual que presupone la posesión de un código mediante el cual interpretar el mundo. Frente a ello irrumpe la imagen con una seducción infinita que, de acuerdo con esta perspectiva, no requiere de la adquisición de un código para interpretar los mensajes, lo que facilita el acercamiento de todo tipo de público. En consecuencia, el esfuerzo de "ver" no sería equivalente al esfuerzo de "leer".

Una segunda posición sostiene que en la sociedad actual el universo discursivo es multidimensional y heterogéneo. A través de los múltiples discursos que circulan diariamente, producto de las nuevas formas de mediación tecnológica, se han hecho visibles lenguajes que el texto escrito había obviado, particularmente los lenguajes no verbales (icónicos, gestuales, y otros). Se dice que de la misma forma en que en su momento la escritura, y siglos más tarde la tecnología de la imprenta, supuso una revolución que cambió la forma de acceder al conocimiento, las relaciones sociales y las concepciones de mundo, hoy las nuevas tecnologías de la información están transformando el panorama sociocultural. De ahí que lo más oportuno sea repensar los diversos lenguajes a la luz de las nuevas tecnologías y de las implicaciones sociales que suponen.

Este debate cobra particular relevancia para la juventud actual. La pregunta es: ¿qué "lugar" ocupa la lectura entre las prácticas de consumo cultural de jóvenes que se desarrollan en un ecosistema comunicativo donde

la televisión y la comunicación electrónica han pasado a ser componentes habituales y cotidianos? Interesa resaltar dos aspectos. En primer lugar, ciertas transformaciones en las funciones de la lectura. Aunque los datos no son concluyentes, sugieren que la juventud lee menos libros, diarios y revistas que antes, pero no menos que otros segmentos etarios. Por ejemplo, la evolución de la lectura de libros en España muestra una fuerte baja en los últimos años. Así, mientras en 1995 el 58% de los jóvenes entrevistados decía leer cinco o más libros al año (excluyendo libros de texto), en el año 2000 menos de la mitad (25%) se ubicaba en esa categoría. Contrariamente, mientras que en 1995 el 24% de los jóvenes decía no leer ningún libro al año, en el año 2000 la proporción en esa misma categoría aumentaba a 35% (INJUVE, 2000). Aunque no contamos con información sobre evolución de la lectura en América Latina, la situación no parece diferir mayormente de la que se encuentra en España. Por ejemplo, en Uruguay un 21% de los jóvenes de 16 a 29 años dice que "nunca lee"; un 17% que "casi nunca lee"; un 33% que "lee algún libro al año"; y un 29% que "lee varios libros al año" (Achúgar y otros, 2002).

La encuesta española de cultura indica que los hábitos de lectura vienen experimentando una erosión constante a lo largo de la década de 1990, aunque se mantiene un núcleo estable algo inferior al 20% de la población que lee diariamente, compuesto básicamente por personas de estudios superiores, comprendidos entre los 25 y 35 años, de clase alta o media alta. Indica también que "la competencia del audiovisual en el hogar, la televisión y el video, está erosionando la posición de la lectura entre quienes tienen menos arraigado este hábito. El tiempo que se destina a ver el video y la televisión se resta del que antes se destinaba a leer"(SGAE, 2000, p. 94).

Es significativo, empero, que los adolescentes sean quienes asisten con mayor frecuencia a bibliotecas, aunque posiblemente esta práctica se encuentra relacionada con las responsabilidades escolares. En España la asistencia a bibliotecas se concentra entre los jóvenes de 18 a 24 años. En Uruguay también los jóvenes son los que presentan los mayores porcentajes de asistencia a las bibliotecas. "El 44% de los menores de 29 años asiste, mientras que el 19% de los de edad mediana y el 7% de los de 60 y más concurren" (Achúgar y otros, 2002, p. 65). La misma situación se registra en Colombia, donde la frecuencia de asistencia a bibliotecas disminuye proporcionalmente con la edad. Así, mientras el 78,4% de los jóvenes de 12 a 17 años y el 55% de los de 18 a 24 años asisten a bibliotecas, solo lo hace el 14,1% de las personas mayores de 55 años (Rey, 2002).

En este contexto, el *Informe de Juventud en España* señala que aun cuando los jóvenes pueden leer menos textos impresos que antes, ellos invierten cada vez más tiempo en otras lecturas. Plantea que el "declive en el

Cuadro VII.8

ESPAÑA: USO AL QUE DESTINAN LA LECTURA, SEGÚN EDADES

	15 a 29 años	30 a 54 años	55 años y más
Informarse	47	66	65
Distracción	46	45	45
Estudiar	45	4	0
Trabajo	21	30	2
Aprender	13	18	12
Ocio, entretenerse	3	6	9

Fuente: Instituto de la Juventud (INJUVE), *Informe de juventud en España 2000*.

número de lectores de libros no significa que se haya producido un descenso en el tiempo dedicado a la lectura por la población juvenil. Lo que sucede es que la forma de vida actual está cambiando muy rápidamente las funciones que cumple la lectura" (INJUVE, 2000, p. 264). Estos cambios operan en dos niveles. Por una parte, las nuevas generaciones están sustituyendo los soportes en los que leen: "además de las lecturas que tienen un soporte 'de imprenta' –y entre ellas las que son definidas como 'libros'– se usan otros textos que aparecen manuscritos, mecanografiados, fotocopiados, editados en impresora de ordenador, o transcritos en la propia pantalla del ordenador o del teletexto" (INJUVE, 2000). Respecto de los materiales impresos, los jóvenes hacen un uso más generalizado del préstamo en los lugares de estudio, minimizando la compra del material. Por otra parte, la gente joven emplea la lectura para usos distintos (véase el cuadro VII.8). Los datos indican que los jóvenes –mucho más que los adultos– orientan sus lecturas con fines de estudio, lo que corresponde a un uso instrumental. Simultáneamente, hay menos jóvenes que leen el periódico para informarse sobre lo que pasa. Pero el uso por entretenimiento o por placer se distribuye de forma homogénea según las edades.

Además de estas transformaciones en las funciones de la lectura, se están produciendo cambios en los modos de leer. Se trata de cambios en los protocolos de lectura: el paso "de la lectura plana a la lectura esférica", como lo denomina Beatriz Sarlo, que se encuentra asociado a la competencia que enfrenta el libro por parte del hipertexto, siendo este último un texto móvil al que se puede entrar desde cualquier punto, y que tiene caminos distintos para remitir de una parte a otra o de palabras a imágenes y sonidos. Como advierte Sarlo, "la página, tal como el libro nos acostumbró a la idea de página, ya no existe en el hipertexto, que es solo un conjunto de x pantallas, no ordenadas por sucesión fija, a las que podemos acceder y articular de

diferentes modos, siguiendo nexos de asociación, de jerarquía, de secuencia, de tema o de capricho" (Sarlo, 1998, p.70).

Se llega así a un cambio en los protocolos de lectura, una mutación profunda del acto de "leer" que alcanza su mayor impacto precisamente en quienes tienen mayor cercanía –o empatía– con las nuevas tecnologías de la comunicación: los jóvenes. Según Martín-Barbero, esta empatía "va de la enorme capacidad de absorción de información vía televisión o juegos computarizados –que erosiona la capacidad de la escuela como única instancia legítima de transmisión de saberes– a la facilidad para entrar y manejarse en la complejidad de las redes informáticas" (Martin-Barbero, 1998, p.35). En contraste con la resistencia de los adultos a la cultura del hipertexto, los jóvenes no solo muestran más pericia instrumental para navegarlo, sino también más afinidad expresiva, pues "es en sus relatos e imágenes, en sus sonoridades, fragmentaciones y velocidades que encuentran su ritmo y su idioma" (Martin-Barbero, 1998, p.35).

F. Música e identidades sociales

Todo este proceso de reorganización de los consumos culturales implica una experiencia cultural nueva, nuevos modos de percibir y sentir, de ver, leer y oír, que separan al mundo de los jóvenes del de los adultos. La música, uno de los principales consumos culturales no solo entre los jóvenes, también participa de este proceso de mutación cultural.

Un primer aspecto a destacar es que la música, como la televisión, es un consumo transgeneracional que se realiza desde la diferencia de las generaciones. Por ejemplo, la música es el principal consumo cultural mencionado por los colombianos. Los adolescentes son quienes más escuchan música (98,1%), pero las diferencias por grupos etarios no son significativas (quienes menos escuchan son los mayores de 55 años con un 91,9%). Sin embargo, existen diferencias significativas en las preferencias musicales. Los jóvenes entre 12 y 24 años le conceden al *rock* una importancia que no aparece en ningún otro rango de edad, mientras que el bambuco forma parte de las preferencias musicales de las personas de más edad. Por su parte, el vallenato aparece fortalecido en todas las edades.

Además de estas diferencias en las preferencias musicales de jóvenes y adultos existen distintas preferencias entre los propios jóvenes. La información disponible (véase el cuadro VII.9) indica una cierta dispersión de los estilos musicales consumidos por los jóvenes. Existe una diversidad de géneros que se difunden a través de la radio, la televisión, los cd y las discotecas, que presenta una situación muy diferente a la de los años sesenta, cuando los jóvenes construyeron un *ethos* juvenil básicamente a

Cuadro VII.9

PREFERENCIAS MUSICALES DE LOS JÓVENES,[a/]
POR PAÍSES Y GRUPOS ETARIOS

(En porcentajes)

Colombia		**México**		**Uruguay**		**Argentina**	
Género		*Género*	*12-29 años*	*Género*	*16-29 años*	*Género*	*14-24 años*
Salsa	63,5	Rock	19,7	Rock/pop	53,0	Rock	50,3
Reggae	56,8	Grupera	19,3	Tropical	48,0	Cuarteto	50,0
Balada	56,5	Pop	17,9	Romántica	31,0	Tropical	36,0
Rock	54,7	Romántica	8,8	Popular	31,0	Pop	35,5
Vallenato	41,6	Tropical	8,6	Brasileña	25,0	Melódico	20,8
Otra	30,5	Ranchera	7,4	Folclore	22,0	Salsa	14,5
House	30,2	Baladas	5,9	Murga	16,0	Folclore	13,9
Clásica	29,0	Norteña	2,9	Clásica	13,0	Jazz/Blues	7,5
Nueva era	19,9	Clásica	2,7	Candombé	11,0	Brasilera	6,9
Jazz	18,8	Otra	2,7	Jazz	10,0	Clásica	4,3
Folclórica	17,0	Electrónica	1,0	Religiosa	6,0	Tango	3,9
Punk	5,4	Techno	0,9	Tango	5,0		
Ska	5,3	Hip-hop	0,7				
		Reggae	0,5				

Fuente: Argentina: L. Quevedo, L.A. Petracci y M. Vacchieri, *Públicos y consumos culturales en la Argentina*, Buenos Aires, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Secretaría de Cultura y Comunicación de la Nación, marzo de 2001; Colombia: Germán Muñoz, "Consumos culturales y nuevas sensibilidades", *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, H. Cubides, M.C. Laverde y C.E. Valderrama (eds.), Bogotá, D.C., Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, 1998; México: Instituto Mexicano de la Juventud, *Jóvenes mexicanos del siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000*, México, D.F., 2002; Uruguay: H. Achúgar y otros, *Imaginarios y consumo cultural. Primer informe nacional sobre consumo y comportamiento cultural Uruguay,* Montevideo, Universidad de la República, Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos, Ediciones Trilce.

[a/] Los géneros musicales están ordenados según el orden de preferencia en cada país.

través del *rock*. Actualmente, las industrias culturales y mediáticas producen y difunden estilos musicales diversos –muchos de ellos producto de la mezcla–, generando también circuitos diversificados a través de los cuales los jóvenes acceden a la música.

Es evidente, sin embargo, que el *rock* sigue siendo un género altamente consumido por los jóvenes mexicanos, uruguayos y argentinos, mientras que los colombianos manifiestan mayor gusto por la música caribe y, en especial, por la salsa, el *reggae* y el vallenato. Aun así, hay que agregar que el vallenato, el *reggae* y la balada son frecuentemente fusionados con el *rock*. No se puede tampoco dejar de mencionar el fenómeno del *rock* en

español, que se viene desarrollando en Iberoamérica desde los años ochenta. Este último se construye sobre la base de mestizajes e hibridaciones estéticas y culturales, y con frecuencia recurre a ritmos y géneros locales para acuñar nuevos estilos expresivos que hablan de la vida urbana de la juventud: "de *Botellita de Jerez* a *Maldita Vecindad*, *Caifanes* o *Café Tacuba* en México, *Charly García*, *Fito Paez* o los *Enanitos Verdes* y *Fabulosos Cadillacs* en Argentina, hasta *Estados Alterados y Aterciopelados* en Colombia (...), en el *rock* latino se superan las subculturas regionales en una integración ciertamente mercantilizada, pero en la que se hacen audibles las percepciones que los jóvenes tienen hoy de nuestras ciudades: de sus ruidos y sus sones, de la multiplicación de las violencias y del más profundo desarraigo" (Martin-Barbero, 2002, pp. 5-6).

Pero si el *rock* es un modo en que lo global se localiza, entre las preferencias de los jóvenes también hay géneros locales. Tales son los casos de la balada, la ranchera y la norteña en México, la murga y el candombé en Uruguay o el vallenato en Colombia, entre otros. Estos géneros han logrado conectarse con las lógicas mediáticas y comerciales, introduciéndose creativamente en las nuevas realidades y modos de consumo cultural. En el caso del vallenato, se trata de "un proceso de afirmación cultural del Caribe que va siendo progresivamente un elemento de la identidad nacional y, por otra, una música que al industrializarse y fusionarse, entra al repertorio y los circuitos internacionales"(Rey, 2002); lo que genera, a su vez, una ardua polémica respecto de su autenticidad una vez que se somete a la lógica de los mercados internacionales.

Otros dos aspectos interesa resaltar. Uno es el hecho de que ciertos géneros asociados a subculturas juveniles –*hip-hop, punk, ska*, etc.– aparecen muy abajo en las preferencias musicales de los jóvenes. Ello puede responder al hecho de que son géneros "especializados" que requieren de un cierto tipo de capital cultural y participar de una especie de "cofradía", que es la propia subcultura. Pero, de igual manera, este hecho llama la atención porque los estilos musicales de estas subculturas han logrado conectarse con las industrias culturales en sus países de origen, globalizándose y localizándose en diversas realidades urbanas de la región.

El otro dato que también merece ser destacado es la baja gravitación de la música *techno* en las preferencias de los jóvenes. Ello porque según algunos autores, el *techno* expresa un corte generacional en el campo musical, corte que da cuenta del paso de lo eléctrico a lo electrónico. Si el *rock, punk, new wave, grundge* y otros géneros se inscribieron en el "paradigma de lo eléctrico", la música *techno* se asienta en un nuevo paradigma, basado en un uso más intensivo de sintetizadores: "esta nueva música, hecha con máquinas de sonido, tiende a ocupar el espacio de un modo integral, que lleva al decir de muchos de sus cultores, que no debe ser escuchada por los oídos, sino por el cuerpo todo (...) generando una inmersión sónica y lumínica en

la que son los cuerpos los que sienten" (Balardini, 2000).

Hay que considerar también, como se señala en el estudio de Germán Muñoz, que en el mundo juvenil la diversidad de gustos es la constante (Muñoz, 1998). Al examinar cuántos tipos de músicas diferentes menciona un joven de Bogotá, la máxima concentración es de tres a cinco opciones, mientras que son excepcionales los jóvenes que toman una sola opción. La pregunta que surge es si acaso existe homogeneidad en la elección de múltiples tipos de música. Ana Wortman ha planteado, en este mismo sentido, que una constante en los jóvenes de Buenos Aires es el traslado de una música a otra (Wortman, 2003, p.104). Si el gusto se funda en la variedad, en tener apertura hacia la música, entonces, precisamente en esa apertura hacia la música se encuentra la identidad.

Recapitulación

Al abordar los consumos culturales es posible penetrar en la cotidianeidad e identidad de los jóvenes. El lugar de dichos consumos en el tiempo libre es decisivo. Ver televisión, escuchar música, chatear en Internet, leer, ir al cine, bailar, hacer deportes y operar videojuegos son las prácticas de consumo cultural con mayor frecuencia en los usos del tiempo libre de la juventud. La centralidad del consumo de medios de los jóvenes está indicando que el hogar ha pasado a representar un espacio de intenso consumo simbólico y creciente convergencia de tecnologías de comunicación. No es solo la televisión o la radio en su sentido tradicional, sino una diversificación de medios que incluye el consumo de TV por cable, videos, DVD, Internet y otros dispositivos.

La información indica que los comportamientos frente al televisor varían significativamente según los grupos de edad, dado que los jóvenes, en contraste con los adultos, tienen mayor facilidad para "navegar" entre programas y entre canales. Hay aquí un ver mucho más fragmentado y menos centrado en el desarrollo lineal de un determinado contenido.

A diferencia de la televisión, que implica un consumo transgeneracional –aunque varíen los gustos entre generaciones–, el acceso a la cultura virtual representa un consumo marcado por la brecha generacional. El vínculo de los jóvenes con las nuevas tecnologías de la comunicación marca una diferencia cognitiva y perceptiva con respecto al mundo de los adultos, dado que en promedio la conectividad de los jóvenes es mucho mayor que la de la población de 30 años y más de edad.

En los estratos de mayores ingresos, el acceso a la red se da principalmente a través de la propiedad del computador en el hogar. En sentido

contrario, en los sectores pobres el acceso se da principalmente a través de locales públicos (cybercafés) donde se paga por navegar en la red, y muy marginalmente mediante la propiedad del computador, lo que marca una diferencia entre consumo privado y consumo en espacios públicos según corte socioeconómico.

Respecto de la lectura, aunque los datos no son concluyentes, sugieren que la juventud lee menos libros, diarios y revistas que antes, pero no menos que otros segmentos etarios. Es significativo que los adolescentes sean quienes asisten con mayor frecuencia a bibliotecas, aunque posiblemente esta práctica se encuentra relacionada con las responsabilidades escolares, dado que la lectura en los jóvenes se da más por motivaciones utilitarias que de disfrute. Aun cuando los jóvenes pueden leer menos textos impresos que antes, invierten cada vez más tiempo en lecturas con otros soportes.

La música también diferencia a los jóvenes con respecto a otros grupos etarios, tanto en preferencias estéticas como en modos de escuchar. Existe una diversidad de géneros que se difunden a través de la radio, la televisión, los cd y las discotecas, que presenta una situación muy diferente a la de los años sesenta, cuando los jóvenes construyeron un *ethos* juvenil básicamente por medio del *rock*. Si el *rock* es un modo en que lo global se localiza, entre las preferencias de los jóvenes también hay géneros locales. Tales son los casos de la balada, la ranchera y la norteña en México, la murga y el candombé en Uruguay o el vallenato en Colombia, entre otros.

Capítulo VIII

Participación y ciudadanía

La participación social y el ejercicio ciudadano constituyen dimensiones clave de la inclusión de los jóvenes en la sociedad, pues mediante ellos los jóvenes expresan tanto sus posibilidades como sus deseos en la construcción de un futuro compartido. En este campo, las nuevas generaciones enfrentan un campo problemático, tanto en lo institucional como en lo subjetivo, distando mucho de los impulsos utópicos y mesiánicos de generaciones precedentes. Asimismo, han cambiado radicalmente los espacios y motivos en que los jóvenes se relacionan con lo público y lo político.

En el presente capítulo se plantean los principales cambios en relación con el lugar simbólico que ocupa la juventud como actor en las sociedades iberoamericanas, sus nuevos espacios de participación y cómo los propios jóvenes ven su relación con lo político y lo público. Con respecto a los derechos juveniles, se resume la normativa internacional suscrita por la mayoría de los países iberoamericanos, y se plantean algunos avances relativos a la institución de derechos de los jóvenes en Iberoamérica.

A. Un nuevo escenario de participación política y ciudadanía

El lugar de la juventud en la política ha cambiado sustancialmente en las últimas décadas en la región. Un primer cambio importante es que la política ha dejado de vincularse con la idea de un gran cambio social,

y la participación de los jóvenes tiende a darse más en ámbitos locales y fuera de los partidos políticos, asumiendo formas de pequeña escala, de menor horizonte temporal y de alcance más modesto en las pretensiones de cambio.

Un segundo cambio se produce en el campo de la ciudadanía. La crisis del empleo tiende a restarle centralidad al trabajo como lugar privilegiado de ejercicio de derechos sociales y participación política. Sea por aumento del desempleo y de la precariedad laboral, por mayor flexibilización contractual o por debilitamiento del actor sindical en el nuevo modelo económico, el hecho es que el trabajo deja de ser el gran eslabón entre vida privada y vida pública, entre actividad económica y compromiso político, entre lo personal y lo colectivo. Tanto más real es este cambio para los jóvenes, que no vivieron en carne propia ni la expectativa del pleno empleo ni la centralidad de las asociaciones de trabajadores en la agenda política; y que además enfrentan muchos más problemas para participar de manera estable en el mundo laboral.

Este paso de lo privado a lo público, y de lo personal a lo colectivo, también se da hoy en otras esferas no estrictamente productivas, tales como la comunicación de masas, la recreación, las demandas étnicas y de género, las redes virtuales y los consumos culturales. De allí que los intereses de los jóvenes en relación con el ejercicio ciudadano y la participación sean hoy muy distintos. Y debido a ello, no se sienten representados por los sistemas políticos, ya que las nuevas inquietudes juveniles son difíciles de procesar en un sistema habituado a actores corporativos y más ligados al mundo productivo.

En el campo de los derechos, los jóvenes tienen razón al sentirse ciudadanos de segunda clase, y esto por las siguientes razones. En primer lugar, se ven discriminados en el acceso al empleo, dado que están más educados que la generación anterior y manejan mejor las nuevas destrezas de la sociedad de la información; pero a la vez duplican los índices de desempleo con respecto a los adultos, tienen mayor precariedad contractual cuando están empleados, y no forman parte de los grupos corporativos en la defensa de sus intereses. En segundo lugar, no ven sus demandas y anhelos representados en el debate político. Esto se ve reforzado por el hecho de que en las políticas públicas y en el sistema institucionalizado de los derechos, la especificidad juvenil todavía no está plenamente consagrada, a diferencia de lo que ocurre con los derechos de las mujeres o con los de los niños y adolescentes. Y en tercer lugar, se sienten discriminados en el espacio público, pues perciben que distintas figuras de autoridad (maestros, policías, jueces, políticos y expertos) los ven como potencialmente violentos y disruptivos.

Finalmente, cabe señalar que la participación y ciudadanía de los jóvenes está cambiando, y este tránsito puede entenderse como el paso de *los jóvenes como protagonistas del cambio político y social* a *los jóvenes como sujetos de derecho y objeto de políticas*. Sin embargo, y tal como se señaló recién, dicha transición está pendiente y en el momento actual los jóvenes se encuentran en el umbral que separa a ambos modelos: ya no se perciben como el gran actor del cambio, pero tampoco se perciben todavía como sujetos plenos de derecho o claros beneficiarios de políticas públicas. En parte compensa esta deuda, la percepción de los jóvenes como una generación que, de manera más cotidiana y menos épica, genera nuevas sensibilidades y produce nuevas identidades, sobre todo a través del consumo cultural y de la comunicación en general.[1]

B. Cómo participa la juventud

Hechas estas consideraciones, y sobre la base de las encuestas nacionales de juventud realizadas el año 2000 en cuatro países –Chile, Colombia, México y España–, en poblaciones jóvenes cuyas edades fluctúan entre los 15 y 29 años, se pueden observar las tendencias que siguen.[2]

1. Una primera tendencia es el descrédito de las instituciones políticas y la redefinición de la idea de sistema democrático por parte de los jóvenes. La información para los países señala claramente un proceso de desafección juvenil frente a las instituciones políticas y sus actores. Este último aspecto aparece vinculado con la percepción de que el sistema político y de partidos no representa las demandas de los jóvenes ni se ve comprometido con la promoción de mayor igualdad.[3] Respecto de la democracia, algunas encuestas de juventud, como la de Chile, sugieren que los jóvenes valoran la democracia como espacio para diseñar sus propios proyectos, pero no ven que la democracia formal sea condición suficiente para ello.

---

1 Véase al respecto el capítulo sobre consumos culturales en el presente documento.

2 Aun cuando esta constituye una valiosa fuente de información, hay problemas de comparabilidad por diferencias en diseños metodológicos entre las encuestas mencionadas. Las encuestas revisadas son las siguientes: Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ) de México (2000), Instituto Nacional de la Juventud (INJUV) de Chile (2003), Colombia/Joven (2000), e Instituto Nacional de la Juventud (INJUVE) (2000).

3 En España, los jóvenes han perdido cada vez más la confianza en instituciones políticas, religiosas, y las fuerzas armadas, lo que los ha hecho perder el interés por participar de estas instituciones: 7% de los jóvenes entre 15 y 25 años afirmaban que la política es muy importante en 1998. En Chile, de acuerdo con la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud (2003), el 63,1% de los y las jóvenes de 15 a 29 años afirmaron que la democracia es preferible, pero que debe perfeccionarse, y el 9,4% dicen que la democracia es preferible a otro sistema de gobierno.

La forma más evidente del rechazo de los jóvenes se manifiesta en el hecho de no participar en los comicios electorales y la negación del voto como instrumento de participación ciudadana.[4] Las encuestas muestran también que, en general, los jóvenes participan poco de movimientos estudiantiles, sindicatos, partidos políticos y organizaciones comunitarias, instancias que en generaciones precedentes nucleaban el grueso de la participación juvenil. A pesar de que en el imaginario de los jóvenes persiste una fuerte conexión entre asociatividad y política, la participación en instituciones políticas es la que presenta menor atractivo para ellos. De hecho, la gran mayoría no se identifica con ningún partido y de la minoría que tiene preferencias político-ideológicas, el porcentaje de militantes es ínfimo.[5]

Si bien los jóvenes manifiestan su descrédito respecto de organizaciones tradicionales de la política, valoran altamente la participación como mecanismo para la autorrealización y obtención de logros. Lo que rechazan, más bien, es el tipo de práctica política en que ellos, como jóvenes, tienden a sentirse manipulados por otros y para fines con los que no se identifican. Por otra parte, los jóvenes actuales tienden a ser más esporádicos y discontinuos en la participación: se involucran generalmente en actividades puntuales, durante ciertos períodos, sin comprometerse en el largo plazo.

En el marco de esta tendencia general destacan también ciertas diferencias que se encuentran vinculadas con la historia política de cada país. Chile y España comparten ciertos rasgos, pues han visto marcada su historia por episodios autoritarios represivos con intervención de las fuerzas armadas, de los que hay todavía memoria transmitida. De hecho, las sociedades que han sufrido los regímenes autoritarios han creado mayores sensibilidades y compromisos de resguardo de las instituciones democráticas y de quienes las defienden. Así, por ejemplo, tres de cuatro jóvenes españoles simpatizan con la democracia como régimen de gobierno. No así en las sociedades mexicana y colombiana, donde muchos jóvenes expresan su crítica a los sistemas políticos nacionales mediante posturas más cercanas al autoritarismo o la "mano dura".[6]

---

[4] En Chile, de acuerdo con datos para el año 2003, solo el 27,3% de los y las jóvenes dijeron estar inscritos en los registros electorales.

[5] Por ejemplo, en Colombia bordea el 1%; y en el caso de los jóvenes mexicanos, ellos declaran preferir ser parte de un acto en favor de los derechos homosexuales, antes que asistir a un acto partidista.

[6] Incluso una mayoría femenina es partidaria de sacar al ejército a las calles en México para "frenar las convulsiones".

2. Una segunda tendencia es que ciertas prácticas culturales tradicionales, particularmente religiosas y deportivas, son las que concentran los mayores niveles de asociatividad. Sin embargo, la participación en estas prácticas culturales se encuentra condicionada por variables socioeconómicas y de género.

La información para los distintos países indica que, a pesar de los procesos de secularización, existen altos niveles de asociatividad en torno de las prácticas religiosas, principalemente católicas y, en segundo término, evangélicas. La variable socioeconómica tiene incidencia en las prácticas asociativas católicas, ya que el porcentaje de creyentes practicantes declina a medida que el nivel socioeconómico disminuye. Repercute también en las iglesias evangélicas pentecostales, que han conseguido una mayor base de apoyo en los sectores populares de diversos países latinoamericanos. En relación con las asociaciones deportivas la presencia es mayoritariamente masculina, inclusión que empieza en la adolescencia pero que no se traduce a futuro en una participación activa en otro tipo de organización. El fin es el deporte como ejercicio individual y no la creación de lazos o ideales comunes.

3. Una tercera tendencia es que, junto con la asociatividad generada por estas prácticas culturales tradicionales, se aprecia la creciente importancia que adquieren nuevas modalidades asociativas de carácter informal. En efecto, a partir de la década de 1980 los jóvenes potenciaron su inclusión en las estructuras sociopolíticas mediante formas de organización alternativas –sin negar la vigencia de las tradicionales expresiones de significación de la ciudadanía– donde la responsabilidad es del propio colectivo, sin la autoridad directa de adultos.

Estas nuevas modalidades asociativas se constituyen como estructuras más efímeras y de lazos flexibles, cuyo rasgo clave es su falta de institucionalización e inserción en estructuras formales. Entre ellas destacan los grupos informales como los *graffiteros*, los *skaters*, *okupas* y bandas de música. Son modos de agrupación preferentemente masculinas que se apropian de determinados territorios urbanos y se encuentran en las principales metrópolis del continente. La conformación de estas nuevas modalidades asociativas, que son generadoras de identidades sociales, gira en torno de contextos locales. Sin embargo, también siguen modelos globales.

En estos nuevos modos de agrupación es bastante reducido el porcentaje de jóvenes que creen que ser un buen ciudadano es comprometerse con el país. Más bien, como ocurre con jóvenes mexicanos, la cotidianeidad se da alrededor de "vivir sin involucrarse". Esta realidad provoca que la proliferación del espacio de encuentro juvenil se produzca, principalmente, entre

los grupos de pares y que la calle sea el ámbito de socialización más común. En España el contexto es similar, así como en la sociedad chilena que está viendo una emergencia de este fenómeno.

Existe también una versión negativa o violenta de estas nuevas formas de asociatividad, que incluye a las pandillas, los grupos reivindicativos de choque, las mafias, y otros. Se da con mayor presencia en países como Colombia o El Salvador, pero no se restringe a estos países. Tienden a proliferar estos grupos allí donde existe una importante cantidad de jóvenes inmersos en las esferas informales relacionadas con la violencia y el delito, y donde se ha masificado el porte de armas de fuego. Las razones de este fenómeno se enmarcan en la problemática económica (pobreza), la falta de educación y oportunidades (estancamiento), la presión de pares para formar parte de estos grupos, y el aprendizaje en culturas de la violencia o en formas violentas de resolución de conflictos.

4. Una cuarta tendencia muestra que los jóvenes, si bien afirman una creciente preocupación y conciencia por temas emergentes, no traducen esta conciencia en niveles significativos de participación. Existen temas que han logrado tocar la sensibilidad de los jóvenes como los derechos humanos, la paz, el feminismo, la ecología y las culturas de etnias o pueblos originarios. Sin embargo, se aprecia una disociación entre la conciencia y los modos de acción social de los jóvenes. Dicho de otro modo, estas preocupaciones no logran constituir modalidades de asociación predominantes. No obstante, se observa un incipiente y paulatino incremento de la participación en estos temas, preferentemente en los jóvenes de 15 a 25 años.

Los denominados nuevos movimientos sociales que han dado vida a estas asociaciones étnicas, ecológicas o filantrópicas, se constituyen alrededor de demandas de reconocimiento social. Esto significa que se proponen sobre todo darle relevancia política y visibilidad pública a actores y temas secularmente soslayados. La asociatividad en torno de la problemática indígena es la que más ha logrado articular la respuesta de la sociedad civil, particularmente de jóvenes estudiantes insertos en grupos culturales. El ámbito universitario es un espacio donde los temas indígenas han encontrado un espacio tanto teórico como práctico. En su mayoría, las asociaciones en este ámbito están referidas a preservar el desarrollo e identidad de los grupos indígenas o afrodescendientes.

5. Una quinta tendencia es que los medios de comunicación –y en particular la televisión– tienen incidencia creciente en la generación de nuevas pautas de asociatividad juvenil. Los jóvenes son importantes consumidores de televisión y su vida está marcada por la centralidad de la experiencia audiovisual. Algunos autores incluso se refieren al "nuevo sen-

sorium" de los jóvenes, el que implica cambios en los modos de percepción del tiempo y del espacio.

La información para los países pareciera indicar una cierta asociación entre la experiencia audiovisual y los cambios en los modos de asociatividad. La centralidad de la experiencia audiovisual pareciera implicar una "televización" de la vida pública y la participación en esta a través de la pantalla, lo que los transformaría en tele-ciudadanos. Esto implicaría una opción por vivir conscientes de los problemas públicos –incluidos los temas emergentes, las causas globales–, pero no necesariamente comprometidos con esas causas. Se observa nuevamente el divorcio entre altos niveles de información que no se traducen en modos de acción colectiva. Más aún, la "televización" de la vida pública puede ser uno de los elementos que están en la base de los procesos de desafección juvenil frente a las instituciones políticas y sus actores. A pesar de que la información televisiva tampoco goza de altos niveles de credibilidad, ella podría estar influyendo en el descrédito de la política, dada la inclinación de los medios a centrar la atención en casos de corrupción o falta de probidad.

6. Una sexta tendencia se relaciona con el ejercicio de la ciudadanía en redes virtuales. Debe tomarse en cuenta que el uso de redes virtuales es más intenso en jóvenes que en otros segmentos etarios, y más aún con el objeto de organizarse colectivamente. Ejemplo de ello es la altísima proporción de jóvenes en las tres instancias sucesivas del Foro Social Mundial de Porto Alegre, concertados previamente por medio de Internet y correos electrónicos. De manera que se abre paso un nuevo modo de participación que tiene su lado más continuo en las redes virtuales, y su lado más espasmódico en la movilización en el mundo "real". Y que el espacio de referencia no sea la nación ni el Estado-Nación, sino el vínculo más directo entre espacios locales y movilizaciones globales. No aspiran allí a ver cumplidas reivindicaciones materiales (empleo, ingresos) o de poder (cuotas en partidos, representación parlamentaria), sino que se movilizan por causas más genéricas y universalmente compartibles, como la paz mundial, los derechos humanos, la justicia, la defensa del medio ambiente, y otras.

7. Una séptima tendencia es la participación en grupos de voluntariado. Un congreso realizado este año en Santiago, convocado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), reunió a varios miles de jóvenes voluntarios de distintos países de América Latina, dispuestos a costearse incluso su traslado para asistir al encuentro. *El Informe de Juventud de España* también revela una creciente propensión de los jóvenes a participar en grupos de voluntariado.

La atracción que ejerce el voluntariado sobre los jóvenes es múltiple. Primero, porque adherir es un acto de clara autonomía, dado que en la ac-

ción voluntaria no hay instrumentación de fines, sino el deseo individual de cada uno de aportar. Segundo, porque tratándose de una opción compartida entre jóvenes, vale decir, un tipo de actividad que se realiza colectivamente, la acción voluntaria supone una pertenencia de los individuos involucrados a un colectivo caracterizado precisamente por la autonomía en la elección de pertenencia de sus miembros. Como en el campo más formalizado de la política muchos jóvenes manifiestan rechazo debido a que se sienten cooptados o infantilizados por las dirigencias partidarias, en el campo de la acción voluntaria encuentran una lógica distinta, no movida por intereses de cooptación o hegemonía. Además, la acción voluntaria permite armonizar una motivación ética con la acción colectiva, y conciliar el esfuerzo personal con una cierta utopía solidaria, sin por eso tener que suscribirse a doctrinas o autoridades doctrinarias. Por otra parte, la acción voluntaria permite una mayor vinculación clara, y sobre todo inmediata y directa, entre la inversión (afectiva) y la retribución (simbólica). Y lo más importante, *la acción voluntaria le permite al joven involucrado colocarse como protagonista y no como marginado, como proveedor y no como dependiente, como héroe y no como víctima, como meritorio y no como objeto de sospecha por parte de los adultos.*

C. Promoviendo la participación y la ciudadanía

Es necesario tener en claro, en primer lugar, que los jóvenes valoran positivamente la participación, pero que esta tiene hoy otros canales y otras motivaciones. Desde la perspectiva de la gestión pública, lo importante es imprimirle a las políticas juveniles un fuerte sesgo proparticipación de los beneficiarios; y por otra parte, procurar la movilización de jóvenes en políticas públicas que apunten a apoyar a otros grupos.

Esto último nos devuelve a la importancia de promover el *voluntariado juvenil* como un eje central de las políticas públicas de interés social. Ejemplo de acciones voluntarias coordinadas desde el ámbito público, son algunos programas de combate a la pobreza y construcción de viviendas mínimas, las campañas de alfabetización, el cuidado de parques y plazas, la construcción de infraestructura o la defensa del medio ambiente. El mayor desafío es articular el voluntariado juvenil con las principales políticas públicas, lo que requiere de estrategias comunicacionales que procuren sintonizar a los jóvenes con la acción pública. Existen precedentes en la región que muestran la eficacia de estas acciones, tales como la Campaña Nacional de Alfabetización en Guatemala, que ha sido categorizada como un gran movimiento nacional de juventud.[7] O la Campaña Nacional de

[7] Esto se logró mediante la creación del Movimiento Nacional para la Alfabetización (MONALF/GUA) en octubre de 2000, sobre la base de alianzas estratégicas entre

Alfabetización del Ecuador a comienzos de la década de 1990, en la que participaron 100 mil jóvenes.

También es importante involucrar a los jóvenes en acciones en torno de problemas de salud que los afectan más directamente, como son las campañas destinadas a prevenir el embarazo adolescente, el contagio de enfermedades de transmisión sexual, la adicción a estupefacientes y la violencia juvenil. De este modo la juventud deviene simultáneamente *sujeto y objeto* de la política pública, lo que permite ir revirtiendo el círculo vicioso de la apatía política mediante el círculo virtuoso de la participación en políticas públicas. Y revirtir, también, el círculo vicioso de la "degradación ciudadana" de los jóvenes (estigmatizados como disruptivos y sospechosos), mediante el círculo virtuoso de la movilización ciudadana de estos. Porque lo más importante es que la juventud *se involucra movilizándose.*

En este sentido, también importan los criterios del Estado para enfrentar los problemas asociados a la violencia juvenil. Recordemos los elementos que desencadenan la violencia juvenil: la brecha de expectativas entre mayor consumo simbólico versus mayores dificultades para el consumo material, la difusión de formas ilícitas de obtención de recursos monetarios, y la mala distribución de la riqueza en el grueso de la región iberoamericana. Todo esto nutre, en las periferias urbanas, las subculturas –pandillas, barras bravas– donde la violencia es parte de la convivencia, y donde la movilización procura descargar las frustraciones. Actualmente, los hechos de violencia constituyen la primera causa de muerte de jóvenes varones en varios países de Iberoamérica. Al mismo tiempo, los jóvenes varones, sobre todo si pertenencen a grupos de bajos ingresos y habitan la periferia urbana, son vistos por el resto de la sociedad como potenciales infractores y violentistas. Esta predisposición negativa se agudiza a medida que la inseguridad ciudadana se convierte en una de las aprehensiones que más influyen en la opinión pública.

De esta manera, la violencia toma a muchos jóvenes a la vez como víctimas y protagonistas. En este contexto, la participación de los propios jóvenes en programas de prevención de conductas violentas tiene un triple impacto favorable: sobre esas conductas, sobre la disposición de los jóvenes a involucrarse en la política pública, y sobre la imagen que el resto de la sociedad tiene de los jóvenes.

La prevención de la violencia juvenil es clave para la convivencia ciudadana. Partiendo del consenso de que las vías puramente represivas

organismos del Estado y de la sociedad civil, movilizando 50 mil jóvenes (estudiantes de enseñanza media) que han alfabetizado a 180 mil personas (E. Rodríguez, 2002).

no son eficaces y a la vez son más caras, importa impulsar estrategias alternativas, actuando simultáneamente en el conjunto de factores incidentes bajo la perspectiva de la mayor convivencia ciudadana: recalificación de la policía, combate a la violencia doméstica, promoción de mecanismos pacíficos de resolución de conflictos, modernización de la justicia, provisión de alternativas pacíficas de socialización juvenil, mejoramiento del tratamiento que del tema hacen los medios masivos de comunicación, sensibilización de la opinión pública (desestigmatizando el problema), desarme de bandas combinado con medidas dignas de reinserción social, desaprendizaje de la violencia y fomento de una cultura de paz. (E. Rodríguez, 2002).

Por otra parte, es importante que los gestores e impulsores de políticas públicas que apuntan a grupos juveniles consideren también los cambios culturales que viven los jóvenes, la influencia de los medios de comunicación y de la industria cultural, las aspiraciones a mayor autonomía por parte de la juventud, sus tensiones ya señaladas entre mayor formación y menor empleo, y entre mayores expectativas y menores canales para satisfacerlas. En la medida en que se establezca un diálogo horizontal con los jóvenes en torno de estas tensiones que los desgarran, ellos podrán sentirse nuevamente más protagonistas y menos infantilizados o estigmatizados.

No solo es recomendable situarse en las preocupaciones y cambios culturales que vive la juventud. También es importante potenciar los espacios que los jóvenes utilizan para participar. Para ello se debe avanzar en el compromiso de autoridades municipales, y en coordinación con el tercer sector (ONG, grupos voluntarios), dado que el nivel local, más próximo en el espacio y más inmediato en el vínculo, permite que los jóvenes se sientan interlocutores frente a la autoridad. La oferta de instancias locales (escuelas de *rock* o *graffiti*, talleres de desarrollo personal, iniciativas de voluntariado municipal, y otros) permite a la juventud encontrar canales de participación más vinculados con su vida cotidiana. Y eso lo valoran más que los grandes relatos de cambio social.

No debe temerse a la movilización juvenil, sino más bien mantener un diálogo con los jóvenes que se involucran en movimientos sociales diversos y defienden distintas causas. La juventud debe percibir la voluntad, por parte del Estado o del sistema político, de reconocerles plena carta de ciudadanía y valorar sus formas de participar en asuntos de interés público.

D. Derechos de juventud: el marco normativo internacional

El marco internacional en torno de los derechos humanos ha resultado favorable para introducir modificaciones en el derecho interno de los países en beneficio de los jóvenes. El desafío pendiente está en conseguir efectivamente la aplicación de los principios y derechos consagrados en la Declaración Universal de Derechos Humanos, ya que todos sus artículos tienen una relación directa con las aspiraciones de los jóvenes para ejercer su condición de plena ciudadanía. Un avance fundamental en esta materia está dado por la acogida de tal Declaración en los Pactos Internacionales de Derechos Civiles y Políticos, y de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, vigentes desde 1976, de los que la mayoría de los Estados de las Naciones Unidas forman parte (Bernales Ballesteros, 2001).[8]

Particularmente, América Latina dispone de un sistema regional de protección de los derechos humanos. Prueba de ello es la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre, aprobada en 1948 en la Novena Conferencia Internacional Americana. Otro avance fue la aprobación de la Convención Americana sobre Derechos Humanos, que entró en vigor en 1978 y de la que también todos los países latinoamericanos forman parte. En los fundamentos jurídicos y filosóficos de la Convención se sostiene la primacía de la persona humana por sobre el Estado y el reconocimiento de derechos sociales que los Estados americanos se comprometen a resguardar en el marco de instituciones democráticas y de un régimen de justicia social y respeto a la libertad personal. Además, la Convención permitió crear un órgano competente para la protección de los derechos humanos en América Latina –la Comisión Interamericana de Derechos Humanos– cuyo aporte central ha sido la conformación de una jurisdicción supranacional en la administración de la justicia en materia de derechos humanos (Bernales Ballesteros 2001).

La Convención Americana no se refiere específicamente al joven, por lo que todavía no existe en el continente un instrumento regional que legisle en favor de sus derechos. El instrumento, sin duda, podría favorecer más a la juventud si órganos políticos, invocando el texto de la Convención, pusiesen en práctica políticas que beneficien a la juventud. Tal es, por ejemplo, la posición adoptada en el programa La juventud con Europa (1995) en el de cooperación con terceros países en el ámbito de la juventud (1995), en

[8] Respecto de la normativa constitucional sobre jóvenes en los países iberoamericanos y sus cambios recientes, véase el capítulo sobre Políticas e institucionalidad pública en juventud, en este mismo documento.

el servicio voluntario para los jóvenes (1998) o los diversos acuerdos del Consejo Europeo sobre medidas prioritarias en el ámbito de la juventud (Bernales Ballesteros, 2001).

En lo que a juventud propiamente tal se refiere, se destaca especialmente la introducción de un proyecto de Convención Internacional de la Carta Iberoamericana de Derechos de la Juventud y la realización de conferencias iberoamericanas de ministros de juventud, que reúnen a ministros y ministras de juventud de los países miembros de la OIJ para el desarrollo de acciones de cooperación en materia de políticas públicas dirigidas al sector juvenil. Desde sus inicios en 1987, las conferencias se han orientado a la reactivación y establecimiento de las instituciones oficiales responsables del tema de juventud en Iberoamérica.

El mencionado proyecto de Convención se basa en la Carta Iberoamericana de Derechos de la Juventud, que a su vez corresponde a un mandato de la Novena Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud celebrada en Lisboa, Portugal, en 1998, cuya finalidad era consagrar jurídicamente –en el ámbito iberoamericano– el pleno reconocimiento a la especificidad de la condición juvenil y dar respuesta a los requerimientos de protección y garantía para el ejercicio de los derechos de los jóvenes. En dicho instrumento se reconoce a los jóvenes como sujetos de derechos, actores estratégicos del desarrollo y personas capaces de ejercer responsablemente derechos y libertades (OIJ, 2004c).

Por otra parte, cabe destacar la labor de la OIJ como entidad encargada de la ejecución entre los años 1995 y 2000, del Plan Regional de Acciones para el Desarrollo de la Juventud en América Latina (PRADJAL), que fue promovido desde las cumbres de alto nivel gubernamental. Esta iniciativa tuvo como marco de referencia la Séptima Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud realizada en Montevideo, Uruguay, en abril de 1994, y luego fue aprobada en la Cuarta Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, desarrollada en Colombia, en julio de 1994 (OIJ, 2001).

En el período comprendido entre los años 1996 y 1999 la OIJ ha puesto en marcha el Plan Operativo Regional de Acciones del PRADJAL, orientado en tres direcciones: incremento del conocimiento sobre la juventud, fortalecimiento de la institucionalidad de juventud en la región y sensibilización de actores sociales y políticos. Entre los productos más importantes de tales actividades se encuentran la Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes, la Comisión Internacional por los Derechos de la Juventud y la Adolescencia, y la implementación de un programa de capacitación para funcionarios públicos relacionados con la operación de políticas de juventud en la región (OIJ, 2001).

Recuadro VIII.1

CONVENCIÓN IBEROAMERICANA DE DERECHOS DE LOS JÓVENES

En Santo Domingo, República Dominicana, los días 1 y 2 de abril de 2004, se reunieron las delegaciones oficiales de los países iberoamericanos, organismos internacionales y agencias de cooperación, con el fin de incorporar al proyecto de texto de la Carta Iberoamericana de Derechos de la Juventud algunas precisiones y ajustes técnicos, de conformidad con otros tratados internacionales de protección de derechos existentes en el ámbito internacional y con las legislaciones nacionales.

Los delegados acordaron, además, proponer un cambio en la denominación del texto, que pasaría de llamarse Carta Iberoamericana de Derechos de la Juventud a Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes.

Así las cosas, la propuesta de texto de la Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes deberá ser aprobada por la Duodécima Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud, que se celebrará en México, Guadalajara, Jalisco, en noviembre de 2004.

Una vez aprobada la nueva propuesta convencional por la Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud, se abrirá el proceso de discusión, negociación y adopción del texto definitivo.

Los derechos más significativos contenidos en la propuesta de texto de la Convención son:

- a la igualdad de género
- a la paz
- a la identidad
- al honor, a la intimidad personal y familiar
- a formar parte activa de una familia
- a la libre elección de la pareja
- a la participación social y política
- a la libertad de pensamiento, conciencia y religión
- a la libertad de opinión, expresión, reunión e información
- a la educación
- a la libre creación y expresión artística
- a la salud integral y de calidad
- al trabajo
- a la igualdad de oportunidades
- a la protección social
- al acceso no discriminatorio a la formación profesional y técnica inicial
- a una vivienda digna
- al desarrollo económico, social y político
- a vivir en un ambiente sano y equilibrado
- a la recreación y el tiempo libre
- a la educación física y la práctica de los deportes
- a formular objeción de conciencia frente al servicio militar obligatorio
- a la justicia

Algunas de las aspiraciones de la Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes:

- Ningún joven iberoamericano menor de 18 años será involucrado en hostilidades militares.
- Ningún joven iberoamericano será sometido a la pena de muerte.
- Ningún joven iberoamericano será discriminado por su raza, color, origen nacional, pertenencia a una minoría nacional, étnica o cultural.
- Ningún joven iberoamericano será discriminado por su sexo, orientación sexual, lengua, religión.
- Ningún joven iberoamericano será discriminado por sus opiniones, su condición social, aptitudes físicas, lugar donde vive, o por sus recursos económicos.

Fuente: Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ). El estado de la juventud en Iberoamérica [en línea] http://www.oij.org/pdf/JuventudIberoamericana.pdf, 2004

La última Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud fue realizada en Salamanca, en octubre del año 2002. En su declaración final se destaca la importancia de la promoción en una educación basada en valores democráticos, la concepción de los jóvenes como sujetos de desarrollo y la importancia de restablecer el capital simbólico de lo público, es decir, de recuperar la confianza y valoración en la institucionalidad pública por parte de los jóvenes.

Recuadro VIII.2

SÍNTESIS DE LA DECLARACIÓN FINAL DE LA DÉCIMOPRIMERA CONFERENCIA IBEROAMERICANA DE MINISTROS DE JUVENTUD

I. Los grandes retos

1. La ciudadanía integral
   - Ampliar la confianza de los jóvenes en la participación política y social
   - Desplegar estrategias que involucren a los jóvenes en dinámicas participativas adecuadas a sus intereses y necesidades
   - Potenciar el conocimiento de la realidad juvenil
   - Impulsar proyectos y programas que impliquen a los jóvenes
   - Mejorar la prevención de fenómenos que amenazan a la juventud
2. Promover el movimiento asociativo juvenil en los procesos de desarrollo y toma de decisiones
3. Universalizar el acceso y uso dinámico e innovador de las nuevas tecnologías de la comunicación (Programas regionales en el ámbito de la sociedad de la información)
4. Salud sexual y reproductiva
   - Promover procesos educativos que incentiven la información y prevención respecto de temas relacionados con la sexualidad (enfermedades de transmisión sexual) (ETS) y embarazos no deseados)
5. Jóvenes rurales
   - Inclusión social y económica de los jóvenes rurales
6. Jóvenes indígenas
   - Desde el valor de la interculturalidad apoyar iniciativas y manifestaciones culturales de los jóvenes indígenas
7. Libro blanco sobre políticas públicas de juventud en Iberoamérica, con el objetivo de aunar herramientas a fin de disponer de criterios comunes para los procesos de diseño, ejecución y evaluación de las políticas públicas de juventud
8. Proyecto sobre voluntariado juvenil y lucha contra la exclusión
9. Regulación de los medios de comunicación social en valores democráticos, responsabilidad social, y otros

II. Compromiso con los organismos oficiales de juventud

- Fortalecimiento institucional
- Descentralización institucional, con énfasis en la gestión local
- Diseño, ejecución y evaluación de planes nacionales de juventud y estudios sobre juventud por parte de los organismos oficiales de juventud

(continúa)

Síntesis de la declaración final de la decimoprimera conferencia... (conclusión)

III. Cooperación internacional, desarrollo institucional y comunidad iberoamericana

- Modernización y fortalecimiento de la OIJ.
- Fortalecimiento de alianzas institucionales (con Secretaría de Cooperación Iberoamericand (SECIB), Grupo de Alto Nivel de la Red de Empleo Juvenil, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), Secretaría Ejecutiva del Convenio Andrés Bello (Colombia) (SECAB), Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), Organización de Estados Americano (OEA), Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Organización Pamamericana de la Salud (OPS), Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), Naciones Unidas (ONU), Organización Internacional del Trabajo (OIT), Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), entre otros).
- Consolidación de la Fundación Iberoamericana de Juventud.

Posicionamiento prioritario del tema juventud.

Fuente: Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ), "Texto de la Declaración Final de la Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud" [en línea] 2002. http:www.oij.org/pdf/XICONFERENCIA.pdf.2002.

Dado que en la legislación el sujeto joven tiende a compartir una condición sociojurídica con la población menor de 18 años, entre los instrumentos jurídicos suscritos por los gobiernos a partir de convenios internacionales, es necesario considerar también aquellos relativos a la niñez y adolescencia.

Respecto de esta normativa se destaca el Código de la Niñez y Adolescencia, la Convención Internacional de los Derechos del Niño/a y los adolescentes, el Convenio 138 de la OIT sobre la edad mínima de admisión al empleo y el Convenio 182 sobre las peores formas de trabajo infantil. La Convención Internacional de los Derechos del Niño/a y los adolescentes es el instrumento internacional que más directamente incide en el reconocimiento de los derechos del joven. Sin embargo, ya que esta se refiere explícitamente a los adolescentes y jóvenes menores entre 15 y 18 años, el tramo comprendido entre los 19 y 24 años (o entre 19 y 29, según la clasificación adoptada) queda sin norma internacional que legisle particularmente en su favor (Bernales Ballesteros, 2001).

En relación con la Convención recién mencionada, se destacan tres situaciones: países que habiendo ratificado la Convención aún mantienen vigentes las antiguas leyes de menores; Estados que si bien han comenzado un proceso destinado a introducir reformas tendientes a la plena protección de los derechos del niño, todavía no lo han completado y mantienen parcialmente enfoques legislativos anteriores a la Convención; y por último,

Estados que han adecuado sustancialmente su legislación a la Convención y que aplican complejos procesos de transformación institucional de nuevas políticas y programas (CEPAL, 1998).

E. El avance en derechos de juventud en los países iberoamericanos[9]

Las especificaciones constitucionales existentes en los países latinoamericanos en materia de juventud se refieren principalmente a los adolescentes y jóvenes menores de 18 años. Estas priorizan la protección del ámbito familiar y la provisón de recursos que aseguren al adolescente y el menor derechos a la vida, la alimentación, la salud, la educación, la integridad física, el ocio recreativo, y otros satisfactores. La influencia y el esfuerzo por trasladar al derecho interno disposiciones de la Convención sobre los Derechos del Niño debe valorarse como algo positivo.[10]

En cuanto a la legislación vigente sobre ciudadanía, en la mayoría de los países latinoamericanos el derecho a sufragio está fijado a los 18 años. En Cuba y Nicaragua se otorga a los 16 años.[11] Respecto de la participación política, no existe criterio constitucional uniforme entre los países.

Todas las Constituciones otorgan una importancia primordial a la educación como derecho básico de las personas, y como obligación del Estado prestar el servicio educativo. Con respecto a la obligatoriedad de la educación, Argentina, Brasil, Colombia y Paraguay no diferencian entre la educación primaria y secundaria. La mayoría de los textos constitucionales se inclinan por la obligatoriedad de la educación primaria. En cuanto a la gratuidad de la enseñanza pública, la mayoría de los textos constitucionales conceden la gratuidad de la enseñanza primaria y solo cinco de la secundaria. En tanto que 15 Constituciones han introducido dispositivos en favor del nivel superior de educación.

Todas las Constituciones se refieren explícitamente al derecho del trabajo, especialmente en relación con las condiciones laborales. En cuanto a la protección jurídica de los menores, existen en las Constituciones nacionales protecciones especiales por razón de edad otorgadas a adolescentes y menores de 18 años. En lo que atañe a la protección de las mujeres que trabajan,

---

9 Para mayor desarrollo en este punto, puede verse el capítulo IX del presente documento, en la sección relativa al marco constitucional de los países iberoamericanos en materia de juventud.

10 Lo que sigue se basa en Bernales Ballesteros, 2001.

11 Las Constituciones que regían a principios de siglo reconocían como edad para ejercer derechos políticos los 25 años y para la mayoría de edad los 21 años.

la legislación ordinaria de todos los países contiene medidas de protección, pero a nivel constitucional la consignan 16 países. Los textos constitucionales reconocen la salud y la seguridad social como derechos universales, por lo tanto incluyen al joven pero no de manera explícita.

La calidad de vida es un tema incorporado recientemente al derecho constitucional que vale la pena destacar en materia de avances en la legislación, pero se trata de un derecho general donde no hay especificidad para el joven y adolescente. No obstante, de estos marcos constitucionales existentes podría derivarse una legislación específica sobre calidad de vida de los jóvenes.

Respecto del tema de la imputabilidad por conductas delictivas es necesario señalar que lo que consta en los textos constitucionales son las garantías de libertad y seguridad personales que evitan el abuso e impiden perder la libertad a quiénes no han cometido delitos. Hay países que bajo la influencia de la Convención sobre los Derechos del Niño incluyen disposiciones que protegen a los menores de 18 años.

La encuesta que la CEPAL formuló a los gobiernos iberoamericanos en el año 2004 permite constatar que solo algunos de los países tienen, en las Constituciones nacionales, leyes exclusivas para los jóvenes que difieran de las genéricas sobre educación, salud, trabajo y justicia recién mencionadas. En Bolivia, la única referencia explícita a la juventud es el decreto sobre derechos y deberes de la juventud. En República Dominicana existen leyes específicamente dirigidas a los jóvenes, como la que crea el organismo estatal de juventud y la que instaura el día del estudiante. En Cuba, la oferta programática en materia de juventud se inicia con la Revolución Cubana. A partir de la Constitución de 1976, comienza una reforma jurídica destinada a eliminar la dispersión legislativa existente para los jóvenes, y actualmente existen leyes especialmente dirigidas a los sectores juveniles. En Chile, las leyes y regulaciones normativas internas no contienen la categoría de juventud. La más cercana es la Ley que crea el Instituto Nacional de Juventud (OIJ, 2001).

El resto de los países encuestados reconoce normativas dirigidas a la juventud, pero la mayor parte de ellos resguardan los derechos de los niños y adolescentes bajo la categoría de menores (Brasil, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Uruguay, Venezuela y otros). En esos casos, más allá de las leyes relativas a la mayoría de edad y la responsabilidad penal, los derechos de los jóvenes se subsumen en la legislación nacional, por lo que es posible afirmar que en realidad no existe referencia explícita a la juventud. O bien son jurídicamente adultos y sus derechos y deberes los comparten con los mayores, o bien no son ciudadanos en sentido estricto, puesto que una parte queda incluida en los derechos relativos a menores.

Cuadro VIII.1

IBEROAMÉRICA (21 PAÍSES): MENCIONES EXPLÍCITAS SOBRE ALGUNOS DERECHOS DE JUVENTUD EN LOS MARCOS CONSTITUCIONALES NACIONALES

País	Mayoría de edad	Edad para ocupar cargos políticos	Participación	Empleo juvenil	Salud del niño o adolescente	Calidad de vida	Cultura de paz
Argentina	18 años	25 años					
Bolivia	18 años	25 años					
Brasil	18 años	25 años			Art. 227, singulariza al niño y adolescente, para quienes asegura con prioridad el cumplimiento de derechos relacionados con la vida y la salud	Art. 225, impone al poder público el deber de defender y preservar un medio ambiente ecológicamente equilibrado	
Chile	18 años	21 años				Art. 1, sobre el derecho a vivir en un medioambiente libre de contaminación	
Colombia	18 años	18 años	Art. 45, sobre la participación activa de los jóvenes				
Costa Rica	18 años	18 años					
Cuba	16 años	18 años	Art. 39, sobre los derechos de la juventud y el deber de las instituciones de formación integral de la niñez y juventud			Art. 42, sobre disfrute de centros de cultura, deportes, recreación y descanso	Art. 12, en el que subyace el tema de la paz
Ecuador	18 años	25 años			Art. 47, 49 y 50, disponen un régimen especial en favor de la salud del niño y del adolescente	Art. 23 y 86, sobre la obligación del Estado de proteger los derechos ambientales de la población	
El Salvador	18 años	25 años					
España	18 años		Art. 48, sobre participación de los jóvenes			Art. 45, sobre derechos ambientales necesarios para el desarrollo de las personas	Art. 10, sobre paz social
Guatemala	18 años						Art. 2, define como deber del Estado garantizar la vida, la paz, el desarrollo integral, y otros

País	Mayoría de edad	Edad para ocupar cargos políticos	Participación	Empleo juvenil	Salud del niño o adolescente	Calidad de vida	Cultura de paz
Honduras	18 años	21 años					
México	18 años	21 años					Art. 89, declara la lucha por la paz del Estado
Nicaragua	16 años	21 años					Art. 3, asegura la paz y la justicia de los pueblos
Panamá	18 años	21 años			Art. 106, precisa alcances de la política de salud, introduciendo un matiz en favor del niño y el adolescente		
Paraguay	18 años	25 años	Art. 56, sobre participación de la juventud	Art. 56, sobre empleo juvenil		Art. 7, sobre derechos ambientales	
Perú	18 años	25 años					Art. 2, inciso 22 sobre derecho de paz
Portugal	18 años		Art. 70, desarrolla la noción del joven como sujeto de derechos	Art. 70, sobre empleo juvenil	Art. 64, alude a la juventud como sujeto de derecho de salud protegida por el Estado y la sociedad	Art. 66, derecho a un medio ambiente sano	Art. 7, asegura la paz y la justicia de los pueblos
República Dominicana	16 años	25 años					
Uruguay	18 años	25 años					
Venezuela	18 años	21 años					

Fuente: Sobre la base de Enrique Bernales Ballesteros, Situación actual de la legislación iberoamericana en materia de juventud y adolescencia, Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ), Madrid, 2001.

Cuadro VIII.2

AMÉRICA LATINA (PAÍSES SELECCIONADOS): DELIMITACIONES DE LA RESPONSABILIDAD PENAL DE LOS JÓVENES

País	
Argentina	No es punible el menor de 16 años. Los menores de 18 años no son punibles con respecto a delitos cuya pena de privación de libertad no exceda de 2 años con multa o inhabilitación
Bolivia	La ley establece responsabilidad penal para los mayores de 16 años; el proyecto de ley del Código del Menor la amplía a los 18 años
Brasil	Los niños y adolescentes de 12 a 18 años son responsables ante el sistema judicial del menor, de acuerdo con su legislación específica
Chile[a/]	Los menores de 16 años son inimputables; entre 16 a 18 años la imputabilidad depende del discernimiento
Colombia	Los niños y adolescentes de 12 a 18 años son responsables ante el sistema judicial del menor
Costa Rica	Los niños y adolescentes de 12 a 18 años son responsables ante el sistema judicial del menor
Ecuador	Los niños y adolescentes de 12 a 18 años son responsables ante el sistema judicial del menor
Guatemala	Los niños y adolescentes de 12 a 18 años son responsables ante el sistema judicial del menor
Honduras	Los menores de 12 años no son imputables. Entre 12 y 18 años, tienen el fuero especial de la ley de jurisdicción de menores
Perú	Los niños y adolescentes de 12 a 18 años son responsables ante el sistema judicial del menor
Uruguay	Los menores de 18 años no son imputables y se les aplican las medidas de protección del Código del Niño

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)/Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF)/Secretaría de Cooperación Iberoamericana (SECIB), Construir equidad desde la infancia y la adolescencia en Iberoamerica (LC/G.2144), Santiago de Chile, septiembre de 2001.

[a/] Se discute en el ámbito legislativo rebajar la edad para la responsabilidad penal a los 14 años.

Recapitulación

Las formas de participación de la juventud han cambiado sustancialmente en las últimas décadas en la región y registran un conjunto de tendencias. La primera se relaciona con el descrédito de las instituciones políticas y la redefinición de la idea de sistema democrático por parte de los jóvenes. Si bien los jóvenes manifiestan su descrédito respecto de organizaciones tradicionales de la política, valoran altamente la participación como mecanismo para la autorrealización y obtención de logros.

Una segunda tendencia es que las prácticas religiosas y deportivas son las que concentran los mayores niveles de asociatividad. Sin embargo,

la participación en ellas se encuentra condicionada por variables socioeconómicas y de género. Una tercera tendencia es la creciente importancia que adquieren nuevas modalidades asociativas informales, sobre todo a partir de la década de 1980, donde la responsabilidad es del propio colectivo, sin la autoridad directa de adultos y con muy bajos niveles de institucionalización.

Una cuarta tendencia muestra que existen temas que han logrado tocar la sensibilidad de los jóvenes, como los derechos humanos, la paz, el feminismo, la ecología y las culturas de etnias o pueblos originarios. Una quinta tendencia es que los medios de comunicación – y en particular la televisión– tienen incidencia creciente en la generación de nuevas pautas de asociatividad juvenil. La centralidad de la experiencia audiovisual pareciera implicar una "televización" de la vida pública y la participación en esta a través de la pantalla, lo que los transformaría en tele-ciudadanos. Junto a ello, se observa el uso creciente de redes virtuales como soporte de movilización juvenil. Por último, se da la tendencia a participar en grupos de voluntariado, lo que revela el anhelo de los jóvenes por aportar al bienestar social sin pasar por el sistema político.

Desde la perspectiva de la gestión pública, lo importante es imprimirle a las políticas juveniles un fuerte sesgo proparticipación de los beneficiarios; y por otra parte, procurar la movilización de los jóvenes en políticas públicas que apunten a apoyar a otros grupos. También es importante involucrar a los jóvenes en acciones en torno de problemas de salud que los afectan más directamente, como son las campañas destinadas a prevenir el embarazo adolescente, el contagio de enfermedades de transmisión sexual, la adicción a estupefacientes y la violencia juvenil. Asimismo, es importante que los gestores e impulsores de políticas públicas que apuntan a grupos juveniles, consideren también los cambios culturales que viven los jóvenes, la influencia de los medios de comunicación y de la industria cultural, las aspiraciones de mayor autonomía por parte de la juventud, sus tensiones ya señaladas entre mayor formación y menor empleo, y entre mayores expectativas y menores canales para satisfacerlas.

En cuanto a los derechos de la juventud, destaca especialmente la introducción del proyecto de Convención Iberoamericana de los Derechos de los Jóvenes. Las especificaciones constitucionales existentes en los países latinoamericanos en materia de juventud se refieren principalmente a los adolescentes y jóvenes menores de 18 años. Estas priorizan la protección del ámbito familiar y la provisión de recursos que aseguren al adolescente y el menor derechos a la vida, la alimentación, la salud, la educación, la integridad física, el ocio recreativo, y otros satisfactores.

Solo algunos de los países tienen, en las Constituciones nacionales, leyes exclusivas para los jóvenes que difieran de las genéricas sobre educación, salud, trabajo y justicia que se aplica a niños y adolescentes menores de 18 años. Más allá de las leyes relativas a la mayoría de edad y la responsabilidad penal, los derechos de los jóvenes se subsumen en la legislación nacional, por lo que es posible afirmar que en realidad no existe referencia explícita a la juventud. O bien son jurídicamente adultos y sus derechos y deberes los comparten con los mayores, o bien no son ciudadanos en sentido estricto, puesto que una parte queda incluida en derechos relativos a menores.

Capítulo IX

Políticas e institucionalidad públicas

La gestión pública juvenil cobró bríos a partir del Año Internacional de la Juventud en 1985. Este esfuerzo se advierte en la existencia de Organismos Oficiales de Juventud en todos los países iberoamericanos. Precisamente, en enero de 2006 se creó el Instituto Nacional de la Juventud en Honduras, dependiente de la Casa Presidencial, con lo cual todos los países de Iberoamérica cuentan con un organismo de esta naturaleza. Por otro lado, hay que valorar el interés por incorporar los mandatos internacionales en materia de juventud a los marcos constitucionales. Algunos países han logrado aprobar leyes de juventud y avanzar hacia la consolidación de políticas y planes nacionales de juventud que permitan individualizar jurídica y socialmente al joven como sujeto de derecho. Sin embargo, todavía persiste una gran dispersión en los avances existentes, sobre todo cuando se intenta definir la situación global de la juventud en Iberoamérica. Cabe inferir que, en algunos casos, la institucionalidad pública de juventud en los países latinoamericanos es precaria y dispar. A ello se suma la falta de participación juvenil. Por lo tanto se dificulta la configuración de estrategias para posicionar este tema en las agendas gubernamentales, más allá de su debate coyuntural.

En este capítulo se analiza el avance gradual y la situación actual de los organismos oficiales y las políticas públicas de juventud en Iberoamérica. En primer lugar, se examina la percepción de las autoridades nacionales sobre la realidad y los problemas específicos de los jóvenes. Luego, se presentan las directrices normativas, institucionales y programáticas de las políticas de juventud en América Latina, España y Portugal. Finalmente, se

presenta una síntesis de la oferta programática vigente en dichos países, en materia de juventud.

Este capítulo se elaboró principalmente con base en los resultados de la encuesta sobre programas nacionales de juventud, aplicada por la CEPAL a 16 países de Iberoamérica: Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, México, Nicaragua, Panamá, Perú, Portugal, República Dominicana y Uruguay. La información que se desprende de las encuestas muestra un panorama bastante homogéneo en cuanto a los problemas que afectan a la juventud iberoamericana, pese a las diferencias culturales y el carácter multilingüe y multiétnico de las sociedades latinoamericanas. La pobreza, el deterioro en las condiciones de vida y la falta de acceso a oportunidades educativas y laborales son problemas que más allá de las diferencias nacionales, afectan a la gran mayoría de los jóvenes. No obstante, las encuestas muestran un panorama heterogéneo en relación con la capacidad de respuesta que tienen los diferentes gobiernos. Las acciones programáticas en los diferentes países dejan entrever distintas visiones de la fase juvenil, a veces superpuestas, y una búsqueda no siempre articulada de mecanismos institucionales adecuados para orientar la construcción y el desarrollo de políticas específicas para la juventud. De allí la importancia de contar con un Plan de Cooperación e Integración de la Juventud en Iberoamérica que sea la hoja de ruta para el diseño e implementación de políticas, planes, programas y proyectos, instrumento que viene elaborando, de manera participativa, la Organización Iberoamericana de Juventud por encargo de las XV y XVI Cumbres Iberoamericanas de Jefes de Estado y de Gobierno.

En esta reedición del Informe, se ha introducido algunas actualizaciones en este Capítulo, con base en una encuesta realizada a los Organismos Oficiales de Juventud (participaron Bolivia, Guatemala, Honduras, El Salvador, México, Panamá y Uruguay); así como a la revisión de recientes dispostivos legales en materia de juventud que se han emitido hasta principios del 2007.

A. La juventud en Iberoamérica vista por los organismos gubernamentales

Pese al creciente desarrollo de estudios sobre identidad juvenil y de su paulatina incorporación a las políticas de juventud, todavía resulta una tarea compleja, tanto para el mundo académico como para los gobiernos, delimitar una categoría de juventud que permita establecer cuáles son los límites de esta etapa de la vida y cómo visibilizar sus particularidades sociohistóricas y necesidades. La literatura sobre el tema de la identidad

juvenil plantea, en general, la imposibilidad de una definición concreta y estable sobre su significado. Cada época y sociedad imponen a esta etapa de la vida fronteras culturales y sociales que asignan determinadas tareas y limitaciones a este grupo de la población (Levi y Shmitt, 1996).

1. Las difusas edades

Debido a la necesidad de una definición operacional, desde una perspectiva demográfica, la edad es el criterio que se ha aceptado para distinguir a los jóvenes, y es lo que tradicionalmente se ha asumido como referente para las políticas de juventud.

La Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes, suscrita en la Ciudad de Badajoz, España, en octubre de 2005, considera, en su artículo Primero, en lo referente al rango etario, lo siguiente: bajo las expresiones "joven", "jóvenes" y "juventud" están consideradas todas las personas, nacionales o residentes en algún país de Iberoamérica, comprendidas entre los 15 y los 24 años de edad.

Sin embargo, en los países iberoamericanos, para definir a la juventud, se observa una gran diferencia en los rangos de edad: entre los 12 y 26 años (Colombia) (OIJ 2004a); entre los 12 y 35 años (Costa Rica) (Ministerio de Cultura y Juventud, 2007); entre los 12 y 29 años (México); entre los 12 y 30 años (Honduras); entre los 14 y 29 años (Uruguay); entre los 14 y 30 años (Argentina); entre los 15 y 24 años (Bolivia, Ecuador y El Salvador); entre los 15 y 25 años (Guatemala y Portugal); entre los 15 y 29 años (Brasil, Chile, Cuba, España, Panamá, Paraguay y Perú); entre los 15 y 35 años (República Dominicana); entre los 18 y 30 años (Nicaragua) (OIJ, 2007).

Las diferencias en el rango de edades que define a la juventud en los distintos países revela al menos dos tendencias. La primera es que la ampliación de la juventud a edades más tempranas (en Colombia, Costa Rica, México y Honduras) y a edades más altas (en Argentina, Brasil, Chile, Costa Rica, Cuba, España, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela) puede expresar que el ser joven es una condición que se está expandiendo no sólo en edad, sino en la representación que ésta tiene en la sociedad (OIJ, 2004a). Ello puede deberse al incremento en la esperanza de vida, que bordea los 70 años, y que implicaría consecuentemente un movimiento en las identidades juveniles, ampliando la proporción de la juventud en la población. Pero, también, estas identidades estarían determinadas por aspectos sociales propios de la mayor demanda de educación, capacitación para el trabajo y la prolongación de las trayectorias educativas (CEPAL, 2000g, p. 30).

Así, de los 21 países Iberoamericanos, 14 de ellos cuentan con edades altas, en la definición etaria de juventud, establecidas en 28, 29, 30 o 35 años de edad, siendo los 29 años el límite etario más usado.

La segunda tendencia a destacar, es que en las definiciones del sujeto joven hay una superposición etaria de la adolescencia y la juventud. Esto tiene implicancias no sólo para la fundamentación de las políticas de juventud, sino también para la delimitación y el carácter de la oferta programática que pueden brindar los países a estos sectores. Por una parte, el discurso sobre el sujeto joven parece considerar que la juventud engloba a la adolescencia, aunque en la práctica deja fuera períodos cruciales de la experiencia juvenil. Por otra parte, el segmento de la juventud que se localiza entre los 18 y 30 años ha adquirido el estatus de ciudadanía, ya que partir de los 18 años las personas son juzgadas como adultas y pueden ejercer su derecho a voto (Krauskopf, 2004).

Esto plantea varias contradicciones. A nivel general se presenta una dualidad en el sujeto juvenil, relacionada al desfase entre sus realidades sociales y legales. Por otra parte, la existencia de programas de adolescencia, aunque contribuyen al desarrollo de los jóvenes, no cubren al período juvenil a cabalidad (Krauskopf y Mora, 2000). Algunos países intentan superar tal situación creando instrumentos legales derivados de la Convención sobre los Derechos del Niño, como la Ley Penal Juvenil (Costa Rica, España) y los Códigos de la Niñez y la Adolescencia (Krauskopf, 2003) (Costa Rica, Ecuador, Guatemala, México, República Dominicana, Uruguay, y otros).

Otro problema, derivado de lo anterior, se relaciona con la creación de programas específicos de adolescencia, y con la necesidad de resolver los desfases que dificultan la integración entre las políticas públicas de juventud y aquellas dirigidas a la adolescencia. Los rangos etarios de la Convención sobre los Derechos del Niño (que no diferencia a los adolescentes, a pesar de que llega hasta los 18 años) concurren en las indefiniciones y en la construcción de políticas conjuntas (Krauskopf, 2003).

Esta ambigüedad en el sujeto juvenil alude a un problema no resuelto en varios países; a saber, la falta de una discusión acabada sobre la relación joven-adulto en las representaciones sociales, y cómo éstas debieran repercutir en el diseño e implementación de las políticas públicas orientadas a la juventud. Debido a lo anterior, los jóvenes después de los 18 años han estado invisibilizados como sujetos específicos de políticas y tienden a quedar subsumidos en la programación adulta (Krauskopf, 2004).

Cuadro IX.1

IBEROAMÉRICA (17 PAÍSES): PRINCIPALES PROBLEMAS QUE AFECTAN A LA JUVENTUD EN ORDEN DE IMPORTANCIA

País	Problemas de la juventud		
	Primero en importancia	**Segundo en importancia**	**Tercero en importancia**
Argentina	Pobreza	Desocupación	Exclusión social
Bolivia	Exclusión	Desempleo	Falta de participación
Chile	Embarazo adolescente y riesgo de ETS[a/]	Desarticulación entre los estudios y el mercado de trabajo	Brechas en acceso a educación media y superior
Colombia	Baja participación en el desarrollo y control de recursos públicos	Bajos niveles de participación juvenil en programas y proyectos sociales	Exclusión y conflicto armado
Costa Rica	Alta deserción en educación secundaria	Desempleo, especialmente en mujeres jóvenes	Falta de espacios de participación
Cuba	Poder adquisitivo de los ingresos	Satisfacción de sus necesidades de vivienda	Recreación
Ecuador	Desempleo	Deserción escolar	Drogadicción, alcoholismo y pandillaje
El Salvador	Desempleo	Inseguridad	Pobreza
España	Empleo	Vivienda	Riesgos asociados a la salud
Guatemala	Desempleo	Educación	Seguridad
México	Desempleo y subempleo	Deserción escolar y baja calidad educativa	Falta de acceso a salud y educación
Nicaragua	Desempleo y débil calidad del empleo	Falta de educación pertinente a las competencias de los jóvenes	Baja cobertura y calidad de los servicios de salud
Panamá	Pobreza y desempleo	Embarazo precoz	Aumento del VIH/SIDA
Perú	Desempleo y subempleo	Baja participación en formulación de políticas públicas y en toma de decisiones a nivel local, regional y nacional	Pobreza
Portugal	SIDA	Desempleo	Peligro de guerra
República Dominicana	Salud	Educación	Trabajo
Uruguay	Inserción laboral	Deserción escolar	Exclusión social

Fuente: Sobre la base de las respuestas de los países a la encuesta de la CEPAL sobre programas nacionales de juventud, 2004.

[a/] Enfermedades de transmisión sexual.

2. La percepción de los problemas de juventud por parte de las autoridades

Las encuestas sobre programas nacionales de juventud identificaron las principales preocupaciones que expresan las autoridades guberamentales con respecto a los jóvenes iberoamericanos. Tres son los ámbitos a los que se atribuyen mayores problemas: el desempleo y la calidad del empleo, la educación y el acceso y los riesgos asociados a la salud. Estas áreas problemáticas redundan en la agudización de la pobreza juvenil y en procesos de exclusión social que han sido ya documentados por estudios recientes sobre juventud en Iberoamérica.

El desempleo, como producto de las crisis económicas, del incremento de la oferta de mano de obra y la disminución de la demanda, y como consecuencia de la creciente desarticulación entre el sistema educativo y el mercado laboral, representa uno de los principales obstáculos para la integración social de la juventud en Ecuador, El Salvador, Guatemala, México, Nicaragua, Panamá, Perú y Uruguay. En España la temática del empleo también aparece como un problema central. Esta tendencia parece ser tan aguda, que en varios otros países la desocupación surge como otro elemento por resolver (Argentina, Bolivia, Chile, Costa Rica, Portugal).

Como segundo problema en importancia, las autoridades de algunos países mencionan temas relativos a la educación en general (Guatemala, República Dominicana), la deserción escolar (Ecuador, Uruguay), la baja calidad educativa (México) y la falta de educación pertinente a las competencias de los jóvenes (Nicaragua).

En tercer lugar, se reconocen dos tipos de dificultades en el área de salud. Una es de tipo institucional y se refiere a la baja cobertura y deficiente calidad de los servicios de salud (Nicaragua). La otra dice relación con los riesgos asociados a la salud de los jóvenes (España), particularmente problemas de alcoholismo y drogadicción (Ecuador), y aumento del VIH/SIDA (Panamá, Portugal). En esta misma línea, algunos países reconocen como temas prioritarios el embarazo adolescente y el riesgo de contraer enfermedades de transmisión sexual (ETS) (Chile).

Otras preocupaciones relevantes, aunque no consideradas mayoritariamente como principales, son los problemas de acceso a vivienda (España), la escasa participación de la juventud, tanto en programas y proyectos como en el control de los recursos públicos (Bolivia, Colombia, Costa Rica, Perú), la situación de inseguridad (El Salvador, Portugal) y el conflicto armado (Colombia).

Todos estos problemas configuran un panorama de pobreza y exclusión social que se asume, al mismo tiempo, como causa y resultado de

la situación juvenil. Una visión más desglosada de las causales atribuidas a las necesidades de la juventud denota esta ambigüedad, lo que podría reflejar no sólo la complejidad y multicausalidad de la situación juvenil en la región, sino también una incorporación parcial o incompleta de los estudios de juventud en los diagnósticos de los organismos encargados de la materia.

Entre las causas asociadas a los problemas de la juventud mencionados anteriormente, las autoridades gubernamentales de juventud identifican varios conjuntos. El primero está constituido por causas relativas a las condiciones económicas y el empleo, donde un grupo de países advierten sobre tendencias de carácter global, tales como las crisis económicas, las políticas de ajustes o ambas (Argentina, Bolivia, Cuba, Guatemala, México y Uruguay). En lo referente al empleo, se destaca la precariedad, la falta de oportunidades, la flexibilización laboral (Argentina, Chile, Costa Rica, México, Nicaragua, Perú) y el alto desempleo (Ecuador, El Salvador, México, Perú y República Dominica).

Un segundo conjunto de factores destacados por los gobiernos se asocia a la pobreza, la desigualdad, la baja calidad de vida y la exclusión social (Chile, Ecuador, España, Panamá y Uruguay), indicándose la pobreza en el caso de Cuba, El Salvador y Nicaragua. El terrorismo y la violencia social se destacan en Colombia, El Salvador y Portugal, y la violencia doméstica en el caso de Ecuador.

Otras causas específicas que señalan las autoridades se relacionan con la educación, la capacitación y la formación. Las encuestas destacan la falta de capacitación técnico-vocacional (Chile, Colombia, Ecuador, México, Perú y República Dominicana) y la ausencia de programas preventivos en la educación (Ecuador, Guatemala, Nicaragua y Panamá). Asimismo, se indican vacíos en el sistema educacional referentes a las bajas oportunidades de desarrollo educativo y el insuficiente presupuesto y apoyo a la educación, carencia de servicios de información y orientación vocacional, así como la falta de personal y material docente (Ecuador, México y República Dominicana).

En salud, dos son los temas que más se destacan: la falta de prevención en países como Chile, España, Guatemala, México y Nicaragua, y el limitado acceso a los servicios de salud (México, Nicaragua, Panamá y República Dominicana).

Finalmente, en relación con aspectos concernientes a la ciudadanía y la participación de los jóvenes, se señala la falta de formación en sus derechos (Costa Rica y Perú), la ausencia de participación de los propios jóvenes, así como la debilidad de sus organizaciones (véase el cuadro 1 del Anexo estadístico, sección Políticas e Institucionalidad Públicas).

B. Las políticas nacionales de juventud en Iberoamérica

Durante el período comprendido entre 1995 y 1999, los países iberoamericanos avanzaron en la articulación de las políticas de juventud (OIJ, 2001); pero, a un ritmo desigual entre naciones. Todavía existe gran heterogeneidad en las políticas de juventud de los países encuestados, que pueden ser entendidas a la luz de diversos criterios: los paradigmas implícitos de la fase juvenil que las sustentan, sus fundamentos legislativos (ámbito jurídico normativo), los niveles de la administración pública encargados de las acciones de juventud, y el tipo específico de gestión que realizan los organismos oficiales de juventud en cada país.

1. Paradigmas y enfoques de las políticas de juventud en Iberoamérica

Existen cuatro visiones acerca de las características de la fase juvenil (Krauskopf, 2003): la juventud como período preparatorio (que define a la juventud a partir de las crisis); la juventud como etapa problemática (visión negativa de la juventud, restringida a temas como delincuencia, drogas, violencia, deserción escolar, y otros); ciudadanía juvenil (perspectiva integral que prioriza la plenitud de derechos de los jóvenes para participar en políticas y programas de juventud); y la visión del joven como actor estratégico del desarrollo (orientada a la formación de capital humano y social, como destrezas y capacidades en la conducción de su desarrollo y en el campo productivo). Los dos últimos enfoques suponen a las juventudes como actores sociales. De cada uno de estos enfoques se desprenden opciones en cuanto al diseño de las políticas y el carácter de los programas orientados a la juventud.

Las encuestas sobre programas nacionales de juventud en Ibeoramérica sugieren la coexistencia y competencia de diversos enfoques vinculados con el rol y las necesidades del sujeto joven. Tales enfoques se hacen visibles tanto en los lineamientos generales de las políticas como en las programaciones de juventud implementadas.

Un primer punto a constatar es que la mayor parte de los gobiernos se caracterizan por sufrir una carencia relativa de políticas explícitas de juventud orientadas exclusivamente al grupo juvenil (Dávila, 2003). En algunos casos, como se mencionaba anteriormente, tanto la legislación como la oferta programática pueden incluir a los jóvenes en la población mayor o de menor de edad.

Cuadro IX.2

PARADIGMAS DE LA FASE JUVENIL EN LOS ENFOQUES DE POLÍTICAS Y PROGRAMAS

Paradigma de la fase juvenil	Políticas	Programas
• Transición a la adultez • Etapa de preparación	• Orientadas a la preparación para la adultez • Extensión de la cobertura educativa • Tiempo libre sano y recreativo, con baja cobertura • Servicio militar	• Universales • Indiferenciados • Aislados
• Riesgo y transgresión • Etapa problema para la sociedad	• Compensatorias • Sectoriales (predominantemente justicia y salud) • Focalizadas	• Asistencialidad y control de problemas específicos • Relevancia a la juventud urbano popular • Dispersión de las ofertas
• Juventud ciudadana • Etapa de desarrollo social	• Articuladas en política pública • intersectoriales • Inclusión de jóvenes como sujetos explícitos de derechos políticos, sociales, culturales y económicos	• Integrales • Participativos • Extensión de alianzas
• Juventud: actor estratégico del desarrollo • Etapa de formación y aporte productivo	• Articuladas en política pública • Intersectoriales • Orientadas a la incorporación de la juventud como capital humano y desarrollo de capital social	• Equidad y tranversalidad institucional • Enfrentamiento de la exclusión • Aporte juvenil a estrategias de desarrollo

Fuente: Dina Krauskopf, "La construcción de políticas de juventud en Centroamérica", Políticas públicas de juventud en América Latina: políticas nacionales, O. Dávila (ed.), Viña del Mar, Ediciones CIDPA, 2003.

Por otra parte, las políticas específicas de juventud existentes, generalmente contemplan programas puntuales que restringen al sujeto joven a una categoría determinada como estudiante, protagonista de prácticas específicas (consumo de drogas) o sujeto prevalente de morbilidad (como las ETS o el VIH/SIDA) (Bernales Ballesteros, 2001). Esta categorización da cuenta de la coexistencia de diferentes paradigmas de la fase juvenil en una oferta programática dispersa y sin objetivos globales de mayor participación y mayor conciencia de los derechos y deberes de la juventud.

Se observan, pues, políticas transversales de juventud, principalmente desarrolladas por organismos públicos sectoriales, que dentro de sus áreas de competencia tocan temas relevantes para la población juvenil. Se trata de una política para la juventud en sentido amplio cuyas acciones son de largo alcance, como las políticas educativas, de salud y de empleo. No obstante, si bien incluyen acciones dirigidas hacia los jóvenes, tienen el sesgo de las competencias sectoriales, es decir, son pensadas desde el sector y no desde el sujeto de políticas (Balardini, 2003).

Recuadro IX.1

DISTINTOS ENFOQUES EN LAS POLÍTICAS DE JUVENTUD

Una primera aproximación a las políticas públicas de la juventud puede comprenderlas como toda acción articulada que se orienta al logro y realización de valores y objetivos sociales referidos al período vital juvenil. Son acciones orientadas a influir en los procesos de socialización involucrados en esa etapa vital, trátese tanto de políticas reparatorias o compensatorias, como de promoción y orientadas al desarrollo o construcción de ciudadanía. En esta definición se incluyen tanto los valores e intereses de los jóvenes, como los de la población en general. Planteada desde un punto de vista participativo, ella propone el objetivo de generar las condiciones mediante las cuales los jóvenes puedan realizarse en tanto tales y, al mismo tiempo, participar en la configuración de la sociedad en que viven.

Las *políticas para la juventud*, comúnmente asistencialistas, ubican a la juventud en lugares periféricos del cuerpo social activo, padecen de cierto proteccionismo –los jóvenes son vistos como vulnerables y sin experiencia–, y operan en función de un fuerte control social. Asimismo, comparten una extrema confianza en los resultados de los procesos de enseñanza, inequívocamente dirigidos bajo una orientación que es prevista por los adultos. Se trata de un dirigismo social generalizado, ejercido por la tutela omnipresente y omniprovidente de los adultos que estimulan en los jóvenes conductas pasivas y conformistas.

Las *políticas por la juventud* se desarrollan por medio de los jóvenes. Sus características principales son: llamados a la movilización, adoctrinamiento, retórica heroica, dinamización del mundo juvenil, instrumentalización de su idealismo. Son pasivas por parte de los jóvenes, se imponen desde arriba, no sirven a los jóvenes, y se sirven de ellos. Propias de los regímenes totalitarios y autoritarios, que necesitan de los jóvenes para tener continuidad.

Las *políticas con la juventud* son las más modernas e innovadoras. Su principio base es la solidaridad y son en esencia participativas, no sólo en el espacio ejecutivo, sino en aquellos aspectos que se refieren al análisis y la toma de decisiones. Son activas desde los jóvenes e interactivas en la dialéctica juventud- sociedad. No son impuestas desde arriba, sino creativas, abiertas y sujetas al debate crítico.

Las *políticas desde la juventud* se refieren a las actividades e iniciativas imaginadas, diseñadas y realizadas por los mismos jóvenes en condición autogestionaria. Incorporan las tendencias post estatistas que confieren un rol relevante a la sociedad civil en la gestión de proyectos sociales y culturales. Se trata de iniciativas autónomas de grupos juveniles más o menos formales, que pueden observarse en Casas de la Juventud, y son realizadas con subsidios del Estado, u otros.

Puede advertirse que los gobiernos más conservadores tienden a efectuar políticas para la juventud, mientras que los autoritarios o disciplinarios desarrollan políticas por la juventud. Los regímenes que buscan realmente afirmar valores democráticos desarrollan iniciativas con y desde la juventud.

Fuente: Óscar Dávila (ed.), *Políticas públicas de juventud en América Latina: políticas nacionales*, Viña del Mar, Chile, CIDPA, 2003.

En algunos países destacan esfuerzos por considerar un enfoque de política con y desde la juventud. Tal posicionamiento se aproxima a una propuesta consensuada entre diferentes actores, incluidos los jóvenes, en procesos participativos y de concientización ciudadana. Es el caso de Costa Rica, donde a partir del año 2002 se inició la elaboración de una política pública de la persona joven, contando con procesos de consulta y validación de las juventudes del país, los sectores estatales y la sociedad civil, además de una serie de estudios institucionales para analizar las capacidades de la red de instituciones que se encargan directa o indirectamente de las materias de juventud. Asimismo, en Guatemala, Panamá y Perú se realizaron esfuerzos de procesos participativos, teniendo cada uno de ellos elaboradas sus Políticas Públicas de Juventud.

Esta transición hacia el enfoque de ciudadanía deriva, en parte, del reconocimiento de la falta de participación de la población juvenil en las políticas de juventud de Iberoamérica. La información que entrega la encuesta realizada por la CEPAL alerta sobre el desconocimiento que existe, tanto en los jóvenes como en los organismos de juventud, de las responsabilidades y deberes ciudadanos de este sector de la población.

El enfoque de ciudadanía permite abrir la discusión sobre los rangos etarios dentro de los que debe entenderse lo juvenil, ya que otorga flexibilidad para que tal definición sea considerada y elaborada participativamente en función de cada realidad particular. Por este motivo, muchos países han realizado importantes cambios legislativos que se orientan en esta dirección. A diferencia de la presencia en la normativa internacional del enfoque del joven como sujeto de derecho, las encuestas revelan que tal categoría no ha sido integrada al discurso de los funcionarios de organismos gubernamentales de juventud.

Por último, la información que aportan las encuestas sobre programas nacionales de juventud no permite realizar una clasificación exhaustiva de las políticas de los países latinoamericanos en términos de los paradigmas y enfoques generales que las fundamentan, ya que el grado de consolidación legal e institucional varía mucho entre países. La falta de monitoreo y de mecanismos de evaluación de las acciones realizadas hace difícil reorientar las políticas, y las encuestas no explicitan los fundamentos ético-políticos que sustentan las actuales políticas de juventud.

2. El marco normativo jurídico de las políticas nacionales de juventud

La difusión en la conciencia internacional del enfoque de derechos humanos ha permitido, paulatinamente, el desarrollo de instrumentos contra la discriminación de la mujer y mecanismos de protección para los niños y adolescentes. Sin embargo, a diferencia de esos segmentos poblacionales que han logrado ser reconocidos como sujetos de derechos (trabajadores, mujeres, niños), el joven aún permanece como categoría indefinida en los marcos constitucionales de los países. Su tratamiento legislativo proviene de la regulación sectorial de derechos: prima una concepción de atención de servicios desde una perspectiva sectorializada en la que no aparece el joven como titular de derechos ni como protagonista de desarrollo (Bernales Ballesteros, 2001).

No obstante, es importante valorar los avances en la materia. Durante la última década, en Iberoamérica, resulta evidente el interés por configurar a la juventud como categoría jurídica, expresado en el empeño por aprobar leyes para la juventud y reorganizar su dispersión legislativa (OIJ, 2001).

En este proceso destaca la acción realizada por la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ), como organismo internacional de carácter multigubernamental creado para promover el diálogo, la concertación y la cooperación en materia de juventud entre los países iberoamericanos; logrando, en el año 2005, la suscripción de la Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes, primer primer instrumento jurídico de carácter internacional que recoge, a este nivel, la categoría joven y reconoce sus derechos.

a) El marco constitucional de los países iberoamericanos en materia de juventud

La consolidación de regímenes democráticos en Iberoamérica ha dado mayor fuerza al enfoque de los derechos humanos, pero está pendiente la plena desagregación de éstos, referidos a grupos específicos. Sin embargo, se han creado las bases para la existencia de una legislación sobre la juventud, lo que permite avanzar en hacerla más orgánica y sustantiva, así como en mitigar su actual dispersión (Bernales Ballesteros, 2001).

• Las leyes de juventud en los países de Iberoamérica

Al analizar la normativa interna en materia de juventud de los países encuestados, es posible constatar que en varios se ha logrado aprobar una

ley de juventud o ley de la persona joven, que sirve como marco jurídico general para las políticas nacionales de juventud (Colombia, Costa Rica, Ecuador, Nicaragua, República Dominicana, Venezuela, y recientemente Honduras. En Bolivia, la elaboración y lineamientos centrales de esta ley se encuentran actualmente en discusión.

Del mismo modo, hay un tercer grupo de países que, pese a no tener legislación específica sobre jóvenes, tienen oficinas especializadas en políticas públicas de juventud reguladas por la ley, como es el caso de Argentina, Cuba, Chile, El Salvador, Guatemala, México, España, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal y Uruguay.

En Colombia, en 1994 se crea el Viceministerio de Juventud, dependiente del Ministerio de Educación Nacional; posteriormente, en 1995, el documento del Consejo Nacional de Política Económica y Social (CONPES) establece la Política Nacional de Juventud, creando leyes, decretos y reglamentos relativos a los jóvenes; este proceso de institucionalización tuvo como resultado la aprobación de la Ley de Juventud en 1997. En 2000, bajo una reforma presidencial, se creó el Programa Presidencial Colombia Joven, organismo que asumió las competencias y funciones del Viceministerio de Juventud.

En Costa Rica, en 1996 se dicta la ley orgánica del Movimiento Nacional de Juventudes y se crea un organismo del mismo nombre para definir lineamientos políticos en materia de juventud. En el año 2002 se aprueba una ley general de juventud –la Ley General de la Persona Joven–, que aporta las bases para el Sistema Nacional de la Juventud, que está conformado por el Viceministerio de Juventud, el Consejo Nacional de la Política Pública para la Persona Joven, los comités cantonales de la juventud y la Red Nacional Consultiva.

En Ecuador, a finales de 2001 se expide la Ley de la Juventud, la cual define las políticas de promoción de los derechos de los jóvenes como un conjunto de directrices de carácter público emitidas por los organismos competentes. De igual modo, la ley perfila el Sistema Nacional de Promoción de la Juventud.

En Nicaragua, en 1994 se creó el Instituto Nicaragűense de Juventud y Deportes, adscrito al Ministerio de Educación. A partir de 1999, la Presidencia de la República, a través de la Secretaría de Acción Social, inicia la formulación de una Política Nacional de Juventud. En el año 2001 fue aprobada la Ley de Promoción de Desarrollo Integral de la Persona Joven, que dio lugar a la elaboración y aprobación de la Política Nacional para el Desarrollo Integral de la Juventud y la creación de la Secretaría de la Juventud de la Presidencia de la República. Esta ley modificó las

instituciones que regían las políticas de juventud, ocupando un lugar de vanguardia en la región (Dávila, 2003). Cabe señalar que, en el 2007, se ha reemplazado la Secretaría de Estado de la Juventud por el Instituto Nicaragüense de la Juventud.

En República Dominicana, en julio del año 2000 fue promulgada la Ley General de Juventud, por la que se creó la Secretaría de Estado de la Juventud como instancia rectora responsable de formular, coordinar y dar seguimiento a las políticas públicas de este sector.

En Venezuela, en el mes de marzo de 2002, se decretó la Ley Nacional de Juventud, tipificando una serie de derechos y obligaciones para los jóvenes y el Estado, respectivamente, y estableciendo el Sistema Nacional de Juventud, que reúne el Instituto Nacional, el Consejo Interinstitucional y el Consejo Nacional de la Juventud.

En el caso boliviano, aún se encuentra pendiente en el Senado, la aprobación de la Ley General de Juventud, que ha tomado como base en su proceso de discusión, a la Convención Iberoemericana de Derechos de la Juventud. Por su parte, la Primera Encuesta Nacional de Juventud y el Diagnóstico de la Juventud Boliviana están siendo utilizados como bases para la elaboración del "Plan Nacional Quinquenal de Juventudes, para Vivir Bien"; tanto la Ley y el Plan, podrían ser aprobados en setiembre de 2007. Es de destacar que este país, cuenta ahora, con el Viceministerio de Género y Asuntos Generacionales, que se encarga del tema de juventudes, en reemplazó del Viceministerio de la Juventud, Niñez y Tercera Edad.

Honduras, era un caso excepcional, en razón, de que la política de juventud estaba coordinada por el Congreso Nacional, siendo el único país de la región que no tenía una oficina especializada en el tema que dependa del Ejecutivo. Sin embargo, en enero de 2006, se publica la "Ley Marco para el Desarrollo Integral de la Juventud", que crea el Instituto Nacional de la Juventud, y que establece el rango etario entre los 12 y 30 años.

Es necesario notar que probablemente sea la ausencia de leyes marco, como son las leyes generales de juventud, la causa principal de la dispersión legislativa que afecta a los países en materia de juventud. Hacia esta dispersión confluyen el desconocimiento de un alto porcentaje de legisladores sobre la juventud, y el sesgo electoralista que muchas veces condiciona las respuestas a algunas demandas juveniles. Una ley marco permite organizar, orientar, distribuir competencias y asignar recursos en el tema que legisla, eliminando con ello la falta de claridad e institucionalidad al respecto. Específicamente, una ley marco de la juventud sería la expresión orgánica para la regulación de las políticas sobre el tema, lo que, posiblemente, se traduciría en resultados más eficientes en relación con

cuestiones juveniles tuteladas legalmente (Bernales Ballesteros, 2001).

Con respecto a menciones específicas sobre derechos de los jóvenes en las Constituciones nacionales, cabe señalar que en la mayor parte de los países latinoamericanos éstas se refieren a los adolescentes y jóvenes menores de 18 años. Estas menciones se centran, principalmente, en la protección del ámbito familiar y la procura de recursos que aseguren al adolescente y al menor derechos a la vida, la alimentación, la salud, la educación, la integridad física, el ocio recreativo, entre otros. Estas consideraciones reflejan la influencia y el esfuerzo por trasladar al derecho interno disposiciones de la Convención sobre los Derechos del Niño, lo que puede considerarse como algo positivo (Bernales Ballesteros, 2001). Sin embargo, hay que destacar que todavía, más allá de las leyes relativas a la mayoría de edad y la responsabilidad penal, los derechos de los jóvenes siguen siendo subsumidos en la legislación nacional.

Cabe hacer mención que, con la suscripción de la Convención Iberoamericana de Derechos de la Juventud – aún en proceso de ratificación por los diversos países Iberoamericanos- se ha generado un hito para el proceso de reconocimiento de los Derechos Humanos de los y las jóvenes, debiendo incorporarse los mismos en los respectivos ordenamientos jurídicos nacionales.

- **Los cambios recientes en la legislación de juventud**

Como se señaló anteriormente, la legislación en materia de juventud es dispersa, con problemas de inorganicidad y se caracteriza más bien por su fragmentación, fragilidad y una marcada inestabilidad (Bernales Ballesteros, 2001).

Sin embargo, del análisis de la legislación en materia de juventud, se advierte que las prioridades gubernamentales se han orientado especialmente, hacia la consolidación de la institucionalidad de juventud, seguido por el desarrollo de una ley de juventud y por último, en la definición de una política nacional de juventud.

También debe destacarse el esfuerzo reciente de los países por introducir modificaciones legales que se refieren a organizaciones juveniles y estimulan su creación, a través de la promoción de las plataformas interasociativas. Ello es signo de una aproximación al joven como sujeto de derecho y como protagonista del desarrollo, ya que dichas modificaciones contribuyen a organizar las relaciones que puede establecer el joven con otros sectores de la sociedad. Esto porque, si bien las disposiciones que crean organismos públicos especializados en el tema juvenil institucionalizan

Cuadro IX.3

IBEROAMÉRICA (20 PAÍSES): JERARQUÍA ADMINISTRATIVA DE LOS ORGANISMOS GUBERNAMENTALES OFICIALES DE JUVENTUD

País	Ministerio	Vicemi-nisterio	Dirección Nacional de Juventud	Secretaría	Instituto Nacional de la Juventud	Consejo Nacional de Juventud	Programa presiden-cial	Funda-ción	Otros
Argentina			X						
Bolivia		X							
Brasil				X					
Chile					X				
Colombia							X		
Costa Rica		X							
Cuba				X					
Ecuador			X						
El Salvador				X					
España					X				
Guatemala						X			
Honduras*					X				
México					X				
Nicaragua*					X				
Panamá*			X						
Paraguay		X							
Perú*			X						
República Dominicana				X					
Uruguay					X				
Venezuela					X				

Fuente: Sobre la base de las respuestas de los países a la encuesta de la CEPAL sobre programas nacionales de juventud, 2004.

*Modificada la jerarquía administrativa por normas legales de reciente promulgación.

dentro del Estado el tratamiento del joven, estas no contribuyen a delimitar derechos de la juventud ni a enfatizar su titularidad de derechos.

Los cambios legislativos observados están orientados a otorgar mayor coherencia a las acciones en juventud. En efecto, los problemas de hiperconcentración, de cruces entre instituciones, o de ausencia de coordinación de las políticas provienen en gran medida de los problemas analizados en la legislación de juventud. No se trata, empero, de tener muchas leyes sobre

juventud, sino de contar con un orden legislativo que permita individualizar al joven como sujeto de derechos; y que las instituciones tengan un marco de referencia específico y general para la aplicación de políticas y programas (Bernales Ballesteros, 2001).

- **La institucionalidad pública en materia de juventud**

En los países encuestados y con base en las recientes modificaciones legales, los avances en materia de instituciones de juventud son variables.

Una gama profusa de dependencias administrativas configuran los organismos gubernamentales de juventud: Viceministerios (Bolivia, Costa Rica, Paraguay), Secretarías de Estado de la Juventud (Brasil, Cuba, El Salvador, Portugal, República Dominicana), Institutos (Chile, Honduras, España, México, Nicaragua, Uruguay, Venezuela), Direcciones (Argentina, Ecuador, Panamá, Perú), un Consejo Nacional de la Juventud (Guatemala) y un Programa Presidencial (Colombia).

Los organismos o direcciones de juventud pueden desempeñarse a nivel nacional, provincial o local (municipal o departamental), según su jurisdicción.

b) Dependencia institucional y lineamientos de acción de los organismos gubernamentales de juventud [1]

En Argentina, el organismo oficial de juventud es la Dirección Nacional de Juventud que diseña, coordina y ejecuta la política de juventud. Depende institucionalmente del Ministerio de Desarrollo Social, y orienta sus acciones programáticas hacia la participación juvenil en políticas sociales y culturales; el análisis y la difusión del universo juvenil; y el fortalecimiento de vínculos institucionales a nivel nacional e internacional.

En Bolivia, el Viceministerio de la Juventud, Niñez y Tercera Edad que dependía institucionalmente del Ministerio de Desarrollo Sostenible y Planificación, en la actualidad ha sido reemplazado por el Viceministerio de Género y Asuntos Generacionales, dependiendo ahora del Ministerio de Justicia; siguiendo vigente los proyectos de: Fortalecimiento e Institucionalización del Modelo Transectorial de Atención al Adolescente, y el Proyecto de participación de jóvenes y sus organizaciones en procesos participativos a nivel municipal.

[1] Según OIJ, 2001 y Dávila, 2003, actualizados según las recientes modificaciones legales y los resultados de las encuestas aplicadas por la OIJ (2007).

En Brasil, en el año 2005 se crea la Secretaría Nacional de Juventud (SNJ) vinculada a la Secretaría General de la Presidencia de la República, siendo responsable de articular programas y proyectos dirigidos a jóvenes, y fomentar la elaboración de políticas públicas de juventud en los diversos niveles del Estado de manera participativa con los jóvenes. La Secretaría de Juventud surgió en el marco de una propuesta interministerial del año 2004, con un amplio proceso de consulta y levantamiento de información. Coordina además el Programa Nacional de Inclusión de Jóvenes (Projovem) y cuenta dentro de su estructura con el Consejo Nacional de Juventud, que reúne a representantes de la sociedad civil y del Estado.

En Chile, el Instituto Nacional de Juventud (INJUV) posee oficinas municipales de juventud a nivel local, y es por Ley un organismo eminentemente técnico y de coordinación de esfuerzos institucionales[2]. Depende institucionalmente del Ministerio de Planificación y Cooperación (MIDEPLAN). Este organismo fue creado en 1991 y concebido como un servicio público funcionalmente descentralizado, dotado de personalidad jurídica y patrimonio propio. Sus acciones se ejecutan desde diversas instancias estatales. La oferta de políticas de juventud está dirigida a adolescentes estudiantes de enseñanza media y superior. También existen políticas sectoriales (salud, empleo, justicia, participación, identidad y cultura), aunque las instituciones del sector también ejecutan programas especiales para jóvenes. Actualmente hay 168 Oficinas Municipales de Juventud (OMJ).

En Colombia, el organismo de juventud es el Programa Presidencial Colombia Joven, creado mediante una reforma institucional que data del año 2000. El programa depende de la Secretaría General de la Presidencia de la República. Las funciones se sitúan en la articulación, definición y desarrollo de la política nacional de juventud y la ejecución de planes, programas y proyectos en su favor. Dicho programa fomenta los Consejos de Juventud y el desarrollo de servicios integrados de juventud.

En Costa Rica, hasta mayo de 2002, el órgano encargado de los temas de juventud fue el Movimiento Nacional de Juventudes (MNJ). A partir de ese momento comenzó a regir la Ley General de la Persona Joven, que conforma el Sistema Nacional de la Juventud y creó, posteriormente, el Consejo Nacional de la Política Pública de la Persona Joven, presidido por un Viceministro de la Juventud, que depende políticamente del Ministerio de Cultura y Juventud. Sus orientaciones se centran en la participación juvenil, ejercicio de derechos y acciones de coordinación interinstitucional en 5

[2] Entre 1997 y 1999, el INJUV contó con un modelo institucional que redujo sus funciones ejecutoras. Sólo ejecuta el Sistema de Información Juvenil (SIJ) y el proyecto Interjoven, orientados a intervenir en aquellas áreas estratégicas que refuerzan su rol técnico, asesor, articulador y coordinador.

áreas: participación, capacitación, investigación, comunicación y legislación. El Sistema Nacional de la Juventud en Costa Rica está conformado por cuatro instancias: dos de carácter institucional, el Viceministerio de la Juventud y el Consejo, dos de la sociedad civil: comités cantonales de juventud y la Red Nacional Consultiva de la Persona Joven, constituida por jóvenes de diferentes instancias públicas y privadas.

En Ecuador, la responsabilidad de las políticas públicas de juventud fue reformulada en 2001 mediante la aprobación de la Ley de la Juventud. La Dirección Nacional de la Juventud tiene entre sus funciones: el diseño, promoción y ejecución de proyectos y programas a favor de la juventud, coordinando con diferentes actores institucionales; y produce información y conocimiento sobre juventud. Depende institucionalmente del Ministerio de Bienestar Social.

En El Salvador, en el año 2004, se constituyó la Secretaría de Estado de la Juventud con rango ministerial, dependiendo de la Presidencia de la República; siendo la responsable del diseño de la Política de la Juventud; así como de la realización de estudios e investigaciones sobre juventud. Actúa como órgano de consulta y asesoría de las diveras instancias del Estado y de las organizaciones de sociedad civil; promueve la coordinación entre aquellas, así como la participación de la juventud. En la actualidad, ha relizado la primera Encuesta Nacional de Juventud, y ha aprobado el Plan Nacional de Juventud (2005-2015).

En España, el Instituto de la Juventud (INJUVE) depende del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. En su Plan de Acción se integran diversos programas específicos –alrededor de 250 cada año– en los ámbitos del empleo, la vivienda, la salud, el ocio, la participación y la exclusión social. A su vez, cada uno de estos programas comprende una serie de proyectos, alrededor de 15 mil por año, sin perjuicio de los que se realizan a nivel regional y local por las Comunidades Autónomas y los Ayuntamientos respectivos, dentro de las políticas sociales regionales y locales. En cada una de las 17 Comunidades Autónomas (además de las Ciudades Autónomas de Ceuta y Melilla) existe un Organismo de Juventud, con diversas denominaciones y adscripciones administrativas, con los que se relaciona y coopera el INJUVE a través del Consejo Interterritorial y diversas comisiones técnicas, para la gestión de los diferentes programas de información juvenil, intercambios de jóvenes, voluntariado y cultura. Este Consejo forma parte de los Órganos para el diálogo con la juventud, junto al Consejo Rector del INJUVE, en el que participan las asociaciones juveniles a través del Consejo de la Juventud de España, y la Comisión Tripartita, en la que se encuentran representadas las organizaciones de trabajadores y empresarios más representativas junto a la Dirección del INJUVE.

En Guatemala, el Consejo Nacional de la Juventud (CONJUVE) fue creado en 1966 como órgano rector que formula, ejecuta y coordina programas y acciones destinados a la juventud. Depende institucionalmente de la Presidencia de la República y sus acciones se orientan a la planificación de las políticas de juventud, la participación cultural de los jóvenes, los estudios de juventud, y la ejecución de proyectos y programas de desarrollo juvenil. En agosto de 2005 se aprobó la "Política Nacional de Juventud, Jóvenes construyendo la Unidad en la Diversidad por una Nación Pluricultural: 2005-2015", la cual es producto de un trabajo realizada en el marco de una mesa intersectorial.

En Honduras, a partir de la aprobación de la Ley Marco para el Desarrollo Integral de la Juventud, publicada en el año 2006, se deroga la Ley del CONJUVE (Consejo Nacional de Juventud) que dependía del Congreso Nacional y se crea el Instituto Nacional de la Juventud, el cual nace como una institución desconcentrada, dependiente de la Presidencia de la República con personalidad jurídica y patrimonio propio. Es función del Instituto Nacional de la Juventud formular, desarrollar, definir, promover, instrumentar y coordinar la ejecución y el seguimiento de una política nacional de juventud que permita incorporar plenamente a los jóvenes al desarrollo del país.

El Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ) fue creado en 1999 y define e instrumenta la política nacional de juventud, marcando el inicio de una nueva etapa en las acciones orientadas a la juventud, pues tiene como origen una ley. El IMJ es un organismo público descentralizado de la Administración Pública Federal, con personalidad jurídica y patrimonio propio. Tiene como propósito definir y aplicar una política nacional de juventud en diversas áreas: organización, salud, empleo y capacitación, prevención de adicciones, investigación, y otros. Actualmente existen 27 institutos estatales, 2 de los cuales se crearon antes de 1999. En el resto de las entidades federativas, los asuntos de la juventud son responsabilidad de dos secretarias de la juventud y 3 comisiones estatales, dos de las cuales tratan el tema conjuntamente con deporte.

En Nicaragua, a principios del año 2007 se ha transformado la Secretaría de la Juventud, creada en el 2001, por el Instituto Nicaragüense de la Juventud, que depende de la Presidencia de la República.

En Panamá, en 1997 se crea el Ministerio de la Juventud, la Mujer, la Niñez y la Familia, que depende del gabinete y gobierno central, atendiendo los problemas y necesidades de la juventud en el ámbito del empleo, la salud, la participación y asociatividad, el desarrollo cultural, la recreación, entre otros. En el 2005 entra en proceso de reestructuración, denoninádose Ministerio de Desarrollo Social, constituyéndose en el ente rector de las

Cuadro IX.4

IBEROAMÉRICA (21 PAÍSES): FORMAS INSTITUCIONALES Y DEPENDENCIA GUBERNAMENTAL DE LOS ORGANISMOS OFICIALES DE JUVENTUD

País	Organismo encargado de la juventud	Área de la que depende
Argentina	Dirección Nacional de Juventud	Ministerio de Desarrollo Social
Bolivia	Viceministerio de Género y Asuntos Intergeneracionales	Viceministerio de Género y Asuntos Intergeneracionales
Brasil	Secretaría de Estado de la Juventud	Presidencia de la República
Colombia	Colombia Joven	Presidencia de la República
Costa Rica	Viceministerio de Juventud	Ministerio de Cultura, Juventud y Deporte
Cuba	Unión de Jóvenes Comunistas (UJC)	Partido Comunista
Chile	Dirección Nacional de la Juventud	Ministerio de Planificación y Cooperación
Ecuador	Dirección Nacional de la Juventud	Ministerio de Bienestar Social
El Salvador	Secretaría de Estado de la Juventud	Presidencia de la República
España	Instituto de la Juventud (INJUVE)	Ministerio del Trabajo y Asuntos Sociales
Guatemala	Consejo Nacional de la Juventud	Presidencia de la República
Honduras	Instituto Nacional de la Juventud	Presidencia de la República
México	Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ)	Secretaría de Educación Pública
Nicaragua	Instituto Nicaragüense de la Juventud	Presidencia de la República
Panamá	Ministerio de la Juventud, la Mujer, la Niñez y la Familia	Presidencia de la República
Paraguay	Viceministerio de Juventud	Ministerio de Educación y Culto
Perú	Comisión Nacional de la Juventud	Presidencia de la República
Portugal	Secretaría de Juventud	
República Dominicana	Secretaría de Estado de la Juventud	Presidencia de la República
Uruguay	Instituto Nacional de la Juventud (INJU)	Ministerio de Deportes y Juventud
Venezuela	Ministerio de Deportes y Juventud	Ministerio de Educación

Fuente: Yuri Chillán, *La institucionalidad pública de la juventud en Iberoamerica: análisis y perspectivas*, Madrid, Instituto Universitario José Ortega y Gasset, 2001.

políticas sociales para los grupos de atención prioritaria, dentro de los cuales está la juventud, creando dentro de su estructura orgánica la Dirección de Juventud. Existen otras dependencias asociadas a su labor como son el Consejo de Políticas de Juventud y el Consejo Nacional de la Juventud, este último reune diversas organizaciones de sociedad civil.

En Paraguay, a partir del año 2003 se crea el Viceministerio de Juventud, como parte de la estructura del Ministerio de Educación y Cultura.

En Perú, en el año 2007, se ha establecido la Dirección Nacional de Juventud, que depende del Ministerio de Educación, absorbiendo las funciones de la Comisión Nacional de la Juventud, creada en el año 2002, que ostentaba rango ministerial y tenía a su cargo la formulación de las políticas públicas de juventud, así como la coordinación y evaluación de los programas que, desde distintas instancias, estén orientados a la intervención en asuntos de juventud.

En Portugal se cuenta con la Secretaría de Estado de Juventud y Deporte, que depende de la Presidencia de la República.

En República Dominicana, la Ley General de Juventud fue aprobada en el año 2000. Esta Ley creó la Secretaría de Estado de la Juventud como instancia rectora, responsable de formular, coordinar y dar seguimiento a la política del Estado domicano en materia de juventud.

En Uruguay, el Instituto Nacional de Juventud (INJU) fue creado en 1990, y en la actualidad se encuentra adscrito al Ministerio de Desarrollo Social; su función principal es la de asesorar y proponer al Poder Ejecutivo las políticas nacionales en las materias de su competencia; por lo que formula, ejecuta, coordina y evalúa las políticas, estrategias y planes en las áreas de juventud, en coordinación con otros organismos estatales. El principio rector del INJU se basa en la participación juvenil organizada, por lo que se crea en el 2005 el Consejo Consultivo de Politicas de Juventud (CCPJ).

En Venezuela, en 2002 se promulgó la Ley Nacional de Juventud, creando el Instituto Nacional de la Juventud como organismo autónomo con personalidad jurídica y patrimonio propios. Del mismo modo, la Ley constituye el Sistema Nacional de Juventud conformado por un conjunto de órganos que el texto legal establece.

c) La gestión de las políticas de juventud

Desde la perspectiva del diseño y la gestión de las políticas, las funciones desempeñadas por los organismos gubernamentales de juventud son variadas. La función de rectoría incluye la elaboración de planes de Estado en relación con la política de juventud, lo que supone el conocimiento de la realidad juvenil y la posibilidad de actuar como organismo de consulta en materias vinculadas. Esta función también incluye, entre otros aspectos, asesoramiento y supervisión de programas públicos, apoyo a organizaciones juveniles, estímulos para consejos y foros de organismos públicos de juventud, articulación de servicios orientados a los jóvenes, acciones de sensibilización y comunicación social, y sistemas de información que permitan definir y evaluar desempeños (Balardini, 2003).

Cuadro IX.5

IBEROAMÉRICA (21 PAÍSES): ROL INSTITUCIONAL DE LOS ORGANISMOS GUBERNAMENTALES DE LA JUVENTUD

País	Rol institucional			
	Diseña	Ejecuta	Coordina	Evalúa
Argentina *	X	X	X	
Bolivia *	X	X	X	X
Brasil *	X		X	
Colombia	X		X	
Costa Rica	X	X	X	
Cuba			X	
Chile	X	X	X	X
Ecuador	X	X	X	
El Salvador *	X	X	X	
España	X		X	X
Guatemala *	X	X	X	X
Honduras *	X	X	X	
México *	X	X	X	X
Nicaragua	X			
Panamá *	X	X	X	X
Paraguay	X	X	X	X
Perú	X	X	X	X
Portugal	X	X	X	X
Rep. Dominicana	X	X	X	
Uruguay *	X	X	X	X
Venezuela	X	X	X	

Fuente: Yuri Chillán, *La institucionalidad pública de la juventud en Iberoamerica: análisis y perspectivas*, Madrid, Instituto Universitario José Ortega y Gasset, 2001,

*Modificaciones con base en las encuestas realizadas en el 2007 por la OIJ y por la normativa legal vigente.

Una de las funciones más tradicionales es la de ejecución, que implica capacidad y posesión de recursos para involucrarse de modo directo en ejecución de programas, lo que otorga mayor exposición pública del organismo y contribuye a su legitimación. Compete a esta función la búsqueda de mecanismos innovadores de gestión, con el involucramiento de organizaciones juveniles y la gestión asociada.

La coordinación de las políticas es una función más reciente en relación con la rectoría y ejecución. Implica un mayor respaldo político que

permite actuar como instancia coordinadora de políticas dirigidas a jóvenes que se ejecutan en otras instancias administrativas (Balardini, 2003). Supone la optimización de recursos del Estado, evitando superposiciones programáticas. Contiene dimensiones inter e intra- sectoriales, e incluye orientación a instituciones autónomas y dirección de organismos relacionados jerárquicamente. A esta instancia de la gestión también le compete promover, en el seno de los organismos sectoriales, la incorporación y discusión conjunta de la temática juvenil, para integrarla a programas y proyectos. Esto debe realizarse por medio de mecanismos multisectoriales y enfoques multidisciplinarios.

La gestión democrática de políticas locales de juventud es un asunto pendiente, ya que implica desarrollar estrategias diferenciadas y complementarias que integren la participación activa de los jóvenes en las etapas de diseño, ejecución y evaluación de los programas.

3. La oferta programática en materia de juventud

En ausencia de leyes generales de juventud en algunos países de América Latina, es posible observar una diversidad de normas que aluden a programas juveniles de distinto tipo. Todos los países cuentan con programas de juventud, tanto globales como sectoriales, y algunos específicos de juventud, pero muchas veces subsumidos en programas para adolescentes y niños, o con dificultades para responder a las necesidades heterogéneas de la población juvenil. Pocos países ofrecen atención exclusiva a jóvenes rurales (Bolivia, Colombia y México), jóvenes indígenas (Colombia, México), mujeres jóvenes o programas con enfoque de género (Colombia, España, México) y a jóvenes discapacitados (Colombia, España). La mayoría de los programas incluyen estas categorías juveniles, pero no responden completamente a su especificidad. Colombia, Costa Rica, México, Nicaragua y Portugal son países donde es visible una oferta de programas y proyectos más variada y selectiva orientada a los jóvenes.

Según la encuesta realizada por la CEPAL en 2004, Colombia parece ser el país con una mayor oferta integrada para poblaciones especiales y minorías, en la que destacan varias líneas de trabajo: asistencia integral a población indígena, acciones orientadas a jóvenes en zonas de conflicto armado, asistencia técnica y seguimiento a la política de equidad y de participación de mujeres, sistemas de comunicación pública e inserción social para población con discapacidad, asistencia a niños y jóvenes con talentos y capacidades excepcionales, y otros. Aunque no todos estos representan acciones exclusivas para los jóvenes, denotan una preocupación especial por atender las necesidades específicas de ciertos grupos de la población.

Un ejemplo destacable en la diversificación de la oferta programática son los programas de difusión de derechos y deberes de la población juvenil, así como de la ley de juventud (Argentina, Costa Rica, Ecuador, Nicaragua). Con este tipo de inciativas se contribuye al fortalecimiento de las organizaciones juveniles, la formación de los funcionarios públicos en materia de legislación vigente y el posicionamiento político del tema juvenil a nivel sectorial. Otras temáticas de menor desarrollo son educación y conservación del medio ambiente (Cuba, México), paz social y proyectos contra la violencia juvenil (Colombia, El Salvador, Nicaragua, Perú), apoyo judicial a jóvenes (Guatemala, México), y de prevención y control de la explotación orientado a niños, adolescentes y jóvenes (España).

Respecto de programas sectoriales, todos los países encuestados están ejecutando programas de empleo, algunos particularmente centrados en la calificación e intermediación laboral, como una manera de responder a los altos niveles de desempleo juvenil en Iberoamérica.

Los programas educativos constituyen la segunda prioridad gubernamental, especialmente en lo que respecta a becas y financiamiento de estudios (Argentina, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Perú, República Dominicana), difusión de nuevas tecnologías (Chile, Colombia, Cuba, España), educación sexual (España, México, Nicaragua, Panamá) y otros temas.

También hay que destacar los esfuerzos por diversificar la oferta especializada a los jóvenes en materia de salud, donde aparte de las estrategias destinadas a ampliar el acceso a los servicios de salud en casi todos los países, se añaden acciones orientadas a resolver problemas vinculados con el embarazo adolescente y las enfermedades de transmisión sexual (ETS) (Panamá), el VIH (España, Panamá, República Dominicana), prevención, apoyo y control de la drogadicción (Chile, Colombia, España, México, Nicaragua, República Dominicana), programas integrales de salud adolescente y de infancia (Chile, Costa Rica, Cuba, Perú y República Dominicana). Programas específicamente orientados a la salud mental de los jóvenes sólo se registran en Colombia.

En relación con el difícil acceso a vivienda que afecta a los jóvenes en Iberoamérica, cabe mencionar que sólo en Cuba, España y México existen programas universales de vivienda que contienen adecuaciones especiales para los jóvenes.

Los vacíos existentes a nivel legal en cuanto a las atribuciones de la institucionalidad pública oficial de juventud (si carecen de presupuesto propio, si tienen personalidad jurídica, y otros aspectos) pueden llevar, tal como ocurre en otro tipo de intervenciones, al manejo voluntarista de los programas. En este sentido, son pertinentes los esfuerzos por implementar sistemas de información y evaluación de los programas de juventud.

Al respecto, Costa Rica ha realizado un estudio para sistematizar el conocimiento sobre los servicios y oportunidades que el Estado costarricense ofrece a la población juvenil, como un medio para hacer seguimiento al avance de las políticas de juventud. Esto ha permitido sentar las bases para la construcción de una política pública de juventud de largo plazo, en cuatro direcciones:

- Aportar indicadores socioeconómicos que permiten acercarse a los principales problemas de este sector de la población
- Analizar el marco normativo vigente en materia de juventud y describir la oferta pública de juventud a partir de una clasificación de esta
- Categorizar las situaciones y necesidades que se pretenden resolver y los sujetos involucrados
- Analizar la eficacia de la oferta pública, sus principales limitaciones y retos para la definición de la política de juventud

Un esfuerzo similar es visible en la documentación gubernamental existente sobre oferta pública de juventud en Colombia. El programa presidencial Colombia Joven tiene como uno de sus propósitos institucionales poner a disposición del público juvenil una oferta de información clasificada, que integra una visión de conjunto de las políticas y programas nacionales. En el marco de la elaboración de herramientas o instrumentos de información que respondan a las necesidades de la población juvenil, se desarrolló el documento Oferta Pública de Juventud, como un servicio de información al público que pretende optimizar la localización, análisis y difusión de oportunidades para los jóvenes colombianos. El documento comprende la sistematización de un conjunto amplio de proyectos, servicios y programas del gobierno nacional dirigidos a los jóvenes colombianos, actualizados anualmente gracias al apoyo de un red de órganos del Estado y de la sociedad civil, que operan como sistema de información coordinada.

Este tipo de herramientas contribuyen a superar los obstáculos que impone la alta rotación de los servicios orientados a la juventud y acumular información relevante para dar seguimiento a las experiencias desarrolladas. Por otra parte, como herramienta de consulta para los jóvenes, constituye un mecanismo eficaz de relación entre el Estado y las demandas ciudadanas más sentidas, aprovechando el uso de las tecnologías de la información y comunicación.

En México, este tipo de instrumentos ha sido aprovechado para el fortalecimiento institucional de diferentes órganos gubernamentales de juventud. Tanto la Comisión de Atención a la Juventud, instituida en 1995,

como el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ), creado en 1999, han realizado enormes esfuerzos para sistematizar información en torno del marco jurídico de apoyo a los estratos jóvenes de población y dar forma a una visión global de la política de Estado destinada a atender los problemas y expectativas de este grupo. Entre sus actividades destacan el estudio de la legislación mexicana, el análisis de experiencias internacionales y el acopio de puntos de vista de instituciones y expertos en los diversos problemas que afectan a los jóvenes.

Actualmente, dentro de los programas instrumentados por el IMJ se desarrolla el Sistema Interno de Control de la Información (SICI), que permite un seguimiento mensual de las metas de cada una de las actividades operativas y administrativas del Instituto, desde el mes de abril de 2002. Además, se concluyó el diseño del Sistema de Información de Instancias Estatales de Juventud (SIIE), que integra a todos los programas federales operados por las instancias estatales de juventud (regionales). Por medio de este último, se dará seguimiento al cumplimiento de metas y se efectúa la comprobación de los recursos del IMJ, acorde con lo establecido en los convenios de colaboración que el Instituto celebra con cada entidad federativa.

Otras iniciativas relevantes en México son el sistema de Metas Presidenciales e Indicadores de Gestión, y el seguimiento de la situación general de jóvenes mediante la Encuesta Nacional de Juventud, que aporta un diagnóstico confiable sobre la realidad de los jóvenes en México, y que se ha difundido ampliamente con el objeto de adecuar las acciones que se dirigen hacia este sector.

Los mayores problemas identificados por los gobiernos en los programas analizados son la focalización y cobertura, además de otros aspectos más puntuales, a saber:

- Son temporales y su repetición cícilica depende de recursos presupuestarios que no siempre se otorgan
- Están a cargo de organismos que no tienen asegurado su funcionamiento y continuidad, salvo cuando se trata de ministerios o institutos nacionales de juventud
- Tienen un marcado sesgo sectorialista y les falta coordinación con otras instituciones encargadas de los mismos temas
- Carecen de adecuada difusión y tienen problemas de cobertura
- No siempre responden a las necesidades reales de los jóvenes, dada la ausencia de diagnósticos o falta de información actualizada acerca de su situación

- Carecen de monitoreo y evaluación e incluso los organismos oficiales de juventud desconocen información relevante y completa acerca del desarrollo y resultados de los programas
- Carecen de un enfoque transversal de género
- Falta mejorar la calidad y atención de los servicios

Con respecto al financiamiento, cabe señalar la ausencia de información sistematizada en algunos países. Muchos de estos programas no han sido creados por ley, por lo tanto son temporales, y requieren de la ayuda internacional y de aportes provenientes de la empresa privada, lo que tampoco contribuye a su continuidad.

En varios países se registra la ausencia de apoyo internacional para las acciones programáticas específicas de la juventud, dependiendo estas solo de aporte presupuestario nacional (Cuba, Ecuador, El Salvador y Panamá).

Cuadro IX.6

IBEROAMÉRICA (14 PAÍSES): ORIGEN DE LOS RECURSOS DESTINADOS A LOS PROGRAMAS ORIENTADOS A LA JUVENTUD

País	Presupuesto nacional	Bancos	Fondo Internacional reembolsable	Fondo Internacional no reembolsable	Fundaciones	Combinación	Empresa privada	Se desconoce la información
Argentina	X		X			X		
Chile	X				X			
Colombia	X	X	X					
Costa Rica	X		X			X		
Cuba	X							
Ecuador	X							
El Salvador	X							
España	X			X				
Guatemala	X							
México	X	X						
Nicaragua	X		X	X			X	
Panamá	X						X	
Perú	X	X		X		X		
República Dominicana	X		X				X	
Uruguay	X	X	X			X	X	

Fuente: Sobre la base de las respuestas de la encuesta de la CEPAL sobre programas nacionales de juventud, 2004.

Conclusiones

La revisión del marco institucional y del desarrollo de las políticas públicas de juventud en los países iberoamericanos pemite apreciar las condicionantes sociales, jurídicas e institucionales que determinan los avances y desafíos pendientes en esta materia.

En primer lugar, los rangos de edad que definen a la juventud varían ampliamente entre los países de América Latina y de la península ibérica, observándose dos tendencias: ampliación hacia edades más tempranas y hacia edades más altas. En el primer caso, se asiste a una superposición etaria de la adolescencia y la juventud en las definiciones del sujeto joven. En el segundo caso, los jóvenes después de los 18 años no han sido visibles como sujetos específicos de políticas y tienden a estar subsumidos en la programación adulta. Esta situación presenta una dualidad en el sujeto juvenil relacionada con el desfase entre sus realidades sociales y legales. La ambigüedad en el sujeto juvenil también se refiere a la falta de un adecuado debate sobre la relación joven-adulto en las representaciones sociales, y cómo estas debieran impactar en el diseño de las políticas públicas orientadas a la juventud.

Lo anterior determina, en parte, el hecho de que los principales instrumentos jurídicos que contemplan actualmente la situación de la juventud sean el Código de la Niñez y Adolescencia, la Convención sobre los Derechos del Niño/a y Adolescentes, el Convenio 138 de la OIT sobre la edad mínima de admisión al empleo y el Convenio 182 sobre las peores formas de trabajo infantil. La Convención es el instrumento internacional que más directamente incide en el reconocimiento de los derechos del joven. Aquí es importante destacar, como se se ha indicado anteriormente, aun se promueve la firma de la Convención Iberoamericana de Derechos de la Juventud que lleva a cabo la OIJ, y se está a la espera de su respectiva ratificación por los Estados Iberoamericanos para que así entre en vigor.

Por otra parte, los avances en la institucionalidad pública de juventud son variables. En Iberoamérica existen secretarías, viceministerios, institutos y direcciones de la juventud con diversos niveles de incidencia y jerarquía política. Las funciones desarrolladas son de distinta índole: diseñar, ejecutar, coordinar y evaluar, así como de promoción de las actividades y servicios orientados a los jóvenes. Parte importante de la oferta programática orientada a los jóvenes tiene un carácter sectorial, y algunos países no cuentan con organismos oficiales a cargo de los sectores juveniles.

A pesar de la heterogénea institucionalidad de juventud existente, se aprecia una amplia gama de oferta programática para la juventud, que se ha incrementado considerablemente desde el año 1985. En la actualidad

existen tanto programas globales de difusión y promoción de derechos, como sectoriales en empleo, educación y salud. Sin embargo, salvo contadas excepciones, los países carecen de programas específicos para jóvenes rurales, jóvenes indígenas, con enfoque de género o dirigidos a grupos con discapacidad. Asimismo, los programas enfrentan problemas de focalización y cobertura y, en especial, se carece de una adecuada evaluación de ellos. En la mayor parte de los países analizados prevalece actualmente una siguiente diversidad de situaciones:

i) Coexistencia de ofertas sectoriales y especiales para la juventud

ii) Ofertas sectoriales que en algunos casos incluyen a los jóvenes y en otros los subsumen en la categoría de población en general

iii) Desarticulación (en el diseño, implementación o en ambos) entre las ofertas sectoriales, y entre estas y las especiales

iv) Frecuente redundancia temática y de focalización entre ofertas sectoriales y especiales

v) Ofertas especiales dirigidas a la juventud en tanto grupo vulnerable (PRADJAL 1995-2000, citado por Chillán, 2001).

Capítulo X

Indicadores para el análisis y seguimiento de la situación de los y las jóvenes y de las políticas públicas de juventud

Introducción

El objetivo de este capítulo es proponer un conjunto de indicadores para evaluar la evolución de la situación de la juventud en los países iberoamericanos, lo que a su vez permitirá monitorear los efectos de las políticas públicas orientadas a mejorar la condición y participación en la sociedad de los jóvenes en los países de la región. Para ello nos hemos basado en el acopio presentado en los capítulos precedentes, reagrupando la información susceptible de seguimiento sobre la base de criterios integradores, que permitan mostrar de manera sistémica cómo evolucionan las vulnerabilidades y oportunidades de los y las jóvenes en la región.

En la primera parte de este capítulo, se formulan las consideraciones que justifican la propuesta de indicadores que permitirían el análisis y seguimiento de la situación de los jóvenes y de las políticas públicas de juventud. Para ello se establecen cinco áreas prioritarias que permiten agrupar los indicadores en términos de derechos, acceso a recursos, calidad de vida, autonomía y participación. Luego de explicar el perfil de cada una de estas áreas y su contenido, se presenta la propuesta de indicadores desglosados en cada una de estas áreas.

A. Las áreas prioritarias para el seguimiento de la situación de los jóvenes y de las políticas de juventud

Los capítulos anteriores han presentado un diagnóstico de la juventud en sus distintos ámbitos, sobre la base de las estadísticas existentes de los países de la región, sobre todo los censos de población, las encuestas de hogares, las Encuestas de Demografía y Salud, (EDS) y las encuestas de juventud. A partir de este diagnóstico ha sido posible establecer la situación de la juventud en los inicios de esta década con relación a la que ostentaba a comienzos de la década anterior, y los cambios que se visualizan en los distintos ámbitos de la vida de los jóvenes.

Por otra parte, se ha tratado de sistematizar, mediante una profusa gama de datos, la especificidad de la situación de los jóvenes en comparación con el resto de la población, particularmente la adulta. Esta especificidad permite entender las tensiones, paradojas y tipo de conflictos que les toca vivir a los jóvenes, y que se resumen en la Introducción del presente libro. De lo anterior surgen evidencias que tienen consecuencias dramáticas y plantean conflictos candentes: a comienzos de este decenio la juventud goza de más acceso a educación, pero menos incorporación a empleo que la población adulta; tiene más información, pero menos ingerencia en el poder que los mayores; cuenta con más expectativas de autonomía, pero menos opciones para materializarla que las que tuvieron las generaciones precedentes. Como nunca, los jóvenes de ambos sexos están mejor provistos de salud, pero son menos reconocidos en su mortalidad y morbilidad específicas. En estos últimos tiempos los y las jóvenes son más dúctiles y móviles, pero al mismo tiempo se ven más afectados por trayectorias migratorias inciertas; la juventud aparece más cohesionada hacia adentro, pero con mayor impermeabilidad hacia fuera; parece ser más apta para el cambio productivo, pero es más excluida de dicho cambio. Además, los jóvenes ostentan un lugar ambiguo entre receptores de políticas y protagonistas del cambio; y en ellos se incrementa el consumo simbólico, pero se restringe el consumo material, o más bien crece la brecha entre un amplio menú de consumo simbólico y canales restringidos de acceso a ingresos para el consumo material.

El diagnóstico presentado en este documento ilustra tanto las potencialidades como las vulnerabilidades de los jóvenes en Iberoamérica, y cómo estas últimas afectan especialmente a los que viven en condiciones más precarias, con menos oportunidades y que están alejados de los centros urbanos. Este panorama muestra líneas consistentes de reflexión que ratifican la pertinencia de los acuerdos de la Undécima Conferencia Iberoamericana

de Ministros de Juventud y de la Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes, que apuntan a generar condiciones que promuevan más protección para los jóvenes, reduzcan su vulnerabilidad, los reconozcan efectivamente como sujetos de derecho y les permitan, en la medida en que incrementan su edad, conquistar tanto la autonomía de hecho como de derecho.

Sobre la base de los capítulos precedentes y el avance en acuerdos intergubernamentales adoptados en la materia, es posible visualizar áreas prioritarias en la formulación de políticas públicas de juventud. Las categorías analíticas que, en alguna medida, permiten precisar estas áreas corresponden a:

- Reconocimiento de derechos e igualdad ante la ley
- Acceso equitativo a los recursos de la sociedad e igualdad de oportunidades
- Acceso a una calidad de vida estimada adecuada
- Recursos para el logro de la autonomía y emancipación
- Participación en los procesos democráticos y en el ejercicio de ciudadanía

Estas áreas prioritarias están profundamente entrelazadas entre sí y cada una se orienta a crear condiciones que permitan mejorar la situación de la juventud. De este modo, avanzar en alguna de ellas tiene efectos en las otras. De tal interrelación se infiere la necesidad de políticas sistémicas.

1. Reconocimiento de derechos e igualdad ante la ley

La información recogida en este documento, así como la literatura general sobre el tema y el desarrollo de la normativa internacional, establecen la necesidad de reconocer los derechos de la juventud y la igualdad ante la ley de los jóvenes en relación con el conjunto de la población.

Según las evidencias aportadas, se observan algunos avances en el campo de los derechos, tanto en la normativa internacional como en la de los países estudiados. El desafío pendiente consiste en conseguir efectivamente la aplicación de los principios y derechos consagrados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, ya que todos sus artículos tienen una relación directa con las aspiraciones de los jóvenes para ejercer su condición de plena ciudadanía. En este sentido se destacan instrumentos jurídicos que proveen información y precedentes para hacer efectivos tales principios y

derechos de la juventud, como son los Pactos Internacionales de Derechos Civiles y Políticos, y de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, vigentes desde 1976, y en América Latina, la Declaración Americana sobre los Derechos y Deberes del Hombre, aprobada en 1948, además de la la Convención Americana sobre Derechos Humanos que entró en vigor en 1978, y de las que todos los países latinoamericanos son parte.

Sin embargo, no existe un instrumento regional que legisle en favor de los derechos de la juventud como sí existe en Europa. Tampoco hay criterios uniformes en la definición de juventud, ni en las distinciones en el interior de ella para asumir responsabilidades, sean estas civiles, penales o comerciales. Es poco frecuente, además, encontrar en las Constituciones de los países de la región, disposiciones o artículos exclusivos para los jóvenes que difieran de las genéricas sobre educación, salud, trabajo y justicia.

No obstante, destaca el Proyecto de Texto de la Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes (2004). La Convención tiene como finalidad consagrar jurídicamente –en el ámbito iberoamericano– el pleno reconocimiento a la especificidad de la condición juvenil y dar respuesta a los requerimientos de protección y garantía para el ejercicio de los derechos de los jóvenes. En dicho instrumento se reconoce a los jóvenes como sujetos de derechos, actores estratégicos del desarrollo y personas capaces de ejercer responsablemente derechos y libertades. Los derechos contenidos en la Carta son, entre otros, el derechos a la vida, a la igualdad de género, a la paz, a la identidad, a formar parte activa de una familia, a la libre elección de la pareja, a la participación social y política, a la libertad de pensamiento, conciencia y religión, a la libertad de opinión, expresión, reunión e información, a la educación, a la libre creación y expresión artística, a la salud integral y de calidad, al trabajo, a la igualdad de oportunidades, a la protección social, al acceso no discriminatorio a la formación profesional y técnica inicial, a una vivienda digna, al desarrollo económico, social y político, a vivir en un ambiente sano y equilibrado, a la recreación y el tiempo libre, a la educación física y la práctica de los deportes; a formular objeción de conciencia frente al servicio militar obligatorio; a la justicia. De esta profusa lista de derechos puede deducirse una batería de indicadores que reflejen la aplicación efectiva de los compromisos asumidos.

2. Acceso equitativo a los recursos de la sociedad y a las oportunidades

En la documentación que antecede a este capítulo está presente la necesidad de diseñar políticas, destinar fondos públicos, implementar planes y programas y evaluar los que se ejecutan, para un acceso más equitativo a los recursos sociales, culturales y económicos. Todo ello en

un contexto de igualdad de oportunidades para los distintos sectores de la juventud de Iberoamérica.

Las evidencias indican que en Iberoamérica el acceso equitativo a los recursos societales y las oportunidades presenta un alto grado de desigualdad entre sus habitantes. De allí que sea frecuente que el nivel promedio alcanzado en un país, en relación con el acceso que tiene la juventud a recursos como educación, salud, empleo estable y vivienda, oculte contrastes agudos entre distintos grupos de jóvenes. Por una parte, se encuentra un grupo reducido de la población que ha alcanzando niveles de vida –oportunidades y bienestar– propios de un país industrializado, en contraste con otros grupos numerosos de jóvenes cuya situación se asemeja bastante más a la de los países más pobres. Los contrastes se hacen más evidentes cuando la información se desagrega por sexo, edad, nivel socioeconómico de los jóvenes, área de residencia (urbano-rural), pueblos originarios y etnias.

La situación de pobreza e indigencia en que vive parte importante de la juventud se distribuye de manera desigual según sea la condición social en que se encuentran los jóvenes y el área de residencia (rural o urbana), lo que muestra cómo las inequidades y la falta de igualdad de oportunidades se dan dentro de la propia juventud. Así, por ejemplo, con respecto al empleo juvenil se constata un alto nivel de desempleo y de precariedad en quienes logran ingresar al mercado de trabajo, sea por los niveles de inestabilidad, monto de las remuneraciones, horarios y jornadas de trabajo, y escasa cobertura social, como por la creciente concentración en empleos de baja productividad y la caída de los ingresos medios. Estas vulnerabilidades se hacen más evidentes entre las mujeres, pese a sus niveles de educación semejantes o incluso superiores a los de los varones. Los contrastes son marcados según la condición del hogar de origen y las opciones de mayor permanencia y progresión en el sistema educacional. El acceso a los servicios de salud es limitado, especialmente en salud sexual y reproductiva, debido a la precariedad a veces de los propios servicios y a los criterios de atención y prioridad. El acceso a la vivienda de los jóvenes mayores es muy limitado, pese a que en muchos casos ya han constituido sus propios núcleos familiares.

3. Acceso a una calidad de vida estimada adecuada

Mejorar la calidad de vida de los jóvenes es una aspiración que está constantemente presente en los diagnósticos de juventud, particularmente en relación con familia y hogar, salud, educación, ingresos, empleo y consumos culturales.

En la última década se observan cambios importantes en el ámbito familiar, donde coexisten nuevos tipos de familia con otros tradicionales, que dan origen a nuevos tipos de convivencia y conflictos que no se presentaban en las familias tradicionales de generaciones precedentes. Las evidencias indican tensiones que se entremezclan y potencian entre: estudio y trabajo, sexualidad y reproducción, nupcialidad y emparejamiento, paternidad/maternidad y adolescencia/juventud, convivencia y allegamiento, quehaceres del hogar e incorporación al mercado de trabajo. Estos conflictos afectan a la calidad de vida del conjunto de la población, pero adquieren particular fuerza en la juventud debido al acceso limitado a recursos materiales e institucionales que les permitan superar tales restricciones.

Aunque han disminuido las tasas de mortalidad y morbilidad en la juventud, no se ha puesto atención especial en las causas que las originan –pese a que se las distingue de las del resto de la población– y en su prevención. Las causas externas (accidentes y hechos violentos) y la pandemia del VIH/SIDA son las que explican gran parte de la mortalidad de la juventud en la región, aunque los datos muestran diferencias entre hombres y mujeres. Asimismo, la calidad de vida de la juventud se asocia estrechamente a la salud sexual y reproductiva: problemas sociales importantes como las tasas de fecundidad entre las jóvenes –especialmente las adolescentes–, el acceso y uso de anticonceptivos, la maternidad adolescente en soltería y su relación con las condiciones de pobreza, son cuestiones que están limitando significativamente el logro de mejores condiciones de vida de sectores importantes de la juventud iberoamericana.

Las evidencias muestran que las oportunidades laborales, que permiten mejorar la calidad de vida, se vinculan con las diferencias económicas y culturales existentes en las familias de origen y que en gran medida reproducen esas diferencias. De igual manera, el nivel de educación alcanzado tiene un alto grado de correspondencia con la distribución del ingreso. La situación educativa muestra problemas de progresión que señalan los contrastes entre las matrículas primaria, secundaria y terciaria, y fuertes diferencias entre los países en los ritmos de expansión de cobertura. Estos contrastes inciden notoriamente en las oportunidades o dificultades de inserción social de los jóvenes. Contrastes particularmente agudos se observan al constatar la retención o deserción escolares en jóvenes rurales o urbanos en situación de pobreza.

Los consumos culturales han pasado a ocupar un lugar central en la organización del tiempo libre de los jóvenes y en su calidad de vida. Ver televisión, escuchar música, leer, ir al cine, bailar, hacer deportes, "chatear", "navegar" y operar videojuegos son prácticas de consumo cultural cada vez más frecuentes y determinantes entre los jóvenes. Pero el acceso a

ellos es heterogéneo y se vincula con las condiciones socioeconómicas de las familias, la localización espacial y en algunos casos, con el género. Pese a que la socialización de los jóvenes en redes digitales y el uso de computadoras hacen más equitativas las oportunidades para reducir las brechas espaciales y de grupos de ingreso, acceder a ellas es muy difícil para los y las jóvenes en condición de pobreza e indigencia.

4. Recursos para el logro de la autonomía y emancipación

Como sujetos de plena ciudadanía, los jóvenes tienen derecho a lograr su autonomía y emancipación. Para ello requieren de recursos simbólicos, institucionales, legales y materiales que les permitan, como adultos, desarrollar una vida independiente en sociedad y asumir plenamente su responsabilidad dentro de la comunidad. Los recursos necesarios para actualizar esta autonomía se asocian a la edad de los jóvenes y sus características personales y sociales.

Los jóvenes deben contar con derechos a cuidado, y asistencias especiales que les permitan el pleno y armonioso desarrollo de sus vidas, calidad de estas, y acceso igualitario a los recursos societales en un ambiente de paz, dignidad, tolerancia, libertad, igualdad y solidaridad. Sin embargo, y tal como lo muestra el presente trabajo, la mayoría de los jóvenes no cuentan con recursos y accesos para realizar efectivamente tales derechos. Con ello se restringen también las opciones de autonomía y emancipación de los jóvenes de edades mayores, al no disponer estos de los recursos necesarios para lograrlo; mientras que tampoco el grueso de los menores accede a ellos para alcanzar su emancipación futura.

Desde una mirada sectorial, los contrastes entre derechos y recursos mínimos para el logro de la autonomía son evidentes. Así, por ejemplo, para lograr su autonomía se les reconoce el derecho a disfrutar del más alto nivel de salud disponible y de servicios para el tratamiento de las enfermedades y rehabilitación de la salud. Se espera, por tanto, que tengan asegurada la atención primaria en salud y las prestaciones necesarias, que tengan atención oportuna de su salud sexual y reproductiva, y atención prenatal y postnatal a las madres adolescentes y jóvenes, con orientación a los padres, y educación y servicios en materia de planificación familiar. La información reunida para Iberoamérica señala un panorama de gran diversidad en relación con los recursos a los que tiene acceso la juventud en el campo de la salud; los logros en este ámbito son diversos, y no siempre se alcanzan los estándares considerados mínimos. En consecuencia, se concluye que para muchos jóvenes sí es difícil lograr su autonomía debido a las carencias y la dificultad de acceder a dichos recursos.

Para llegar a ser autónomos, los jóvenes requieren del apoyo de sus familias y la asistencia del Estado, en especial los que están en condiciones más desventajosas y vulnerables. Necesitan contar con programas de apoyo y recursos materiales, sobre todo con respecto a la calidad de la alimentación y nutrición, vivienda, educación y trabajos para aquellos que se integran al mercado laboral. Como se constata en los diagnósticos, las carencias del hogar de origen se vinculan directamente con los logros de futura autonomía de los jóvenes. Cuando constituyen sus propios núcleos familiares, las mismas carencias condicionan su autonomía, y la posibilidad de asumir responsabilidades en la sociedad y participar en la comunidad.

La educación pasa a ser un recurso básico en el logro de la autonomía y la emancipación, y su acceso a niveles superiores es un requisito para asumir responsabilidades en la vida adulta y participar en la vida comunitaria. Pero su logro está muy segmentado entre los jóvenes. El acceso a la vivienda, en los jóvenes mayores que han formado su propia familia, es una de las condiciones para su autonomía y emancipación de la familia de origen, al igual que el trabajo estable con una remuneración que les permita una calidad de vida aceptable. Acceder a estos recursos es una de las principales limitaciones que encuentra la juventud en Iberoamérica, como lo indican los diagnósticos.

5. Participación en los procesos democráticos y en el ejercicio de ciudadanía

Tanto los diagnósticos aquí presentados como los acuerdos intergubernamentales coinciden en la necesidad de incrementar la participación de los jóvenes en los procesos democráticos de los países de Iberoamérica y en la profundización del ejercicio de su ciudadanía. En la declaración final de la Undécima Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud (2002), se subraya la importancia de promover una educación basada en valores democráticos, la concepción de los jóvenes como sujetos de desarrollo y la importancia de restablecer el capital simbólico de lo público, es decir, de lograr que los jóvenes recuperen la confianza y valoración de la institucionalidad pública.

Las evidencias aportadas por el presente documento indican que la participación y el ejercicio de la ciudadanía por parte de los jóvenes está cambiando. Tal como se señala en el capítulo correspondiente de este libro, los jóvenes ya no se perciben como el gran actor del cambio político, pero tampoco se ven como sujetos plenos de derechos o claros beneficiarios de las políticas públicas. Un primer cambio se debería al tránsito que experimenta la juventud, de protagonistas del cambio político y social, a sujetos de derecho y objetos de políticas. Dicha transición está pendiente y

en el momento actual los jóvenes se encuentran en el umbral que separa a ambos modelos.

La información obtenida por las encuestas de juventud muestra rasgos claros con respecto a cómo los jóvenes visualizan su participación, a saber:

- descrédito de las instituciones políticas y del sistema democrático;
- mayor nivel de asociatividad juvenil en ciertas prácticas culturales tradicionales, particularmente religiosas y deportivas;
- creciente importancia que adquieren nuevas modalidades asociativas de carácter informal;
- disociación entre alto nivel de conciencia respecto de temas emergentes y problemas de ética social y pública, y un bajo nivel de participación;
- importancia de los medios de comunicación en las pautas de asociatividad juvenil;
- tendencia incipiente a opinar y participar en cuestiones de interés público mediante la conexión a redes virtuales; y
- mayor preferencia por participar en organizaciones de voluntariado que en organizaciones políticas.

Otro cambio se da en el campo de la ciudadanía. La crisis del empleo tiende a restar centralidad al trabajo como lugar privilegiado de ejercicio de derechos sociales y de participación política; por otra parte, las nuevas inquietudes juveniles son difíciles de procesar en un sistema habituado a actores corporativos y más ligados al mundo productivo.

B. Con respecto a la propuesta de indicadores

El sistema de indicadores que se propone a continuación tiene su origen en las evidencias que aportan los diagnósticos sectoriales de juventud que conforman este documento. Desde allí se han extraído y estructurado en función de las áreas consideradas prioritarias para el seguimiento de los acuerdos de las Conferencias Iberoamericanas de Ministros de Juventud, de los contenidos del Proyecto de Texto de la Carta Iberoamericana de Derechos de la Juventud (hoy denominada Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes) y de las políticas públicas planteadas en su contexto.

El principal objetivo, en el momento de definir indicadores, es evaluar el avance hacia el cumplimiento de los acuerdos y metas propuestas en un campo de acción y hacer un seguimiento de la situación de la población bajo estudio en relación con ellos, en este caso de los jóvenes iberoamericanos (Gálvez, 1999). Se debe tener en cuenta que un indicador procura expresar una parte importante del fenómeno, pero siempre sintetiza situaciones generalmente mucho más complejas. No pretende describir un hecho, sino indicar y alertar sobre el sentido en el que evoluciona. Informa sobre las interrogantes consideradas fundamentales, para luego ampliar su ámbito de acuerdo a las necesidades de información para el diseño de las políticas públicas (CEPAL, 2002e). Es necesario recordar que los indicadores no postulan una estricta causalidad entre las medidas propuestas y los resultados alcanzados, por lo que no miden necesariamente las consecuencias de las políticas, sino la evolución de la situación. Para conocer dicha relación es necesario realizar estudios e investigaciones específicas (Gálvez, 1999, p. 8).

Los indicadores propuestos se han definido con el objeto de medir con precisión los cambios registrados a lo largo del tiempo y hacer comparaciones en el interior de cada país, entre países y en el conjunto de Iberoamérica. Esta sugerencia se puede ampliar según sea el interés de la OIJ y de los respectivos países, así como la información estadística disponible u otra que sea necesario recolectar para ese objetivo.[1] En cada área prioritaria se han seleccionado dimensiones que permiten una mejor focalización en el seguimiento de las políticas públicas y la definición de indicadores que midan sus efectos en la juventud, para establecer en el futuro, si se estima pertinente, un observatorio que las monitoree.

Es necesario señalar que, para avanzar en la implementación de un sistema de indicadores que permita monitorear políticas públicas en relación con las áreas prioritarias definidas, los objetivos de estas se tienen que expresar en metas y plazos. En la medida en que no se definen metas ni plazos, no es posible establecer de manera precisa el nivel de logro alcanzado en un momento determinado, ni avanzar en el seguimiento de estos. De allí que la primera cuestión que surge, en cuanto a un posible sistema de monitoreo y observación en relación con políticas públicas orientadas a la juventud, es establecer las metas que se pretende alcanzar y los plazos para lograrlas, a partir de los diagnósticos pormenorizados de los acuerdos consagrados y de las políticas públicas implementadas con

[1] Así, por ejemplo, en el caso del indicador de desempleo pueden hacerse distinciones más desagregadas entre los cesantes y los que buscan un primer empleo. En materia de empleo se puede distinguir entre empleo informal y formal, a jornada parcial o total, las diferencias por género, y la condición simultánea de estudiante y trabajador activo. En el caso de la educación, se puede pensar en un indicador más desglosado que registre la deserción escolar en el grupo de 15 a 19 años, como indicador de obstáculo hacia los logros deseables.

respecto a las áreas prioritarias. En ese momento será posible establecer mediciones que permitan evaluar el avance en aquellas áreas consideradas prioritarias en referencia a la calidad de vida de los jóvenes de la región.[2]

Los indicadores se han extraído, en su mayoría, de los análisis sectoriales y algunos tienen la capacidad de mostrar la condición juvenil en distintas áreas prioritarias. Es el caso, por ejemplo, de los años de escolaridad alcanzada, que se asocia a distintas áreas porque indica acceso a derechos (educación), a la equidad e igualdad de oportunidades (cuando se le desagrega y muestra la heterogeneidad juvenil), y también a la autonomía.

Para cada área prioritaria se han elaborado indicadores que muestran ya la voluntad política de los Estados, los procesos implicados en la implementación de políticas, el resultado al que se debiera llegar, o ambos. Los indicadores de voluntad política apuntan a medir la voluntad de los gobiernos para enfrentar compromisos en el campo de la juventud. Entregan información acerca de los esfuerzos que se están desplegando para cumplir metas. Tienen el valor de ilustrar sobre los avances en las iniciativas de los gobiernos en estas materias y dan cuenta de las estrategias y acciones necesarias para modificar una situación dada. Esta voluntad política se expresa en el discurso, en acciones, en el plano simbólico y de las representaciones, y en los recursos humanos disponibles. Los indicadores de proceso evalúan los desarrollos que están en curso, es decir, de implementación por los gobiernos en sus distintos ámbitos de acciones, políticas y programas tendientes a mejorar o revertir determinadas situaciones. Los indicadores de resultado miden las consecuencias de los diversos procesos o intervenciones en un área de interés determinado. Procuran medir los productos y logros y su magnitud, obtenidos a través de políticas y programas particulares, o en ausencia de estos, vinculados con metas específicas (Valdés, coord., 2001, pp. 64-66).

Este conjunto de indicadores constituyen la base sobre la que se ha estructurado esta propuesta para analizar la acción de los gobiernos en sus políticas hacia la juventud. En la selección de estos indicadores se ha tenido en cuenta que sean útiles para los países que los aplican, de manera que en ellos se priorizan efectivamente su cálculo, en función de sus propias necesidades de seguimiento y evaluación. En algunos casos se sugieren criterios de desagregación flexibles, que puedan ser aprovechados para destacar particularidades importantes de los países, como por ejemplo, sexo, edades, niveles socioeconómicos, importancia de la ruralidad o de la

[2] Por ejemplo, en los ojetivos de desarrollo del Milenio que debieran ser alacanzados en el año 2015, se señalan objetivos fundamentales que se subdividen en metas, con indicadores específicos que facilitan el monitoreo de los avances en su logro.

población indígena.

El criterio principal para la selección de los indicadores ha sido la disponibilidad actual de estadísticas oficiales e información procesada. No obstante, también se proponen indicadores que requieren la utilización de instrumentos de medición relativamente nuevos en los países, como son las encuestas de juventud. La propuesta selecciona algunos indicadores en cada área prioritaria; no pretende agotar todos los indicadores de juventud, ni abarca con la misma profundidad todas las áreas. Naturalmente, dicha selección toma en consideración la disponibilidad de información estadística en cada una de las áreas. Por otra parte, una vez establecido un sistema de indicadores de seguimiento se puede contemplar la posibilidad de incorporar preguntas que permitan relevar información pertinente en encuestas de hogares u otras fuentes sistemáticas que tienen los países, pero que hasta ahora no incluyen preguntas específicas sobre juventud.

Es importante tener en cuenta que la diversidad de la juventud de Iberoamérica puede ser analizada a partir de desagregaciones de la información reunida. Las diferencias son profundas entre jóvenes, en relación con la condición en que se encuentran cuando se observa cada uno de los objetivos que están tras las áreas prioritarias. Pero las distinciones, ya sea por sexo (que permiten un análisis e interpretación desde el género), edad (es distinta la situación de los adolescentes que la de los jóvenes de 24 años y más), condición económica (ya sea medida por percentiles de la distribución del ingreso o mediante líneas de pobreza) y áreas de residencia (rural/urbanas), a menudo no son posibles porque la información existente no está desagregada o las fuentes primarias de información no lo permiten. Para lograr establecer indicadores sobre la heterogeneidad de la juventud es necesario tener información desagregada de las distintas bases de datos.

C. Sistema de indicadores sobre juventud en Iberoamérica (SIJI)

Lo deseable para un sistema de indicadores de juventud es tener información desagregada por sexo, tramos de edad, área de residencia, etnia y quintiles de ingreso, pero actualmente no es posible encontrar tales desagregaciones, salvo en contados casos. Es necesario tener presente tal situación al analizar esta propuesta. A continuación se presenta la propuesta de sistema de indicadores desglosada en las cinco áreas temáticas mencionadas anteriormente. Para caracterizar la especificidad juvenil, hemos privilegiado indicadores de relación (razón de las diferencias entre jóvenes y adultos u otros grupos). Se advierte que esta es una opción pero no la única,

ni tampoco es excluyente.

La información que se requiere para los indicadores no siempre está disponible para todos los países. En algunos se aplican ciertos instrumentos para recolectar información que no se usan en otros, o las preguntas, los registros o ambos son distintos. Así sucede con indicadores en las distintas áreas prioritarias donde solo se encuentran para algunos. Las fuentes de información son variadas, pero están especialmente focalizadas en censos de población y vivienda, estadísticas vitales, encuestas de hogares, encuestas EDS, encuestas de juventud, encuesta sobre programas nacionales dirigidas a la juventud de la CEPAL (véase el capítulo IX), el *Panorama social de América Latina, 2002-2003* (CEPAL, 2004), las proyecciones y estimaciones de la División de Población de la CEPAL - Centro Latinaomericano y Caribeño de Demografía (CELADE), el informe la salud en las Américas, 2002 (OPS, 2002a) *Panorama laboral de* 2000 (OIT, 2000); y *el Compendio mundial de la educación* 2004 (UNESCO, 2004).

1. Reconocimiento de derechos e igualdad ante la ley

Dimensión	Indicadores	Forma de cálculo
Institucional	Existencia de una institución especialmente encargada de temas de juventud.	Cuando existe la institución se le asigna el valor 100. Si no existe, se le asigna un valor 0.
	Existencia de referencias constitucionales especificamente juveniles o de una ley aprobada y específica para personas jóvenes.	Cuando existe una ley aprobada y específica para personas jóvenes se le asigna el valor 100. Si no se le asigna 0.
	Existencia de una política nacional especialmente dirigida a la juventud.	Cuando existe una política nacional para personas jóvenes se le asigna el valor 100. Si no se le asigna un valor 0.
	Existencia de programas enfocados a la población joven.	Cuando existe un programa para personas jóvenes se le asigna el valor 100. Si no existe se le asigna un valor 0.[a/]
	Existencia de programas orientados a los y las jóvenes, focalizados en distintos tipos de segmentos juveniles.	Cuando existe un programa para personas jóvenes focalizado en distintos segmentos juveniles se le asigna el valor 100. Si no existe se le asigna un valor 0.[b/]
	Posibilidad de formular objeción de conciencia frente al servicio militar obligatorio.	Cuando existe la posibilidad de formular objeción de conciencia se le asigna el valor 100. Si no, se le asigna un valor 0.
Educación	Existencia de una ley de enseñanza primaria gratuita y obligatoria.	Cuando existe una ley se le asigna el valor 100. Si no existe se le asigna un valor 0.
	Existencia de una ley de enseñanza secundaria gratuita y obligatoria.	Cuando existe una ley se le asigna el valor 100. Si no existe se le asigna un valor 0.
	Existencia de un programa nacional de educación sexual para adolescentes.	Cuando existe un programa se le asigna el valor 100. Si no, existe se le asigna un valor 0.
Salud	Existencia de un programa de salud sexual y reproductiva para adolescentes y jóvenes.	Cuando existe un programa se le asigna el valor 100. Si no existe se le asigna un valor 0.

(continúa)

1. Reconocimiento de derechos e igualdad ante la ley (conclusión)

Dimensión	Indicadores	Forma de cálculo
Empleo	Existencia de una ley que regule el trabajo de los niños y jóvenes consistente con la normativa internacional expresada en tratado vigente de la OIT.	Cuando existe una ley se le asigna el valor 100. Si no existe se le asigna un valor 0.
Vivienda	Existencia de programa nacional para subsidio de vivienda a jóvenes casados o convivientes de 24 años y más.	Cuando existe un programa se le asigna el valor 100. Si no existe se le asigna un valor 0.

[a/] Aquí cabe considerar si la medida es la existencia de un programa o de un conjunto de programas.
[b/] Lo mismo rige en este caso que en el anterior.

2. Acceso equitativo a los recursos de la sociedad y a las oportunidades

Indicadores	Forma de cálculo	Desagregación deseable
(A) Tasa de mortalidad de la población entre 15-24 años.	Número de jóvenes fallecidos en un año determinado, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100 mil.	Por nivel de ingreso y área de residencia.
(B) Relación entre la tasa de mortalidad de la población entre 15-24 años con respecto a la de la población mayor de 25 años.	Tasa de mortalidad de la población entre 15-24 años, menos la tasa de mortalidad de la población de 25 años y más.	
(C) Relación entre la tasa de mortalidad de las mujeres entre 15-24 años con respecto a la de los hombres entre 15-24 años.	Tasa de mortalidad de mujeres entre 15-24 años, menos la tasa de mortalidad de hombres entre 15-24 años.	Por tramos de edad.
(A) Tasa de mortalidad por causas externas de la población entre 15 y 24 años.	Número de jóvenes fallecidos por causas externas en un año determinado, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100 mil.	Por nivel de ingreso.
(B) Relación entre la tasa de mortalidad por causas externas de la población entre 15-24 años con respecto a la de la población de 25 años y más.	Tasa de mortalidad por causas externas de la población entre 15-24 años, menos la tasa de mortalidad por causas externas de la población de 25 años y más.	
(C) Relación entre la tasa de mortalidad por causas externas de las mujeres entre 15-24 años con respecto a la de los hombres entre 15-24 años.	Tasa de mortalidad por causas externas de la población entre 15-24 años, menos la tasa de mortalidad por causas externas de la población de 25 años y más.	Por tramos de edad.
(A) Tasa de mortalidad por causa del VIH/SIDA de la población entre 15-24 años.	Número de jóvenes fallecidos por causa del VIH/SIDA en un año determinado, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100 mil.	
(B) Relación entre la tasa de mortalidad por causa del VIH/SIDA de la población entre 15-24 años con respecto a la de la población de 25 años y más.	Tasa de mortalidad por causa del VIH/SIDA en un año determinado en jóvenes entre 15-24 años, menos la tasa de mortalidad por causa del VIH/SIDA en un año determinado en la población de 25 años y más.	

(continúa)

2. Acceso equitativo a los recursos de la sociedad y a las oportunidades (conclusión)

Indicadores	Forma de cálculo	Desagregación deseable
(C) Relación entre la tasa de mortalidad por causa del VIH/SIDA en las mujeres entre 15-24 años con respecto a la de los hombres entre 15-24 años.	Tasa de mortalidad por causa del VIH/SIDA en un año determinado en mujeres entre 15-24 años, menos la tasa de mortalidad por causa del VIH/SIDA en un año determinado en hombres entre 15-24 años.	Por tramos de edad.
(A) Tasa de mortalidad por causa de enfermedades transmisibles de la población entre 15 y 24 años.	Número de jóvenes fallecidos por causa de enfermedades transmisibles en un año determinado, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100 mil.	Por área de residencia y nivel de ingresos.
(B) Relación entre la tasa de mortalidad por causas transmisibles de la población entre 15-24 años con respecto a la de la población de 25 años y más.	Tasa de mortalidad por causas transmisibles un año determinado en jóvenes entre 15-24 años, menos la tasa de mortalidad por causas transmisibles en un año determinado en la población de 25 años y más.	
(C) Relación entre la tasa de mortalidad por causas transmisibles de las mujeres entre 15-24 años con respecto a la de los hombres entre 15-24 años.	Tasa de mortalidad por causas transmisibles en un año determinado en mujeres entre 15-24 años, menos la tasa de mortalidad por causas transmisibles en un año determinado en los hombres entre 15-24 años.	Por tramos de edad.

Indicadores	Forma de cálculo	Desagregación
(A) Esperanza de vida al nacer de los jóvenes entre 15 y 29 años.	Años estimados de vida proyectados para el conjunto de los y las jóvenes entre 15-29 años.	
(B) Relación entre la esperanza de vida al nacer de los jóvenes entre 15-29 años respecto de la de la población de 30 años y más.	Años estimados de vida proyectados para el conjunto de los y las jóvenes entre 15-29 años, menos los años estimados de vida para el conjunto de la población de 30 años y más.	
(C) Relación entre la esperanza de vida al nacer de las mujeres entre 15-29 años respecto de la de los hombres entre 15-29 años.	Años estimados de vida proyectados para el conjunto de las mujeres entre 15-29 años, menos los años estimados de vida para el conjunto de los jóvenes entre 15-29 años.	Entre jóvenes: tramos quinquenales de edad

Los indicadores de las dimensiones empleo, educación y protección social de esta área se presentan solo en forma transversal para señalar la situación de los y las jóvenes en estas distintas dimensiones de sus vidas. Estos indicadores transversales sirven, asimismo, para establecer la evolución en el tiempo de los diferentes fenómenos en estudio. Se debería realizar el procedimiento comparativo (relacional) entre jóvenes y mayores y entre los propios jóvenes (por ejemplo: por sexo, tramos de edad, nivel de ingresos, área de residencia); no se realiza en esta presentación para no extenderse en la exposición de los indicadores.

Dimensión	Indicadores	Forma de cálculo
Empleo	Relación entre la proporción de jóvenes entre 15 y 29 años ocupados con respecto a la proporción de adultos entre 30 y 64 años.	Número de jóvenes ocupados, dividido por el número total de jóvenes, multiplicado por cien; menos el número de adultos ocupados, dividido por el número total de adultos, multiplicado por 100.
	Relación entre la proporción de jóvenes entre 15 y 29 años que trabajan con contrato con respecto a la proporción de los adultos entre 30 y 64 años.	Número de jóvenes que trabajan con contrato, dividido por el número total de jóvenes, multiplicado por cien; menos el número de adultos que trabajan con contrato, dividido por el número total de adultos, multiplicado por 100.
	Relación entre el ingreso medio por trabajo de los jóvenes entre 15 y 29 años con respecto al de los adultos entre 30 y 64 años.	Ingreso promedio de los jóvenes que trabajan remuneradamente, multiplicado por 100, y dividido por el ingreso promedio de los adultos entre 30 y 64 años que trabajan remuneradamente.
	Relación entre la proporción de jóvenes desempleados con respecto a los adultos entre 30 y 64 años.	Número de jóvenes desempleados, dividido por el número total de jóvenes, multiplicado por 100; menos el número de adultos entre 30 y 64 años desempleados, dividido por el número total de adultos, multiplicado por 100.
Educación	Relación entre la tasa de analfabetismo funcional de los jóvenes entre 15 y 29 años con respecto a la de la población de 30 años y más.	Número de jóvenes que tienen menos de cuatro años de estudios, dividido por el número total de jóvenes, multiplicado por 100; menos el número de adultos que tienen menos de cuatro años de estudio, dividido por el número total de adultos, multiplicado por 100.
	Relación entre la proporción de jóvenes entre 15 y 29 años que han completado la enseñanza primaria (EP) con respecto a la proporción de los mayores de 29 años.	Número de jóvenes que han completado la EP, dividido por el número total de jóvenes, multiplicado por 100; menos el número de adultos que ha completado la EP, dividido por el número total de adultos, multiplicado por 100.
	Relación entre la proporción de jóvenes entre 20 y 29 años que han completado la enseñanza secundaria (ES) con respecto a la proporción de los mayores de 29 años.	Número de jóvenes que han completado la ES, dividido por el número total de jóvenes, multiplicado por 100; menos el número de adultos que ha completado la ES, dividido por el número total de adultos, multiplicado por 100.
	Relación entre la proporción de jóvenes entre 20 y 29 años que asisten o han asistido a la enseñanza superior (ESup) con respecto a la proporción de los mayores de 29 años.	Número de jóvenes que asisten o han asistido a la ESup, dividido por el número total de jóvenes, multiplicado por 100; menos el número de adultos que ha completado la ESup, dividido por el número total de adultos, multiplicado por 100.
Protección social	Relación entre la proporción de jóvenes entre 15 y 29 años que está afiliado a un sistema de previsión social, con respecto a la proporción de los mayores de 29 años.	Número de jóvenes que están afiliados a un sistema de previsión social, dividido por el número total de jóvenes, multiplicado por 100; menos el número de adultos afiliados a un sistema de protección social, dividido por el total de jóvenes, multiplicado por 100.
	Relación entre la proporción de jóvenes entre 15 y 29 años que están afiliados a un sistema de salud, con respecto a la proporción de los mayores de 29 años	Número de jóvenes que están afiliados a un sistema de salud, dividido por el número total de jóvenes, multiplicado por 100; menos el número de adultos afiliados a un sistema de salud, dividido por el total de jóvenes, multiplicado por 100.

(continúa)

(conclusión)

Dimensión	Indicadores	Forma de cálculo
Hogar	Proporción de jóvenes entre 15 y 29 años que son jefes/as de hogar.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que declaran ser jefes o jefas de hogar.
	Proporción de jóvenes entre 15 y 29 años que viven en viviendas con más de un hogar.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que residen en viviendas con más de un hogar, dividido por el número total de jóvenes en esas edades, multiplicado por 100.
Sexualidad	Proporción de jóvenes entre 15y19 años que usaron algún MAC[a/] moderno en la última relación sexual.	Número de jóvenes entre 15y19 años que usaron algún MAC moderno en la última relación sexual, dividido por el número total de jóvenes en esas edades que ha tenido relaciones sexuales, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que utilizaron preservativo en su última relación sexual sin su pareja habitual.	Número de jóvenes que usaron preservativo en su última relación sexual sin su pareja habitual, dividido por el número total de jóvenes en esas edades que ha tenido relaciones sexuales sin su pareja habitual, multiplicado por 100.

[a/] Método anticonceptivo.

3. Acceso a una calidad de vida estimada adecuada

Los indicadores de acceso a una calidad de vida estimada adecuada se presentan en forma transversal para señalar la situación de los y las jóvenes en distintas dimensiones de sus vidas. Estos indicadores transversales sirven, asimismo, para establecer la evolución en el tiempo de los diferentes fenómenos en estudio. Se debería realizar el procedimiento comparativo (relacional) entre jóvenes y mayores y entre los propios jóvenes (por ejemplo: por sexo, tramos de edad, nivel de ingresos, área de residencia); no se efecúa en esta presentación para no extenderse en la exposición de los indicadores.

Dimensión	Indicadores	Forma de cálculo
Seguridad social	Proporción de jóvenes que trabajan con contrato.	Número de jóvenes entre 15-29 años ocupados que trabajan con contrato, dividido por el número de jóvenes en esas edades, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que tienen acceso a un sistema de salud.	Número de jóvenes entre 15-29 años que tienen acceso a un sistema de salud, dividido por el número de jóvenes en esas edades, multiplicado por 100.
Vivienda	Proporción de jóvenes entre 25 y 29 años que viven en una vivienda propia.	Número de jóvenes entre 25-29 años que viven en una vivienda propia, dividido por el número de jóvenes en esas edades, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que viven en viviendas sin agua potable.	Número de jóvenes entre 25-29 años que viven en viviendas sin agua potable, dividido por el número de jóvenes en esas edades, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que viven en viviendas sin sistema de eliminación de excretas por alcantarillado.	Número de jóvenes entre 25-29 años que viven en viviendas sin sistema de eliminación de excretas por alcantarillado, dividido por el número de jóvenes en esas edades, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que viven en viviendas sin agua caliente.	Número de jóvenes entre 25-29 años que viven en viviendas sin agua caliente, dividido por el número de jóvenes en esas edades, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que viven en viviendas sin luz eléctrica.	Número de jóvenes entre 25-29 años que viven en viviendas sin luz eléctrica, dividido por el número de jóvenes en esas edades, multiplicado por 100.

(continúa)

(conclusión)

Dimensión	Indicadores	Forma de cálculo
Pobreza	Proporción de la población joven que vive en condiciones de pobreza.[a/]	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que viven en condiciones de pobreza, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100.
	Proporción de la población que vive en condiciones de indigencia.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que viven en condiciones de indigencia, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100.
Bienes	Proporción de jóvenes que viven en hogares sin refrigerador.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que viven en hogares sin refrigerador, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que viven en hogares sin TV.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que viven en hogares sin TV, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que viven sin línea telefónica fija.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que viven en hogares sin línea telefónica fija, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que viven en hogares sin radio.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que viven en hogares sin radio, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que no tienen acceso a computadoras.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que viven en hogares sin computadoras, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que no tienen acceso a Internet.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que viven en hogares sin Internet, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100.
Violencia	Tasa de jóvenes que mueren por agresiones y lesiones provocadas por terceros.	Número de jóvenes fallecidos por causa de agresiones y lesiones provocadas por terceros, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100 mil.
	Tasa de violencia contra las mujeres jóvenes.	Número de mujeres de 15 a 29 años víctimas de violencia que hicieron denuncias, dividido por el total de mujeres de todas las edades, por 100 mil.
	Tasa de jóvenes condenados a presidio por cualquier delito.	Número de jóvenes condenados a presidio por cualquier delito, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 1 000.
Salud	Tasa de mortalidad por causa del VIH/SIDA de la población entre 15 y 24 años.	Número de jóvenes fallecidos por causa del VIH/SIDA en un año determinado, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100 mil.
Fecundidad y nupcialidad	Proporción de jóvenes de 15-19 años que han tenido hijos.	Número de jóvenes que han tenido hijos, dividido por el número de jóvenes de esa edad, multiplicado por 100 mil.
	Proporción de mujeres de 15-19 años que son madres solteras.	Número de mujeres que son madres sin estar casadas, dividido por el número de mujeres en esa edad, multiplicado por 1000.

[a/] A determinar si el criterio a usar es el de necesidades básicas insatisfechas (NBI) o línea de pobreza.

4. Recursos para el logro de la autonomía y emancipación

Los indicadores para recursos para el logro de la autonomía y emancipación se presentan en forma transversal para señalar la situación de los y las jóvenes en distintas dimensiones de sus vidas. Estos indicadores transversales sirven, asimismo, para establecer la evolución en el tiempo de los diferentes fenómenos en estudio. Se debería realizar el procedimiento comparativo (relacional) entre jóvenes y mayores y entre los propios jóvenes (por ejemplo por sexo, tramos de edad, nivel de ingresos, área de residencia); no se ejecuta en esta presentación para no extenderse en la exposición de los indicadores.

Dimensión	Indicadores	Forma de Cálculo
Familia	Proporción de jóvenes que viven con su propia familia.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que viven con su propia familia, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes entre 25-29 que viven con su familia de origen.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que viven con su familia de origen, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes solteras que son madres.	Número de mujeres que son madres sin estar casadas, dividido por el número de mujeres en esa edad, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes madres que son hijas del jefe de hogar.	Número de mujeres entre 15y 29 años que son madres y que son hijas del jefe de hogar, dividido por el número de mujeres en esa edad, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes unidos que viven con su familia de origen.[a/]	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que están unidos y que viven con su familia de origen, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que son jefes/as de hogar.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que son jefes de hogar, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100.
Empleo	Proporción de los jóvenes que se dedican principalmente a quehaceres del hogar.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que se dedican principalmente a quehaceres del hogar, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes que trabajan remuneradamente.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que se dedican principalmente a trabajar remuneradamente, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100.
	Proporción de mujeres que son madres y trabajan remuneradamente.	Número de mujeres entre 15 y 29 años que son madres y se se dedican principalmente a trabajar remuneradamente, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100.[b/]
Educación	Proporción de jóvenes entre 20 y 29 años que terminaron la educación secundaria.	Número de jóvenes entre 20 y 29 años que terminaron la educación secundaria, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100.[b/]
	Proporción de jóvenes entre 25 y 29 años que terminaron la educación superior.	Número de jóvenes entre 25 y 29 años que terminaron la educación superior, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100.[b/]
	Proporción de mujeres jóvenes que son madres y estudian.	Número de mujeres entre 15 y 29 años que son madres y se dedican principalmente estudiar, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100.[b/]

(continúa)

(conclusión)

Dimensión	Indicadores	Forma de Cálculo
	Proporción de mujeres jóvenes entre 20 y 29 años que son madres y terminaron la enseñanza secundaria.	Número de mujeres entre 20 y 29 años y terminaron la educación secundaria, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100.[b/]
	Proporción de mujeres jóvenes entre 25 y 29 años que son madres y terminaron la enseñanza superior.	Número de mujeres entre 25 y 29 años que terminaron la educación superior, dividido por el número de jóvenes de esas edades, multiplicado por 100 .[b/]
Sexualidad	Proporción de jóvenes que usó algún MAC[c/] moderno en su primera relación sexual.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que utilizaron MAC[c/] modernos en su primera relación sexual, dividido por el número de jóvenes que ha tenido relaciones sexuales, multiplicado por 100.

[a/] Si bien puede ser difícil de determinar dada la frecuencia de familias extensas que pueden incluir parte de la familia de origen pero no necesariamente a los padres.

[b/] Otro divisor podría ser el número de mujeres de esas edades que son madres.

[c/] Método anticonceptivo.

5. Participación en los procesos democráticos y en el ejercicio de ciudadanía

Los indicadores para participación en los procesos democráticos y en ejercicio de ciudadanía se presentan en forma transversal para señalar la situación de los y las jóvenes en distintas dimensiones de sus vidas. Estos indicadores transversales sirven, asimismo, para establecer la evolución en el tiempo de los diferentes fenómenos en estudio. Se debería realizar el procedimiento comparativo (relacional) entre jóvenes y mayores y entre los propios jóvenes (por ejemplo: por sexo, tramos de edad, nivel de ingresos, área de residencia); no se hace en esta presentación para no extenderse en la exposición de los indicadores.

Dimensión[a/]	Indicadores	Forma de cálculo
Participación formal[b/]	Tasa de inscripción en los registros electorales.	Número de jóvenes en edad de votar que están inscritos en los registros electorales, dividido por el total de jóvenes en edad de votar, multiplicado por 1 000.
	Tasa de votantes en últimas elecciones por tipo de elección.	Número de jóvenes en edad de votar inscritos en los registros electorales y que votaron en la última elección, dividido por el total de jóvenes en edad de votar, multiplicado por 1 000.
	Tasa de afiliación a partidos políticos.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que pertenecen a algún partido político, dividido por el total de jóvenes de esas edades, multiplicado por 1 000.
Participación emergente	Tasa de afiliación a organizaciones de la sociedad civil (OSC).	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que pertenecen a alguna OSC, dividido por el total de jóvenes de esas edades, multiplicado por 1 000.

(continúa)

(conclusión)

Dimensión[a/]	Indicadores	Forma de cálculo
	Tasa de participación en organizaciones de voluntariado (OV).	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que pertenecen a alguna OV (sin contar los partidos políticos), dividido por el total de jóvenes de esas edades, multiplicado por 1 000.
Participación Institucional	Tasa de participación en programas de juventud.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que participan en algún programa de juventud, dividido por el total de jóvenes de esas edades a los que se encuentran dirigidos esos programas, multiplicado por 1 000.
Acceso a cargos de elección pública	Proporción de jóvenes en cargos de diputados.	Número de jóvenes entre la edad mínima de presentarse a elecciones y 29 años, que tienen el cargo de diputados, dividido por el número total de diputados, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes en cargos de alcaldes.	Número de jóvenes entre la edad mínima de presentarse a elecciones y 29 años, que tienen el cargo de alcaldes, dividido por el número total de alcaldes, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes en cargos de concejales.	Número de jóvenes entre la edad mínima de presentarse a elecciones (cota inferior) y 29 años (cota superior) que tienen el cargo de concejales, dividido por el número total de concejales, multiplicado por 100.
	Proporción de jóvenes en cargos nacionales de partidos políticos.	Número de jóvenes entre la edad mínima de presentarse a elecciones y 29 años, que tienen cargos nacionales de partidos políticos, dividido por el número total de cargos nacionales de partidos políticos, multiplicado por 100.
Actitudes hacia la política y la democracia	Tasa de valoración de la democracia.[c/]	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que opinan que la democracia es la mejor forma de gobierno, dividido por el total de jóvenes de esas edades, multiplicado por 1 000.
	Identificación con alguna posición política.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que opinan que se identifican con alguna posición política en el eje izquierda-derecha, dividido por el total de jóvenes de esas edades, multiplicado por 1 000.
	Tasa de afiliación a partidos políticos.	Número de jóvenes entre 15 y 29 años que pertenecen a algún partido político, dividido por el total de jóvenes de esas edades, multiplicado por 1 000.

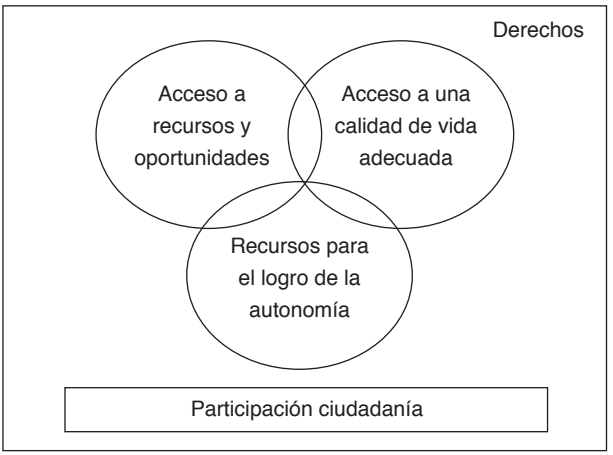
[a/] Todos los indicadores provienen de encuestas nacionales.

[b/] Además, otra fuente de información pueden ser los registros electorales de cada país.

[c/] LB2000: Países donde se aplicó la Encuesta Latinobarómetro, año 2000 (18 países de América Latina).

V. Alternativas metodológicas

Sin duda, muchos de los indicadores propuestos son relevantes para más de una de las cinco áreas temáticas en que se ha organizado la propuesta. De manera particular se dan indicadores comunes en las áreas 2 (acceso equitativo a los recursos de la sociedad y a las oportunidades), 3 (acceso a una calidad de vida estimada adecuada) y 4 (recursos para el logro de la autonomía y emancipación). El diagrama siguiente ilustra esta situación.



Dada esta situación, una alternativa a la opción por áreas temáticas es organizar la propuesta por indicadores, especificando las distinas áreas temáticas en que el indicador es relevante, e incluyendo referencia a las fuentes estadísticas de información, previa identificación de estas. Véase, a modo de ejemplo:

a) Fuentes estadísticas de información

1. Censos de población y vivienda
2. Encuestas de empleo, hogares y de presupuestos:
2.a De Empleo
2.b De condiciones de vida (estas miden equipamiento)
2.c Presupuestos de los hogares (ingresos y gastos)
3. Latinobarómetro y encuesta mundial de juventud
4. Encuestas especiales de juventud
5. Registros administrativos:
5.a Educación
5.a.1 Informes nacionales de educación/ metas
5.a.2.Base de datos de la UNESCO
Otras

b) Indicadores, sus áreas y sus fuentes

Indicadores	Áreas temáticas	Fuentes posibles
Indicador 1	(Área 2, 3 y 4)	1, 2.a, 2.b
Indicador 2	(Área 1 y 5)	5.a.2
Indicador 3	(Área 1)	3,4

Bibliografía

Achúgar, Hugo y otros (*2002*), *Imaginarios y consumo cultural. Primer informe nacional sobre consumo y comportamiento cultural. Uruguay 2002*, Montevideo, Ediciones Trilce.

Alburquerque, Mario, Jaime Ensignia y Cecilia Montero (1999), *Trabajo y empresa: entre dos siglos*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad.

Alfonso, J. C. y otros (2004), "La fecundidad en América Latina: ¿transición o revolución?", *serie Seminarios y conferencias*, Nº 36 (LC/L.2097-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.04.II.G.34, en prensa.

Agudelo, Irene y Regine Meyer (2000), "Fomento de jóvenes y prevención de la violencia", documento preparado para el proyecto de cooperación OPS/GTZ en Nicaragua, inédito.

Anuario de Internet (2001), "Evolución y desarrollo en España", Madrid, Thenext AD/Espasa Calpe.

Arriagada, Irma (2002), "Cambios y desigualdad en las familias latinoamericanas", *Revista de la CEPAL*, Nº 77 (LC/G.2180-P/E), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), agosto.

— (2001), "Familias latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo", *serie Políticas sociales*, Nº 57 (LC/L.1652-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.01.II.G.189.

Auer, Peter y Sandrine Cazes (2002), *Employment Stability in an Age of Flexibility: Evidence from Industrialized Countries*, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo (OIT).

Balardini, Sergio (2003), "Políticas de juventud: conceptos y la experiencia argentina", *Políticas públicas de juventud en América Latina: Políticas nacionales*, O. Dávila (ed.), Viña del Mar, CIDPA Ediciones.

— (2000), "Jóvenes, tecnología, participación y consumo" [en línea] Proyecto juventud, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) (http://www.clacso.org).

Bauman, Zygmunt (2003), *Modernidad líquida*, México, D.F., Fondo de Cultura

Económica (FCE).
Bay, G., F. Del Popolo y D. Ferrando (2003), "Determinantes próximos de la fecundidad. Una aplicación a países latinoamericanos", *serie Población y desarrollo*, Nº 43 (LC/L.1953-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.03.II.G.121.
Bernales Ballesteros, Enrique (2001), *Situación actual de la legislación iberoamericana en materia de juventud y adolescencia*, Madrid, Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
BID (Banco Interamericano de Desarrollo) (2000), *Desarrollo más allá de la economía. Progreso económico y social en América Latina. Informe 2000*, Washington, D.C.
Boleda, M. y E. Arriaga (2000), "América Latina: mortalidad por accidentes y por violencia contra las personas", *serie Notas de población* Nº 70 (LC/G.2100-P/E), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), junio.
Bolivia, Viceministerio de Juventud, Niñez y Tercera Edad (2003), *Encuesta de juventudes en Bolivia, 2003. Cifras de las nuevas generaciones para el nuevo siglo*, La Paz, Proyecto Salud Reproductiva Nacional.
Bongaarts, John (1982), "Marco para el análisis de los determinantes próximos de la fecundidad", *serie Ensayos sobre población y desarrollo*, Nº 3, Bogotá, D.C., Population Council/Corporación Centro Regional de Población.
Bourdieu, Pierre (1990), "La 'juventud' no es más que una palabra", *Sociología y cultura*, México, D.F., Editorial Grijalbo.
Brito, Roberto (1997), "Hacia una sociología de la juventud", *Revista jóvenes*, año 1, Nº 1, México, D.F., Causa Joven.
Bruni Celli, Josefina y Ricardo Obuchi (2002), "Adolescents and young adults in Latin America. Critical decisions at a critical age: young adult labor market experience", *Research Network Working Paper*, Nº R-468, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
Brunner, José Joaquín (1999), "Cibercultura: la aldea global dividida" [en línea] (http://www.geocities.com/brunner_cl/cibercult.html).
Buvinic, M. (1998), *Costos de la maternidad adolescente en Barbados, Chile, Guatemala y México*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
Cachón, Lorenzo (comp.) (2000), *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas*, Madrid, Instituto de la Juventud.
CCI (Comité Coordinador Interagencial para el Seguimiento de la Cumbre Mundial a favor de la Infancia en las Américas) (1998), *Avance hacia las metas para las niñas, las adolescentes y las mujeres. Seguimiento de las metas del Acuerdo de Santiago*, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (1995), "Población, equidad y transformación productiva", *serie Libros de la CEPAL*, Nº 35 (LC/G.1758/Rev.2-P; LC/DEM/G.131/Rev.2), Santiago de Chile.
Centeno, H. y R. Cáceres (2003), "La salud sexual y reproductiva de las jóvenes de 15 a 24 años. El Salvador, un reto para las políticas de salud", documento presentado en la tercera Conferencia Internacional Población del Istmo Centroamericano [en línea] (http://ccp.ucr.ac.cr/noticias/conferencia/pdf/centeno.pdf).
CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2004), *Panorama social de América Latina, 2002-2003* (LC/G.2209-P/E), Santiago de Chile, marzo.

Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.03.II.G.185.
— (2003a), "Juventud, pobreza y desarrollo en América Latina y el Caribe", documento presentado a la primera reunión técnica preparatoria de la decimosegunda Conferencia de Primeras Damas, Esposas y Representantes de los Jefes de Estado y de Gobierno de las Américas, Santo Domingo, 22 al 25 de julio.
— (2003b), *Juventud e inclusión social en Iberoamérica* (LC/R.2108), Santiago de Chile, noviembre.
— (2003c), *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe, 2003*, (LC/G.2223-P/E), Santiago de Chile, diciembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.03.II.G.186.
— (2003d), "América Latina: población por años calendario y edades simples, 1995-2005", *Boletín demográfico*, Nº 71 (LC/G.2197-P), Santiago de Chile.
— (2002a), *Globalización y desarrollo* (LC/G.2157)SES.29/3)), Santiago de Chile, abril.
— (2002b), *Panorama social de América Latina 2001-2002*, (LC/G.2183-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.02.II.G.65.
— (2002c), "América Latina y el Caribe: estimaciones y proyecciones de población. 1950-2050", *Boletín demográfico*, Nº 69, (LC/G.2152-P), Santiago de Chile, enero.
— (2002d), *Vulnerabilidad sociodemográfica: viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas* (LC/G.2170(SES.29/16)), Santiago de Chile, marzo.
— (2002e), "Violencia contra la mujer en relación de pareja: América Latina y el Caribe. Una propuesta para medir su magnitud y evolución", *serie Mujer y desarrollo*, Nº 40 (LC/L.1744-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.02.II.G.56.
— (2001a), *Construir la equidad en la infancia. Avances y rezagos en la situación de niños, niñas y adolescentes en Iberoamérica* (LC/G.2144), Santiago de Chile.
— (2001b), *Panorama social de América Latina 2000-2001*, (LC/G.2138-P), Santiago de Chile, octubre. Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.01.II.G.141.
— (2001c), "Exposición sobre vulnerabilidad sociodemográfica", documento presentado a la trigésima tercera reunión de la Mesa Directiva de la Conferencia Regional sobre la Mujer en América Latina y el Caribe, Puerto España, 9 de octubre.
— (2001d), "América Latina: tablas de mortalidad", *Boletín demográfico*, Nº 67, (LC/G.2119-P), Santiago de Chile, enero.
— (2001e), "América Latina: fecundidad, 1950-2050", *Boletín demográfico*, Nº 68, (LC/G.2136-P), Santiago de Chile, julio.
— (2000a), *Equidad, desarrollo y ciudadanía* (LC/G.2071/Rev.1-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.00.II.G.81.
— (2000b), *Panorama social de América Latina, 1999-2000* (LC/G.2068-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.00.II.G.18.
— (2000c), *La brecha de la equidad. Una segunda evaluación* (LC/G.2096), Santiago de Chile, mayo.
— (2000d), "Adolescencia y juventud en América Latina y el Caribe: problemas, oportunidades y desafíos en el comienzo de un nuevo siglo", *serie Población y desarrollo*, Nº 9 (LC/L.1445-P/E), Santiago de Chile, noviembre. Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.00.II.G.122.
— (2000e), "Migración internacional en Latinoamérica (IMILA)", *Boletín demográfico*,

Nº 65, (LC/G.2065), Santiago de Chile, enero.
— (2000f), "Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe", *serie Libros de la CEPAL*, Nº 59 (LC/G.2113-P/E), Santiago de Chile, diciembre.
— (1999) *Panorama social de América Latina, 1998* (LC/G.2050-P), Santiago de Chile, abril. Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.99.II.G.4.
— (1998a), *Población, salud reproductiva y pobreza* (LC/G.2015(SES.27/20)), Santiago de Chile, abril.
— (1998b), *Panorama social de América Latina, 1997* (LC/G.1982-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.98.II.G.3.
CEPAL/IIDH (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Instituto Interamericano de Derechos Humanos) (1997), *La igualdad de los modernos: reflexiones acerca de los derechos económicos, sociales y culturales en América Latina*, Santiago de Chile.
CEPAL/UNESCO (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura) (1992), *Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad* (LC/G.1702/Rev.2-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.92.II.G.6.
CEPAL/UNICEF/SECIB (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia/Secretaría de Cooperación Iberoamericana) (2001), *Construir equidad desde la infancia y la adolescencia en Iberoamérica* (LC/G.2144), Santiago de Chile, septiembre.
Cevallos Chávez, Chrystiam y otros (s/f), "Propuesta de plan operativo de derechos humanos del Ecuador- Derechos de la Juventud" [en línea] (http://www.ildis.org.ec/planddhh/plan08te.htm).
Chillán, Yuri (2001), *La institucionalidad pública de juventud en Iberoamérica: análisis y perspectivas*, Madrid, Instituto Universitario José Ortega y Gasset.
Clinton, William (2001), "Impacto de las nuevas tecnologías en la educación", documento presentado en la Conferencia del portal educativo oficial educ.ar (Buenos Aires, 10 de julio).
Colombia (2002), *Encuesta nacional de la cultura*, Bogotá, D.C., Ministerio de Cultura de la República de Colombia.
Colombia/Joven (2000), *Encuesta nacional de jóvenes*, Presidencia de la República, Bogotá, D.C., julio.
Comisión Nacional de Televisión (2003), *Encuesta de calidad vida DANE, 2003. Capítulo Televisión*, Bogotá, D.C.
Consejo Nacional de Televisión (2002), *Encuesta nacional de televisión*, Santiago de Chile.
Contreras, J.M. y R. Hakkert (2001), "La sexualidad y la formación de uniones", *Diagnóstico sobre salud sexual y reproductiva de adolescentes en América Latina y el Caribe*, México, D.F., Fondo de Población de las Naciones Unidas, Equipo de Apoyo Técnico del UNFPA para América Latina y el Caribe (UNFPA-EAT).
Costa Rica (2002), *Política pública de la persona joven. Documento preliminar*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes (MCJD), Consejo Nacional de Política Pública de la Persona Joven.
Cruz, José Miguel, A. Trigueros Argüello y F. González (2000), *El crimen violento en El Salvador: factores sociales y económicos asociados*, San Salvador, Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP).

Cubides, Humberto (1998), "El problema de la ciudadanía: una aproximación desde el campo de la comunicación-educación", *Revista nómadas*, Nº 9, Bogotá, D.C., septiembre.

D'Alessio, Irol (2003), "La audiencia de Internet", *International Research Online – Argentina/Brasil*, Buenos Aires.

Dávila, Oscar (ed.) (2003), *Políticas públicas de juventud en América Latina: políticas nacionales*, Viña del Mar, CIDPA ediciones.

DHS (Demographic and Health Surveys) (2004),"STAT compiler. DATA Source", [en línea] (http//:www.measuredhs.com/).

Diez de Medina, Rafael (2001), "Jóvenes y empleo en los noventa", Montevideo, Organización Internacional del Trabajo (OIT)/Centro Interamericano de Investigación y Documentación sobre Formación Profesional (CINTERFOR).

Dolado, J. y C. Fernández-Yusta (2002), "Los nuevos fenómenos migratorios: retos y políticas", [en línea] (http://docubib.uc3m.es/WORKINGPAPERS/DE/de021303.pdf.)

Douglas, M. y B. Isherwood (1979), *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*, México, D.F., Editorial Grijalbo.

Easterlin, R. (1980), *Birth and Fortune: The Impact of Numbers on Personal Welfare*, Nueva York, Basic Books.

Entorno social (1999), "Informe Foessa: la pobreza en España" [en línea] (http://www.entornosocial.es/document/r22.html.)

Esping-Andersen, G. (2000), "Social indicators and welfare monitoring", *Paper on Social Policy and Development*, Nº 2, Ginebra, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD).

Fawcett, Caroline (2002), "Los jóvenes latinoamericanos en transición: un análisis sobre el desempleo juvenil en América Latina y el Caribe", *Serie documentos de trabajo mercado laboral*, Washington, D.C., Departamento de Desarrollo Sostenible, Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Fischhoff, B., E. Nightingale y J. Iannota (eds.) (2001), *Adolescent Risk and Vulnerability: Concepts and Measurement*, Washington, D.C., National Academy Press.

Flórez, C. y J. Núñez (2003), "Teenage childbearing in Latin American countries", *Research Network Working Papers*, Nº R- 434, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Fundación Mujeres (2004), "La pobreza en España" [en línea] (http://www.fundacionmujeres.es/ione/secciones/estudio/11.htm).

Galvão, L. y J. Díaz (1999), *Saúde sexual e reprodutiva no Brasil*, São Paulo, Hucitec, Population Council.

Gálvez, Thelma (2003), "Indicadores de género en la salud. Monitoreo en Chile", documento preparado para el proyecto Género, equidad y reforma de la salud en Chile, Santiago de Chile, Organización Panamericana de la Salud (OPS).

— (1999), *Indicadores de género para el seguimiento y la evaluación del Programa de Acción Regional para las Mujeres de América Latina y el Caribe, 1995-2001 y la Plataforma de Acción de Beijing* (LC/L.1186), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

García, M. (2001), "Comentarios al documento Vulnerabilidad demográfica ¿qué hay de nuevo?", documento presentado en el seminario internacional Las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, 20 y 21 de junio.

García-Canclini, Néstor (ed.) (2003), "En una época sin respuestas políticas. Culturas

juveniles", *Telos* [en línea] (http//:www.campusred.net/telos/).
— (1999) "El consumo cultural: una propuesta teórica", *El consumo cultural en América Latina*, G. Sunkel (coord.), Bogotá, D.C., Convenio Andrés Bello.
— (1993), *El consumo cultural en México*, México, D.F., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
García, B. y O. de Oliveira (2003), "Trabajo extradoméstico y relaciones de género: una nueva mirada", documento presentado al seminario internacional Género, familias y trabajo: ruptures y continuidades, Montevideo, Universidad de la República de Uruguay y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), abril.
Giddens, A. (1998), *La transformación de la intimidad*, Madrid, Cátedra.
— (1997a), *Modernidad e identidad del Yo*, Barcelona, Península.
— (1997b), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.
Greenwood, M. (1997), "Internal migration in developed countries", *Handbook of Families and Population Economics*, M. Rosenzweig y O. Stark (eds.), Ámsterdam, Elsevier.
Greenwood, M. y G. Hunt (2003), "The early history of migration research", *International Regional Science Review*, vol. 26, Nº 1.
Guzmán, J. y otros (2001), *Diagnóstico sobre salud sexual y reproductiva de adolescentes en América Latina y el Caribe*, México, D.F., Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA).
Hilbert, Martín (2001), "América Latina hacia la era digital", ponencia presentada en el seminario América Latina hacia la era digital, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 28 al 30 de noviembre.
Hilbert, Martin y Jorge Katz (2003), *Building an Information Society: A Latin American and Caribbean Perspective* (LC/L.1845/I), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), enero.
Hopenhayn, Martín (2003), "Educación, comunicación y cultura en la sociedad de la información: una perspectiva latinoamericana", *serie Informes y estudios especiales*, Nº 12, (LC/L.1844-P/E), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.03.II.G.12.
Hopenhayn, Martín y Ernesto Ottone (2000), *El gran eslabón: educación y desarrollo en el umbral del Siglo XXI*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica (FCE).
INIM (Instituto Nicaragüense de la Mujer) (1999), *¿Qué más podía hacer, sino tener un hijo? Bases socioculturales del embarazo adolescente en Nicaragua*, Managua, Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA).
INJUV (Instituto Nacional de la Juventud) (2000), *Tercera encuesta nacional de juventud*, Santiago de Chile.
INJUVE (Instituto de la Juventud) (2002), *Juventud en cifras 2000/01*, Madrid.
— (2001), *Informe juventud en España 2000*, Madrid.
— (2000), *Informe juventud en España*, Madrid.
Instituto IARD (2001), *Estudio sobre la situación de los jóvenes y la política de juventud en Europa*, Milán, enero.
IMJ (Instituto Mexicano de la Juventud) (2002), *Jóvenes mexicanos del siglo XXI. Encuesta nacional de juventud 2000*, México, D.F.
Izquierdo, A., D. López y R. Martínez (2002), "Los preferidos del siglo XXI: la inmigración latinoamericana en España", *Actas del tercer Congreso de la inmigración en España*, vol. 2, Granada.
Jelin, Elizabeth (1998) *Pan y afectos. La transformación de las familias*, Buenos Aires,

Fondo de Cultura Económica (FCE).
Kirk, D. (1996), "The demographic transition", *Population Studies*, vol. 50, Nº 3, Londres.
Krauskopt, Dina (2004) "La construcción de políticas de juventud en América Latina", [en línea] Comunidad Virtual de Gobernabilidad y Desarrollo Humano e Institucional (CVG)
(http://www.gobernabilidad.cl/modules.php?name=News&file=article&sid=494)
[febrero, 2004].
— (2003), "La construcción de políticas de juventud en Centroamérica", *Políticas públicas de juventud en América Latina: políticas nacionales*, O. Dávila, (ed.), Viña del Mar, CIDPA Ediciones.
Krauskopf, Dina y Minor Mora (2000), *Condiciones de vida de la juventud centroamericana y el desarrollo de políticas sociales: el reto del 2000*, San José, Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ), inédito.
Lesthaeghe, R. (1998), "On theory development: applications to the study of family formation", *Population and Development Review*, vol. 24, Nº 1.
Levi, Giovanni y Jean-Claude Schmitt (1996), "Historia de los jóvenes", *La edad contemporánea*, vol. 2, Madrid, Taurus.
Li, Nan y Zheng Wu (2003), "Forecasting cohort incomplete fertility: a method and an application", *Population Studies*, vol. 57, Nº 3.
López, Alex Ronal Jemio y Edwin Chuquimia (2002), *Jailones conformación de la identidad cultural de grupos juveniles de élite*, La Paz, Fundación Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB), diciembre.
Lucas, R. (1997), "Internal migration in developing countries", *Handbook of Families and Population Economics*, M. Rosenzweig y O. Stark (eds.), Ámsterdam, Elsevier.
Macunovich, D. (2000), "Relative cohort size: source of a unifying theory of global fertility transition?", *Population and Development Review*, vol. 26, Nº 2.
Malaguilla, M. y E. Panizo (2002), "Evolución reciente y perspectivas de la fecundidad en España", *Revista pediatría de atención primaria*, vol. 4, Nº 13, enero/marzo.
Martin-Barbero, Jesús (2002), "Jóvenes: comunicación e identidad", *Pensar Iberoamérica*, *Revista de cultura*, Nº 0, febrero.
— (1998), "Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad" *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, Humberto Cubides, María Cristina Laverde y Carlos Eduardo Valderrama (eds.), Bogotá, D.C., Universidad Central/Siglo del Hombre Editores.
Martínez, J. (2000), "Migración internacional de jóvenes latinoamericanos y caribeños: protagonismo y vulnerabilidad", *serie Población y desarrollo*, Nº 3 (LC/L.1407-P), Santiago de Chile, julio. Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.00.II.G.75.
Molinas, J. (1999), *Migración interna en Paraguay: ¿quiénes migran? ¿A dónde? ¿Por qué? y ¿Cómo viven? Un análisis económico de la encuesta de hogares 1996. Informe de consultoría*, Asunción, Programa MECOVI-Paraguay.
Muñoz, Germán (1998a), "Consumos culturales y nuevas sensibilidades", *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, Humberto Cubides, María Cristina Laverde y Carlos Eduardo Valderrama (eds.), Bogotá, D.C., Universidad

Central/Siglo del Hombre Editores.
— (1998b), "Identidades culturales e imaginarios colectivos. Las culturas juveniles urbanas vistas desde la cultura del rock", *Cultura, medios y sociedad*, Jesús Martín-Barbero y Fabio López de la Roche (eds.) Bogotá, D.C., Universidad Nacional de Colombia.
Naciones Unidas (2001a), *World Population Prospects. The 2000 Revision* (ST/ESA/SER. A/198), Nueva York.
— (2001b), "World file 2: age-specific fertility rates by major area, region and country, 1995-2050 (in thousands), medium variant, 2000-2050", *Population Prospects: The 2000 Revision*, (POP/DB/WPP/Rev.2000/6/F2), Nueva York.
NFPB (National Family Planning Board of Jamaica) (1999), *Reproductive Health Survey. Final Report*, Kingston.
OIJ (Organización Iberoamericana de la Juventud) (2004a), *Las encuestas de jóvenes en Iberoamérica. Un recuento de experiencias recientes. Análisis de las encuestas nacionales de jóvenes de Guatemala, Colombia, Chile, España, México y Portugal (1997-2000).*
— (2004b), "El estado de la juventud en Iberoamérica" [en línea] (http://www.oij.org/pdf/JuventudIberoamericana.pdf) [marzo, 2004].
— (2004c), "Convención Internacional de la Carta Iberoamericana de Derechos de la Juventud" [en línea] (http://www.oij.org/carta.htm) [marzo, 2004].
— (2004d), "Los organismos gubernamentales de juventud: políticas y programas" (http://www.oij.org/notas/notas_1.htm) [febrero, 2004].
— (2004e), "Programa DINO Fase I" (http://www.oij.org/dino.htm) [marzo, 2004].
— (2002), "Texto de la Declaración Final de la Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud" [en linea] (http://www.oij.org/pdf/XICONFERENCIA.
pdf) [marzo, 2004].
— (2001), *Informe final del Plan Regional de Acciones para el Desarrollo de la Juventud en América Latina (PRADJAL), 1995-2000*, Madrid, Secretaría General OIJ.
OIT (Organización Internacional del Trabajo) (s/f), "Base de datos –Laborsta" [en línea] (http://laborsta.ilo.org).
— (2000), *Panorama laboral de América Latina y el Caribe, 2000*, Lima, Oficina Internacional del Trabajo.
OMS (Organización Mundial de la Salud) (2004), *Informe sobre la salud en el mundo 2004. Cambiemos el rumbo de la historia*, Ginebra.
OPS (Organización Panamericana de la Salud) (2004), *Estadísticas de salud en las Américas. Edición 2003* [en línea] (http://www.paho.org/english/DBI/MDS/HIA_2002htm).
— (2002a), *La salud en las Américas. Edición 2002*, vol. 1, Washington, D.C., Organización Mundial de la Salud (OMS).
— (2002b), *Informe mundial sobre la violencia y la salud: resumen*, Washington, D.C.
OPS/OMS/POLICY (Organización Panamericana de la Salud/Organización Mundial para la Salud) (2001), *Politique nationale de santé des jeunes et des adolescents*, Puerto Píncipe.
Palazón, S. (1996), "Latinoamericanos en España (1981-1994): aproximación a un fenómeno migratorio reciente", *Estudios migratorios latinoamericanos*, vol. 11, Nº 32.
Periódico Reforma (2002), "Encuestas de consumo cultural", México, D.F.

PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo) (2003), "Metas del milenio para Chile. Propuesta de informe", Santiago de Chile, inédito.
— (2002), *Desarrollo humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural 2002*, Santiago de Chile, mayo.
— (2001), *Informe sobre desarrollo humano 2001. Poner el adelanto tecnológico al servicio del desarrollo humano*, Nueva York, Ediciones Mundi Prensa.
PNUD/INJUV (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo/Instituto Nacional de la Juventud) (2003), "Transformaciones culturales e identidad juvenil en Chile", *Temas de desarrollo humano sustentable*, Nº 9.
Quevedo, Luis Alberto, Mónica Petracci y Ariana Vacchieri (2001), *Públicos y consumos culturales en la Argentina*, Buenos Aires, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)/Secretaría de Cultura y Comunicación de la Nación, marzo.
Reguillo, Rossana (1995), *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, México, D.F., Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).
Reich, Robert (1992), *The Work of Nations*, Nueva York, Vintage Books.
Rey, Germán (2002), *Las vetas de la cultura. Una lectura de la Encuesta Nacional de Cultura de Colombia,* Proyecto Economía y Cultura, Convenio Andrés Bello.
Rodríguez, Ernesto (2002), *Actores estratégicos para el desarrollo: políticas de juventud para el siglo XXI*, México, D.F., Instituto Mexicano de la Juventud/ Secretaría de Educación Pública.
Rodríguez, Ernesto y Bernardo Dabezies (comps.) (1991), *Primer informe sobre la juventud de América Latina, 1990*, Conferencia Iberoamericana de Juventud, Madrid, Instituto de la Juventud.
Rodríguez Vignoli, Jorge (2004), "Migración interna en América Latina y el Caribe: estudio regional del período 1980-2000", *serie Población y desarrollo*, Nº 50 (LC/L.2059-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.04.II.G.3.
— (2003a), "La fecundidad alta en América Latina y el Caribe: un riesgo en transición", ponencia presentada al seminario La fecundidad en América Latina: ¿transición o revolución?, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 9 al 11 de junio.
— (2003b), "La fecundidad alta en el Istmo Centroamericano: un riesgo en transición", documento presentado a la tercerca Conferencia de población del Istmo Centroamericano, Punta Leona, Costa Rica, Centro Centroamericano de Población, Universidad de Costa Rica, noviembre.
— (2001a), "Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es, cómo se mide, qué está pasando, importa?", *serie Población y desarrollo*, Nº 16, (LC/L.1576-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.01.II.G.54.
— (2001b), "Vulnerabilidad y grupos vulnerables: un marco de referencia conceptual mirando a los jóvenes", *serie Población y desarrollo*, Nº 17, (LC/L.1588-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.01.II.G.13.
Rodríguez, Mauricio (2001), "Material de apoyo para la caracterización y análisis de la oferta pública de programas sociales dirigidos a grupos prioritarios. Proyecto de fortalecimiento institucional de los organismos oficiales en juventud en

Centroamérica", Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ)/Fundación Ford.
Rodrik, Dani (2001), "Por qué hay tanta inseguridad económica en América Latina?", *Revista de la CEPAL*, Nº 73 (LC/G.2130-P/E), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
Ruiz-Tagle, Jaime (coord.) (2000), *Exclusión social en el mercado de trabajo en Mercosur y Chile*, Santiago de Chile, Organización Internacional del Trabajo (OIT)/Fundación Ford.
Sabatini, F. (2001), "Transformação urbana e dialética entre integração e exclusão social: reflexões sobre as cidades latino-americanas e o caso de Santiago do Chile", inédito.
Salazar, Alonso (2002), *No nacimos pa'semilla*, Bogotá, D.C., Editorial Planeta.
Sarlo, Beatriz (1998), "Del plano a la esfera: libros e hipertextos", *Cultura, medios y sociedad*, Jesús Martín-Barbero y Fabio López de la Roche (eds.), Bogotá, D.C., CES/Universidad Nacional de Colombia.
Schmidley, D. (2001), "Profile of the foreign-born population in the United States: 2000", *Current Population Reports*, Washington, D.C.
SERNAM (Servicio Nacional de la Mujer) (2001), *Mujeres chilenas. Estadísticas para un nuevo siglo*, Santiago de Chile.
— (1999) *La familia chilena en los noventa: percepciones y opiniones de la gente*, Santiago de Chile, noviembre.
SGAE (Sociedad General de Autores y Editores) (2000), *Informe SGAE sobre hábitos de consumo cultural*, Edición Fundación Autor.
Silber, T. y otros (1995), "El embarazo en la adolescencia", *La salud del adolescente y del joven*, Washington, D.C., Organización Panamericana de la Salud (OPS).
Singh, S. (2000), "Diferencias según sexo en el momento de la primera relación sexual: datos de 14 países", *Perspectivas internacionales en planificación familiar,* número especial.
Smutt, Marcela (coord.) (1999), *El fenómeno de las pandillas en El Salvador. Hacia un sistema de justicia juvenil*, San Salvador, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Programa Internacional de UNICEF en El Salvador.
Soto, Fernando, Carlos Espejo e Isabel Matute (2002), *Los jóvenes y el uso de computadores e internet*, Santiago de Chile, Instituto Nacional de la Juventud (INJUV).
Stern, C. (1995), "Embarazo adolescente: significado e implicancias para distintos sectores sociales", *Demos*, Nº 8.
Sunkel, G. (coord.) (1999), *El consumo cultural en América Latina*, Bogotá, D.C., Convenio Andrés Bello.
Tedesco, Juan Carlos (1998), "Desafíos de las reformas educativas en América Latina", *Propuesta educativa*, año 9, Nº 19, Buenos Aires, diciembre.
Tokman, Víctor E. (2003), "Desempleo juvenil en el Cono Sur", *serie ProSur*, Santiago de Chile, Fundación Friedrich Ebert.
Touraine, Alain (1997), *Pourrons-nous vivre ensemble*?, París, Fayard.
UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura) (2004), *Compendio mundial de la educación 2004*, Montreal, Instituto de Estadística de la UNESCO [en línea] http://www.uis.unesco.org/TEMPLATE/pdf/ged/2004/GED2004_SP.pdf.
— (2001), *Situación educativa de América Latina y el Caribe, 1980-2000*, Santiago de Chile.

— (2000), *Informe mundial de educación*, París.
UIT (Unión Internacional de Comunicaciones) (2003), "World Telecommunications Database" [en línea] (http://www.itu.int/ITU-D/ict/statistics).
— (2001), Sitio oficial (http://www.itu.int/ITU-D/ict/statistics).
UNFPA (Fondo de Población de las Naciones Unidas)(2001), *Diagnóstico sobre salud sexual y reproductiva de adolescentes en América Latina y el Caribe*, México, D.F., Equipo de Apoyo Técnico del UNFPA para América Latina y el Caribe (EAT), enero.
— (1998), *The State of World Population. The New Generations*, Nueva York.
Valdés, Teresa (coord.) (2001), El índice de compromiso cumplido (ICC): una estrategia para control ciudadano de la equidad de género, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
Valenzuela, José Manuel (2000), "La siesta del alma. Los góticos y la simbología dark", *Umbrales. Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*, Medellín, Corporación Región.
Van de Kaa, D.J. (2001), "Postmodern fertility preferences: from changing value orientation to new behavior", *Population and Development Review*, Nº 27.
Villa, Miguel y Jorge Martínez (2001), "Tendencias y patrones de la migración internacional en América Latina y el Caribe", *serie Notas de población*, Nº 73 (LC/G.2124-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.01. II.G.122.
Waiselfisz, J. (1998), *Juventude, violência e cidadania: os jovens de Brasília*, Brasilia, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)/Cortez Editores.
Weller, Jürgen (2003), "La problemática inserción laboral de los y las jóvenes", *serie Macroeconomía del desarrollo*, Nº 28 (LC/L.2029-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.03.II.G.192.
— (2001), "Procesos de exclusión e inclusión laboral: la expansión del empleo en el sector terciario", *serie Macroeconomía del desarrollo*, Nº 6, (LC/L.1649-P/E), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: S.01.II.G.187.
Wortman, Ana (2003), "Aproximaciones conceptuales y empíricas para abordar

Anexo estadístico

Capítulo Familia y Hogar

Cuadro 1

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): ACTIVIDAD DE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS

Ambos sexos

País	Actividad					Total
	Trabaja y estudia	Solo trabaja	Solo estudia	No estudia ni trabaja	Quehaceres domésticos	
Argentina 2002 a/	30.3	7.5	38.7	15.1	8.4	100
Bolivia 2002	46.2	10.7	21.9	11.6	9.6	100
Brasil 2001 b/	40.9	15.6	10.5	8.6	24.4	100
Chile 2000	34.8	3.2	35.5	17.6	8.8	100
Colombia 2002	41.0	6.2	22.2	18.6	12.0	100
Costa Rica 2002	37.2	12.5	27.1	8.7	14.5	100
Ecuador 2002 a/	40.2	8.5	29.0	11.3	11.0	100
El Salvador 2001	43.2	6.5	22.7	9.9	17.7	100
Guatemala 2002	51.3	13.3	10.4	4.0	21.1	100
México 2002	44.7	7.5	23.2	5.6	19.0	100
Nicaragua 2001	42.1	10.5	19.2	10.6	17.6	100
Panamá 2002	35.6	7.8	29.3	12.5	14.8	100
Paraguay 2000	43.4	12.7	20.5	11.4	11.9	100
Perú 2001	44.3	10.5	21.6	12.8	10.9	100
Rep. Dominicana 2002	29.2	14.5	32.6	14.4	9.4	100
Uruguay 2002 a/	35.9	9.2	32.0	15.4	7.6	100
Venezuela 2002	42.8	4.5	20.4	20.0	12.3	100
Promedio simple	**40.2**	**9.5**	**24.5**	**12.2**	**13.6**	**100**
Promedio ponderado	**41.4**	**10.8**	**19.3**	**10.5**	**18.0**	**100**

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Zona urbana.

b/ En este país, la realización de quehaceres domésticos se mide en forma independiente de la actividad económica y no es excluyente de otras formas de inactividad. Las cifras relativas a la significación del trabajo doméstico no remunerado no son, por tanto, estrictamente comparables con las del resto de los países.

Cuadro 2

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): ACTIVIDAD DE LOS VARONES DE 15 A 29 AÑOS

Varones

País	Actividad					Total
	Trabaja y estudia	Solo trabaja	Solo estudia	No estudia ni trabaja	Quehaceres domésticos	
Argentina 2002 [a/]	37.5	7.5	37.6	17.4	0.1	100
Bolivia 2002	55.2	12.6	21.8	10.1	0.4	100
Brasil 2001 [b/]	50.8	18.4	13.5	9.1	8.2	100
Chile 2000	43.6	3.7	36.6	16.2	0.0	100
Colombia 2002	52.4	7.0	22.1	18.0	0.6	100
Costa Rica 2002	50.4	13.9	25.2	10.1	0.4	100
Ecuador 2002 [a/]	52.2	9.9	28.6	8.1	1.1	100
El Salvador 2001	57.4	7.7	21.9	12.7	0.2	100
Guatemala 2002	64.8	18.0	9.4	4.4	3.4	100
México 2002	58.3	9.2	23.8	7.8	0.9	100
Nicaragua 2001	58.9	13.2	15.8	11.8	0.3	100
Panamá 2002	50.7	8.0	27.1	13.8	0.3	100
Paraguay 2000	56.2	15.6	16.9	11.1	0.2	100
Perú 2001	50.8	12.6	21.5	13.3	1.9	100
Rep. Dominicana 2002	41.2	16.5	30.1	12.1	0.1	100
Uruguay 2002 [a/]	45.3	9.3	28.7	15.8	0.9	100
Venezuela 2002	54.7	5.2	18.9	20.9	0.3	100
Promedio simple	**51.8**	**11.1**	**23.5**	**12.5**	**1.1**	**100**
Promedio ponderado	**52.3**	**12.7**	**20.2**	**11.3**	**3.5**	**100**

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Zona urbana.

[b/] En este país, la realización de quehaceres domésticos se mide en forma independiente de la actividad económica y no es excluyente de otras formas de inactividad. Las cifras relativas a la significación del trabajo doméstico no remunerado no son, por tanto, estrictamente comparables con las del resto de los países.

Cuadro 3

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): ACTIVIDAD DE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS

Mujeres

País	Actividad					Total
	Trabaja y estudia	Solo trabaja	Solo estudia	No estudia ni trabaja	Quehaceres domésticos	
Argentina 2002 [a/]	23.7	7.4	39.8	12.9	16.2	100
Bolivia 2002	37.4	8.8	22.1	13.1	18.6	100
Brasil 2001 [b/]	31.2	13.0	7.4	8.1	40.3	100
Chile 2000	26.0	2.7	34.5	19.1	17.7	100
Colombia 2002	30.2	5.5	22.3	19.1	23.0	100
Costa Rica 2002	23.6	11.1	29.1	7.3	29.0	100
Ecuador 2002 [a/]	28.0	7.1	29.4	14.5	21.1	100
El Salvador 2001	30.2	5.3	23.4	7.4	33.8	100
Guatemala 2002	38.3	8.8	11.5	3.5	37.9	100
México 2002	31.8	6.0	22.6	3.5	36.1	100
Nicaragua 2001	25.2	7.9	22.6	9.3	35.0	100
Panamá 2002	19.8	7.5	31.7	11.2	29.9	100
Paraguay 2000	29.9	9.8	24.2	11.7	24.3	100
Perú 2001	37.6	8.4	21.7	12.3	20.0	100
Rep. Dominicana 2002	16.5	12.4	35.2	16.7	19.1	100
Uruguay 2002 [a/]	26.5	9.0	35.2	15.1	14.2	100
Venezuela 2002	30.3	3.8	22.0	19.0	24.8	100
Promedio simple	**28.6**	**7.9**	**25.6**	**12.0**	**25.9**	**100**
Promedio ponderado	**30.7**	**8.9**	**18.4**	**9.8**	**32.2**	**100**

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Zona urbana.

[b/] En este país, la realización de quehaceres domésticos se mide en forma independiente de la actividad económica y no es excluyente de otras formas de inactividad. Las cifras relativas a la significación del trabajo doméstico no remunerado no son, por tanto, estrictamente comparables con las del resto de los países.

Capítulo Salud y Sexualidad

Cuadro 1

IBEROAMÉRICA (15 PAÍSES): DISTRIBUCIÓN DE LA MORTALIDAD EN LA POBLACIÓN DE 15 A 24 AÑOS, SEGÚN CAUSAS Y SEXO

(Distribución porcentual de la mortalidad según causas) [a/]

País sexo	Todas las causas	Enfermedades trasmisibles			Enfermedades genético-degenerativas		Otras de causas internas	Causas externas			
		Todas las trasmisibles [b/]	VIH-SIDA	Respiratorias agudas [c/]	Tumores [d/]	Sistema circulatorio [e/]	Embarazo, parto y puerperio	Todas las causas externas [f/]	Accidentes vehiculares [g/]	Homicidios	Suicidios
Argentina (1997)											
ambos sexos	100	8.8	3.4	1.5	9.0	6.3	1.6	61.8	14.7	7.7	6.6
fem.	100	12.8	4.0	1.7	13.2	8.8	4.8	41.0	11.6	2.7	6.9
masc.	100	6.9	3.2	1.3	7.0	5.3	-	72.0	16.3	10.2	6.5
Brasil (1998)											
ambos sexos	100	8.4	2.4	2.4	5.2	5.9	1.9	68.3	15.0	34.5	3.3
fem.	100	14.6	3.7	4.1	8.9	10.6	7.9	37.7	13.4	11.2	3.7
masc.	100	6.4	1.9	1.8	4.0	4.4	-	78.3	15.5	42.0	3.1
Chile (1999)											
ambos sexos	100	5.3	1.2	2.0	11.7	3.0	0.8	65.5	13.4	5.7	10.5
fem.	100	9.1	0.5	3.0	18.4	5.5	3.3	39.8	12.4	1.9	8.0
masc.	100	4.2	1.4	1.7	9.6	2.1	-	73.6	13.7	6.9	11.3
Colombia (1998)											
ambos sexos	100	4.2	0.9	1.0	4.0	3.1	1.9	82.0	12.0	54.4	5.2
fem.	100	9.1	1.4	2.2	8.2	7.4	10.0	51.1	11.5	20.9	9.5
masc.	100	3.0	0.8	0.7	3.0	2.1	-	89.5	12.1	62.5	4.2
Costa Rica (2001)											
ambos sexos	100	3.2	0.2	0.5	12.5	4.8	0.8	61.9	28.0	11.9	8.1
fem.	100	5.5	0.0	0.0	20.6	9.9	3.2	28.8	9.6	9.3	7.0
masc.	100	2.4	0.5	0.3	9.7	3.2	-	73.0	34.1	12.7	8.5
Ecuador (2000)											
ambos sexos	100	13.8	1.1	2.5	6.9	9.0	3.5	50.6	10.6	16.7	6.5
fem.	100	16.9	0.6	2.9	9.8	11.1	8.7	30.0	7.0	4.8	7.7
masc.	100	11.8	1.5	2.3	4.9	7.6	-	64.6	13.0	24.8	5.8
El Salvador (1999)											
ambos sexos	100	8.9	2.1	2.3	4.8	5.4	0.8	63.7	12.8	33.1	11.8
fem.	100	10.9	1.6	3.1	8.3	8.9	2.1	43.5	8.7	10.6	20.0
masc.	100	7.7	2.4	1.7	2.7	3.3	-	75.5	15.2	46.1	7.1
México (2000)											
ambos sexos	100	7.2	2.3	1.6	8.5	4.6	2.3	59.7	18.0	14.9	6.3
fem.	100	10.0	1.9	2.5	12.1	7.2	8.9	31.9	10.8	5.8	4.7
masc.	100	6.2	2.5	1.3	7.2	3.6	-	69.5	20.5	18.1	7.0
Nicaragua (2000)											
ambos sexos	100	7.6	0.7	1.8	7.3	4.2	4.3	61.3	10.9	13.8	18.8
fem.	100	11.5	1.1	3.8	6.6	5.6	12.8	41.4	5.5	5.5	22.9
masc.	100	5.6	0.5	0.9	7.6	3.6	-	71.2	13.5	17.9	16.8
Panamá (2000)											
ambos sexos	100	14.2	7.6	0.8	7.6	2.0	2.7	57.7	16.7	19.5	6.2
fem.	100	24.0	12.0	2.6	12.0	1.7	8.8	29.8	14.6	2.8	5.6
masc.	100	10.0	5.8	0.0	5.7	2.1	-	69.8	17.7	26.8	6.6
Perú (2000)											
ambos sexos	100	19.7	4.8	3.2	9.6	6.5	2.2	39.8	8.3	2.4	2.3
fem.	100	21.5	2.1	6.3	9.4	8.1	6.4	28.8	5.8	1.2	3.3
masc.	100	18.8	3.8	4.0	9.6	5.8	-	45.6	9.6	3.2	1.9
República Dominicana (1998)											
ambos sexos	100	16.5	1.3	7.6	4.7	9.2	2.5	53.5	23.7	11.9	2.2
fem.	100	25.7	14.9	2.2	7.3	12.8	6.6	27.4	12.2	3.8	2.6
masc.	100	10.7	3.1	0.9	3.1	7.0	-	69.7	30.7	17.0	2.1

(continúa)

Cuadro 1 (conclusión)

País sexo	Todas las causas	Enfermedades trasmisibles			Enfermedades genético-degenerativas		Otras de causas internas	Causas externas			
		Todas las trasmisibles[b/]	VIH-SIDA	Respiratorias agudas[c/]	Tumores[d/]	Sistema circulatorio[e/]	Embarazo, parto y puerperio	Todas las causas externas[f/]	Accidentes vehiculares[g/]	Homicidios	Suicidios
Uruguay (2000)											
ambos sexos	100	5.9	2.4	1.3	9.0	5.2	0.8	65.8	13.4	9.2	17.1
fem.	100	7.2	3.2	3.2	15.6	10.4	3.2	42.5	10.0	7.2	11.5
masc.	100	5.4	2.0	0.6	6.8	3.4	-	73.9	14.7	9.8	19.0
Venezuela (2000)											
ambos sexos	100	4.2	1.4	1.2	4.7	3.0	1.3	78.8	14.7	33.6	4.0
fem.	100	8.5	1.5	2.9	11.3	8.2	7.8	43.5	18.6	10.1	4.4
masc.	100	3.3	1.4	0.9	3.3	2.0	-	85.8	13.9	38.3	3.9
América Latina y el Caribe[h/]											
ambos sexos	100	8.1	2.2	2.0	6.2	5.2	2.0	66.9	14.7	29.5	4.8
fem.	100	13.3	2.9	3.4	9.9	9.1	7.9	37.6	11.8	9.4	5.7
masc.	100	6.3	1.9	1.5	4.9	3.8	-	76.8	15.6	36.3	4.6
Península ibérica											
España (2001)[i/]											
ambos sexos	100	5.6	1.6	2.9	10.1	4.6	0.1	67.1	42.2	1.9	8.2
fem.	100	8.6	-	3.5	16.6	4.8	0.3	50.5	33.8	1.9	5.8
masc.	100	4.7	-	2.7	8.0	4.6	-	72.4	44.9	1.9	9.0

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de Salud en las Américas. Edición 2003" [en línea] (http://paho.or[g/] english/DBI/MDS/HIA_2002 htm), 2004.

[a/] Los porcentajes de las enfermedades listadas en este cuadro no suman 100 debido a que se han omitido aquellas enfermedades no clasificadas y los estados morbosos mal definidos.

[b/] Incluye enfermedades infecciosas intestinales, tuberculosis, septicemia (excepto neonatal), meningitis, síndrome del VIH-SIDA e infecciones respiratorias agudas.

[c/] No incluye las enfermedades crónicas de las vías respiratorias inferiores y otras no agudas.

[d/] Incluye neoplasias malignas de estómago, colon, recto y ano; de la tráquea, bronquios y pulmones; de seno, útero y placenta en mujeres, y de próstata en varones: sistema hematopoyético y linfático.

[e/] Incluye enfermedad hipertensiva e isquémica del corazón, de circulación pulmonar y otras cardiacas.

[f/] Incluye, además de las especificadas, eventos de intención no determinada, ahogamientos y accidentes que obstruyen la respiración, entre otras causas de muerte violenta.

[g/] Se refiere solo a accidentes de transporte terrestre.

[h/] Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14, cuya población en el año 2003 superaba los 500.000 habitantes.

[i/] Sobre la base de información oficial del Instituto Nacional de Estadística (INE) de España. Las defunciones por VIH-SIDA solo se presentan para ambos sexos, aunque están incluidas en "todas las trasmisibles".

Cuadro 2

IBEROAMÉRICA (15 PAÍSES): MORTALIDAD EN LA POBLACIÓN DE 15 A 24 AÑOS, SEGÚN CAUSAS Y SEXO

(Tasas por cada 100.000 habitantes)

País sexo	Todas las causas	Enfermedades trasmisibles			Enfermedades genético-degenerativas		Otras de causas internas	Causas externas			
		Todas las trasmisibles[a/]	VIH-SIDA	Respiratorias agudas[b/]	Tumores[c/]	Sistema circulatorio[d/]	Embarazo, parto y puerperio[e/]	Todas las causas externas[f/]	Accidentes vehiculares[g/]	Homicidios	Suicidios
Argentina (1997)											
ambos sexos	72.6	6.4	2.5	1.1	6.5	4.6	2.3	44.9	10.7	5.6	4.8
fem.	47.6	6.1	1.9	0.8	6.3	4.2	2.3	19.5	5.5	1.3	3.3
masc.	97.1	6.7	3.1	1.3	6.8	5.1	-	69.9	15.8	9.9	6.3
Brasil (1998)											
ambos sexos	153.1	12.9	3.6	3.6	8.0	9.1	6.0	104.6	23.0	52.8	5.0
fem.	75.6	11.0	2.8	3.1	6.7	8.0	6.0	28.5	10.1	8.5	2.8
masc.	229.8	14.8	4.3	4.1	9.3	10.1	-	179.9	35.6	96.6	7.2
Chile (1999)											
ambos sexos	74.1	3.9	0.9	1.5	8.7	2.2	1.2	48.5	9.9	4.2	7.8
fem.	36.4	3.3	0.2	1.1	6.7	2.0	1.2	14.5	4.5	0.7	2.9
masc.	110.8	4.6	1.6	1.9	10.6	2.3	-	81.5	15.2	7.7	12.5
Colombia (1998)											
ambos sexos	211.6	8.9	1.9	2.2	8.5	6.6	8.3	173.6	25.3	115.1	11.1
fem.	82.8	7.5	1.2	1.8	6.8	6.1	8.3	42.3	9.5	17.3	7.9
masc.	338.3	10.3	2.7	2.5	10.1	7.1	-	302.8	40.8	211.4	14.2
Costa Rica (2001)											
ambos sexos	66.4	2.1	0.1	0.3	8.3	3.2	1.1	41.1	18.6	7.9	5.4
fem.	34.4	1.9	-	-	7.1	3.4	1.1	9.9	3.3	3.2	2.4
masc.	96.7	2.3	0.5	0.3	9.4	3.1	-	70.6	33.0	12.3	8.2
Ecuador (2000)											
ambos sexos	118.9	16.4	1.3	3.0	8.2	10.7	8.4	60.2	12.6	19.9	7.7
fem.	96.6	16.3	0.6	2.8	9.5	10.7	8.4	29.0	6.8	4.6	7.4
masc.	140.5	16.6	2.1	3.3	6.9	10.7	-	90.7	18.2	34.8	8.1
El Salvador (1999)											
ambos sexos	164.1	14.6	3.5	3.7	7.8	8.8	2.5	104.6	21.0	54.3	19.4
fem.	121.6	13.3	1.9	3.8	10.1	10.8	2.5	52.9	10.6	12.9	24.3
masc.	205.9	15.9	5.0	3.6	5.5	6.8	-	155.4	31.3	95.0	14.6
México (2000)											
ambos sexos	101.0	7.3	2.3	1.6	8.6	4.6	4.7	60.3	18.2	15.0	6.4
fem.	53.0	5.3	1.0	1.3	6.4	3.8	4.7	16.9	5.7	3.1	2.5
masc.	148.7	9.2	3.7	1.9	10.7	5.4	-	103.3	30.5	26.9	10.4
Nicaragua (2000)											
ambos sexos	148.3	11.3	1.0	2.7	10.8	6.3	12.8	90.9	16.1	20.4	27.9
fem.	99.7	11.5	1.1	3.8	6.6	5.6	12.8	41.3	5.5	5.5	22.8
masc.	196.5	11.1	1.0	1.7	15.0	7.0	-	140.0	26.6	35.1	33.0
Panamá (2000)											
ambos sexos	86.7	12.3	6.6	0.7	6.6	1.7	4.7	50.0	14.5	16.9	5.4
fem.	53.3	12.8	6.4	1.4	6.4	0.9	4.7	15.9	7.8	1.5	3.0
masc.	119.1	11.9	6.9	-	6.8	2.5	-	83.1	21.1	31.9	7.9
Perú (2000)											
ambos sexos	111.6	22.0	5.4	3.6	10.7	7.3	5.0	44.4	9.3	2.7	2.6
fem.	77.7	16.7	1.6	4.9	7.3	6.3	5.0	22.4	4.5	0.9	2.6
masc.	145.1	27.3	5.5	5.8	14.0	8.4	-	66.1	14.0	4.6	2.7
República Dominicana (1998)											
ambos sexos	104.0	17.2	7.9	1.4	4.9	9.6	5.4	55.6	24.6	12.4	2.3
fem.	82.0	21.1	12.2	1.8	6.0	10.5	5.4	22.5	10.0	3.1	2.1
masc.	124.9	13.4	3.9	1.1	3.9	8.7	-	87.0	38.4	21.2	2.6

(continúa)

Cuadro 2 (conclusión)

País sexo	Todas las causas	Enfermedades trasmisibles			Enfermedades genético-degenerativas		Otras de causas internas	Causas externas			
		Todas las trasmisibles[a/]	VIH-SIDA	Respiratorias agudas[b/]	Tumores[c/]	Sistema circulatorio[d/]	Embarazo, parto y puerperio[e/]	Todas las causas externas[f/]	Accidentes vehiculares[g/]	Homicidios	Suicidios
Uruguay (2000)											
ambos sexos	84.9	5.0	2.0	1.1	7.6	4.4	1.4	55.9	11.4	7.8	14.5
fem.	44.2	3.2	1.4	1.4	6.9	4.6	1.4	18.8	4.4	3.2	5.1
masc.	124.2	6.7	2.5	0.8	8.4	4.2	-	91.8	18.2	12.2	23.6
Venezuela (2000)											
ambos sexos	170.9	7.2	2.4	2.1	8.0	5.2	4.6	134.6	25.2	57.4	6.9
fem.	58.6	5.0	0.9	1.7	6.6	4.8	4.6	25.5	10.9	5.9	2.6
masc.	279.7	9.3	3.9	2.5	9.3	5.7	-	240.1	39.0	107.2	11.0
América Latina y el Caribe[h/]											
ambos sexos	133.6	10.8	2.9	2.7	8.2	6.9	5.4	89.4	19.6	39.4	6.5
fem.	68.2	9.1	2.0	2.3	6.8	6.2	5.4	25.7	8.0	6.4	3.9
masc.	198.0	12.5	3.8	3.0	9.6	7.6	-	152.1	31.0	71.8	9.1
Península ibérica España (2001)[i/]											
ambos sexos	49	2.8	0.8	1.4	5.0	2.3	0.1	33.1	20.8	0.9	4.1
fem.	25	2.1	-	0.9	4.1	1.2	0.1	12.4	8.3	0.5	1.4
masc.	73	3.4	-	2.0	5.8	3.3	-	52.7	32.7	1.4	6.6

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de Salud en las Américas. Edición 2003" [en línea] (http://paho.or[g/] english/DBI/MDS/HIA_2002 htm), 2004.

[a/] Incluye enfermedades infecciosas intestinales, tuberculosis, septicemia (excepto neonatal), meningitis, síndrome del VIH-SIDA e infecciones respiratorias agudas.

[b/] No incluye las enfermedades crónicas de las vías respiratorias inferiores y otras no agudas.

[c/] Incluye neoplasias malignas de estómago, colon, recto y ano; de la tráquea, bronquios y pulmones; de seno, útero y placenta en mujeres, y de próstata en varones: sistema hematopoyético y linfático.

[d/] Incluye enfermedad hipertensiva e isquémica del corazón, de circulación pulmonar y otras cardiacas.

[e/] Se utilizó para ambos sexos la tasa correspondiente a las mujeres, ya que en este caso la población masculina no podría registrar defunciones por esta causa, por lo que no es significativa.

[f/] Incluye, además de las especificadas, eventos de intención no determinada, ahogamientos y accidentes que obstruyen la respiración, entre otras causas de muerte violenta.

[g/] Se refiere solo a accidentes de transporte terrestre.

[h/] Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14, cuya población en el año 2003 superaba los 500.000 habitantes.

[i/] Sobre la base de información oficial del Instituto Nacional de Estadística (INE) de España. Las defunciones por VIH-SIDA están incluidas en "todas las trasmisibles".

Cuadro 3

AMÉRICA LATINA (14 PAÍSES): MORTALIDAD EN LA POBLACIÓN DE 25 AÑOS Y MÁS, SEGÚN CAUSAS Y SEXO

(Tasas estimadas por cada 100.000 habitantes)

País sexo	Todas las causas	Enfermedades trasmisibles			Enfermedades genético-degenerativas		Otras de causas internas	Causas externas			
		Todas las trasmisibles[a/]	VIH-SIDA	Respiratorias agudas[b/]	Tumores[c/]	Sistema circulatorio[d/]	Embarazo, parto y puerperio[e/]	Todas las causas externas[f/]	Accidentes vehiculares[g/]	Homicidios	Suicidios
Argentina (1997)											
ambos sexos	1320.2	110.1	8.2	46.0	302.2	534.2	2.0	68.7	14.2	5.6	9.4
fem.	1162.6	100.9	3.6	44.8	263.6	495.3	2.0	34.6	6.3	1.7	4.3
masc.	1493.6	120.3	13.2	47.4	344.5	577.0	-	106.2	22.8	9.8	15.0
Brasil (1998)											
ambos sexos	1079.7	104.7	17.2	42.3	177.4	414.8	4.4	112.4	30.9	37.1	7.9
fem.	888.7	83.6	9.2	38.7	159.5	379.8	4.4	35.4	11.2	6.3	3.0
masc.	1283.8	127.2	25.8	46.2	196.6	452.2	-	194.8	51.9	70.1	13.0
Chile (1999)											
ambos sexos	935.5	113.1	6.2	85.7	235.4	287.2	1.3	77.4	16.8	4.4	11.2
fem.	857.7	107.6	1.3	86.6	233.6	282.1	1.3	26.9	5.4	1.1	2.8
masc.	1018.5	119.0	11.5	84.9	237.4	292.7	-	131.1	28.9	7.8	20.1
Colombia (1998)											
ambos sexos	907.7	56.2	8.4	23.7	167.2	320.3	6.7	168.1	34.8	96.5	7.8
fem.	776.2	47.3	2.7	24.2	172.5	315.5	6.7	44.8	14.8	15.3	2.9
masc.	1051.0	65.9	14.7	23.2	161.6	325.7	-	303.0	56.8	184.9	13.2
Costa Rica (2001)											
ambos sexos	691.4	38.2	6.7	22.4	166.0	243.7	2.0	64.8	23.0	8.8	7.9
fem.	612.2	30.9	1.7	18.0	150.1	229.9	2.0	27.9	6.5	1.2	1.9
masc.	771.0	45.5	11.6	19.1	181.9	257.7	-	101.5	39.3	16.4	13.8
Ecuador (2000)											
ambos sexos	851.2	75.4	4.6	33.8	149.6	270.3	8.9	103.3	26.5	26.6	6.1
fem.	756.5	98.5	1.7	31.7	158.0	262.1	8.9	35.5	11.1	4.4	3.6
masc.	948.1	95.5	7.7	36.0	141.0	278.8	-	172.4	42.3	49.3	8.6
El Salvador (1999)											
ambos sexos	1047.1	139.1	17.7	58.9	146.2	289.6	2.5	142.1	51.5	62.1	13.2
fem.	914.5	127.6	12.7	57.2	173.2	291.7	2.5	54.7	21.9	16.5	7.5
masc.	1198.4	152.3	23.3	60.9	115.7	287.4	-	241.5	85.2	113.8	19.6
México (2000)											
ambos sexos	793.5	53.0	9.2	21.7	119.4	209.0	4.3	81.9	22.8	18.2	5.3
fem.	673.6	41.3	2.5	19.7	119.3	201.9	4.3	27.0	8.6	3.8	1.2
masc.	922.7	65.5	16.5	24.0	119.4	216.7	-	141.0	38.2	33.8	9.8
Nicaragua (2000)											
ambos sexos	788.3	52.7	1.9	18.8	124.8	272.5	12.9	94.2	26.4	17.3	16.4
fem.	701.4	44.7	1.5	16.2	144.5	277.0	12.9	32.2	8.5	3.6	7.7
masc.	882.7	61.4	2.4	21.6	103.9	268.1	-	160.9	45.7	32.0	25.8
Panamá (2000)											
ambos sexos	815.1	76.0	32.4	18.2	175.4	289.4	3.0	65.0	20.8	11.3	7.7
fem.	703.7	54.2	16.7	18.3	156.6	273.8	3.0	21.7	5.6	3.1	1.8
masc.	927.7	98.0	48.3	18.1	194.4	305.4	-	108.4	36.1	19.5	13.8
Perú (2000)											
ambos sexos	903.2	173.2	15.5	99.0	201.0	199.2	6.0	77.9	19.6	4.6	1.9
fem.	810.8	89.7	6.5	93.1	212.6	193.2	6.0	34.3	8.9	1.6	0.9
masc.	1002.0	198.9	25.2	105.5	188.9	205.9	-	124.2	31.0	10.0	3.1
República Dominicana (1998)											
ambos sexos	786.6	84.8	28.8	16.9	126.1	331.7	3.2	73.0	28.2	13.7	4.1
fem.	697.2	69.2	21.4	16.7	126.9	311.4	3.2	29.7	11.6	4.7	2.0
masc.	874.4	83.6	36.0	17.3	125.4	351.8	-	113.8	44.5	24.6	6.0

(continúa)

Cuadro 3 (conclusión)

País sexo	Todas las causas	Enfermedades trasmisibles			Enfermedades genético-degenerativas		Otras de causas internas	Causas externas			
		Todas las trasmisibles[a/]	VIH-SIDA	Respiratorias agudas[b/]	Tumores[c/]	Sistema circulatorio[d/]	Embarazo, parto y puerperio[e/]	Todas las causas externas[f/]	Accidentes vehiculares[g/]	Homicidios	Suicidios
Uruguay (2000)											
ambos sexos	1464.2	90.0	6.9	45.1	408.3	558.2	0.6	81.7	13.7	6.7	24.5
fem.	1283.8	67.9	2.8	43.9	331.0	535.4	0.6	41.7	5.9	3.3	7.6
masc.	1670.2	89.9	11.6	46.5	496.4	584.5	-	127.0	22.4	10.6	43.6
Venezuela (2000)											
ambos sexos	748.1	53.5	10.3	16.9	138.9	286.6	3.9	107.3	30.8	31.5	8.0
fem.	612.0	39.8	3.0	15.3	137.2	256.3	3.9	30.1	10.4	4.2	2.0
masc.	886.7	67.3	17.7	18.5	140.8	317.5	-	185.8	51.6	59.1	14.3
América Latina y el Caribe[h/]											
ambos sexos	977.5	89.3	12.7	39.1	176.2	341.4	4.4	101.9	26.7	31.1	7.4
fem.	830.5	71.5	5.9	36.6	166.8	320.2	4.4	33.8	10.1	5.5	2.7
masc.	1134.6	105.6	20.2	41.7	186.2	364.0	-	174.7	44.4	58.5	12.5

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de Salud en las Américas. Edición 2003" [en línea] (http://paho.or[g/] english/DBI/MDS/HIA_2002 htm), 2004.

[a/] Incluye enfermedades infecciosas intestinales, tuberculosis, septicemia (excepto neonatal), meningitis, síndrome del VIH-SIDA e infecciones respiratorias agudas.

[b/] No incluye las enfermedades crónicas de las vías respiratorias inferiores y otras no agudas.

[c/] Incluye neoplasias malignas de estómago, colon, recto y ano; de la tráquea, bronquios y pulmones; de seno, útero y placenta en mujeres, y de próstata en varones: sistema hematopoyético y linfático.

[d/] Incluye enfermedad hipertensiva e isquémica del corazón, de circulación pulmonar y otras cardiacas.

[e/] Se utilizó para ambos sexos la tasa correspondiente a las mujeres, ya que en este caso la población masculina no podría registrar defunciones por esta causa, por lo que no es significativa.

[f/] Incluye, además de las especificadas, eventos de intención no determinada, ahogamientos y accidentes que obstruyen la respiración, entre otras causas de muerte violenta.

[g/] Se refiere solo a accidentes de transporte terrestre.

[h/] Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14, cuya población en el año 2003 superaba los 500.000 habitantes.

Cuadro 4

AMÉRICA LATINA (14 PAÍSES): MORTALIDAD EN LA POBLACIÓN DE 25 A 44 AÑOS, SEGÚN CAUSAS Y SEXO

(Tasas estimadas por cada 100.000 habitantes)

País sexo	Todas las causas	Enfermedades trasmisibles			Enfermedades genético-degenerativas		Otras de causas internas	Causas externas			
		Todas las trasmisibles[a/]	VIH-SIDA	Respiratorias agudas[b/]	Tumores[c/]	Sistema circulatorio[d/]	Embarazo, parto y puerperio[e/]	Todas las causas externas[f/]	Accidentes vehiculares[g/]	Homicidios	Suicidios
Argentina (1997)											
ambos sexos	169.4	25.4	14.2	2.6	34.1	28.8	4.1	50.0	12.2	6.2	6.0
fem.	123.5	16.5	6.8	2.0	40.2	20.7	4.1	18.8	4.6	1.7	3.1
masc.	215.9	34.4	21.8	3.2	27.9	37.0	-	81.6	19.9	10.7	8.9
Brasil (1998)											
ambos sexos	321.0	49.7	23.1	9.4	33.7	54.9	7.2	117.2	30.0	48.7	7.4
fem.	187.9	30.3	12.7	6.1	37.8	44.7	7.2	28.0	9.0	8.1	2.9
masc.	458.2	69.6	33.7	12.8	29.5	65.4	-	209.2	51.6	90.6	12.0
Chile (1999)											
ambos sexos	155.7	17.9	8.1	5.1	29.1	16.4	2.4	65.3	15.2	5.1	10.9
fem.	93.3	8.1	1.8	3.0	35.5	12.7	2.4	16.8	4.1	1.2	3.0
masc.	218.0	27.6	14.4	7.3	22.7	20.0	-	113.7	26.2	8.9	18.7
Colombia (1998)											
ambos sexos	285.3	22.3	10.3	3.5	29.1	25.4	10.4	180.2	30.7	117.3	7.9
fem.	145.8	12.8	3.6	2.8	35.1	23.8	10.4	39.7	11.6	17.8	3.4
masc.	432.7	32.3	17.4	4.2	22.9	27.2	-	328.8	51.0	222.4	12.7
Costa Rica (2001)											
ambos sexos	127.9	12.3	7.7	7.7	24.8	16.2	3.2	48.2	20.0	10.0	7.5
fem.	77.7	5.3	2.2	0.7	28.7	9.9	3.2	11.1	5.0	1.4	2.3
masc.	176.4	19.1	13.0	1.7	21.0	22.3	-	84.0	34.4	18.3	12.6
Ecuador (2000)											
ambos sexos	239.4	17.9	6.0	4.7	27.7	36.6	14.3	88.4	20.7	29.2	6.4
fem.	180.5	25.2	2.4	3.9	37.2	34.6	14.3	25.6	8.2	4.3	4.8
masc.	297.8	37.6	9.7	5.5	18.3	38.6	-	150.6	33.1	53.9	8.0
El Salvador (1999)											
ambos sexos	347.9	51.7	22.9	9.2	38.7	30.8	3.8	128.9	38.7	65.1	14.8
fem.	249.5	44.3	18.2	7.7	59.0	35.6	3.8	47.7	14.2	18.3	9.6
masc.	457.9	59.9	28.1	10.9	16.1	25.5	-	219.9	66.1	117.4	20.6
México (2000)											
ambos sexos	210.4	23.1	11.7	3.6	25.4	19.0	6.9	72.8	21.0	19.9	5.7
fem.	119.9	11.2	3.3	2.1	30.7	14.6	6.9	17.8	6.8	3.7	1.3
masc.	305.8	35.7	20.5	5.1	19.7	23.7	-	130.9	36.0	37.1	10.3
Nicaragua (2000)											
ambos sexos	283.0	27.2	2.5	6.0	35.5	34.3	19.2	97.1	25.7	19.8	19.9
fem.	203.0	25.4	2.3	5.4	49.9	30.6	19.2	31.3	9.2	4.7	9.1
masc.	367.3	29.1	2.8	6.5	20.4	38.2	-	166.4	43.1	35.7	31.3
Panamá (2000)											
ambos sexos	154.9	45.0	34.7	1.7	21.0	11.8	4.7	50.5	15.4	14.0	6.5
fem.	113.8	31.9	22.0	2.4	25.6	11.3	4.7	14.6	3.5	4.0	1.8
masc.	195.8	58.1	47.4	1.1	16.3	12.2	-	86.4	27.3	23.9	11.2
Perú (2000)											
ambos sexos	227.9	54.2	19.8	11.4	38.7	21.4	9.9	57.8	16.1	4.4	1.8
fem.	178.3	36.1	9.0	8.2	50.0	18.5	9.9	22.8	6.9	1.5	1.1
masc.	280.0	73.2	31.2	14.9	26.9	24.4	-	94.6	25.8	7.5	2.6
República Dominicana (1998)											
ambos sexos	209.7	52.6	31.7	2.5	23.3	34.0	5.1	60.3	22.5	14.9	2.9
fem.	172.9	44.1	26.2	2.3	32.7	35.7	5.1	20.5	8.3	2.9	1.8
masc.	244.9	60.7	37.0	2.8	14.2	32.3	-	98.4	36.1	26.3	4.0

(continúa)

Cuadro 4 (conclusión)

País sexo	Todas las causas	Enfermedades trasmisibles			Enfermedades genético-degenerativas		Otras de causas internas	Causas externas			
		Todas las trasmisibles[a/]	VIH-SIDA	Respiratorias agudas[b/]	Tumores[c/]	Sistema circulatorio[d/]	Embarazo, parto y puerperio[e/]	Todas las causas externas[f/]	Accidentes vehiculares[g/]	Homicidios	Suicidios
Uruguay (2000)											
ambos sexos	153.8	17.3	11.0	2.3	35.8	23.4	1.4	56.7	12.1	7.5	17.3
fem.	106.8	9.6	5.3	1.4	40.1	17.0	1.4	22.9	4.3	4.6	6.2
masc.	201.9	25.3	16.9	3.1	31.4	29.9	-	91.2	20.0	10.6	28.6
Venezuela (2000)											
ambos sexos	230.1	22.1	13.5	2.7	27.7	31.1	6.5	115.6	31.3	41.5	7.9
fem.	120.0	9.9	3.9	1.7	34.3	23.2	6.5	21.9	9.4	4.8	2.1
masc.	339.0	34.1	22.9	3.8	21.2	38.8	-	208.3	53.0	77.7	13.7
América Latina y el Caribe[g/]											
ambos sexos	258.8	35.7	16.9	6.3	30.9	35.8	7.3	100.0	25.0	39.3	7.0
fem.	155.5	21.8	8.2	4.2	36.7	29.4	7.3	25.0	8.1	6.6	2.7
masc.	365.3	50.8	25.9	8.4	24.8	42.5	-	177.4	42.4	73.0	11.4

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de Salud en las Américas. Edición 2003" [en línea] (http://paho.or[g/] english/DBI/MDS/HIA_2002 htm), 2004.

[a/] Incluye enfermedades infecciosas intestinales, tuberculosis, septicemia (excepto neonatal), meningitis, síndrome del VIH-SIDA e infecciones respiratorias agudas.

[b/] No incluye las enfermedades crónicas de las vías respiratorias inferiores y otras no agudas.

[c/] Incluye neoplasias malignas de estómago, colon, recto y ano; de la tráquea, bronquios y pulmones; de seno, útero y placenta en mujeres, y de próstata en varones: sistema hematopoyético y linfático.

[d/] Incluye enfermedad hipertensiva e isquémica del corazón, de circulación pulmonar y otras cardiacas.

[e/] Se utilizó para ambos sexos la tasa correspondiente a las mujeres, ya que en este caso la población masculina no podría registrar defunciones por esta causa, por lo que no es significativa.

[f/] Incluye, además de las especificadas, eventos de intención no determinada, ahogamientos y accidentes que obstruyen la respiración, entre otras causas de muerte violenta.

[g/] Se refiere solo a accidentes de transporte terrestre.

[h/] Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron solo 14, cuya población en el año 2003 superaba los 500.000 habitantes.

Cuadro 1

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): TASAS DE ANALFABETISMO FUNCIONAL[a/] ENTRE LA POBLACIÓN DE 15 A 59 AÑOS DE EDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y SEXO, TOTAL NACIONAL, 1990-2002

(En porcentajes)

País	Año	Grupo de edad									Total 15 a 29 años			30 a 59 años		
		15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años								
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	4.1	4.3	3.9	2.2	1.6	2.8	6.7	5.7	7.6	4.3	3.9	4.8	13.5	12.3	14.6
	2002	2.4	2.9	2.0	1.2	1.8	0.6	1.3	1.8	0.8	1.6	2.2	1.1	5.5	6.5	4.6
Argentina (urbano)	2002	2.1	2.4	1.7	1.3	1.8	0.9	1.8	2.2	1.4	1.7	2.2	1.3	5.9	6.4	5.5
Bolivia (Ocho ciudades principales y El Alto)	1989	3.5	1.8	4.8	4.9	2.5	7.1	10.6	5.4	14.9	6.0	3.1	8.6	23.9	14.2	32.6
	2002	3.0	2.2	3.7	3.1	2.0	4.1	9.0	4.4	12.8	4.7	2.7	6.3	16.5	7.8	24.4
Bolivia	2002	6.4	4.9	8.0	10.4	6.6	13.9	15.9	11.4	20.1	10.2	7.1	13.2	31.0	21.0	40.5
Brasil	1990	26.8	31.0	22.5	23.0	25.9	20.1	23.8	25.4	22.4	24.7	27.7	21.7	41.0	39.8	42.1
	2001	12.4	14.7	10.1	14.4	17.0	11.9	17.8	20.0	15.8	14.6	17.0	12.4	29.0	29.6	28.4
Chile	1990	2.8	2.9	2.6	4.2	4.8	3.7	4.7	5.2	4.3	3.9	4.3	3.5	13.1	12.3	13.9
	2000	0.8	0.9	0.8	1.6	1.8	1.4	1.9	2.3	1.5	1.4	1.6	1.2	7.7	7.7	7.7
Colombia	1991	13.3	15.4	11.3	16.1	18.3	14.3	15.8	16.8	15.0	15.0	16.7	13.5	33.2	32.6	33.8
	2002	7.1	8.5	5.6	8.4	9.5	7.4	10.4	11.2	9.7	8.5	9.6	7.4	22.7	23.1	22.4
Costa Rica	1990	9.6	10.6	8.6	6.9	8.0	5.7	8.2	8.4	8.1	8.3	9.1	7.5	25.0	23.9	26.1
	2002	4.9	5.4	4.4	6.3	7.2	5.3	9.8	9.9	9.7	6.7	7.1	6.2	12.6	12.5	12.7
Ecuador (urbano)	1990	4.0	4.6	3.4	3.3	3.4	3.1	5.3	4.5	5.9	4.1	4.2	4.1	13.7	11.6	15.6
	2002	3.2	3.4	3.1	4.7	4.9	4.6	3.6	3.7	3.6	3.9	4.0	3.7	9.5	8.2	10.7
El Salvador	1995	23.8	25.4	22.2	25.5	24.8	26.3	30.5	27.4	33.1	26.0	25.7	26.3	48.5	43.7	52.3
	2001	14.1	14.7	13.5	18.1	17.1	19.1	21.8	20.5	22.9	17.6	17.0	18.1	39.2	34.2	43.2
Guatemala	1989	46.6	41.2	51.8	52.0	45.3	57.6	57.8	52.6	62.3	51.3	45.4	56.6	72.1	68.0	75.8
	2002	27.2	22.2	31.6	34.8	27.9	41.2	39.4	32.8	45.8	33.1	27.1	38.7	58.5	51.3	65.0
Honduras	1990	26.7	30.4	23.2	31.2	32.9	29.8	36.1	36.7	35.6	30.5	32.7	28.5	58.6	57.3	59.8
	2002	19.4	23.2	15.6	22.8	26.2	19.8	27.8	30.5	25.5	22.6	25.9	19.5	44.6	44.9	44.4

(continúa)

Cuadro 1 (conclusión)

País	Año	Grupo de edad									Total 15 a 29 años			30 a 59 años		
		15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años								
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
México	1989	16.6	15.7	17.5	18.9	17.5	20.1	23.5	21.2	25.5	19.2	17.7	20.6	50.4	46.9	53.7
	2002	5.5	4.9	6.1	8.0	6.6	9.2	9.6	8.8	10.3	7.5	6.5	8.4	25.5	23.6	27.1
Nicaragua	1993	30.4	35.0	25.8	29.4	32.3	26.8	29.2	28.8	29.6	29.8	32.5	27.2	51.1	48.6	53.4
	2001	22.7	27.2	17.9	25.9	27.9	24.0	28.0	32.0	24.1	25.0	28.6	21.5	43.9	42.5	45.1
Panamá	1991	4.3	5.1	3.6	4.9	5.6	4.2	5.3	6.3	4.5	4.8	5.6	4.0	16.5	16.9	16.1
	2002	4.6	4.5	4.6	7.0	6.3	7.6	7.3	7.4	7.2	6.2	5.9	6.4	11.8	11.6	12.0
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	3.6	2.2	4.7	1.9	1.4	2.4	4.8	5.8	3.9	3.4	2.9	3.7	9.9	7.5	12.1
	2000	2.7	1.6	3.8	4.0	2.9	4.9	6.3	3.5	8.8	4.1	2.5	5.5	11.0	10.3	11.6
Paraguay	2000	7.4	7.5	7.3	10.4	11.1	9.6	10.8	9.6	11.9	9.2	9.1	9.3	22.6	20.9	24.2
Perú	2001	4.5	3.2	5.9	5.8	3.8	7.9	7.8	4.2	11.0	5.9	3.7	8.0	23.4	15.2	30.8
República Dominicana	2002	8.7	11.4	5.6	11.8	14.3	9.2	14.8	17.2	12.4	11.4	13.9	8.7	25.0	25.7	24.4
Uruguay (urbano)	1990	1.1	1.1	1.2	1.6	0.9	2.3	1.9	2.4	1.5	1.5	1.4	1.6	10.0	10.6	9.4
	2002	1.7	2.1	1.2	1.5	1.8	1.1	1.5	1.9	1.1	1.5	2.0	1.1	4.2	4.6	3.8
Venezuela	1990	8.2	10.2	6.2	7.1	8.1	6.0	8.7	9.0	8.4	8.0	9.2	6.8	19.4	17.5	21.3
	2002	4.7	6.1	3.3	5.6	7.0	4.1	7.3	8.8	5.9	5.8	7.2	4.3	13.7	13.8	13.6
América Latina[b/]	1990	19.0	20.3	17.8	19.9	20.3	19.5	22.1	21.6	22.6	20.1	20.6	19.7	39.0	37.0	40.8
	2002	10.8	11.5	10.0	13.4	13.4	13.4	15.8	15.9	15.7	13.0	13.3	12.7	26.9	25.5	28.0

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Población que tiene menos de 4 años de estudio en la educación formal.

[b/] Promedio simple de 11 países.

Cuadro 2

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): LOGRO EDUCATIVO EN ENSEÑANZA PRIMARIA[a/] ENTRE LA POBLACIÓN DE 15 A 59 AÑOS DE EDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y SEXO, TOTAL NACIONAL, 1990-2002

(En porcentajes)

País	Año	Grupo de edad									Total 15 a 29 años			30 a 59 años		
		15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años								
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	95.9	95.7	96.1	97.8	98.4	97.2	93.3	94.3	92.4	95.7	96.1	95.2	86.5	87.7	85.4
	2002	95.0	94.3	95.8	97.1	95.9	98.1	97.3	96.4	98.1	96.4	95.4	97.3	90.5	89.8	91.2
Argentina (urbano)	2002	94.7	93.6	95.8	96.8	95.9	97.6	96.2	95.4	96.9	95.9	94.9	96.8	89.9	89.6	90.2
Bolivia (Ocho ciudades principales y El Alto)	1989	81.4	85.6	77.9	81.6	86.1	77.5	70.2	76.3	65.1	78.2	83.1	74.0	51.7	59.8	44.5
	2002	82.5	83.8	81.5	84.2	88.3	80.5	74.7	81.1	69.2	81.0	84.7	77.8	57.8	67.4	49.1
Bolivia	2002	69.5	69.6	69.4	68.8	74.0	64.0	59.1	62.9	55.6	66.5	69.3	63.9	40.9	48.8	33.4
Brasil	1990	25.2	21.9	28.5	41.7	38.2	45.2	43.3	41.3	45.0	36.0	32.9	39.1	27.9	28.5	27.3
	2001	49.6	44.4	54.9	59.4	55.3	63.3	52.1	48.9	55.2	53.6	49.3	57.8	40.9	39.9	41.8
Chile	1990	81.2	79.4	83.0	82.5	81.3	83.6	79.0	79.1	78.9	80.9	79.9	81.9	60.2	62.5	58.2
	2000	88.7	87.1	90.3	91.1	91.1	91.1	89.7	88.9	90.4	89.8	88.9	90.6	73.2	73.9	72.5
Colombia	1991	80.0	77.1	82.7	78.5	76.5	80.2	79.1	78.7	79.5	79.2	77.4	80.9	61.7	62.7	60.8
	2002	89.7	88.0	91.5	88.4	87.0	89.6	85.6	84.2	86.9	88.1	86.6	89.5	73.1	72.7	73.4
Costa Rica	1990	82.4	81.0	84.0	87.0	84.6	89.6	86.6	86.3	87.0	85.2	83.7	86.8	66.2	67.9	64.5
	2002	88.7	87.3	90.3	87.2	86.5	87.9	84.6	84.8	84.4	87.1	86.4	87.9	81.5	82.0	81.1
Ecuador (urbano)	1990	93.2	91.9	94.5	95.4	95.0	95.7	92.7	93.8	91.6	93.8	93.5	94.0	81.3	83.7	79.0
	2002	94.0	93.2	94.8	93.0	92.6	93.4	94.0	94.3	93.7	93.6	93.2	94.0	87.3	88.9	85.9
El Salvador	1995	33.4	30.7	36.0	47.3	46.3	48.3	43.2	46.5	40.5	40.3	39.4	41.0	26.3	30.3	23.0
	2001	39.6	37.7	41.4	57.4	58.2	56.6	53.1	53.9	52.5	49.5	49.2	49.8	34.6	38.8	31.2
Guatemala	1989	40.5	44.8	36.3	38.9	43.8	34.9	34.0	38.9	29.8	38.3	42.9	34.1	21.8	25.1	18.9
	2002	60.8	64.8	57.2	55.9	61.5	50.8	52.2	60.7	44.0	56.8	62.5	51.5	34.4	40.5	28.9
Honduras	1990	57.9	54.4	61.4	57.4	56.6	58.1	51.0	50.7	51.3	56.0	54.1	57.7	31.5	32.6	30.6
	2002	68.4	64.3	72.5	66.7	63.4	69.6	61.7	59.7	63.4	66.2	63.0	69.2	46.0	45.9	46.1
México	1989	83.4	84.3	82.5	81.1	82.5	79.9	76.5	78.8	74.5	80.8	82.3	79.4	49.6	53.1	46.3
	2002	91.8	92.1	91.5	88.9	90.3	87.6	85.7	87.1	84.5	89.1	90.2	88.2	68.3	70.6	66.2
Nicaragua	1993	55.2	51.6	58.8	57.1	55.6	58.5	57.5	58.6	56.4	56.4	54.8	58.0	37.8	40.9	35.0
	2001	64.5	58.6	70.8	62.5	59.8	65.1	60.2	57.7	62.7	62.8	58.7	66.9	44.1	45.0	43.3

(continúa)

Cuadro 2 (conclusión)

País	Año	Grupo de edad									Total 15 a 29 años			30 a 59 años		
		15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años								
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Panamá	1991	91.4	90.0	92.8	91.0	89.4	92.6	91.3	90.7	91.9	91.2	90.0	92.5	76.4	76.0	76.8
	2002	91.5	90.9	92.2	89.8	90.3	89.3	89.3	88.8	89.7	90.3	90.1	90.5	83.7	83.7	83.7
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	91.1	93.9	88.7	94.4	95.0	93.9	91.5	90.7	92.1	92.4	93.4	91.5	80.8	83.5	78.5
	2000	92.7	91.8	93.5	92.7	95.7	90.4	90.6	94.2	87.3	92.1	93.7	90.8	80.5	83.4	78.2
Paraguay	2000	80.8	77.4	84.7	80.7	79.7	81.6	78.3	79.8	76.9	80.1	78.7	81.6	60.9	63.1	58.8
Perú	2001	89.4	91.0	87.8	88.6	91.9	85.3	85.4	90.0	81.3	88.0	91.0	85.1	60.0	67.3	53.4
República Dominicana	2002	62.7	57.0	69.0	70.3	65.8	75.1	63.6	60.0	66.9	65.5	60.8	70.5	50.1	49.3	50.9
Uruguay (urbano)	1990	96.5	95.6	97.4	96.1	96.4	95.8	95.2	94.3	96.0	96.0	95.5	96.5	80.6	80.3	80.8
	2002	96.3	95.6	97.0	97.1	96.5	97.6	96.2	95.6	96.9	96.5	95.9	97.2	91.2	90.7	91.6
Venezuela	1990	35.4	30.0	41.2	50.0	46.2	53.9	48.4	45.8	51.1	43.9	39.8	48.2	35.0	36.3	33.7
	2002	52.7	45.8	59.9	60.9	55.1	66.9	58.1	53.6	62.6	57.1	51.2	63.1	46.5	45.5	47.5
América Latina[b/]	1990	60.5	58.7	62.5	64.8	63.7	65.9	62.7	63.2	62.4	62.6	61.6	63.6	44.9	46.9	43.2
	2002	66.7	65.0	68.4	67.9	67.6	68.3	64.9	65.0	64.9	66.7	65.9	67.4	52.7	53.9	51.7

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.
[a/] Población que completó el ciclo educativo básico del país, según la Clasificación Internacional Normalizada de la Educación (CINE) de 1997.
[b/] Promedio simple de 11 países.

Cuadro 3

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): LOGRO EDUCATIVO EN ENSEÑANZA SECUNDARIA[a/] ENTRE LA POBLACIÓN DE 15 A 59 AÑOS DE EDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y SEXO, TOTAL NACIONAL, 1990-2002

(En porcentajes)

País	Año	Grupo de edad						Total 15 a 29 años			30 a 59 años		
		20 a 24 años			25 a 29 años								
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990 2002	44.8 63.5	41.2 57.6	48.4 68.8	45.5 53.0	43.2 49.8	47.5 56.0	33.5 44.4	29.7 40.6	37.4 48.0	34.0 45.6	32.9 41.9	34.9 48.9
Argentina (urbano)	2002	62.1	55.8	67.7	56.4	53.4	59.1	45.2	41.0	49.0	45.3	42.4	47.9
Bolivia (Ocho ciudades principales y El Alto)	1989 2002	56.1 64.6	58.8 66.8	53.6 62.7	48.7 56.3	52.8 60.8	45.3 52.4	39.4 45.1	41.6 48.0	37.5 42.7	35.6 38.1	41.8 43.8	30.0 32.9
Bolivia	2002	48.7	50.9	46.7	41.1	43.1	39.4	32.0	32.9	31.1	25.1	29.0	21.5
Brasil	1990 2001	21.1 37.1	17.7 32.3	24.4 41.8	26.7 34.2	24.4 30.8	28.9 37.5	16.3 26.5	14.0 23.0	18.6 30.0	18.6 27.2	18.8 25.9	18.4 28.3
Chile	1990 2000	50.4 65.7	48.8 64.6	52.0 66.8	47.5 64.4	46.6 63.7	48.4 65.0	36.8 47.1	35.2 46.0	38.4 48.2	34.3 46.0	36.4 46.9	32.4 45.2
Colombia	1991 2002	32.8 56.4	30.5 53.4	34.6 59.0	34.5 49.9	34.2 47.5	34.8 52.2	25.2 42.1	23.4 39.0	26.8 44.9	21.8 34.3	23.6 34.4	20.1 34.1
Costa Rica	1990 2002	28.9 37.8	26.6 36.1	31.3 39.7	34.4 34.8	32.6 33.5	36.0 35.9	24.4 27.0	22.8 25.5	26.1 28.5	22.9 32.4	23.8 31.7	22.1 33.0
Ecuador (urbano)	1990 2002	48.1 53.2	44.8 51.9	51.0 54.5	48.1 53.1	47.4 53.1	48.7 53.1	35.6 40.3	32.8 38.7	38.2 41.8	31.8 44.9	33.8 45.0	29.9 44.7
El Salvador	1995 2001	27.2 37.6	25.8 37.6	28.5 37.6	27.9 35.9	28.8 34.6	27.1 36.8	17.8 25.9	17.0 24.9	18.6 26.9	16.9 23.0	18.9 25.5	15.3 21.0
Guatemala	1989 2002	10.9 17.0	12.5 17.2	9.5 16.8	11.5 15.3	12.6 15.2	10.5 15.4	7.2 11.5	7.7 11.6	6.7 11.4	6.6 11.5	7.5 13.2	5.8 9.9
Honduras	1990 2002	15.7 19.4	13.4 16.7	17.7 21.8	17.0 19.8	16.5 17.7	17.5 21.5	10.8 14.3	9.4 12.1	12.0 16.4	11.4 16.9	11.6 16.2	11.2 17.5
México	1989 2002	21.9 38.3	24.6 37.0	19.4 39.4	22.9 35.2	27.8 37.0	18.6 33.6	15.7 27.4	17.7 26.9	13.9 27.7	12.3 24.3	17.0 26.0	7.9 22.8
Nicaragua	1993 2001	14.4 26.4	12.4 22.8	16.1 29.7	19.8 22.7	17.8 18.8	21.6 26.4	12.3 18.5	11.0 14.9	13.7 22.1	12.3 15.9	13.7 16.3	11.1 15.5

(continúa)

Cuadro 3 (conclusión)

País	Año	Grupo de edad						Total 15 a 29 años			30 a 59 años		
		20 a 24 años			25 a 29 años								
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Panamá	1991 2002	44.6 46.7	41.9 42.4	47.2 51.0	44.6 46.5	41.8 42.0	47.0 50.5	33.5 34.8	30.6 30.9	36.4 38.8	30.7 37.9	29.9 35.3	31.4 40.5
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990 2000	48.6 54.3	50.3 53.7	47.1 54.7	42.6 51.2	42.3 51.6	42.9 50.8	34.7 38.3	34.4 37.4	35.0 39.1	37.4 40.5	39.4 43.6	35.5 37.9
Paraguay	2000	36.9	35.6	38.2	31.9	30.2	33.3	23.7	21.5	25.9	20.9	21.2	20.7
Perú	2001	61.4	64.4	58.4	59.7	63.9	56.0	46.3	47.8	44.9	42.9	47.9	38.2
República Dominicana	2002	39.9	33.2	47.1	37.0	32.9	40.9	27.9	23.4	32.7	26.9	26.0	27.7
Uruguay (urbano)	1990 2002	31.9 36.8	27.2 31.2	36.2 42.2	27.3 38.3	25.1 33.7	29.4 42.7	21.1 27.3	18.2 22.9	23.9 31.7	18.9 31.9	17.3 28.7	20.1 34.7
Venezuela	1990 2002	15.6 45.4	14.3 39.7	17.0 51.2	18.0 43.0	16.2 38.1	19.8 48.1	11.4 36.8	10.1 31.8	12.6 41.9	12.8 33.4	13.9 31.9	11.7 34.9
América Latina[b/]	1990 2002	25.8 34.8	24.4 32.7	27.1 36.7	27.7 32.6	27.2 31.0	28.2 34.1	19.2 25.0	18.1 23.2	20.3 26.8	18.2 24.5	19.6 24.7	17.0 24.3

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Población que completó el ciclo educativo secundario del país, según la Clasificación Internacional Normalizada de la Educación (CINE) de 1997.

[b/] Promedio simple de 11 países.

Cuadro 4

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): LOGRO EDUCATIVO EN ENSEÑANZA TERCIARIA[a/] ENTRE LA POBLACIÓN DE 15 A 59 AÑOS DE EDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y SEXO, TOTAL NACIONAL, 1990-2002

(En porcentajes)

País	Año	Grupo de edad: 25 a 29 años			Total 15 a 29 años años			30 a 59 años		
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990 2002	7.5 9.8	6.0 10.8	8.9 8.9	2.7 4.1	2.1 4.5	3.4 3.7	7.6 11.4	8.4 12.4	6.9 10.5
Argentina (urbano)	2002	9.9	9.6	10.2	3.7	3.6	3.9	10.3	10.9	9.8
Bolivia (Ocho ciudades principales y El Alto)	1989 2002	8.8 12.1	10.9 11.4	7.0 12.7	3.4 4.0	4.0 3.7	2.9 4.3	8.7 11.5	14.3 15.1	3.7 8.3
Bolivia	2002	7.9	7.2	8.5	2.5	2.2	2.8	6.7	8.4	5.0
Brasil	1990 2001	6.2 6.3	5.4 5.5	6.8 7.1	2.5 2.7	2.1 2.1	2.8 3.2	6.6 8.0	7.0 7.8	6.1 8.3
Chile	1990 2000	5.9 8.6	5.7 8.4	6.0 8.7	2.3 3.3	2.1 3.2	2.5 3.3	6.4 8.1	8.1 9.4	4.9 6.8
Colombia	1991 2002	8.3 15.9	8.3 14.8	8.3 16.9	3.6 8.3	3.3 7.2	3.9 9.2	7.1 13.5	8.8 14.1	5.7 13.0
Costa Rica	1990 2002	4.3 8.1	4.3 8.5	4.2 7.8	1.7 2.9	1.6 3.0	1.8 2.8	5.4 7.9	6.3 8.6	4.6 7.3
Ecuador (urbano)	1990 2002	9.9 10.7	9.7 11.3	10.0 10.2	3.7 4.4	3.4 4.2	3.9 4.5	9.5 14.3	12.8 16.4	6.4 12.2
El Salvador	1995 2001	3.6 4.6	4.2 4.2	3.0 4.9	1.1 1.4	1.2 1.2	1.0 1.5	3.2 5.2	4.8 6.6	1.9 4.0
Guatemala	1989 2002	2.1 2.6	2.8 3.0	1.6 2.2	0.8 1.2	1.0 1.4	0.7 1.0	1.7 3.4	2.5 4.6	1.0 2.2
Honduras	1990 2002	3.0 3.6	4.1 3.3	2.2 3.8	1.2 1.4	1.3 1.3	1.0 1.6	2.3 3.8	3.0 4.6	1.7 3.2
México	1989 2002	7.1 15.3	8.9 18.0	5.6 12.9	2.4 7.0	2.8 7.6	2.1 6.3	5.6 10.8	8.5 13.3	2.8 8.6
Nicaragua	1993 2001	3.2 3.8	2.8 3.3	3.5 4.3	1.0 1.8	0.9 1.3	1.1 2.2	3.8 4.9	5.0 6.3	2.7 3.7
Panamá	1991 2002	7.8 10.4	6.8 7.1	8.8 13.4	2.7 4.0	2.3 2.6	3.2 5.4	8.2 9.9	8.7 8.9	7.8 11.0
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990 2000	7.4 10.2	3.5 11.6	10.4 8.9	2.7 3.0	1.7 3.9	3.5 2.3	7.9 8.8	10.7 9.3	5.3 8.3
Paraguay	2000	4.8	5.6	4.1	1.4	1.7	1.2	3.9	4.2	3.7
Perú	2001	13.3	12.8	13.7	5.7	5.0	6.4	12.2	14.0	10.5
República Dominicana	2002	10.0	7.8	12.1	4.4	3.2	5.7	11.0	11.3	10.7
Uruguay (urbano)	1990 2002	4.6 5.0	4.5 4.1	4.7 5.8	1.7 1.8	1.6 1.4	1.7 2.2	4.0 5.7	4.8 6.2	3.3 5.3
Venezuela	1990 2002	7.8 7.5	6.8 5.6	8.9 9.4	3.3 3.6	2.9 2.7	3.7 4.7	8.3 9.1	9.3 7.9	7.2 10.3
América Latina[b/]	1990 2002	4.4 6.5	4.4 6.1	4.4 6.8	1.7 2.7	1.6 2.4	1.8 2.9	4.5 6.2	5.5 7.0	3.6 5.5

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Población que completó un ciclo educativo superior de 5 años, con excepción de Brasil, México y República Dominicana, para los cuales se consideraron 4 años.

[b/] Promedio simple de 11 países.

Cuadro 5

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): LOGRO EDUCATIVO EN ENSEÑANZA PRIMARIA[a/] ENTRE LA POBLACIÓN DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y QUINTILES SELECCIONADOS, TOTAL NACIONAL, 1990-2002

(En porcentajes)

País	Año	Grupo de edad												Total 15 a 29 años			
		15 a 19 años				20 a 24 años				25 a 29 años							
			Quintil		Raz		Quintil		Raz		Quintil		Raz		Quintil		Raz
		Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990 2002	95.9 95.0	92.3 91.4	100.0 100.0	1.1 1.1	97.8 97.1	93.5 93.4	100.0 98.8	1.1 1.1	93.3 97.3	84.9 93.7	99.3 100.0	1.2 1.1	95.7 96.4	90.4 92.5	99.7 99.6	1.1 1.1
Argentina (urbano)	2002	94.7	90.7	99.9	1.1	96.8	92.9	99.1	1.1	96.2	90.5	99.9	1.1	95.9	91.3	99.6	1.1
Bolivia (Ocho ciudades principales y El Alto)	1989 2002	81.4 82.5	78.5 78.5	80.7 87.0	1.0 1.1	81.6 84.2	79.9 76.5	84.2 90.1	1.1 1.2	70.2 74.7	56.9 49.0	82.9 98.3	1.5 2.0	78.2 81.0	73.1 69.8	82.6 91.3	1.1 1.3
Bolivia	2002	69.5	61.1	80.7	1.3	68.8	54.1	78.4	1.4	59.1	33.4	76.7	2.3	66.5	51.9	78.7	1.5
Brasil	1990 2001	25.2 49.6	9.3 25.4	50.9 82.6	5.5 3.3	41.7 59.4	18.6 30.4	68.7 90.0	3.7 3.0	43.3 52.1	15.7 23.8	75.7 87.7	4.8 3.7	36.0 53.6	13.8 26.5	66.0 86.9	4.8 3.3
Chile	1990 2000	81.2 88.7	73.5 81.2	90.9 95.8	1.2 1.2	82.5 91.1	70.7 81.8	92.5 96.9	1.3 1.2	79.0 89.7	62.3 78.8	92.1 98.1	1.5 1.2	80.9 89.8	69.1 80.7	91.9 97.1	1.3 1.2
Colombia	1991 2002	80.0 89.7	77.5 86.8	83.9 93.8	1.1 1.1	78.5 88.4	66.4 83.9	84.4 93.1	1.3 1.1	79.1 85.6	63.9 76.0	90.5 92.5	1.4 1.2	79.2 88.1	70.5 83.3	86.2 93.1	1.2 1.1
Costa Rica	1990 2002	82.4 88.7	74.3 81.3	91.9 92.9	1.2 1.1	87.0 87.2	75.4 73.6	94.0 94.5	1.2 1.3	86.6 84.6	72.9 68.3	94.2 96.2	1.3 1.4	85.2 87.1	74.2 76.4	93.5 94.6	1.3 1.2
Ecuador (urbano)	1990 2002	93.2 94.0	91.4 89.9	94.0 98.5	1.0 1.1	95.4 93.0	91.7 83.3	97.6 97.1	1.1 1.2	92.7 94.0	86.6 85.3	96.7 98.6	1.1 1.2	93.8 93.6	90.1 86.5	96.2 98.0	1.1 1.1
El Salvador	1995 2001	33.4 39.6	21.3 24.6	46.4 55.9	2.2 2.3	47.3 57.4	27.0 36.9	66.4 74.5	2.5 2.0	43.2 53.1	20.8 29.8	70.7 79.2	3.4 2.7	40.3 49.5	22.8 29.9	60.3 70.2	2.6 2.3
Guatemala	1989 2002	40.5 60.8	28.0 50.8	56.9 79.5	2.0 1.6	38.9 55.9	19.4 33.6	58.8 68.7	3.0 2.0	34.0 52.2	13.2 27.0	62.1 69.3	4.7 2.6	38.3 56.8	21.2 37.5	59.0 72.4	2.8 1.9
Honduras	1990 2002	57.9 68.4	49.6 53.8	71.9 84.8	1.4 1.6	57.4 66.7	39.3 46.8	76.8 85.0	2.0 1.8	51.0 61.7	35.2 36.8	76.0 87.2	2.2 2.4	56.0 66.2	43.2 47.8	74.7 85.5	1.7 1.8
México	1989 2002	83.4 91.8	79.0 85.0	85.9 95.9	1.1 1.1	81.1 88.9	70.5 73.9	87.7 95.9	1.2 1.3	76.5 85.7	55.7 64.1	89.4 96.9	1.6 1.5	80.8 89.1	71.0 76.5	87.6 96.2	1.2 1.3
Nicaragua	1993 2001	55.2 64.5	46.1 48.8	69.9 79.8	1.5 1.6	57.1 62.5	49.1 44.4	74.0 82.4	1.5 1.9	57.5 60.2	44.9 43.6	75.7 83.1	1.7 1.9	56.4 62.8	46.7 46.4	73.1 81.6	1.6 1.8

(continúa)

Cuadro 5 (conclusión)

País	Año	Grupo de edad												Total 15 a 29 años			
		15 a 19 años				20 a 24 años				25 a 29 años							
			Quintil		Raz		Quintil		Raz		Quintil		Raz		Quintil		Raz
		Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20
Panamá	1991	91.4	86.4	95.8	1.1	91.0	84.6	94.7	1.1	91.3	84.8	98.0	1.2	91.2	85.5	96.1	1.1
	2002	91.5	85.1	96.8	1.1	89.8	79.7	95.0	1.2	89.3	78.6	94.9	1.2	90.3	81.7	95.5	1.2
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	91.1	83.2	94.4	1.1	94.4	93.0	96.2	1.0	91.5	82.9	97.2	1.2	92.4	86.0	95.9	1.1
	2000	92.7	85.0	95.6	1.1	92.7	86.1	99.3	1.2	90.6	87.2	100.0	1.1	92.1	86.0	98.2	1.1
Paraguay	2000	80.8	73.0	91.5	1.3	80.7	65.0	89.7	1.4	78.3	62.3	93.1	1.5	80.1	68.3	91.4	1.3
Perú	2001	89.4	83.8	93.5	1.1	88.6	78.0	94.0	1.2	85.4	69.9	95.6	1.4	88.0	78.7	94.3	1.2
República Dominicana	2002	62.7	56.2	75.4	1.3	70.3	62.4	82.4	1.3	63.6	43.7	79.4	1.8	65.5	55.1	79.3	1.4
Uruguay (urbano)	1990	96.5	93.1	99.6	1.1	96.1	88.5	99.4	1.1	95.2	87.4	99.7	1.1	96.0	90.4	99.6	1.1
	2002	96.3	93.5	99.3	1.1	97.1	92.5	99.8	1.1	96.2	91.5	99.6	1.1	96.5	92.7	99.6	1.1
Venezuela	1990	35.4	28.7	53.0	1.8	50.0	40.4	68.6	1.7	48.4	29.3	71.0	2.4	43.9	32.3	64.5	2.0
	2002	52.7	36.8	76.2	2.1	60.9	37.6	83.9	2.2	58.1	32.2	84.1	2.6	57.1	35.8	81.6	2.3
América Latina[b/]	1990	60.5	52.2	72.5	1.4	64.8	51.0	78.8	1.5	62.7	45.3	81.4	1.8	62.6	50.0	77.5	1.5
	2002	66.7	56.6	78.0	1.4	67.9	53.2	79.6	1.5	64.9	47.9	80.5	1.7	66.7	53.3	79.4	1.5

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Población que completó el ciclo educativo básico del país, según la Clasificación Internacional Normalizada de la Educación (CINE) de 1997.

[b/] Promedio simple de 11 países.

Cuadro 6

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): LOGRO EDUCATIVO EN ENSEÑANZA SECUNDARIA[a/] ENTRE LA POBLACIÓN DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y QUINTILES SELECCIONADOS, TOTAL NACIONAL, 1990-2002

(En porcentajes)

País	Año	Grupo de edad												Total 15 a 29 años			
		15 a 19 años				20 a 24 años				25 a 29 años							
			Quintil		Raz		Quintil		Raz		Quintil		Raz		Quintil		Raz
		Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990 2002	13.8 17.6	7.6 7.2	24.6 33.0	3.2 4.6	44.8 63.5	15.8 30.9	77.2 94.9	4.9 3.1	45.5 53.0	13.9 20.2	79.2 89.2	5.7 4.4	33.5 44.4	11.4 17.3	64.0 75.7	5.6 4.4
Argentina (urbano)	2002	18.1	7.7	32.1	4.2	62.1	32.4	91.1	2.8	56.4	23.0	89.8	3.9	45.2	18.9	74.7	4.0
Bolivia (Ocho ciudades principales y El Alto)	1989 2002	17.1 18.7	14.2 13.0	21.8 28.1	1.5 2.2	56.1 64.6	52.4 49.3	68.3 81.3	1.3 1.6	48.7 56.3	37.7 25.1	68.8 93.8	1.8 3.7	39.4 45.1	32.6 26.3	52.1 66.6	1.6 2.5
Bolivia	2002	12.6	8.4	21.7	2.6	48.7	33.3	64.5	1.9	41.1	16.1	64.6	4.0	32.0	17.2	49.7	2.9
Brasil	1990 2001	3.8 10.9	0.5 2.5	11.4 28.5	22.8 11.4	21.1 37.1	5.2 11.3	47.0 77.1	9.0 6.8	26.7 34.2	5.3 9.2	62.0 76.8	11.7 8.3	16.3 26.5	3.2 7.1	42.0 61.5	13.1 8.7
Chile	1990 2000	12.9 15.7	6.6 8.8	20.3 26.4	3.1 3.0	50.4 65.7	26.3 43.2	76.6 87.9	2.9 2.0	47.5 64.4	21.1 36.5	77.5 90.6	3.7 2.5	36.8 47.1	17.1 26.5	60.5 70.6	3.5 2.7
Colombia	1991 2002	10.4 23.0	5.6 15.2	16.9 36.5	3.0 2.4	32.8 56.4	16.1 40.1	50.7 76.6	3.1 1.9	34.5 49.9	12.1 26.0	64.0 76.5	5.3 2.9	25.2 42.1	10.4 25.4	44.4 64.9	4.3 2.6
Costa Rica	1990 2002	12.2 13.2	6.8 6.9	17.7 24.9	2.6 3.6	28.9 37.8	15.4 20.5	50.0 60.9	3.2 3.0	34.4 34.8	9.2 10.7	58.2 69.1	6.3 6.5	24.4 27.0	9.8 11.4	43.5 52.7	4.4 4.6
Ecuador (urbano)	1990 2002	15.2 18.6	9.6 10.5	22.8 32.3	2.4 3.1	48.1 53.2	33.8 26.4	66.8 81.7	2.0 3.1	48.1 53.1	26.4 23.5	78.2 80.6	3.0 3.4	35.6 40.3	21.4 19.1	57.1 65.5	2.7 3.4
El Salvador	1995 2001	5.2 8.0	2.1 2.8	10.7 15.4	5.1 5.5	27.2 37.6	12.8 17.6	46.1 59.9	3.6 3.4	27.9 35.9	7.6 15.0	58.6 67.4	7.7 4.5	17.8 25.9	6.4 10.7	36.8 48.4	5.8 4.5
Guatemala	1989 2002	1.5 3.7	0.4 2.9	3.3 4.9	8.3 1.7	10.9 17.0	2.9 5.3	25.3 30.6	8.7 5.8	11.5 15.3	1.6 2.6	32.0 33.1	20.0 12.7	7.2 11.5	1.5 3.6	19.1 22.9	12.7 6.4
Honduras	1990 2002	3.4 7.2	0.6 2.4	9.1 16.1	15.2 6.7	15.7 19.4	6.1 5.3	32.1 40.1	5.3 7.6	17.0 19.8	4.6 3.7	42.4 48.2	9.2 13.0	10.8 14.3	3.1 3.6	26.3 33.6	8.5 9.3
México	1989 2002	6.5 12.3	3.2 3.5	14.4 23.7	4.5 6.8	21.9 38.3	7.5 12.0	38.5 63.2	5.1 5.3	22.9 35.2	4.6 7.8	47.0 65.9	10.2 8.4	15.7 27.4	4.8 7.0	32.9 51.6	6.9 7.4
Nicaragua	1993 2001	5.4 10.2	3.0 4.2	11.2 24.1	3.7 5.7	14.4 26.4	9.9 9.4	26.0 50.2	2.6 5.3	19.8 22.7	6.6 4.1	39.4 41.4	6.0 10.1	12.3 18.5	6.0 5.6	25.1 37.9	4.2 6.8

(continúa)

Cuadro 6 (conclusión)

País	Año	Grupo de edad												Total 15 a 29 años			
		15 a 19 años				20 a 24 años				25 a 29 años							
			Quintil		Raz		Quintil		Raz		Quintil		Raz		Quintil		Raz
		Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20
Panamá	1991	14.5	7.4	29.2	3.9	44.6	27.8	66.7	2.4	44.6	20.5	76.2	3.7	33.5	16.6	58.1	3.5
	2002	14.6	7.4	22.0	3.0	46.7	26.1	65.0	2.5	46.5	19.7	70.8	3.6	34.8	16.6	53.6	3.2
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	14.7	6.2	24.8	4.0	48.6	34.2	63.4	1.9	42.6	23.6	73.5	3.1	34.7	19.5	53.8	2.8
	2000	15.8	5.8	18.6	3.2	54.3	21.8	81.8	3.8	51.2	26.1	81.0	3.1	38.3	17.2	60.1	3.5
Paraguay	2000	9.0	4.0	16.0	4.0	36.9	12.8	51.8	4.0	31.9	5.6	58.7	10.5	23.7	7.0	41.1	5.9
Perú	2001	24.5	14.2	34.1	2.4	61.4	44.4	72.3	1.6	59.7	30.9	84.0	2.7	46.3	26.4	64.1	2.4
República Dominicana	2002	11.4	6.3	23.3	3.7	39.9	32.3	61.6	1.9	37.0	17.8	55.5	3.1	27.9	17.1	47.8	2.8
Uruguay (urbano)	1990	7.8	2.5	20.0	8.0	31.9	9.5	64.6	6.8	27.3	5.2	60.5	11.6	21.1	5.0	51.3	10.3
	2002	9.4	2.9	24.8	8.6	36.8	12.1	79.7	6.6	38.3	9.6	81.4	8.5	27.3	7.5	64.2	8.6
Venezuela	1990	2.8	1.8	6.0	3.3	15.6	13.5	28.8	2.1	18.0	9.4	36.0	3.8	11.4	7.1	24.1	3.4
	2002	23.9	12.7	42.4	3.3	45.4	23.4	71.7	3.1	43.0	18.1	72.7	4.0	36.8	17.5	63.1	3.6
América Latina[b/]	1990	7.1	3.5	13.7	4.0	25.8	13.0	44.3	3.4	27.7	9.3	53.9	5.8	19.2	7.8	37.5	4.8
	2002	10.8	5.1	20.2	3.9	34.8	17.3	55.6	3.2	32.6	12.3	58.2	4.7	25.0	10.7	45.2	4.2

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Población que completó el ciclo educativo secundario del país, según la Clasificación Internacional Normalizada de la Educación (CINE) de 1997.

[b/] Promedio simple de 11 países.

Cuadro 7

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): LOGRO EDUCATIVO EN ENSEÑANZA TERCIARIA[a/] ENTRE LA POBLACIÓN DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y QUINTILES SELECCIONADOS, TOTAL NACIONAL, 1990-2002

(En porcentajes)

País	Año	Grupo de edad: 25 a 29 años				Total 15 a 29 años			
			Quintil		Raz		Quintil		Raz
		Total	1	5	20/20	Total	1	5	20/20
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990 2002	7.5 9.8	0.0 1.0	21.5 35.4	… 35.4	2.7 4.1	0.0 0.2	9.8 19.6	… 98.0
Argentina (urbano)	2002	9.9	0.6	31.9	53.2	3.7	0.2	16.4	82.0
Bolivia (Ocho ciudades principales y El Alto)	1989 2002	8.8 12.1	4.4 3.2	20.6 39.4	4.7 12.3	3.4 4.0	1.5 1.0	8.5 12.9	5.7 12.9
Bolivia	2002	7.9	1.7	23.8	14.0	2.5	0.5	8.6	17.2
Brasil	1990 2001	6.2 6.3	0.2 0.4	23.2 30.2	116.0 75.5	2.5 2.7	0.1 0.2	11.0 13.7	110.0 68.5
Chile	1990 2000	5.9 8.6	0.2 1.3	21.8 31.5	109.0 24.2	2.3 3.3	0.1 0.4	9.3 13.8	93.0 34.5
Colombia	1991 2002	8.3 15.9	0.7 3.4	25.4 46.5	36.3 13.7	3.6 8.3	0.7 2.0	11.7 26.4	16.7 13.2
Costa Rica	1990 2002	4.3 8.1	0.3 0.9	12.0 25.7	40.0 28.6	1.7 2.9	0.2 0.4	5.6 10.4	28.0 26.0
Ecuador (urbano)	1990 2002	9.9 10.7	2.6 2.1	22.7 30.0	8.7 14.3	3.7 4.4	1.2 1.1	9.0 12.5	7.5 11.4
El Salvador	1995 2001	3.6 4.6	0.3 1.3	12.6 11.7	42.0 9.0	1.1 1.4	0.1 0.3	4.4 4.1	44.0 13.7
Guatemala	1989 2002	2.1 2.6	0.0 0.1	8.6 10.7	… …	0.8 1.2	0.1 0.2	3.3 3.9	33.0 19.5
Honduras	1990 2002	3.0 3.6	0.5 0.2	10.7 13.8	21.4 69.0	1.2 1.4	0.2 0.1	3.9 5.9	19.5 59.0
México	1989 2002	7.1 15.3	0.5 1.0	19.1 35.8	38.2 35.8	2.4 7.0	0.1 0.6	7.4 17.6	74.0 29.3
Nicaragua	1993 2001	3.2 3.8	0.0 0.7	10.2 12.0	… 17.1	1.0 1.8	0.2 0.3	3.5 6.1	17.5 20.3
Panamá	1991 2002	7.8 10.4	1.7 1.3	23.9 28.6	14.1 22.0	2.7 4.0	0.5 0.5	9.2 12.9	18.4 25.8
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990 2000	4.6 5.0	0.2 0.3	16.9 19.0	84.5 63.3	1.7 1.8	0.1 0.1	7.1 7.8	71.0 78.0
Paraguay	2000	4.8	0.1	16.1	…	1.4	0.0	5.7	…
Perú	2001	13.3	3.2	31.5	9.8	5.7	1.4	14.5	10.4
República Dominicana	2002	10.0	2.9	22.7	7.8	4.4	1.2	11.7	9.8
Uruguay (urbano)	1990 2002	4.6 5.0	0.2 0.3	16.9 19.0	84.5 63.3	1.7 1.8	0.1 0.1	7.1 7.8	71.0 78.0
Venezuela	1990 2002	7.8 7.5	3.2 1.5	20.1 21.6	6.3 14.4	3.3 3.6	1.6 0.8	9.4 11.7	5.9 14.6
América Latina[b/]	1990 2002	4.4 6.5	0.6 0.9	14.1 20.1	22.1 23.0	1.7 2.7	0.3 0.4	5.9 9.1	17.4 22.2

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Población que completó un ciclo educativo superior de 5 años, con excepción de Brasil, México y República Dominicana, para los cuales se consideraron 4 años.

[b/] Promedio simple de 11 países.

Cuadro 8

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): TASAS DE ANALFABETISMO FUNCIONAL[a/] ENTRE LA POBLACIÓN DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y SEXO, ZONAS URBANAS Y RURALES, 1990-2002

(En porcentajes)

País	Año	Zona geográfica																		
		Zonas urbanas									Zonas rurales									
		Grupo de edad									Grupo de edad									
		15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años			15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años		
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	4.1	4.3	3.9	2.2	1.6	2.8	6.7	5.7	7.6	…	…	…	…	…	…	…	…	…
	2002	2.4	2.9	2.0	1.2	1.8	0.6	1.3	1.8	0.8	…	…	…	…	…	…	…	…	…
Argentina	2002	2.1	2.4	1.7	1.3	1.8	0.9	1.8	2.2	1.4	…	…	…	…	…	…	…	…	…
Bolivia (Ocho ciudades principales y El Alto)	1989	3.5	1.8	4.8	4.9	2.5	7.1	10.6	5.4	14.9	…	…	…	…	…	…	…	…	…
	2002	3.0	2.2	3.7	3.1	2.0	4.1	9.0	4.4	12.8	…	…	…	…	…	…	…	…	…
Bolivia	2002	3.4	2.5	4.2	3.8	2.6	5.0	9.0	5.1	12.2	…	…	…	…	…	…	…	…	…
Brasil	1990	18.4	21.3	15.5	15.9	17.8	14.2	16.8	17.7	16.0	49.0	54.6	42.5	45.4	49.2	41.1	47.8	49.4	46.1
	2001	9.1	10.7	7.6	10.6	12.3	9.0	13.5	14.7	12.4	28.6	32.9	23.7	37.5	42.4	31.7	44.4	49.9	38.4
Chile	1990	2.0	2.0	1.9	3.2	3.4	3.1	3.6	3.8	3.4	6.3	6.9	5.6	8.7	10.5	6.7	10.0	11.0	8.8
	2000	0.6	0.6	0.6	1.3	1.4	1.2	1.3	1.6	1.0	2.3	2.6	1.9	3.7	4.1	3.2	5.8	6.7	4.8
Colombia	1991	6.1	5.9	6.2	7.2	7.7	6.8	7.2	7.0	7.3	22.3	25.8	18.5	30.7	34.2	27.5	31.5	33.4	29.7
	2002	3.8	4.0	3.7	4.2	4.1	4.3	5.8	5.9	5.8	14.1	17.7	10.2	19.4	21.8	16.7	22.4	23.6	21.0
Costa Rica	1990	6.1	7.0	5.3	4.8	5.5	4.1	4.9	4.7	5.1	12.3	13.3	11.2	8.4	9.8	6.9	10.8	11.2	10.5
	2002	3.0	3.0	3.1	3.5	4.5	2.4	6.3	5.7	6.9	7.7	9.1	6.3	10.9	11.8	10.0	14.9	15.9	13.9
Ecuador	1990	4.0	4.6	3.4	3.3	3.4	3.1	5.3	4.5	5.9	…	…	…	…	…	…	…	…	…
	2002	3.2	3.4	3.1	4.7	4.9	4.6	3.6	3.7	3.6	…	…	…	…	…	…	…	…	…
El Salvador	1995	11.0	10.8	11.2	11.7	11.5	11.9	16.3	15.1	17.3	39.3	41.3	37.2	45.0	43.6	46.2	53.6	47.4	58.6
	2001	6.4	5.8	6.9	8.9	7.9	9.9	10.5	9.0	11.7	23.7	24.6	22.7	32.7	31.2	34.1	42.0	39.1	44.7
Guatemala	1989	23.4	15.7	29.7	24.6	16.5	30.9	31.7	27.0	35.8	59.6	53.8	65.5	69.8	62.9	75.8	75.6	70.0	80.5
	2002	13.0	9.3	16.3	14.5	9.6	18.9	16.6	10.2	22.8	36.7	31.0	41.6	48.3	39.8	56.5	56.9	50.2	63.4
Honduras	1990	12.8	12.4	13.2	15.6	16.7	14.7	18.7	18.0	19.3	37.4	42.5	32.0	46.0	46.7	45.3	51.8	52.1	51.5
	2002	8.7	9.8	7.7	10.6	12.2	9.4	13.5	13.9	13.2	29.0	33.7	23.6	36.1	39.7	32.3	42.9	46.3	39.7

(continúa)

Cuadro 8 (conclusión)

País	Año	Zona geográfica																	
		Zonas urbanas									Zonas rurales								
		Grupo de edad									Grupo de edad								
		15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años			15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años		
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
México	1989	10.1	8.1	11.9	9.9	7.9	11.9	13.0	11.4	14.4	28.3	28.2	28.4	37.4	38.2	36.7	45.2	42.3	47.7
	2002	3.9	2.3	5.5	4.9	3.9	5.9	5.1	4.2	5.8	7.9	9.0	6.9	14.3	12.6	15.9	19.4	18.9	19.9
Nicaragua	1993	13.3	15.2	11.6	14.1	14.5	13.7	15.1	14.2	15.9	52.1	58.4	45.2	49.7	55.5	44.3	53.2	53.9	52.6
	2001	10.7	13.5	8.1	13.2	14.8	11.7	16.2	19.2	13.4	40.1	45.3	33.8	44.9	46.0	43.7	47.1	51.5	42.5
Panamá	1991	3.1	3.4	2.8	3.5	4.1	3.0	3.5	3.9	3.2	7.4	8.9	5.6	8.7	9.4	7.9	10.6	12.5	8.6
	2002	1.9	2.4	1.3	2.3	2.6	2.0	2.7	3.2	2.3	9.4	8.1	11.0	16.3	13.6	19.1	16.1	15.2	16.9
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	3.6	2.2	4.7	1.9	1.4	2.4	4.8	5.8	3.9	…	…	…	…	…	…	…	…	…
	2000	2.7	1.6	3.8	4.0	2.9	4.9	6.3	3.5	8.8	…	…	…	…	…	…	…	…	…
Paraguay	2000	4.1	3.8	4.3	5.5	5.3	5.7	7.4	6.2	8.5	11.8	11.6	12.0	18.0	18.8	17.0	15.4	14.3	16.4
Perú	2001	2.7	1.6	3.7	2.3	1.9	2.7	3.2	1.7	4.5	8.1	6.0	10.6	13.9	8.1	19.9	19.5	10.1	28.7
República Dominicana	2002	6.5	8.5	4.3	7.4	9.1	5.7	10.5	12.1	9.1	12.5	16.1	8.1	21.1	23.5	17.7	24.8	28.3	21.0
Uruguay	1990	1.1	1.1	1.2	1.6	0.9	2.3	1.9	2.4	1.5	…	…	…	…	…	…	…	…	…
	2002	1.7	2.1	1.2	1.5	1.8	1.1	1.5	1.9	1.1	…	…	…	…	…	…	…	…	…
Venezuela	1990	5.4	6.6	4.1	4.4	5.0	3.8	5.9	5.7	6.2	23.7	27.6	18.7	23.7	26.5	20.4	29.0	30.4	27.1
	2002[b/]	4.7	6.1	3.3	5.6	7.0	4.1	7.3	8.8	5.9	…	…	…	…	…	…	…	…	…
América Latina[c/]	1990	8.2	7.7	8.5	8.3	7.7	8.8	10.7	9.8	11.4	31.4	33.4	29.2	35.0	36.0	33.8	39.0	38.3	39.5
	2002	4.9	4.9	5.0	5.9	5.8	6.0	7.5	6.9	8.2	20.0	21.4	18.2	26.4	26.3	26.3	31.2	31.7	30.5

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Población que tiene menos de 4 años de estudio en la educación formal.

[b/] Total nacional.

[c/] Promedio simple de 15 países y de 10 países, en las zonas urbanas y rurales, respectivamente.

Cuadro 9

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): LOGRO EDUCATIVO EN ENSEÑANZA PRIMARIA[a/] ENTRE LA POBLACIÓN DE 15 A 59 AÑOS DE EDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y SEXO, ZONAS URBANAS Y RURALES, 1990-2002

(En porcentajes)

País	Año	Zona geográfica											
		Zonas urbanas						Zonas rurales					
		Grupo de edad						Grupo de edad					
		15 a 29 años			30 a 59 años			15 a 29 años			30 a 59 años		
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	95.7	96.1	95.2	86.5	87.7	85.4	...	...	...	...	...	...
	2002	96.4	95.4	97.3	90.5	89.8	91.2	...	...	...	...	...	...
Argentina	2002	95.9	94.9	96.8	89.9	89.6	90.2	...	...	...	...	...	...
Bolivia (Ocho ciudades principales y El Alto)	1989	78.2	83.1	74.0	51.7	59.8	44.5	...	...	...	...	...	...
	2002	81.0	84.7	77.8	57.8	67.4	49.1	...	...	...	...	...	...
Bolivia	2002	80.0	83.1	77.3	56.2	65.6	47.5	...	...	...	...	...	...
Brasil	1990	43.9	40.9	46.7	34.4	35.6	33.3	12.3	10.8	13.9	6.2	6.3	6.0
	2001	59.1	55.1	62.8	46.0	45.6	46.3	23.1	19.6	27.1	10.4	8.9	12.0
Chile	1990	86.4	86.3	86.5	67.0	70.4	64.0	56.1	53.2	59.2	29.3	30.3	28.2
	2000	92.6	92.0	93.1	78.7	80.0	77.6	71.7	70.0	73.5	37.4	37.6	37.2
Colombia	1991	90.0	90.0	90.1	77.9	80.6	75.6	62.8	59.9	65.6	35.9	36.6	35.2
	2002	93.7	93.6	93.7	82.5	83.1	81.9	74.6	71.3	78.2	49.7	48.9	50.5
Costa Rica	1990	91.4	90.3	92.4	80.7	82.9	78.9	80.5	78.7	82.4	53.2	55.9	50.5
	2002	92.0	91.6	92.4	88.9	89.7	88.1	79.8	78.6	81.0	70.0	70.9	69.1
Ecuador	1990	93.8	93.5	94.0	81.3	83.7	79.0	...	...	...	...	...	...
	2002	93.6	93.2	94.0	87.3	88.9	85.9	...	...	...	...	...	...
El Salvador	1995	56.9	56.5	57.3	40.5	46.8	35.8	17.4	17.1	17.8	5.1	7.7	2.9
	2001	64.7	64.7	64.7	48.4	54.4	43.8	27.0	27.9	26.0	9.9	12.5	7.8
Guatemala	1989	64.4	70.4	59.5	45.1	51.4	39.8	22.1	27.1	17.4	7.4	9.8	5.0
	2002	80.2	85.6	75.2	61.0	68.4	54.7	40.6	46.5	35.1	16.2	22.3	10.5
Honduras	1990	74.8	75.2	74.4	52.9	56.6	49.8	39.9	38.1	41.7	15.0	15.6	14.4
	2002	82.1	81.1	82.9	66.2	67.6	65.1	50.4	47.1	53.9	25.9	26.4	25.4

(continúa)

Cuadro 9 (conclusión)

País	Año	Zona geográfica											
		Zonas urbanas						Zonas rurales					
		Grupo de edad						Grupo de edad					
		15 a 29 años			30 a 59 años			15 a 29 años			30 a 59 años		
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
México	1989	89.2	91.0	87.4	64.0	68.4	60.0	64.6	65.5	63.6	22.2	25.1	19.3
	2002	93.4	94.3	92.5	80.4	82.4	78.6	81.2	82.3	80.1	45.2	48.3	42.5
Nicaragua	1993	74.8	74.3	75.2	53.4	59.0	48.6	30.9	28.6	33.2	14.5	16.5	12.5
	2001	78.8	75.7	81.7	58.9	61.2	56.9	38.8	35.3	42.6	19.1	20.6	17.7
Panamá	1991	93.9	93.3	94.6	83.9	83.8	84.0	83.9	81.9	86.2	57.5	58.2	56.9
	2002	96.3	95.7	96.9	92.8	93.1	92.5	78.9	79.9	77.7	65.4	66.8	63.7
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	92.4	93.4	91.5	80.8	83.5	78.5	...	...	...	...	...	...
	2002	92.1	93.7	90.8	80.5	83.4	78.2	...	...	...	...	...	...
Paraguay	2000	89.2	89.4	89.0	75.2	78.2	72.7	67.5	65.5	69.8	41.5	45.1	37.4
Perú	2001	94.0	95.6	92.4	73.7	80.4	67.7	74.9	81.4	68.0	29.9	39.5	20.7
República Dominicana	2002	74.6	71.6	77.5	61.2	61.3	61.1	47.6	41.8	54.7	28.1	27.6	28.6
Uruguay	1990	96.0	95.5	96.5	80.6	80.3	80.8	...	...	...	...	...	...
	2002	96.5	95.9	97.2	91.2	90.7	91.6	...	...	...	...	...	...
Venezuela	1990	48.4	44.6	52.2	39.0	40.9	37.2	16.5	12.8	21.0	8.1	8.5	7.5
	2002[b/]	57.1	51.2	63.1	46.5	45.5	47.5	...	...	...	...	...	...
América Latina[c/]	1990	81.5	82.0	81.0	65.4	68.7	62.5	47.1	46.1	48.1	24.6	26.2	23.1
	2002	86.2	86.2	86.2	74.1	76.4	72.1	56.6	55.9	57.5	34.9	36.3	33.6

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Población que completó el ciclo educativo básico del país, según la Clasificación Internacional Normalizada de la Educación (CINE) de 1997.

[b/] Total nacional.

[c/] Promedio simple de 15 países y de 10 países, en las zonas urbanas y rurales respectivamente.

Cuadro 10

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): LOGRO EDUCATIVO EN ENSEÑANZA SECUNDARIA[a/] ENTRE LA POBLACIÓN DE 15 A 59 AÑOS DE EDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y SEXO, ZONAS URBANAS Y RURALES, 1990-2002

(En porcentajes)

País	Año	Zona geográfica											
		Zonas urbanas						Zonas rurales					
		Grupo de edad						Grupo de edad					
		15 a 29 años			30 a 59 años			15 a 29 años			30 a 59 años		
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	33.5	29.7	37.4	34.0	32.9	34.9	...	...	...	...	...	...
	2002	44.4	40.6	48.0	45.6	41.9	48.9	...	...	...	...	...	...
Argentina	2002	45.2	41.0	49.0	45.3	42.4	47.9	...	...	...	...	...	...
Bolivia (Ocho ciudades principales y El Alto)	1989	39.4	41.6	37.5	35.6	41.8	30.0	...	...	...	...	...	...
	2002	45.1	48.0	42.7	38.1	43.8	32.9	...	...	...	...	...	...
Bolivia	2002	43.1	45.3	41.2	36.6	41.9	31.8	...	...	...	...	...	...
Brasil	1990	20.5	18.0	22.8	23.3	23.9	22.8	3.8	2.9	4.7	3.0	2.9	3.1
	2001	30.0	26.4	33.4	30.9	30.0	31.7	7.1	5.9	8.5	4.9	3.8	6.2
Chile	1990	41.9	40.7	43.0	39.1	42.4	36.2	13.8	12.3	15.6	12.1	11.7	12.6
	2000	50.9	50.1	51.6	51.2	52.8	49.8	22.7	20.1	25.5	12.4	12.0	12.9
Colombia	1991	35.0	33.6	36.1	31.1	34.6	28.0	10.2	9.1	11.3	7.0	7.5	6.4
	2002	50.7	48.5	52.5	42.7	43.9	41.8	21.2	18.2	24.4	13.2	12.8	13.6
Costa Rica	1990	37.5	35.6	39.4	36.7	39.6	34.2	14.4	13.2	15.6	10.7	11.1	10.3
	2002	35.0	33.5	36.6	42.9	43.0	42.9	14.8	13.3	16.3	15.8	15.5	16.1
Ecuador	1990	35.6	32.8	38.2	31.8	33.8	29.9	...	...	...	...	...	...
	2002	40.3	38.7	41.8	44.9	45.0	44.7	...	...	...	...	...	...
El Salvador	1995	27.6	26.9	28.2	27.0	30.8	24.1	4.5	4.2	4.7	2.0	2.5	1.5
	2001	36.9	35.9	37.7	33.7	37.5	30.8	9.6	9.7	9.4	4.1	5.3	3.1
Guatemala	1989	16.3	18.0	14.9	15.4	18.3	13.0	1.5	1.8	1.3	1.2	1.3	1.0
	2002	23.3	23.5	23.0	24.4	28.2	21.1	3.4	3.4	3.3	2.7	3.6	1.8
Honduras	1990	20.3	19.0	21.3	23.4	25.0	22.0	2.6	2.0	3.1	2.1	2.1	2.1
	2002	25.4	22.8	27.5	30.4	30.3	30.4	3.3	2.6	4.0	3.5	3.5	3.4

(continúa)

Cuadro 10 (conclusión)

País	Año	Zona geográfica											
		Zonas urbanas						Zonas rurales					
		Grupo de edad						Grupo de edad					
		15 a 29 años			30 a 59 años			15 a 29 años			30 a 59 años		
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
México	1989 2002	21.0 34.6	23.7 33.8	18.5 35.4	17.1 32.0	23.7 34.6	11.1 29.8	5.5 13.7	6.3 13.9	4.6 13.6	3.1 9.6	4.7 9.9	1.6 9.4
Nicaragua	1993 2001	18.7 27.4	16.4 22.6	20.8 31.8	19.3 23.2	22.1 24.3	17.0 22.3	3.5 5.2	3.6 4.2	3.4 6.2	1.9 3.5	2.6 4.2	1.2 2.8
Panamá	1991 2002	38.9 44.1	35.9 39.7	41.8 48.5	37.5 49.2	37.3 47.8	37.6 50.6	18.7 17.2	17.5 14.9	20.2 19.6	13.6 15.0	12.9 13.0	14.3 17.4
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990 2002	34.7 38.3	34.4 37.4	35.0 39.1	37.4 40.5	39.4 43.6	35.5 37.9	… …	… …	… …	… …	… …	… …
Paraguay	2000	33.2	31.8	34.5	33.0	34.3	31.8	10.5	8.9	12.3	4.6	5.6	3.4
Perú	2001	57.2	58.5	55.9	56.1	61.4	51.4	22.4	25.5	19.1	13.5	19.3	8.0
República Dominicana	2002	35.0	30.6	39.3	35.3	34.9	35.5	14.0	10.7	18.0	10.3	9.9	10.6
Uruguay	1990 2002	21.1 27.3	18.2 22.9	23.9 31.7	18.9 31.9	17.3 28.7	20.1 34.7	… …	… …	… …	… …	… …	… …
Venezuela	1990 2002[b/]	12.9 36.8	11.7 31.8	14.1 41.9	14.5 33.4	15.9 31.9	13.1 34.9	1.9 …	1.4 …	2.4 …	1.5 …	1.7 …	1.3 …
América Latina[c/]	1990 2002	29.5 36.9	28.3 35.0	30.6 38.8	28.5 37.4	30.9 38.4	26.4 36.7	7.9 11.8	7.3 10.6	8.5 13.1	5.7 8.5	5.9 8.4	5.4 8.7

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Población que completó el ciclo educativo secundario del país, según la Clasificación Internacional Normalizada de la Educación (CINE) de 1997.

[b/] Total nacional.

[c/] Promedio simple de 15 países y de 10 países, en las zonas urbanas y rurales, respectivamente.

Cuadro 1

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): TASA DE PARTICIPACIÓN DE LA POBLACIÓN DE 15 A 64 AÑOS DE EDAD, POR GRUPOS DE EDAD Y SEXO, TOTAL NACIONAL 1990 -2002

(En porcentajes)

País	Año	Grupo de edad									Total 15 a 29 años de edad			30 a 64 años de edad		
		15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años								
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	35.1	42.8	26.2	71.3	85.8	57.0	75.9	97.1	56.3	72.3	46.1	59.4	91.3	44.7	66.4
	2002	20.3	24.2	16.3	70.8	82.2	60.8	80.6	94.7	67.4	64.9	47.8	56.1	93.9	61.4	76.9
Argentina (urbano)	2002	19.3	23.8	14.8	62.6	72.7	53.6	77.0	90.7	64.5	60.4	43.7	51.8	91.6	59.0	74.4
Bolivia (ocho ciudades principales y El Alto)	1989	28.4	30.1	27.0	54.0	64.5	44.3	69.6	86.8	55.1	58.5	41.0	49.1	92.2	55.8	73.0
	2002	31.1	32.3	30.0	56.4	65.1	48.6	79.4	89.5	70.8	61.4	47.7	54.0	94.6	70.2	81.9
Bolivia	2002	47.1	54.5	39.8	64.3	75.3	54.0	81.4	92.6	71.2	71.2	52.9	61.7	96.0	72.2	83.8
Brasil	1990	56.4	71.3	41.4	72.2	92.0	53.0	73.4	96.1	52.9	85.3	48.8	66.7	90.7	46.2	67.6
	2001	49.8	59.3	40.2	75.1	87.8	63.0	79.8	94.2	66.2	78.8	55.6	67.1	89.2	60.3	74.1
Chile	1990	19.8	26.7	12.9	58.1	76.3	41.0	67.2	92.6	44.2	64.4	32.9	48.2	89.5	37.1	61.8
	2000	15.5	18.4	12.5	55.2	66.7	43.7	72.2	89.0	56.1	56.0	36.6	46.3	91.9	47.5	68.7
Colombia	1991	43.8	58.4	29.8	66.2	86.2	49.8	74.8	96.2	56.5	78.6	44.9	60.7	94.7	47.4	69.8
	2002	42.4	50.1	34.9	73.2	85.0	62.5	81.7	95.5	69.1	74.6	54.2	64.0	93.2	60.4	75.7
Costa Rica	1990	43.7	59.4	27.0	66.9	89.8	42.4	67.2	95.9	40.3	80.3	36.3	58.6	91.8	33.8	62.0
	2002	33.9	44.6	22.6	69.1	85.8	51.2	74.4	96.3	54.1	64.3	35.0	49.8	90.3	45.5	66.9
Ecuador (urbano)	1997	32.8	40.0	25.6	65.1	79.8	51.6	76.9	95.6	59.1	68.3	43.7	55.7	95.8	57.6	76.0
	2002	34.0	40.1	27.6	66.8	81.5	52.7	78.5	93.8	64.0	68.8	46.8	57.8	95.0	62.8	78.4
El Salvador	1995	40.1	57.8	23.3	64.0	86.4	43.6	71.2	94.8	52.0	75.7	37.2	55.4	93.8	51.3	70.2
	2001	36.3	51.4	21.8	62.7	82.9	43.7	72.2	92.2	55.8	73.0	39.0	55.2	91.8	54.9	71.2
Guatemala	1989	49.3	74.0	25.6	59.0	94.0	29.8	61.5	97.9	29.7	86.4	28.1	55.6	97.0	30.7	62.4
	2002	58.4	77.7	41.2	69.9	92.8	48.6	75.7	95.9	56.5	84.8	44.6	63.9	94.2	51.8	72.0
Honduras	1990	45.5	71.2	20.9	58.6	88.9	32.4	63.3	95.8	35.8	82.8	28.5	54.2	95.8	38.8	66.2
	2002	43.0	64.5	21.5	63.2	89.0	40.0	67.2	94.9	44.1	79.6	33.6	55.7	95.2	45.4	68.7

(continúa)

Cuadro 1 (conclusión)

País	Año	Grupo de edad									Total 15 a 29 años de edad			30 a 64 años de edad		
		15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años								
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
México	1989	34.9	51.6	18.3	57.5	81.5	35.0	64.2	93.0	39.0	71.6	29.3	49.8	91.6	32.7	61.2
	2002	39.0	52.1	26.0	60.7	79.9	42.4	70.5	92.8	51.6	67.4	37.3	51.9	91.2	49.0	68.8
Nicaragua	1993	33.8	51.7	15.5	54.4	76.1	34.7	65.3	87.6	44.2	69.4	30.0	49.3	88.9	46.4	66.6
	2001	50.8	71.4	28.9	66.8	89.8	45.2	74.3	95.5	53.7	83.1	40.6	61.8	94.9	55.9	74.3
Panamá	1991	33.7	45.1	21.7	64.0	82.3	45.6	72.3	94.9	51.6	71.7	38.8	55.2	90.4	43.9	66.4
	2002	32.2	42.8	20.4	69.6	88.5	50.2	77.9	97.6	60.1	73.5	42.8	58.3	94.6	54.3	74.3
Perú	1997	53.3	59.3	47.4	73.2	82.9	64.6	83.7	95.5	73.5	76.7	60.7	68.4	96.4	71.9	83.7
	2001	43.4	48.3	38.2	65.6	75.7	55.5	76.2	88.1	65.4	68.1	51.8	59.9	91.1	67.9	79.1
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	43.0	48.3	38.4	76.0	90.1	63.5	77.0	95.3	63.0	76.4	54.5	64.5	95.7	52.9	73.3
Paraguay	2000	53.4	69.0	35.4	71.4	85.7	58.2	77.8	95.0	62.1	80.3	50.1	65.3	94.6	61.6	77.7
República Dominicana	1997	40.6	56.6	26.1	73.8	89.6	58.8	74.4	95.5	55.5	78.4	45.1	61.1	94.2	46.8	70.3
	2002	34.2	40.7	27.1	72.8	86.0	58.4	79.0	94.1	64.8	69.9	48.3	59.3	93.3	55.6	73.9
Uruguay (urbano)	1990	41.7	52.3	30.9	76.1	88.3	65.1	83.1	96.9	70.7	76.1	53.8	64.7	90.1	52.2	69.3
	2002	36.0	43.6	27.8	75.9	85.5	66.6	85.7	96.1	75.7	73.0	55.8	64.4	90.5	66.1	77.5
Venezuela	1990	28.1	41.8	13.8	57.1	79.5	34.5	68.8	91.3	45.8	68.2	29.9	49.3	93.1	43.6	68.4
	2002	38.7	49.1	28.0	72.4	87.1	57.2	81.4	95.6	66.9	75.7	49.4	62.7	94.7	64.6	79.6
América Latina[a/]	1990	38.9	52.4	25.5	64.2	83.8	46.1	71.3	94.3	50.7	74.4	39.7	56.5	92.8	45.9	68.3
	2002	37.5	47.7	27.3	66.9	82.5	51.9	76.7	93.6	61.1	71.6	45.1	58.1	92.9	57.3	74.2

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Promedio simple de 17 países (excluye a Paraguay).

Cuadro 2

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): TASA DE PARTICIPACIÓN Y TASA DE DESEMPLEO, ENTRE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD, SEGÚN JEFATURA DE HOGAR Y SEXO, TOTAL NACIONAL, 1990 - 2002

(En porcentajes)

País	Año	Tasa de participación						Tasa de desempleo					
		Jefatura de hogar						Jefatura de hogar					
		Jefe			No jefe			Jefe			No jefe		
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990 2002	97.1 92.8	99.6 94.9	81.1 85.2	54.1 51.0	65.1 57.5	44.9 45.8	5.3 16.1	4.6 15.9	11.0 17.1	11.1 59.5	10.4 52.5	12.0 66.6
Argentina (urbano)	2002	84.0	90.3	67.2	47.0	53.2	42.0	13.9	13.6	14.9	30.2	30.6	29.8
Bolivia (ocho ciudades principales y El Alto)	1989 2002	94.0 64.8	94.8 88.5	87.1 94.2	42.7 46.7	47.0 47.9	39.9 49.8	4.9 10.9	4.3 4.7	10.3 3.9	17.3 27.8	20.0 24.6	15.3 20.3
Bolivia	2002	91.6	95.9	68.7	56.3	62.2	52.1	3.3	2.6	8.6	7.8	5.8	9.8
Brasil	1990 2001	96.8 94.2	98.8 97.3	79.7 78.4	61.7 62.5	80.6 72.9	47.9 54.5	3.5 6.3	3.2 5.0	6.1 13.8	6.8 17.4	7.6 15.1	5.8 19.8
Chile	1990 2000	92.6 93.0	96.1 96.7	55.6 74.7	42.9 41.5	56.4 48.6	32.4 35.4	5.5 5.6	5.4 5.0	6.3 9.6	14.7 19.5	14.2 19.3	15.4 19.5
Colombia	1991 2002	96.3 93.8	99.3 97.7	78.8 79.8	56.6 60.4	73.8 69.5	43.9 53.0	2.7 9.9	2.0 7.8	8.1 19.5	14.5 27.6	10.4 23.6	19.6 31.9
Costa Rica	1990 2002	96.1 93.1	98.8 98.7	70.0 69.1	53.1 51.7	74.8 65.7	35.5 39.3	2.2 4.2	1.6 3.5	10.1 8.1	8.3 13.0	7.9 12.2	8.7 14.0
Ecuador (urbano)	1997 2002	94.6 94.3	97.4 97.3	73.1 77.8	51.4 52.5	61.9 60.9	43.1 45.6	3.2 5.5	2.4 4.0	10.7 15.9	18.9 17.3	15.7 12.0	22.3 23.2
El Salvador	1995 2001	92.2 88.2	98.0 97.4	62.4 57.0	50.7 51.0	70.1 67.5	36.3 38.0	4.0 5.8	3.7 5.6	7.1 6.3	13.0 10.6	14.7 12.4	10.7 8.2
Guatemala	1989 2002	93.9 93.7	99.2 98.1	44.9 67.7	49.6 62.3	82.0 84.3	27.7 46.9	1.5 1.8	1.2 1.8	7.3 2.1	4.0 5.6	3.5 4.4	5.4 7.0
Honduras	1990 2002	92.4 92.0	98.2 97.8	60.3 64.0	48.8 50.3	78.4 74.3	27.3 32.3	3.0 3.4	2.7 2.9	5.3 7.5	7.2 6.2	6.0 5.2	9.5 7.7

(continúa)

Cuadro 2 (conclusión)

País	Año	Tasa de participación						Tasa de desempleo					
		Jefatura de hogar						Jefatura de hogar					
		Jefe			No jefe			Jefe			No jefe		
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
México	1989	95.2	95.7	87.7	43.8	64.6	28.5	0.6	0.7	0.0	6.6	7.0	6.0
	2002	92.1	94.4	75.1	50.6	66.9	38.0	1.2	1.2	1.5	6.9	8.7	4.5
Nicaragua	1993	90.8	95.2	69.0	43.1	62.1	28.2	7.4	7.4	7.2	15.3	15.1	15.6
	2001	94.3	98.3	65.4	58.7	80.3	40.1	4.6	4.7	3.4	17.2	15.8	19.7
Panamá	1991	91.4	97.3	64.7	51.7	67.4	37.9	9.1	7.5	20.1	31.1	26.9	37.7
	2002	92.0	97.9	68.2	54.2	68.4	41.6	8.9	6.8	21.1	27.3	23.7	32.9
Perú	1997	93.4	97.0	72.0	65.7	72.5	60.4	2.2	2.1	3.9	13.7	11.4	15.9
	2001	92.7	95.3	75.3	56.7	63.0	51.2	1.9	1.7	3.6	8.5	8.6	8.4
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	97.3	99.0	84.8	61.7	72.4	53.9	3.7	3.1	8.6	13.3	13.7	12.8
Paraguay	2000	89.3	97.7	56.3	62.4	76.7	49.8	5.7	4.2	16.0	13.6	12.3	15.5
República Dominicana	1997	92.5	97.7	74.5	56.9	73.9	43.6	8.6	4.5	27.7	27.6	18.7	39.2
	2002	92.8	97.7	77.9	54.5	63.5	46.2	11.5	6.3	31.5	30.1	21.4	41.1
Uruguay (urbano)	1990	94.1	97.5	68.4	61.5	71.6	53.5	4.8	3.8	15.4	21.5	20.7	22.2
	2002	95.0	98.9	84.0	60.8	68.2	54.1	10.6	7.5	21.1	33.4	29.6	37.5
Venezuela	1990	92.2	96.6	63.9	45.1	63.1	29.0	7.3	6.9	10.2	17.3	18.5	15.2
	2002	93.3	98.3	73.9	58.9	70.8	48.2	11.4	9.7	20.3	27.0	24.2	30.5
América Latina[a/]	1990	93.9	97.5	70.2	51.7	68.5	38.8	4.5	3.8	9.8	14.6	13.5	16.3
	2002	91.3	96.8	74.6	54.4	66.5	44.7	7.0	5.5	12.1	20.9	18.4	23.1

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Promedio simple de 17 países (excluye a Paraguay).

Cuadro 3

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): COMPOSICIÓN DEL EMPLEO EN DISTINTOS GRUPOS DE EDAD, SEGÚN RAMA DE ACTIVIDAD ECONÓMICA, TOTAL NACIONAL, 1990 - 2002

(En porcentajes)

País	Año	Rama de actividad																												
		Agricultura y minería					Industria					Construcción					Comercio, hoteles y restaurantes					Transporte y comunicaciones					Servicios financieros y sociales				
			Grupo de edad					Grupo de edad					Grupo de edad					Grupo de edad					Grupo de edad					Grupo de edad			
		Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años	Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años	Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años	Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años	Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años	Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	1.3	0.9	0.6	0.8	1.6	24.4	28.8	29.0	28.0	22.5	6.3	8.2	5.0	3.5	6.9	18.8	26.5	18.7	18.4	18.2	6.8	3.6	5.0	7.5	7.3	42.4	32.0	41.6	41.7	43.5
	2002	1.0	3.3	0.7	1.0	1.0	15.3	19.6	15.0	15.9	15.1	6.7	10.4	5.9	4.2	7.1	20.0	27.4	30.3	22.3	17.4	8.2	7.8	4.7	8.8	8.7	48.8	31.5	43.4	47.8	50.7
Argentina (urbano)	2002	2.0	3.9	1.5	1.8	2.1	12.9	16.2	13.0	13.0	12.7	6.7	11.6	6.5	5.0	6.9	21.4	31.5	30.7	23.9	18.8	7.2	4.9	5.3	7.6	7.6	49.8	31.9	43.0	48.7	51.9
Bolivia (ocho ciudades principales y El Alto)	1989	5.4	3.3	4.2	3.7	6.5	14.0	15.1	15.5	15.5	13.0	8.0	8.4	9.2	8.1	7.6	25.2	20.8	22.9	22.2	27.0	8.0	3.7	8.3	7.2	8.6	39.5	48.6	39.8	43.4	37.3
	2002	7.5	9.6	6.3	5.5	8.0	18.4	18.8	17.7	23.5	17.3	8.4	6.2	9.1	8.5	8.6	30.2	34.6	32.7	25.1	30.3	7.8	6.2	9.9	7.5	7.6	27.6	24.5	24.3	29.9	28.2
Bolivia	2002	39.0	57.3	36.3	30.2	37.8	12.2	8.9	12.5	17.0	11.7	6.0	3.2	6.4	6.6	6.3	19.8	16.9	21.3	18.8	20.3	5.1	2.9	6.6	5.4	5.1	18.0	10.8	16.9	21.9	18.8
Brasil	1990	21.0	27.3	18.4	17.3	21.1	15.9	16.9	19.4	17.0	14.4	6.5	5.6	6.3	6.6	6.8	13.3	15.0	15.2	14.0	12.1	4.2	2.1	3.7	4.2	4.9	39.1	33.2	37.0	41.0	40.6
	2001	20.2	27.4	17.0	16.4	20.7	13.9	14.3	17.2	15.9	12.7	6.8	5.5	6.2	7.0	7.0	14.5	17.3	18.0	15.8	12.9	4.4	2.6	3.9	4.4	4.7	40.3	33.0	37.7	40.5	42.0
Chile	1990	20.1	37.3	22.5	19.5	18.5	17.2	14.1	18.8	19.5	16.4	7.3	5.7	6.6	6.7	7.7	17.2	17.7	18.5	17.1	16.9	7.4	4.0	5.9	6.5	8.2	30.9	21.2	27.7	30.8	32.3
	2000	16.8	23.5	17.8	14.9	16.8	13.7	12.8	14.2	13.8	13.6	8.1	6.7	7.8	7.7	8.3	18.6	28.9	24.7	19.7	17.2	7.4	4.3	5.7	7.8	7.7	35.3	23.7	29.8	36.1	36.4
Colombia	1991	26.9	44.6	25.6	20.4	25.8	15.4	11.8	17.4	17.7	15.0	4.6	4.5	5.3	4.5	4.5	20.7	17.0	22.5	22.3	20.5	5.3	2.6	4.1	5.5	6.0	27.0	19.6	25.2	29.6	28.1
	2002	21.4	31.0	20.9	19.0	20.9	13.4	11.8	13.1	13.7	13.6	4.7	3.4	4.7	4.7	4.9	25.1	28.3	27.1	24.9	24.3	6.6	4.8	6.7	6.9	6.7	28.8	20.7	27.5	30.8	29.6
Costa Rica	1990	26.9	34.8	27.7	25.8	25.4	18.3	21.7	22.8	21.5	15.3	6.5	7.8	6.0	5.7	6.6	15.6	16.4	16.4	15.2	15.4	4.1	1.9	2.8	3.9	5.0	28.5	17.4	24.4	27.9	32.3
	2002	16.9	24.0	16.2	14.3	16.8	14.4	13.0	17.8	16.7	13.4	6.8	9.4	6.5	6.4	6.6	24.3	31.9	27.7	25.3	22.4	5.8	3.0	3.9	6.0	6.5	31.8	18.6	28.0	31.3	34.4
Ecuador (urbano)	1997	7.3	10.6	7.7	8.0	6.7	15.6	17.5	18.1	17.8	14.4	6.0	7.1	7.9	6.5	5.4	28.1	28.3	29.5	26.7	28.1	5.8	4.6	5.0	5.4	6.2	37.2	31.9	31.9	35.6	39.3
	2002	9.1	11.6	10.7	8.2	8.7	14.6	17.0	16.1	16.2	13.8	7.1	10.1	8.2	7.3	6.5	31.6	34.4	33.2	32.4	30.8	6.7	4.9	5.3	6.8	7.1	30.9	22.0	26.4	29.0	33.1
El Salvador	1995	24.8	41.8	22.1	16.8	23.9	20.0	18.3	23.9	23.5	18.5	6.8	5.8	9.1	7.1	6.4	22.9	17.0	20.5	21.9	25.1	4.4	3.6	4.1	4.9	4.6	21.0	13.6	20.3	25.7	21.6
	2001	20.0	40.0	18.1	14.3	18.6	18.1	17.8	21.9	21.0	16.5	5.8	4.3	6.7	6.0	5.7	26.8	21.6	26.5	25.3	28.2	5.0	3.6	5.9	5.3	4.9	24.3	12.8	20.8	28.0	26.2
Guatemala	1989	48.1	57.9	44.9	41.5	47.7	14.1	15.5	16.5	16.8	12.4	4.3	3.3	3.8	4.5	4.7	13.7	9.8	14.3	14.5	14.6	2.8	1.2	2.5	3.7	3.1	16.9	12.3	18.1	19.0	17.5
	2002	36.9	40.0	35.1	31.4	38.1	16.1	18.5	16.1	16.3	15.2	5.6	6.4	3.9	6.9	5.7	23.0	24.6	22.9	24.8	22.0	2.3	0.4	3.9	1.8	2.5	16.0	10.1	18.1	18.6	16.4
Honduras	1990	42.3	54.6	40.9	36.5	40.6	13.9	14.2	15.1	14.9	13.2	5.2	5.5	6.1	5.3	4.8	16.8	10.9	13.7	18.2	18.9	2.6	1.4	2.0	3.0	3.0	19.3	13.4	22.3	22.1	19.5
	2002	37.4	54.0	34.9	31.7	35.1	16.5	12.8	22.2	21.9	14.3	5.5	5.4	6.1	6.2	5.2	20.0	15.7	17.2	19.2	22.3	3.5	1.6	3.6	3.9	3.8	17.1	10.4	16.1	17.1	19.3
México	1989	25.9	38.8	22.5	17.7	26.3	16.7	17.1	20.0	19.8	14.7	6.7	7.1	7.0	6.2	6.7	16.7	14.7	17.5	17.8	16.5	3.8	1.3	3.1	4.2	4.4	30.2	21.0	29.9	34.3	31.3
	2002	15.9	21.5	12.5	12.0	16.5	17.8	21.0	22.6	19.0	16.1	7.8	8.0	8.2	8.0	7.7	20.3	23.9	22.9	22.3	18.9	4.5	1.6	4.3	4.7	4.9	33.6	23.9	29.6	34.1	35.9
Nicaragua	1993	31.9	48.8	33.5	27.4	29.1	12.0	14.2	10.5	11.4	12.1	3.5	2.9	3.1	3.8	3.7	21.3	13.7	17.1	20.5	24.2	4.0	2.2	3.8	3.8	4.4	27.4	18.2	32.0	33.1	26.4
	2001	33.0	47.9	33.6	29.4	29.6	12.0	11.5	16.1	13.1	10.7	5.3	6.0	5.3	7.4	4.5	22.9	18.9	18.1	21.9	25.5	3.9	2.8	4.1	3.2	4.4	22.9	12.9	22.7	25.0	25.2

(continúa)

Cuadro 3 (conclusión)

País	Año	Rama de actividad																														
		Agricultura y minería					Industria					Construcción					Comercio, hoteles y restaurantes					Transporte y comunicaciones					Servicios financieros y sociales				
			Grupo de edad					Grupo de edad					Grupo de edad					Grupo de edad					Grupo de edad					Grupo de edad				
		Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años	Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años	Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años	Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años	Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años	Total 15 a 64 años	15 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 64 años
Panamá	1991	26.6	45.5	25.8	22.3	25.6	9.8	6.7	11.2	11.3	9.5	3.7	2.4	3.5	2.7	4.1	20.1	16.2	26.5	26.1	17.7	7.1	2.8	5.8	5.9	8.2	32.7	26.4	27.3	31.7	34.9
	2002	20.7	36.2	22.6	17.2	19.6	9.1	6.9	9.5	8.7	9.3	6.6	5.8	7.1	7.0	6.5	22.2	18.5	27.1	24.6	21.1	7.6	4.8	5.3	8.0	8.2	33.8	27.8	28.5	34.6	35.2
Perú	1997	34.2	40.3	29.9	27.8	35.5	11.5	9.6	14.3	13.3	10.7	5.2	4.7	6.5	5.8	4.9	29.0	25.9	25.8	31.0	30.0	6.1	4.9	5.7	7.4	6.1	14.1	14.6	17.8	14.8	12.8
	2001	34.0	42.7	31.0	27.3	34.7	10.0	9.6	11.6	12.4	9.2	3.9	2.5	3.9	4.5	4.0	25.6	24.1	25.8	25.4	25.8	5.5	4.7	6.2	6.9	5.2	21.0	16.5	21.5	23.5	21.1
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	3.5	1.9	1.6	2.4	4.5	17.9	15.5	20.3	17.4	17.7	8.4	8.2	7.3	7.8	8.8	23.5	18.2	19.6	20.8	26.1	6.1	4.7	6.2	4.9	6.6	40.6	51.6	45.0	46.8	36.3
Paraguay	2000	30.0	38.9	25.5	22.2	30.6	12.0	11.1	11.8	13.6	12.0	5.0	4.2	3.7	4.5	5.7	24.3	23.5	22.8	23.4	25.1	3.8	3.0	3.1	4.0	4.1	24.8	19.4	33.2	32.3	22.5
República Dominicana	1997	17.9	20.3	13.7	14.0	19.9	20.4	21.3	27.3	21.3	17.8	5.8	4.4	4.3	5.3	6.7	24.5	27.8	25.2	23.5	24.0	7.6	5.5	7.8	9.9	7.3	23.7	20.6	21.7	26.2	24.3
	2002	16.1	17.6	14.1	10.2	17.6	14.7	14.6	20.3	18.6	12.7	6.4	6.4	6.4	6.1	6.4	26.0	33.7	23.9	26.0	25.6	7.7	8.8	8.5	9.3	7.1	29.2	18.8	26.7	29.9	30.6
Uruguay (urbano)	1990	5.0	5.4	3.9	4.4	5.3	20.9	24.7	23.9	21.8	20.0	6.6	6.1	7.1	6.0	6.6	17.9	29.4	21.8	17.6	16.4	5.8	3.3	3.6	6.1	6.3	43.8	31.0	39.7	44.2	45.5
	2002	5.5	9.3	5.3	4.1	5.6	13.5	17.3	14.2	13.4	13.1	7.5	7.3	7.8	8.0	7.4	22.0	33.0	30.8	23.6	19.9	6.1	2.3	4.2	5.5	6.6	45.4	30.7	37.7	45.4	47.3
Venezuela	1990	14.5	27.6	14.6	11.1	13.7	15.5	15.3	18.3	17.4	14.4	15.5	15.3	18.3	17.4	14.4	20.5	22.0	21.9	20.4	20.0	6.3	3.6	4.7	5.6	7.1	35.9	25.0	32.7	37.9	37.4
	2002	10.8	17.7	11.0	9.6	10.2	11.8	10.4	11.9	12.9	11.7	8.0	8.2	8.4	8.4	7.8	26.5	32.1	30.9	27.5	24.8	7.4	5.4	6.3	6.7	7.9	35.5	26.2	31.6	34.9	37.4
América Latina[a/]	1990	27.8	40.0	26.3	22.9	27.2	15.4	15.1	18.1	17.3	14.2	6.3	5.8	6.6	6.3	6.3	19.4	17.2	19.6	20.2	19.7	5.0	2.9	4.3	5.3	5.6	26.7	19.7	25.9	28.8	27.6
	2002	23.1	32.6	21.9	19.0	22.7	14.0	13.5	16.5	15.7	13.0	6.3	6.0	6.2	6.6	6.2	22.8	24.6	24.1	23.3	22.4	5.5	3.7	5.3	5.8	5.7	28.4	19.6	26.1	29.6	30.0

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Promedio simple de 13 países (excluye a Argentina, Bolivia, Ecuador, Paraguay y Uruguay).

Cuadro 4

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): TASA DE DESEMPLEO DE LOS JÓVENES ENTRE 15 Y 29 AÑOS DE EDAD, SEGÚN NIVEL EDUCATIVO Y SEXO, TOTAL NACIONAL, 1990 - 2002

(En porcentajes)

País	Año	Total			Número de años de estudio															
					0 a 3 años			4 a 6 años			7 a 9 años			10 a 12 años			13 y más años		
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	10.0	8.7	12.0	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
	2002	27.3	25.8	29.1	19.0	21.1	0.0	7.4	8.6	0.0	27.8	26.9	29.8	30.9	28.0	34.0	22.6	22.6	22.6
Argentina (urbano)	2002	26.8	25.6	28.2	22.3	24.0	15.7	19.7	21.6	13.1	27.5	27.2	28.3	29.7	26.7	33.0	22.2	21.4	22.8
Bolivia (ocho ciudades principales y El Alto)	1989	14.4	13.9	15.0	11.4	9.7	12.3	8.4	9.1	7.6	12.4	9.5	16.5	18.4	17.8	19.4	14.6	14.7	14.4
	2002	9.9	7.5	12.6	7.3	0.0	11.3	8.3	6.3	10.4	11.3	10.4	12.3	9.7	7.6	12.4	10.8	6.9	15.0
Bolivia	2002	6.8	4.6	9.6	4.4	0.0	7.5	3.9	2.6	5.8	7.7	5.6	10.5	8.0	6.1	10.8	10.2	6.4	14.3
Brasil	1990	6.1	6.2	5.8	4.5	4.7	4.1	6.5	6.8	5.9	7.6	7.6	7.6	6.4	6.4	6.3	3.3	3.3	3.3
	2001	15.2	12.1	19.5	10.3	7.8	16.5	14.6	11.6	20.3	18.8	15.4	23.9	16.0	12.7	19.1	10.9	10.1	11.4
Chile	1990	12.8	11.5	15.2	10.4	11.3	6.1	11.7	10.7	15.2	14.3	13.7	15.6	13.2	11.4	16.6	11.7	9.0	14.2
	2000	16.9	15.6	18.9	17.7	17.9	16.4	17.0	17.3	16.0	20.2	19.2	22.5	17.3	14.9	20.9	13.3	12.7	13.9
Colombia	1991	12.6	8.4	18.9	6.0	3.6	12.2	9.3	6.6	14.4	14.8	10.2	22.3	19.0	13.1	25.3	14.6	13.0	15.9
	2002	24.8	19.9	31.0	14.2	10.2	24.0	19.8	15.1	29.0	25.9	20.4	33.6	29.4	24.7	34.4	26.5	25.9	26.9
Costa Rica	1990	7.0	6.2	8.9	8.8	8.4	10.8	5.8	5.3	7.4	9.4	7.3	14.2	7.5	6.9	8.5	5.3	4.5	6.2
	2002	11.3	10.0	13.7	13.4	14.9	7.5	12.9	10.8	17.7	13.0	11.2	16.5	10.5	8.5	13.2	6.0	4.7	7.4
Ecuador (urbano)	1997	16.1	12.3	21.9	10.9	14.1	7.7	11.2	9.0	15.0	14.7	10.9	22.9	20.6	14.9	29.3	15.2	12.2	18.0
	2002	15.0	9.6	22.9	9.6	4.6	17.9	13.2	9.5	19.6	15.5	8.2	27.3	17.5	10.7	27.3	13.5	10.2	17.2
El Salvador	1995	11.4	11.8	10.6	10.7	11.2	9.7	11.2	12.5	8.6	10.9	10.9	11.0	14.0	14.6	13.3	9.1	8.3	9.9
	2001	9.8	10.8	7.9	8.4	9.8	5.0	9.3	10.5	6.7	8.2	9.2	6.1	13.7	15.2	11.7	7.4	6.7	7.9
Guatemala	1989	3.5	2.8	5.5	1.7	1.3	2.9	3.1	2.5	5.2	7.5	7.2	8.2	10.0	8.5	11.7	3.8	4.7	2.4
	2002	4.8	3.6	6.7	2.2	2.3	1.9	1.9	1.7	2.5	10.1	5.3	19.3	8.5	7.7	9.5	10.7	9.9	12.1
Honduras	1990	6.3	5.2	9.2	3.0	2.5	5.4	5.7	5.2	7.2	10.6	9.8	12.3	14.7	13.1	16.2	8.8	7.8	10.1
	2002	5.6	4.6	7.8	2.9	2.5	4.9	5.2	4.6	6.7	6.7	5.7	8.1	10.7	9.3	12.2	9.2	10.0	8.6
México	1989	5.2	5.1	5.6	2.3	2.6	1.4	5.4	5.2	5.8	7.1	6.9	7.4	4.4	4.9	3.6	4.5	3.8	5.9
	2002	5.9	6.8	4.3	2.2	3.2	0.0	4.3	5.4	1.9	5.2	6.4	2.8	5.7	6.8	4.0	9.5	9.8	9.1
Nicaragua	1993	13.4	12.8	14.8	8.6	7.5	13.6	15.9	15.9	16.0	16.2	15.0	17.9	14.0	15.6	12.2	18.0	29.3	7.5
	2001	15.5	13.7	19.1	8.9	6.9	17.2	15.6	14.3	19.4	20.6	20.2	21.2	17.9	19.1	16.6	20.9	19.0	22.5

(continúa)

Cuadro 4 (conclusión)

País	Año	Total			Número de años de estudio														
					0 a 3 años			4 a 6 años			7 a 9 años			10 a 12 años			13 y más años		
		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo		Ambos sexos	Sexo	
			Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer		Hombre	Mujer
Panamá	1991	27.9	23.0	36.9	14.1	13.6	16.5	16.4	14.4	23.7	31.6	27.9	40.2	37.4	30.4	46.5	27.3	25.1	29.1
	2002	24.2	19.8	32.0	22.8	20.0	30.1	13.7	10.8	23.2	25.5	21.8	36.8	30.8	25.1	38.8	25.1	22.8	26.7
Perú	1997	12.2	9.3	15.5	7.6	4.6	10.0	10.0	7.1	13.3	11.9	10.6	13.9	15.2	11.0	20.9	10.9	9.1	12.4
	2001	7.6	7.1	8.3	5.0	4.8	5.1	3.5	3.0	4.1	5.4	5.3	5.8	10.5	9.2	12.4	9.1	9.2	9.0
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	12.1	11.6	12.7	10.1	12.7	7.3	9.1	8.6	9.4	11.7	10.4	14.4	16.6	15.7	17.9	7.1	4.9	8.7
Paraguay	2000	12.5	10.6	15.4	10.0	8.7	12.7	8.4	6.1	12.5	13.4	10.2	20.5	19.0	20.0	17.6	11.3	7.5	14.1
República Dominicana	1997	24.2	15.4	38.3	22.5	13.0	46.6	23.8	16.2	41.6	25.2	15.0	44.6	25.7	16.8	35.9	21.8	15.1	26.1
	2002	26.4	17.5	40.0	17.5	11.7	39.9	24.5	14.9	48.1	29.1	19.6	47.6	30.0	20.4	41.0	24.6	18.0	29.5
Uruguay (urbano)	1990	19.1	16.9	22.1	12.5	12.5	12.5	21.0	18.9	24.6	20.2	18.1	23.9	18.2	15.0	21.7	16.0	13.1	18.0
	2002	29.9	25.0	36.2	17.1	14.0	41.4	31.3	25.5	45.1	32.0	26.2	42.4	29.6	24.2	35.3	26.8	24.7	28.4
Venezuela	1990	15.7	16.0	14.8	11.4	11.8	9.2	17.4	17.9	15.8	17.9	17.9	18.1	14.3	14.8	13.6	10.3	9.1	11.6
	2002	24.3	20.9	29.8	20.0	17.7	28.7	21.9	19.6	28.4	25.0	21.6	31.3	26.3	21.4	32.2	25.3	23.1	26.9
América Latina[a/]	1990	12.8	10.9	16.0	9.2	8.3	11.3	11.4	10.2	14.2	14.5	12.4	18.5	15.8	13.5	18.8	12.2	11.4	12.8
	2002	16.1	13.6	20.0	11.7	10.0	15.8	13.2	11.1	17.6	17.7	14.9	22.8	18.5	15.6	22.0	16.0	14.5	17.4

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Promedio simple de 17 países (excluye a Paraguay).

Cuadro 5

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): INGRESO LABORAL SEGÚN NIVEL EDUCATIVO, EXPRESADO EN MÚLTIPLOS DE LA LÍNEA DE POBREZA,[a/] AMBOS SEXOS, SEGÚN GRUPOS DE EDAD, TOTAL NACIONAL, 1990 - 2002

(Promedios)

País	Año	Grupo de edad																							
		15 a 19 años						20 a 24 años						25 a 29 años						30 a 64 años					
			Número de años de estudio						Número de años de estudio						Número de años de estudio						Número de años de estudio				
		Total	0 a 3	4 a 6	7 a 9	10 a 12	13 y más	Total	0 a 3	4 a 6	7 a 9	10 a 12	13 y más	Total	0 a 3	4 a 6	7 a 9	10 a 12	13 y más	Total	0 a 3	4 a 6	7 a 9	10 a 12	13 y más
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	2.8	...	...	...	...	...	3.7	...	...	...	...	...	5.1	...	...	...	...	...	7.3	...	...	...	...	...
	2002	1.1	2.0	0.8	1.1	1.2	0.9	2.3	1.0	1.5	1.7	2.3	3.0	3.4	2.8	1.8	2.2	3.1	4.9	5.5	1.8	2.0	3.1	5.1	9.9
Argentina (urbano)	2002	1.2	1.4	1.0	1.1	1.3	1.0	2.1	1.3	1.4	1.7	2.2	2.7	3.0	2.0	1.8	2.0	2.9	4.1	4.9	1.8	2.0	2.9	4.8	8.5
Bolivia (ocho ciudades principales y El Alto)	1989	1.4	1.3	1.3	1.3	1.5	2.1	2.6	1.3	2.3	2.2	3.0	2.8	3.6	2.4	2.5	3.2	3.6	4.8	5.2	3.3	4.0	4.5	5.5	7.9
	2002	1.2	1.4	1.3	1.3	1.1	1.9	2.1	2.1	1.9	1.9	2.3	2.1	3.0	1.9	2.4	2.4	2.8	4.2	4.0	2.0	2.5	2.8	3.5	8.0
Bolivia	2002	0.7	0.7	0.5	0.7	0.8	1.9	1.7	0.9	1.2	1.8	2.1	2.2	2.7	1.5	2.2	2.6	2.9	4.1	3.2	1.5	2.5	2.9	3.6	7.9
Brasil	1990	1.2	0.8	1.2	1.5	2.3	2.1	2.6	1.4	1.9	2.7	3.6	5.5	4.0	1.7	2.6	3.6	5.2	9.6	5.5	2.3	4.2	5.6	8.2	16.9
	2001	1.1	0.6	0.9	1.1	1.8	1.4	2.4	1.3	1.7	2.2	2.8	4.6	3.4	1.5	2.2	2.8	4.0	8.2	4.9	1.9	3.0	4.0	6.2	14.6
Chile	1990	2.0	2.0	1.9	1.9	2.0	2.6	2.8	2.2	2.6	2.3	2.7	3.5	3.7	2.6	2.6	2.7	3.2	6.2	5.5	3.1	3.5	3.6	5.5	10.5
	2000	2.6	2.7	2.3	2.4	2.8	2.8	3.5	2.8	2.7	3.0	3.5	4.6	5.2	2.6	2.9	3.3	4.1	7.7	8.0	3.2	3.8	4.2	6.0	16.2
Colombia	1991	1.5	1.6	1.4	1.4	1.7	2.0	2.1	2.0	2.0	1.9	2.3	2.9	2.7	2.1	2.3	2.5	2.9	4.3	3.6	2.5	3.2	3.8	4.3	6.5
	2002	1.3	1.5	1.4	1.1	1.3	1.5	2.2	2.0	1.9	1.8	2.2	3.0	2.9	2.0	2.2	2.0	2.6	4.8	3.4	2.1	2.2	2.3	3.5	7.7
Costa Rica	1990	2.9	2.7	2.7	3.0	3.4	4.0	4.2	3.7	3.8	3.8	4.8	5.7	5.1	3.9	4.3	4.7	5.6	7.7	6.1	4.5	5.0	5.5	7.1	10.3
	2002	3.0	3.1	3.0	2.8	3.1	3.3	5.1	4.6	4.7	4.4	5.3	6.4	6.2	4.1	4.7	5.0	6.5	9.4	7.3	4.0	5.0	5.5	7.4	13.6
Ecuador (urbano)	1997	1.2	1.1	1.1	1.1	1.5	1.2	2.2	1.4	1.7	1.8	2.3	3.2	3.0	1.1	1.8	1.9	3.0	4.2	3.5	1.7	2.3	2.5	3.6	5.6
	2002	1.4	1.1	1.4	1.2	1.5	2.0	2.5	1.6	2.2	2.0	2.6	3.0	3.0	1.7	2.1	2.3	2.8	4.3	4.1	1.9	2.6	3.2	3.8	7.0
El Salvador	1995	1.5	1.3	1.4	1.6	1.9	2.1	2.4	1.8	2.2	2.4	2.9	3.6	3.3	2.1	2.6	3.0	3.7	6.3	3.7	2.4	3.2	3.6	5.1	8.8
	2001	1.3	1.3	1.2	1.3	1.4	2.2	2.6	1.9	2.2	2.6	2.8	4.0	3.4	2.0	2.8	3.1	3.8	5.4	4.1	2.4	3.3	3.9	5.1	9.4
Guatemala	1989	1.1	0.9	1.1	1.6	2.3	1.1	2.2	1.6	2.2	3.1	3.2	4.1	3.3	2.2	3.1	4.8	4.5	8.2	3.9	3.0	4.1	5.6	6.6	11.8
	2002	1.0	0.9	1.1	0.8	1.0	2.3	2.2	1.6	2.0	2.4	2.8	3.6	3.1	2.0	3.0	3.5	3.9	6.0	4.1	2.9	3.8	3.9	5.3	12.6
Honduras	1990	0.8	0.6	0.8	1.2	2.2	1.7	1.6	1.0	1.4	1.6	2.8	3.9	2.3	1.3	2.0	2.4	3.4	6.2	3.0	1.8	2.8	4.1	5.9	12.5
	2002	0.7	0.5	0.7	0.8	1.4	1.7	1.5	1.0	1.4	1.6	2.3	3.0	2.0	1.1	1.6	2.1	2.9	5.0	2.4	1.4	2.0	2.6	3.9	7.4
México	1989	1.2	0.9	1.1	1.3	1.7	1.5	2.5	1.6	2.5	2.5	2.8	4.1	3.6	2.3	2.6	3.2	5.1	5.3	5.2	3.5	4.6	5.0	6.6	11.9
	2002	1.1	1.1	1.1	1.1	1.2	1.4	2.2	1.3	1.6	2.0	2.3	2.6	3.6	1.7	1.7	2.5	3.2	6.7	4.5	2.1	2.6	3.3	4.7	10.4
Nicaragua	1993	1.3	1.1	1.4	1.6	1.9	0.0	2.3	1.8	2.4	2.4	3.1	4.8	2.9	1.8	2.8	3.5	3.3	5.0	3.7	2.5	3.9	4.4	5.0	8.5
	2001	1.1	0.9	1.1	1.1	1.5	2.3	2.0	1.8	1.6	1.8	2.4	3.6	2.6	1.6	2.6	3.1	2.7	4.8	3.7	2.2	2.8	3.4	3.5	14.0
Panamá	1991	1.2	1.0	1.0	1.2	2.0	2.5	2.6	1.5	1.8	2.4	2.9	4.0	4.0	2.2	2.3	3.4	3.9	6.3	5.6	2.5	3.6	4.3	6.5	11.4
	2002	3.4	2.4	3.0	4.0	3.6	4.7	4.4	3.2	4.5	4.4	4.3	4.9	5.3	3.8	4.3	4.2	5.0	7.5	6.4	3.2	4.3	4.9	6.1	11.9
Perú	1997	1.1	0.7	1.0	1.0	1.5	1.9	1.8	0.6	1.4	1.7	2.0	2.7	2.9	0.9	1.7	2.4	3.3	4.4	3.3	1.5	2.3	3.0	3.7	6.4
	2001	0.8	0.7	0.7	0.8	1.0	1.0	1.6	0.8	1.2	1.5	1.8	2.0	2.3	0.7	1.1	1.9	2.2	3.6	2.7	1.2	1.9	2.3	3.0	5.4

(continúa)

Cuadro 5 (conclusión)

País	Año	Grupo de edad																					
		15 a 19 años						20 a 24 años						25 a 29 años						30 a 64 años					
			Número de años de estudio						Número de años de estudio						Número de años de estudio						Número de años de estudio				
		Total	0 a 3	4 a 6	7 a 9	10 a 12	13 y más	Total	0 a 3	4 a 6	7 a 9	10 a 12	13 y más	Total	0 a 3	4 a 6	7 a 9	10 a 12	13 y más	Total	0 a 3	4 a 6	7 a 9	10 a 12	13 y más
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	1.2	1.4	0.9	1.2	1.5	1.2	1.9	1.4	1.5	1.8	2.0	2.6	2.8	2.0	2.0	2.4	2.9	4.3	4.4	2.6	3.0	4.0	5.0	7.9
Paraguay	2000	0.9	0.8	0.9	0.9	1.0	1.4	1.8	0.9	1.5	1.8	1.9	2.8	3.0	1.3	1.7	4.0	3.1	5.2	3.2	1.6	2.1	3.0	5.0	8.2
República Dominicana	1997	2.2	2.0	2.2	1.9	2.9	2.1	3.5	3.2	3.0	3.1	3.8	4.3	4.2	3.5	3.5	4.0	4.3	6.3	5.2	4.0	4.6	5.1	5.6	8.9
	2002	1.8	1.9	1.8	1.9	1.7	1.8	2.9	2.6	2.8	2.8	2.9	3.4	4.1	3.5	3.5	3.5	3.7	5.8	5.0	3.1	3.7	4.3	5.3	9.4
Uruguay (urbano)	1990	1.6	0.7	1.8	1.6	1.5	2.1	2.8	1.6	4.2	2.5	2.6	2.5	4.0	2.6	2.5	3.8	4.9	4.3	5.3	2.8	3.8	5.7	5.6	9.3
	2002	1.3	1.1	1.3	1.3	1.4	1.6	2.4	1.5	2.1	2.3	2.5	2.7	3.3	1.5	2.3	2.7	3.3	4.3	4.9	2.5	3.0	3.7	5.1	8.2
Venezuela	1990	2.1	1.6	1.9	2.3	2.6	3.2	3.1	2.4	2.8	3.2	3.3	3.8	4.0	3.0	3.5	3.9	4.2	5.3	5.1	3.6	4.5	4.9	5.8	8.3
	2002	1.5	1.3	1.4	1.5	1.5	1.8	2.3	1.7	2.0	2.2	2.3	2.9	3.0	1.9	2.3	2.7	3.1	4.2	3.9	2.2	2.9	3.3	4.2	6.8
América Latina[b/]	1990	1.5	1.3	1.5	1.6	2.1	2.0	2.6	1.8	2.4	2.5	3.0	3.8	3.5	2.2	2.7	3.3	4.0	5.9	4.6	2.8	3.7	4.5	5.6	9.7
	2002	1.5	1.4	1.5	1.5	1.7	2.1	2.6	2.0	2.3	2.4	2.8	3.5	3.5	2.1	2.6	2.9	3.5	5.7	4.6	2.4	3.1	3.6	4.8	10.2

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Expresado en múltiplos de la línea de pobreza per cápita de cada país.

[b/] Promedio simple de 16 países (excluye a Argentina y Paraguay).

Cuadro 6

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): INGRESO LABORAL DE LOS JÓVENES DE 15 A 19, 20 A 24 Y 25 A 29 AÑOS, COMO PORCENTAJE DEL INGRESO MEDIO DEL TOTAL DE JÓVENES (15-29 AÑOS), SEGÚN NIVEL EDUCATIVO, TOTAL NACIONAL, 1990 - 2002

(En porcentajes y promedios) [a/]

País	Año	Grupo de edad																	
		15 a 19 años						20 a 24 años						25 a 29 años					
			Número de años de estudio						Número de años de estudio						Número de años de estudio				
		Total Prom.	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más	Total Prom.	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más	Total Prom.	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más
			Ingreso relativo						Ingreso relativo						Ingreso relativo				
Argentina (Gran Buenos Aires)	1990	2.8	97		133		101	3.7	95		113		104	5.1	87		101		127
	2002	1.1	178	73	94	103	76	2.3	43	65	75	101	127	3.4	82	52	64	91	145
Argentina (urbano)	2002	1.2	120	83	92	108	80	2.1	60	64	78	105	125	3.0	65	58	67	96	136
Bolivia (ocho ciudades principales y El Alto)	1989	1.4	96	95	94	106	152	2.6	51	89	84	114	108	3.6	66	70	90	99	134
	2002	1.2	112	106	104	88	155	2.1	99	87	91	107	100	3.0	63	79	78	93	138
Bolivia	2002	0.7	96	72	106	112	272	1.7	54	71	105	121	128	2.7	53	80	95	105	150
Brasil	1990	1.2	64	95	124	187	169	2.6	54	75	104	142	216	4.0	43	65	89	131	241
	2001	1.1	55	75	96	161	126	2.4	53	72	92	117	192	3.4	44	65	83	116	240
Chile	1990	2.0	103	95	98	103	130	2.8	78	95	83	99	126	3.7	69	68	71	86	165
	2000	2.6	104	88	93	106	109	3.5	78	76	85	98	131	5.2	50	56	63	79	148
Colombia	1991	1.5	105	95	95	114	134	2.1	95	95	90	105	137	2.7	75	84	90	105	156
	2002	1.3	117	107	80	102	110	2.2	92	86	81	101	135	2.9	69	75	71	89	168
Costa Rica	1990	2.9	93	95	106	120	138	4.2	89	90	90	116	135	5.1	76	83	92	109	150
	2002	3.0	105	102	94	104	109	5.1	90	92	87	104	126	6.2	66	75	81	104	151
Ecuador (urbano)	1997	1.2	90	92	90	124	95	2.2	64	76	80	105	146	3.0	38	62	65	102	141
	2002	1.4	80	104	90	107	141	2.5	66	88	80	107	123	3.0	58	71	78	94	145
El Salvador	1995	1.5	91	98	107	129	144	2.4	73	89	100	119	147	3.3	62	77	92	113	190
	2001	1.3	103	91	99	113	173	2.6	72	86	102	108	153	3.4	57	82	90	111	159
Guatemala	1989	1.1	81	106	148	217	107	2.2	72	99	140	147	189	3.3	67	95	147	138	252
	2002	1.0	95	110	82	101	232	2.2	73	91	112	129	168	3.1	64	98	114	128	195
Honduras	1990	0.8	77	104	154	278	214	1.6	64	90	102	181	250	2.3	59	88	108	153	277
	2002	0.7	77	100	113	197	239	1.5	63	91	107	151	198	2.0	56	82	105	144	252
México	1989	1.2	74	95	107	145	124	2.5	61	99	99	110	163	3.6	65	72	90	141	147
	2002	1.1	101	97	97	102	119	2.2	60	75	91	104	121	3.6	48	46	70	89	188

(continúa)

Cuadro 6 (conclusión)

País	Año	Grupo de edad																	
		15 a 19 años						20 a 24 años						25 a 29 años					
			Número de años de estudio						Número de años de estudio						Número de años de estudio				
		Total Prom.	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más	Total Prom.	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más	Total Prom.	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más
		Ingreso relativo						Ingreso relativo						Ingreso relativo					
Nicaragua	1993	1.3	81	108	118	148	…	2.3	76	103	104	131	205	2.9	61	97	121	113	173
	2001	1.1	87	100	100	139	216	2.0	89	82	88	120	182	2.6	62	100	119	104	185
Panamá	1991	1.2	86	80	100	165	207	2.6	58	71	93	115	156	4.0	56	56	85	97	157
	2002	3.4	71	89	117	106	137	4.4	72	102	100	98	112	5.3	71	80	79	93	140
Perú	1997	1.1	63	94	91	140	176	1.8	31	75	92	111	144	2.9	29	58	82	113	153
	2001	0.8	86	81	94	125	123	1.6	50	74	94	110	123	2.3	31	49	84	98	159
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	1.2	117	75	104	126	102	1.9	74	80	93	106	134	2.8	72	74	86	105	154
Paraguay	2000	0.9	90	97	99	111	158	1.8	49	83	101	104	154	3.0	44	57	137	103	176
República Dominicana	1997	2.2	90	100	88	133	95	3.5	91	87	87	108	124	4.2	81	83	93	101	147
	2002	1.8	106	99	103	93	98	2.9	89	95	96	99	115	4.1	86	85	86	90	141
Uruguay (urbano)	1990	1.6	45	113	96	95	131	2.8	55	148	89	92	88	4.0	65	63	96	122	108
	2002	1.3	85	98	97	107	119	2.4	63	87	95	104	113	3.3	45	70	83	101	130
Venezuela	1990	2.1	78	93	112	127	154	3.1	76	91	102	108	121	4.0	75	88	97	103	131
	2002	1.5	86	96	101	104	122	2.3	75	86	98	99	129	3.0	64	77	91	102	138
América Latina[b/]	1990	1.5	82	97	108	146	136	2.6	68	92	96	119	153	3.5	62	76	94	114	170
	2002	1.5	92	96	98	116	146	2.6	74	86	94	110	139	3.5	58	74	86	102	167

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Expresados en múltiplos de la línea de pobreza per cápita de cada país.

[b/] Promedio simple de 16 países (excluye a Argentina y Paraguay).

Cuadro 7

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): INGRESO LABORAL DE LAS MUJERES JÓVENES DEL 15 A 19, 20 A 24 Y 25 A 29 AÑOS COMO PORCENTAJE DEL INGRESO MEDIO DEL TOTAL DE HOMBRES (15-29 AÑOS), POR NIVEL EDUCATIVO, TOTAL NACIONAL, 1990 - 2002

(En porcentajes)

País	Año	Grupo de edad																	
		15 a 19 años						20 a 24 años						25 a 29 años					
			Número de años de estudio						Número de años de estudio						Número de años de estudio				
		Total	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más	Total	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más	Total	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más
Argentina (Gran	1990	94	94		75	117		83	85		67	85		74	62		75	69	
Buenos Aires)	2002	114	…	…	90	134	…	85	…	186	60	93	66	69	54	…	63	77	50
Argentina (urbano)	2002	100	57	83	80	107	78	81	99	118	59	85	68	70	53	87	58	74	56
Bolivia (ocho ciudades	1989	89	55	74	110	99	36	71	79	77	60	73	78	73	54	78	98	77	71
principales y El Alto)	2002	115	113	86	150	85	184	63	81	70	62	58	74	66	34	50	31	76	83
Bolivia	2002	114	96	80	142	104	179	58	60	57	66	57	74	59	29	45	28	68	86
Brasil	1990	87	71	75	87	76	158	71	56	55	56	59	73	69	50	50	47	56	64
	2001	99	78	72	83	92	103	79	54	54	62	70	81	73	47	45	55	62	72
Chile	1990	88	128	63	83	88	145	81	73	47	62	77	82	79	64	55	70	75	62
	2000	85	126	91	75	83	73	88	81	80	82	85	81	85	87	70	73	77	76
Colombia	1991	72	49	61	84	109	85	70	41	54	64	84	86	64	39	43	58	63	77
	2002	82	63	76	78	97	99	85	58	63	72	81	96	82	44	50	62	73	90
Costa Rica	1990	82	63	83	69	91	119	84	55	68	68	86	94	78	42	55	56	77	89
	2002	81	73	71	80	94	195	80	72	58	78	81	97	81	53	55	53	85	80
Ecuador (urbano)	1997	83	45	57	64	147	65	87	78	44	60	80	114	79	47	49	59	70	87
	2002	83	90	89	80	75	80	78	49	60	61	73	96	72	84	65	77	64	71
El Salvador	1995	73	79	63	68	79	142	79	69	73	63	76	76	69	62	63	55	76	69
	2001	92	97	113	72	86	134	93	97	97	73	86	98	89	105	81	80	68	85
Guatemala	1989	110	111	106	96	98	160	92	67	85	70	113	64	77	47	88	51	78	58
	2002	75	54	76	96	128	…	65	64	59	55	61	87	51	47	48	50	51	57
Honduras	1990	98	89	85	69	128	…	99	61	64	75	100	88	85	46	62	51	97	88
	2002	110	100	109	79	89	60	99	84	84	73	87	82	89	64	70	66	78	74
México	1989	109	125	94	98	119	42	76	72	64	70	89	59	76	58	78	75	57	93
	2002	93	47	106	100	93	60	74	36	67	61	71	93	68	46	50	52	79	63

(continúa)

Cuadro 7 (conclusión)

País	Año	Grupo de edad																	
		15 a 19 años						20 a 24 años						25 a 29 años					
			Número de años de estudio						Número de años de estudio						Número de años de estudio				
		Total	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más	Total	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más	Total	0 a 3 años	4 a 6 años	7 a 9 años	10 a 12 años	13 años y más
Nicaragua	1993	122	173	90	81	171	118	114	90	104	155	35	89	98	78	64	83	68	. . .
	2001	87	70	94	54	102	30	91	78	94	69	95	54	79	80	80	66	62	69
Panamá	1991	124	93	104	119	102	…	86	83	70	69	71	77	108	48	55	62	103	89
	2002	49	9	28	46	62	110	71	15	35	49	82	89	85	10	39	46	67	91
Perú	1997	78	46	90	71	83	15	69	49	57	73	76	70	60	28	43	53	60	72
	2001	99	104	71	120	100	73	74	34	56	84	81	79	68	32	51	50	75	81
Paraguay (Asunción y Depto. Central)	1990	55	25	67	70	47	66	66	121	55	53	79	71	73	48	53	49	81	70
Paraguay	2000	115	156	134	107	84	61	95	67	88	85	85	89	65	69	50	44	75	65
República Dominicana	1997	94	87	86	77	93	…	87	77	94	72	71	76	79	63	80	56	67	70
	2002	78	87	83	65	83	116	83	74	50	72	83	81	69	42	41	54	54	74
Uruguay (urbano)	1990	73	217	65	73	80	85	56	162	29	60	69	70	54	202	59	47	40	73
	2002	80	…	89	75	76	35	84	38	82	73	83	79	79	65	60	57	74	76
Venezuela	1990	86	73	69	81	105	95	82	85	65	75	82	89	76	57	61	75	69	74
	2002	86	88	76	79	85	102	84	79	74	78	73	84	83	67	71	67	72	81
América Latina[a/]	1990	92	94	79	83	104	96	82	76	65	69	85	77	76	63	62	61	72	75
	2002	87	75	83	83	89	91	81	62	68	69	78	84	76	57	58	59	70	76

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

[a/] Promedio simple de 16 países (excluye a Argentina y Paraguay).

Cuadro 1

IBEROAMÉRICA (17 PAÍSES): CAUSAS DE LOS PRINCIPALES PROBLEMAS DE LA JUVENTUD

Temas	Argentina	Bolivia	Chile	Colombia	Costa Rica	Cuba	Ecuador	El Salvador	España	Guatemala	México	Nicaragua	Panamá	Portugal	Perú	República Dominicana	Uruguay
Condiciones económicas y empleo																	
Crisis económica y políticas de ajuste	X	X				X				X	X						X
Precariedad, falta de oportunidades y flexibilización laboral	X		X		X						X	X			X		
Alto desempleo							X	X			X			X	X	X	
Desarticulación entre el sistema educativo y el mercado de trabajo					X		X				X	X			X		
Políticas ineficaces de empleo orientadas a la juventud							X			X			X				
Escaso acceso y apoyo a proyectos productivos							X					X					
Pobreza, desigualdad, baja calidad de vida y exclusión social																	
Desigualdad socioeconómica, discriminación y exclusión			X				X		X				X				X
Pobreza						X		X				X					X
Inseguridad (terrorismo y violencia social)				X				X						X			
Mala calidad de vida (violencia intrafamiliar, abandono, etc.)							X										
Educación, capacitación, formación																	
Falta de capacitación técnico- vocacional			X	X			X				X				X	X	

(continúa)

Cuadro 1 (conclusión)

Temas	Argentina	Bolivia	Chile	Colombia	Costa Rica	Cuba	Ecuador	El Salvador	España	Guatemala	México	Nicaragua	Panamá	Portugal	Perú	República Dominicana	Uruguay
Condiciones económicas y empleo																	
Falta de programas preventivos de educación							X			X		X	X				
Escasas oportunidades de desarrollo educativo			X							X		X					
Insuficiente presupuesto y apoyo en educación																X	X
Insuficientes servicios de información y orientación vocacional							X					X					
Deserción escolar por necesidades de ingreso familiar										X					X		
Falta de innovación del personal y material docente											X					X	
Salud																	
Falta de prevención en salud			X						X	X	X	X					
Limitado acceso a servicios de salud											X	X	X			X	
Malas condiciones de saneamiento															X		
Ciudadanía y participación																	
Falta de formación en derechos de la juventud					X										X		
Falta de participación juvenil				X											X		
Desconocimiento de la problemática juvenil															X		
Escasa vida comunitaria	X																
Organizaciones juveniles frágiles															X		
Otros		X				X	X							X			

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de las respuestas de los países a la encuesta sobre programas nacionales para la juventud, 2004.

Cuadro 2

IBEROAMÉRICA (17 PAÍSES): PRINCIPALES TEMAS CONSIDERADOS EN LOS CAMBIOS LEGISLATIVOS HASTA EL AÑO 2003

Temas	Argentina	Bolivia	Chile	Colombia	Costa Rica	Cuba	Ecuador	El Salvador	España	Guatemala	México	Nicaragua	Panamá	Portugal	Perú	República Dominicana	Uruguay
Institucionalidad y derechos de la juventud																	
Institucionalidad de juventud				X	X		X				X	X		X			
Ley general de juventud				X	X		X					X				X	
Reglamentación de corporaciones, cooperativas y organizaciones juveniles			X		X		X		X						X		
Política nacional de juventud							X	X				X				X	
Justicia penal juvenil					X				X								
Políticas de niñez y adolescencia							X	X									
Discriminación									X		X						
Presupuesto para iniciativas productivas juveniles															X		X
Derechos y deberes de la juventud		X															
Mayoría de edad			X														
Semana nacional de la juventud					X												
Servicio cívico										X							
Educación, empleo, salud y familia de los jóvenes																	
Educación y universidades			X						X						X		X
Embarazo adolescente					X								X				
Empleo juvenil															X		X
Familia								X					X				

(continúa)

Cuadro 2 (conclusión)

Temas	Argentina	Bolivia	Chile	Colombia	Costa Rica	Cuba	Ecuador	El Salvador	España	Guatemala	México	Nicaragua	Panamá	Portugal	Perú	República Dominicana	Uruguay
Jóvenes migrantes									X								
Prevención (drogas, alcoholismo, seguridad ciudadana)					X	X									X		X
Trabajo infantil					X										X		
Violencia doméstica					X												
Otros					X				X						X		

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de las respuestas de los países a la encuesta sobre programas nacionales para la juventud, 2004.

Cuadro 3

IBEROAMÉRICA (17 PAÍSES): TIPOS Y CARACTERÍSTICAS DE LOS PROGRAMAS ORIENTADOS HACIA LA JUVENTUD

Tipo	Oferta programática	Objetivos	Población objetivo[1]	Logros	Países
Programas institucionales y de promoción juvenil	Institucionales	Fortalecimiento institucional en políticas de juventud Sistemas de información y evaluación de programas de juventud	Áreas gubernamentales de infancia, adolescencia y juventud Instituciones públicas de educación	Aplicación de planes y programas nacionales de juventud Establecimiento de consejos nacionales o locales de juventud Apoyo a gobiernos locales en materias de juventud Diseño del Plan de acción para las políticas de juventud Ampliación del acceso a información sobre y para los jóvenes Alianzas con empresas y redes de jóvenes	Argentina Bolivia Chile Ecuador Guatemala México Nicaragua Uruguay
	Participación y asociatividad	Fortalecimiento asociativo y organizacional Capacitación y asistencia técnica a organizaciones juveniles Promoción del voluntariado juvenil	Organizaciones juveniles locales Organizaciones de la sociedad civil Población joven	Fortalecimiento de organizaciones juveniles y ampliación de vínculos con gobiernos locales Establecimiento de espacios de participación con los jóvenes. Promoción de alianzas estratégicas Desarrollo de liderazgos juveniles Legalización de organizaciones Intercambio de experiencias entre organismos gubernamentales y no gubernamentales Promoción del trabajo social de la juventud Movilización de población juvenil en torno a valores sociales, la solidaridad, y la cooperación	Argentina Bolivia Chile Costa Rica Colombia Ecuador El Salvador España México Nicaragua Perú Portugal Uruguay
	Culturales	Iniciativas juveniles comunitarias Centros de formación juvenil Recreación deportiva Casas culturales Consumo (tarjeta joven)	Organizaciones juveniles Población joven	Aumento de la participación juvenil Integración y creación de estrategias comunitarias Apoyo gubernamental. Incorporación empresa privada Espacios propios de juventud	Colombia Costa Rica Cuba Ecuador El Salvador Guatemala España México Nicaragua Perú Portugal Uruguay
Sectoriales	Educativos	Becas y créditos de estudio Difusión de la Ley de juventud, derechos y obligaciones de la juventud Prevención integral en temáticas de sexualidad, salud reproductiva, drogadicción, alcoholismo, entre otras Capacitación en tecnologías de la información	Organizaciones juveniles Sociedad civil Población joven	Contribución al posicionamiento político del tema juvenil Promoción de los contenidos científicos Relacionamiento de padres con otros sectores de la comunidad Apoyo a iniciativas culturales y recreativas Cofinanciamiento de iniciativas con el sector privado	Argentina Bolivia Chile Colombia Costa Rica Cuba Ecuador El Salvador Guatemala México Nicaragua Panamá Perú Portugal República Dominicana Uruguay
Sectoriales	Empleo	Generación de unidades de producción y fomento del empleo juvenil Reconversión productiva Capacitación laboral Apoyo a pyme	Juventud desempleada Organizaciones productivas	Generación de empleo Ampliación de negocios Ampliación del acceso a créditos Incentivo de ahorro Incorporación y vínculos con sector privado	Argentina Chile Colombia Costa Rica Cuba Ecuador El Salvador España México Nicaragua Perú Portugal Uruguay

(continúa)

Cuadro 3 (conclusión)

Tipo	Oferta programática	Objetivos	Población objetivo[1]	Logros	Países
	Salud	Ampliación del acceso a la atención básica de salud Prevención integral y atención en sexualidad y adicciones Asistencia alimentaria	Infancia, familia	Prestación de asistencia de salud especializada a los adolescentes de todo el país	Chile Colombia Costa Rica Cuba España México Perú República Dominicana
	Vivienda	Acceso a crédito hipotecario Subsidio	Sociedad civil	-	España México Portugal
Otros	Minorías, población excluida o ambos	Estrategias de reinserción social para jóvenes, adolescentes y niños en riesgo social Hogares y albergues	Jóvenes, niños y adolescentes en extrema pobreza, adictos, delincuentes Infancia y familia	Atención a la juventud con menor acceso a programas gubernamentales Promoción de proyectos de vida personal Desarrollo humano, individual y social Garantía de reinserción laboral y social de los jóvenes ex reclusos y drogadictos, entre otros	Argentina Bolivia Colombia Costa Rica Ecuador Guatemala Panamá Perú
		Atención e inclusión de grupos minoritarios de discapacitados	Población discapacitada	Difusión del marco de los derechos humanos Programas de apoyo social	España México Colombia Portugal
		Sector juvenil indígena	Organizaciones indígenas	-	Colombia México
	Medio ambiente		Organizaciones juveniles Población joven	Permite la formación de las nuevas generaciones en el cuidado, conservación y desarrollo del medio ambiente	México Cuba Portugal
	Justicia		Sociedad civil	-	Chile Guatemala

[1] En su mayoría se trata de oferta programática a la vez focalizada y/o universal.

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de las respuestas de los países a la encuesta sobre programas nacionales para la juventud, 2004.